This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

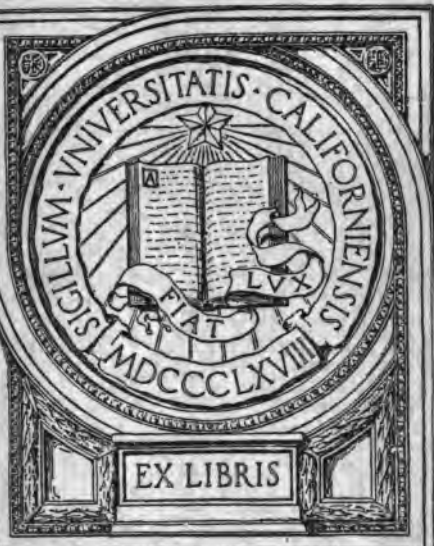
Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

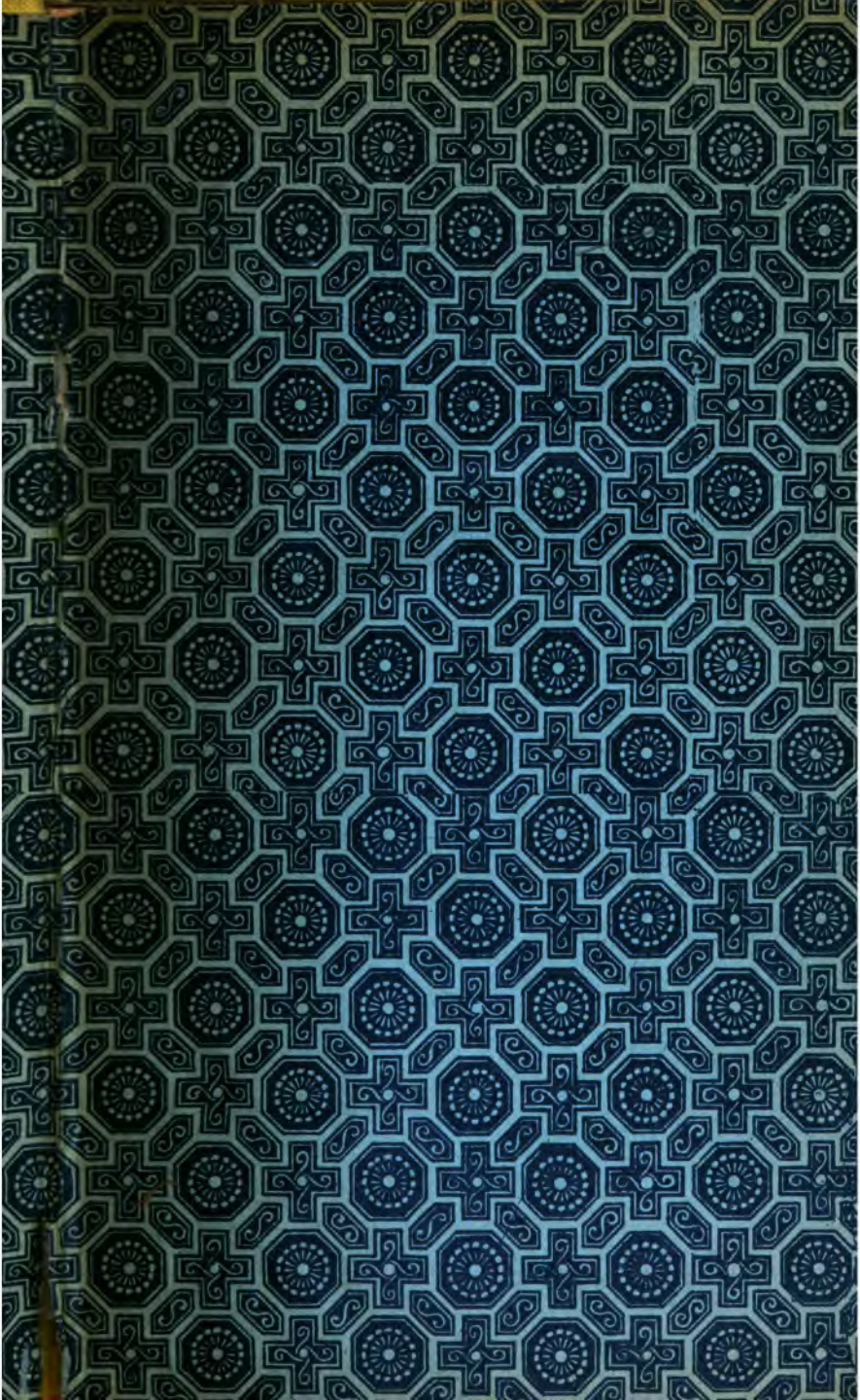
IHS

Vida de S. Luis Gonzaga

GIFT OF
Phoebe A. Hearst



EX LIBRIS



VIDA

DE

SAN LUIS GONZAGA

—

B. MAURA. GRAB. EN MADRID (89) SUBIRANA HERMANOS EDITORES BARCELONA

Aluigi Gonzaga

VERDADERO RETRATO DE S. LUIS GONZAGA
Á LA EDAD DE 17 AÑOS
CON EL TRAJE QUE VESTIA EN LA CORTE DE ESPAÑA.

VIDA

DEL ANGÉLICO PROTECTOR DE LA JUVENTUD

SAN LUIS GONZAGA

RELIGIOSO

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

POR

EL P. FEDERICO CERVÓS

de la misma Compañía

CON LICENCIA

BARCELONA

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE SUBIRANA HERMANOS

CALLE DE LA PUERTAFERRISA, 14

1892

BX4700
A1C5

QUEDAN RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD

gift of Thos. Grant

UNIV. OF CALIFORNIA

711 C11 (

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS DE LA VIDA DE SAN LUIS GONZAGA

	Págs.
Dedicatoria..	9
Prólogo.	11

LIBRO PRIMERO

DESDE SU NACIMIENTO, HASTA SU VENIDA Á ESPAÑA

CAPÍTULO PRIMERO.—Familia y linaje de San Luis Gonzaga.	17
CAP. II.—Patria, nacimiento y bautismo de San Luis.	28
CAP. III.—Primeros años de San Luis.	42
CAP. IV.—Conságrase San Luis á Dios en el primer uso de su razón. Su santa vida hasta la edad de ocho años.	60
CAP. V.—De la vida que hizo San Luis en Castellón y en Florencia hasta los nueve años de su edad.	66
CAP. VI.—De la santa vida que hizo Luis en Florencia	74
CAP. VII.—Pasa á Mantua por orden de su padre, y resuélvese á abrazar el estado eclesiástico.	88
CAP. VIII.—De su vuelta á Castellón y de la santa vida que allí hizo.	95
CAP. IX.—San Carlos Borromeo en Castellón. Primera comunión de San Luis. Líbrale Dios de un inminente peligro de la vida..	103
CAP. X.—San Luis en Casal de Montferrato. Resuélvese á abrazar el estado religioso. Cómo se preparó para ello.	114
CAP. XI.—Regresa á Castellón. Tenor de vida que aquí observó. Líbrale Dios de un incendio por modo maravilloso.	125

287170

LIBRO SEGUNDO

DESDE SU VENIDA Á ESPAÑA HASTA SU ENTRADA EN RELIGIÒN

Págs.

CAPÍTULO PRIMERO.—Su viaje á España, y cómo visitó en ella los santuarios de Montserrat y del Pilar y el real monasterio del Escorial. 141
CAP. II.—De la santa vida que entabló Luis en Madrid. . . 157
CAP. III.—Estudios que hizo Luis en Madrid y discurso que pronunció delante de Felipe II. 171
CAP. IV.—De su vocación á la Compañía de Jesús. . . . 183
CAP. V.—Vuelve San Luis á Italia, y viajes que allí hizo por orden de su padre. 204
CAP. VI.—Es combatida de nuevo la vocación de Luis. Su victoriosa constancia en estos combates. 216
CAP. VII.—Envíale su padre á Milán, y es allí probada de nuevo su vocación. 230
CAP. VIII.—Hace ejercicios en Mantua. Pasa á Castellón. Nuevas negativas del Marqués. Victoria de Luis. . . . 243
CAP. IX.—Renuncia Luis el marquesado, y parte á Roma. . 260
CAP. X.—Llega á Roma, y entra en la Compañía de Jesús. . 277

LIBRO TERCERO

DESDE SU ENTRADA EN LA COMPAÑÍA HASTA EL ÚLTIMO AÑO DE SU VIDA

CAPÍTULO PRIMERO.—Del singular fervor con que dió principio á su noviciado. 289
CAP. II.—De algunas pruebas con que el Señor le ejercitó, y de la muerte del Marqués su padre. 305
CAP. III.—Cómo fué enviado á la casa profesa de Roma y ejemplos de virtud que allí dió. 316
CAP. IV.—Vuelve al noviciado de San Andrés. Su devoción á Jesús sacramentado. Su espíritu de oración. . . . 325
CAP. V.—Es enviado á Nápoles. Virtudes que allí ejercitó y enfermedad que tuvo. 343
CAP. VI.—Regresa á Roma en donde prosigue sus estudios y acaba su noviciado. 351
CAP. VII.—Comienza sus estudios de teología, y modo admirable que tuvo de juntar virtud con letras. 358

Págs.

CAP. VIII.—Es enviado á su tierra para componer algunas discordias de sus parientes. 366
CAP. IX.—Su llegada á Mantua y Castellón, y lo que allí hizo.. 381
CAP. X.—Del feliz remate de sus negociaciones en Mantua y Castellón. 392
CAP. XI.—Pasa á Milán, regresa á Castellón, y da cima á los negocios de su familia.. 402
CAP. XII.—De algunos memorables ejemplos de virtud con que ilustró el colegio de Milán, y de su vuelta á Roma. . . 420

LIBRO CUARTO

VIRTUDES QUE PRACTICÓ EN ROMA. ÚLTIMO AÑO DE SU VIDA

CAPÍTULO PRIMERO.—De su humildad y espíritu de mortificación. 435
CAP. II.—De su pobreza, castidad y obediencia. . . . 446
CAP. III.—De su encendido amor de Dios y del prójimo. . . 459
CAP. IV.—De la caridad heroica con que sirvió á los apestados, y de otras obras de misericordia en que se ejercitó. . . 477
CAP. V.—De la enfermedad que contrajo Luis sirviendo á los apestados, y cómo recibió los últimos sacramentos. . . 490
CAP. VI.—De algunos ilustres ejemplos de virtud que dió Luis en su enfermedad. 505
CAP. VII.—Últimos días y preciosa muerte de San Luis. . . 519
CAP. VIII.—Exequias y sepultura. 532

LIBRO QUINTO

ADMIRABLE GLORIFICACIÓN DE SAN LUIS DESPUÉS DE SU MUERTE

CAPÍTULO PRIMERO.—Comiénzase á divulgar en varias partes la fama de su santidad. 539
CAP. II.—Revela Dios la gloria de San Luis á Santa Magdalena de Pazzis. Otros milagros. Elogio del Cardenal Belarmino. 546
CAP. III.—Súplicas elevadas á Su Santidad para alcanzar la beatificación de Luis. Culto público tributado á sus imágenes. 554
CAP. IV.—Aprobación de la vida del Santo. Su beatificación. Misa y oficio en su honor. 567
CAP. V.—Extiéndese su culto y devoción por todo el mundo. Su solemne canonización. 574

Págs.

CAP. VI.—Tercer centenario de la dichosa muerte de San Luis Gonzaga. 585
CAP. VII.—De los innumerables y estupendos milagros con que Dios ha glorificado á San Luis. 602

APÉNDICE

I.—Carta del rey Felipe II á los conselleres de Barcelona en que se contienen algunos datos acerca del viaje de San Luis á España. 621
II.—Otros datos sobre el mismo viaje, tomados del *Manual de acuerdos* del municipio de Gerona. 623
III.—Otros datos sobre el mismo viaje tomados del diario de la Diputación de Cataluña. 623
IV.—La Emperatriz en Barcelona. 625
V.—La Emperatriz en Zaragoza. Discurso latino de San Luis. . 629
VI.—Carta de San Luis Gonzaga á la Duquesa de Guastalla. . 638
VII.—Carta del Santo á su padre. 639
VIII.—Otra al mismo. 639
IX.—Otra al mismo. 640
X.—Carta del Santo á su hermano D. Rodolfo. 641
XI.—Otra del Santo á su madre. 643

A MARÍA INMACULADA

Y Á SU DEVOTÍSIMO HIJO

SAN LUIS GONZAGA

EN EL TERCER CENTENARIO

DE SU MUERTE PRECIOSA

EN PRENDA DE AMOR, AGRADECIMIENTO Y VENERACIÓN

OFRECE Y DEDICA

ESTAS HUMILDES PÁGINAS

EL AUTOR

PRÓLOGO

Es sobremanera grato y consolador, en medio de los males que nos rodean por todas partes, contemplar el noble y religioso entusiasmo con que en todo el orbe católico se esmera la juventud en celebrar el tercer centenario de su esclarecido Protector San Luis Gonzaga. Con ocasión de tan fausto acontecimiento, se ha despertado en todas partes, pero principalmente en España é Italia tal afán de estudiar y conocer más á fondo la maravillosa vida y hechos gloriosos de este gran Santo; que no se ha perdonado á trabajo ni diligencia en razón de ilustrar y completar lo que de él nos dejaron escrito sus primeros biógrafos. Y fuerza es confesar que Dios nuestro Señor se ha dignado coronar con feliz éxito las investigaciones que se han practicado, como quiera que se han descubierto un gran número de cartas inéditas y noticias interesantísimas que arrojan nueva luz y es-

plendor sobre las heroicas virtudes y hazañas inmortales de nuestro Santo.

Alentados con esta nueva copia de documentos varios escritores franceses, belgas, italianos y alemanes han empleado sus plumas en escribir la hermosa vida de San Luis; pero siguiendo diferente rumbo, así en el fondo como en la forma de su trabajo. Porque unos imitando al erudito bolandista P. Conrado Janning, se han contentado con reproducir el texto original del P. Cepari, añadiéndole gran multitud de notas y documentos, que á no dudarlo completan y realzan notablemente la obra de aquel insigne biógrafo. Otros, imitando al P. Maineri, sin apartarse del P. Cepari en el fondo, se aprovecharon de las noticias recogidas por los autores que les precedieron; y con ellas y con las que pudieron ellos mismos allegar, tejieron de nuevo la tela de la historia, dando así por una parte mayor unidad y belleza á su trabajo, y evitando por otra la variedad de estilos y la molestia que ocasiona al lector el tener que interrumpir á cada paso el hilo de su lectura para acudir á las notas y suplementos añadidos, ora al fin de cada capítulo, ora al pie de cada página.

Nadie podrá negar que esta segunda manera de escribir las vidas de los Santos, aunque algo más trabajosa, es mucho mejor y más agradable y la que han adoptado generalmente los mejores escritores. Y estas razones juntamente con el deseo que tengo de contribuir en alguna manera á las espléndidas manifestaciones de amor y devoción al angelical mancebo San Luis Gonzaga, con que en todas partes se le obsequia, me han impulsado, lector benévolo, á acometer la empresa de escribir nuevamente su vida maravillosa, no cierta-

mente fiado en mis flacas fuerzas, sino en el favor de Dios y poderoso valimiento del glorioso Santo, por quien gustosamente he tomado este trabajo, deseando pagarle según mi corto caudal los inestimables beneficios que de su generosa mano tengo recibidos.

Y como la primera y principal cualidad de la historia es la verdad, desde luego protesto que no diré en este libro cosas inciertas ó dudosas, sino ciertas y averiguadas y recogidas de graves autores, y en su mayor parte aprobadas por autoridad pontificia, cuales son todas las que he tomado del P. Virgilio Cepari, cuyo libro de la vida de San Luis fué examinado por tres cardenales y aprobado por la Santidad de Paulo V. Y como este escritor no sólo fué contemporáneo de nuestro Santo, sino vivió con él algunos años en el colegio romano; de aquí es que muchas de las cosas que refiere en su libro, las vió con sus propios ojos, y las demás las oyó casi todas de testigos oculares, y de los mismos directores espirituales á quienes Luis tenía descubiertos todos los secretos de su alma. Uno de estos fué el P. Jerónimo Plati, el cual antes que el P. Cepari escribió la vida del santo joven, y la traen los bolandistas en el tomo quinto del mes de junio, de donde hemos sacado algunas de las cosas de esta nuestra historia.

También me han servido los serios y concienzudos trabajos del erudito bolandista P. Conrado Janning de nuestra Compañía, quien incluyó en las actas de San Luis un grande número de documentos tomados de los procesos y de otras fuentes muy seguras, y señaladamente de los manuscritos del P. Cepari, muchos de los cuales quedaron inéditos hasta que el P. Janning los

dió á luz en los suplementos que añade al libro del P. Cepari.

Además de estos autores he visto la vida compendiada del P. Rivadeneira, y las de Maineri, Cassani, Orleans, Daurignac, Meschler, Nannerini, y los eruditos tratados de los Padres Narbone y Chiarenza (1). Por lo que se refiere á las cartas de San Luis y otros documentos insertados en este libro, he tenido á mano la colección del ilustrado Profesor milanés D. Oliverio Jozzi, los trabajos del P. Pruvost y del P. Molza, ambos de nuestra Compañía, y otras cartas y documentos publicados recientemente en varias revistas y periódicos italianos y españoles.

También sale esta biografía enriquecida con las muchas y preciosas noticias halladas recientemente en los archivos y bibliotecas de nuestra España, noticias que en vano se buscan en los autores antiguos que escribieron de nuestro Santo, incluso el P. Cepari; y lo que es más extraño, ni el mismo P. Janning, ni los demás biógrafos arriba citados hacen mención de la visita de San Luis al santuario de Montserrat; siendo cosa fuera de toda duda haber estado el Santo allí, como se dirá en su propio lugar. Y en toda esta parte que se refiere á la estancia del Santo en nuestra patria, además de los documentos que directamente me han sido comunicados de los archivos de Zaragoza y Montserrat (2), he utilizado

---

(1) Narbone, S. J. *Dieci glorie di S. Luigi G.*—Chiarenza, S. J. *Una giornata in Castiglione.*

(2) No podemos menos de manifestar aquí nuestro agradecimiento al M. I. Sr. D. José Deas dignísimo Abad del Real Monasterio de Montserrat, por la fina caridad y benevolencia con que se dignó proporcionarnos varios documentos y noticias que en sus archivos se conservan acerca de la visita de San Luis á aquel santuario.

también muchas y muy curiosas noticias publicadas por el ilustre académico P. Fidel Fita de nuestra Compañía en los últimos números del Boletin oficial de la Real Academia de la Historia.

Sólo resta, amado lector, suplicarte que te aproveches de los bellísimos ejemplos de toda virtud que esmaltan la vida del angélico joven San Luis Gonzaga, y me encomiendes á su divina Majestad para que yo haga otro tanto: que este es y no otro el fruto que hemos de sacar de la lectura y estudio de las vidas de los Santos; y este es el que nos propone y á que nos exhorta nuestro Santísimo Padre León XIII en el hermoso Breve que escribió á toda la Iglesia, con ocasión del centenario de San Luis. No puedo poner mejor remate á este prólogo, ni explicar mejor el fin que me he propuesto al escribir este libro, que apropiándome los siguientes párrafos del mencionado Breve.

«Esperamos pues, dice su Santidad, que con el favor de Dios no carecerán de fruto estas solemnidades para los cristianos, y sobre todo para los jóvenes, quienes al tributar estos honores á su Patrón tutelar, tendrán buena ocasión de considerar las clarísimas virtudes que en la vida de San Luis brillaron para ejemplo de todos. Al meditar en su interior y admirar estas virtudes, confiamos, que con la gracia de Dios se animarán á conformar su espíritu con ellas, y que imitándolas, procurarán hacerse mejores.

»Imposible es proponer á la imitación de los jóvenes católicos un modelo más acabado, y más rico de aquellas virtudes, en que solemos desear que se distinga especialmente la edad juvenil. En efecto, en la vida y costumbres de Luis pueden aprender muy bien los jóvenes

el cuidado y vigilancia con que se ha de guardar la inocencia y pureza de vida, la constancia con que se ha de castigar el cuerpo, para extinguir el fuego de la concupiscencia, el desprecio con que se han de mirar las riquezas y honores, el espíritu con que han de tomar los estudios y han de cumplir las demás obligaciones de su edad, y lo que en estos tiempos es de suma importancia, la fe y amor con que se han de unir á la Santa Madre Iglesia y á la Sede Apostólica.»

Veruela, fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, á 5 de junio de 1891.

PROTESTA DEL AUTOR

En cumplimiento de los Decretos de Urbano VIII de 13 de marzo de 1625 y de 5 de junio de 1631, declaro que á las gracias, y milagros y revelaciones referidos en esta historia y no aprobados por la Iglesia, no pretendo se les dé mayor fe de la que merecen los testigos y documentos aquí citados.

VIDA

DEL ANGÉLICO PROTECTOR DE LA JUVENTUD

SAN LUIS GONZAGA

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

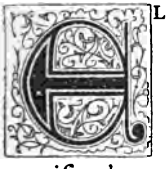
LIBRO PRIMERO

DESDE SU NACIMIENTO, HASTA SU VENIDA Á ESPAÑA

CAPÍTULO PRIMERO

FAMILIA Y LINAJE DE SAN LUIS GONZAGA

1563-1567



EL gloriosísimo protector de la juventud San Luis Gonzaga, escolar aprobado de la Compañía de Jesús, célebre en todo el orbe católico, así por los ilustres timbres de nobleza que dejó por seguir á Cristo crucificado, como por los esplendores de su santidad, fama de sus milagros y universal devoción con que es en todas partes venerado; fué hijo primogénito del excelentí-

simo señor D. Ferrante ó Fernando Gonzaga, Marqués de Castellón y Príncipe del Sacro Imperio; y de Doña Marta Tani Santena, de la antigua y esclarecida familia de los Barones de la Rovere.

No es menester recorrer aquí la antiquísima y dilatada genealogía de los Gonzagas. Basta para dar alguna idea de su nobleza, trazar á grandes rasgos las glorias más culminantes de su abolengo. Ya desde el siglo x prestaban vasallaje á esta ilustre familia muchos pueblos y ciudades de la Lombardía. El Papa Bonifacio VIII erigió en condado la tierra de Gonzaga, por una Bula expedida á 2 de noviembre de 1298, delegando al Obispo de Mantua D. Martín para recibir el juramento de fidelidad del primer Conde Francisco de Gonzaga. El 16 de agosto de 1328, habiendo perecido el capitán de Mantua Passerino de Bonacolsi combatiendo contra sus súbditos amotinados, apoderóse de la ciudad Luis I de Gonzaga, quien proclamado capitán y señor de aquel señorío, logró engastar esta nueva joya en la corona que había heredado de sus progenitores, dejando así asegurado á sus herederos el título de Príncipe-Vizconde de Mantua. A estos timbres añadió en 1433 Francisco II el de Marqués del Imperio con que el Emperador Segismundo de Luxemburgo galardonó sus relevantes méritos. En 1495 la coalición del Papa con España y la República de Venecia nombró á Juan Francisco generalísimo de sus tropas, las cuales al mando de tan experto y valiente general, reportaron gloriosas victorias sobre el ejército de Carlos VIII rey de Francia. A Francisco II sucedió en el marquesado su hijo Luis II, á quien llamaron vulgarmente *el turco*, no por la braveza y crueldad que falsamente algunos le atribuyeron, pues consta que fué prín-

cipe religiosísimo y virtuosísimo, al par que esforzado guerrero; sino porque solía llevar el cabello cortado á usanza de los turcos.

Este Príncipe tuvo de su esposa Bárbara de Brandeburgo entre otros muchos, tres hijos: el primogénito fué Federico III de Mantua á quien el Emperador Carlos V mudó el título de marqués en el de duque. El segundo fué Juan Francisco, Príncipe de Bozzoli. El tercero fué Rodolfo quien sucedió á su padre en el marquesado de Castellón. A esta tercera rama de la cepa de los Mantuas pertenecen los progenitores más cercanos de nuestro Santo, todos ellos dignos de perdurable memoria por su valor y pericia militar. Rodolfo bisabuelo de San Luis, después de haberse señalado por sus hechos de armas, peleando al frente de las tropas de Venecia en la guerra de los Estados confederados contra el rey de Francia; feneció gloriosamente en 1495, recibiendo una grave herida en la cabeza. Hijo de éste y de Catalina Pico de la Mirándula fué Luis, Marqués de Castellón y esforzado militar, el cual casó con Doña Catalina de Anglesola, que pertenecía á una de las más ilustres familias del Principado de Cataluña. De estos señores nacieron tres hijos conviene á saber: D. Ferrante que fué el primogénito, y padre del angélico joven San Luis, D. Alfonso, señor de Castel Gofredo y Horacio, señor de Solferino.

Las armas de los Gonzagas en los tiempos que comprende esta historia eran: escudo de plata con una cruz roja acompañada de cuatro águilas del imperio. Escudete cuartelado: primero y cuarto rojo, con un león rampante de plata coronado de oro; segundo y tercero de oro, con tres fajas negras. En torno del escudo el collar de la orden de la preciosísima Sangre; en el timbre de-

bajo de la corona la divisa ΟΛΙΜΠΟΣ. Por cimera, el altar de la fe, con este lema: FIDES.

Para mejor inteligencia de estos blasones, es de advertir que al escudo primitivo de los Gonzagas, que tenía en campo de oro tres fajas negras, Carlos IV Rey de Bohemia y Emperador, añadió en 1365 las armas de su reino, á saber: dos leones de plata con corona de oro en campo rojo. En 1413 concedióles el Emperador Segismundo cuatro águilas negras separadas por la cruz roja, en campo de plata. El altar de la fe con el lema FIDES les fué otorgado por el Emperador Carlos V de Alemania y primero de España, en premio de haber defendido con gran bravura la ciudad de Pavía contra los franceses. En cuanto á la orden militar de la preciosísima Sangre ó del Santísimo Redentor, fué fundada en 1608 por Don Vicente Gonzaga, cuarto Duque de Mántua, en honor de las tres gotas de sangre de Jesucristo que se conservan en dicha ciudad, con la tradición de haberlas traído San Longinos. El duque declaróse gran Maestre de la orden, y sus estatutos fueron revisados por Paulo V. El collar de esta orden se compone de óvalos de oro, entrelazados con anillos de lo mismo, sobre los cuales, en unos hay de relieve esmaltada de blanco la palabra: *Domine probasti;* y en otros, una llama de fuego. Del referido collar pende un óvalo con un cáliz sostenido por dos ángeles de encarnación, con el lema: *Nihil hoc triste recepto* (1).

Volviendo pues á los progenitores de San Luis, será bien observar que no se ha de confundir á D. Ferrante Marqués de Castellón, con otro D. Ferrante Gonzaga

(1) Costa y Turell. *Tratado completo de la ciencia del blasón.*

primo segundo del mismo, Duque de Melfi, Príncipe de Ariano y Guastalla y Gobernador de Milán. Ambos á dos fueron insignes militares y célebres en nuestra historia patria por los esclarecidos hechos de armas que llevaron á cabo en servicio de nuestros Monarcas. Mas antes que digamos de D. Ferrante padre de San Luis, apuntaremos un hecho memorable de su primo el Duque de Melfi. En la guerra que hizo el católico Rey D. Felipe II contra Enrique II Rey de Francia tomó este noble caballero parte muy principal, siendo uno de los capitanes que con mayor denuedo y bizarría combatieron en el asalto y toma de San Quintín (1). Entrada y saqueada esta plaza por el ejército español, reunió Don Felipe consejo militar para deliberar sobre la marcha que debía seguirse en aquella campaña. Y para que se vea mejor la intrepidez y valentía de D. Ferrante, será bien citar aquí el parecer que dió en el real consejo delante del gran monarca de las Españas. «Sobre los efectos que se habían de hacer, dice el historiador Cabrera, en el consejo larga y variamente se habló. Don Ferrante Gonzaga decía y otros con él, que pues el ejército era poderoso y entero, y el fin de combatir á San Quintín tener puerta franca en camino desembarazado sin resistencia para ir sobre París, marchasen luego á poner fin á la guerra.» No siguió es verdad Felipe II este parecer, inclinándose prudentemente al contrario, mas todavía se gozaba y complacía en oir los belicosos razonamientos de caballeros tan hidalgos como D. Ferrante y los que á su sentir se adherían.

A estas y otras glorias militares de los Gonzagas aña-

(1) Cabrera. *Historia de Felipe II*, lib. IV, cap. IX.

dieron nuevo esplendor un gran número de varones famosos por su virtud, sabiduría y elevadas dignidades eclesiásticas que alcanzaron. Porque sin contar los cinco cardenales pertenecientes á la familia de los Trivulcios, y otros cinco de la casa de los Borromeos ambas emparentadas con los Gonzagas, cuentan estos, otros diez cardenales entre los cuales sobresalieron un Francisco Gonzaga, por su grandeza de alma y por la altísima autoridad que se granjeó con su destreza en el manejo de los negocios públicos; un Segismundo que de esforzado guerrero vino á ser virtuosísimo príncipe de la Iglesia; un Hércules de perdurable memoria por su saber é integridad de vida, á quien confió Pio IV la dirección del Concilio de Trento: un Pirro quien con su poderoso valimiento negoció la libertad de Clemente VII encarcelado por los franceses, por haberse opuesto con inquebrantable firmeza á los luteranos que infestaban á Roma y á toda la Italia; un Federico y un Francisco doctísimos alumnos de la Universidad de Bolonia, y finalmente un Escipión consumado teólogo, profundo filósofo y tan esclarecido literato, que el Tasso, Mureto, Maffeo y otros celebérrimos escritores no se atrevían á publicar sus obras inmortales sin la censura y aprobación de juez tan competente.

Pero vengamos ya á D. Ferrante, Marqués de Castellón, de quien es razón hablar más circunstanciadamente por haber sido el afortunado padre de nuestro heroe, y por ser después de él la figura que en este libro más ha de campear. Dotado de claro y despejado ingenio y de corazón generoso, señalóse no menos en religión que en letras; y en el manejo de las armas fué muy aventajado. El año de 1563 por orden del Rey de Espa-

ña Felipe II, embarcóse D. Ferrante con la flor de la nobleza italiana y española acudiendo con sus tropas á la defensa de la plaza de Orán, sitiada y puesta en grande aprieto por el ejército mahometano, y tomó parte en los brillantes hechos de armas que allí felizmente se llevaron á cabo hasta dejar bien aseguradas aquellas costas y humillado por mar y tierra el poder de la media luna.

En estas y otras campañas pasó D. Ferrante lo más florido de su juventud sirviendo al monarca español y dando siempre tan buena cuenta de sí, particularmente en la defensa de Perpiñán contra los franceses; que el rey altamente satisfecho de sus servicios los quiso recompensar con los títulos de Grande de España, Caballero de Alcántara y otros que adelante se dirán. Demás de esto, quiso Don Felipe tenerle consigo en la corte de Madrid, en donde permaneció empleado en su real servicio por espacio de dos años.

Estando pues el Marqués en palacio ocupado en aquellos cargos qne tocaban á su categoría, comenzó á pensar en tomar estado, y disponer lo que al acrecentamiento de su casa y estado de Castellón más convenía. Era esto por los años de 1566. Entre las damas que servían á la Reina Doña Isabel de Valois descollaba y era sobremanera amada de la Reina por sus raras prendas, Doña Marta Tani, que pertenecía á una nobilísima y antigua familia de Chieri, ciudad del Piamonte. Su padre fué Don Baltasar Tani conde de Santena y señor de Chieri: su madre Doña Ana de la Rovere hija del Duque de Urbino y prima hermana del Cardenal de la Rovere arzopo de Turín. Don Baltasar y Doña Ana vivían en la corte de Francia dedicados al servicio de Catalina de Médicis,

y Doña Marta había venido de aquella corte en compañía de Doña Isabel hija de los reyes de Francia, cuando Felipe II la tomó por esposa.

Desde su llegada á Madrid se hizo Doña Marta lugar en los ojos de todos los que vivían en palacio así por su afable trato, modesta cortesanía y claro entendimiento, como por la santidad de vida y religioso comportamiento. No se le ocultaban á D. Ferrante dotes tan relevantes y virtudes tan ejemplares que eran la admiración de la corte y pudieran serlo aun en el retiro de un claustro. Así que no vaciló un punto el Marqués en pedir su mano, y presentándose al Rey dióle cuenta de su deseo, y pidióle licencia para llevar á cabo su proyectado enlace. Mucho agradó á su Majestad esta proposición, y no menos á la Reina que no quiso malograr tan oportuno lance de manifestar el grande cariño que profesaba á Doña Marta. Esta por su parte sabiendo por la misma Reina el negocio que se trataba, quiso antes de dar su consentimiento encomendarlo muy de veras á su divina Majestad, y á fin de alcanzar la luz de lo alto para acertar en negocio de tanta monta, mandó celebrar buen número de misas en honor de la Santísima Trinidad, del Espíritu Santo, de la Sagrada Pasión, de Nuestra Señora y de los Santos Ángeles: y á todo esto ella añadió muchas otras devociones y exámenes muy detenidos sobre lo que más le convenía elegir.

Dios nuestro Señor que tenía destinada á esta piadosa señora para madre de un gran Santo, inclinóla á aceptar el enlace propuesto: pero antes quiso que se escribiese á Francia é Italia solicitando el beneplácito de sus padres y parientes, quienes aplaudieron gozosos aquel matrimonio, cuyos felices resultados no era difícil antever.

Fué sin duda particular providencia del Señor el que por aquellos mismos días se publicase en España un jubileo concedido por San Pío V elevado á la cátedra de San Pedro por enero de aquel mismo año.

Concertáronse pues Don Ferrante y Doña Marta de celebrar sus esponsales el día de San Juan Bautista, después de haber confesado y comulgado para ganar la indulgencia del santo jubileo. Así como lo tenían propuesto así puntualmente lo ejecutaron, siendo muy digno de notarse un regalado favor con que quiso el Señor mostrar á Doña Marta cuán agradable le era la elección que acababa de hacer. Al acercarse la piadosa señora á la sagrada mesa, sintió en su alma tan singular y desacostumbrado ímpetu de divina consolación, que según ella misma lo confesó más tarde al P. Cepari, se resolvió allí mismo con grandes veras á consagrarse desde aquel momento con todo el fervor que pudiese á las prácticas de virtud y devoción.

Celebrados con toda solemnidad los esponsales, á los cuales asistieron como testigos el Rey y la Reina, dispuso ésta por hallarse á la sazón en cinta, que se dilatase la celebración del matrimonio, á fin de no verse privada durante su preñez del servicio de Doña Marta con quien tan bien hallada estaba.

Cumplióse exactamente el deseo de la reina, quedando á su lado su fiel Dama, hasta que á 11 de agosto dió á luz á Isabel Clara, á quien casó más tarde Felipe II con el Archiduque Alberto, dándole por dote sus estados de Flandes. Pasados los días de convalecencia, señalóse el de la boda de los Marqueses, y se dispuso lo que para aquella fiesta era menester, sin que se olvidase su Majestad la Reina en esta ocasión de lo que al cariño de

su primera Dama debía; pues además del rico vestido que según era costumbre le regaló, hízole presente de ricas joyas y preseas con que se engalanase.

Acercáronse aquel día los novios al santo sacramento de la penitencia, y comulgaron devotamente para ganar la indulgencia plenaria que para aquel día estaba concedida; y con tan cristiana preparación celebróse el santo matrimonio, siendo padrinos los monarcas y realzando aquel solemne acto la asistencia de toda la grandeza de palacio, de la cual en aquella sazón formaban parte muy principal el Archiduque Rodolfo, que después fué emperador de Austria, y su hermano el Archiduque Ernesto. Y es digno de notarse que éste fué el primer matrimonio celebrado en España con la solemnidad y en la forma prescrita por el sagrado Concilio de Trento, cuyos decretos acababan entonces de promulgarse en estos Reinos.

Mas antes de proseguir el hilo de nuestra historia, será bien hacer una breve reseña de los principales personajes que ilustraron la familia materna de nuestro Santo. Once cardenales salieron de ella, entre los cuales brilla en primer lugar D. Francisco, celebrado por el Petrarca como ingenioso teólogo y egregio orador, el cual elevado á la cátedra de San Pedro con el nombre de Sixto IV, esmaltó con la tiara pontificia los blasones de su noble alcurnia. El eminentísimo D. Jerónimo remató la fábrica de la Basílica de Loreto, enriqueciéndola con espléndidos donativos y valiosos monumentos. El cardenal arzobispo de Turín D. Domingo reedificó suntuosamente la iglesia metropolitana de aquella ciudad. Juliano, que al sentarse en la silla de San Pedro tomó el nombre de Julio II apellidado por Audín el Moisés de

Italia, no solamente promovió con grande ahinco los intereses de la Religión, convocando el Concilio Lateranense V, pero fué también el más preclaro sostén de las bellas artes, ya con las obras inmortales de Miguel Angel, Rafael y Bramante, ya embelleciendo la ciudad eterna con hermosas calles, una de las cuales perpetuó con el nombre de vía Julia el de este esclarecido Pontífice. Paso en silencio otras resplandecientes lumbreras, otros timbres inmortales de esta nobílisima familia para venir cuanto antes á la más pura é inmaculada de todas sus glorias, al Santo cuya vida comenzamos á escribir.

Pasados algunos días después de su casamiento, pidió Don Ferrante licencia á su Majestad para regresar á sus estados de Italia en compañía de la Marquesa. Accedió el Rey á su deseo, mas antes que partiesen, quiso manifestarles el amor que les profesaba, condecorando al Marqués con la llave dorada de Gentil Hombre de Cámara, y señalándole algunos gajes muy considerables en sus estados de Nápoles y Milán, por el tiempo de su vida y por la de su hijo. Poco después ascendióle al grado de Maestre de Campo General de sus ejércitos de Italia, que era uno de los títulos con que más se honraban en aquella sazón los príncipes de aquellos reinos. Después de manifestar al monarca español su gratitud por las señaladas mercedes que acababa de dispensarles, despidiéronse de la corte y emprendieron el viaje de Italia, y después de visitar á sus parientes, fijaron su residencia en Castellón, á donde llegaron el 19 de marzo de 1567.

CAPÍTULO II

PATRIA, NACIMIENTO Y BAUTISMO DE SAN LUIS

1567-1568

CASTELLÓN, ilustre feudo de los Gonzagas y afortunada cuna del santo joven cuya vida escribimos, está situada en la provincia de Stiviere en Lombardía á 30 kilómetros de la ciudad de Mantua hacia el noroeste, y á 26 hacia el sudeste de Brescia, no lejos del lago de Garda. Al viajero que viniendo de Brescia llega á Castellón dejando atrás inmensas praderas y dilatados viñedos, sorprende agradablemente la primera vista de esta ciudad asentada en uno de los más deliciosos y pintorescos sitios de toda la Lombardía. Sus casas esparcidas graciosamente en la vertiente de una extensa y frondosa colina, disfrutan á la vez de las comodidades del campo y de la ciudad, por tener buena parte de ellas á su lado su propio huerto, viña ó jardín. Tiene buenas calles y plazas, entre las cuales es notable la principal que es grande, hermosa y perfectamente cuadrada. Las altas torres de sus templos y la esbelta cúpula de la iglesia de San Luis dan testimonio de la antigua y nunca desmentida fe y religiosidad de los castelloneses.

Ignórase el origen de esta ciudad, aunque antiquísi-

VISTA DE CASTELLÓN DELLE STIVIERE, PATRIA DE SAN LUIS GONZAGA

mos monumentos y una necrópolis descubiertos recientemente en sus alrededores, persuaden haber sido fundada en época muy anterior á la dominación romana. Su nombre de *Castellón* se deriva del vocablo latino *castellum*, diminutivo de *castrum*, con que se denominaban las torres ó castillos construidos en sitio á propósito para atalayar de lejos al enemigo, y defender á los pueblos que á su abrigo se guarecían (1).

Aunque Castellón sólo cuenta actualmente 5,600 habitantes, se honra con el título de ciudad que le fué otorgado en 1612 por el Emperador Matías I, en recompensa de los importantes servicios prestados al Sacro Imperio por el Príncipe D. Francisco Marqués de Castellón y hermano de San Luis.

Desde que fueron arrasados por el general francés de Villart en 1706 el alcázar y fortaleza que coronaban de antiguo la hermosa colina de Castellón, perdió esta su aspecto de ciudad feudal, aunque por lo demás se conserva con poca diferencia tal cual se hallaba en tiempo de San Luis. Así que los devotos de este Santo que visitan su ciudad natal no tienen hoy día la satisfacción de poder contemplar el palacio y aposento donde nació, ni la capilla donde oraba, por estar todo convertido en un montón de ruinas. Podemos sin embargo formarnos una idea de lo que eran el alcázar y castillo de los Gonzagas por la siguiente descripción que de ellos nos dejó

---

(1) No están acordes los filólogos en señalar la etimología de la palabra *Castrum*. San Isidoro la deriva de las voces latinas *casa alta;* Gianintrapani en sus *Recuerdos alpinos*, de la voz céltica *cast* que, como él dice, significaba castillo, aunque no falta quien le contradice; otros sostienen que el vocablo *castrum* es de origen etrusco. Véase la *Historia de Castellón delle Stiviere*, por Agustín Agostini. P. I, c. 6, y el *Lexicon Forcellinianum onomasticon*, por De-Vit.

el erudito bolandista P. Conrado Janning, después de haberlos visitado en 1686 (1). «Es, dice, Castellón de Stiviere un lugar ceñido de murallas, bastante extenso, pero poco poblado, porque casi todas sus casas, si se exceptúan las que dan á las principales calles, tienen cerca su huerto ó viña. La plaza de forma cuadrada es linda y espaciosa. En la parte más alta de la población levántase el castillo bien fortificado, cuya parte inferior tiene á su entrada el cuartel para la guarnición. De allí se sube al jardín del Príncipe, que es bastante grande y ameno, atendida la extensión del sitio que ocupa. Elévase desde este jardín la altísima muralla que sostiene el palacio, y se extiende por uno de sus lados formando otra fortaleza ó torre de gran solidez y resistencia así por su construcción maciza, como por la natural disposición del lugar en que estriba. Desde el alcázar se ve perfectamente á una parte toda la ciudad que á sus pies se extiende, y á la otra un pequeño lago que baña la falda de la colina. A lo lejos se divisa el lago de Garda distante seis millas de la ciudad, sin que estorben su vista los collados que se levantan de por medio. Empero por más suntuoso y espléndido que sea todo el palacio, ninguna cosa me gustó tanto en él como la estancia en que nació Luis, convertida tiempo ha en oratorio.» Hasta aquí son palabras del P. Janning.

Tal era la morada del Príncipe de Castellón cuyos dominios se componían de esta ciudad y de los territorios circunvecinos. Los dos hermanos de D. Ferrante, Horacio y Alfonso eran señores de los estados de Solferino y Castel-Gofredo limítrofes del marquesado de

(1) Acta *Sanctorum. Addenda ad diem 21 Junii. Comm. præv.* § 1. *n.* 5.

Castellón y desmembrados de él á condición de serle nuevamente anexionados, en caso de faltar sucesión masculina á cualquiera de aquellas dos ramas.

Llegados pues los Marqueses á su palacio de Castellón, libres ya del bullicio y cuidados de la corte aplicáronse al gobierno de su estado y familia dando á sus vasallos, principalmente Doña Marta frecuentes ejemplos de virtudes cristianas. Don Ferrante, aunque tuvo algunos defectos harto comunes en la corte y en la milicia, no fué menos piadoso y magnánimo en el gobierno de sus dominios que valiente y denodado en los campos de batalla, y según testimonio de uno de sus familiares que sirvió en su palacio por espacio de treinta y cinco años, raro era el mes en que no recibiese la sagrada comunión, vistiendo para este acto el uniforme de los caballeros de Santiago.

No contento con infiltrar en sus vasallos y familiares la piedad y religión con palabras y ejemplos, procuró que se estableciesen en su señorío los religiosos de la orden de los Siervos de María.

Acrecentó y dotó con nuevos donativos el convento de nuestra Señora de Loreto que había levantado desde los cimientos su padre D. Luis; y finalmente entre otras muchas obras pías que á su religiosidad se debieron, promovió con incansable celo el culto y veneración de la milagrosa imagen de nuestra Señora de la Nuez que viviendo él fué felizmente hallada dentro de los límites de su marquesado.

La Marquesa, que por sus virtudes y santa vida bien merece ser propuesta como un dechado de ilustres princesas y de madres cristianas, fué el paño de lágrimas de todos los pobres y menesterosos que á ella se acogían;

y cumpliendo puntualmente los santos propósitos que al desposarse con D. Ferrante había hecho, apartada de los devaneos y vanidades mundanas repartía sus horas entre las obras de devoción y misericordia con el prójimo. Aunque los Marqueses tenían en palacio su capilla privada y capellán que les decía misa, los días festivos eran los primeros en acudir con toda la familia á los divinos oficios que se celebraban en la parroquia, y movidos con este ejemplo y con las frecuentes amonestaciones de sus señores, acudían todos los habitantes de la ciudad con grande unión y concordia, cual si formaran una sola familia. Y era espectáculo por cierto muy consolador, al toque de las campanas, ver por una parte á los príncipes con su séquito, dirigiéndose á la iglesia, por otra á los jóvenes dejando sus juegos y á los padres, cerrando sus casas para ir todos á cumplir con alegría los deberes del cristiano. Tanto puede delante del pueblo el buen ejemplo de los mayores.

Con esta ejemplar vida disponíanse los Marqueses para recibir el fruto de bendición que con vehementes ansias y con incesantes súplicas pedían al Señor, aunque por fines bien diferentes. Don Ferrante miraba principalmente al acrecentamiento de su casa y á lograr un heredero que diese mayor lustre á su nombre y familia: Doña Marta, levantando sus miradas sobre las cosas caducas y perecederas de la tierra, y juzgando que la mayor fortuna que puede caber á una madre es tener un hijo consagrado totalmente al servicio del Rey de los cielos, como otra Ana madre de Samuel, pedía con lágrimas en los ojos al Señor un hijo que fuese digno de servirle en el templo de la religión, ofreciéndose desde luego á dedicarlo por su parte á tan alto y sublime estado de vida.

¿Cómo había de cerrar la divina Majestad sus oídos á oración tan fervorosa y desinteresada? Tocaba á su término el año 1567, y á medida que sentía la Marquesa acercarse la hora de su parto despertábanse en el fondo de su alma mayores afectos de devoción, que eran como los primeros albores del clarísimo astro que iba á dar al mundo; y como dijo repetidas veces ella misma á los que más tarde alababan la buena índole de Luis, en todo el tiempo de su preñez, lejos de sentir los antojos y aprehensiones que en tal tiempo suelen otras madres, cautivábala un insaciable deseo de leer libros espirituales; en lo cual gastaba largas horas con singular consuelo de su alma.

Y para que se viese más claro que Dios nuestro Señor aceptando la oblación de la piadosa madre había escogido para sí el fruto de sus entrañas, ya antes que naciese quiso tomar posesión de su alma por el bautismo, y colocarle bajo la tutela de su Madre Santísima, por una amorosa y singular providencia. Porque llegado el tiempo del parto fueron los dolores tan vehementes y extraordinarios, que pusieron en inminente riesgo la vida de la madre y del hijo. Lleno de mortal congoja el Marqués hace junta de médicos, y llamándolos aparte, les encarga muy apretadamente que, puesto caso que no sea dable salvar la vida del niño, hagan lo posible por salvar su alma y la vida de la Marquesa. Agotaron los facultativos los recursos de su arte; pero por más que hicieron, les fué forzoso dar por desahuciados al niño y á la madre.

Llegó á oídos de Doña Marta el dictamen de los médicos, y viéndose en lance tan apurado y sin esperanzas de humano remedio, levantando sus ojos al cielo, puso

toda su confianza en aquella poderosísima Señora que es salud de los enfermos y fiel consoladora de los afligidos. Así pues manda llamar á D. Ferrante, y pídele licencia para ofrecer un voto á nuestra Señora de Loreto, obligándose á ir personalmente á visitar su santa Casa si la libraba de aquel inminente riesgo; y si se dignaba añadir á este favor el de salvar la vida de su hijo, prometía asímismo de llevarle consigo en aquella peregrinación. ¡Cosa por cierto maravillosa! no bien hubo hecho la Marquesa su voto, desapareció como por encanto el peligro, y poco después dió á luz á su hijo primogénito. Y como al tiempo del nacimiento persistiesen todavía los facultativos en su dictamen de que el niño no escaparía con vida, y el Marqués por su parte deseoso de asegurarle ante todo la vida del alma, instase á que le administrasen sin pérdida de tiempo el santo bautismo; antes que el niño acabase de nacer, recibió la gracia de aquel sacramento, logrando con esta que podrá parecer casualidad, y no fué sino regaladísima providencia del Señor, la dicha de nacer antes á la vida de la gracia que á la luz de este mundo. No consintió la Reina de los Angeles, á quien estaba ya dedicado este prodigioso niño, que quien había de vivir vida de ángel en la tierra, viniese á ella sin la más hermosa librea de aquellos celestiales espíritus que es la gracia santificante.

Nació pues Luis en el palacio de Castellón un martes á la puesta del sol, día 9 de marzo de 1568, presidiendo en la silla de San Pedro el papa San Pío V, y reinando en España el poderoso monarca Felipe II de gloriosa y perdurable memoria. El primer cuidado de la piadosa madre al ver á su hijo felizmente nacido, fué dar gra-

cias al buen Jesús y á su Madre santísima, y ofrecérselo de nuevo echándole su bendición maternal, y haciendo sobre él la señal de la cruz. Mas no duró largo tiempo el gozo de los Marqueses: quiso el cielo probar de nuevo su confianza echando una gota de acíbar sobre la dulce satisfacción con que contemplaban el lindo semblante del recién nacido. Quedó este por espacio de una hora entera tan quieto y sin movimiento vital, que apenas se podía averiguar si estaba vivo ó muerto. Con grande zozobra y sobresalto esperaban todos en qué pararía aquel accidente, cuando al cabo de una hora, cual si volviera de muerte á vida, dejando oir el tierno infante algunos vagidos, disipó los temores de los que le daban por muerto, y devolvió la paz y serenidad á sus afligidos padres. Y para que todo fuese extraordinario en este ángel humanado, desde este momento nunca más le oyeron quejarse ni llorar, manifestándose ya desde la infancia aquella inalterable y apacible mansedumbre con que en toda su vida había de resplandecer.

Agradecido el Marqués D. Ferrante á su divina Majestad por el doble beneficio que acababa de otorgarle, dándole un hijo que pudiese, andando el tiempo, ser su heredero y sucesor, y librándole de un tan inminente riesgo de la vida; resolvió dar pública y solemnemente las gracias al dador de todo bien, y celebrar este fausto acontecimiento con generales fiestas y regocijos. A este fin dirigió á sus fieles vasallos el siguiente manifiesto, cuyo original obra en poder del Sr. D. Oliverio Jozzi.

«FERRANTE, Príncipe del S. Romano Imperio, Marqués de Castellón, etc., etc.

»Como quiera que la alegría del Príncipe es la alegría del pueblo, hemos querido haceros participantes del feliz suceso acaecido á las veinte y cuatro horas de la tarde (1), en que nos nació un hijo primogénito, habiéndose dignado nuestro Señor acrecentar nuestra casa, y darnos un sucesor, el cual salió á luz con grande riesgo de su vida y de la señora Marquesa. Hállase ya ésta fuera de peligro, y os da las gracias á todos vosotros, nuestros fidelísimos súbditos, por los votos y súplicas que habéis enviado al cielo en su favor.

»Así pues movidos más del afecto y amor verdadero que profesamos á nuestros súbditos, que del deseo de festejar el nacimiento de nuestro hijo primogénito, venimos en ordenar y ordenamos:

»Que hoy á las once, se cante el himno de acción de gracias en nuestra iglesia principal, con asistencia de todos los oficiales de la corte y de todos nuestros vasallos; y que en estos tres días, se toquen á las doce todas las campanas de la ciudad y demás poblaciones de nuestro territorio, disparándose en seguida la artillería, y publicando los pregoneros la fausta noticia á son de trompeta, por las calles de la ciudad.

»Que desde las doce hasta la entrada de la noche, haya en la plaza del castillo dos cubas de vino que manen de continuo, y canastos de pan á pasto para todos los que vinieren, aunque sean extranjeros.

»Que se celebren juegos de justas y torneos, con estacadas para la conveniente seguridad, y corridas con saco, y juegos de cucaña con muchos y variados premios para los vencedores: por la noche haya ilumina-

(1) Esto es, á la puesta del sol.

ciones, fogatas y salvas. Y para que todo se ejecute con el debido orden y concierto, corre por cuenta de nuestros oficiales el cuidado de trazar el programa de las fiestas conforme á nuestras instrucciones.

»Dígnese el Señor conservarnos para gloria de nuestra casa y felicidad de nuestros vasallos, al Primogénito que es la causa de esta común alegría. De Castellón á 10 de marzo de 1568.

»*El Príncipe Marqués de Castellón* (1).»

No habiéndose podido dar al bautismo de Luis la solemnidad que acostumbra la Iglesia, por los motivos que dejamos apuntados, era menester suplir las ceremonias que acompañan á la administración de este sacramento, y así se hizo el día 20 del mes de abril de aquel mismo año. Grande fué la pompa y aparato con que celebraron los Marqueses este acto, así por ser Luis su hijo primogénito, como para mostrar con cuanta alegría presentaban y ofrecían al Señor en su santo templo aquel niño que tan maravillosamente les había conservado. No hay por qué decir que toda la ciudad de Castellón se asoció á la alegría de sus señores, vistiéndose de gala y solemnizando con universal fiesta y regocijo este faustísimo acontecimiento.

Celebráronse pues las ceremonias del santo bautismo en la iglesia parroquial de los santos Celso y Nazario, oficiando Monseñor Juan Bautista Pastorio, Arcipreste de Castellón, y apadrinando al niño el Serenísimo señor D. Guillermo, Duque de Mantua y la esposa del Excelentísimo Sr. D. Alfonso, tío de nuestro Santo. Mas

(1) De *L'Eco di San Luigi*, n. 19, pág. 4.

como el Duque de Mantua no pudiese asistir personalmente á esta ceremonia, envió en su representación al Ilustrísimo Sr. D. Próspero Gonzaga, primo suyo y de D. Ferrante, según consta en el libro de bautismos (1).

Pusiéronle por nombre Luis, en italiano *Aluigi* ó *Luigi*, y en latín *Aloisius* (2), por ser este el nombre de su abuelo paterno, y así se escribió en la partida de bautismo, en la cual son dignas de notarse dos cosas, en que se diferencia de las demás de aquel tiempo, que se conservan en aquella iglesia. Es la primera, el estar escrita en latín, siendo así que las demás sin excepción alguna se leen en italiano. Pero son todavía más notables aquellas como proféticas palabras que siguen al citado documento, y traducidas del latín son del tenor siguiente: *Sea feliz y amado de aquel Señor que es infinitamente bueno y grande, y en la memoria de los hombres viva por siglos perdurables.* No se leen estas ni otras semejantes

---

(1) Hé aquí el texto original de la fe de Bautismo, escrita no en italiano como equivocadamente afirma Daurignac en la vida de nuestro Santo (l. I, § 2) sino en latín: «Illmus. D. Aloysius F. Illmi. D. D. Ferdinandi Gonzaguæ March. Cast. a St. III. et sacri Imp. Principis etc. et Illmæ. D. D. Marthæ de Tana a Sanctana; natus est die 9 hora XXIII cum trib. quartis mensis Mart. 1568. Baptizatus vero die 20 Apr. 1568 per Jo. Baptistam Pastorium Archiprest. Comp. Ser.mus. D. D. Gulielmus Gonzaga Dux Mant. III etc. cuius officium suscepit Illmus. D. Prosper Gonzaga ad hoc cum litteris authenticis ab Eo missus.

Sit felix, charusque Deo, Ter Opt. Terque Max. et hominib. in æternum vivat.»

Mantuæ die 23 mensis Decembris An. 1889. Concordat cum originali inscripto in Libro Canonico Baptizatorum Parochialis Ecclesiæ Castilionis a Stiveriis.

(Firmato.)

JOSEPH EPISCOPUS MANTUANUS.

(2) La palabra *Luis* se deriva del antiguo vocablo francés *Clovis;* y este, del antiguo alemán *Cluovic,* voz compuesta de *hluot* célebre, y *vic* guerra, significando por lo tanto, *insigne guerrero. (Traductor de la vida de S. Luis, por Mesehler,* p. I, § 1.)

palabras en ninguna de las partidas de bautismo de aquella parroquia inclusas las de la familia de nuestro Santo, y no parece sino que con ellas quiso el cielo mostrar de antemano cuán grande y cuán querido de Dios y de los hombres había de ser aquel bendito niño.

Es también muy digna de atención una singular coincidencia que apuntan algunos biógrafos de nuestro Santo, y es que en este mismo año de su nacimiento, murió en Roma en el noviciado de san Andrés el angélico joven san Estanislao de Kostka; como si Dios nuestro Señor quisiera consolar á la Compañía de Jesús, de la pérdida de un ángel, con el nacimiento de otro que había de correr parejas con aquel, así en la nobleza del linaje, como en los ilustres ejemplos de todas las virtudes. Ambos fueron milagrosamente llamados á la Compañía por la misma Reina de los cielos, ambos vivieron como ángeles en el siglo y en la religión, ambos murieron en la flor de sus años en la misma ciudad eterna, ambos fueron en breve elevados á la gloria de los altares, y ambos finalmente merecieron ser propuestos á la juventud como patronos y dechados de toda perfección. Y para que ni aun los vínculos del parentesco faltasen á los que el cielo había hecho tan semejantes, uniéronse, á lo que parece las familias de Kostka y Gonzaga por el matrimonio de D. Francisco, hermano de San Luis con Doña Bibiana Pernstein, cuyo abuelo paterno según afirma el P. Bohuslao (1), aunque otros lo ponen en duda , casó con Doña Catalina Kostka de la cual no sin gran fundamento se cree haber nacido Wratislao padre de la sobredicha Doña Bibiana (2).

(1) Tabula nobilitatis bohemicæ, p. 4.
(2) Conr. Janning in act. Sanct. tom. 5 jun.

CAPÍTULO III

PRIMEROS AÑOS DE SAN LUIS

1568-1575

Si el piloto, como dice fray Luis de Granada, procura no perder la oportunidad del tiempo, y el labrador la que piden las labores de sus heredades; mucho más deben los padres aprovecharse del tiempo de la tierna edad de sus hijos, para rendirlos, doblarlos y enderezarlos: porque si esta dejan pasar, cuando después quisieren doblarlos, no podrán, y antes los quebrarán que los enderezarán. Por esto Doña Marta, como quien miraba en el tierno infante que el cielo le había dado por modo tan maravilloso, no tanto al heredero de la casa y solar de Castellón y de los feudos de Castel-Gofredo y Solferino, cuanto al hijo de Dios y heredero del reino de los cielos, dióse á criarlo con todo el cuidado y solicitud conforme á lo que aconseja el Sabio por estas palabras: *¿Tienes hijos? Pues desde la niñez los debes educar y enseñar* (1). Y sabiendo bien que al paso que alimentaba el cuerpo del tierno infante con la leche de sus pechos, debía infiltrar en su alma el conocimiento y

(1) Filii tibi sunt? erudi illos a pueritia illorum. *Eccli.* VII, 25.

Con los pobres de Cristo fué también Luis muy caritativo y misericordioso desde su niñez.

amor de su Dios, procuró que las primeras palabras que aprendiese á pronunciar, fuesen los dulcísimos nombres de Jesús y María. Enseñóle muy á tiempo á signarse y santiguarse y á rezar devotamente la oración dominical y la salutación angélica con otras devotas preces y prácticas espirituales. Y no contenta con tomar ella este cuidado, mandó á sus amas y á todos los que en la educación y crianza del niño intervenían, que no sólo evitasen cuanto pudiese sérle de mal ejemplo, sino que en todo procurasen encaminarle por el recto sendero de la virtud. Y á decir verdad, poco fué lo que tuvieron que trabajar en este negocio; porque la índole apacible del niño, su natural docilidad y una feliz inclinación á todo lo bueno, no sólo facilitaban su educación, más aun la hacían agradable en tanto grado, que algunas personas depusieron con juramento haber experimentado particular consuelo y devoción cada vez que tomaban á Luis en sus brazos, pareciéndoles que abrazaban no á un niño sino á un ángel del cielo.

No era menester más qne proponerle las prácticas de piedad y devoción para que con sumo gusto y alegría las abrazase: y era cosa de maravilla ver el gusto con que repetía las oraciones que le enseñaban, y el contento que manifestaba en todas las obras buenas en que sus padres le iban industriando. Mas ¿cómo explicar el consuelo que sentiría la piadosa madre, cuando apenas el niño sabía andar por sus pies, ya buscaba los rincones de la casa, y se escondía, ora detrás de una puerta, ora entre los pliegues de los cortinajes para vacar á solas á la oración?

Con los pobres de Cristo fué también Luis muy caritativo y misericordioso desde su niñez; y era cosa de

ver cómo se le iban los ojos y el corazón hacia los que venían á pedir limosna, y el gusto y satisfacción con que les alargaba con su manecita una moneda ó un pedazo de pan. Tales eran los juegos y entretenimientos predilectos de Luis en aquella tierna edad, antes que amaneciese en su mente la luz de la razón: y así no es maravilla que los que esto veían, presagiasen ya desde entonces la alta santidad á donde había de encumbrarse andando el tiempo aquel niño, en quien la naturaleza parecía convertida en gracia y las flores de la niñez en frutos precoces de la edad varonil.

La Marquesa que iba observando paso á paso el progresivo desarrollo de su pequeño Luis, no cesaba de dar gracias á Dios nuestro Señor y á su bendita Madre por las bendiciones de dulzura que tan á manos llenas derramaban sobre su hijo, y se alegraba sobremanera de verle tan inclinado á las prácticas piadosas. El Marqués por el contrario, como hombre que se había criado entre el ruído de los campamentos, sin desconocer las excelentes dotes de Luis, y aplaudiendo y todo la tierna devoción que de su madre había aprendido, todavía se holgara más de verle inclinado al ejercicio de las armas, pareciéndole que el primogénito y mayorazgo de su casa no debía educarse para el claustro y soledad, sino para la corte y la milicia.

Con este intento, dispuso que en vez de los dijes y juguetes que suelen darse á los niños para su diversión y entretenimiento, se le armase con su pequeño arcabuz, pica, rodela, casco y otras armas de tan pequeñas dimensiones que un niño de cuatro años, como era entonces Luis, pudiese fácilmente manejarlas. Gozábase el Marqués viendo al niño traveseando por la casa con su

diminuta armadura, al observar la viveza y marcial continente con que remedaba los ejercicios militares que veía ejecutar á los soldados que con frecuencia al pie del castillo se ensayaban en varias escaramuzas; y ya se lo imaginaba en los años de la juventud saliendo á campaña y peleando á su lado, y cubriendo de gloria con sus proezas el nombre de los Gonzagas.

Ofreciósele por este tiempo á D. Ferrante una muy favorable coyuntura para ir fomentando en el pecho de Luis el ardor guerrero que tan bien había prendido en él con aquellos pueriles juegos de soldados. Corría el año del Señor de 1573; el poder de la media luna humillado por D. Juan de Austria dos años antes en el golfo de Lepanto, hacía esfuerzos inauditos para reparar aquel desastre y tomar venganza de las armas cristianas. Hacíanse por ambas partes grandes aprestos de guerra desde aquella memorable jornada, mas no estaban acordes entre sí las potencias que formaban parte de la liga contra el turco, sobre el punto que habían de elegir para teatro de la campaña que se estaba preparando. La muerte de San Pío V acaecida el primero de mayo de 1572 y la disolución de la liga por el santo pontífice promovida, dejaron á Felipe II en libertad de dirigir sus armas á donde mejor le pareciese: y con esto acordó enviar á Don Juan de Austria con una poderosa armada á las costas de Berbería, para apoderarse de Túnez y Trípoli que eran nidos de corsarios musulmanes y un continuo peligro para la marina española. Veinte mil soldados de todas armas debían embarcarse en Sicilia para esta expedición el día 1.° de octubre de 1573. D. Ferrante Gonzaga recibió de entemano orden de aprestar por su parte tres mil infantes, y de ir á ponerse con ellos á las órdenes de D. Juan de Austria.

No desperdició el Marqués tan buena ocasión para sacar al niño de los brazos de las amas y del regazo de su madre. Debían reunirse las tropas de su mando en Casalmayor, lugar que está situado en las orillas del Po hacia el sudeste de Cremona. Llegado que fué el día de la partida, quiso D. Ferrante llevar consigo á Luis que contaba cinco años de edad, y ya sabía embrazar su escudo, y jugar su pica, y aun disparar su pequeño arcabuz, sin asustarse. No dejó de sentir la Marquesa esta inesperada salida del hijo de sus entrañas, temiendo con gran fundamento los peligros espirituales y corporales en que iban á meterle en medio de aquella soldadesca: mas aunque llevó pesadamente esta separación, al fin hubo de conformarse con la voluntad del Marqués; quien para tranquilizarla, puso al niño bajo la tutela y vigilancia de D. Pedro Francisco del Turco, gentil hombre de su palacio, y persona de toda confianza por su virtud y probidad.

No se hizo de rogar nuestro Luis para salir en compañía de su señor padre; antes bien se gozaba grandemente, al verse ya convertido en un pequeño guerrero, entre los caballeros que formaban el lucido estado mayor del Marqués; y fué materia de diversión y regocijo para todos ellos contemplar el garbo y desenfado con que el niño llevaba sus armas, y lucía su uniforme militar. En Casalmayor, con la vista de los escuadrones formados en orden de batalla, con el marcial sonido de trompetas y tambores, con las voces de mando de los jefes, y con la alegre animación que allí reinaba; subía de punto el entusiasmo de Luis; y á la misma medida crecía la satisfacción del Marqués, por ver el feliz resultado de sus trazas. Asistía el niño á las maniobras de la

tropa al lado de su padre, con su pica al hombro, calada la visera é imitando con infantil candor todos los movimientos y evoluciones que veía ejecutar á los soldados, quienes le fueron cobrando grande afición admirados de su natural ardimiento y viveza.

Mas la divina Providencia que tenía destinado á nuestro flamante soldado para otra más alta y noble milicia, comenzó á echar un poco de acíbar en estos juegos y pasatiempos con que tanto se recreaba, permitiendo que en varias ocasiones se viese puesta á inminente riesgo su vida. Sucedió una vez que al disparar Luis su arcabuz, dióle en la cara toda la llama del fogonazo, con grande susto y alarma de los circunstantes, que temían por la vista del niño. Fué sin duda particular providencia de Dios que no tuviese el accidente otra consecuencia que una quemadura de poca importancia.

Para otro menos intrépido que nuestro Luis hubiese bastado este susto para quitarle la gana de andar con armas y entre soldados; pero estaba ya él tan cebado y engolosinado con estos ejercicios, que no tardó en llevar á cabo una travesurilla que le pudo costar muy cara. Estando un día el Marqués y su gente durmiendo la siesta por los calores del verano, halló nuestro pequeño héroe manera como sustraerse á la vigilancia de su ayo; y al verse dueño del campo, toma un frasco de pólvora de un soldado, carga por sí solo y sin la ayuda de nadie una pequeña pieza de artillería, que estaba en el castillo, la ataca, y le da fuego. No contaba nuestro inexperto artillero con la coz que da al momento del disparo la cureña: dióle esta tan fuerte sacudida, que poco faltó para que cogiéndole debajo de sus ruedas, le hiciese pagar con la vida su atrevimiento.

Fácilmente se deja entender la alarma que sembró en el campamento aquella inesperada detonación, en hora tan intempestiva, cuando toda la gente estaba descansando. Dispierta el Marqués sobresaltado, y manda que le informen cuanto antes de lo que pasa, no sin temores de alguna sublevación ó alboroto entre los soldados. Al saber D. Ferrante la inocente travesura de Luis, y el riesgo á que con ella se había puesto, aunque no pudo disimular delante de sus gentiles hombres la interior satisfacción que recibía de aquellos precoces indicios de un ánimo esforzado y generoso que admiraba en su hijo, quiso reprimir su indiscreción con un fuerte castigo; mas como se pusieron de por medio los oficiales y soldados, á quienes había caído muy en gracia la hazaña del marquesito, como feliz presagio de su futura bizarría y denuedo militar; no le costó mucho al padre otorgar el perdón que todos le pedían.

Habiendo pues Luis permanecido en Casalmayor por espacio de algunos meses, al partir su padre para Túnez, esto es por el otoño de 1573, y no al principiar el verano, como equivocadamente escribe el P. Meschler (1), fué enviado á Castellón, en compañía de su ayo D. Pedro Francisco del Turco.

Y aquí no estará por demás dar una sucinta relación de la gloriosa jornada de Túnez, así por la parte principal que en ella tomó el padre de nuestro Santo, como

---

(1) Con fecha 2 de septiembre de 1573 escribía D. Juan de Austria desde Mesina lo siguiente al Cardenal Granvela: «Que el Duque de Sesa y el Marqués de Santa Cruz se queden en este puerto (Mesina) con las galeras de ese reino á aguardar á que venga D. Alonso Bazán de Zaragoza (Siracusa), á donde ha ido á embarcar la infantería de la coronelía del Marqués de Castellón.» *Colección de documentos inéditos para la Historia de España, tom. III, p. 128.*

para rectificar algunos conceptos menos exactos relativos á nuestra historia nacional que hallo en algunas biografías de san Luis escritas por autores extranjeros mal informados de las cosas de nuestra patria (1).

Refiriéndose pues uno de estos escritores á la campaña de Túnez en que militó el Marqués de Castellón, dice de ella que «dió al ejército cristiano escasa cosecha de laureles» y que «toda la empresa tuvo un fin desastroso, por falta de auxilio de parte de España» y finalmente que «D. Ferrante fué á la corte de Madrid después de la expedición malograda.» Parécenos extraño que el autor guarde profundo silencio acerca de la gloriosa conquista de Túnez, en que tomó parte el Marqués de Castellón en este año de 1573, y sólo haga mención de la pérdida de aquella plaza que fué el año siguiente, y en la cual no consta que se hallase D. Ferrante; antes bien tenemos fundados motivos para creer que vino á España el año anterior, luego después de la toma de Túnez. No menos maravilla nos causa que se atribuya la derrota del ejército cristiano á la falta de auxilio de parte de España. No, la pérdida de Túnez no fué por culpa de los españoles, que hicieron cuanto pudieron por salvarla, ni era esta empresa de la Liga, como parece suponerse al decir que España tuvo la culpa del desastre. Sabido es que la Liga se había disuelto en marzo del año anterior, con gran detrimento de las naciones católicas, por la paz vergonzosa que hizo con el turco la república de Venecia. Así que si Selím tuvo alientos para emprender esta campaña contra las tropas del rey católico, fué por culpa de la república de Vene-

(1) Daurignac. P. I, § IV.—Meschler. P. I, § IV.

cia. Y si se apoderó de la Goleta y de Túnez, fué á pesar de los esfuerzos heroicos de España, que dejó cinco mil de sus hijos tendidos al pie de las murallas de aquella plaza, y no se rindió sin antes haber muerto á catorce mil musulmanes. No negaremos, puesto que la historia nos lo testifica, que los vireyes de Nápoles y Sicilia habrían quizás podido secundar mejor los deseos de D. Juan de Austria enviando mayores refuerzos á las tropas sitiadas en Túnez; pero no es menos cierto que ellos juzgaban de mayor interés defender las costas de Italia y apaciguar las turbulencias del Genovesado: pero siempre resulta que España hizo cuanto pudo por defender las plazas que poseía en Africa, como cosa que á ella pertenecía, ni es de extrañar que padeciese un descalabro parcial una nación cuyas fuerzas estaban divididas en paises tan distantes, teniendo que hacer frente casi al mismo tiempo á los enemigos de la Iglesia ó de la monarquía que no cesaban de hostigarla en los Países Bajos, Holanda, Francia, Genovesado, y contra al poder de la media luna en las costas de Africa y en el Levante.

Pero dejando aparte esta segunda campaña de Túnez en que no consta haber intervenido el Marqués D. Ferrante, vengamos á la del año anterior en que estuvo, y fué la que dió pie á los marciales hechos que de nuestro Santo hemos referido. Dicen pues nuestros historiadores (1) que el día 24 de septiembre de 1573, salió del puerto de Palermo D. Juan de Austria con una armada compuesta de ciento y cuatro galeras y un número casi

(1) Véase Cabrera, Gebhart, Lafuente (D. Modesto) y Fernández de Navarrete.

igual de buques de menor porte, en que iban embarcados veinte mil soldados, entre los cuales se incluían los del Marqués de Castellón y los del tercio en que militaba aquella esclarecida gloria de las letras españolas, D. Miguel de Cervantes Saavedra, recién convalecido de las heridas que había recibido en Lepanto y de las fatigas de la expedición de Corfú en que tomó parte el año de 1572.

Encaminóse la escuadra á Trápani de donde, por estar el mar muy borrascoso, no pudo alargarse hasta 1.° de octubre, en que se hizo á la vela con rumbo á las costas de Africa. Desembarcaron las tropas en la Goleta á los 8 y 9 de octubre, y emprendióse la marcha hacia Túnez. Para reforzar sus batallones, sacó D. Juan de la guarnición de la Goleta dos mil quinientos veteranos, que reemplazó con otros tantos bisoños, contándose entre aquellos, cuatro compañías del tercio de Figueroa, que hacían temblar la tierra con sus mosquetes, según expresión de Vander Hammen (1). Esta campaña fué de muy corta duración, pues al presentarse las tropas españolas delante de la ciudad, huyeron muchos de sus habitantes; y el mismo gobernador de la plaza, Ramadán, la abandonó cobardemente desconfiando no del número, sino de la calidad y fidelidad de sus tropas. Eran seis mil turcos de sueldo los que guarnecían la plaza, y de las provincias y de otras naciones limítrofes hasta cuarenta mil. Entró pues D. Juan de Austria sin disparar un tiro, al frente de sus batallones en la ciudad que le abrió sus puertas, y el alcaide de la Alcazaba le hizo entrega de ella. Apoderóse el vencedor de cuaren-

(1) Fernández de Navarrete.

ta y cuatro piezas de artillería en muy buen estado, con gran cantidad de municiones y vituallas; mas no consintió que las tropas maltratasen á los habitantes que quedaban en la ciudad, é invitó á los fugitivos á que volviesen sin otra condición que la de reconocer vasallaje y prestar obediencia al Rey católico.

Puesta en seguridad su nueva conquista, y recibida la sumisión voluntaria de la plaza de Biserta, D. Juan volvió á la Goleta, en donde estuvo algunos días, disponiendo las cosas convenientes para la conservación de la fortaleza. El 24 de octubre finalmente con toda su armada tomó otra vez el rumbo de Sicilia; y no cabe duda que iba en su compañía el Marqués de Castellón con destino á la corte de España. Así se desprende claramente de lo que escribe el historiador Cabrera, quien refiriendo muy por menudo los jefes y soldados que se quedaron de guarnición en Túnez y la Goleta, nada dice del Marqués de Castellón, y sólo cita á Pagán Doria como coronel de las tropas italianas que allí permanecieron. De donde se colige sin asomo de duda haber regresado el padre de nuestro Santo con el grueso de la armada, y encomendando á alguno de sus capitanes el mando de las tropas de su coronelía, desembarcó en alguno de los puertos de España y pasó á la corte á donde le llamaba Felipe II.

Confírmase esto mismo por el completo silencio que guardan los principales historiadores que relatan los sucesos de Túnez y la Goleta acaecidos en 1574. Ni en Cabrera, ni en Vander Hammen, ni en la correspondencia de Felipe II, D. Juan de Austria y D. García de Toledo relativa á aquellos hechos de armas, se hace mención de D. Ferrante Gonzaga, siendo así que se nombran

tantos otros caballeros italianos y españoles de inferior alcurnia á la del Marqués de Castellón. Y cierto, no parece creíble que nombrándose allí señaladamente las tropas de Octavio y Segismundo Gonzaga que tomaron parte en la defensa de aquella plaza, se callaran las de D. Ferrante cuyo valimiento en la corte de Felipe II era bien conocido de aquellos historiadores.

Pero dejemos ya á D. Ferrante en la corte de Madrid, y volvamos á Castellón, en donde hallaremos á Doña Marta llena de alegría al recibir entre sus brazos á su caro Luis sano y salvo, después de los inminentes peligros de que por singular providencia del Señor se había librado entre el ruído de las armas.

El buen ayo que mejor que nadie había echado de ver en Casalmayor las relevantes prendas de Luis, aplicóse con mayor gusto y esmero á su educación, para que en todo saliese un cabal y cumplido caballero. Y como observase en cierta ocasión, no sin estrañeza, que con infantil sencillez y sin malicia alguna, profería algunas palabras menos decentes que se le habían pegado del trato y conversación con los soldados, aunque sin entender su significado y malicia; reprendióle por ello diciéndole que semejantes expresiones no debían salir jamás de los labios de una persona bien educada, cuanto menos de un príncipe de tal casa y linaje. Quedáronle tan impresas en el alma estas reflexiones, y cobró tal horror á aquellas palabras mal sonantes, que según afirmó después su mismo ayo, desde aquel día nadie le oyó palabra que mereciese la menor censura; y si alguno se permitía en su presencia alguna frase menos recatada, luego mostraba su disgusto haciendo del distraído, ó volviendo la cara á otra parte. Por donde se ve con cuan-

to cuidado velaba Luis por conservar la inocencia de su alma, aun en aquellos años en que por no tener pleno uso de razón, no podía conocer toda la gravedad y fealdad del pecado; porque, como él mismo dijo más tarde al Padre Jerónimo Plati al darle cuenta de su alma, si hubiera sabido la inconveniencia de aquellas expresiones guardárase mucho de proferirlas.

Oigamos en confirmación de lo mismo el autorizado testimonio del P. Virgilio Cepari: «Estas palabras dichas en aquella edad y sin entenderlas, son el mayor pecado que yo he hallado en la vida de nuestro Luis, de las cuales, como supo que eran malas, y que no decían bien con su cualidad y estado, quedó tan corrido, que como él decía, no podía acabar consigo de repetirlas ni aun á su confesor: ¡tanta era la vergüenza que tenía de haberlas proferido. Dolióse de ellas por toda la vida, como si hubiera cometido un pecado gravísimo; y como quien no había hecho otro mayor de que poder confundirse, este solía él contar en la religión, para confundirse y humillarse delante de algunos amigos, para que pensasen que desde niño había sido mal inclinado. Es de creer que con singular providencia permitió Dios en Luis este lunar, para que, entre tantas joyas y dones sobrenaturales con que enriqueció su alma, tuviese alguna ocasión de humillarse, reconociendo su culpa donde probablemente por la poca edad y falta de conocimiento no la había; y para que, como del glorioso san Benito dice San Gregorio, retirase el pie que ya parece que algún tanto había puesto en el mundo (1).»

Es también hermoso y edificante otro ejemplo de vir-

(1) Vida del Santo. P. I, c. 1.º

ginal recato y honestidad que refiere el Padre Bártoli de nuestro Santo en la vida de San Estanislaode Kostka, para probar que en uno y otro Santo era indicio manifiesto del don extraordinario de virginal pureza, que habían de disfrutar durante toda su vida, aquella tierna devoción con que los previno Dios desde la niñez, y aquel amor tan grande á la virginidad que los impulsaba á huir no sólo de la culpa, sino aun de una mínima sombra de ella. He aquí cómo cuenta dicho Padre el ejemplo á que nos referimos. «Viniendo pues al hecho que ha dado margen á la presente digresión, es él tanto más digno de ser referido, cuanto ha estado por largo tiempo sepultado en el olvido: y está por otra parte fuera de toda duda; pues lo oí de boca de una nobilísima señora, que no solamente se halló presente á este suceso, sino tomó en él parte activa (1). Siendo pues Luis todavía muy niño, su madre aunque por otra parte muy cuidadosa de su buena educación, le permitía que jugase, y se divirtiese algunos ratos con otros niños y niñas, que frecuentaban el palacio. Jugaban en cierta ocasión todos reunidos, entreteniendo la velada con los que llaman juegos de prendas y penitencias. Acabado el juego, para recobrar las prendas, era menester cumplir la penitencia que se imponía á cada uno de los que habían perdido la partida. Uno de estos fué aquel día nuestro Luis, y la penitencia que le dieron, fué que acercándose á la pared, diese un beso á la sombra que en ella proyectaba una de las niñas que por aquel salón andaban retozando. Esta penitencia á lo que parece, no

(1) Esta señora fué Doña Camila Ferrari, la cual se educó en compañía de San Luis, y murió en Castellón á la edad de 83 años.

tenía otro objeto que proporcionar á los circunstantes la diversión de ver á Luis corriendo de una á otra parte en pos de la disforme y movediza sombra, acabando así todo el juego en risa y donaire. Mas el inocente ángel al oir de qué se trataba, sin pararse á examinar si el riesgo en que allí podía incurrir la honestidad y decoro era mayor ó menor; á la simple aprehensión del peligro, encendido el rostro en virginal rubor, retiróse con marcadas señales de indignación y disgusto, dejando el juego y las prendas; y desde aquel día nunca más pudieron acabar con él que volviese á tomar parte en semejantes diversiones (1).» Tan grande como esto era el recato de nuestro Santo, ya desde sus más tiernos años. Aprenda la juventud y adolescencia á rechazar con santa indignación, y sin humanos respetos la menor sombra y apariencia de pecado, en materia de honestidad, al admirar en un niño que todavía no ha llegado al total desarrollo de la razón, tan bello ejemplo de amor á la pureza y recato.

Veamos ahora el método de vida que observaba Luis en Castellón por este tiempo, tal como lo depuso en los procesos de aquella ciudad D. Rodolfo de Petrochinis, en estos términos: «Al levantarse por la mañana, hincadas en el suelo las rodillas, rezaba el ejercicio del cristiano con otras oraciones, según se lo había encargado su maestro que era D. Juan Albertinello natural de Castellón. Poco tiempo duró este en su cargo, por haberle el Señor llamado para sí; y en su lugar fué nombrado preceptor de Luis D. Julio Brixiano, cremonense. Rezadas las preces, oía misa todos los días, y muchas veces

(1) Bártoli. *Vida de S. Estanislao de Kostka, l. 1, c. 2.*

la ayudaba. Ya desde aquella tan temprana edad daba claros indicios de la maravillosa pureza y santidad de vida que andando los años y con el progresivo desarrollo de su inteligencia, habían de llegar á la más encumbrada perfección. Y recuerdo que siendo aún muy niño, se le veía reprender con gran libertad á cualquiera que osase proferir en su presencia alguna palabra menos decorosa y recatada. Y esto me consta por haberlo visto y oído por mí mismo.» Hasta aquí el citado testimonio, por el cual bien se echa de ver cuán temprano empezó Luis á ensayarse en el suave yugo del Señor, y con cuanta razón se le podía aplicar aquel elogio que hace la Sagrada Escritura del niño Samuel, al afirmar de él que á la medida que iba adelantando y creciendo, se hacía más agradable á Dios y á los hombres (1).

---

(1) Puer autem Samuel proficiebat, atque crescebat, et placebat tam Domino quam hominibus. I. *Reg.* II, 26.

CAPÍTULO IV

CONSÁGRASE SAN LUIS Á DIOS EN EL PRIMER USO DE SU RAZÓN. SU SANTA VIDA HASTA LA EDAD DE OCHO AÑOS

1575-1576

AQUEL Señor que dijo: *Dejad á los niños venir á mí* (1), aunque á todos los hombres llama y procura atraer hacia sí, desde sus más tiernos años; á nuestro Luis le tomó por suyo con singular predilección, asemejándole de varias maneras á los espíritus angélicos. Y así como antes que abriese los ojos del cuerpo á la luz de esta vida, ya se dignó engalanar su alma con la vestidura de la gracia, haciéndole sino igual, á lo menos semejante en cierta manera á los ángeles, los cuales reciben juntamente la naturaleza y gracia; así también le concedió que al abrir los ojos del alma á la lumbre de la razón, imitase á aquellos celestiales mensajeros que tienen de continuo fijas sus miradas en el rostro del Padre celestial (2): para Dios fueron las primeras miradas de su alma, para Dios las primicias de su puro co-

---

(1) Sinite pueros venire ad me. *Luc.* XVIII, 16.
(2) Angeli eorum semper vident faciem Patris qui in cœlis est. *Matth.* XVIII, 10.

razón, para Dios los primeros frutos de su libre albedrío. Efectivamente, no bien hubo llegado á la edad de siete años, ilustrada de Dios su mente con luz más copiosa, y atraída con más abundante gracia su voluntad, ofrecióse por completo al servicio del Señor, dedicando á su servicio y alabanza todos los pensamientos, palabras y obras de su vida. Y es así que cuando más tarde descubría su alma á sus superiores, solía contar entre los más señalados beneficios que había recibido de la divina largueza, el de haberse convertido ya en aquella edad de la vanidad del mundo, como él candorosamente decía, al servicio del Señor.

Es por cierto muy hermoso lo que á este propósito depuso con juramento en los procesos el M. R. Padre General Mucio Vitelleschi. Estando un día este Padre hablando con Luis, giró la conversación sobre aquella sentencia del Doctor angélico, en que afirma estar el niño desde el primer uso de su razón obligado bajo pena de pecado mortal á enderezar toda su vida y acciones á Dios, que es el supremo fin para que fué criado. Haciendo aquí reflexión sobre sí mismo, Luis no vaciló en afirmar con grande sinceridad y llaneza que en esta materia no tenía ni asomo de escrúpulo; toda vez que estaba bien cierto de haberse totalmente convertido y dedicado al Señor con el auxilio de su gracia, tan luego como amaneció en su alma la luz de la razón. Cosa por cierto maravillosa, y que pone de manifiesto cuán claras y distintas conservó durante toda su vida las especies de aquellos primeros actos de su libre albedrío, siendo así que lo más común es quedar envueltos en una confusa niebla, como quiera que despertando entonces nuestras facultades intelectuales del prolongado letargo de la ni-

ñez, suelen quedar en ellas menos impresos los vestigios de sus operaciones.

Mas ¿qué diré de la constante y más que varonil fidelidad con que nuestro Luis le mantuvo á su Dios la ofrenda que de todo su ser le había hecho? Como el sol que desde que asoma por el horizonte, no deja de subir y adelantar incesantemente en su carrera, iba el bendito niño trazando de día en día nuevas subidas y adelantamientos por el arduo sendero de la virtud y perfección. A las prácticas de devoción que hemos apuntado en el capítulo anterior, añadió por este tiempo los siete salmos penitenciales y el oficio parvo de Nuestra Señora, que rezaba á sus respectivas horas con suma devoción, por el filial amor que tenía á la Reina de los cielos. Y para juntar con la devoción del espíritu la mortificación de la carne, rezaba todas estas preces puesto de rodillas en el desnudo suelo, sin admitir, ni entonces, ni después en toda su vida, por más instancias que le hiciesen, la almohada que solían usar los demás de su familia, como se estila en los palacios de los grandes.

Dios nuestro Señor que miraba complacido las hermosas virtudes de este angelito, quiso darles nuevos esmaltes y matices, con unas molestas y prolijas fiebres cuartanas, que le dieron no poco que padecer por espacio de diez y ocho meses. Sobrellevó Luis esta prueba con tanta igualdad de ánimo, dió á cuantos le asistían tantos y tan admirables ejemplos de paciencia y humilde conformidad con el divino beneplácito, que comenzó á esparcirse por toda la ciudad de Castellón, con el buen olor de sus virtudes, la voz y opinión de que aquel niño había de ser andando el tiempo un gran Santo. Y cierto

no andaban equivocados en estos pronósticos; antes bien se quedaban cortos en ellos, pues Luis no sólo había de ser un gran Santo, sino que ya acreditaba serlo por la paz y resignación con que sufrió aquella tan penosa y larga dolencia; pues nadie ignora que la verdadera piedra de toque de la virtud es la enfermedad. En todo este período de tiempo, estuvo Luis tan lejos de proferir la menor palabra de queja ó dar la menor señal de disgusto ó impaciencia, que ni aun en medio de los ardores de la calentura, dejaba de rezar con serena tranquilidad y apacible semblante sus cotidianas devociones. Ni un solo día omitió el oficio parvo, ni los salmos graduales y penitenciales: el único alivio que admitió en los días que más le fatigaba la cuartana, fué llamar á su madre ó á otro de la familia, para que le ayudasen á rezar estas oraciones.

En vista de esto, nadie se maravillará de que no hayamos vacilado en afirmar, que ya en esta tierna edad Luis era un gran Santo. Y si todavía alguno tuviere por exagerado este juicio, óigalo de la autorizada pluma de Cepari y de los labios del insigne y venerable Cardenal Belarmino: «Razonando un día (habla el P. Cepari) el Cardenal Belarmino delante de mí y de otras muchas personas de las señaladas virtudes de Luis, que aun vivía, llegó á decir, fundándolo en muy buenas razones, poderse creer no sin grande fundamento, que en todos tiempos tiene la divina Providencia en su Iglesia algunos Santos confirmados en gracia por todo el tiempo de su vida. Y añadió: Yo tengo para mí que uno de estos es nuestro hermano Luis Gonzaga; porque sé cuanto pasa por su alma. Y más tarde, en una deposición auténtica, añadió el mismo Cardenal otras cosas no menos

maravillosas para los que comprenden el lenguaje de la ciencia del espíritu, y conocen la autoridad de aquel insigne purpurado; el cual no vaciló en afirmar que Luis desde la edad de siete años hasta la hora de su muerte vivió siempre una vida perfecta. Cuán raro y extraordinario sea semejante privilegio, déjolo al juicio de los que lo entienden.» Hasta aquí el citado autor. Por donde se ve con cuanta razón se puede asegurar que Luis Gonzaga fué Santo durante todo el decurso de su vida, y que por consiguiente es muy digno de ser propuesto por modelo y dechado de perfección no sólo á la juventud y adolescencia, sino también á la niñez, la cual hallará en la vida de este ángel todas las virtudes y toda la santidad compatible con sus tiernos años. Pero prosigamos nuestra narración.

Tocaba ya á su término el año 1576, cuando fué servido Dios nuestro Señor que libre el santo niño de sus pertinaces calenturas, fuese poco á poco recobrando las fuerzas perdidas. Vino por este tiempo á Castellón un Padre de la orden de san Francisco tenido en gran opinión de santidad, y por su medio quiso Dios empezar á descubrir al mundo la de nuestro héroe. El caso sucedió del modo siguiente:

Habiéndose divulgado por la ciudad la fama de las virtudes y milagros de aquel santo religioso, que moraba en el convento de Santa María, distante como una milla de Castellón; acudía á él gran muchedumbre de pueblo para verle, y encomendarse á sus oraciones, y presentábanle muchos enfermos y endemoniados, á fin de que los curase y los librase de los malignos espíritus. Deseoso también nuestro Luis de ver á tan insigne varón, fuése á la iglesia del convento en compañía de un

hermanito menor, y llegaron á ella en el momento en que el Padre estaba diciendo los santos exorcismos sobre un energúmeno, en presencia de una considerable multitud de espectadores. Al divisar el endemoniado á Luis entre tanta gente, señalándole con el dedo, y hablando por su boca los espíritus infernales, dijo en alta voz:

—¿Veis aquel niño que está allí? El sí que irá al cielo, y gozará de grande gloria.

Fijáronse todas las miradas de la muchedumbre en el santo niño, y aunque los demonios ningún crédito merecen, por ser padres de mentira, nadie dudó que Dios nuestro Señor los compelía á decir verdad en esta ocasión, para que todos supiesen que aquel angelito no era menos terrible á los espíritus malignos, que agradable á los ojos de Dios y de los hombres. Y corriendo luego de boca en boca la fama del suceso, no tardó en saberse por toda la ciudad, contribuyendo en gran manera á aumentar el amor y estimación que todos tenían al que nadie designaba sino con el renombre de *ángel.*

CAPÍTULO V

DE LA VIDA QUE HIZO SAN LUIS EN CASTELLÓN Y EN FLORENCIA HASTA LOS NUEVE AÑOS DE SU EDAD

1576-1577

Habiendo permanecido el Marqués D. Ferrante por espacio de más de dos años en la corte de España, se restituyó á su palacio de Castellón. Luis si bien restablecido por completo de sus calenturas, estaba tan trocado de como su padre le había dejado en Casalmayor; que más parecía un hombre de edad madura, que un niño de ocho años. No se acordaba ya de cañones, picas y arcabuces; olvidado por completo de las armas y ejercicios militares, cifraba todo su contento en los libros y en la práctica de la virtud. Contemplaba el Marqués con verdadera satisfacción la madurez y juicio que en todas las palabras y acciones mostraba su querido Luis; sólo echaba de menos en él aquellos marciales bríos que con tanto empeño le había procurado infiltrar desde sus primeros años. Así y todo, acariciaba en su corazón fundadas y lisonjeras esperanzas de que á su tiempo gobernaría con grande acierto los estados que de él y de sus tíos había de heredar.

Bien diferentes eran por cierto las cuentas que para sí echaba ya desde este tiempo nuestro Luis. A medida que se iba dando más á las cosas espirituales, sentía mayor hastío de los bienes y goces de la tierra y más vehementes impulsos de caminar adelante por la escarpada senda de la perfección. El divino hortelano había ya sembrado en la tierra virgen de su alma las primeras semillas de la vocación religiosa: y como de la abundancia del corazón habla la boca, no pudo menos de manifestar con infantil candor á su piadosa madre los presentimientos que abrigaba en su corazón acerca del rumbo que había de tomar tocante á su estado de vida.

Estando pues un día á solas con la Marquesa, razonando sobre los asuntos de su casa y familia, trájole Luis á la memoria los deseos que con frecuencia le había ella manifestado de que el Señor se dignase escoger á alguno de sus hijos para el estado religioso, y añadió: «Paréceme, madre mía, que el Señor le ha de cumplir sus deseos.» No se atrevió el prudente niño á declararse más por esta vez. Mas como recayese otro día la conversación sobre lo mismo, díjole Luis más explícitamente: «Vos deseáis, señora, tener un hijo religioso; y el corazón me da que á mí me ha de caber esta incomparable dicha.» No debió de sorprender á la buena señora esta candorosa confesión, así por el íntimo conocimiento que tenía de las inclinaciones del santo niño, como porque poco antes de su nacimiento fué cuando el Señor le comunicó aquellos fervientes deseos de tener un hijo religioso. Pero ya fuese para probar la constancia de Luis, ó ya fuese que cediendo á los primeros impulsos del amor maternal, pretendiese desviar al niño de

sus laudables aspiraciones; ello es que atajando con marcadas señales de disgusto su razonamiento, díjole que quitase de su mente semejantes propósitos, y no pensase en hacerse religioso, pues era el mayorazgo de la casa, y á él tocaba de derecho el gobierno de sus estados. Dejaron sin embargo honda huella en su corazón las palabras de Luis, y cuanto más pensaba en ellas, y las parangonaba con los providenciales sucesos de su nacimiento y con la maravillosa y angelical vida que llevaba, con ser de tan tierna edad; tanto más se iba persuadiendo de que á él estaba reservada la envidiable felicidad de trocar los mundanales intereses por los bienes sólidos y macizos de la vida del claustro.

D. Ferrante bien ajeno á los pensamientos del hijo y de la madre, iba echando sus trazas para que la educación de Luis fuese tan cabal y esmerada, cual correspondía á un príncipe de tan noble y esclarecido linaje. Y como había vivido tanto tiempo en la corte del gran Felipe II, de aquel incomparable monarca bajo cuyo cetro florecían como nunca las ciencias, las artes y la santidad; y por otra parte juzgaba por muy probable, en razón de la privanza que él y sus mayores habían disfrutado con los reyes de España, que Luis había de andar por los mismos caminos; toda diligencia le parecía poca, tratándose de su buena educación y crianza.

Excelente ocasión le ofrecía para esto la antigua amistad con que le honraba el Serenísimo D. Francisco de Médicis gran Duque de Toscana, á quien había tratado íntimamente en España; y no dudaba había de acoger á Luis con gran benevolencia en su corte. Por otra parte ningún punto era tan á propósito como la ciudad de

Florencia, así por los excelentes profesores que de que estaba dotada, como por la pureza y perfección con que allí se habla la lengua italiana. Resolvió pues enviar á aquella ciudad á Luis con su hermano Rodolfo que á la sazón iba á cumplir nueve años.

D.ª Marta que amaba tiernamente á sus dos hijos, y conservaba frescos en su memoria los peligros que había corrido Luis en Casalmayor, sintió vivamente esta nueva separación; pero vista la utilidad y conveniencia de los acuerdos del Marqués, trató de ofrecer con generoso corazón este nuevo sacrificio á su divina Majestad, ycomenzó á disponer lo que era menester para el viaje.

Entre tanto, como llegase á Castellón la noticia de haber aparecido la peste en varios puntos de Italia, temiendo el Marqués por su familia, acordó trasladarla á Monferrato. No es razón pasar en silencio un ejemplo de singular modestia y recato que en este viaje dió nuestro Santo, y lo refiere en los procesos uno de los antiguos servidores de la casa de los Gonzagas. Dice que á la llegada de los Marqueses á Casalmayor, acudieron á visitarlos todas las familias principales de la población, mostrando grandes deseos, principalmente las damas, de ver á Luis y ser vistas de él, por las cosas tan notables que de él habían sabido. Mas como nuestro purísimo ángel tenía en más la modestia, honestidad y recato que todos los gustos y consuelos del mundo; no quiso ni ver á las tales señoras, ni ser de ellas visto, aunque más hubiesen de mortificar su vana curiosidad.

A poco de haber llegado á Casalmayor, sintióse el Marqués aquejado de molestos dolores de gota, por lo cual le ordenaron los médicos las aguas de Luca. Y

como Rodolfo andaba también algo desmejorado, y por otra parte había resuelto D. Ferrante que pasada la temporada de baños fuese con Luis á Florencia, quiso que ambos le acompañasen, con intención de dejarlos en aquella capital á su regreso de Luca.

Habiendo pues pasado felizmente el verano en aquellos baños, tomaron el camino de Florencia por el otoño de 1577. Al acercarse nuestros viajeros á aquella ciudad, supieron que estaba acordonada por los temores del contagio; y así se hubieron de retirar á una quinta de Santiago del Turco su amigo, situada en las cercanías de Fiésole, desde donde hizo saber el Marqués su llegada al gran Duque, pidiendo licencia para entrar en la ciudad. Los días de su permanencia en esta pintoresca quinta, salía nuestro Santo á dar algunos paseos montado en su caballo, y se conservan aún en nuestros días los estribos que usaba en estos paseos, siendo muchas las curaciones milagrosas que el Señor se ha dignado obrar por estas reliquias. Es asímismo tenida en gran veneración la habitación en que se aposentaba el Santo por aquellos días, convertida en devoto oratorio, en el cual por Breve de su Santidad se puede celebrar la santa misa aun los días festivos (1).

Holgóse sobremanera su Alteza de la visita de D. Ferrante, dió orden de traerle cuanto antes á su palacio con Luis y Rodolfo, y recibióle con señaladas muestras de amor y benevolencia, agasajándole cuanto pudo, y

---

(1) Léese en esta capilla la siguiente inscripción: «Vetustum cubículum, Aloisii Gonzagæ præsentia ac pluries iterata mora iamdiu sacrum, decenti ara ornatum, immaculati Agni litationi destinatur ipso eræ christianæ anno 1727, quo beatum Hospitem Benedictus XIII retulit inter Sanctos.»

mostrándose por extremo complacido de que le hubiese presentado sus dos hijos, los cuales quiso se hospedasen en su palacio durante todo el tiempo de su estancia en aquella ciudad. Agradeció el Marqués como era razón esta oferta, mas temiendo que las distracciones y bullicio de la corte les estorbasen sus estudios, pidió licencia para colocarlos en otra casa; á lo que accedió su Alteza, y mandó poner á su disposición una casa que alquiló para ellos en la calle de los Angeles.

Tal fué la morada de nuestro Santo todo el tiempo que vivió en aquella ciudad; y fué singular coincidencia, ó por mejor decir providencia de Dios nuestro Señor, que llevase el nombre de los *Ángeles* la calle que había de dar asilo al que por sus angelicales costumbres había de ser enaltecido por la Iglesia con el renombre de *joven angélico.* Aquella afortunada casa santificada con las purísimas huellas de nuestro Santo, ha sido objeto de particular veneración hasta nuestros días. El gran Duque de Toscana Cosme III de Médicis, para honrar la memoria del santo joven, mandó colocar encima de la puerta de entrada su imagen con una inscripción grabada en mármol, en que se conmemora este precioso recuerdo (1). Más tarde habiendo adquirido esta casa el Doctor Antonio Pistolesi, adornóla con sumo gusto y primor, y aun hoy día es visitada por los devo-

---

(1) Hé aquí el texto latino de esta inscripción: «Beati Aloisii Gonzagæ Soc. Jes. simulacrum aspice viator, et locum ubi steterunt pedes ejus animo venerabundus exosculare, hic novennis puer tyrocinia posuit sanctitatis, et si illum regia aula, et florentissima nostra civitas mirata est Virgini ab Angelo salutatæ illibatum virginitatis florem offerentem, domus haec quam tantus hospes implevit, ipsum eximiæ religionis cultu in tam tenera ætate fovisse gloriatur. Neve tam augustum domus hujus, et urbis pereat decus, monumentum hoc positum fuit Ser. Cosm. III. M. D. Etr. regnante An. Sal. MDCLXXXVIII.»

tos de San Luis su linda capilla en la cual se puede celebrar el santo sacrificio de la misa.

Mas volviendo á nuestro Santo, al dejarle el Marqués en Florencia con su hermano Rodolfo, dióles por ayo, á D. Pedro Francisco del Turco; por camarero, á Don Clemente Ghisoni; y para maestro de latín, al erudito y virtuoso sacerdote D. Julio Bresciani, natural de Cremona. Dejóles también la competente servidumbre de pajes y de criados, según su estado y condición lo requerían. Para confesor y director espiritual, fuéle señalado á Luis el Padre Francisco de la Torre, Rector del colegio de la Compañía de Jesús en aquella ciudad. Habiendo pues el Marqués dispuesto y entablado el orden de vida que habían de observar sus dos hijos en Florencia, restituyóse al seno de su familia, y fuése á consolar á la Marquesa su esposa, á quien era por todo extremo sensible la separación de aquellas sus tan queridas prendas y pedazos de su corazón.

Nueve años tenía Luis cuando le dejó su padre en Florencia, y permaneció en ella algo más de dos años. Todo este tiempo trabajó con tesón y perseverancia en el estudio del latín y de la lengua toscana, y el tiempo que le dejaban libre las tareas de sus estudios, lo empleaba principalmente en aquello á que ya el cielo le inclinaba, y adonde el alma se iba cayendo de su peso, que eran las cosas espirituales. Y fué tanto el gusto que cobró á estos santos ejercicios de piedad, que solía más adelante decir que Florencia había sido la madre de su devoción.

Bien es verdad que por obedecer á las órdenes que su señor padre había dejado á su ayo, y por complacer al gran Duque, no podía excusarse de asistirle en las

fiestas y solemnidades de su palacio, en ciertos días más solemnes; pero de tal modo iba Luis á palacio, que no se le pegó ninguna de sus vanidades; y en tal manera servía á los grandes de la tierra, que su corazón no se apartaba de las cosas del cielo, como se verá por el maravilloso orden y concierto de vida que durante estos dos años observó, y diremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VI

DE LA SANTA VIDA QUE HIZO LUIS EN FLORENCIA

1577-1579

El Espíritu Santo que como divino arquitecto iba trazando y dirigiendo desde los cimientos la altísima torre de perfección que en el alma de Luis quería edificar, inspiróle desde luego fervorosos deseos de alcanzar una inmaculada pureza de alma, que es el primer fundamento de la vida cristiana. Y como esta pureza no se halla sino en aquellas celestiales fuentes del Salvador, que son los santos sacramentos, y en particular el de la Penitencia, íbale el Señor inclinando de más á más á frecuentarlo con muy grande preparación y fervor.

Y para que se vea el íntimo sentimiento de dolor y vergüenza con que se acercaba ya desde entonces á este sagrado tribunal, voy á referir lo que le sucedió la primera vez que fué á confesarse aquí en Florencia. Después de haberse examinado y preparado con sumo cuidado y diligencia en el retiro de su casa, presentóse á su padre espiritual con tal congoja y aflicción de espíritu, cual si fuera el mayor pecador del mundo, siendo así que apenas tenía materia de que acusarse. Llegó á tanto el dolor que sentía su alma de haber desagra-

dado aun en cosas mínimas é insignificantes á su Dios y Señor, que al ir á principiar su acusación, faltóle el habla, y cayó sin sentido á los pies del confesor.

Y ¿cuáles eran los grandes pecados cuya sola memoria le hacía caer desvanecido, y cuyos remordimientos convertían sus ojos en fuentes de lágrimas? No nos será dificultoso el rastrearlo por lo que depuso más tarde el Padre Gaspar Alperi en los procesos en los siguientes términos: «Por la grande confianza que yo le inspiraba (á Luis) me descubría algunas veces los más íntimos secretos de su alma, y me decía que las dos faltas que más pena le daban de cuantas había cometido en toda su vida eran: primero, el haber quitado á la edad de cuatro años un poco de pólvora á uno de sus soldados cuando se hallaba en Casal con su señor padre; aunque se consolaba pareciéndole que si él se la pidiera, sin duda se la diera de buena gana, y que el precio de aquella pólvora era bien pequeño toda vez que no excedería el valor de un julio (1). Lo segundo que le afligía era el haber aprendido de aquellos mismos soldados por este mismo tiempo una palabra menos decente, que después repitió algunas veces, aunque sin conocer su significado y malicia. Mas que tan pronto como vino en conocimiento de lo que aquella palabra significaba, se había arrepentido de ella, y la había confesado á un sacerdote. Y como añadiese que de todas las faltas de su vida estas dos

(1) Moneda de plata acuñada en el pontificado de Julio II, cuyo nombre recibió. Su valor fué variando en los siguientes pontificados desde los 55 céntimos de nuestra peseta, hasta los 80. Finalmente presidiendo Benedicto XIV, en la cátedra de S. Pedro fijóse el valor de esta moneda en 68 céntimos. (Grimaldi. *Les Congregations romaines. Guide historique et pratique.*—Moroni Gaetano, *Dizionario di erudizione storico-ecclesiastica. Vol.* XLVI.)

eran las que más le remordían la conciencia, no pude menos de exclamar: ¡Oh cuán dichoso y afortunado sois! Cubrióse Luis de modesto rubor al oir estas mis palabras, y desde entonces ya no me comunicó con la facilidad de antes los secretos de su alma.» Hasta aquí el Padre Alperi, cuyas palabras, franqueándonos los más íntimos arcanos del alma de Luis, nos descubren su incomparable y asombrosa inocencia.

Sin embargo no reposó Luis hasta haber hecho una confesión general de toda su vida, como en efecto la hizo con el citado Padre de la Torre, á los pocos días de haber caído desmayado á sus pies según queda dicho. Pidió á su divina Majestad más copiosa gracia y valor para descubrirse enteramente á su buen director, y lleno de esfuerzo y confianza, entre lágrimas y sollozos, confesó el angelical penitente las que él llamaba grandes culpas, y quedó tan tranquilo y sosegado, que después durante toda su vida recordaba con inefable consuelo de su alma esta confesión general.

Pero no paró en solos consuelos el fruto de esta confesión general, antes bien con la mayor luz que el Señor comunicaba á su alma, dióse desde entonces con mayor ahinco al examen de sus menores faltas y defectos, haciendo por decirlo así anatomía aun de los primeros movimientos de la naturaleza para extirparlos de raíz. Dos fueron los siniestros que halló en su alma á la luz de estos exámenes. El primero era, que algunas veces brotaban en su interior algunos impulsos de ira, que si bien no llegaban á manifestarse en lo exterior, todavía dejaban algo turbada la interior serenidad de su espíritu. Estos primeros movimientos hijos del temperamento sanguíneo que en él predominaba, aunque indepen-

dientes de la voluntad, comprendió Luis que necesitaban del escardillo de la interior mortificación, no fuese caso que con el tiempo viniesen á hacerse fieras indomables las que en aquella tierna edad sólo eran cachorrillos fáciles de ahogar en su mismo nacimiento. Para mejor conseguir lo que pretendía, valióse de una consideración con la cual, mediante la divina gracia, cobraba nuevos alientos para vencerse generosamente.—Mira bien, se decía á sí mismo, cuán feo y detestable sea el vicio de la ira, como quiera que el hombre que se deja enseñorear de él, al volver después en su acuerdo, no puede menos de avergonzarse y confesar que arrebatado como fuera de sí en aquellos momentos de cólera é indignación, no era señor de sus acciones ni de sus palabras.—Con esto y con los auxilios de la divina gracia alcanzó en breve tan perfecto dominio de aquellos primeros movimientos, que nadie ni por asomo le vió jamás descomponerse ni enojarse, de forma que ni rastro parecía quedarle de aquella siniestra inclinación.

El segundo defecto que halló en sí mismo fueron algunas palabras de crítica que de vez en cuando se le deslizaban en sus conversaciones, sacando á plaza los defectos del prójimo. Y por más que esta falta era tan leve, que como él mismo decía, apenas llegaba á pecado venial; acusábase de ella con grande sentimiento en sus confesiones, y proponía aplicarse con todo empeño á desterrar de sus pláticas toda crítica ó murmuración aun de faltas levísimas. Y véase con qué firmeza y tesón cumplía sus buenos propósitos: habiéndole enseñado la propia experiencia ser punto menos que imposible entretenerse en largos razonamientos con personas jóvenes y poco es-

pirituales, sin lastimar la caridad con alguna palabra menos considerada, y por otra parte corrido y avergonzado de haberse tenido que acusar varias veces de aquella misma falta, resolvió acogerse al seguro puerto de la soledad y retiro, prefiriendo privarse del solaz de las conversaciones con sus amigos y familiares, que ponerse á riesgo de quebrantar de nuevo su varonil resolución. No faltaron ciertamente quienes le tacharon de escrupuloso y melancólico al ver su retraimiento; pero muy poco se le daba á él de estas hablillas, á trueque de conservar su alma pura y agradable á los divinos ojos.

¿Cómo había de dejar sin recompensa estos hermosos sacrificios consumados en aras de la virtud, aquel Señor que halla sus delicias en las almas puras, y que en prueba de ello quiso canonizarlas en el monte de las bienaventuranzas prometiéndoles la vista de su divina faz?

Dos fueron, y por cierto muy señaladas las mercedes con que quiso galardonar los generosos esfuerzos de Luis. La primera fué acrecentar en su alma aquella tierna y filial devoción conque desde su primera niñez había honrado á la Reina de cielo y tierra. Venerábase en la iglesia de los siervos de María una devotísima imagen de Nuestra Señora en el misterio de su Anunciación, pintada, como es tradición, por manos de ángeles. Cobróle Luis tanto amor y cariño, que no pasaba día sin que fuese á visitarla; gozándose sobremanera de ofrecerle varios obsequios, y regalándose con ella como un hijo con su madre. Salía de estas visitas más y más encendido en el amor de Nuestra Señora, y como de la abundancia del corazón habla la lengua, una de las conversaciones más favoritas de Luis era tratar de la devoción á la Santísima Virgen, con lo

cual su alma se inundaba en celestial dulzura y suavidad.

La segunda gracia que le hizo por este tiempo el Señor, fué inspirarle que le consagrase perpetuamente su alma y cuerpo por medio del voto de castidad. La ocasión fué el haber venido á sus manos un librito del Padre Gaspar de Loarte de la Compañía de Jesús, discípulo que había sido del V. Maestro Ávila, y en cuya escuela con el más acendrado amor á Jesús sacramentado había aprendido á juntar una singular devoción á Nuestra Señora. Para comunicar á los demás esta dulce llama que á él le consumía, publicó un opúsculo en que explicaba los misterios del santo rosario y la manera de rezarlo devotamente.

Estaba pues un día nuestro Santo leyendo en este librito, cuando sintióse interiormente impulsado á ofrecer á la Santísima Virgen algún obsequio que fuese muy de su agrado. Y pensando consigo y ponderando detenidamente que no podía hacer á la Reina de las vírgenes más grato presente que consagrarle desde luego con voto su virginidad, encendido en fervorosos deseos de imitar á aquel purísimo espejo de pureza, acordó llevar á cabo este sacrificio. Y así lo hizo delante del referido altar de la Anunciación, á la edad de nueve años según lo afirma la Iglesia en el oficio litúrgico de nuestro Santo (1). No faltan empero algunos autores que dicen haber ofrecido Luis este su voto de castidad, en la fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora, á 25 de marzo del año 1578, esto es, á la edad de diez años, que había

(1) *Novennis* Florentiæ ante aram beatæ Virginis, quam parentis loco semper habuit, perpetuam virginitatem vovit. *Lect.* IV, *ad Matutin.*

cumplido el día 9 del mismo mes. Mas esto hasta ahora no se ha probado que sepamos con ningún documento auténtico y fehaciente que pueda contrarestar á la autoridad del breviario romano y al testimonio jurídico del R. P. Mucio Vitelleschi, el cual siendo Asistente de Italia, depuso en el proceso romano, entre otras cosas de San Luis, lo referente á su voto de virginidad en los siguientes términos. «Fué devotísimo de la Bienaventurada Virgen María, y hablándome familiarmente, me descubrió uno de los obsequios con que la había honrado; y fué que *á la edad de nueve años cumplidos, y andando para los diez,* vínole á las manos el libro del Padre Gaspar Loarte, con cuya lectura concibió el deseo de ofrecer á la Santísima Virgen el obsequio que fuese más de su agrado: y creyendo que ninguna cosa le sería tan agradable como su virginidad, consagrósela con voto perpetuo (1).» De este documento claramente se desprende no haber pronunciado Luis su voto el día de la Anunciación, sino en otro día. Porque el día de la Anunciación del año 1577, aún no estaba en Florencia; y en tal fiesta del siguiente año, ya había cumplido sus diez años. Así que constando por una parte que el Santo consagró su virginidad á Nuestra Señora, siendo de nueve años, y por otra que esto acaeció en la ciudad de Florencia, colígese manifiestamente, deberse colocar la fecha de dicho voto ó en la segunda mitad del año 1577, ó en los primeros meses de 1578 hasta el 9 de marzo (2).

---

(1) Bolland. *Vita S. Alois. annot. ad cap. II. g.*

(2) En la Revista italiana *L' Eco di S. Luigi*, n. 17, pág. 1.ª cítase un documento que trae Baldinucci, del cual se saca que el alquiler de la casa en que habitó el Santo, durante su estancia en aquella ciudad, comenzó el día 1.º de noviembre de 1577, y expiró después del mes de abril de 1580.

Mas ¿qué lengua podrá explicar los torrentes de celestial dulcedumbre que bañarían su inocente alma en aquel dichoso momento, en que postrado ante el trono de María, depositaba á sus reales plantas la ofrenda más preciosa y agradable á sus purísimos ojos: la flor de la virginidad? «La cual, como dice Cepari, conservó toda su vida tan entera y perfectamente, que se echa bien de ver cuán aceptable le fué á Dios nuestro Señor aquella oferta, y cuán especialmente le recibió la Virgen Santísima debajo de su protección. Porque afirman sus confesores, y en particular el Ilmo. Cardenal Belarmino en su testimonio jurado, y más largamente el P. Jerónimo Plati, en aquel su memorial latino, que San Luis en toda su vida no sintió jamás ni un mínimo estímulo ó movimiento carnal en el cuerpo, ni un pensamiento ó representación lasciva en la mente, contraria al propósito y voto que había hecho. Cosa tan sobre toda fuerza é industria humana, que bien se ve haber sido un don muy particular de Dios, por medio de su santísima Madre.» Hasta aquí el P. Cepari: y con razón se maravilla este autor de ver á nuestro Santo adornado con un privilegio no concedido sino á poquísimos, aun entre los más grandes siervos de Dios; y que si lo alcanzaron un San Bernardo, un Santo Tomás de Aquino, y un San Equicio, no fué sino después de haber sostenido terribles combates contra esta angelical virtud, y á precio de copiosas lágrimas y oraciones. Pero sube de punto esta gracia, y resalta en ella más visiblemente el poder del Altísimo, si se tiene en cuenta que el natural temperamento de Luis era ardiente, y su complexión sanguínea; por donde se hace preciso confesar que cuanto menos aparece la naturaleza en este singular privilegio, tanto más

se ha de atribuir á la gracia y beneficio sobrenatural de Dios nuestro Señor.

Mas nadie piense que fiado Luis en este divino favor, se descuidase en lo más mínimo por lo que toca á la guarda de tan rica joya: concedióle el Señor tan grande aprecio y estima de ella, que toda industria y solicitud le parecía poca en razón de conservarla pura é intacta. Acostumbróse ya desde esta tierna edad á andar siempre con los ojos bajos, tanto en casa, como fuera de ella. Cuando por la mañana entraba el camarero para ayudarle á vestirse, recibíale con un modesto y virginal rubor, los ojos clavados en el suelo, y todo el cuerpo compuesto y cubierto con tanto recato, que aun para ponerle el calzado, apenas sacaba la punta del pie fuera de la cama.

Y ¿qué diré del recato y circunspección que guardaba cuando había de tratar con mujeres, y en particular cuando iba á la corte del gran Duque? Oigamos acerca de esto el ilustre testimonio de Doña Leonor de Médicis y de Gonzaga, Duquesa de Mantua, según consta en los procesos: «Ya hace algún tiempo, dice, que tuve el gusto de ver y oir á Luis en Florencia, y en el trato y conversación que con él tuve, que era como de familia, eché de ver que era muy parco y medido en sus palabras, retraído de las conversaciones y amigo de estar á solas. Mientras los demás se entretenían en varios juegos, él se retiraba y se ocupaba en santos pensamientos ó en rezar sus oraciones. Hablaba con frecuencia de Dios, y en todo era un acabado modelo de vida y costumbres cristianas; de suerte que nuestras ayas y en general todas las damas de la corte, nos lo proponían como un dechado y ejemplar al cual debíamos procurar imitar

con todo empeño.» Hasta aquí el testimonio de la Duquesa; el cual se confirma y declara con otra cosa que solía contar ella misma, como dice el P. Cepari, y es que cuando la misma Doña Leonor ó su hermana la Serenísima Doña María, más tarde reina de Francia, las cuales en aquella sazón eran aun niñas, invitaban á Luis para los juegos y diversiones propias de aquella edad; él respondía que aquellos pasatiempos no eran de su gusto, y que de mejor gana se entretendría en hacer altares ó en otras ocupaciones espirituales y provechosas.

Con esta circunspección y comedimiento juntaba Luis una obediencia perfectísima á sus mayores, siendo de ello abonado testigo su ayo, el cual afirmó no haberle visto faltar ni una sola vez á la más mínima de sus órdenes. Y no contento con practicar él mismo esta perfecta obediencia, procuraba también que su hermano Rodolfo le imitase, obedeciendo en todo al ayo y al preceptor: y si alguna vez faltaba en esto, ó se quejaba de las reprensiones ó avisos que ellos le daban, Luis con fraternal amor le reconvenía por esto, exhortándole á la más perfecta sumisión y rendimiento.

En el trato con los criados usaba de tanta cortesía y buenos modales, que en breve se granjeó el amor de todos. Nunca usaba con ellos palabras de imperio: la manera que tenía de mandarles era decirles: «Si no os es molesto, desearía hicieseis tal cosa.» «Podríais hacer esto, si bien os parece.» «Me holgaría llevaseis este recado... etc...»

Mas aunque de ordinario se mostraba tan afable y amoroso con sus criados, no por esto dejaba de corregirlos y reprender sus faltas cuando en algo se desmandaban, porque aquella blandura y suavidad que con ellos

usaba, no procedía de carácter tímido ó apocado, sino de virtud y nobleza de corazón. Y en prueba de ello, véase lo que dejó apuntado en el proceso de Castellón el Excelentísimo Sr. D. Rodolfo de Petrochinis. «Acuérdome, dice, que por este mismo tiempo, si por algún motivo se originaba entre los de su servidumbre alguna desavenencia ó altercado, Luis que era aún niño, acudía al instante á apaciguar y reconciliar entre sí á los disidentes. Y en particular recuerdo, que como estuviese yo en cierta ocasión riñendo con D. Antonio Turcio florentino, (cosa por cierto harto frecuente entre nosotros); apenas oyó Luis la contienda, salió de su habitación, y tomándome por el brazo, me condujo á ella, y con una gravedad y mesura superior á su edad pueril, me reprendió y corrigió fraternalmente.»

Tal era el maravilloso concierto con que había sabido ordenar su vida este niño maravilloso á la temprana edad de nueve años, lejos de la vigilancia de sus padres y en medio de los peligros de una populosa ciudad y entre las distracciones y espectáculos de una corte tan lucida como era la de Florencia.

Habiendo fallecido en este año de 1578 la gran Duquesa Doña Juana de Austria, madre de las dos Princesas de que arriba hemos hecho mención, celebróse el funeral con la pompa y esplendor que á tal señora correspondía, con asistencia de todo lo más granado de la corte. Presenciaron, como era natural, aquella grande solemnidad Luis y su hermano Rodolfo, y el día siguiente daba Luis cuenta de ella á su señor padre con la siguiente carta que traducimos literalmente, para conservar la infantil sencillez con que fué escrita.

Ilustrísimo Señor y Padre mío:

Causó en nosotros alguna tristeza la noticia que V. S. Ilustrísima nos comunicaba por carta del 6 de este mes, diciéndonos que se hallaba algún tanto molestado de la gota acompañada con un poco de calentura; aunque luego añadía que una y otra dolencia iban disminuyendo. Mas luego vino á consolarnos la carta de nuestra señora madre del día 8, por la cual supimos que ya se hallaba V. S. completamente restablecido: gracias sean dadas á su divina Majestad.

Ayer fuimos á ver las exequias de la gran Duquesa, que fueron hermosísimas, y duraron por espacio de tres horas. El cortejo fúnebre estaba dispuesto por este orden: iba delante el estandarte de San Lorenzo seguido de la cruz, cuyo acompañamiento lo formaban 150 pobres vestidos de luto y con hachas encendidas. En pos de estos seguían los frailes no sólo de la ciudad, sino también de todas las cercanías hasta tres millas á la redonda, contándose hasta diez y ocho religiones diferentes, y llevando cada religioso una vela blanca de una libra. Después venían los lloradores con sus colas de usanza. Tras estos iban los clérigos con sus velas iguales á las de los religiosos; luego venían los pajes, caballeros y cortesanos todos de luto y con antorchas. Finalmente seguía el cadáver debajo de palio: llevaban el féretro algunos señores de título, y el palio los gentiles hombres de la ciudad. Cerraba la procesión el gran Duque con su gramalla y sombrero de luto, escoltado por su guardia armada, y seguido de toda su corte. Después que hubo acompañado el cadáver á la iglesia de San Lorenzo, retiróse á su palacio.

En cuanto á nosotros, vamos siguiendo ocupados en nuestras devociones y estudios, gozando de salud inmejorable. Nada más se nos ofrece, sino poner fin á esta besando las manos de V. S. y de nuestra señora madre, con la hermanita y hermanito.

De V. S. Ilustrísima

Buen hijo

LUIS GONZAGA.

Otra carta se conserva de las que por este tiempo escribió San Luis á su padre, la cual me ha parecido bien trasladar aquí de su original italiano, así porque muestra el cuidado que entonces ya tenía Luis de ganar las indulgencias y jubileos concedidos por su Santidad, como también porque da cuenta de algunas inocentes diversiones con que se entretenía en compañía de su hermano algunos días de fiesta.

Ilustrísimo Señor y Padre nuestro:

El domingo fuimos con D. Juan (1) á ver las carreras de caballos celebradas con motivo de las fiestas de santa Ana (2), y ocupamos el mismo palco en que estaba el gran Duque. El palio (3) fué de paño rojo, y lo ganó el corcel berberisco del Conde de Bagno. El vier-

(1) Era D. Juan el último de los hermanos del gran duque de Toscana, y sólo contaba á la sazón 13 años de edad.

(2) Celebraban los florentinos cada año solemnes fiestas cívico-religiosas en honor de Santa Ana, en agradecimiento por la victoria que consiguieron en la fiesta de la Santa, á 26 de julio de 1343, sobre las tropas del duque de Atenas, Gualtero de Briena.

(3) *Palio*, según el Diccionario de la Academia, era el premio que señalaban en la carrera al que llegaba primero á la meta, y consistía en un paño de seda ó tela preciosa que se ponía al término de ella. Lo mismo significa en italiano y de aquí viene la frase italiana *correre il palio* que usa el santo niño en esta carta. Y nuestro clásico Tejada Gómez de los Reyes empleó elegantemente la misma palabra en la siguiente cláusula: «¿Sería bueno que corriendo en el estadio, cerca ya del palio aflojase en la carrera?» (*León prodig.* p. I, *Apol.* 38.)

nes pasamos otra vez á visitar á D. Juan, el cual como no quisiese salir á paseo, pasó el rato entreteniéndose con nosotros en guisar varias cosillas. Mas él no las probó, porque ayunaba por el jubileo que ha concedido su Santidad, con remisión plenaria de culpa y pena, rogando á Dios nuestro Señor se digne poner su mano en estos sucesos tan adversos de Flandes, y además por la exaltación de la santa Iglesia, extirpación de las herejías, y conservación de los Príncipes cristianos. Nosotros ganaremos este jubileo la semana que viene, y no dejaremos de acordarnos de V. S. en nuestras oraciones, como siempre nos hemos acordado y nos acordaremos en adelante. Ayer estuvimos en Pitti acompañados del Sr. D. Juan; y mientras él se recreaba con nosotros junto á una fuente, llegaron las Princesas con muchos perros, porque decían que también ellos habían de tener sus corridas. Estando en ellas, llegó el gran Duque por la puerta del jardín acompañado solamente de cuatro gentiles hombres, y quedóse á presenciar la fiesta. Todos corríamos á más y mejor: las Princesas, el Señor D. Juan, y también nosotros. Duró la diversión hasta el anochecer. Estos días de fiesta hemos oído la santa misa en la Anunciada, sin olvidarnos de suplicar á Aquella celestial Señora se digne colmar á V. S. de toda felicidad con todo acrecentamiento de alegría y consolación. Seguimos sin novedad ocupados en nuestros estudios. Ponemos fin á la presente besando las manos de V. S. Ilustrísima.

De Florencia, á los 17 de agosto de 1578.

De V. S. Ilustrísima

Obedientísimo hijo

LUIS GONZAGA.

CAPÍTULO VII

PASA Á MANTUA POR ORDEN DE SU PADRE, Y RESUÉLVESE Á ABRAZAR EL ESTADO ECLESIÁSTICO

1579

Dos años poco más ó menos había permanecido Luis en Florencia, á saber desde el otoño de 1577, hasta el mes de noviembre de 1579; cuando el Marqués su padre le dió orden de pasar á Mantua. La ocasión de este acuerdo fué la que vamos á referir. Guillermo de Gonzaga, Duque de Mantua era también Señor de Montferrato, y solía confiar el gobierno de este señorío, por un tiempo limitado, á alguno de los príncipes de su misma cepa. Por este año de 1579 recayó el nombramiento en D. Ferrante, el cual aceptando con agradecimiento tan importante cargo, juzgó ser muy conveniente enviar á sus dos hijos á la corte de Mantua, en razón de estrechar más y más las buenas relaciones que unían á las dos familias.

No tardó Luis, como perfecto obediente, en cumplir la orden de su señor padre. Después de haberse despedido cortésmente del gran Duque, púsose en camino para Mantua, á donde llegó por el mes de noviembre, con Rodolfo su hermano y con todo el séquito de su

servidumbre (1). Presentáronse al Duque su tío, quien se holgó mucho con su venida, y los recibió y agasajó con mucho amor y cariño. Instalóse Luis con el beneplácito del Duque en el palacio que llamaban del Abad de Gonzaga, y en él vivió por espacio de seis meses, observando constantemente el mismo tenor de vida que con tanto medro de su alma había entablado en Florencia. Repartía su tiempo entre el estudio, los ejercicios espirituales y las precisas atenciones que debía á sus parientes y allegados, mostrándose siempre obediente y dócil á las menores indicaciones de sus ayos y de sus maestros.

Navegaba prósperamente nuestro Santo por el mar de la vida ignorando aún lo que eran borrascas y tem-

---

(1) D. Antonio Pighi en un artículo publicado en el *Eco di S. Luigi* n. 17, p. 1, juzga haberse equivocado el P. Cepari al fijar la llegada de San Luis á Mantua en noviembre de 1579; y se funda en el documento arriba citado en que se afirma que el alquiler de la casa que habitó el Santo, no expiró hasta fin de abril del siguiente año 1580; de donde colige el sobredicho autor que San Luis estuvo en Florencia hasta fin de abril del año 1580. Mas esto es á todas luces inadmisible: 1.º Por lo que afirma en los procesos el Marqués D. Francisco Gonzaga hermano del Santo: «Permaneció, dice, allí (en Mantua) unos seis meses, estando yo en su compañía todo este tiempo.» Pues ¿cómo pudo estar seis meses en Mantua, si no llegó allá hasta primeros de mayo, y á la entrada del verano ya se hallaba de vuelta á Castellón, en donde estuvo con San Carlos Borromeo é hizo allí su primera comunión en el próximo mes de julio? 2.º Por lo que afirma Cepari en el cap. III donde dice lo siguiente: «Perseveró Luis en este ayuno tan riguroso no sólo *aquel invierno en Mantua, sino el verano siguiente en Castellón.*» De estas palabras aparece claramente haber pasado Luis aquel invierno en Mantua, y el siguiente verano en Castellón; y que por consiguiente no pudo permanecer hasta fin de abril en Florencia. De estos y otros pasajes de la vida del Santo, se ve sin rastro de duda que no se equivocó Cepari, sino Pighi al fijar la fecha en que salió San Luis de Florencia. Ni lo del alquiler de la casa, aunque se admita como cierto, prueba nada en contra; pues bien pudo ser que el gran Duque hubiese alquilado para el santo joven la casa por semestres desde 1.º de noviembre de 1577 hasta fin de abril de 1580; y que habiendo renovado el alquiler á 1.º de noviembre del año 1579, antes de terminar este plazo, hubiese sido Luis llamado á Mantua.

pestades; el mundo le sonreía, y le abría de par en par las puertas de los honores, riquezas y bienestar material; pero Dios nuestro Señor que le quería labrar para santo, comenzó á ponerle acíbar en los bienes de la tierra, á fin de que encaminase cada día más derechamente al cielo la proa de sus deseos y aspiraciones. Así que á poco de haberse alojado en su palacio de Mantua, adoleció de una molesta enfermedad de orina, que si bien no puso á riesgo su vida, ni aun le impidió la prosecución de sus estudios; exigió por algún tiempo especial cuidado y solicitud, para atajar con tiempo su progreso é impedir los funestos resultados que para adelante podían sobrevenir. Examinado el caso por los médicos, juzgaron que una rigurosa dieta era el tratamiento más indicado para aquella dolencia, y así se lo manifestaron al enfermo. No se le hizo dificultoso á este el sujetarse á tan molesto régimen, aunque por hallarse en el período del crecimiento, necesitaba de más abundante y nutritiva alimentación; antes bien se dió con tanto ahinco y perseverancia á la más rígida abstinencia, y llegó á tal extremo de flaqueza y postración, que estuvo á pique de sucumbir y perder la vida. Rara vez llegaba á tomar un huevo entero en una comida, y si algún día se lo acababa, parecíale haber comido espléndidamente. Merced á esta rigurosa abstinencia, no tardó mucho en verse libre y perfectamente curado de su achaque.

Viendo pues los facultativos que había desaparecido por completo el motivo por el cual le habían prescrito aquella tan estrecha dieta, ordenáronle que poco á poco fuese aumentando la alimentación, á fin de recobrar las fuerzas perdidas, y favorecer el natural desarrollo del cuerpo. Pero el santo niño que ya había comen-

zado á saborear otros manjares más exquisitos y suaves con que Dios nuestro Señor acostumbra regalar á las almas mortificadas, estaba tan bien hallado con sus abstinencias, que no fué posible conseguir de él que las dejase ó por lo menos las moderase en alguna manera. Los ejemplos de los Santos, cùyas vidas escritas por Surio leía con particular consuelo de su espíritu, y cuyas penitencias y asperezas deseaba imitar, aguijábanle más y más á llevar adelante sus perpetuos ayunos; de suerte que lo que había comenzado por obedecer á los médicos y librarse del mal que le aquejaba, lo prosiguió por motivos de virtud y por espíritu de penitencia y mortificación, como él mismo lo confesó más tarde al Padre Jerónimo Plati.

Este método de vida tan abstinente y mortificada, cuanto fué de provecho para su espíritu, tanto perjudicó á su salud, estragándole y debilitándole el estómago en tanto grado, que cuando á la vuelta de un año quiso tomar mayor cantidad de alimento, no le fué posible; y con esto vino á enflaquecerse y agostarse hasta el punto de perder aquella buena complexión y natural robustez que de antes tenía.

Pero veamos ya las gloriosas victorias que por este tiempo reportó en el corazón de Luis la gracia sobre la naturaleza y el espíritu de Dios sobre el espíritu del mundo. Uno de los principales frutos de las tribulaciones y adversidades de esta vida es el esclarecer é ilustrar la mente del hombre, para que vea la vanidad é inconstancia de las grandezas terrenales y la gravedad de los peligros á que se exponen los que se lanzan á surcar en frágil navecilla un mar tan revuelto y embravecido.

Luis que si bien sólo contaba doce años de edad, era

ya hombre por la madurez y despejo de su juicio; visitado por la tribulación vió clarísimamente, á la luz de este luminoso faro, las olas encrespadas y los peligrosos escollos del mundo, comprendió y tocó como con la mano que todos los títulos de grandeza no eran capaces de librarle de los achaques y enfermedades á que está expuesta nuestra frágil naturaleza, y que al fin y á la postre, el rico y el pobre, el noble y el plebeyo han de pagar igual tributo á la muerte. De estas y otras semejantes consideraciones sacó un firme y decidido propósito de consagrar toda su vida al servicio de Dios nuestro Señor, dando de mano á los intereses caducos y efímeras glorias de la tierra. Y como quiera que lo que más le ataba con el mundo era el marquesado de Castellón y los cuidados y embarazos que le había de acarrear el gobierno de su casa y familia, resolvióse muy de veras á renunciarlo todo, y cederlo á su hermano Rodolfo, con ánimo de abrazar el estado eclesiástico, al cual se sentía interiormente llamado, no para alcanzar dignidades eclesiásticas, sino para tener el camino de la virtud y santidad más expedito y desembarazado.

Asentada en su alma esta generosa resolución, comenzó á trazar los medios que más le habían de ayudar para llevarla á cabo, aunque sin descubrirla á nadie por entonces, ni aun á su padre, á quien solamente pidió con instancia que le apartase de la corte, y le librase de los cuidados que esta trae consigo, á fin de poder atender exclusivamente á sus estudios. Demás de esto, valiéndose del pretexto de su delicada salud, se dió con mayor ahinco á la soledad y retiro, hurtando el cuerpo á muchas salidas y visitas que si gozara de perfecta salud no hubiese podido fácilmente evitar. Con esto lograba

más largo tiempo y sosiego para vacar al estudio y á las prácticas de devoción, en que se le pasaban las horas sin sentir, por el incomparable gusto y hartura espiritual que en ellas encontraba.

Era enemigo declarado de juegos, teatros, bailes y otras diversiones semejantes; y en vez de estos entretenimientos se ocupaba en instruir en las cosas de nuestra santa religión no sólo á sus criados, sino también á otras personas extrañas. Así lo atestiguó en los procesos uno de sus familiares, añadiendo que si por ventura él ú otro de la casa, confundidos de la afable modestia y humildad con que los trataba el Santo, le recordaban que él era su Príncipe y señor y que como tal bien podía mandarles como quisiese; Luis les respondía: «Mil veces mejor es servir á Dios, que enseñorear á todo el mundo.»

Si alguna vez salía de casa para dar alguna expansión al espíritu fatigado, no hallaba mejor solaz ni más apetecido recreo, que irse á postrar á los pies de Jesús sacramentado, en el retiro de alguna iglesia, ó entrar en la portería de algún convento para entretenerse allí en piadosos razonamientos con algún santo religioso. Entre sus parientes á ninguno visitaba con tanta frecuencia ni con tanto gusto como á su señor tío D. Próspero Gonzaga. Y ¿cuál era el secreto imán que á aquella casa tan singularmente le atraía? Sigamos al amable niño en sus repetidas visitas á dicha morada, y al verle en llegando, volar desalado á la devota y retirada capilla, y estarse allí largo rato hablando con su Dios, fácilmente comprenderemos que éste y no otro era el dulce imán de su corazón y el principal objeto de sus visitas á aquella casa. Y si esto no bastase para persuadirnos de esta verdad, acerquémonos á escuchar las conversaciones que, al

salir del oratorio entablaba con su señor tío y demás familiares, y al oirle hablar tan altamente de Dios y de las cosas del cielo, sin acordarse de las cosas de la tierra, fuerza, será confesar que estaban muy lejos de equivocarse los que oyéndole razonar con tanto espíritu y fervor, exclamaban admirados. «¡Luis es un gran Santo!»

CAPÍTULO VIII

DE SU VUELTA Á CASTELLÓN Y DE LA SANTA VIDA QUE ALLÍ HIZO

1580

NOTICIOSO el Marqués de la vida retirada y casi eremítica que Luis había entablado en Mantua, y sabiendo por otra parte que lejos de atender á su salud y á reponerse de sus achaques, no cejaba un punto en los rigores de su abstinencia; acordó trasladarle á Castellón por la primavera de este año de 1580, esperando no sin fundamento que este cambio había de contribuir eficazmente á su pronto restablecimiento, toda vez que además del beneficio de los aires natales, gozaría allí de la amenidad y belleza de aquellas campiñas, y sobre todo estaría á la vista de su madre, con cuyos cuidados y solicitud, no dudaba había de recobrar en breve plazo sus perdidas fuerzas. Así que aprovechando la oportunidad con que le brindaba la salida de los Duques de Mantua á veranear por varios sitios de sus estados, dispuso D. Ferrante que Luis y Rodolfo se trasladasen sin demora á su palacio de Castellón.

Mas ¿cómo dar á entender la triste sorpresa y por demás desagradable impresión que causó en la Marquesa

la vista de Luis que volvía pálido y demacrado y sin aquel vigor y lozanía de antes? Exhortóle la cariñosa madre á que tuviese mayor cuidado de su salud, moderando aquellos rigores que todos le echaban en cara, y que tan funestos podían serle en lo porvenir. Estas amorosas reconvenciones juntamente con la vigilancia y desvelos de la solícita madre, si no tuvieron todo el resultado apetecido, sirvieron á lo menos de algún freno á Luis, el cual procuró complacer á Doña Marta, tomando algo más de alimento; pero como el estómago no lo abrazaba bien ni lo digería, por hallarse sumamente debilitado; Luis volvía á sus tan queridas abstinencias, sin aflojar un punto en sus acostumbrados ejercicios espirituales. Así que al pasar de Mantua á Castellón, aunque mudó de domicilio, no mudó de vida, ni cesó de aplicarse con igual fervor á los estudios y á la lección de libros santos, siempre retraido de las diversiones, siempre amigo de la soledad y siempre enamorado de la oración y trato con Dios.

Mas hora es ya que digamos cuál era la oración de nuestro Luis por este tiempo, y cómo le iba amaestrando en el divino arte de orar el mismo Espíritu Santo, al cual por ser la soberana y divinal *unción que enseña todas las cosas* (1), corresponde principalmente este excelentísimo magisterio. La primera lección que da este divino Maestro á las almas que quiere elevar á una oración muy alta y privilegiada, es enseñarlas á despreciar el mundo y sus devaneos, y á amar el silencio y la soledad, conforme á aquello de Oseas: *La conduciré á la soledad, y allí le hablaré al corazón; allí serán los consuelos y*

(1) Unctio eius docet vos de omnibus. I *Joan.* II, 27.

regalos; allí le daré leche á mis pechos (1). Así puntualmente lo hizo con nuestro Santo: después de haberle el Señor destetado de los consuelos y deleites del mundo, y habiéndole inspirado el amor que hemos visto á la soledad y recogimiento, comenzó á descubrirle los tesoros de su celestial doctrina, y á bañarle con la lluvia de sus dulcísimas consolaciones.

Mas antes que pasemos á referirlas, será bien advertir que hasta este tiempo había Luis ignorado el arte de orar mentalmente, y nada ó casi nada se le alcanzaba de los documentos que suelen darse para meditar con provecho, por medio de la aplicación y ejercicio de las potencias espirituales de nuestra alma. Y por esto es más de maravillar que en tan breve tiempo llegase á un grado de contemplación á que comunmente no se llega sino después de haberse ejercitado largos años en la oración mental ordinaria. Bastaba que el santo niño se hincase de rodillas delante de la imagen de su Amor crucificado, para que su alma impelida por el favorable viento del divino Espíritu, se engolfase en la más sabrosa y sosegada contemplación, ya de los misterios de la sagrada humanidad de Cristo nuestro Señor, ya de los atributos y perfecciones de la divinidad, con tanta copia de lágrimas, que corriendo estas hilo á hilo por sus mejillas, no sólo bañaban sus vestidos, mas aun el pavimento de su habitación. Acerca de lo cual afirma en los procesos uno de sus criados que en pocas horas se hacía preciso cambiarle repetidas veces los pañuelos que dejaba empapados por el continuo llanto que vertían sus ojos.

---

(1) Ecce ego lactabo eam et ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor eius. *Oseæ* II, 14.

Con estos extraordinarios consuelos fué cobrando tan grande estima y amor al santo ejercicio de la oración, que no se cansaba de meditar, y aunque en los procesos no están acordes los testigos acerca del número de horas que consagraba á este su predilecto ejercicio, todos convienen en que estas eran muchas cada día; y uno llega á afirmar que toda la vida de este maravilloso jovencito era una oración no interrumpida y una asidua contemplación de las cosas celestiales. Siempre y en todas partes hallaba Luis oratorio preparado para hablar con Dios: en casa, en los paseos, en las calles, en los viajes y áun en las posadas, encontraba sin dificultad tiempo y sazón oportunos para levantar su vuelo á donde estaba su corazón que eran las cosas del cielo.

Empero su lugar de preferencia, era el que nos señala Cristo nuestro divino Maestro, conviene á saber: el apartamiento y soledad de nuestro aposento, como se lee en San Mateo: *Cuando orares, entra en tu habitación y cerrada la puerta, ora á tu Padre celestial en secreto; y tu Padre te dará lo que pidieres* (1). Así exactamente lo cumplió Luis, como se verá por lo que dice el P. Cepari haber oido de testigos oculares, y merece ser trasladado aquí con sus propias palabras: «Esto le obligaba, dice, á estarse la mayor parte del día encerrado, por miedo de perder aquella ternura, ó de que le viesen llorar. No se podía con todo esto encubrir á sus criados, antes se ponían muchas veces á acecharle por los resquicios con no pequeña maravilla. Veíanle estar á veces algunas horas postrado delante de un crucifijo, los brazos ya

(1) Tu autem cum oraveris, intra in cubiculum tuum, et clauso ostio, ora Patrem tuum in abscondito: et Pater tuus, qui videt in abscondito, reddet tibi. *Matth.* VI, 6.

abiertos, ya cruzados sobre el pecho, los ojos enclavados en el Cristo, llorando tan recio, que se oían afuera los sollozos y suspiros. Después le veían muchas veces sosegarse, y quedarse como en éxtasis, inmoble, sin pestañear, como si fuera de piedra. Estaba en esta sazón tan abstraido, que aunque el ayo ú otros criados, que me lo contaban, pasasen por el aposento é hiciesen ruido, él no lo echaba de ver, ni lo oía. Divulgábanse estas cosas por el lugar, y venían á veces algunos de fuera á acechar también, y volvían atónitos. Muchas veces repararon, que al subir la escalera rezaba en cada escalón un Ave María. Cuando iba por casa ó por la calle en carroza ó á pie, siempre llevaba algo que rumiar de su meditación (1).» Hasta aquí el P. Cepari.

Pero todo esto le parecía poco á nuestro Luis: los vehementes deseos que Dios le comunicaba de adelantarse en esta divina ciencia de los santos, le espoleaba para que anduviese siempre en busca de nuevas industrias, en razón de aprender á orar con mayor perfección. Vino un día á sus manos, sin duda por particular providencia de Dios, un librito del Beato P. Pedro Canisio de nuestra Compañía, en que con mucho orden y claridad se expone el método de la oración mental, y se explanan algunos puntos de meditación á fin de que juntándose en uno la teórica y la práctica, se allane y facilite más este camino. Mucho se holgó Luis de tan feliz hallazgo, y no poco partido sacó del precioso opúsculo, para dar orden y método á su oración, y prepararse mejor para ella, pues hasta entonces, aunque empleaba como se ha dicho, muchas horas en meditar, pero no

(1) Vida del Santo. Libr. I, c. IV.

tenía ni tiempo determinado, ni método y regla fija con que gobernarse.

Además de este libro, también gustaba mucho Luis de leer las cartas edificantes de nuestros misioneros de Indias; y estas dos lecturas fueron como la primera semilla de su vocación á la Compañía de Jesús; porque á medida que iba leyendo los documentos del Beato Canisio, sentía encenderse su pecho en el amor de una religión en cuyo seno se criaban tales maestros de la vida espiritual; y con la relación de las maravillosas conquistas llevadas á cabo por sus operarios evangélicos en aquellas remotas playas, íbasele el alma en pos de aquellos varones esforzados, y suspiraba por emplear toda su vida y su sangre en bien de las almas.

Mas ya que no le era posible por entonces apagar esta sed y satisfacer estos fervorosos deseos, en las dilatadas regiones de las Indias, templábalos como podía dentro de las paredes de su palacio y por la ciudad de Castellón, haciendo á sus vasallos el bien espiritual que estaba á su alcance en aquella temprana edad de doce años. Los días de fiesta iba á la escuela de los niños y explicábales el catecismo con grande soltura y desembarazo, exhortándolos al propio tiempo á vivir cristianamente, y dirigiendo á cada uno de ellos palabras de tanto amor y afecto, que sus padres y en general todos los de aquella población alababan á Dios, y no acababan de maravillarse al ver á un príncipe tan ilustre tratando con tal afabilidad y humildad con los niños y pobrecitos cual si fueran de su misma casa y familia. Y así era en verdad, y como á tales los miraba Luis, pues teniendo tan abiertos los ojos de la fe, mucho más se preciaba de pertenecer á la gran familia de Cristo, cuyos eran aque-

llos pobrecitos; que de todos sus títulos y blasones.

Mas no se contentaba su celo insaciable con enseñar á los niños y gente sencilla el sendero de la virtud: en el ascendiente que le daba sobre sus vasallos su categoría y en el prestigio de su santidad, hallaba siempre armas irresistibles para hacer respetar de todos el nombre del Señor y los deberes de cada cual. ¿Desmandábase alguno blasfemando ó profiriendo otras palabras mal sonantes? Allí estaba Luis para reprenderle y corregirle. ¿Estallaba entre sus vasallos ó domésticos alguna desavenencia ó discordia? Luis era el ángel de paz que con amorosas razones sabía luego reconciliar los ánimos divididos. ¿Llegaba á sus oídos algún escándalo ó mal ejemplo dado en la ciudad? Luis era el primero en procurar con suave amonestación traer á buen camino á las ovejas descarriadas.

Y ¿qué diré de la madurez y peso de sus palabras y del empeño con que se esforzaba en razonar de Dios y de cosas espirituales con toda clase de personas? Es notable á este propósito lo que le acaeció en Tortona, á donde fué en compañía de su madre con la ocasión que vamos á referir. Había venido al Milanesado de paso para Toscana la Duquesa de Lorena, Doña Claudia de Francia, hija de Enrique II y de Catalina de Médicis. Acompañábala en este viaje su hija Doña Dorotea, Duquesa de Brunswick. La Marquesa de Castellón que desde la niñez se había criado en la corte de Francia, y tratado con grande intimidad á la Princesa Doña Claudia y á su hermana sirviéndola, como antes se ha dicho, en las cortes de Francia y España; no pudo escusar esta visita, y quiso en ella llevar consigo á Luis. Mucho se alegró la ilustre Princesa con la visita de Doña Marta;

esmeróse en obsequiarla, y le dió las más señaladas muestras de amor. Estando pues un día sentado á la mesa nuestro Luis con su madre y aquellas nobles Señoras, en lo mejor del convite tomó la mano el santo marquesito y comenzó á razonar de Dios con tanto espíritu y buena gracia, que una de aquellas damas llena de asombro exclamó: «Verdaderamente este niño habla como si fuese un varón sapientísimo, y quien le oyera sin verle, creería escuchar á un anciano de prudencia consumada.»

CAPÍTULO IX

SAN CARLOS BORROMEO EN CASTELLÓN. PRIMERA COMUNIÓN DE SAN LUIS. LÍBRALE DIOS DE UN INMINENTE PELIGRO DE LA VIDA

1580

Así como el tratar con hombres sabios ayuda grandemente para adquirir la ciencia, así el roce y conversación con varones santos es poderoso resorte para alcanzar la santidad. Por esto aquella soberana y amorosa Providencia que todo lo dispone con tanto orden y acierto para bien de los hombres, y que vela de un modo tan particular por el espiritual adelantamiento de las almas que tiene destinadas para alumbrar al mundo con los resplandores de la más encumbrada perfección; trazó que nuestro Luis tuviese ocasión de tratar con una de las más brillantes lumbreras que tenía entonces la santa Iglesia, á fin de que con sus consejos y documentos se alentase más y más á trepar animosamente por los escarpados senderos de la virtud.

En efecto, por el mes de julio de este mismo año, tuvo Luis el consuelo de conversar con el célebre Cardenal Arzobispo de Milán San Carlos Borromeo, el cual nombrado por la Santidad de Gregorio XIII visitador

apostólico de las diócesis de su provincia; tuvo que visitar la ciudad de Castellón por pertenecer al obispado de Brescia comprendido en aquella archidiócesis.

Mucho desearon los Marqueses que el santo y sabio purpurado se aposentase en su palacio, pero por más que le rogaron alegando entre otros títulos el parentesco que á él los unía, no pudieron recabar de él que aceptase su invitación; y así con ejemplo de apostólica humildad, prefirió el sencillo alojamiento que tenía ya dispuesto en casa del Arcipreste, junto á la iglesia parroquial, al lujo y comodidades de palacio. Tanto como esto atendía el santo Arzobispo al buen ejemplo y edificación de los fieles en sus visitas pastorales: mas á fin de que su hospedaje fuese menos gravoso á los eclesiásticos, procuró reducir cuanto pudo el séquito que consigo llevaba.

El día 22 de julio, fiesta de Santa Magdalena, las campanas de la iglesia de los Santos Celso y Nazario anunciaban á Castellón la pontifical solemnidad en que San Carlos había de dirigir á los fieles su palabra. La fama de su gran virtud y saber; y el esplendor de su alta dignidad atrajo á la iglesia una gran muchedumbre de pueblo ávida de oir la inflamada palabra del santo prelado. Todos quedaron maravillados del espíritu y fervor con que predicaba aquel insigne varón; pero nadie se aprovechó tanto de su celestial doctrina como nuestro Luis; porque nadie entiende mejor el lenguaje de un santo que otro santo. Así que no es difícil adivinar los ardientes deseos con que desde entonces esperaba el suspirado momento de visitarle á solas, y descubrirle todos los senos de su alma.

Llegado el día y hora señalados, acudió Luis sin tar-

danza á la habitación del Cardenal, y estuvo hablando con él muy largo rato, con no pequeña admiración de los que estaban aguardando en la antecámara. Faltan palabras para ponderar la alegría y consolación que experimentaron en aquellos momentos los dos santos. Gozábase San Carlos de haber hallado en medio del erial del mundo y de la disipación de la corte una flor de tan celestial hermosura y un ángel de tan asombrosa inocencia. Alegrábase San Luis de haber dado con un maestro de la vida espiritual tan docto, tan santo y tan amable. Complacíase San Carlos sembrando en la tierra virgen de Luis la divina semilla de santos consejos y máximas saludables. Y Luis recibía con atento y agradecido corazón aquel precioso germen que en la tierra generosa de su alma había de producir ciento por uno, colmando de alegría á la Iglesia de Cristo nuestro Señor.

Preguntó el santo Arzobispo á Luis si había hecho ya su primera comunión.

—¡Ah, por desgracia no me ha cabido aún tan inestimable dicha! respondió Luis, con un dulce suspiro que bien á las claras manifestaba los ardientes deseos que abrigaba en su alma de acercarse á aquella fuente de vida.

—Pues bien, añadió resueltamente el santo Cardenal, es ya tiempo de que recibáis en vuestro pecho aquel Pan de ángeles: y yo mismo quiero tener el consuelo de dároslo de mi mano.

Efectivamente viendo San Carlos cuán dispuesto y aparejado estaba Luis para comulgar, y no acabando de engrandecer la divina Bondad que se había complacido en enriquecer á aquella bendita alma con tantos tesoros

de luz, gracia y santidad, dispuso se preparase todo lo que era menester para la primera comunión de Luis á quien quiso instruir por sí mismo sobre el modo de prepararse para comulgar provechosamente: y entre otros preciosos documentos que le dió para conservar en adelante el fruto del sacramento, uno fué que se diese á la lectura del Catecismo romano que mandó imprimir San Pío V, en cumplimiento de lo que había ordenado el sagrado Concilio de Trento. Ejecutó Luis puntualísimamente cuanto le encargó el santo Arzobispo, y desde entonces no contentándose con leer á menudo aquel tesoro de doctrina cristiana, aconsejaba á otros que hiciesen otro tanto.

Mas ¡con qué fervor se prepararía para albergar en su pecho al Rey de los ángeles este ángel humanado! «Lo primero, dice Cepari, hizo con extraordinaria diligencia y exacción examen de toda su vida, á ver si hallaba algo que pudiese ofender los ojos de aquel Señor que había de recibir. Después se confesó con tanto sentimiento, dolor y lágrimas, que el confesor mismo tenía bien que aprender, viendo que toda la confesión de Luis se reducía á acusarse de algunas que él juzgaba faltas de omisión, por parecerle que no correspondía con las obras á la mucha luz que Dios le comunicaba, y á los insaciables deseos de mayor perfección con que le favorecía. Además de esto todos aquellos días precedentes á la comunión, los empleó en pensar y hablar de este soberano Sacramento. Esta era la materia de sus lecturas, este el asunto de sus meditaciones, á esto enderezaba sus preces y devociones, las cuales eran por aquellos días tan frecuentes, que los de su casa, decían por donaire: «No parece, sino que Luis tiene amistad y conversación con

todas las paredes de la casa, pues no hay en ella rincón donde no se le halle puesto de rodillas.» Mas ¿quién podrá explicar los suaves deliquios de amor que sentiría al estrechar real y verdaderamente en su pecho al amabilísimo Jesús, el que delante de su simple imagen caía sin sentidos herido de la dulce flecha de su Amor crucificado? Pocos son desgraciadamente los pormenores que tenemos acerca de la primera comunión de San Luis, y aun se ignora el día en que se celebró tan solemne acto; pero constando ciertamente, como consta por los procesos, que recibió la primera comunión de manos de San Carlos Borromeo, y siendo por otra parte cosa clara que su visita de Castellón empezada hacia el 22 de julio hubo de terminarse en pocos días, sácase que la primera comunión de nuestro Santo se verificaría probablemente á fines de julio de 1580, siendo Luis de doce años y cuatro meses de edad.

Oigamos á este propósito lo que escribió el erudito bolandista P. Conrado Janning, cuyas palabras traducidas del latín son del tenor siguiente: «Es buena confirmación del suceso que dejamos apuntado (esto es, de haber sido San Carlos quien comulgó por vez primera á San Luis) un cuadro que representa la primera comunión del angélico joven, y fué colocado en el altar dedicado al mismo en la iglesia de nuestro Colegio de Milán. Este lienzo representa en primer término al Bienaventurado Luis y al Arzobispo San Carlos Borromeo á quien asisten sus ministros. A uno y otro lado del santo niño vense dos acólitos con sus velas encendidas; y detrás aparecen los Marqueses de Castellón asistiendo hincados de rodillas á la primera comunión de su hijo. Esta pintura es obra del Caballero de Cairo, famoso pintor que

en otro tiempo floreció en aquella misma ciudad.» Hasta aquí el P. Janning, el cual un poco más abajo añade haber sabido del Padre Juan Diano, que nuestros antiguos Padres del Colegio de Milán afirmaban haber oído del mismo Padre Rabbia, (que fué quien mandó pintar el citado cuadro), que para dibujarlo tuvo el pintor á la vista los retratos auténticos de los Marqueses y de su hijo Luis, enviados expresamente de Castellón á fin de que dicha pintura saliese de todo punto exacta y conforme á la verdad del suceso cuya memoria había de legar á la posteridad.

De esta primera comunión salió Luis tan aficionado y devoto al augustísimo Sacramento del altar, que todos los días, al oir la santa misa, llegado el momento de la consagración, considerando que todo un Dios se dignaba descender de lo más alto de los cielos á las manos del sacerdote por amor del hombre, hacíanse sus ojos fuentes de lágrimas, que corrían hasta bañar el pavimento. Así lo afirmó su madre la Marquesa, y lo confirmaron otras personas fidedignas que en diferentes ocasiones lo presenciaron. Y este don de lágrimas tan regalado le duró después por todo el tiempo de su vida al oir misa, y más aún al prepararse y dar gracias los días en que comulgaba. No menos se echó de ver el grande fruto que sacó de su primera comunión, en la frecuencia con que durante toda su vida se llegó á aquella sagrada mesa, en la extraordinaria devoción, y recogimiento con que comulgaba y en el largo tiempo que empleaba en dar gracias, sin saberse apartar de aquel Señor que en su pecho reposaba, y de aquella fuente de todo bien con cuyas purísimas corrientes se recreaba y consolaba su alma.

Uno de los principales provechos que saca el alma de la sagrada comunión es cobrar tedio y fastidio de los deleites y pasatiempos de la tierra, á la manera que halla insípidos los alimentos groseros y ordinarios el que en espléndida mesa gustó y saboreó los más exquisitos y delicados manjares. Así pues no es extraño que el paladar espiritual de nuestro Santo, endulzado con los inefables dejos del maná eucarístico, asquease y aborreciese de más á más los desabridos deleites y entretenimientos en pos de los cuales corre desalada con harta frecuencia la incauta juventud. ¿Quién ignora los estragos que hace en aquella tierna edad la lectura de malos libros? ¡Cuánto veneno se le propina en la dorada copa de linda poesía, ó de elegante folleto, ó de periódico ilustrado! ¡Cuán caro se compra el brevísimo deleite de una lectura lasciva, pues cuesta no pocas veces la eterna ruina del alma! Oigan los que tan de barato venden su alma, una célebre sentencia de César Augusto que les cuadra perfectamente. Decía éste, como escribe Suetonio (1), que los que para lograr un ligero gusto se ponen en algún grave riesgo, se asemejan á los que pescan con anzuelo de oro, cuya pérdida, si viene á romperse y se hunde en el profundo, no se compensa con la más abundante pesca. Luis no era del número de estos jóvenes imprudentes. Jamás leyó libro que de mil leguas oliese no diré ya á lascivia pero ni aun á vanidad.

Y como quiera que á los libros espirituales convenía añadir algunos autores profanos para su formación literaria, entre estos dábase con preferencia á Séneca, Valerio Máximo y Plutarco, atraído por las sentencias mora-

(1) Sueton. *in Aug. c.* 25.

les que en ellos encontraba. Y con su ingenio vivo y despejado, sabía sacar de esta lectura tan oportunas y discretas consideraciones para el espiritual aprovechamiento de aquellos con quien trataba, que los que le oían razonar del amor de la virtud y del menosprecio del mundo y de otras cosas tocantes al bien del alma, quedaban atónitos, y decían que la sabiduría de aquel niño no podía menos de ser infusa, pues era tan superior á aquella temprana edad. Con esto y con los claros resplandores de santidad que brillaban en toda su vida y en cada una de sus acciones le iban cobrando de cada día más respeto y veneración tanto los de su casa como los de fuera. Ni su ayo, ni aun su misma madre osaban irle á la mano en sus rigores y asperezas, y dejábanle vacar á su gusto y sabor á la oración y demás piadosos ejercicios; porque todos echaban de ver que la mano de Dios le gobernaba en todo, conduciéndole por los caminos de la perfección.

Dábanle sin embargo al Marqués muy mala espina estas noticias que le llegaban, y el saber que su Luis andaba flaco y desmejorado sin tomar apenas alimento, olvidado del mundo y de todo punto absorto en las cosas del cielo. Creyendo pues que si Luis viviese en su compañía sería más fácil prevenir las funestas consecuencias que temía para su salud y vida, estándole siempre á la mira, y atándole corto en sus mortificaciones, resolvió que viniese con su madre y su hermanito Rodolfo á Casal de Montferrato, en donde él residía en aquella sazón en calidad de gobernador de aquel distrito.

La orden del Marqués fué cumplida sin dilación, y á fines del verano de este mismo año partió la Marquesa

con sus dos hijos á Montferrato. En este camino quiso su divina Majestad manifestar por modo maravilloso la particular providencia con que velaba sobre nuestro Santo librándole de un inminente riesgo de la vida; lo cual sucedió de esta manera.

Iban los ilustres viajeros repartidos en dos coches: en el primero iba Doña Marta con sus damas, y á poca distancia seguía el otro con los dos niños y su ayo Don Francisco del Turco. Habiendo arribado todos felizmente á orillas de uno de los brazos del Tesino que era forzoso vadear, y que venía muy crecido por las copiosas lluvias de aquellos días; pasó primeramente aunque no sin alguna dificultad el coche en que iba la Marquesa. Entra luego el segundo coche en el río, y al llegar á lo más impetuoso de su corriente, óyese de repente un fuerte crugido... El carruaje ya fuese por la fuerte presión del agua y desigualdad del lecho del río, ya por haber tropezado con alguna roca, acababa de romperse por medio de tal suerte, que la parte delantera en que iba Rodolfo, tirada por los caballos logró vencer la corriente, y llegar á la orilla opuesta, no sin grave riesgo del niño y con el susto consiguiente. No fué tan afortunada la otra mitad en que se hallaba Luis con su ayo; porque separarse de la parte delantera, y ser arrebatada río abajo por el ímpetu de la corriente fué obra de pocos instantes. Helados de espanto contemplaban desde la orilla los que á ella habían podido llegar, á Luis con su ayo flotando á merced de las olas, y corriendo á una muerte no menos cierta que desastrosa. Los gritos, lágrimas y exclamaciones nada remediaban; acudir al socorro era imposible; lanzarse á nado para salvar á los que peligraban, era imprudencia temeraria.

En lance tan congojoso, no faltó la amorosa Providencia de Dios á nuestro Santo cuya vida era tan preciosa en su divino acatamiento. Quiso su infinita Bondad que en vez de hundirse aquel casco de carroza, como era natural por hacer agua por todas sus junturas, se mantuviese á flor de agua, y tropezando con un tronco de árbol detenido en medio del río, allí se parase, y diese tiempo para acudir al socorro.

No desperdiciaron tan favorable coyuntura los que miraban desde la orilla el triste suceso; antes á toda prisa llamaron á un hombre práctico de aquellos vados, rogándole que volase sin demora al salvamento de los que se hallaban en tan inminente peligro de perecer. Lánzase efectivamente en la corriente aquel hombre montado en su caballo, y á los pocos instantes llega á donde está Luis con su ayo; y sacando primero á Luis que estaba más muerto que vivo y todo empapado de agua, dejóle á salvo en la ribera: vuelve luego á entrar en el río, y libra igualmente al ayo. Repuestos uno y otro del terrible susto, Luis atribuyendo á la Santísima Virgen aquel casi milagroso favor, dióle allí mismo las gracias con entrañable afecto; y luego dirigiéndose con los demás de la comitiva al vecino pueblo de Vigebano, después de secarse los vestidos, entraron todos juntamente en la iglesia, y dieron gracias á su divina Majestad por haberlos sacado sanos y salvos de tan grandes peligros.

Mientras esto sucedía en las riberas del Tesino, el coche de la Marquesa iba adelantando hacia Casal, sin que ni ella, ni las damas que la acompañaban sospechasen nada de lo que pasaba. Mas como las noticias siniestras suelen venir con mayor prontitud de lo que quisiera-

mos, y con frecuencia adulteradas ó exageradas, no tardó en llegar á oídos de Doña Marta la funesta nueva de que Luis y Rodolfo acababan de fallecer ahogados en el río. Ya se deja entender la mortal congoja que asaltaría el corazón de aquella buena madre al oir tan desconsoladora noticia: manda luego al cochero volver atrás, y desandar el camino andado hasta cerciorarse por sí misma de lo acaecido. Mas presto aquietó el Señor sus temores y sobresaltos, devolviéndole aquellas prendas queridas que estrechó entre sus brazos, escuchando asombrada de sus labios la relación de aquella desgracia y la paternal providencia con que Dios los acababa de librar de una muerta desastrosa.

También le cupo al Marqués buena parte de este disgusto, pues antes que la Marquesa y sus hijos, llegó á Casal el falso rumor de que estos habían perecido anegados en el Tesino. Lleno de zozobra despachó al instante un propio para cerciorarse de la verdad del suceso; mas la feliz llegada de su familia le restituyó la paz y tranquilidad, después de dos días de mortal congoja.

CAPÍTULO X

SAN LUIS EN CASAL DE MONTFERRATO. RESUÉLVESE Á ABRAZAR EL ESTADO RELIGIOSO. CÓMO SE PREPARÓ PARA ELLO.

1580-1581

UNO de los primeros cuidados de D. Ferrante, después de abrazar y agasajar á su esposa é hijos recién llegados de Castellón, fué dar traza y modo como sacar á Luis de aquel orden de vida tan austera y mortificada que había emprendido, y encaminarle por los floridos senderos de la vida del siglo y de la corte. A este fin le procuraba todo linaje de recreos y pasatiempos, exhortándole con gran multitud y viveza de razones á que moderase sus fervores y remitiese algún tanto de sus ayunos y penitencias. Diríale á lo que podemos conjeturar, que era fuerza considerase el grave riesgo á que ponía su vida, de seguir adelante con sus indiscretas devociones; que mirase bien cuán grave obligación le corría de mirar por sí y por su casa y familia cuyo bien y prosperidad estaban colgados de su salud y vida; que no decía bien al primogénito de los Marqueses de Castellón aquel exagerado apartamiento y perpetua soledad; que no era posible durar en aquella tirantez y rigor de vida por ser

cosa averiguada que el arco no puede estar siempre flechado, ni la mente siempre ocupada en cosas serias, y finalmente que la virtud y santidad no son incompatibles con las honestas diversiones que reclaman la propia salud y las buenas relaciones con los parientes y allegados.

No desconocía Luis los deberes de un buen hijo para con sus padres, ni perdía nunca de vista aquel divino modelo de Nazaret del cual pregonan los sagrados evangelistas que estaba sujeto á sus padres, sin que la majestad de todo un Dios se desdeñase de prestar obediencia á unos simples mortales. Luis en esta ocasión como en todas siguió las huellas del obedientísimo Jesús, y acató con filial rendimiento la voluntad de su padre. Mas no andan reñidas entre sí la obediencia y la prudencia cristiana, antes bien á la medida que crece y sube de punto la perfección de aquella, se esclarecen y avivan más los ojos de esta. Y por esto el Real Profeta al hablar con Dios de aquella prudencia que le había dado superior á la de los ancianos, la atribuye á la perfecta obediencia y cumplimiento de los divinos mandamientos (1). Tal fué la prudencia de nuestro santo joven: prudencia más que de anciano. Con ella supo hermanar maravillosamente el perfecto cumplimiento de las órdenes de su padre, con la fidelidad que debía á su Dios y Señor, el cual le iba destetando de los deleites y contentos del mundo, y aficionándole más y más á los del cielo.

Así pues de tal modo atendió á la conservación de la salud corporal, que en nada quedó menoscabado el espí-

---

(1) Super senes intellexi, quia mandata tua quaesivi. *Ps.* 118.

ritu, cumpliendo á sus tiempos con admirable constancia con todos los ejercicios piadosos que se había prescrito. Salía con mayor frecuencia á respirar el puro ambiente de la campiña; pero estas mismas salidas le servían para fomentar su devoción: buscaba sí recreos y entretenimientos como quería el Marqués; pero estos recreos y entretenimientos los hallaba solamente al pie de los altares de María y junto al sagrado tabernáculo en donde mora el Dios escondido, único objeto de sus amores.

Su paseo favorito era ir á visitar un devoto y concurrido santuario de la Virgen, que era venerada en el término de Casal bajo la advocación de Nuestra Señora de Crea. Allí postrado á los pies de aquella devota efigie rezaba sus preces, y presentaba sus obsequios á la Reina de los cielos; allí soltaba la rienda á los afectos del corazón; allí renovaba con singular fervor sus propósitos de vivir siempre como verdadero hijo de tan excelsa y santa Madre.

Otras veces iba á visitar á los Padres Capuchinos ó Barnabitas en sus respectivos conventos, gustando por todo extremo de razonar con ellos de asuntos espirituales. Con ellos se confesaba, de sus manos solía recibir de ordinario la sagrada comunión, y hallaba singular consuelo y gusto espiritual orando en sus iglesias. ¡Qué bello y sublime le parecía á nuestro Luis aquel silencio y soledad de las casas religiosas! ¡Cuán amable y atractivo el trato y conversación de aquellos santos varones tan amados del Señor, y escogidos por El entre millares para trasplantarlos de los eriales del siglo al florido vergel de la Religión! ¡Qué bien le parecía aquel concierto y orden de vida tan arreglada, aquella ma-

jestuosa y pausada devoción con que se celebran allí los divinos oficios, aquella unión y hermandad de unos con otros y finalmente aquel olvido y desasimiento de los bienes caducos del mundo, y aquel afán insaciable de atesorar bienes espirituales é imperecederos!

Con estos pensamientos y consideraciones comenzó á despertarse en su corazón un tierno y vivísimo deseo de volver las espaldas al mundo, é irse á gozar de aquella dichosísima vida del claustro. Mas aunque todas las veces que visitaba aquellas casas religiosas sentía renovarse en su alma estos santos deseos, un día más particularmente estando en el convento de los Padres Barnabitas, como sintiese enardecerse su corazón con más vehementes ansias de abrazar la vida religiosa, abrió de par en par las puertas de su alma á la divina inspiración, se puso á deliberar sobre el importantísimo negocio de la elección de estado, y hablando consigo, según él mismo lo refirió después al P. Cepari: «Mira bien y considera Luis, se decía, cuán alto y soberano bien sea el de la vida religiosa. ¿No ves cuán felices viven estos Padres, rotas las cadenas que en el siglo los tenían aprisionados, y disfrutando en el puerto de la religión de una imperturbable paz y bonanza, libres de los escollos y borrascas del proceloso mar del siglo donde tantas almas se hunden en los abismos del pecado? Mientras los mundanos pierden miserablemente su tiempo andando á caza de bienes fugaces y deleznables; ellos por el contrario lo ponen á logro, atesorando bienes macizos y perdurables que nadie jamás les podrá arrebatar. ¿Qué vida es más conforme á la recta razón que la del religioso, el cual lejos de servir á sus pasiones las enseño-

rea y domestica con el asiduo ejercicio de la virtud? ¿Qué mayor grandeza de ánimo puede imaginarse que hollar la gloria mundana, que tantos ambicionan, pisotear el becerro de oro que tantos adoradores cuenta en el mundo, huir de la envidia, y en suma cifrar toda su felicidad en el servicio de aquel Señor *cui servire regnare est?* Pues todo esto se practica en la religión en donde la virtud y santidad moran como en su propia casa, y tienen su asiento de predilección. ¡Qué manantiales tan puros y copiosos de alegría brotan en la casa de Dios para el buen religioso! El testimonio de la buena conciencia, el saber que todo cuanto hace por obediencia es ganancia para el cielo, la fundada esperanza de salvarse, son para el religioso un perpetuo y regocijado banquete, sin que baste para turbar su alegría ni aun el mismo temor de la muerte que tanto acibara los placeres de los mundanos. Y ¿cómo ha de temer la muerte el que emplea toda su vida en prepararse para aquel peligroso trance? Ni ¿cómo ha de temer el infierno ó el juicio de Dios, el que de día y de noche le sirve en su misma casa y palacio?

Ahora pues, si esto es así ¿qué haces, Luis? ¿en qué piensas? ¿qué dices á todo esto?... ¿No podrías tú también escoger para tí tan feliz y dichoso estado? ¿No te atraen, no te cautivan las magníficas promesas hechas por el mismo Dios á los que lo abrazan? ¿No te enamora aquella grande comodidad que tienen los religiosos para vacar sin estorbo á sus devociones?... ¡Ah! no, estos bienes incomparables yo no los hallaré en el siglo, aun abrazando el estado eclesiástico, y renunciando el marquesado en favor de mi hermano Rodolfo, según lo tengo ya determinado. Y á la verdad si yo vivo en

compañía de mi hermano, indudablemente tendré que presenciar cosas que por ningún caso podré aprobar; y entonces una de dos: ó disimulo callando, ó hablo y manifiesto mi disgusto: el callar será meterme en un laberinto de escrúpulos y remordimientos: el hablar, hacerme pesado é insoportable, sin por esto lograr que se me atienda.

Más aún: ¿podré yo alcanzar en el estado eclesiástico la perfección á que aspiro quedándome en el siglo? Harto difícil lo veo; toda vez que siendo mayor la obligación que tendré como ministro de Dios de dar á todos buen ejemplo, los peligros con que me será forzoso luchar serán los mismos que tienen los que no son eclesiásticos y por ventura mayores. Porque ¡cuánto tiempo me será preciso emplear en las visitas y cumplimientos que traen consigo los respetos mundanos y relaciones de familia! Si huyo del trato con mujeres, si dejo de visitar á mis parientes, incurriré en la nota de descortés y desamorado. Si cumplo con todas estas atenciones, todos mis buenos propósitos se vienen á deshacer como humo. ¿Acepto las dignidades que me ofrezcan? En tal caso me enzarzaré mucho más que ahora lo estoy en los negocios mundanos. ¿Las rehuso? Entonces bien puedo prepararme á oir mil lenguas desatadas contra mí, tachándome de apocado y pusilánime y de hombre que es afrenta de su casa, y que no sabe mirar por los intereses de su familia. No me dejarán vivir ni sosegar hasta lograr sus vanas y mundanales pretensiones.

Pues bien: ¿quieres cortar de un solo golpe todos estos compromisos y estorbos? Abraza el estado religioso. Con esto cierras de una vez la puerta á todos estos peligros, rompes con todos los respetos humanos, y logras

finalmente aferrar el áncora en el apacible y sosegado puerto de la paz, donde mejor que en ninguna otra parte puedas servir á Dios, y asegurar tu felicidad eterna.»

Con estas y otras semejantes reflexiones andaba el santo mancebo todo absorto y pensativo sobre qué linaje de vida escogería que fuese más del agrado de su Señor: trataba con él este importantísimo negocio, encomendábaselo con grandes veras, suplicábale se dignase alumbrarle para conocer su santísima voluntad, y ofrecíale á este fin muchas oraciones y comuniones. El resultado de todo esto fué que cuanto más examinaba este negocio, más inclinado se sentía á la vida religiosa, y más hastiado del mundo y sus devaneos, al paso que la llama del divino amor iba tomando mayores creces en su pecho. Los de casa que le veían andar tan pensativo y como preocupado, no dejaban de sospechar que Luis estaría meditando y resolviendo en su alma algún grave negocio, mas nadie se atrevió á dirigirle ninguna pregunta sobre este particular.

Pesadas pues con madurez todas las razones, tanteadas las dificultades que se le podían ofrecer en el siglo, y echadas bien todas sus cuentas sobre las ventajas del estado religioso; halló que este era el que más armaba á sus deseos, este el que más se allegaba á la perfección evangélica, este el que más le ayudaría para llegar á la perfecta imitación de Cristo: y así se resolvió definitivamente á comprar esta perla preciosa, dando por ella gustosamente todos sus bienes y riquezas temporales. ¡Oh venturoso y privilegiado joven que á la temprana edad de doce años, en aquella misma edad en que el divino Salvador quiso dejar á sus padres para vacar en

el templo de Jerusalén al servicio de su Padre celestial, con generoso y heroico desprendimiento se determinó á arrojar á los pies de Cristo crucificado su corona de príncipe, para seguir desnudo á su desnudo Señor!

Asentado ya con gran firmeza en su corazón este propósito de hacerse religioso, ya que por la edad no podía aún ponerlo por obra, difirió para más adelante el deliberar sobre qué religión debía escoger; y entre tanto que aguardaba á que llegase la edad competente para llevar á cabo sus planes, hizo cuanto estuvo en su mano para disponerse y aparejarse á tan santo estado. Dos cosas principalmente juzgó le habían de facilitar en gran manera el logro de sus deseos. La primera, guardar una absoluta reserva sobre este asunto sin descubrirlo á nadie de este mundo. La segunda, entablar ya desde luego un género de vida que en nada desdijese de un aspirante al estado religioso.

Y fué así que nadie supo por entonces los altos pensamientos que abrigaba en su pecho, ni aun los mismos Padres Capuchinos y Barnabitas con quienes conversaba con tanta frecuencia é intimidad de otras cosas espirituales. Ellos sin embargo como le veían tan aficionado á frecuentar sus conventos y tan solícito en informarse de sus cosas, llegaron á persuadirse que tarde ó temprano había de quedarse con ellos.

Con igual exacción cumplió su segundo propósito de ajustar en lo posible su método de vida al orden que se observa en las casas religiosas. Aunque con razón podrá aquí preguntar alguno: ¿qué más podía hacer Luis para disponerse al estado religioso, si la vida que llevaba en el siglo pudiera servir de modelo al más observante religioso? Sin embargo pareciéndole poco á nuestro fervo-

roso jovencito todo lo que practicaba en ayunos, abstinencias, oración y retiro; desde que se resolvió á ser religioso, salía menos de su aposento, mortificábase en todo lo que podía, negando á su inocente cuerpo todo alivio y recreo. Como era tan delicado de complexión y tan sensible al frío, solían encender fuego en su habitación para que se calentase; mas él para ensayarse en las privaciones de la vida religiosa, no quiso admitir más este alivio; y si alguna vez no podía excusar el arrimarse á la lumbre por estar en compañía de otros, hacíalo de manera que el calor no llegase á él. Hinchábansele lastimosamente las manos con la intensidad del frío, y llenábansele de grietas; mas no por esto aflojaba un punto en su propósito de mortificarse, antes bien se gozaba de poder participar algún tanto de los dolores acerbísimos de su Señor crucificado: y si alguno de sus criados le ofrecía algún remedio para los sabañones, aceptábalo con agradecimiento; mas no se lo aplicaba, para satisfacer sus ardientes deseos de padecer por amor de Dios.

Es también digno de referirse otro ejemplo de mortificación que dió nuestro Santo por este mismo tiempo en la ciudad de Milán, y tanto más admirable que los que acabamos de contar, cuanto excede y aventaja la mortificación interior de nuestros apetitos á la exterior de nuestra carne. Sucedió pues que el gran Duque hizo llamamiento de todas las fuerzas de caballería que estaban á su mando, para hacer de ellas lucida ostentación en una revista general á que fueron invitados muchos señores y príncipes de los vecinos estados. Don Ferrante que por razón de su cargo no pudo excusarse de asistir con sus tropas á aquella grandiosa parada, quiso llevar consigo á nuestro Luis, pareciéndole no ser para

perdida tan buena ocasión de sacarle de su encerramiento, y hacerle cobrar afición á las cosas del mundo que tanto aborrecía. Mucho contrarió al santo mancebo esta salida en lo mejor de sus fervores, y cuando más lejos estaba de soñar en diversiones y espectáculos; pero su padre lo mandaba imperiosamente, y era fuerza obedecerle.

Partió pués Luis á Milán, pero buen cuidado tuvo de llevar consigo á aquella capital la dulce y amable soledad que se había edificado en lo más secreto de su corazón para hablar á solas con su Dios. Así que entre el estruendo de las armas y el sonido de las trompetas y el bullicio y algazara de tanta gente que acudía de todas partes atraída por la curiosidad de ver el marcial desfile de tantos y tan lucidos escuadrones de caballería, estuvo él tan en sí, que resolvió negar á sus ojos el gusto de ver aquel deslumbrador espectáculo, y convertir en materia de mortificación lo que para todos lo era de diversión y entretenimiento. Y como lo propuso así puntualmente lo cumplió, pues como le ofreciesen un lugar desde el cual pudiese cómodamente contemplar las maniobras y evoluciones de los soldados, no solamente lo rehusó colocándose en sitio menos cómodo, sino que estuvo con los ojos cerrados ó vueltos á otra parte todo el tiempo que duró la parada. Ejemplo por cierto admirable y heroico en un niño de doce años, y que por su carácter vivo y temperamento sanguíneo debía naturalmente sentir mucha mayor dificultad que otros en la mortificación de sus sentidos.

Concluyamos este capítulo sobre la vida que hizo San Luis en Montferrato con un interesante testimonio de Doña Camila Ferrari, Dama de la Marquesa, que se halla

consignado en el proceso de Castellón, y merece ser reproducido aquí, así por confirmar compendiosamente lo que acabamos de referir, como por los curiosos detalles con que ilustra este período de la vida de nuestro Santo. He aquí sus palabras: «Vivíamos en Casal de Montferrato donde era Gobernador el Marqués D. Ferrante, el cual por razón de su cargo no podía excusarse de asistir con la Marquesa á algunos convites, teatros y otros espectáculos de diversión. En estas ocasiones, Luis obsequioso siempre y repetuoso con su señora madre solía acompañarla hasta el sitio prefijado; mas en llegando, pedía licencia para retirarse, y luego se encaminaba ó al convento de los Padres de San Pablo llamados vulgarmente Barnabitas, y esto era lo más frecuente por tener á dichos Padres muy metidos en su corazón; ó al convento de San Hilario en el cual residía un teólogo á quien profesaba muy singular amor; y así pasaba el día hasta que se llegaba la hora de volver á acompañar á su madre de vuelta á su palacio. También visitaba con frecuencia la iglesia de Padres Capuchinos, la de Santa María de Crea y varias otras. Finalmente toda la vida de Luis era una oración no interrumpida y una continua contemplación de las cosas celestiales. Y si alguna vez no le era dado vacar á Dios en el retiro de su aposento ó en otro sitio acomodado á aquel santo ejercicio, escondíase en un angosto aposentillo destinado á las Damas de la Marquesa, y encerrándose por dentro para que nadie pudiese estorbarle, solía permanecer allí por largo espacio de tiempo gozando de su amada soledad.» Hasta aquí el citado documento.

CAPÍTULO XI

REGRESA Á CASTELLÓN. TENOR DE VIDA QUE AQUÍ OBSERVÓ. LÍBRALE DIOS DE UN INCENDIO POR MODO MARAVILLOSO

1581

ALGO más de medio año había permanecido Luis en Montferrato con el tenor de vida que acabamos de ver, cuando por la primavera de 1581, libre ya su padre del gobierno de Montferrato, regresaba con toda su casa á su solar y palacio de Castellón. Luis que por este tiempo acababa de cumplir trece años, aunque cambió de domicilio, no hizo mudanza en su tenor de vida, sino es para estrecharla y perfeccionarla más. Y es á la verdad cosa de grande admiración ver la inquebrantable constancia y firmeza que mostró nuestro Santo en llevar siempre adelante sus buenos propósitos en medio de las muchas distracciones que traen consigo los frecuentes viajes y el trato con tan diferentes personas, sin tener un director fijo, y sobre todo teniendo que luchar casi de continuo con la tenaz resistencia que su padre oponía á sus fervorosas prácticas y devotos ejercicios. Luis no desmaya jamás: fija la mirada en el faro brillante de la vida religiosa, único blanco y norte de todas sus ansias, cuantos más obstáculos se presen-

tan, tanto más redobla sus esfuerzos para levantarse sobre las cosas de la tierra y unirse con su Dios.

Así pues instalado de nuevo en Castellón, no solamente llevó adelante las devociones y asperezas que se había prescrito en Casal, pero acrecentólas en tanto grado, que el más robusto y austero anácoreta pudiera con razón asustarse de lo que no era suficiente para apagar la sed de padecimientos que le abrasaba. Convencido de que la oración y la mortificación son tan hermanas que no saben separarse la una de la otra; dióse á estos dos ejercicios con tal tesón y diligencia; que se tiene por milagro el que un cuerpo tan débil y delicado no sucumbiese del todo bajo el peso de tan rígidas y continuadas maceraciones unidas á una casi no interrumpida oración.

Disciplinábase al principio tres veces por semana hasta derramar sangre; después pareciéndole poco este rigor no dejaba pasar ningún día sin tomar una sangrienta disciplina, y más adelante tomábala tres veces entre noche y día. Y como á los principios no tuviese disciplinas con que atormentar á su cuerpo, azotábase ó con una cadena de hierro, ó con unos cordeles que halló por casualidad y que servían para atar los galgos del Marqués su padre. Era cosa frecuente sorprenderle los criados en el momento de ejecutar este cruel suplicio, y quedaban mudos de espanto al ver á tan noble y delicado mancebo puesto de rodillas en su aposento, y descargando tantos y tan desapiadados golpes sobre sus inocentes carnes. No menos asombrados quedaban al hallar teñidos en su sangre debajo de las almohadas los cordeles que le servían de disciplinas. Mas ¿quién podrá decir el sentimiento de su piadosa madre cuando los camare-

ros le presentaban las camisas que Luis se quitaba todas enrojecidas de sangre? En vano había procurado el humildísimo joven ocultar á los de su casa los rigores de su penitencia: no tardó mucho en llegar á oídos del Marqués lo que en esta materia hacía, y llevólo tan á mal, que llamando á Luis le reprendió severamente por aquellos excesos; y luego dirigiéndose á la Marquesa, le dijo con acento de indignación y disgusto: «Esto es ya demasiado: este niño se ha propuesto acabar con su vida.»

Pero Luis no está aún contento. Ha leído en las vidas de los santos cuán ásperos cilicios se ceñían á raíz de sus carnes para sojuzgar la sensualidad, y someterla á la razón; sabe perfectamente las extrañas invenciones de cadenillas, sogas, cruces de hierro erizadas de puas, y otras semejantes armas de que se compone la armería espiritual de los caballeros de Cristo siempre encendidos en el santo odio de sí mismos. Luis desea subir á toda prisa por tan enriscado sendero hasta el monte de la perfección; pero ¿dónde y cómo hallar estos codiciados instrumentos de penitencia? El amor de su Dios crucificado le hizo industrioso, enseñándole á convertir con nuevo género de rigor las espuelas con que se estimula á las bestias de montar, en asperísimo cilicio con que atormentar á su inocentísimo cuerpo. Con efecto, reuniendo Luis cuantas estrellitas de espuela pudo haber á las manos, ensartólas en forma de cilicio, y apretábalas tan fuertemente sobre sus carnes que hincándosele las puntas de acero, no es fácil decir el dolor que le causaban, y las sangrientas huellas que en su virginal cuerpo dejaban. Mas á fin de que aun en el mismo descanso de la noche hallase cruz y martirio, ponía de or-

dinario antes de acostarse algunos pedazos de tabla debajo de las sábanas. Con esta invención á vueltas de la molestia de dormir en cama dura, lograba despertarse más presto para poder consagrar mayor espacio de tiempo á la oración.

Y ¿qué diré de su abstinencia? Increíble podría parecer lo que escriben en esta materia los biógrafos de nuestro Santo, si no lo viéramos afirmado y depuesto con juramento en los procesos por varios testigos oculares, entre los cuales figuran el mismo copero, el repostero y los que solían servirle á la mesa. Todos estos convienen en que habiéndose pesado todo lo que tomaba de ordinario en una comida, no llegaba al peso de una onza. Y para no exceder nunca de esta cantidad, los últimos años que vivió en el siglo todos los días que no ayunaba hacía que le pesasen el alimento que había de tomar, pues como él decía, lo que pasaba de aquella medida era superfluidad. A todo esto añadía un gran número de ayunos ordinarios y extraordinarios; porque además de los que hacía la víspera de algunas festividades y en otras ocasiones para satisfacer á su devoción; tenía tres ayunos fijos cada semana. El sábado ayunaba en obsequio de Nuestra Señora; el viernes á pan y agua en memoria de la sagrada Pasión. Y es de advertir que todo el sustento que tomaba en este día, se reducía á tres muy pequeñas rebanaditas de pan mojado en agua á mediodía y á una sencilla tostada de pan para la colación de la noche. Ayunaba asímismo todos los miércoles y algunas veces á pan y agua con el mismo rigor que el viernes. Y como si esto fuera poco, para que la mortificación del sentido del gusto fuese mayor, solía abstenerse ordinariamente de aquellos pla-

tos que más podían halagar su paladar tomando aquella pequeña porción que comía, del plato que menos le gustaba.

Pero vengamos ya á la oración que en esta época de su vida tenía nuestro angélico joven, y veamos los asombrosos adelantos que ya entonces había hecho en esta ciencia de los Santos, fijándonos por una parte en los heroicos sacrificios que de su parte se imponía para orar con provecho, y por otra en los celestiales favores y regalos con que Dios coronaba sus esfuerzos. Y en primer lugar, así como á la piadosa costumbre que ya hemos dicho tenía de oir misa todos los días, añadió ahora la de oir varias ó ayudarlas siempre que podía; así á las horas de oración que tenía por la mañana y por la tarde, añadió la práctica de levantarse á orar durante la noche, hurtando largos ratos al sueño y descanso, para apagar la ardiente sed de oración que le acosaba incesantemente.

Cuando pues todos los de la casa se habían acostado, y reinaba el más completo silencio en palacio, nuestro incansable atleta, sin tener en cuenta lo tierno de su edad, ni lo delicado de sus fuerzas, levantábase sigilosamente de la cama, y en camisa, como estaba, y sin otro abrigo, hincábase de rodillas en medio de su aposento, y así perseveraba en fervorosísima oración gran parte de la noche, ó cuando menos una hora entera á oscuras y sin apoyo ni reparo de ningún género. Ni el sueño y pesadez que traen consigo los calores del verano, ni los intensos fríos del invierno, que tanto arrecian en aquellas provincias de Lombardía, eran parte para hacerle desistir de su propósito, ni aun aflojar un punto en el fervor de su oración. ¡Oh corazón esforzado! ¡Oh ánimo

en todo superior á la edad! ¡Oh fortaleza más de héroe curtido en toda suerte de trabajos, que de niño criado en una corte! ¿Qué importa que la vehemencia de los fríos le hagan temblar de pies á cabeza, impidiéndole el grave malestar del cuerpo la precisa atención del espíritu á la meditación? Parecíale á Luis que esta flaqueza natural era una imperfección contra la cual era menester luchar: y luchaba con tal violencia para olvidarse del padecimiento corporal, y atender á lo que meditaba; que faltándole las fuerzas, ó quedaba sin sentido, ó caía desmayado sobre el frío pavimento. Mas ni aun entonces se daba por vencido: no pudiéndose sostener de rodillas, ni queriendo por otra parte apoyarse ni sentarse, proseguía orando así postrado y cosido el rostro con el suelo. Acontecíale muchas veces quedar todo su cuerpo pasmado de frío y sin poder menearse por más que lo intentase. Y todo esto lo sabemos por haberlo referido el mismo Santo al Padre Gaspar Alperi, quien lo depuso en los procesos. Pues ¿cómo podía aquel débil y extenuado cuerpecillo sobrellevar tan duro y cruel tratamiento? ¿Cómo no amaneció algún día exánime y muerto de frío? Yo á la verdad no me maravillo de que algunos autores atribuyan á un continuado milagro la conservación de la vida de nuestro Santo, pues no parece posible, naturalmente hablando, que pudiese sobrellevar la fatiga de tantas maceraciones y la asidua tarea de tantos ejercicios mentales con tan corto mantenimiento, precisamente en el período de la adolescencia en que la naturaleza reclama cuidados más esmerados. Pero dejando esto aparte, es lo cierto que de resultas de tales rigores, que el mismo Luis al referirlos más tarde en la Compañía no dudó en apellidarlos indiscre-

tos, quedaba tan postrado de fuerzas, que ni aliento tenía para expeler la saliva de la boca.

Efecto de estas mismas violencias que se hacía para no distraerse en la oración, fué un intenso dolor de cabeza que le sobrevino, y no le dejó en todo el tiempo de su vida. Mas él lejos de afligirse por esto, se alegraba y regocijaba de tener en su dolencia un perpetuo despertador que le recordase los dolores que Cristo padeció al ser coronado de espinas por nuestros pecados: y como observase que á pesar del continuo dolor que le aquejaba, podía muy bien atender á sus estudios y ejercicios de piedad, no solamente se quiso privar de toda medicina y remedio que le aliviase algún tanto de este padecimiento, sino buscó algunas trazas para conservarlo y acrecentarlo, en razón de tener mayor ocasión de merecimiento, y más rica corona en el cielo. Tan grande era la sed que tenía de padecer y asemejarse en todo á Cristo crucificado.

Mas este Señor bondadosísimo que de nadie se deja vencer en largueza y generosidad, andaba siempre con Luis en una amorosa competencia, vertiendo en su alma tanto mayores raudales de consuelo y alegría espiritual, cuanto más él se perseguía y atormentaba por su amor. No una, sino muchas veces le vieron arrebatado en dulcísimo éxtasis los de su casa. Uno de estos, el Doctor D. Rodolfo de Petrochinis, lo depone en el proceso de Castellón en estos términos: «Me consta asímismo que con frecuencia era arrebatado en éxtasis, como lo vimos varias veces, aun en los mesones cuando íbamos de viaje. Y en particular recuerdo haberle esto acaecido alguna vez en una posada de Martinengo. Todo esto lo sé por haberlo presenciado; y lo mismo podrían atesti-

guar todos los de su casa y familia que se componía de más de treinta personas.»

Y ¿qué diré del don de lágrimas con que el Señor seguía favoreciéndole? Algo de esto hemos apuntado en los capítulos anteriores; pero resta todavía mucho que decir de este y otros insignes favores que Dios nuestro Señor le hizo por este tiempo. Hablando un día D. Ferrante con el Padre Próspero Malavolta de los fervores de nuestro Santo, díjole ser cosa muy frecuente al entrar en su aposento, hallar regado de lágrimas el sitio donde solía hacer oración. Los criados que iban por la noche para ayudarle á desnudarse, al hallarle todo absorto y como arrobado en su altísima oración, no se atrevían á entrar por no despertarle de aquel suavísimo sueño, y aunque les era forzoso estarse á la puerta aguardando largo espacio de tiempo, no por esto se enfadaban, antes bien sobremanera edificados y movidos á devoción, se ponían también ellos á orar hasta que el santo joven finalizaba sus ejercicios espirituales.

Con estos soberanos favores y celestiales consuelos iba subiendo de punto en el alma de Luis el menosprecio de las grandezas y vanidades del mundo. Dábanle en rostro las ceremonias y cortesía que se estilan en los palacios de los príncipes, fastidiábanle los acompañamientos y séquito de criados y lacayos, parecíanle viles y de ningún valor las preciosas vajillas de oro y plata, las ricas vestiduras, las lujosas tapicerías, y tantas otras pomposas ostentaciones de fausto y grandeza de que tanto se precian los mundanos. Esclarecida é ilustrada su mente con la clarísima lumbre que del divino rostro en ella se reflejaba, aprehendía y sentía con tanta viveza la vaciedad y poco tomo de estos bienes; que al ver el

afán con que los hombres los desean y el empeño con que los procuran, apenas podía contener la risa. «No acabo de maravillarme, decía algunas veces hablando á solas con su madre, cómo la mayor parte de los hombres, no se resuelven á dar de mano á esas naderías y vanidades, y abrazar el estado religioso, toda vez que son tan claras y evidentes las ventajas que acarrea al hombre, no solo para la vida futura, mas aun para la presente.»

De estas y otras análogas conversaciones bien á las claras echaba de ver la Marquesa cuales eran los ideales de Luis, y como era tan piadosa, lejos de estorbárselos le allanaba el camino para realizarlos á su tiempo, si bien se abstenía de tratar de esto en sus razonamientos. Mostrábase complacida de que tratase á menudo con los religiosos de varias órdenes que con frecuencia solían acudir á Castellón, y él por el insaciable deseo de tratar cosas espirituales, á su llegada iba con gran diligencia á visitarlos, pedíales cuentas benditas y otros objetos piadosos que recibía y conservaba con particular devoción y reverencia. Pero aunque gustaba de tratar con todos los religiosos, hallaba singular consuelo y gusto espiritual conferenciando íntimamente de sus cosas con los religiosísimos Padres Benedictinos, por hallar en sus palabras no se qué sabor de cielo y de santidad. También se franqueaba singularmente con algunos Padres de la esclarecida orden de Santo Domingo, que por los veranos solían ir á aquella ciudad para tomar algún descanso.

Es digno de citarse, á propósito de lo que vamos diciendo, el ilustre testimonio que con juramento dió uno de estos últimos religiosos, por nombre P. Fr. Claudio

Fini de Módena, famoso predicador y lector de sagrada teología. «Conocí, dice, de vista y traté muy familiarmente al Ilustrísimo Señor D. Luis Gonzaga, heredero del Marquesado de Castellón, con ocasión de haber ido con algunos compañeros hermanos de nuestra Orden á aquella ciudad y otros lugares de su estado; porque la Marquesa su madre gustaba de que tratase con nosotros y más particular é íntimamente conmigo. Y á la verdad todas las veces que conversaba con él, me dejaba atónito y bañado en suavísimo consuelo por los insignes ejemplos de santidad que veía resplandecer en sus costumbres, en sus modales y en sus sentenciosos razonamientos. Los asuntos predilectos de sus conversaciones consistían ó bien en discurrir acerca de los medios para alcanzar una perfectísima y profundísima humildad, ó bien en ensalzar el menosprecio de los honores y placeres mundanales. Una vez entre otras recuerdo haber oído de sus labios estas palabras: «No tenemos ciertamente por qué engreirnos ni lisonjearnos de nuestro ilustre linaje y nacimiento, porque al fin y al cabo los huesos de un príncipe no se diferenciarán de los de un mendigo, sino es acaso por su mayor hediondez.»

Aunque niño en los años, nada se descubría en él que tuviese visos de puerilidad; antes bien era un dechado de modestia, recogimiento, gravedad y circunspección. No se le caían de la boca estas y otras semejantes exclamaciones: «¡Oh quién me diera saber amar á Dios con el fervor que se merece tan soberana Majestad! El corazón se me parte de puro dolor, al considerar lo mal que corresponden á sus finezas tantos cristianos!» En el recato y honestidad era tal su delicadeza, que si alguien se permitía alguna frase menos decente ó algún tanto

libre, aunque fuese por vía de donaire ó pasatiempo, luego se teñían de virginal rubor sus mejillas, y con humilde vergüenza y comedimiento mostraba la compasión que le inspiraba aquel desliz de su prójimo.

Cuando la conversación giraba sobre cosas tocantes á la perfección, ó se sacaba á plaza á alguno que dando libelo de repudio al mundo se hubiese acogido al puerto de la religión, revestíase su semblante de un sereno gozo y alegría, y tal vez exhalando del corazón un tierno suspiro exclamaba: «¡Oh Dios santo! si una simple conversación de los sólidos y celestiales bienes que acarrea la perfección religiosa tanto nos deleita, ¿qué será el gozarse y regalarse con su misma posesión?»

Algunas veces le acompañé á la iglesia, y era cosa de grande maravilla ver á este niño asistiendo al sagrado templo con mayor devoción y acatamiento que los ancianos y religiosos. Veíasele á veces quedar como suspenso ó arrobado delante de la imagen de algún Santo y tan absorto en su oración, que aunque le llamasen ó hablasen, no oía, y era fuerza aguardar hasta que volviese en sí. Dióme cuenta repetidas veces de su filial y singular devoción á la bienaventurada Virgen María, cuyo solo nombre le alegraba y enternecía maravillosamente....» Hasta aquí el testimonio del citado religioso, cuyos últimos párrafos suprimimos, reservando para su propio lugar la relación de las cosas que en ellos se contienen.

Sucedió por este mismo tiempo otro hecho que tiene sus visos de milagroso, y que si no lo fué, vino por lo menos á demostrar una vez más con cuán singular y especialísima providencia velaba Dios nuestro Señor por la conservación de la preciosa vida de Luis. Porque así

como en Casal le sacó incólume de las violentas explosiones de la pólvora y en el Tesino del furor de las aguas desbordadas, así en Castellón le libró por manera asombrosa de ser pasto de las llamas. El hecho acaeció de la manera siguiente.

Una noche en que Luis se había acostado algo más temprano de lo que acostumbraba, por haber arreciado notablemente sus dolores de cabeza, á penas metido en cama vínole á la memoria que aquel día no había aún rezado los siete salmos penitenciales. No quiso entregarse al sueño sin antes cumplir con esta su diaria devóción, y así llamando en seguida á uno de sus criados por nombre Santiago de Besachis, que dormía en la antecámara, y cuidaba de darle luz todas las noches, mandóle encender una vela, y ponerla junto á la cabecera. Cumplió el camarero su cometido, y fuése á descansar. Rezó Luis como pudo sus salmos, y al fin rendido al sueño y á la fatiga, quedóse dormido, sin darse cuenta de que la candela quedaba encendida. Fuese esta consumiendo hasta que su llama prendió fuego en uno de los lados de la cama, y de allí cundiendo lentamente, aunque sin levantar llama, llegó á consumir una buena parte del jergón y de los tres colchones. Despertó Luis con la fuerza del calor; mas no advirtiendo el grave riesgo en que se hallaba, y pensando que el ardor que sentía debía de ser efecto de alguna fiebre ocasionada del intenso dolor de cabeza con que se había acostado, trató de volverse á dormir; pero no le fué posible, pues el ardor iba creciendo por instantes. No tardó en persuadirse que en hecho de verdad había prendido fuego en su habitación, pues estaba toda llena de humo. Salta de la cama con gran prisa, y corre á la puerta para dar la

voz de alarma; mas apenas abrió la puerta, penetrando por ella el aire, hizo estallar el incendio, cuyas llamas en breve espacio devoraron lo restante de la cama y gran parte del rico pabellón, que como notó Clemente Ghisoni, primer camarero de Luis, había sido traido de España y era de dos colores. Acudieron al instante los criados de la casa al aposento de Luis; mas no pudiendo sufrir la densa humareda que los ahogaba, llamaron á los soldados de la guardia, quienes penetrando en las estancias, arrojaron por la ventana todos los muebles incendiados y lograron en pocos momentos atajar el fuego, é impedir que invadiese lo restante de la casa.

Cuando oyeron los Marqueses y los demás familiares la manera prodigiosa como Luis había escapado de aquel inminente riesgo de morir abrasado por el fuego ó asfixiado por el humo en su mismo lecho, no cesaban de alabar á Dios, y pronto se extendió por toda la ciudad la noticia de que su divina Majestad había obrado un verdadero milagro con el heredero del señor Marqués. Llegó también la fama de este suceso hasta la corte de Mantua, y maravillada la Duquesa Doña Leonor de Austria de lo que se decía, quiso saberlo por relación del mismo Luis, quien por su gran modestia no poco se corrió de que se divulgase este hecho, ya fuese porque le daban todos el carácter de un verdadero prodigio, ya por ser tan poco amigo de que se supiesen y publicasen sus cosas.

Este favor tan señalado de la divina Providencia fué para Luis un nuevo estímulo para crecer en el divino amor, y poner en manos de aquel Padre amantísimo su salud, su vida y todas sus cosas con filial é ilimitada confianza. Así que arrojando, como nos exhorta San Pe-

dro, todo cuidado y solicitud en manos de Dios, descansaba tranquilo en sus brazos como un niño en los de su madre, y nunca emprendía cosa alguna, grande ó pequeña que no se la encomendase con una firmísima seguridad de que El dispondría lo que fuese más conveniente. Bien le recompensó su divina Majestad esta grande confianza que en El tenía depositada, pues, como lo aseguró el mismo Santo, siempre fueron despachadas favorablemente sus súplicas por difíciles y arduas que fuesen las cosas que pedía. Gracia por cierto muy singular, y que debe alentarnos mucho á invocar el poderososísimo valimiento de este angélico joven, pues si viviendo en la tierra alcanzaba de Dios cuanto pedía, ¿cuánto más podrá alcanzarnos del Señor cualquier favor que le pidamos, ahora que reina glorioso en la patria de los bienaventurados?

Concluyamos este capítulo con dos cartas que nos quedan de las que nuestro Santo escribió en este año de 1581. En ellas se echa de ver el amor que profesaba á su ayo D. Francisco del Turco que á la sazón se hallaba en Florencia; el cual como en una de sus cartas á Luis mostrase recelos de haberle quizás lastimado con alguna frase que por la grande familiaridad y franqueza que con él usaba, se había permitido, apresúrase el Santo á tranquilizarle desvaneciendo sus recelos en los siguientes términos.

Magnífico y carísimo amigo:

He recibido vuestra carta que me ha sido por tódo extremo agradable; pero mucho me ha disgustado el que me tengáis por tan falto de discreción, que aquellas palabras que debían más bien despertar en mi pecho

sentimientos de amor, hayan excitado en él movimientos de ira ó aversión; cosa que ni ha sucedido, ni sucederá jamás: antes bien donde quiera que yo me hallare, conservaré de vos gratísima y perdurable memoria. He entregado á vuestro hermano los 75 sueldos que os debía: si fuese más lo que os debo, tened la bondad de avisármelo. Pongo fin á la presente saludando afectuosamente á D. Jaime, D. Sebastián, Doña María, Juanito y Angelito.

De Castellón, á 21 mayo de 1581.

Queda siempre á sus órdenes

LUIS GONZAGA.

Diez días después, escribía el Santo otra carta al mismo D. Francisco, manifestándole los vivos deseos que tanto él como su señor padre tenían de que viniese á Castellón. He aquí su contexto (1).

Magnífico y carísimo amigo:

Dos cartas llevo ya escritas á V. S., una por Mantua y otra por Venecia; mas estando como estoy muy dudoso de que las haya V. S. recibido, y deseando por otra parte vivamente su venida, he acordado enviarle esta otra por conducto de nuestro *Piero*, el cual con esta noticia se puso tan contento, que daba saltos de alegría. Ruego pues encarecidamente á V. S. que por ningún caso

(1) El original de esta carta se conserva en Florencia en casa de los descendientes de D. Francisco del Turco, y fué publicada por primera vez en Bélgica el año 1861 por el P. Pruvost de nuestra Compañía.

deje de venir, y que se ponga en camino lo más pronto posible; pues yo le certifico que no solamente mi señor padre se ha de alegrar mucho con su venida, sino también todos nosotros, y más en particular D. Julio y yo que tantos deseos tenemos de verle.

De Castellón, 1.º de julio, á la una de la noche (1), 1581.

Mande V. S. á su afectísimo

LUIS GONZAGA.

---

(1) Es de notar que en Italia se comenzaban á contar las horas del día desde la puesta del sol: y por consiguiente la una de la noche equivalía á una hora después de la puesta del sol.

LIBRO SEGUNDO

DESDE SU VENIDA Á ESPAÑA HASTA SU ENTRADA EN RELIGIÓN

CAPÍTULO PRIMERO

SU VIAJE Á ESPAÑA Y CÓMO VISITÓ EN ELLA LOS SANTUARIOS DE MONTSERRAT Y DEL PILAR Y EL REAL MONASTERIO DEL ESCORIAL.

1581-1582

La esclarecida Emperatriz Doña María, hija del Emperador Carlos V, hermana del Rey católico D. Felipe II, y viuda de Maximiliano II Emperador de Alemania, después de la muerte de su marido acaecida en 1576, vivía retirada en Praga, que á la sazón era corte imperial. Habiendo pues sabido la nueva de la muerte de su hija Doña Ana, esposa del Rey católico, que fué por octubre de 1580, y deseando salir de Alemania para no presenciar los contratiempos y adversidades que padecía la Iglesia católica en aquellas provin-

cias; resolvió pasar á España, en donde podría velar sobre la educación de sus sobrinos, y acabar sus días en buena vejez y con mayor tranquilidad de cuerpo y espíritu, y así se lo escribió al Rey su hermano. Gustoso accedió D. Felipe á su deseo, y con real generosidad y largueza proveyóla de todo lo que era menester para el viaje, ordenando al Gobernador de Milán saliese á recibirla en los confines de su estado, y la acompañase hasta Génova servida y regalada, y á Juan Andrés Doria que la condujese á Barcelona en las galeras de Italia (1). Y para que fuese más lucido el acompañamiento, quiso el Rey que lo formasen varios príncipes italianos, por cuyos estados había de pasar la Emperatriz. Entre estos fué invitado particularmente D. Ferrante, el cual por acceder á los deseos de su Majestad imperial, determinó llevar consigo á Doña Marta y á nuestro Luis con su hermanito Rodolfo y su hermanita Isabel. Quiso también que viniera á España como ayo de los niños Don Francisco del Turco, quien todavía se hallaba en Florencia en casa del Príncipe D. Juan de Médicis. Encargado Luis de comunicarle el acuerdo de su señor padre, escribióle la siguiente carta, cuyo original obra en poder de los PP. del Colegio Romano, de la Compañía de Jesús.

Magnífico y queridísimo amigo:

Habiendo de partir con la Emperatriz á España dentro de breves días, mi señora madre y yo hemos rogado al padre mi señor, tuviese por bien disponer que prosiga V. S. siendo en adelante nuestro ayo, como hasta aquí

(1) Cabrera. Historia de Felipe II, lib. XIII, c. 4.

lo ha sido, á lo cual ha accedido de muy buena gana, manifestándose al propio tiempo sumamente complacido de nuestra petición. Así pues suplico á V. S. quiera venir cuanto antes, ó á lo menos tomar lo más presto posible este acuerdo, y luego que lo haya tomado, ponerse sin demora en camino; pues todas las expensas que haya de hacer en su viaje le serán abonadas tan pronto como llegue á esta. Concluyo besando las manos de V. S. en nombre del Señor Luis Pignalosa y mío.

De Castellón á 23 de junio, 1581.

A sus órdenes

LUIS GONZAGA.

Temiendo Luis que la anterior carta no hubiese llegado á su destino, escribió á los dos días otra, cuyo original se conserva también religiosamente en Roma, y es como sigue:

Magnífico y carísimo amigo:

Aunque sólo hace tres días que escribí á V. S., recelando que mi carta se haya tal vez extraviado, he querido escribirle de nuevo rogándole que venga á la mayor brevedad posible. Tenga por cosa cierta V. S. que mi señor padre ha de recibir gran contentamiento de que V. S. se encargue de nuestra educación y crianza, como ha venido haciéndolo hasta ahora. Sepa pues V. S. que hemos de pasar á España, y como quiera que de un día á otro vamos á ponernos en camino, mi señor padre desearía viniese V. S. sin tardanza, prometiendo resarcirle á su llegada los gastos del viaje. Mis recuerdos á

todos, y que no se olviden de mí, especialmente el señor D. Juan, cuyas manos beso respetuosamente.

De Castellón, á 25 de junio, 1581.

A sus órdenes

LUIS GONZAGA.

Del contexto de esta carta parece desprenderse que el viaje de los Marqueses á España hubo de verificarse pocos días después del 25 de junio, y así lo creyó Daurignac al escribir en la vida de nuestro Santo, como cosa cierta y fuera de duda, que el embarque de la Emperatriz fué por aquellos días (1); pero en hecho de verdad no salió del puerto de Génova hasta el mes de noviembre de aquel año, según se colige de varias cartas y documentos que se conservan en el archivo de la familia de los Gonzagas de Mantua y en varios archivos de la ciudad de Barcelona, según los cuales podemos fijar el itinerario de la Emperatriz y luego el de nuestro Santo del modo siguiente.

Salió de Praga la augusta Señora acompañada de su hija Doña Margarita y escoltada por el tercio de D. Lope de Figueroa que venía de Flandes con destino á Portugal, el primero de agosto de 1581, detúvose en Viena desde el 10 hasta el 30 del mismo mes, y prosiguiendo su viaje por Innsbruck, Trento y Treviso, llegó á Padua, en donde estuvo el día 26 de septiembre. Los príncipes italianos por cuyos estados debía pasar su Majestad imperial, y entre ellos los Marqueses de Castellón, saliéronle al encuentro á la frontera de Italia, esmerándose en agasa-

(1) Historie de Saint Louis de Gonzague, livr. I, § VIII.

jarla con toda suerte de manifestaciones de amor y adhesión (1). Señalóse entre los demás señores el Duque de Ferrara, quien pasó á Padua acompañado de 400 coches en que iba lo más florido de la nobleza de sus estados. Holgóse mucho la Emperatriz de ver á los Marqueses de Castellón y á sus hijos, y quiso que Luis fuese su paje durante todo aquel viaje hasta la corte de España. Muy bien desempeñó Luis este cargo; pero de tal manera, que por servir á los príncipes de la tierra no se olvidaba del amor que debía al Rey de los cielos, á quien sirvió en todo este largo viaje con el mismo fervor que si se hallara en su retiro de Castellón, sin dejar por ningún caso sus acostumbrados ejercicios ni su continua unión con Dios.

Por una carta de Doña Marta escrita el día 26 de setiembre á la Duquesa de Mantua, consta que ya en aquella fecha los Marqueses de Castellón formaban parte del séquito de la Emperatriz. El 30 de setiembre lo pasaron en Verona, desde donde escribió D. Ferrante al Duque de Mantua, excusándose de no haberse despedido de él por la premura del tiempo y prisa que le daba la Emperatriz. De Verona pasaron á Brescia y Lodi, en donde nuestro Santo tuvo el consuelo de volver á ver al Cardenal San Carlos Borromeo, de quien había recibido la primera comunión el año anterior.

Por otra carta del Marqués fechada en Pavía á 8 de octubre, sabemos que allí pasó aquel día la regia comitiva. El día 12 se hallaban en Novi, y el 16 llegaron

(1) Consérvase aún en nuestros días en Trento la tradición de haber estado allí San Luis Gonzaga y de haber sido agasajado por el Cardenal Madruzzi, con ocasión del viaje de la Emperatriz. (Nannerini. *Vita di S. Luigi*, c. VII.)

felizmente á Génova, en donde se detuvieron hasta el 8 de noviembre, en que se embarcaron.

Mas antes de emprender la peligrosa travesía, quiso la piadosísima Emperatriz acercarse á la sagrada mesa con todos los de su séquito, á fin de alcanzar de Dios una próspera navegación. ¿Quién podrá decir el consuelo que experimentaría el angelical paje al ver los altos ejemplos de santidad de aquella soberana? Pero subió de punto su entusiasmo cuando en el momento de embarcarse, oyó de sus labios estas palabras que dijo Doña María á los de su comitiva. «Yo os advierto que vais á un reino tan católico, que en agravio de la fe no se permite un pelo, porque la Santa Inquisición tiene el poder que merece y cuidado que debe á Dios, y no perdona á nadie. El que no fuere muy católico, ó no se resolviere á vivir como tal, vuélvase, *porque si algo le sucediere, no podré defenderle ni ampararle.*»

Mas así como Luis se alegraba de servir de paje á tan santa y piadosa señora, así esta no tardó en advertir la santidad y angelical inocencia del Marquesito de Castellón, y se felicitaba de haber tenido tan buen ojo al escojerle por su paje. Los demás que iban en la nave, y oían hablar á Luis, quedaban igualmente asombrados del espíritu que animaba sus palabras y de los altos pensamientos que fomentaba en su alma. Como recayese un día la conversación sobre los peligros que corrían las galeras en que navegaban, de caer en poder de algún corsario, por hallarse aquellos mares infestados de naves turquesas, Luis con gran serenidad y notable fervor dijo:—«¡Oh qué dicha tan grande sería la nuestra, si lográsemos por estos mares la incomparable gracia de verter nuestra sangre en defensa de la fe que profesamos!»

Otra vez habiendo saltado todos en tierra, y andando por entre unos peñascos que se hallaban en la costa, halló Luis por casualidad una piedrecilla marcada con cinco señales, al modo que suelen los pintores representar las cinco llagas de nuestro divino Redentor. Recogióla como si hubiese hallado un tesoro, besóla con devoción, y sin poderse contener, vuela á su madre y le dice: «Mirad, señora, mirad esta piedra verdaderamente preciosa que el Señor me ha hecho hallar: ¡qué bien dibujadas se ven en ella las cinco llagas del Salvador! no parece sino que su divina Majestad me quiere con este hallazgo advertir que nunca debo echar en olvido el amor que me profesa y la obligación que me corre de entregarme á El sin reserva. Y con todo eso no querrá mi señor padre que yo me haga religioso?—Este bellísimo rasgo de la tierna devoción de nuestro Santo refirióselo la misma Marquesa al Padre Cepari, y añadió que por largo tiempo conservó Luis aquella piedrecita que estimaba como un precioso recuerdo de la Pasión de Cristo nuestro Señor, y como un despertador que le aguijaba de continuo á llevar adelante su propósito de dejar el mundo y entrar en religión.

Tocaron las naves de Doria en Savona, en donde tomó tierra la Emperatriz, y descansó unos doce días. En Marsella quiso visitar la cueva y santuario de la *Sainte Baume,* y nuestro Santo tuvo por buena dicha el poder pisar aquella tierra santificada con la penitencia y lágrimas de Santa Magdalena y adorar sus preciosas reliquias.

De Marsella hiciéronse á la vela con rumbo á Barcelona, en cuyo puerto se estaban haciendo grandes preparativos por orden del Rey Don Felipe, para recibir á

su augusta hermana con la pompa y aparato que á su elevada esfera correspondía (1). Mas al fin no se verificó en este puerto el desembarque de la Emperatriz: porque como durante toda la navegación se sintiese ella muy fatigada del mareo, resolvió tomar puerto tan pronto como llegasen á tierra de España, y proseguir por tierra su viaje hasta la capital del Principado.

Cumplióse puntualmente lo que había acordado la Emperatriz, y en su consecuencia el día 12 de diciembre la escuadra ancló en el puerto de Colliure, que se halla en el Rosellón no lejos de la ciudad de Perpiñán, á donde se dirigió la Emperatriz con todo su acompañamiento (2). Después que hubo descansado allí algunos días, siendo obsequiada con extraordinarias fiestas y regocijos, pasó á Gerona; y es no pequeña gloria para esta ilustre é inmortal ciudad el haber sido visitada por el celestial protector de la juventud San Luis Gonzaga.

De Gerona se dirigió la comitiva á Granollers, á donde envió la ciudad de Barcelona dos embajadores para concertar con su imperial Majestad el día y hora de su solemne entrada en aquella capital. Fijóse de común acuerdo el día 6 de enero, fiesta de la Epifanía del Señor, en cuya tarde el Obispo de Cuenca electo Arzobispo de Sevilla y enviado por Don Felipe á Barce-

---

(1) Véase en el Apéndice núm. 1, la carta del Rey á los Conselleres de Barcelona.

(2) De lo que acabamos de referir despréndese claramente que no pudo nuestro Santo escribir en Mantua la carta que se le atribuye fechada á 18 de diciembre de 1581, en la cual felicita á su tía la Duquesa de Guastalla con ocasión de las próximas fiestas de Navidad. El Padre Meschler juzga que dicha carta fué escrita un año antes, aunque no aduce ningún documento en confirmación de su aserto. Véase esta carta en el Apéndice núm. 6.

lona para recibir á la Emperatriz, salióle al encuentro acompañado de los Concejales, Diputación, Cabildo, y muchos nobles caballeros (1).

Venía la Emperatriz en una litera forrada de terciopelo negro, y con ella la Infanta Doña Margarita su hija, vestidas ambas de luto por la reciente muerte del Emperador. Formaban su escolta diez y ocho ó veinte alabarderos flamencos con sus alabardas, y en pos de la litera en que iba su Majestad, venían dos de sus damas á caballo en ricos sillones de plata. A estas seguían siete ú ocho carruajes en que iban los caballeros y damas que formaban el séquito de la Emperatriz, y en uno de estos coches iba el santo paje, el modestísimo y angelical mancebo Luis Gonzaga. Pocos repararon, como era natural, en este humilde y sencillo jovencito que iba confundido entre el numeroso cortejo de la Emperatriz; y sin embargo aquella virtud y santidad oculta y desconocida había de eclipsar andando el tiempo con sus resplandores la gloria y majestad de todos los monarcas de su tiempo.

Poco antes de entrar la Emperatriz en la ciudad condal fué saludada con muchas salvas de artillería y arcabucería, comenzando por las torres de la puerta nueva, por donde se verificó la entrada, y respondiendo todos los baluartes y torres principales, y los muchos cañones colocados á lo largo de la muralla del mar. Veíanse flotar en lo alto de las torres hermosas banderas, y entre ellas algunas del ejército y la de Santa Eulalia que sólo se sacaba en la procesión del día de Corpus.

---

(1) Véase en el Apéndice núm. 4, la curiosa descripción de esta fiesta que tomamos del *Libre de algunes coses asanyalades succehides en Barcelona*, etc.

Y como empezase ya á oscurecer el día cuando penetraba la imperial comitiva en lo interior de la ciudad, cincuenta cofrades de varias cofradías muy bien vestidos, y llevando cada uno su hacha encendida, iban en dos hileras dando luz delante de la Emperatriz. Al entrar esta en su alojamiento, que fué en el palacio del Virrey de Cataluña, situado en la calle Ancha, disparóse de nuevo toda la artillería de la ciudad, y despidiéndose de la Emperatriz aquel ilustre y numeroso acompañamiento, dióse fin á aquella solemnidad, y no hubo más fiestas ni regocijos públicos en todos aquellos días, por haberlo así dispuesto el Rey, en atención al luto de la Emperatriz, la cual empleó los 16 días que estuvo en Barcelona en visitar sus principales iglesias y conventos, con singulares demostraciones de piedad y devoción.

El domingo 14 de enero celebróse en la capilla del palacio de la Diputación una misa solemnísima á la Inmaculada Concepción de Nuestra Señora, en acción de gracias por la feliz llegada de su Majestad Cesárea, y en cumplimiento del voto hecho á 18 de setiembre de 1581. A esta solemnidad religiosa y á las vísperas y completas del día anterior asistió la Emperatriz, y fueron invitados varios caballeros extranjeros, y entre estos el Marqués de Castellón D. Ferrante (1). Y por consiguiente es de creer que asistiría á estas funciones nuestro Santo en compañía de su señor padre.

El día 18 del mismo mes, deseando la Emperatriz complacer á su Camarera mayor Doña María Manrique

---

(1) Así consta en el Diario de la Diputación de Barcelona (13 enero de 1582).

de Lara, fundadora del Colegio que la Compañía de Jesús tenía en aquella ciudad, quiso oir misa en la iglesia de dicho Colegio, que es la de Nuestra Señora de Belén (1), y se conserva aún en nuestros días. ¿Visitó también San Luis aquella iglesia y el Colegio de la Compañía? No consta en la historia, pero bien podemos piadosamente creer que acompañando á la Emperatriz en calidad de paje, no dejaría de visitar con ella el Colegio y su iglesia.

Salió de Barcelona la Emperatriz el lunes 22 de enero á las 10 de la mañana, dirigiéndose con todo su acompañamiento al santuario de Nuestra Señora de Montserrat, á donde llegaron aquel mismo día, y fueron recibidos por el M. I. Padre Abad y Reverenda Comunidad, con el imponente ceremonial que se acostumbra con los Reales personajes que visitan aquel sagrado lugar. ¿Qué sentiría nuestro Luis que fué siempre hijo tan enamorado de la Reina de los cielos, al penetrar en aquel augusto santuario, y al fijar sus miradas en aquella devotísima imagen que infunde profunda veneración y respeto aun en los corazones más disipados, con tal que aliente en ellos siquiera una mínima centella de fe y piedad cristiana? Es tradición entre los religiosos benedictinos de aquella venerable Comunidad, y consta además por algunos apuntes de varios monjes antiguos, que el angelical paje de la Emperatriz, durante su estancia en aquel Monasterio pasaba largas horas en oración postrado á los pies de la sagrada imagen de María, y que allí confirmó con voto su propósito de abrazar el

(1) Así consta en la Historia manuscrita de aquel Colegio que obra en el archivo de los PP. de la Compañía.

estado religioso, y renovó con indecible contento de su alma el voto de virginidad que había hecho delante de otra milagrosa imagen de María en Florencia, como se dijo en su lugar. También se sabe que en uno de aquellos días hizo Luis con la Emperatriz y demás comitiva una piadosa excursión por la montaña visitando las ermitas, y que tuvo algunas pláticas espirituales con los anacoretas que las habitaban.

Detuviéronse nuestros ilustres viajeros dos días en Montserrat (1) con gran consuelo é indecible alegría de la piadosísima Infanta Doña Margarita y del santo joven, quienes fueron regalados de la Santísima Virgen con gracias muy singulares y extraordinarias. Cuéntanse largamente en la Historia de Montserrat las que recibió la Infanta, y sólo se dice algo de lo que á nuestro Santo se refiere; mas por estar aquellas tan relacionadas con estas, no será ajeno de este lugar dar una sucinta idea de ellas.

Desde que la virtuosa Infanta había oído referir á su madre las maravillas que Dios solía obrar en Montserrat por intercesión de la inmaculada Virgen María, ardía en deseos de visitar este santuario y venerar la portentosa imagen. Apenas entró en el sagrado templo, sintióse bañada en tal suavidad y devoción, que hubo de hacerse grande fuerza para que no saliesen á lo exterior los copiosos raudales de gracia que en lo interior de su alma recibía. Un día en que estos incendios del divino amor parecían haber llegado á su colmo, movida interiormente por el Espíritu Santo á dejarlo todo, y despo-

(1) Así consta en el Diario de la Diputación de Cataluña; mas según la Historia de Montserrat, la imperial comitiva permaneció en aquel Monasterio tres ó cuatro días.

sarse con Cristo en el estado religioso, pidió con tal fervor y con tantas lágrimas esta merced á Nuestra Señora delante de su altar, que mereció el extraordinario favor de que la sagrada imagen inclinase la cabeza hacia ella en señal de que la gracia que solicitaba estaba ya concedida.

Alentada con este milagroso suceso á llevar adelante sus propósitos, y no sabiendo cómo agradecer á Jesús y á su Santísima Madre tan regalada fineza, abrasada en amor y movida de interior impulso, tomando un cuchillo rasgó su casto pecho, y con la sangre de sus venas escribió en un papel estas palabras: *Con la sangre de mi corazón me ofrezco y entrego por esposa á Jesús, y suplico que sea mi medianera la Virgen María; en fe de lo cual lo firmo.*

MARGARITA (1).

Bien le pagó la soberana Reina de los cielos á esta su enamorada sierva el generoso ofrecimiento que le hizo de su persona y de todas sus cosas, pues le concedió la gracia incomparable de vivir y morir santísimamente en el convento de Descalzas Reales de Madrid, en el cual entró siendo de 17 años de edad, y tuvo por director de su alma al Beato Simón de Rojas.

Su madre, á quien por el clarísimo esplendor de sus virtudes, la historia ha apellidado *la santa Emperatriz Doña María,* imitando el ejemplo de la hija y del Emperador Carlos V su padre, que había trocado la corona imperial por el retiro de Yuste, dió también de mano á todos los honores y riquezas del siglo, y se retiró al

(1) Este papel se guardó con mucha veneración en el Real Monasterio de Montserrat hasta su destrucción en el año 1811.

mismo convento en que vivía su hija, y en él acabó felizmente el curso de su vida á 26 de febrero de 1603, á los 74 años de su edad. Mujer verdaderamente grande y admirable, de quien aun en vida hizo el Pontífice San Pío V el siguiente elogio: *Grande abogada con Dios tenemos sobre la tierra, é informaciones bastantes para canonizarla en vida, si fuera lícito.*

Mas volviendo á nuestro Santo, al visitar el santuario de Montserrat en compañía de estas dos finísimas devotas de María ¿cómo se gozaría oyéndolas hablar con santo fervor de las glorias y excelencias de aquella celestial Princesa? ¿Cuánto se holgaría de verla tan honrada y obsequiada por los grandes y poderosos de la tierra? Y al trepar por aquellos peñascos visitando las apartadas y solitarias ermitas, ¿con qué gusto escucharía de boca de los santos anacoretas que las habitaban, la hermosa historia de la aparición de la sagrada efigie, los prodigios que obra de continuo en favor de sus devotos, y las frecuentes romerías que de todas partes acuden á prestar vasallaje á la esclarecida Reina y Patrona de Cataluña, á la preciosa perla de Montserrat?

Terminada pues la visita de este santuario, el día 25 de enero bajó la Emperatriz del santo monte, y prosiguió su viaje pasando por Lérida y Zaragoza. Salió de Lérida el día 31, y al llegar á la raya de Aragón, despidiéronse de ella los delegados de la Diputación de Cataluña que venían acompañándola desde Barcelona, los cuales el día 6 de febrero llegaron de regreso á dicha ciudad.

Sabida en Zaragoza la noticia de la llegada de la Emperatriz á la Puebla de Alfinden, dos leguas de Zaragoza, el Arzobispo Santos acompañado de una parte del

Cabildo, salióle al encuentro el día 5 de febrero por la mañana, y el mismo día á las cuatro de la tarde entró su Majestad en Zaragoza, con muy lucido acompañamiento de la nobleza y autoridades de aquella ciudad, y se aposentó en el palacio del Virrey D. Artal de Alagón.

El miércoles, 7 del dicho mes de febrero, salió la Emperatriz acompañada de los dos Arzobispos á oir misa en la santa capilla de Ntra. Señora del Pilar. El júbilo y espiritual consolación que experimentó San Luis al postrarse ante el pilar sacrosanto, en aquel sitio santificado con la presencia de la Madre de Dios cuando aun vivía en carne mortal, no es para dicho: considérelo en sus adentros el piadoso lector que ya ha podido ver en el decurso de esta historia la inenarrable devoción del bendito joven á la Santísima Virgen, y cuánto gustaba de visitar sus imágenes y santuarios.

No satisfecha la devotísima Emperatriz de haber venerado la imagen de Nuestra Señora del Pilar, quiso visitar la iglesia de Santa Engracia y los demás preciosos monumentos y reliquias que en aquella antiquísima y religiosísima ciudad se conservan.

El sábado, 10 de febrero, oyó S. M. misa en San Francisco, y después en Palacio se desposó el Duque de Villahermosa D. Hernando de Aragón con la Duquesa Doña Juana de Pernstein. Estaban presentes los dos Arzobispos de Zaragoza y Sevilla, y S. M. sacó á la Duquesa de la mano, y los desposó el Arzobispo de Sevilla.

Un contratiempo, no menos sensible para la Emperatriz que para los Marqueses de Castellón, vino á turbar la alegría que todos experimentaban por hallarse ya cercanos al término de su viaje. Sucedió pues que Don Ferrante, ya fuese por las molestias de tan largo cami-

no, ya por los rigores de la estación, cayó enfermo, y hubo de guardar cama una buena temporada; con lo cual tanto él como la Marquesa, se vieron precisados á quedarse en Zaragoza y separarse de la Emperatriz. Luis y Rodolfo acompañados de su ayo continuaron con ella su viaje, saliendo de Zaragoza el 20 de febrero, y llegando el 20 á Guadalajara, en donde el Duque del Infantado los aposentó en sus casas «que son de las mejores que tiene señor en España.» En Alcalá de Henares visitaron el convento de Santa María de Jesús, en donde tuvieron el consuelo de venerar el cuerpo incorrupto de San Diego de Alcalá que allí se conserva.

Al llegar su Majestad al Pardo, encontró al Príncipe de España D. Diego y á las Infantas Doña Isabel y Doña Catalina que salieron á esperarla, y fueron todos juntos al Real Monasterio del Escorial, adonde llegaron el 27 de febrero á las 10 de la mañana. El 28, miércoles de ceniza, dijo misa rezada el Arzobispo de Sevilla á las personas Reales é impuso la sagrada ceniza á la Emperatriz é Infantas y después al Príncipe, y es de creer que asistiría á esta ceremonia nuestro Santo, como también al sermón que predicó delante de su Majestad el Padre Francisco Antonio de la Compañía de Jesús, en la primera dominica de cuarésma. El lunes siguiente, 5 de marzo despidiéronse los ilustres viajeros del Real Monasterio, y partieron para Madrid, adonde finalmente llegó nuestro Santo á 7 de marzo, después de cinco meses y medio de viaje por tierra y por mar (1).

(1) Véase el Apéndice, V.

CAPÍTULO II

DE LA SANTA VIDA QUE ENTABLÓ LUIS EN MADRID

1582-1584

REPUESTO D. Ferrante de su enfermedad pasó con Doña Marta á Madrid, de donde salió para Lisboa el día 18 de mayo de 1582, á fin de avistarse con el Rey D. Felipe II, que á la sazón se hallaba en Portugal. Entre tanto Luis y Rodolfo desempeñaban en la corte el honorífico empleo de meninos del Príncipe D. Diego, é Isabel se educaba bajo los auspicios de la serenísima Infanta Doña Isabel Clara Eugenia, á quien sirvió más tarde como Dama de honor, y murió en este cargo después de algunos años. D. Ferrante, como queda dicho, ejercía en palacio su cargo de Gentil hombre de Cámara.

No quiero dejar de decir, pues viene á propósito, que la morada donde habitó el Marqués de Castellón con Doña Marta y sus tres hijos, durante el tiempo que vivió en Madrid, fueron unas casas que sirvieron muchos años de posada á los Embajadores de Génova, y estaban situadas en la calle ancha de San Bernardo. Más adelante por los años de 1602, siendo Provincial de

Toledo el P. Luis de Guzmán, y maestro de novicios el P. Robledillo, la Excelentísima señora Doña Ana Feliz de Guzmán, Marquesa de Camarasa, compró estas casas con una huerta contigua, y lo cedió todo á la Compañía, para la fundación del noviciado que ella misma levantó á sus expensas. Y fué sin duda particular disposición de la divina Providencia que fuese elegida para plantel y semillero, en que se criasen los jóvenes de la Compañía de Jesús, aquel dichoso sitio que había sido santificado con las virtudes del celeste protector de la juventud, y con los primeros fervores de su vocacion á la misma Compañía.

Refiérese en la historia de la fundación de aquel Noviciado que uno de sus aposentos era objeto de particular veneración y respeto por ser, á lo que se decía, el mismo en que había vivido San Luis Gonzaga; y en 1608 se salvó de un inminente incendio, por particular providencia del Señor. Este Noviciado como otros tantos preciosos y sagrados monumentos de la antigua piedad española fué derribado en nuestros días por la piqueta revolucionaria, y en su lugar se levanta actualmente el edificio de la Universidad Central.

Por este tiempo escribió nuestro Santo tres cartas á su tío paterno D. Horacio Gonzaga, Marqués de Solferino, descubiertas y publicadas recientemente por el R. D. Oliverio Jozzi. En la primera, interpretando Luis los sentimientos de su padre, que impedido por el dolor de gota no podía escribir por sí mismo á su hermano, le da las gracias por la cantidad de dinero que acababa de prestarle, en razón de cubrir las muchas expensas que le habían ocasionado los largos viajes, su prolija enfermedad, instalación en la corte, y sobre todo los tristes lan-

ces de juego, al cual era aficionadísimo D. Ferrante, como adelante se dirá. La carta á que nos referimos traducida del italiano es del tenor siguiente:

Ilustrísimo Señor Tío:

Como quiera que sean tan dignos de aprecio los favores y continua protección que V. S. se ha dignado dispensar al S. Marqués nuestro padre y á todos nosotros, excediendo sobre manera á todo cuanto pudiéramos hacer en su servicio, por más que el amor y ley que le profesamos sean siempre muy grandes, no puedo menos de dar á V. S. las gracias por todo, en nombre de mi Señor Padre, quien impedido hoy por su crónico mal de gota, no ha podido escribir á V. S. para darle las gracias por el favor que le ha prestado, enviándole la suma de dinero que ya obra en su poder. Reconoce la obligación de reintegrársela tan pronto como regrese á esas tierras. Beso respetuosamente sus manos, y pongo fin á la presente que escribo á nombre de mi Señor Padre.

De Madrid á 18 de mayo 1592.

De V. S. Ilma.

Sobrino y Servidor

LUIS GONZAGA.

Diez días más tarde volvió Luis á escribir á su tío dándole varias noticias acerca de los viajes y enfermedad del Marqués su padre, y excusándose de no escribirle con mayor frecuencia. La carta dice así:

Ilustrísimo Señor Tío.

Muchas veces habría ya escrito á Vuestra Señoría, si no me hubiese detenido de un lado el temor de que

mis cartas se extravíen por ignorar yo la manera de dirigirlas á Vuestra Señoría, cuyo paradero me es desconocido; y de otro, mis ocupaciones con el Serenísimo Señor nuestro, á cuyo servicio desea mi señor padre acudamos con la mayor frecuencia. Mas recelando que podría atribuir Vuestra Señoría mi excesiva tardanza en escribirle á descuido y negligencia, me he determinado á dar de mano á toda otra ocupación, y aprovechar este corto espacio de tiempo que me dejan libre las atenciones de mi cargo, para saludar humilde y respetuosamente á Vuestra Señoría y participarle cómo el Señor Marqués nuestro Padre partió hace nueve días para Lisboa, quedando nosotros en esta de Madrid con la Señora Madre; la cual, según habrá sabido Vuestra Señoría, se vió precisada por la indisposición del Señor Padre á quedarse en Zaragoza, apartándose del servicio de S. M. C. (1) quien ya se halla en Lisboa, y ha visto á la Majestad Católica del Rey su hermano. Concluyo besando las manos de Vuestra Señoría.

De Madrid, á 28 de mayo de 1582.

De V. S. Ilustrísima

Sobrino y Servidor

LUIS GONZAGA.

A estas dos cartas síguese en la mencionada colección del Sr. Jozzi un fragmento de otra escrita también en Madrid el 25 de junio de este mismo año 1582. Por las últimas frases de esta carta se ve que continuaba Don Horacio Gonzaga favoreciendo con sus préstamos á D. Ferrante, y que Luis era su secretario y confidente

(1) Su Majestad Cesárea.

en estos íntimos secretos de familia. Y esto explica perfectamente lo que más adelante se dirá sobre el sentimiento que le causaba el ver á su padre tan ciegamente aficionado al juego. He aquí el citado fragmento:... «toda vez que V. S. se ha dignado hacer tanto en nuestro favor. Presento á V. Señoría Excelentísima los homenajes y sentimientos de mi sincera y constante adhesión suplicándole continúe prestándome su favor: lo mismo le digo de parte de mi Señor Padre. Beso respetuosamente las manos de V. S. De Madrid á 25 de junio, 1582.

Sobrino y Servidor

LUIS GONZAGA.»

Mas veamos ya de qué manera entabló Luis su vida en la corte, y admiremos una vez más la solidez de sus virtudes y la inquebrantable constancia de sus propósitos. Desde luego echó de ver que no le había de ser tan fácil conservar en Madrid aquel plan y método de vida que se había impuesto en Castellón, ni había de poder consagrar tantas horas como antes á su amada soledad y recogimiento. Las obligaciones de su oficio en la corte por un lado, y por otro las atenciones de sus estudios, reclamaban la mayor y mejor parte de sus días, y apenas le dejaban tiempo para cumplir con sus devociones cotidianas, y aun la misma frecuencia de sacramentos se le hacía harto dificultosa. Mas no era Luis del número de aquellos ánimos apocados é inconstantes, que al leve soplo de cualquiera dificultad, dejan el sendero de la virtud que habían emprendido, gobernándose más por el mudable viento de los respetos mundanos y terrenales, que por la invariable norma de las máximas cristianas y evangélicas. Las cuales tenía Luis tan impresas y asentadas en su

ánimo, que á los pocos días de vivir en la corte de España, como observase que sus primeros fervores se iban poco á poco enfriando con las distracciones que le ocasionaba la vida de palacio; entrando en cuentas con su alma, resolvióse muy de veras á colocar los intereses de ella muy por encima de todo lo demás, persuadido como estaba que ninguna cosa de este mundo es de tanta monta, como el bien espiritual de nuestra alma, y que esta es, según la doctrina de Cristo, la única cosa necesaria, y que á ella por consiguiente se han de subordinar y aun sacrificar si fuese menester todas las demás.

Así pues para acertar á servir á Dios sin faltar á sus deberes de cortesano, desde luego sintió la imperiosa necesidad de buscar un sabio y prudente director espiritual que guiase sus pasos por aquellos nuevos y escabrosos senderos en que se hallaba. Habiendo sabido que residía en Madrid un Padre de la Compañía de Jesús, por nombre Fernando Paterno, siciliano de nación y religioso de insigne virtud y saber; eligióle por su confesor y director espiritual. Bajo su dirección, dióse con nuevo fervor y diligencia á la frecuencia de sacramentos, á la oración y mortificación y á la práctica de todas las virtudes, pero sobre todas cultivó aquí como en Italia aquella su predilecta virtud que constituye el carácter y distintivo de este ángel humanado: la virginal pureza é inocencia de vida.

Ilustre testimonio nos legó de esta verdad el mismo confesor á quien el Santo tenía descubiertos y patentes todos los rincones de su alma; el cual en una carta escrita en 1594 dice lo siguiente: «Conocí en España al Hermano Luis, niño todavía en aquella sazón; mas tan insigne por su candor é inocencia, que en todo aquel espacio

de tiempo que fué de algunos años, no solamente no descubrí en su alma un solo pecado mortal (cosa que aborrecía á par de muerte, y en que no había incurrido en toda su vida) pero ni aun la más ligera falta que fuese materia de absolución. Y esto no nacía en él de poco desarrollo intelectual ó de falta de ingenio y capacidad; toda vez que ya en aquella temprana edad descubría una madurez y prudencia de anciano y una viveza y cordura muy superior á sus años. Enemigo declarado de la ociosidad, empleaba todo el tiempo de que podía disponer en ocupaciones honestas y provechosas, pero entre todas le cautivaba el estudio de la Sagrada Escritura, con cuya lección se recreaba y consolaba maravillosamente su alma. Advertí asímismo tal circunspección y modestia en sus palabras, que jamás hallé haber salido de sus labios frase alguna que pudiese ofender ó mortificar en lo más mínimo al prójimo.»

Por estas palabras del confesor de nuestro Santo, claramente se ve cual fuese su tenor de vida en la corte de España, vida santísima é inocentísima y más semejante á la de aquellos puros espíritus que contemplan á Dios cara á cara, que á la de los míseros mortales sujetos á las pasiones y corrupción de esta carne deleznable. En el santo ejercicio de la oración hizo por este tiempo maravillosos adelantos debidos, parte al heroico tesón con que luchaba consigo mismo para aprender á orar atenta y devotamente, parte á la lectura del *libro de la oración y meditación,* del V. P. Fray Luis de Granada. Vivía aún por entonces esta esclarecida lumbrera de la teología mística, este sol esplendoroso de la española literatura, y desde su retiro de Lisboa difundía la soberana lumbre de sus escritos por toda nuestra península, y aun por toda la

Iglesia de Cristo. El *libro de la oración y meditación,* en el cual á vueltas de los más sólidos documentos acerca del modo de orar con provecho, se explanan prácticamente con arrebatadora elocuencia é incomparable unción los principales misterios y verdades de nuestra fe sacrosanta, fué para nuestro Santo el más feliz hallazgo que hizo en nuestra patria, y el mejor manantial de divinas enseñanzas en que apagar la sed de cristiana perfección con que se abrasaba su alma.

Una de las tentaciones que más le fatigaban al tiempo de orar eran los pensamientos importunos y distractivos; y nadie ha de extrañar esto en nuestro santo joven, pues como cuerdamente observa el Padre Granada en el sobredicho libro, (cap. IV, § 2) «esta guerra de pensamientos naturalmente fatiga más á unos que á otros; y ni por esto los unos son más santos, ni los otros más pecadores; sino aquel será más santo que mejor peleare consigo mesmo, y aquel más pecador, que teniendo su corazón más sosegado, es para lo que debe hacer más remiso.» Y explicando más abajo el modo cómo hemos de luchar contra estas distracciones, perseverando sin desmayar en la oración, hasta conseguir la paz y consolación apetecida, dice «que nuestro corazón es como una laguna cenagosa que siempre está echando de sí muy gruesos vapores, los cuales tienen todo el aire tan escurecido, que apenas se puede ver en él cosa clara. Mas así como el sol sale por la mañana, y comienza con sus rayos á herir en ellos, luego se van poco á poco resolviendo, hasta que del todo se deshacen, y queda el cielo escombrado y sereno. Pues sin duda debes creer que esta mesma es la naturaleza de nuestro corazón, y este mesmo es el remedio que tenemos contra esta niebla de pensamientos que

salen dél. Y por esto el mayor y más necesario aviso es, que no luego como esto viéremos desmayemos, sino que tengamos un poco de paciencia y longanimidad; porque poco á poco irá entrando en nuestra ánima el calor de la devoción, y así como él fuere entrando, así se irá resolviendo toda esta niebla de pensamientos, y nos dejará el cielo escombrado y sereno.»

Alentado Luis con estos preciosos avisos del P. Granada, armóse de fortaleza para combatir sus distracciones, y acordó tener cada día una hora por lo menos de oración, sin distraerse ni un solo punto. Hincábase de rodillas sin ningún arrimo ni apoyo, según acostumbraba, y procuraba fijar su atención en lo que había de meditar. Si le asaltaba algún pensamiento importuno, rechazábalo en seguida; y no satisfecho con esto, hacía cuenta que hasta entonces no había dado principio á su oración, por más tiempo que ya hubiese empleado en ella, y comenzaba de nuevo á contar otra hora: si de nuevo se distraía, de nuevo volvía á dar comienzo á su ejercicio, y así perseveraba luchando varonilmente, hasta haber pasado una hora entera sin distraerse, de suerte que por espacio de algún tiempo, no bajaron de cinco horas las que empleaba diariamente en este generoso combate que le valió tan alto grado de oración, como más adelante se dirá.

Mas no solamente hubo de luchar el santo joven con las distracciones que le salteaban en la oración, sino con otros estorbos ocasionados por las frecuentes visitas de varios amigos y allegados de su casa que gustaban de tratar con él. Viendo pues Luis que no eran compatibles aquellas visitas y cumplimientos con los santos ejercicios y prolijas devociones que se había impuesto, se de-

terminó con gran resolución á romper con las etiquetas del mundo, y no hacer caso de sus desvariados juicios y murmuraciones, para poder vacar libremente á Dios nuestro Señor. Había en la casa un aposentillo oscuro y muy retirado que servía para guardar la leña: este sitio aunque por demás incómodo, parecióle á Luis muy á propósito para dedicarse con toda quietud y sosiego á las cosas espirituales: allí se recogía de ordinario, para tener su oración, y allí permanecía aun en las horas en que sus amigos venían á visitarle, sin que fuesen parte para hacerle mudar de conducta los varios avisos y reconvenciones de sus parientes, quienes sentían vivamente aquel retraimiento, y lo tachaban de descortesía. Muy poco se le daba á nuestro Santo de estos juicios y quejas del mundo, á trueque de poder gozar á solas de los regalos y visitas del Rey de los cielos. Así pues no tardaron aquellos caballeros en persuadirse de que Luis quería vivir en la corte como si morara en una soledad, y respetando sus santos propósitos, le dejaron en paz, y no gastaron más cumplimientos con él.

Rotos ya estos primeros lazos, y eliminados estos compromisos, emprendió con igual brío otra campaña contra el espíritu mundano, hollando generosamente la vanidad en el vestido, de que tanto se precian los que sirven al mundo. Gozábase de vestir sencilla y modestamente, sin avergonzarse de traer el vestido viejo y usado, y á las veces remendado. No gustaba de ostentar vistosos collares de oro y pedrería, ni de adornarse con otras joyas y preseas al modo que se usaba en aquellos tiempos, principalmente en la corte del Rey católico que entre todas se señalaba por su esplendor y magnificencia. A los que le instaban para que se engalanase como los de-

más jóvenes de su edad y condición, siquiera en los días más señalados, respondía que aquel fausto y ostentación era propio de los que cifran su felicidad en servir al mundo y gozar de sus pompas y devaneos; mas que siendo su única ambición servir á Dios nuestro Señor, no había porqué perder el tiempo en tales naderías. Si alguna vez, por mandarlo su padre, le hacían algún vestido nuevo, difería el ponérselo cuanto le era posible sin faltar á la obediencia, y después de haberlo usado dos ó tres veces, dejábalo con cualquiera ocasión, y volvía á ponerse el traje más gastado.

El Marqués que era amigo de lucir y traerse bien, y deseaba que su hijo primogénito hiciese otro tanto, al principio llevaba pesadamente esta conducta de Luis, y le reprendía por ella; mas reconociendo poco á poco la heroica santidad de donde nacía, el disgusto vino á trocarse en admiración, y resolvió dejar á su hijo que siguiese los poderosos impulsos de la gracia que le conducía por tan extraordinarios caminos.

Ya hemos tenido ocasión de admirar en los capítulos precedentes las gloriosas victorias reportadas por nuestro héroe sobre sus sentidos, y señaladamente sobre el de la vista; pero donde resplandeció con mayor brillo la angelical modestia de Luis fué en la corte de España. Y no parece sino que la Providencia le llevó á aquel emporio de las humanas grandezas, para que su clara lumbre fuese vista de todo el mundo, como quien coloca la brillante antorcha sobre el candelero, ó sobre magnífico pedestal la estatua labrada primorosamente por hábil escultor. ¿Quién creyera que un joven paje que viajó de Italia á España con la Emperatriz de Alemania y hermana del mayor Monarca que entonces había en el mun-

do, y que en Madrid iba todos los días á saludarla en compañía del príncipe D. Diego, estuviese con todo eso tan sobre sí, y fuese tan señor de sus ojos, que ni una sola vez los levantase para mirarla á la cara? Pues este pasmoso ejemplo de modestia casi increible en un joven de la edad de Luis, dió este ángel á toda la juventud, tan ávida por lo común de ver y ser vista. Así lo depuso en los procesos el R. P. Mucio Vitelleschi, siendo Provincial de Nápoles.

En las calles y plazas, en palacio y en la iglesia, en casa y fuera de ella, era siempre Luis un perfectísimo dechado de modestia virginal. Jamás alzaba los ojos al cruzar las calles de Madrid, y así se comprende que más tarde, siendo religioso, pudiese afirmar sin asomo de exageración que ni en Madrid donde vivió más de dos años, ni en Castellón su patria, hubiera podido transitar por las calles sin tener quien le guiase: tan absorto andaba siempre en sus santas meditaciones y tan recogidos y modestos guardaba sus ojos.

No tardó en llamar la atención de toda la corte del Rey católico la insigne santidad de Luis. Tanta modestia en medio de tanta disipación, tanta prudencia con tan pocos años, tanta abstinencia y moderación con tantas riquezas, y finalmente tanta unión con Dios entre el bullicio de aquella populosa ciudad, no podían menos de llevar en pos de sí los ojos y el corazón de todos cuantos sabían estimar en su justo valor el precio y la hermosura de la virtud. Era fama común entre los caballeros de palacio que jamás se había observado en Luis el menor indicio de ligereza, ni la más mínima acción que desdijese de un varón santo; ni se había oído de sus labios una palabra que de veras ó de burlas tildase al prójimo, ó le

diese alguna ocasión de queja ó pesadumbre. Y era tan general esta buena opinión que todos tenían de él, que llegó á ser proverbial entre ellos esta expresión en la cual cifraban su elogio: «El Marquesito de Castellón no es de carne y huesos como los demás mortales, sino un ángel del cielo.»

En el trato con el Príncipe D. Diego sabía juntar tal afabilidad y buena gracia con tal dignidad y madurez, que mejor que menino, podía ser ayo del Príncipe por la prudencia de sus dictámenes y por lo ejemplar de sus costumbres. Estando un día D. Diego asomado á una ventana de palacio, y conversando agradablemente con Luis; como arreciase el viento, y le causase alguna molestia por darle en el rostro, llevado el Príncipe de un movimiento de impaciencia, dijo: «Yo te mando, viento, que no me molestes.» Oyendo Luis estas palabras, sin olvidarse del respeto y atención que debía al Príncipe, díjole con afable cortesía: «Vuestra Alteza bien puede mandar á los hombres, seguro de que como fieles vasallos le obedecerán; mas no á los elementos, porque estos sólo á Dios reconocen vasallaje, á quien también Vuestra Alteza debe acatar y obedecer como á su Señor y Criador.» Admirados los circunstantes al oir palabras tan cuerdas y juiciosas de boca de un niño, no tardaron en referírselas al Rey D. Felipe, quien aplaudió la oportuna reflexión de Luis, gozándose de que su hijo se acostumbrase á oir tan noble y cristiano lenguaje, en vez de las vanas lisonjas que tan en boga suelen andar por los palacios de los príncipes.

Otro caso muy notable acaeció por este tiempo, en el cual se echa de ver una vez más la singular providencia con que velaba sobre la preciosa vida de Luis aquel Se-

ñor que tantas veces la había conservado milagrosamente. Refiere pues el P. Plati (y lo supo de boca del mismo Luis) que estando en España, le fué forzoso asistir á una pública diversión, obligado por las instancias de los de su casa. Uno de los espectáculos que se ofrecían á la vista de los concurrentes era la caza de algunas fieras. Contemplaba Luis desde una ventana cómo los diestros cazadores acosaban á un tigre, cuando de improviso rompiendo el feroz animal las cadenas que le sujetaban, y salvando de un salto la barrera del palenque, éntrase con gran rapidez por la puerta de la casa en que Luis estaba, con increíble terror y espanto de los que en ella se hallaban, quienes ya se tenían por muertos y destrozados entre las garras de la fiera. Mas quiso Dios salvarlos sin duda por las oraciones del angélico joven: y fué en verdad cosa maravillosa que, estando las puertas abiertas y la escalera despejada y patente, en vez de subir por ella el animal, se metiese en la bodega de la casa, en donde le pudieron encerrar y sujetar sin peligro, con lo cual respiraron los que allí estaban, y nuestro Santo reconoció agradecido este nuevo beneficio de la divina mano.

CAPÍTULO III

ESTUDIOS QUE HIZO LUIS EN MADRID Y DISCURSO QUE PRONUNCIÓ DELANTE DE FELIPE II

1582-1584

Con el cuidado de conservar y acrecentar el fervor del espíritu juntó Luis la más continua y diligente aplicación á los estudios. Terminadas en Italia con feliz éxito las humanidades y la retórica, al llegar á Madrid dió principio á su curso de lógica, oyéndola de un docto sacerdote, y al mismo tiempo cursaba filosofía y teología natural, con algunas nociones de cosmografía que le daba el maestro Dimas, matemático del Rey. Aplicóse Luis con tanto tesón á estos estudiós, que en breve tiempo hizo notables adelantos con grande satisfacción de sus maestros, quienes no menos admiraban su docilidad y aplicación, que su ingenio y despejo natural.

Brillante muestra dió de estas dotes en la Universidad de Alcalá, á donde fué no sé con qué ocasión, á tiempo que el P. Gabriel Vázquez, insigne teólogo de la Compañía de Jesús, presidía un acto de sagrada teología. Invitado Luis á tomar parte en la argumentación, aceptó

con buena gracia el obsequio, y eligiendo para asunto de su argumento el demostrar que el misterio de la Santísima Trinidad se puede conocer independientemente de toda divina revelación con la sola lumbre de la razón; desempeñó su cometido con tanta soltura y desenfado, que todos se felicitaban de haber presenciado el más raro espectáculo, al ver á un niño de catorce á quince años criado en la corte, argüir con la gravedad y aplomo de un consumado teólogo y con la modestia de un perfecto religioso.

No menos gallarda muestra dió el santo joven de su feliz ingenio y de lo mucho que en sus estudios de literatura había adelantado en la ocasión que vamos á referir. Los últimos días de marzo del año 1583, celebraba la villa de Madrid con públicas fiestas y universal regocijo uno de los más grandes acontecimientos del reinado de Felipe II. Este poderoso Monarca después de haber humillado en cien combates por mar y por tierra á los enemigos de la Iglesia y de España, acababa de duplicar la extensión de su vasta monarquía reuniendo á la corona de España la de Portugal con sus dilatadísimas colonias. Sujetados en pocos días con el poder de sus armas los rebeldes que le disputaban la posesión de aquel trono, volvía triunfante á su corte, después de depositar á los pies de Nuestra Señora de Guadalupe los nuevos laureles que acababa de ceñir, como tributo de su amor y en señal de su agradecimiento á la Inmaculada Virgen María.

El día 27 de marzo salía D. Felipe admirado y complacido, de su real monasterio del Escorial, cuya suntuosa fábrica estaba ya muy adelantada; y el 26 hizo su entrada triunfal en Madrid, llevando á su izquierda al Car-

denal Granvela, y desplegando en tan solemne acto todo el esplendor y magnificencia de su corte entre los más entusiastas vítores y aclamaciones del pueblo madrileño. Esmeráronse en obsequiar al Rey vencedor los poetas con inspiradas canciones, con elocuentes discursos los oradores, el ejército con brillantes paradas, los nobles y cortesanos desplegando sus mejores galas, y prodigando mil felicitaciones al gran Monarca. Aun los pajes de palacio quisieron tomar parte en aquel general concierto de amor y admiración, celebrando en un elegante razonamiento las glorias del reinado de Felipe II. Entre todos los jóvenes de la real servidumbre ninguno pareció tan á propósito para componer y declamar este discurso, que había de escribirse en lengua latina, como el hijo del Marqués de Castellón. De buena gana cediera el humilde joven esta honra á cualquiera de sus compañeros; mas el respeto y amor que debía al Rey católico por los singulares favores que á su casa y familia había otorgado, no le consintieron oponer la menor excusa á tal invitación; y así puso manos á la obra, y bajo la dirección de sus maestros, compuso una linda oración latina, en que campean á maravilla el ingenio, erudición y facundia del santo escolar.

Recréase todavía y se consuela el alma representándose al amable joven Luis delante del Rey y de su corte con noble y modesto ademán, vestido sencillamente y leyendo con su nativa ingenuidad, viveza é inteligencia el siguiente discurso, el cual me ha parecido insertar aquí íntegramente trasladado del latín, por el vivo interés que ofrece el oir de boca de un Santo el más cumplido elogio de un soberano tan aborrecido de los herejes, como amado y aplaudido de los verdaderos y genuinos

católicos, así españoles como extranjeros. He aquí el texto del discurso (1):

AL INVICTÍSIMO SEÑOR DON FELIPE
REY DE LAS ESPAÑAS etc.

ORACIÓN

Si el gran Demóstenes, cuyo solo nombre (para valerme de la frase de Valerio Máximo) despierta en el alma la idea de la más consumada elocuencia, al tener que razonar delante de Filipo rey de Macedonia, padre de Alejandro Magno, turbóse en tanto grado á la presençia de tan insigne personaje, que le faltó la palabra al dar comienzo á su razonamiento; si el mismo Cicerón padre de la elocuencia y esplendor y lustre de la lengua latina, al perorar en favor de Milón su insigne bienhechor, tembló y palideció, cual si estuviera por completo destituido del ejercicio y práctica de la elocuencia y de aquella su maravillosa copia y afluencia en el decir, no habría ciertamente porqué maravillarse, ó invictísimo Rey, de que sobrecogido yo de admiración en presencia de vuestra Majestad, ante la cual se postra temeroso todo el orbe de la tierra, y á quien me roconozco obligado

(1) En el Apéndice núm. V se hallará el texto latino original, copiado directamente del M.S. trazado de puño y letra del Santo, el cual se conserva en el Colegio de la Compañía de Jesús de Lovaina, y fué publicado por primera vez en Bruselas por el P. A. Pruvost de la misma Compañía, en 1860. También se publicó este documento en la Revista intitulada *Collection de précis historiques*, acompañado de preciosos comentarios y de un *fac-simile*, que para consuelo de los devotos del Santo, reproducimos aquí en la misma forma y tamaño del M.S. original. Y á fin de que se pueda ver de una ojeada el principio y fin del discurso, en una misma cara se reproduce la primera mitad de la primera página y la segunda mitad de la última, sumando las dos el tamaño de cada página.

con toda mi familia y linaje, por los grandes beneficios recibidos de su generosidad y largueza; y deslumbrado por el vivísimo resplandor de vuestras glorias, me presentase atemorizado y tembloroso ante vuestro acatamiento, al intentar con tan corto caudal de ingenio é incompleta formación literaria, encomiar vuestra esclarecida prosapia, las egregias dotes con que á porfía os enaltecieron la naturaleza y la fortuna, las insignes victorias alcanzadas por vuestra industria y valor, y finalmente toda vuestra vida consagrada á la noble y legítima empresa de reprimir á los rebeldes, y extender y dilatar los límites de vuestro reino.

Mas aunque por todos estos motivos se me ha de hacer sumamente difícil el salir airoso en este género de elocuencia, sin embargo, ó Rey humanísimo, aquella vuestra moderación é igualdad de ánimo que todos en Vos admiran, me alienta para que no sucumba bajo el peso de una carga tan superior á mis fuerzas, y me infunde tanto ardimiento y confianza, que no dudo sino que atendiendo vuestra Majestad más á mi amor y benevolencia para con su real persona, que á lo tosco y desaliñado de mi estilo, se dignará prestar atento oído á mi discurso.

Ahora bien, si conforme al plan que me he propuesto y acabo de indicar, traemos á la memoria los gloriosos timbres de vuestros antepasados desde los principios de vuestra familia, cuántos capitanes, cuántos reyes insignes, y magnánimos emperadores se ofrecen á nuestra vista, todos los cuales fueron varones esclarecidos y beneméritos de la república cristiana, toda vez que el único blanco de sus aspiraciones y el único objeto de su pensamiento fué la exaltación de la cristiana república, la

derrota de sus enemigos y la extirpación de las herejías, ampliando y acreçentando por tan justos y legítimos medios la influencia de su autoridad, y llevando á cabo tantas y tan memorables hazañas, que ni la lengua alcance á referirlas, ni la mente á comprenderlas.

Baste recordar que vuestra Majestad es el hijo del Emperador Carlos V, Rey de las Españas, cuya virtud y excelencia fueron de todos tan conocidas, que nadie dudaba sino que un hijo educado por tal padre é informado en las más sanas costumbres y enseñanzas, había de llegar al apogeo de la gloria y felicidad; mas con todo eso dió vuestra Majestad desde sus más tiernos años tan inequívocas pruebas de su inclinación á la virtud, á la dignidad, á la gloria, á las empresas más grandiosas y sobre todo á la exaltación del nombre cristiano; que no solamente satisfizo plenamente las grandes esperanzas que en todos había hecho nacer la educación que recibió de tan ilustre padre, sino que las excedió sobre todo encarecimiento.

Y á la verdad ya desde los años de vuestra niñez, la mayor solicitud y cuidado de vuestra grande alma se cifró en emular las virtudes de vuestros progenitores, y acrecentar su rico caudal con los ejemplos de vuestra modestia, pudor, fe, religión, humanidad, clemencia, justicia, beneficencia y generosidad, aspirando únicamente á aquella gloria que radicando en vuestra propia virtud, y granjeándoos la general estima, por los favores otorgados á todo linaje de personas, ha de perpetuar vuestro nombre en las futuras generaciones. No es pues de maravillar en vista de todo esto, que todos los cristianos fundasen en Vos, ó excelso Príncipe, tan halagüeñas esperanzas, que nadie dudase sino que en llegan-

do á la edad madura subirían tanto de vuelo vuestras insignes proezas, que todos habían de admirar en vuestra persona al héroe providencial enviado por Dios á la tierra.

Y no tardaron en confirmarse tan risueñas esperanzas, porque habiéndose ya sustraído el reino de Inglaterra á la obediencia del Sumo Pontífice, y pervertido con un sinnúmero de herejías, Vuestra Majestad enseñoreándose de aquel reino por su desposorio con Doña María (1), Reina de Inglaterra, logró extirpar sus herejías y someterlo á la prístina autoridad de la Iglesia romana. Y á no haber sido ella arrebatada por una muerte prematura sin dejar hijos, para ruina y perdición de aquel reino, indudablemente lo hubierais Vos reducido á su antigua religión y obediencia debida á la santa Iglesia.

Mas no bien hubo ella fallecido, cuando Enrique Rey de Francia é hijo de Francisco, declara la guerra al Conde de Flandes, guerra que si bien es cierto renovó las zozobras de todos los cristianos que ya comenzaban á respirar con la esperanza de ver restablecida la paz, y dió nuevos bríos á los enemigos de la república cristiana, alentándolos á hacer armas contra ella; también lo es que contribuyó poderosamente al mayor esplendor de vuestra gloria afianzando y confirmando más y más el alto renombre que anteriormente os habíais conquistado. Pues aunque ya de antes habíais dado hartas pruebas de la fe y denuedo con que habíais de salir á la defensa de la sagrada religión de Cristo nuestro Señor, todavía tomasteis tan á pechos esta guerra contra el francés, y con

(1) En el autógrafo en vez de *María*, se escribió *Margarita*, por equivocación.

vuestro acostumbrado valor y buena fortuna lograsteis tan completa victoria del ejército enemigo, numeroso y bien armado, y derrotasteis á tantos y tan insignes capitanes; que aleccionados los franceses por tan desastrosa derrota y persuadidos de que sus fuerzas no eran suficientes para medir las armas con las de un Príncipe tan poderoso, se vieron forzados á aceptar las condiciones que Vos les impusisteis para afianzar la paz deseada. Así que de resultas de esta victoria, la isla de Córcega fué restituída á los genoveses, á quienes había sido usurpada; y Emanuel Filiberto, á quien los mismos franceses habían despojado de sus dominios, por haber sido partidario de de Carlos V vuestro padre, recobró todo el Piamonte y la Saboya.

Mas después de tantas victorias, tan lejos estuvisteis de imitar la soberbia y orgullo de Aníbal después de la batalla de Cannas, que lleno de humanidad y clemencia para con el Rey vencido, quisisteis uniros con él por los vínculos del parentesco. Grande fué por cierto el valor y denuedo que mostrasteis al conseguir tan gloriosa victoria, grande la piedad que os movió á procurar la paz entre los Príncipes cristianos, grande la justicia con que hicisteis se devolviese á cada cual lo que de derecho le pertenecía; pero sobre todo esto fué grande la bondad y clemencia que usasteis con el vencido.

Y aunque todas estas glorias eran más que suficientes para inmortalizar vuestro nombre, en nada las tuvisteis; y no satisfecho con haber restituído la paz al pueblo cristiano, os propusisteis avasallar á su más feroz enemigo. Apenas llegado á España, sojuzgasteis á los moriscos de Granada, quienes auxiliados por los turcos, habían renegado de la fe católica. Subyugados estos re-

beldes, deseoso de librar á la república cristiana del grave riesgo que la amenazaba, cuando su enemigo juntaba para su ruína una poderosa armada; firmasteis una alianza con el Sumo Pontífice Pío V y la República de Venecia, y armasteis una escuadra que si bien era inferior á la turquesa en el número de bajeles, en la fuerza y poder le hacía ventaja. Confiasteis el mando de ella por estar Vuestra Majestad ocupado en el gobierno de España, á D. Juan de Austria, quien saliendo al encuentro de Alí, General de la escuadra enemiga, trabó la batalla naval en las aguas de Lepanto, vencióle, y quitóle la vida á él y á otros famosos piratas.

Además de estas dos tan gloriosas victorias, podría citar muchos otros ejemplos de vuestro gran poder y fortaleza de ánimo; tales como el victorioso combate de Túnez, y el haber sostenido por tanto tiempo y continuar actualmente sosteniendo ejércitos tan numerosos y bien equipados para combatir á los rebeldes de los Paises Bajos, á quienes deseáis sujetar no tanto con encarnizados combates, cuanto con la dilatada prolongación de la guerra: mas estos hechos que bastarían por sí solos para engrandecer á otros Príncipes, y granjearles universal admiración, en Vuestra Majestad parecen menos grandes y maravillosos, si se cotejan con las demás victorias que habéis conseguido, y hazañas que habéis llevado á cabo. Así pues para no fatigar más vuestra atención con mi tosco y prolijo razonamiento, pasando por alto estos sucesos, vengamos ya á la reciente victotoria obtenida en el reino de Portugal.

Grandes son en verdad y por todo extremo admirables las cosas que de Vuestra Majestad y de su valor y fortaleza acabamos de referir; pero otras hay mucho ma-

yores, y á juicio de todos más dignas de admiración, no tanto por la victoria que acabáis de reportar sobre un pueblo aguerrido y esforzado, ni por haberos enseñoreado de un reino al cual prestan vasallaje tantos reyes; sino por la prudencia, justicia y maravillosa clemencia con que habéis realzado vuestro triunfo, al impedir que vuestros tercios castellanos, llevados de su inveterada ojeriza contra los portugueses, se entregaran al saqueo y matanza de los mismos. Vencisteis y sujetasteis por completo al numeroso ejército de rebeldes, que en aquel reino hacían armas contra Vuestra Majestad; y como su caudillo puesto en vergonzosa fuga equipase una armada francesa, é intentase saquear y usurpar algunas islas de vuestros dominios, fué derrotado y deshecho por vuestro ejército en un combate naval. Vencidos y dominados los portugueses por el poder de vuestras armas, de tal suerte habéis sabido ganarlos y atraerlos con vuestra humanidad, que los mismos que antes habían tomado las armas, luchando á brazo partido contra Vuestra Majestad, después manifestaron con lágrimas en los ojos cuán sensible les era vuestra ausencia.

¡Oh Príncipe verdaderamente feliz, oh Monarca poderosísimo, á cuyo cetro obedece toda la redondez de la tierra, y cuya alma se ve condecorada con tan relevantes dotes, que en medio de las armas enemigas y á través de las espadas desenvainadas, sabe abrirse camino hasta los mismos corazones, ahogando la ira, refrenando el odio, y mezclando las lágrimas del enemigo con su misma sangre!

No se me oculta, ó clementísimo Rey, que no corresponde la brevedad de este mi discurso á la grandeza de vuestras hazañas; mas ¿quién será capaz de celebrar dig-

namente las glorias del más clemente, justo, prudente y poderoso Monarca, que reune en sí solo cuantas grandezas y excelencias están repartidas entre todos los demás?

Tributaba la historia justas alabanzas á Antíoco, rey de Asia, por haber amado la justicia hasta el punto de querer que las ciudades de su reino antes obedeciesen á las leyes, que á sus propios rescriptos. Encomia Cicerón á Pompeyo, por lo accesible que se mostraba con todos los particulares que á él acudían. Pero ¿qué alabanzas serán bastantes, ó Príncipe humanísimo, para enaltecer vuestra amable bondad, que os hace siempre accesible aun á los más humildes, de tal suerte, que hallándoos por vuestra dignidad y poderío tan por encima de los demás príncipes, por vuestra llaneza y afabilidad os ponéis al nivel de los más ínfimos? Cosa tanto ó más admirable, cuanto son mayores las dotes de alma y fortuna que disfrutáis, como antes hemos dicho, y cuanto más insignes son las proezas y victorias con que habéis ilustrado vuestro nombre con grande admiración de Flandes, España, África y Grecia. Vos derrotasteis á reyes insignes, á denodados capitanes y á ejércitos numerosos; Vos subyugasteis recientemente los reinos de Portugal; y lo que es más importante á los ojos de toda la cristiandad, Vos destrozasteis en un combate naval á su más formidable enemigo; Vos finalmete sometisteis á los moriscos de Granada que se habían rebelado contra Vuestra Majestad.

Para enaltecer debidamente hazañas tan inauditas, y que no tienen ejemplo en la historia de los otros príncipes, menester sería que viniese á celebrarlas el más insigne orador, con nuevo linaje de elocuencia, con peregrina erudición y facundia nunca vista. Mas no llegando

á tanto mis alcances, y sintiéndome desfallecer ante la grandeza de vuestras glorias, pondré fin á mi discurso, y juzgaré haber llenado mi cometido, confesando que no solamente mis facultades oratorias, que por cierto son bien escasas, mas aun todo el vigor, copia y elocuencia de los más eminentes oradores son de todo punto insuficientes para dignamente pregonar vuestras alabanzas. He dicho.

CAPÍTULO IV

DE SU VOCACIÓN Á LA COMPAÑÍA DE JESÚS

1583

AÑO y medio había trascurrido desde la llegada de Luis á nuestra España, cuando por el verano de 1583, comenzó el divino Espíritu á despertar en su alma aquellos fervientes deseos que había tenido en Italia de volver las espaldas al mundo, y abrazar el estado religioso. A medida que iba conociendo por propia experiencia lo difícil que es conservar intacta en medio del bullicio del mundo la inocencia del alma, la hermosa blancura de la virginidad y el fervor de la devoción, se iba persuadiendo más y más que para poner á salvo estos incomparables tesoros, era forzoso romper cuanto antes los lazos que le ataban con el mundo, refugiándose en el puerto de la religión.

Resuelto pues á dejarlo todo por servir á Cristo, y no sabiendo aún en qué religión quería el Señor servirse de él, dióse á investigarlo con todo ahinco y diligencia. A este blanco enderezaba la oración cotidiana pidiendo con grandes veras á su divina Majestad se dignase iluminarle para no errar en negocio de tanta monta, con este intento se daba con mayor empeño á varios ejerci-

cios de piedad y mortificación. Volvía los ojos por las diversas órdenes religiosas que veía florecer en la Iglesia de Dios, tanteando las ventajas y los inconvenientes de unas y de otras: todas le parecían santas y dignas de loa, por enderezar sus pasos á un mismo fin, aunque por diferentes senderos. Admiraba en todas ellas culminantes ejemplos de santidad, mas no todas satisfacían los deseos de su corazón. Al fijar sus miradas en la insigne Orden de San Pedro de Alcántara, que aunque á la sazón estaba en sus principios, ya llevaba en pos de sí los ojos de todo el mundo, por sus extraordinarias asperezas y por sus esclarecidos ejemplos de santidad; sentíase Luis inclinado á abrazar su santo instituto. Pero considerando por otra parte lo delicado de su complexión, lo debilitadas que tenía sus fuerzas corporales y el peligro en que se ponía de ser despedido de aquella religión, cuya austeridad probablemente no podría sobrellevar, juzgaba sería más prudente elegir otro instituto de menos rigor y aspereza. Y confirmóse más en este dictamen con el parecer de su madre, con quien trató este asunto, la cual le dijo tener por cosa imposible que perseverase en una religión de tanta penitencia, toda vez que ni aun en el siglo había de poder vivir por largo tiempo, si no moderaba sus excesivos rigores, como tantas veces se lo había amonestado.

Entonces se le ofreció otro pensamiento digno de su gran corazón y fervoroso espíritu. «¿Quién sabe, se decía, si sería de mayor servicio del Señor que entrase en alguna religión que hubiese decaído de su primitivo espíritu y observancia regular, á fin de trabajar, aunque fuese á precio de mil sacrificios y contradicciones, en su reforma? ¿No hemos visto en nuestros días á un Pedro

de Alcántara y á una Teresa de Jesús llevar á cabo con la gracia del Omnipotente empresa tan ardua y dificultosa?» Pero pronto desistió de estos altos designios, persuadiéndole su profunda humildad no ser para tanto sus débiles fuerzas y que era muy fácil que en vez de sacar á otros de los caminos de la tibieza y relajación, fuese él mismo arrastrado por la corriente de los malos ejemplos á una vida relajada y menos observante.

También le cautivaba la soledad y retiramiento de las órdenes monacales, por la extraordinaria inclinación que sentía á la vida contemplativa. Aquel apartamiento del mundo, aquella asidua asistencia al coro, aquel grave y devoto canto de maitines y alabanzas en lo más callado de la noche, aquella perpetua oración é inviolable silencio, juntamente con la aspereza del vestido y comida, le arrebataban y embelesaban en tanto grado, que indudablemente hubiera elegido tal estado de vida, á no haber leído en Santo Tomás que entre las religiones, aquellas son más perfectas, que á imitación del divino Salvador, juntan y hermanan el cuidado de la propia perfección con el de la salud de los prójimos. Al considerar atentamente las incomparables ventajas de la vida mixta sobre la vida puramente activa ó contemplativa, los bienes incalculables que al alma acarrea el trabajar en provecho de los prójimos, la perdición de tantas almas por falta de celosos operarios, el no interrumpido ejercicio de abnegación y mortificación que trae consigo el trato con los prójimos, y finalmente los tesoros increíbles de gracia y gloria que por este camino se pueden alcanzar; sintióse tan fuertemente atraído á las religiones que profesan la vida mixta, que ya no pensó sino en deliberar cuál debía elegir entre estas.

Así como Dios nuestro Señor, como Padre amorosísimo de todos los hombres, procura cuanto está de su parte, con santas inspiraciones aficionar á cada uno á aquel estado que más le conviene para su eterna salvación; así por la singular providencia con que vela por el bien de todas las sagradas religiones, se complace en hermosearlas con los atavíos de la más encumbrada santidad, dotándolas de varones santísimos que sean su mejor prez y ornamento. Sólo habían transcurrido 39 años desde la fundación de la Compañía de Jesús, y ya el mundo miraba asombrado el grande número de varones insignes en santidad y sabiduría que había producido, muchos de los cuales hoy día son venerados en los altares. En tan corto espacio de tiempo ya registraban los fastos de la Compañía nombres tan ilustres como los de Ignacio, Fabro, Javier, Borja, Canisio, Estanislao, Britto, Alfonso Rodríguez, Acevedo y sus treinta y nueve compañeros, todos los cuales andando el tiempo, habían de brillar en el catálogo de los Santos y Beatos de la Iglesia de Jesucristo.

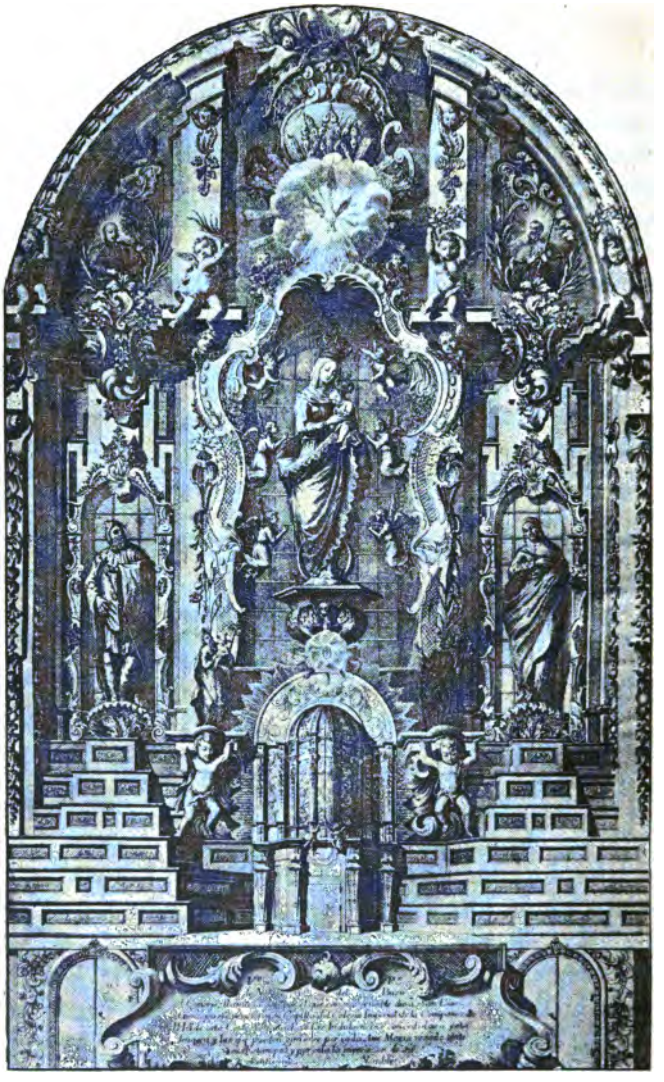
Luis Gonzaga era otro astro de primera magnitud destinado por la Providencia á ilustrar con sus resplandores el primer siglo de la Compañía de Jesús. Entre las diversas religiones que profesan la vida mixta no hallaba el bendito joven otra que llenase cumplidamente las aspiraciones de su alma, como la Compañía de Jesús; y esto por cuatro razones. La primera, por parecerle que la observancia de su santo instituto se conservaba en su primitivo vigor, sin haber descaecido un punto. La segunda, por el voto que hacen sus profesos de no pretender ni aceptar dignidad eclesiástica, sino por obediencia del Sumo Pontífice. La tercera, por el celo con

que se ocupan los de la Compañía según su instituto en la religiosa educación de la juventud. Como frecuentase mucho nuestro Santo la iglesia del Colegio imperial, y admirase los extraordinarios frutos de virtud y letras con que los de la Compañía alegraban á Dios nuestro Señor, y servían á la Iglesia, criando á los jóvenes en el santo temor de Dios y en la práctica de las virtudes cristianas, parecíale que en ninguna parte mejor que en la Compañía podría satisfacer aquellos fervientes deseos que desde la niñez le impulsaban á dedicarse á la enseñanza de la doctrina cristiana, como antes se ha dicho. La cuarta razón era que siendo la Compañía instituída para alumbrar con la luz del evangelio á los gentiles y reducir á los herejes y cismáticos al redil del buen Pastor, podía con fundamento esperar que algún día le había de caber á él también la incomparable dicha de ser enviado á las misiones en donde lograse conquistar muchas almas para nuestra santa Religión.

Con estas y otras semejantes consideraciones, desvanecida ya toda duda acerca de la elección que mejor le estaba, resolvióse á abrazar el instituto de la Compañía de Jesús. Y así como había dado principio á esta importantísima deliberación confiriendo con Dios las razones que se le ofrecían, así no quiso sellarla sino con su divino beneplácito, y con la bendición de su Madre y Abogada la Virgen María. Excelente coyuntura le ofrecía para esto la cercana fiesta de la Asunción de Nuestra Señora, pues como verdadero hijo de tal Madre, no quería prescindir de ella en el negocio más trascendental de toda su vida, ni hallaba camino más seguro para acertar en él, que ponerlo en manos de tan poderosa y amante protectora.

Preparóse pues con mayor recogimiento y más prolija oración á aquella festividad, la cual llegada, comulgó con extraordinaria devoción en la iglesia del Colegio de la Compañía, y después de la comunión se retiró á una capilla en donde se veneraba una hermosa y devotísima estatua de María Santísima. Recogido allí ante el altar de la Virgen, pidió con todo el afecto de su alma al divino sol de la eucaristía que se albergaba en su pecho, se dignase enviar un rayo de luz á su mente para no errar el camino que debía seguir en el fiel cumplimiento de su santísima voluntad. Y á fin de que su petición fuese más pronta y favorablemente despachada, puso por medianera á la soberana Reina de los cielos, confiando que nada le había de negar su bendito Hijo, más que más en el día de su glorioso triunfo. No salieron defraudadas las esperanzas de Luis, pues estando en lo más fervoroso de su oración, oyó una voz clara y distinta que le dijo entrase en la Compañía de Jesús, y añadió que luego descubriese todo esto á su confesor. ¿Cuál quedaría Luis con este señaladísimo favor de la bienaventurada Virgen María? ¿Cómo se acrecentaría en su corazón la llama de su filial amor á tan bondadosa Madre, al verse llamado por ella misma con palabras tan claras y terminantes á la sagrada milicia de su precioso Hijo? Confuso por una parte al considerarse indigno de tan extraordinario beneficio, y por otra gozoso y satisfecho de haber alcanzado la luz que tanto anhelaba, volvió á su casa con propósito de avistarse aquel mismo día con su confesor, y darle cuenta de su vocación á la Compañía, según se lo había encargado la Santísima Virgen.

En memoria del maravilloso suceso que acabamos de de referir, dióse á aquella sagrada imagen el título de



Altar de la capilla de Nuestra Señora del Buen Consejo de la Santa Iglesia Catedral de Madrid, desde donde la Virgen habló á San Luis aconsejándole que entrase en la Compañía de Jesús.

Ntra. Sra. del Buen Consejo, y con esta advocación ha sido hasta nuestros días objeto de singular culto, y es aún venerada actualmente en la rica y devota capilla que tiene en la iglesia de San Isidro que antiguamente fué la del Colegio imperial de nuestra Compañía. Y con cuánto agrado acepte la excelsa Madre de Dios los obsequios que sus hijos y devotos le ofrecen ante aquella veneranda imagen, lo ha manifestado y lo está aún manifestando todos los días con los copiosos raudales de gracias y favores que con larga mano reparte á los que con devoción la invocan. Baste citar en prueba de ello un hecho memorable que por referirse á un devoto de nuestro Santo y fiel imitador de sus virtudes é inocencia de vida, bien merece ser insertado aquí.

El Venerable Mártir de Cristo P. Diego de Sanvítores, primer apóstol de las islas Marianas, ardiendo en vivas ansias de entrar en la Compañía de Jesús, y no pudiendo verlas cumplidas, por no tener aún la edad competente, pues sólo contaba doce años; impaciente por lograr el bien que tanto anhelaba, resolvió pedirlo á la Sma. Virgen del Buen Consejo de quien era devotísimo. Con este intento fuése á la iglesia de nuestro Colegio imperial el día de la Anunciación de Ntra. Señora, y después de haber comulgado con mayor devoción que otras veces, recogióse á dar gracias delante del altar de Ntra. Sra. del Buen Consejo, y soltando allí la rienda á los afectos del corazón pedía con extraordinario fervor á la bienaventurada Virgen se dignase abrirle camino para ver cuanto antes cumplidos sus deseos. ¡Cosa rara y admirable! Hablóle claramente la sagrada imagen una, dos, y tres veces, diciéndole estas terminantes palabras: *No dilates ya más la ejecución de tus deseos; entra cuanto antes en la*

Compañía (1). Alentado el santo joven con estas palabras, redobló sus diligencias para ser admitido en esta sagrada religión, y vencidas las graves dificultades que se le oponían, al fin con el amparo de María logró recibir de la Compañía aquella santa sotana, que después de una vida fecunda en gloriosas hazañas, pudo devolverle hermoseada con la púrpura de su sangre derramada por Cristo.

Pero reanudemos el hilo de nuestra historia, y veamos cuán gozoso y consolado se presenta nuestro Luis al P. Paterno su confesor, refiriéndole muy por menudo los principios y progresos de su vocación religiosa, y suplicándole haga cuanto esté de su parte para que los superiores de la Compañía le admitan con la mayor brevedad posible. Escuchóle complacido el buen Padre, aunque á decir verdad no le causaron sorpresa, ni la vocación del santo mancebo, ni el favor que la Virgen le había dispensado, por serle bien conocida la grande inocencia y santidad de aquella alma privilegiada. Exhortóle á corresponder fielmente á la divina vocación manifestada con tan claros indicios, y confirmada con tan regaladas visitaciones por la misma Reina de los cielos. Mas añadió ser condición indispensable para lograr su admisión en la Compañía, el beneplácito del Marqués su padre, sin el cual por ninguna manera alcanzaría lo que tanto deseaba; y que por consiguiente su primera diligencia había de ser el dar cuenta á sus padres de la resolución que había tomado, procurando persuadirles ser esta la voluntad de Dios y moverlos á darle su consentimiento para ejecutarla cuanto antes.

---

(1) *Vida del V. Padre Diego de Sanvitores*, por el P. Francisco García, S. J. (l. I. c. 3).

No cayó de ánimo Luis con la respuesta de su director, pero desde luego abarcó con mirada perspicaz el cúmulo de obstáculos que el mundo y la carne y sangre habían de oponer á sus generosos designios. Cónocía el carácter impetuoso del Marqués, sabía perfectamente las esperanzas que para adelante tenía en él fundadas por ser el mayorazgo de la casa, no ignoraba el empeño y tenacidad con que su padre había siempre trabajado en razón de engolfarle en las vanidades mundanas; pero en cambio estaba cierto con la voz del cielo, de la divina vocación, y su fe viva y su esperanza incontrastable estribaban en Dios, ante cuya voluntad es fuerza que se doblegue y ceda toda humana resistencia. Alentado pues con esta confianza, vase en derechura á su casa, preséntase á la Marquesa su madre, y sin más rodeos le dice: «Alegraos, madre mía: el Señor por fin se ha dignado escuchar vuestras súplicas, y colmar vuestros deseos de ver á uno de vuestros hijos en el paraíso de la religión. Y esta incomparable dicha á mí, aunque indignísimo, me está reservada.»

Lloraba de gozo la piadosa madre al oir tan fausta nueva de labios de su caro Luis, y levantando sus ojos y sus manos al cielo, renovó con todo el afecto de su alma la oblación que tantas veces había hecho de este su hijo primogénito al Señor, que por modos tan maravillosos se lo había dado y conservado entre tantos riesgos y peligros. Luego dirigiéndose á Luis, le dice: «Dad gracias á su Divina Majestad, hijo mío, por la señalada merced que os concede, preparaos para el combate. Es menester comunicar al Marqués vuestra resolución, y solicitar su licencia, para ponerla por obra. Los primeros momentos han de ser terribles; mas no temáis, hijo

mío; yo misma quiero arrostrar las dificultades de este primer encuentro: yo seré la primera en allanaros el camino, y preparar el ánimo de vuestro padre al costoso y arduo sacrificio que el Señor va á exigirle.»

No quiero pasar adelante, sin llamar aquí la atención de las madres cristianas sobre el bellísimo ejemplo que les ofrece la de nuestro Santo. Aprendan de esta nobilísima señora cuál haya de ser el amor que profesen á los hijos que de Dios han recibido: no ciertamente carnal é interesado y de tan mezquinas aspiraciones que se contente con los efímeros é inciertos consuelillos que de ellos en este valle de lágrimas pueden prometerse; sino macizo, espiritual y tan remontado sobre todos los bienes miserables de la tierra, que sólo se satisfaga con asegurarles la posesión de un reino eterno en la gloria.

Tal era ciertamente el amor que Doña Marta profesaba á su caro Luis: amor tan fuerte y generoso, que no sólo le dió valor para ofrecer á Dios, como otra Ana madre de Samuel, el primer fruto de sus entrañas, sino para atraer sobre sí, y sostener varonilmente los primeros y más terribles ímpetus de la indignación que había de producir en D. Ferrante la vocación de Luis. En efecto, por más que la buena señora buscó la ocasión más propicia y la coyuntura más favorable para dar el primer asalto al ánimo del Marqués, fué tan grande el enojo de éste á la simple propuesta de un negocio que daba en tierra con todos sus planes; que no le costó poco trabajo á la Marquesa aplacarle, y desvanecer los recelos y sospechas que se apoderaron de su ánimo, al ver á Doña Marta secundando los proyectos de Luis. Figurábase que éstos, lejos de fundarse como era razón en el divino llamamiento, obedecían á las exhortaciones de la madre

quien (á lo que él sospechaba) dejándose tal vez llevar más de lo justo de su preferencia por Rodolfo, procuraba inclinar á Luis á la vida religiosa, á fin de que Rodolfo heredase el marquesado de Castellón.

Ansioso aguardaba Luis el resultado de las diligencias de su madre, cuando llamándole ésta aparte, le habló de esta manera:

«Hijo mío, no hay que pensar por ahora en llevar adelante vuestros planes. Es menester dar tiempo al tiempo, y aguardar otra coyuntura más favorable para entablar de nuevo este negocio. Vuestro señor padre se ha indignado tanto al saber vuestros deseos, que sería temeridad insistir más por ahora.» Sintió Luis en el alma el triste resultado de la tentativa, pero sin desanimarse aguardó otra ocasión más propicia para hablar por sí mismo al Marqués.

Así pues, pasados algunos días preséntase á él, humilde y respetuoso, pero firme y resuelto; y le da cuenta de su propósito de abrazar la vida religiosa, manifestando al propio tiempo la íntima convicción que tenía de ser esta la voluntad de Dios. Alteróse sobremanera el Marqués al oir las palabras de Luis, é impotente á dominar la ira y enojo que en su pecho se encendieron, con rostro airado y voz desentonada le dijo:

—«Salid al instante de mi presencia, hijo ingrato, y guardaos de presentaros otra vez con tan descabelladas pretensiones, si no queréis que os mande desnudar y azotar cruelmente en castigo de vuestra locura y atrevimiento.»

Sonrojóse el pundonoroso joven al oir tal lenguaje, mas estuvo tan sobre sí, que con humilde serenidad y mesura sólo respondió estas palabras:

—¡Ojalá, padre y señor mío, ojalá fuese yo digno de padecer algo por amor de mi Dios!

Y saludando respetuosamente á su padre, se retiró.

Faltan palabras para declarar la cólera y mal humor que se apoderó del Marqués, después de la escena que acabamos de presenciar: no le era posible apartar de su mente la pretensión de Luis, y este recuerdo abrumaba su corazón como pesada losa, sin darle un punto de sosiego. Revolvía por su mente de día y de noche este pensamiento, preguntándose una y otra vez quién podía haber sugerido á Luis aquella idea. Cruzó por su imaginación el nombre del P. Paterno, confesor de nuestro santo joven, pareciéndole ser muy posible que éste y no otro fuese el autor de la pretendida vocación de Luis. Y por más que esta sospecha careciese de todo razonable fundamento, llevado el Marqués de su pasión, mandó llamar al Padre, y con mal disimulado disgusto y amargura, manifestóle con cuánto pesar y sentimiento le veía apoyar la resolución de Luis, si ya no era él mismo quien se la había puesto en la cabeza.

—¿Habéis reflexionado bien, le decía el Marqués, los graves perjuicios que acarreáis á mi familia con vuestros consejos? ¿Ignoráis por ventura que todas las esperanzas de mi casa y estado para adelante descansan y estriban en mi hijo primogénito? ¿Y querréis con una piedad mal entendida inclinar á mi Luis á abrazar el estado religioso con tanto detrimento espiritual y temporal de mis súbditos y vasallos? ¿Es posible que sea vocación de Dios lo que á vueltas de algún bien espiritual particular, ha de redundar en tanto daño de muchos? No, Padre mío, esto no puede ser. Renunciad á tales proyectos, y por Dios os suplico que no habléis más de eso á Luis.

Escuchaba el P. Paterno con calma y tranquilidad las reconvenciones de D. Ferrante; mas como echase de ver, por el acaloramiento con que hablaba, que no estaba por entonces dispuesto para oir y entender el lenguaje sereno de la verdad, se esforzó en tranquilizarle, y en viéndole algo más sosegado, le dijo:

—Persuádase Vuestra Señoría que esta vocación no es traza mía, ni á lo que yo entiendo, de nadie de este mundo. Yo nunca le hablé palabra de este asunto, hasta que por él mismo supe su determinación, aunque á decir verdad sin ser profeta ni hijo de profeta, era fácil adivinar que no podía tener otro paradero que el de la religión, quien en tan temprana edad vivía en la corte como pudiera vivir en un claustro.

Sosegóse algún tanto el Marqués con estas razones, viendo por ellas cuán rectamente había procedido el P. Paterno en el negocio de la vocación de Luis, y volviéndose á este que estaba presente, le dijo:

—Si os empeñáis en haceros religioso; por lo menos me habéis de complacer renunciando á entrar en la Compañía, y escogiendo otra religión en que podáis adelantar y honrar nuestro linaje, aspirando á alguna dignidad eclesiástica.

—Padre y señor mío, repuso Luis, en esto no puedo complaceros; pues una de las principales razones que me mueven á elegir la Compañía es el voto que en ella se hace de no admitir dignidades, cerrando así de una vez la puerta á la ambición. Y á la verdad, si yo pretendiera títulos y preeminencias, no tenía por qué dejar el mundo y renunciar el estado que por derecho de primogenitura había de heredar. Pero Dios nuestro Señor me ha dado una firmísima resolución de hollar todas las

riquezas y honores del mundo, para seguir pobre y desnudo al pobre y desnudo Jesús.

Honda impresión hicieron en el ánimo del Marqués estas enérgicas frases de Luis, que al par que ponían de manifiesto su grandeza de ánimo y generoso desprendimiento, eran como una tácita reprensión de la conducta de su padre, el cual llevado de su desapoderada afición al juego, aquella misma tarde en que Luis le habló por primera vez de su vocación religiosa, había perdido la suma de seis mil escudos, y no era la primera vez que arriesgaba tan crecidas cantidades por satisfacer aquella ciega pasión y vanísimo entretenimiento.

Así que habiéndose despedido el Padre Paterno, quedóse D. Ferrante solo y muy pensativo. ¿Quién sabe, decía en sus adentros, si todo este negocio de la vocación de Luis no pasa de ser una ingeniosa estratagema trazada por él con la piadosa intención de apartarme del juego? Y efectivamente no desconocía el Marqués con cuánta pena y sentimiento le veía Luis malgastar en el juego sus intereses con tanto detrimento de su familia y daño de su alma. ¡Cuántas veces aconteció estar el padre jugando, mientras el hijo lloraba á los pies de Cristo crucificado no tanto la pérdida del dinero; cuanto la ofensa que su padre hacía á Dios! Y no pudiendo el Santo disimular la aflicción que esto le causaba, más de una vez la manifestó en el seno de la confianza á alguno de sus familiares.

Así que la sospecha del Marqués no carecía de fundamento, ni fué él solo quien creyó que lo único que pretendía Luis era retraerle del juego, valiéndose del pretexto de la vocación religiosa: presto se divulgó esta voz por la corte del Rey católico, y todos aplaudían el

ingenioso ardid, haciéndose lenguas para ensalzar la cordura y prudencia del santo joven. Mas pronto se desengañaron unos y otros, viendo la constancia y tesón con que Luis llevó adelante su propósito de dejar el mundo. Apenas pasaba día en que no pidiese con grandes veras al Marqués la tan suspirada licencia, protestando una y otra vez que únicamente le movía el deseo de servir y agradar á su divina Majestad. Con esto y con el continuo espectáculo de las admirables virtudes y santa vida de Luis, vino D. Ferrante á persuadirse de que su vocación no era, como había imaginado, un simulacro, sino una realidad; y que tarde ó temprano sería forzoso ofrecer á Dios el sacrificio que tanto le costaba.

Quiso no obstante cerciorarse mejor, y consultar el caso con una persona docta y prudente; y como á la sazón se hallaba en Madrid el Ilustrísimo y Reverendísimo Padre Fray Francisco Gonzaga, Ministro General de los Franciscanos de la Observancia, con quien estaba unido no sólo con los vínculos del parentesco, sino con la más íntima amistad; juzgó que nadie sería más á propósito para su intento. Enteróle de lo que pasaba, y pidióle que examinase la vocación de Luis su primo, y le dijese francamente su parecer. Hízolo así el buen religioso, y alegróse sobremanera de tener ocasión de tratar íntimamente y conocer á fondo aquel ángel humanado, cuya sola vista elevaba el alma á pensamientos del cielo. Dos largas horas estuvo conferenciando con él, y sondeando los inmensos tesoros de gracia que el Señor había depositado en aquella bendita alma. Oyó asombrado de boca de Luis los comienzos y progresos de su vocación, la manera prodigiosa con que la Sma. Virgen se dignó llamarle á la Compañía, las vivísimas ansias que le estimu-

laban á dejar el siglo, y volar al seguro puerto de la religión, y quedó plenamente convencido de que aquella vocación venía del cielo, y así se lo dijo sin ambages al Marqués. El cual si bien con el parecer de tan insigne varón quedó persuadido de que Dios quería para sí á Luis; mas no podía acabar consigo de resolverse á dárselo generosamente, y todo eran dilaciones y más dilaciones, con harto sentimiento de nuestro Santo que no veía la hora de lograr el cumplimiento de sus deseos.

Lejos de amortiguarse estos con la obstinada resistencia de D. Ferrante, fueron tomando tales creces en el corazón de Luis; que no pudiendo ya más resistir á sus vehementes impulsos, le obligaron á tomar la enérgica resolución que vamos á referir.

Habiendo ido un día al Colegio de la Compañía con Rodolfo su hermano y algunos de sus criados, terminada la visita dirigiéndose á su hermano, le dice resueltamente:

—¿Hermano mío Rodolfo: ya sabéis que Dios me llama á su santa Compañía, y que van pasando días y días sin que logre el suspirado permiso de mi señor padre. Yo no puedo diferir por más tiempo el cumplimiento de la divina voluntad. Así pues he resuelto quedarme aquí. Volveos con los familiares á casa, y participad á mi señor padre esta mi determinación.

—¿Cómo? replicó Rodolfo, ¿y queréis que volvamos sin vos á casa? Esto no puede ser. Nosotros no podemos, no queremos dar tan grave disgusto al padre, nuestro señor.

—Es inútil que porfiéis, repuso Luis, con grande resolución. Yo aquí me quedo.

Ante la inquebrantable firmeza del santo joven, no

tuvieron más remedio que ceder, y volverse sin él á dar cuenta al Marqués de lo que pasaba. No es fácil describir el disgusto y pesar con que oyó D. Ferrante lo que le decían de Luis. Impaciente por traerlo á casa, y no pudiendo ir él en persona por tenerle postrado en cama los dolores de gota, llama al Doctor Salustio Petroceni, que desempeñaba en su palacio el cargo de auditor, y le envía al colegio con orden terminante de hacer volver á su hijo. Oyó Luis el recado de su padre, y con grandes muestras de sentimiento dijo:

—Id os ruego otra vez al Marqués, y suplicadle encarecidamente que me deje en este paraíso de la religión, pues bien sabe él con cuantas ansias lo ha deseado mi alma. Y pues Dios me llama, y es fuerza entrar hoy ó mañana ¿á qué dejar para otro día lo que podemos hacer hoy?

Volvió el Doctor Salustio al Marqués con la respuesta de Luis; mas no obtuvo esta resultado alguno. D. Ferrante no quiso por ninguna manera dar su brazo á torcer, pareciéndole que el ceder en aquel lance era deprimir su autoridad, y dar que decir á toda la corte que no podía menos de enterarse del caso: y así no tuvo Luis otro remedio que resignarse á regresar al lado de sus padres.

Viendo el Marqués que Luis no hallaba paz ni alegría en el siglo, y que á manera de ave presa en la red, no cesaba de forcejar por librarse de tan largo cautiverio; habló una y otra vez con el Ministro General de la Observancia su pariente, y alegando los títulos de amistad y parentesco que los unían á entrambos, rogóle con grandes veras interpusiese su autoridad, y viese de disuadir á Luis de sus propósitos, ó cuando menos le ex-

hortase á diferir su ejecución hasta que volviesen á Italia.

Negóse rotundamente á lo primero el santo y prudente religioso, diciendo ser muy ajenos de su profesión semejantes consejos, y que no podía dárselos á Luis en buena conciencia. En cuanto á lo segundo, después de reflexionar por unos instantes, juzgando que lo más que podía hacer en favor del Marqués, sin mostrarse infiel á Dios nuestro Señor, era exponer sencillamente á Luis el deseo de su padre, pero sin exhortarle á seguirlo, habló-le de esta suerte.

—Si he de ser franco con Vuestra Señoría, debo confesar que no podíais escoger peor abogado para vuestra causa que á este pobre religioso que, como sabéis muy bien, hallándose en igual caso que Luis, siguió una conducta diametralmente opuesta á la que ahora deseáis le aconseje. Dígame V. S.: si yo hablo á Luis como vos pretendéis, y él me responde que quiere seguir mi ejemplo y no mis consejos ¿qué podré yo replicar á tan cuerda contestación? Recordad, Señor Marqués, recordad lo que á mí me sucedió cuando Dios me llamó al estado religioso. Hallábame á la sazón en esta misma corte, y como supieron mis parientes que yo trataba de dejar el mundo, no dejaron piedra por mover en razón de impedirlo; mas viendo que nada conseguían, suplicáronme que á lo menos difiriese mi entrada hasta después de mi vuelta á Italia. ¿No os parece pues Señor Marqués que trocando los nombres y la fecha, nos hallamos hoy en aquel mismo caso? Por supuesto que todas las súplicas é instancias de mi familia se estrellaron ante mi tesón y constancia, y no tardé en vestir este sagrado hábito en el noviciado de esta corte. Después de todo esto, decidme: ¿os parece razonable que yo apoye delante de

Luis vuestras pretensiones? Vuestra Señoría no querrá ciertamente que yo sea una rémora para los planes que Dios tiene sobre su inocentísima alma, ni que obre contra el dictámen de mi conciencia. Lo más que yo podré hacer será manifestar á Luis vuestro deseo: mas á él toca resolverse como Dios le dé á entender.

Con esta entereza habló Fray Francisco Gonzaga á D. Ferrante, y luego dió cuenta de todo al santo joven, el cual como estaba muy firme y seguro en su vocación, respondió al General que de buena gana haría el sacrificio de diferir su entrada en la Compañía para cuando llegasen á Italia; pero que en cambio esperaba que su padre no le había de exigir otra dilación. Así se lo dijo Fray Francisco al Marqués, y en este punto quedaron las cosas, mientras se disponía el viaje de regreso á Italia.

CAPÍTULO V

VUELVE SAN LUIS Á ITALIA, Y VIAJES QUE ALLÍ HIZO POR ORDEN DE SU PADRE

1584

Habiendo de pasar á Italia por el verano de este año el General de la armada D. Andrés Doria, quiso D. Ferrante aprovecharse de tan favorable coyuntura para hacer su viaje con la seguridad que le ofrecía para aquella peligrosa navegación la pericia y experiencia de aquel tan celebrado capitán. La flota debía hacerse á la vela en el puerto de Barcelona á mediados de julio, y como D. Ferrante había resuelto detenerse unos días en Zaragoza, para saludar y mostrar su agradecimiento á aquella noble familia que le había dado hospedaje prodigándole los más exquisitos cuidados durante su enfermedad; salió con su familia y servidumbre con la oportuna antelación, y llegaron felizmente á Zaragoza.

En esta ciudad albergáronse en el palacio de Don Diego Espés y Mendoza, cuyos moradores estaban por aquellos días sumidos en la mayor desolación. La esposa de D. Diego se hallaba en cinta y enferma de gravedad, con inminente riesgo de morir ella y la criatura

sin lograr el consuelo de administrarle el santo bautismo. Conmovido Luis al ver la aflicción y lágrimas de D. Diego, se esforzó en consolarle, exhortándole á poner toda su confianza en Dios nuestro Señor, cuyo poder no reconoce límites. Bálsamo saludable fueron para el atribulado caballero las palabras de Luis: alentado con ellas D. Diego, acordó fiar aquel negocio más á la oración que á los remedios extremos que aconsejaban los facultativos. Retírase el Santo al oratorio del palacio, y comienza á rogar á Dios por aquella familia; y á los pocos instantes recibía la fausta nueva de hallarse ya fuera de peligro la madre y la criatura, reconociendo los facultativos que tan feliz é inesperada curación no podía explicarse sin un prodigio del poder de Dios (1).

La divina Providencia que se complace en entretejer la vida de los hombres con una no interrumpida serie de sucesos ya prósperos ya adversos, tenía preparada

---

(1) Este oratorio fué tenido en grande veneración desde este día, en memoria del milagro que en él obró San Luis Gonzaga; y al pasar el palacio de la familia de los Espés á la de Navascués, conservóse el oratorio y la memoria del sobredicho prodigio. Muchas investigaciones se han practicado en este año para descubrir el sitio de dicho palacio y su antiguo oratorio. Lo único que se ha podido averiguar con alguna probabilidad es lo que, con fecha 3 de julio de este año 1891, escribía D. Manuel de la Figuera, administrador de la casa de Sástago; y se halla en el Boletín de la Academia de Hist. tom. 18, p. 581, etc. y es lo siguiente: «Puedo decirle que la casa Espés, donde se hospedó con sus padres San Luis Gonzaga, se conserva, pero restaurada; es el núm. 13 en la calle de D. Juan de Aragón. Pasó, en efecto, de los Espés á los Navascués; más tarde á los Sesés; andando los años, á los Altarribas (Vera, el conde de Robres), cuyo nombre conservó hasta hace unos cinco años, que la compraron las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul, actuales poseedoras.

Es casa muy grande en calle solitaria, separada del centro de la población. Fué notablemente restaurada por los condes de Robres, reemplazando balcones á las ventanas, que antiguamente había. El oratorio pequeño, que tienen las Hermanas, quizá sea el mismo que en el siglo XVI había. Otro grande tienen las Hermanas, en la planta baja del edificio para las colegialas y niñas á quienes dan enseñanza gratuita.»

para nuestro Luis en Barcelona una gratísima sorpresa que no poco había de consolarle en medio de los contratiempos que se oponían á su vocación. Su primo el Ministro General de San Francisco, terminada ya la santa visita de los conventos de su orden, llegaba á aquella capital para pasar á Italia, por los mismos días en que llegaba el Marqués de Castellón con su familia. Es increíble el gozo que experimentó Luis con la buena dicha que el cielo le proporcionaba al darle por compañero de su viaje á tan esclarecido varón, en quien admiraban todos un perfecto dechado de las virtudes religiosas. «Contóme (Luis) más tarde, dice el P. Cepari, que le había observado con particular atención en todas sus acciones por el provecho que de ello sacaba, y que siempre le halló digno por su gran virtud y ejemplo del nombre y oficio que tenía de General de la Observancia. Y no se engañó en este juicio, como lo ha mostrado la experiencia, después que el dicho Padre subió á la dignidad episcopal, primero en Cefalú de Sicilia y después en Mantua, en el cual puesto ha vivido tan religiosa y santamente, que por el dicho de todos cuantos le han conocido y tratado, ha seguido la forma de los santos obispos antiguos, y merece que le tomen por ejemplo los que de la religión salen á semejantes puestos, como se pudiera probar en particular, si no temiera ofender la modestia y humildad de este prelado que aun vive cuando esto se escribe. Con tan religiosa y santa comunicación pasó Luis muy alegremente su viaje, unas veces conferenciando acerca de algún pasaje de la Sagrada Escritura, otras razonando de cosas espirituales, proponiendo algunas dudas que se le ofrecían, y procurando siempre sacar algún provecho y adelantamiento espiritual.» Hasta aquí el P. Cepari.

Mas ¿quién podrá decir los dulces y sabrosos recuerdos que se agolparían en la mente del angélico joven al despedirse de la hidalga tierra de España, en donde la misma Reina de los cielos se había dignado llamarle á la Compañía de su Hijo? ¡Con qué fruición recordaría los inefables consuelos que con tanta frecuencia había gustado á los pies de la Santísima Virgen del Buen Consejo! ¡Con cuánto júbilo evocaría una y otra vez en su mente las primeras muestras de amor que había recibido de su futura Madre la Compañía de Jesús en el Colegio imperial, de donde ya no habría salido sino con la sotana de jesuíta, si de él y de la Compañía dependiera!

Con estos no sé si diga tristes ó alegres recuerdos, hízose nuestro Santo á la vela el 18 de julio de este año 1584, y como allá suele volar el corazón donde está nuestro tesoro, al fijar sus últimas miradas en las pintorescas playas de Cataluña, se le iría el alma á dar un tierno y filial á Dios á las Vírgenes de Montserrat, del Pilar y del Buen Consejo, poniendo bajo la protección de María su viaje y el negocio importantísimo de su vocación.

Recojamos aquí un interesante dato que nos ofrece el P. Fita en el artículo arriba citado. «Doblado, dice, el cabo de Creus, y cruzando el golfo de Lyón, la flota en que iba el Santo se vió expuesta á un peligro serio que testifica el monarca francés D. Enrique III en su despacho del 4 de agosto (1): *Assan Aga, rey de Argel, permaneció ocho días junto á las islas de Marsella, después de haber perseguido á Doria hasta tres millas de Génova; y es-*

(1) *Négociations*, tomo IV, pág. 300. *Revue africaine*, XXVe année, pág. 29. Argel, 1881.

tuvo á punto de dar alcance á Marco Antonio Colonna, al cual en su pasaje prodigaron mis ministros todo favor y protección, con que pudo evitar aquel encuentro. El temor que se apoderó de la tripulación y la heroicidad de ánimo del santo joven ofreciéndose al martirio en aquel duro trance, grabaron hondo recuerdo en el corazón de Doña Marta de Santena, de cuyos labios ha recogido la historia una descripción tan hermosa como verídica.» Hasta aquí son palabras del P. Fita, el cual fundándose en aquella frase de San Luis: «Y con todo eso no querrá mi señor padre que yo me haga religioso» (1) se inclina á creer que aquel rasgo de amor á la vocación religiosa, á que dió margen el hallazgo de aquella piedrecita señalada como con las cinco llagas del Salvador, aconteció durante el viaje de regreso á Italia, y no en el de su venida á España.

No carece, como se ve, de fundamento esta opinión del ilustre académico; mas si se tiene en cuenta la exquisita diligencia que puso el P. Cepari en referir los sucesos por su riguroso orden cronológico, como él mismo lo atestigua en el Prólogo de la Vida de nuestro Santo; si se considera que el historiador oyó de labios de la misma Doña Marta el suceso á que nos referimos, y que sin asomo de duda lo da como acaecido en el viaje del año 1581; fuerza será confesar que parece más seguro atenernos á lo que nos dejó escrito aquel insigne biógrafo. Ni ofrece dificultad la frase del Santo arriba citada, constando como consta que de un lado ya antes de su venida á España había Luis acordado abrazar el estado religioso, y de otro sabía perfectamente cuán

(1) Véase en la página 139 el hecho á que se alude.

opuestas eran á este su propósito las miras del Marqués su padre.

Libres pues nuestros viajeros de los inminentes riesgos á que se vieron expuestos en su travesía, aportaron felizmente á Génova el sábado 28 de julio por la noche, habiendo durado su navegación once días. Pintábase en todos los semblantes la alegría que de sus corazones rebosaba al pisar de nuevo el suelo patrio, después de treinta y tres meses de ausencia: solo Luis andaba pensativo y concentrado; y como tenía todo su corazón y su alma en la vida religiosa, mirábase como desterrado en su propia patria, ni esperaba gozar de verdadera alegría y felicidad, hasta verse en el dulce paraíso de la religión. Fluctuando entre el temor y la esperanza, confiaba por una parte que su padre le daría luego la licencia apetecida, y por otra recelaba las nuevas dilaciones que en hecho de verdad vinieron luego á ejercitar su constancia y paciencia.

No bien hubieron llegado los Marqueses á Castellón, Luis recordó á su padre la promesa que le había hecho en España, y solicitó con grande ahinco su cumplimiento. El Marqués, deseando ganar tiempo con nuevas dilaciones, y distraer á Luis de su propósito, díjole que cumpliría la palabra que le había dado; pero que antes quería que hiciese con su hermano Rodolfo un viaje recorriendo algunas ciudades de Italia, con el objeto de visitar y saludar de su parte á los príncipes y señores de los estados vecinos participándoles su feliz regreso de España.

Obedeció Luis á la orden de su padre, y alentado con la esperanza de que esta había de ser la última prueba á que se había de someter su vocación, emprendió esta

para él tan enojosa jornada, y recorrió las cortes de Parma, Ferrara, Módena, Saboya y varias otras. Presentáronle, antes de salir, un rico y elegante vestido que el Marqués le había mandado hacer para este viaje; mas el modestísimo y humildísimo joven prefirió vestirse de sencilla estameña, sin otra gala ni adorno, por más que su hermano Rodolfo luciese espléndido traje acomodado á su alta categoría.

Bien podemos afirmar que todo el viaje de Luis fué para él un continuo y fervoroso ejercicio de oración y mortificación, al par que sirvió de grande provecho y edificación á las ciudades y pueblos por donde pasó. Su primer cuidado, al llegar á una posada, era buscar alguna imagen de Cristo crucificado, y ponerse á orar delante de ella en algún rincón del aposento en que le habían alojado. Si no hallaba aquella imagen, para satisfacer su devoción, trazábala del mejor modo que podía con tinta ó carbón en una hoja de papel, y postrado delante de la misma, supliendo el fervor de su espíritu lo que faltaba al arte, pasaba una ó dos horas en oración. Fué constante durante todo este tiempo en observar sus ayunos, sus mortificaciones y demás ejercicios espirituales con tal tesón y entereza, que ponía admiración no sólo en los que viajaban con él, sino en todos los pueblos por donde pasaba.

Cuando llegaba á alguna ciudad en donde hubiese casa ó colegio de la Compañía, su corazón se dilataba, y en su rostro se veía brillar la alegría del que navegando por mar borrascoso divisa á lo lejos el suspirado puerto. Y por el grande deseo de ver á los Padres y Hermanos de aquella religión que ya miraba como propia, después de cumplir con los príncipes y magnates los encargos de su

padre, iba en derechura á ver á los de la Compañía, y en llegando á su colegio, hacía ante todo una fervorosa visita á Jesús sacramentado, y luego se regalaba conversando con aquellos religiosos, y tratando con ellos de cosas espirituales.

Oigamos, á propósito de lo que vamos refiriendo, los curiosos detalles que nos dejó escritos en los procesos el P. Valerio Gipsio de la Compañía de Jesús. «El año 1584, dice, siendo yo novicio de nuestra Compañía en Novellara, llegaron á aquella ciudad el bienaventurado joven Luis y su hermano Rodolfo, con grande acompañamiento de cortesanos. El recibimiento fué cual se debía á los hijos del Marqués de Castellón: toda la nobleza de la población les salió al encuentro, los acompañó á su posada, y los agasajó de mil maneras. Una cosa me llamó la atención, al fijar mis miradas en los ilustres jóvenes, y fué que Rodolfo aunque era de mayor estatura que Luis, y lucía más rico y espléndido traje; en todas partes le cedía el sitio de preferencia, y parecía no atreverse á andar á las parejas con él. Habiéndose divulgado mucho antes entre el pueblo la buena fama de Luis, ardían todos en vivas ansias de verle y obsequiarle. Así que fué extraordinario el concurso de gente que salió á verle llegar, no tanto (á lo que pude entender) por ser el hijo primogénito de tan esclarecido Príncipe, cuanto por el buen olor de su santidad que por doquiera se había esparcido, y más principalmente porque nadie ignoraba que aquel bendito joven había resuelto dar libelo de repudio al mundo, renunciar á sus estados, y retirarse en algún claustro. Por lo que á mí se refiere, puedo asegurar lo siguiente. Estábamos todos los novicios reunidos en buen orden en la sala del noviciado, cuando

entraron á visitarnos aquellos Príncipes con toda su comitiva. La sola vista de Luis conmovió toda mi alma, y me infundió tal reverencia, así por las grandes cosas que de él había oído contar, como por la modestia, nobleza y santidad que en él resplandecían; que no osaba fijar mis ojos en su semblante. Y no fuí yo solo en experimentar este interior sentimiento de veneración hacia Luis; la mayor parte de los novicios, entre los cuales se hallaban algunos varones graves por su edad, experiencia y madurez, confesaron después que les había también á ellos sucedido lo mismo. Pero todos sin excepción recibimos particularísimo consuelo con aquella visita; y al pensar que un Príncipe tan insigne pretendía ingresar en nuestra religión, y no podía lograr el cumplimiento de su deseo, concebimos mayor estima de la buena dicha que nos había cabido y mayor aprecio de nuestra vocación, dando gracias á Dios por tan señalado favor.» Hasta aquí el testimonio del Padre Gipsio.

Al pasar por Pavía, detúvose nuestro Santo á visitar al conde D. Federico Borromeo, primo de San Carlos, fiel imitador de sus virtudes y más adelante uno de sus sucesores en el arzobispado de Milán. No es para dicho el consuelo que experimentaron estos dos jóvenes al conocerse y tratarse por primera vez. Luis se gozaba de ver en Federico un vivo retrato del espíritu que en su santo primo había admirado algunos años atrás: y Federico al ver por sus propios ojos lo que la fama pregonaba sobre la santidad de Luis, no pudo menos de decir admirado al conde D. Alejandro Pistro: «Luis no ha nacido para el mundo: su destino es la religión, y no tardaremos en verle entrar en alguna orden religiosa, y vivir en ella como un santo.»

En Turín, á donde fué para visitar al Duque de Saboya, albergóse en el palacio del Ilustrísimo Señor Don Jerónimo de la Rovere, pariente suyo y más tarde Cardenal de la santa Iglesia. Aquí dió Luis un bellísimo ejemplo de cristiana entereza y firmeza de carácter, que bien merece ser propuesto á los jóvenes, para que aprendan de su esclarecido Patrón á hollar generosamente el respeto humano que tantos estragos hace en las almas. Estaba el Santo conversando en una sala de palacio con varios jóvenes de la principal nobleza de Turín que habían venido á saludarle, cuando un anciano de setenta años que allí estaba comenzó á soltar su lengua permitiéndose algunas frases bajas é indecorosas. Al oirlas el angelical mancebo, encendido el pecho en santa indignación, y teñidas las mejillas en virginal rubor, dirígese al indiscreto caballero, y con grande libertad le habla en estos términos: «¿Cómo se atreve un caballero cristiano y de la edad y nobleza de V. S. á proferir tales palabras en presencia de estos jóvenes? En verdad que les está dando V. S. muy mal ejemplo y escandalizándolos gravemente; porque como dice San Pablo: *Las palabras deshonestas corrompen las buenas costumbres.*» Atónitos quedaron y no poco edificados todos los circunstantes, al ver en un joven de solos diez y seis años la madurez que echaban menos en las canas. Quedó el anciano confuso y mortificado de tan inesperada como merecida lección, y Luis saludando cortésmente á aquellos caballeros, tomó un libro espiritual, y retiróse á otra estancia, mostrando con la seriedad del semblante lo mal que se hallaba donde se oían tales conversaciones.

No menos brillante prueba de su firmeza de carácter dió Luis en Chieri, adonde pasó desde Turín accediendo

á la invitación de su tío materno D. Hércules Tani. Este, para obsequiar á sus dos sobrinos Luis y Rodolfo, había dispuesto en su casa un espléndido convite, al cual debía seguirse un baile, en que habían de tomar parte muchos parientes y allegados que asistieron á la fiesta. Apenas supo Luis que se trataba de danzas y saraos, empezó á excusarse primero con modestia y respeto, luego con inflexible firmeza, diciendo á su señor tío que pues trataba de agasajarle, el mayor obsequio que podía ofrecerle era dispensarle de asistir á aquella diversión. Insistió el tío con el mayor empeño suplicándole que no le diese tan grande bochorno, pues había de causar no poca extrañeza en todos los concurrentes y sonrojo en él, ver que sólo faltaba Luis en una fiesta que se celebraba en su obsequio. En fin tales razones alegó D. Hércules, tantas súplicas é instancias hizo por sí y por otros, que nuestro Santo juzgando que no le estaba bien oponer más resistencia, accedió al deseo de su tío, y se dejó llevar á la sala del baile; pero con la condición de que no había de tomar parte en él. No bien había ocupado Luis su asiento en la sala, cuando una de las damas le invitó á abrir el baile, teniendo por galantería según las leyes del mundo lo que el santo joven con más clara vista y según las leyes del espíritu miraba como vanísima vanidad. Así pues por toda contestación y sin ningún respeto á las mundanas etiquetas, salióse Luis del salón sin decir palabra. Creyendo D. Hércules que Luis, sólo se había retirado por unos instantes, esperábale para que prosiguiese asistiendo á la función, mas al ver que no volvía, fué en busca de él, y por más que le andubo buscando por toda la casa, no pudo encontrarle. Al fin pasando casualmente por las habitaciones de los

criados, no sin asombro ve á Luis puesto de rodillas y orando con gran fervor en el reducido espacio que mediaba entre una cama y la pared. Hondamente impresionado ante tan sublime rasgo de santidad, retiróse Don Hércules sin atreverse á interrumpir la oración de su santo sobrino y no poco edificado y aprovechado en su alma.

CAPÍTULO VI

ES COMBATIDA DE NUEVO LA VOCACIÓN DE LUIS. SU VICTORIOSA CONSTANCIA EN ESTOS COMBATES

1584

TERMINADA la visita de los príncipes de Italia, regresó Luis á Castellón abrigando en su pecho la dulce esperanza de recabar del Marqués la licencia de entrar en la Compañía. Nada de esto: D. Ferrante escuchó con agrado la puntual relación que le hizo nuestro Santo de los sucesos del viaje y de los obsequios y agasajos que en todas las cortes se le habían prodigado; mas apenas tocó Luis el negocio de su vocación, suplicando que no le difiriese ya más lo que tanto anhelaba; mudó bruscamente de conversación el Marqués, y no quisó oir palabra de este asunto. Triste y por demás cruel fué este nuevo desengaño: pero no paró aquí. Mientras Luis tan rendido y obsequioso con su padre hacía cuanto podía por servirle, emprendiendo viajes y visitas tan repugnantes á sus gustos y aficiones; el Marqués le estaba armando la más fuerte batería con el intento de derribarle de sus santos propósitos, y traerle á su voluntad.

A este objeto despachaba cartas y recados para todos

los príncipes de su familia, llenas de lamentos y quejas acerca de la vocación de Luis, pidiéndoles que le ayudasen á persuadirle que desistiese de aquella obstinada determinación que tan funestos perjuicios había de acarrear á sus estados.

No se hicieron sordos aquellos señores al llamamiento del Marqués: unos en pos de otros vinieron á Castellón, ó enviaron sus delegados, dispuestos á complacerle y armados de punta en blanco para combatir las nobles aspiraciones del santo joven. Mas todos sus asaltos fueron inútiles, y sólo sirvieron para hacer campear y resplandecer con mayor brillo la fortaleza invencible de nuestro héroe. El primero que entró en campaña fué el Duque de Mantua D. Guillermo. Movido por una parte del cariño que siempre había profesado á Luis, y por otra del deseo de agradar á D. Ferrante, envió á Castellón á un Señor Obispo amigo suyo, insigne orador y el más á propósito, á lo que juzgaba el Duque, para llevar á feliz término aquel negocio.

Avistóse el Prelado con Luis, y con toda la fuerza de su elocuencia se esforzó en persuadirle que por ninguna manera le convenía abrazar el estado religioso.

—No os lancéis, le decía, no os lancéis con juvenil é inconsiderado fervor á una determinación de que muy presto quizás os arrepintáis, pero cuando ya la cosa no tenga remedio. Oid los prudentes consejos del Señor Duque vuestro tío, que tanto se interesa por vuestra familia. ¿Queréis servir á Dios? ¿Deseáis consagraros al bien de la Iglesia y provecho de los prójimos? En buen hora: no seré yo quien trate de desviaros de tan santos propósitos. Mas decidme: ¿acaso no podéis lograr todo esto cumplidamente sin romper con vuestra familia? ¿ó

pensáis por ventura poder dar á Dios más gloria en el retiro de un claustro, que la que en nuestros días le está tributando en el esplendor de la púrpura un Carlos Borromeo? Creedme, Luis, seguid las luminosas huellas de aquel nobilísimo Príncipe de la Iglesia, y ya que el cielo os brinda con tan lisonjeras y fundadas esperanzas de llegar á las más encumbradas dignidades eclesiásticas, y los príncipes vuestros parientes, y en particular el Duque de Mantua vuestro tío, os prometen para alcanzarlas todo su apoyo y valimiento, no dudéis ser este el camino que os traza la Providencia.

Atento y respetuoso, aunque no poco maravillado, escuchaba Luis las reflexiones del Prelado, á las cuales iba contestando con madurez y cordura de anciano: y al fin respondióle en los siguientes términos:

—Nunca he dudado, Ilustrísimo Señor, del amor y cariño con que siempre me ha distinguido mi Señor tío el Duque de Mantua: sírvase V. S. darle las gracias de mi parte: más por lo que hace á las nuevas ofertas de ayudarme á conseguir algún puesto honroso en la Iglesia, suplico á V. S. haga saber á su Alteza que así como ya hace tiempo que he renunciado á todas las esperanzas de medros temporales que de mi casa y familia podía prometerme, así ahora renuncio de buena gana á las nuevas mercedes con que su Alteza se digna brindarme. Y para que vea mejor V. S. cuán resuelto y determinado me hallo en esta parte, sepa que la razón principal que me ha impulsado á elegir entre otras religiones la Compañía de Jesús, ha sido el voto que en ella se hace de no pretender ni aceptar dignidades eclesiásticas.

Al oir el Obispo el lenguaje varonil del bendito jo-

ven, y el acento de firmísima convicción con que rebatía todas sus razones, comprendió ser inútil insistir de nuevo, y así lo dijo al Marqués. Mas éste no se dió por vencido con esta derrota: llevó adelante su plan de ataque, y en pos del Obispo hizo entrar en campaña á D. Alfonso de Gonzaga, Señor de Castel Gofredo. A las razones del Obispo añadió D. Alfonso el ser Luis quien debía heredar el señorío de Castel Gofredo, las esperanzas que en su buen gobierno tenía fundadas, los daños que se temían de ser otro el sucesor, y otras consideraciones á este jaez, todas las cuales se estrellaron igualmente contra la inquebrantable firmeza de nuestro Santo.

No satisfecho D. Ferrante con este doble desengaño, quiso intentase un tercer asalto otra persona muy autorizada que pertenecía igualmente á la familia de los Gonzagas. Este combate fué de peor género que los anteriores, pues no contentándose este noble personaje con hacer relucir á los ojos de Luis mitras, capelos, cetros y otras grandezas terrenales; para que el combate fuese mayor, pintó á la Compañía con tan negros colores, que, á su decir, entrar en ella era engolfarse más en el mundo, y en un mundo peor que el de allá fuera: en fin, dijo tales cosas de esta sagrada religión, que no pudo mejor parodiar el falaz lenguaje del padre de la mentira. Mas Luis á quien hacía elocuente el amor á su vocación, fácilmente deshizo los embustes del tentador, demostrando con razones incontestables cuán lejos se halla del mundo una religión que con las armas de la más perfecta pobreza, mortificación y humildad hace guerra sin cuartel á aquellas tres concupiscencias que según el Apóstol San Juan constituyen el espíritu mun-

dano, y son como las tres cabezas de esta hidra infernal, á saber: la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la carne y la soberbia de la vida.

No fué más afortunado en sus tentativas el Señor Arcipreste de Castellón; el cual á instancias del Marqués se esforzó en persuadir á Luis la conveniencia de quedarse en el siglo, para asegurar en lo posible el buen gobierno de sus estados, y el bienestar espiritual y temporal de sus vasallos. Mas el Santo, sin olvidarse del aprecio y reverencia que siempre le había merecido aquel respetable sacerdote, hablóle con tal libertad, y apoyó con tantos y tan sólidos argumentos su vocación religiosa, que no sólo le dejó convencido, mas aun le trocó de impugnador en defensor entusiasta de sus santos propósitos. Y lo que es más, ganóle de tal manera la voluntad, y le hizo concebir tan aventajada opinión de su buen espíritu, que no cesaba de pregonar delante de todos la extraordinaria santidad de Luis.

Parece que después de tantos desengaños, debiera ya dar por perdida su causa el Marqués de Castellón, y otorgar á su hijo el tan deseado permiso, conforme al consejo, por cierto nada sospechoso, del señor Arcipreste; mas nada de esto: el amor de padre le cegaba, y le comunicaba una actividad incansable para luchar con Luis, ó por mejor decir con Dios, que tan á las claras le llamaba á su servicio. «¿Quien sabe, decía para sus adentros, si lo que no han podido recabar los consejos de personas tan señaladas, lo alcanzaría la autorizada voz de algún religioso? Bien es verdad que me expongo á una negativa semejante á la que me dió en Madrid mi primo Fray Francisco; pero nada pierdo en probarlo.» En efecto habiendo llegado por aquellos días á Cas-

tellón el P. Fray Francisco Panigarola de la esclarecida orden de Santo Domingo, orador insigne, y más tarde Obispo de Asti, no quiso D. Ferrante desperdiciar tan buena ocasión, y le rogó encarecidamente le hiciese el obsequio de emplear su tan celebrada elocuencia en desviar á Luis de sus intentos. Poco grata fué para este religioso la tarea que le encomendaba el Marqués; mas por no disgustarle, la aceptó. Cuál fuese el resultado de su tentativa oigámoslo de sus propios labios. Hablando más tarde este religioso con un cardenal, de la vocación de Luis, le dijo: «Obligáronme en otro tiempo á hacer con este joven el oficio de diablo: y aunque he de confesar que procuré desempeñarlo lo mejor que supe, nada pude conseguir: halléle tan firme y decidido, que no había por donde entrarle.»

Después de todos estos asaltos, capaces de dar en tierra con cualquiera vocación menos bien fundada que la de nuestro Santo, quiso el Marqués indagar por sí mismo la disposición en que se hallaba, y con este intento un día en que los dolores de gota le tenían postrado en la cama, mandó llamar á Luis, confiando que hablandado éste con tantas pruebas y contradicciones, acabaría de rendirse movido de compasión al ver á su padre tendido en el lecho del dolor. Habiendo pues entrado Luis en su habitación, dícele el Marqués:

—Y bien Luis, ¿qué resolución tomáis al fin?

—Mi resolución, respondió el Santo con libertad y llaneza, está tomada. Mi único deseo, mi invariable propósito es, servir á Dios en la Compañía de Jesús, á donde me llama su divina Majestad.

Al ver D. Ferrante por esta respuesta, que todas sus máquinas y baterías no habían podido abrir la menor

brecha en el pecho esforzado de Luis, encendido en ira, con rostro severo y palabras descompuestas echóle ignominiosamente de su presencia, mandándole que no volviese á mirarle la cara, ni parecer delante de él. Obedeció sin replicar el mansísimo joven, y juzgando que el mejor modo de cumplir tan duro mandato sería desterrándose de la casa paterna, afligido y silencioso salió del alcázar, y sin más acompañamiento que un criado, fuese á habitar cerca de un convento de frailes franciscanos llamados vulgarmente *Zoccolanti*, por los zuecos ó sandalias con suelas de madera que usaban. Estaba este convento situado á una milla de la ciudad en un amenísimo valle junto á un apacible y caprichoso lago formado con los copiosos manantiales que de las próximas colinas allí afluían. Cerca de este convento poseía el Marqués una hermosa quinta de recreo, á donde se retiraba algunas veces con algunos de su familia á tomar algún descanso, convidándolos á ello lo ameno del lugar y la proximidad del convento y santuario de Santa María.

Algunos monumentos estudiados recientemente por insignes arqueólogos acreditan haber sido antiguamente este un sitio de recreo muy estimado. Dejando aparte varias antigüedades descubiertas en aquellos alrededores, nos ceñiremos á dar cuenta de una antiquísima cripta de que hace mención el P. Cepari, (1) y se ha conservado hasta nuestros días, dentro de la cual nace un copioso manantial de aguas saludables, que se llama la fuente de Santa María. Esta cripta cuya fábrica juzgan algunos pertenecer á la época etrusca, es una estancia circular de cinco metros, setenta centímetros de diámetro, aboveda-

(1) Vita di S. Luigi, I. 14.

da, y á lo que parece, destinada en sus principios para baños. En tiempo de S. Luis estaba adornada, según el P. Cepari, con algún mosaico y pintura de que sólo quedan hoy día ligeros vestigios.

Tal era el sitio á donde se retiró nuestro Santo, para negociar con Dios por medio de oraciones y penitencias lo que tan obstinadamente le negaban los hombres. Consérvase aún en nuestros días convertido en devoto oratorio, el aposento en que vivió el Santo durante su ausencia de la casa paterna; y por mucho tiempo se mostraban á los que iban á visitar dicha habitación, sus paredes salpicadas de la sangre que Luis se sacaba con sus frecuentes disciplinas (1).

Nadie osaba hablar de Luis en presencia del Marqués, por no renovar la herida que aun estaba fresca y chorreando sangre; hasta que á vuelta de algunos días, como preguntase en dónde estaba Luis, noticiáronle lo que pasaba; de donde se originaron nuevas pesadumbres y disgustos. Mandó que le llamasen en seguida, y al verle entrar en su estancia, recibióle de mala manera, echándole en cara su proceder de hijo desnaturalizado, como él en su despecho decía, y que sólo trataba de afligirle con disgustos y sinsabores, según lo mostraba en haberse ido de la casa sin su licencia. A esto respondió Luis con sencillez y respeto que estaba muy lejos de haberse propuesto disgustarle al salir de casa, toda vez que lo había hecho por creer ser esta su voluntad y mandato. Lejos de aplacarse D. Ferrante con estos descargos,

---

(1) Léese en este oratorio la siguiente inscripción: CELLA, IN QVA S. ALOISIVS GONZAGA PVTANS SE A PATRE EXPVLSVM, CORPUS SVVM DISCIPLINIS CRVCIANS AC ORATIONI INCVMBENS PER ALIQVOT DIES HABITAVIT A. D. MDLXXXIV.

enfurecióse más y más, y añadiendo amenazas á las reprensiones, mandó á Luis que se retirase á su habitación. Inclinó Luis humildemente la cabeza, y con el corazón lacerado, pero con grande dominio de sí mismo, sólo respondió estas palabras: «Sí, padre mío, yo os obedeceré puntualmente;» y al instante cumplió el mandato de su padre.

La prueba era por demás dura y terrible: el cielo se presentaba de cada día más oscuro y encapotado: el corazón del bendito joven oprimido bajo el peso de tantas contradicciones ya no podía sufrir sin grande pesadumbre tan porfiada y cruda guerra. Así pues al llegar á su aposento, cierra las puertas, y soltando la represa al dolor y congoja de su álma, póstrase á los pies del crucifijo, prorumpe en copioso llanto, y entre sollozos y gemidos que le salían del fondo del corazón, suplica al buen Jesús le otorgue la paciencia y fortaleza que necesita para no sucumbir á los embates de tan duras pruebas. Y para que con sus lágrimas y suspiros clamase al Señor la sangre de sus venas, desnuda sus espaldas y comienza á desgarrarlas á los repetidos y desapiadados golpes de la disciplina, quedando en breve todo bañado en su propia sangre.

No tardaron en llegar al trono del Altísimo los profundos gemidos de esta alma pura é inocente. Aquel Señor que según la frase del Profeta es el amparo del pobre, socorriéndole oportunamente en la tribulación (1), tocó el corazón del obstinado padre, mientras el hijo se bañaba en un mar de lágrimas y sangre. Aunque terco y de recia condición, al fin D. Ferrante era padre y pa-

(1) Adiutor in opportunitatibus in tribulatione. *Ps.* IX, 10.

dre cristiano. El combate que sostenía en su corazón era por todo extremo rudo y terrible. Por una parte el amor natural que profesaba á un hijo de tan relevantes prendas le hacía tenaz y porfiado en su resistencia; por otra, el temor de ofender á Dios y mancillar su conciencia le solicitaba de continuo á ofrecer de una vez el tan temido sacrificio. Así que no bien se hubo retirado Luis á su aposento; sucediendo poco á poco la calma y reflexión á la perturbación y desasosiego, comenzó el Marqués á sentir los interiores estímulos de la conciencia que le reprendía de haber tratado con sobrada dureza á su amado Luis.

Manda pues llamar al Gobernador de Castellón que se hallaba entonces en la antecámara, y le suplica vaya luego á indagar qué hace Luis en su aposento. Fué el Gobernador, mas al llegar á la antesala, díjole el camarero del santo joven que no pasase adelante, porque Don Luis se había cerrado en su habitación, y quería estar á solas. Insistió el Gobernador diciendo que iba por orden del Marqués, y acercóse á la puerta con ánimo de abrirla; mas no pudiendo, hizo con su daga un agujero en una de las hendiduras de la puerta, y mirando por allí, vió asombrado al angelical mancebo desnudo hasta la cintura, postrado delante del crucifijo y azotándose fuertemente entre lágrimas y sollozos.

Atónito y como fuera de sí, al contemplar tan conmovedora escena, vase al Marqués, y con lágrimas en los ojos le dice:

—Ah, Señor Marqués, si V. S. viera lo que yo acabo de mirar con estos mis ojos, no creo que tuviera corazón para oponerse por más tiempo á los santos deseos de Luis.

—¿Qué es lo que habéis visto, preguntó el Marqués sobresaltado, qué pasa? ¿qué significan estas lágrimas?

Refiérele el Gobernador lo que acababa de presenciar, y al oirlo, quedó su corazón de padre traspasado con este nuevo dardo, y comenzó á preocuparse y pensar qué partido había de tomar con Luis. Pero recelándose de alguna exageración en lo que acababan de contarle, quiso cerciorarse del caso por sí mismo, y el día siguiente á la misma hora, avisado por el camarero de que se repetía la triste escena del día anterior, hízose llevar sigilosamente en un sillón á la puerta del aposento de Luis, que estaba en el mismo piso que el suyo, y acechó al santo joven por la rendija abierta el día anterior. Faltan palabras para dar una idea del estupor y asombro que causó en D. Ferrante la vista de su amado hijo descargando tan fieros golpes sobre su inocente cuerpo, y vertiendo raudales de lágrimas á los pies de Cristo crucificado. Disimuló no obstante por entonces lo que había visto, y para impedir que Luis continuase en su rígida maceración, mandó que hiciesen ruído allí cerca, y luego llamasen á la puerta. Así se hizo, y al cabo de un rato, entrando con la Marquesa, halló todo el pavimento salpicado de sangre, y el sitio que ocupaba Luis todo bañado con sus lágrimas, cual si lo hubieran regado con gran cantidad de agua.

El corazón del Marqués no pudo ya resistir por más tiempo á tan fuertes y reiterados golpes, las lágrimas y la sangre de Luis acabaron lo que no habían podido conseguir las súplicas y ruegos incesantes. Así pues viendo el Marqués que Luis seguía firme y constante en su determinación, resolvió darle el tan suspirado permiso, y á este fin escribió á su primo el Ilustrísimo Señor

D. Escipión Gonzaga, Patriarca de Jerusalén, y más tarde Cardenal de la santa Iglesia, rogándole que se avistase con el Padre General de la Compañía, que en aquella sazón era el P. Claudio Aquaviva, y le diese cuenta de la vocación de Luis, manifestándole que él por su parte se lo ofrecía de buena gana, aunque era arrancarse un pedazo del corazón, y privarse de la prenda más querida que en este mundo poseía, en la cual tenía cifradas sus más lisonjeras esperanzas. Encargábale asimismo procurase saber de su Paternidad, en qué punto debía hacer Luis su noviciado. No se hizo esperar la respuesta del Padre General, quien agradeciendo con atentas frases el costoso sacrificio y generoso ofrecimiento del Marqués, aceptaba á Luis por hijo, y añadía que en lo referente al noviciado, por justos respetos le parecía conveniente lo hiciese en Roma.

Mas ¿cómo expresar la alegría y júbilo de Luis al escuchar de los labios de su padre el sí que tantos sacrificios le había costado, y tantas lágrimas había hecho brotar de sus ojos? Enajenado de gozo y satisfacción, leía una y otra vez la carta del P. General al Marqués, y apenas creía lo que sus ojos veían. No sabía cómo dar gracias á su divina Majestad por tan señalado beneficio. Y queriendo también mostrar su agradecimiento al M. R. P. General, escribióle luego una afectuosísima carta en acción de gracias por su admisión en la Compañía. He aquí un fragmento de esta carta, publicado en Bruselas por el P. Pruvost de la Compañía de Jesús:

«Doy á V. R. las gracias, dice, por tan singular beneficio; mas no acertando á hallar palabras con que expresar cual quisiera los sentimientos de gratitud que abriga mi pecho, yo me ofrezco y entrego totalmente á Vues-

tra Reverencia, entre tanto que aguardo la ocasión de irme á postrar á sus pies. Y si no vuelo al instante á esa ciudad de Roma, es porque mi padre me exige antes una renunciación en toda forma de mis derechos al marquesado de Castellón, á favor del mayor de mis hermanos. Y aunque sea requisito indispensable para esta traslación, obtener previamente el beneplácito del Emperador, por tratarse de un feudo independiente, confío que el negocio se podrá ultimar en breve plazo.»

Como se ve por el tenor de esta carta, antes que Luis entrase en el noviciado debía renunciar sus estados en su hermano Rodolfo; y como esta renunciación no podía hacerse sin previa autorización del Emperador, fué menester ante todo determinar de común acuerdo la forma y condiciones con que debía extenderse el auto de renuncia para someterlo al dictamen del Senado de Milán, y presentarlo al Emperador. Como quiera que nuestro Santo ya había en su corazón renunciado á todo lo de este mundo, y sólo deseaba abreviar los días de su destierro, para gozar cuanto antes de los bienes de la religión, suplicó á su padre que tuviese por bien fijar á su gusto y parecer las cláusulas de la escritura, pues él lo dejaba todo en sus manos. Ajustáronse pues las condiciones en la siguiente forma: Luis renunciaba en su hermano Rodolfo el Marquesado de Castellón con el derecho de heredar los feudos de Solferino y Castel-Gofredo y cualesquiera otros que con el tiempo le pudiesen venir; reservándose solamente dos mil escudos que se le entregarían de contado, para disponer de ellos á su arbitrio, y además cuatrocientos escudos anuales durante toda su vida.

Acordado ya el tenor de la renuncia, mientras se exa-

minaba la escritura en Milán, deseando Luis dar calor á este negocio, y evitar dilaciones, escribió á la Serenísima Doña Leonor de Austria, Duquesa de Mantua, suplicándole interpusiese su valimiento delante del Emperador, en razón de lograr pronto y favorable despacho. Accedió de buena gana la Duquesa al deseo de Luis, y como era piadosísima y religiosísima, no solamente ofreció al santo joven su mediación en aquel asunto, pero también le felicitó afectuosamente por su generoso desprendimiento animándole á llevar á cabo sus fervorosos propósitos.

CAPÍTULO VII

ENVÍALE SU PADRE Á MILÁN, Y ES ALLÍ PROBADA DE NUEVO SU VOCACIÓN

1584-1585

TOCABA ya á su término el año 1584, año de luchas y combates á cual más terribles para nuestro amabilísimo joven; y todo parecía prometerle prosperidades y bienandanza para el nuevo año; mas faltábanle todavía las últimas escenas á la devota tragedia de su vocación, que Dios quería fuese modelo acabado de vocaciones probadas y acrisoladas con todo linaje de contradicciones. Confiando Luis en que al llegar la licencia del Emperador podría sin más demora ir á Roma, y entrar en la Compañía; creía ya tocar con la mano su tan suspirada felicidad, y mirábase como en el vestíbulo de la vida religiosa; cuando he aquí que llamándole su padre le dice:

—Luis, ya que es forzoso aguardar que se despache en Viena el asunto de vuestra renunciación, quiero que vayáis entre tanto á Milán, en donde se ofrece otro negocio harto espinoso que tratar. Yo no puedo ir, pues mis dolores no me lo permiten: tampoco me atrevo á fiarlo de Rodolfo, por su poca edad y experiencia; y así

será indispensable que vos lo toméis á vuestro cargo, y partáis cuanto antes.

Tan grande como esto era la confianza que tenía el Marqués en Luis, cuyo tino y destreza en el manejo de los asuntos más delicados le eran bien conocidos, por la experiencia que de esto tenía. Luis, si bien vislumbraba al través de estos negocios y de este viaje nuevos obstáculos que le habían de embarazar el camino de su vocación, no por esto opuso la menor dificultad á su señor padre; antes bien con toda prontitud y de buen grado partió para Milán.

Lo primero que allí hizo fué entablar con toda diligencia y cuidado las negociaciones que su padre le había encomendado; y como estaba íntimamente convencido de que el mejor camino para negociar acertadamente con los hombres es negociar antes con Dios, resolvió no aflojar un punto en sus devociones, ni dejar, por ninguna ocupación que se le ofreciese, sus cotidianos ejercicios de oración y mortificación. Comulgaba todos los domingos y días festivos en la iglesia de la casa profesa de la Compañía, y gustaba mucho de visitar los más devotos santuarios de aquella ciudad, entre los cuales le cautivaba particularmente el de Nuestra Señora de San Celso, á donde la fama de los continuos milagros con que la Virgen favorecía á sus devotos, atraía grande muchedumbre de pueblo.

Y para que se vea mejor la devoción con que asistía este ángel humanado á las funciones sagradas que en estos templos se celebraban, voy á referir lo que acaeció al P. Carlos Regio que por este tiempo ejercía el cargo de predicador en nuestra iglesia. Notó este religioso que todos los días de sermón Luis se colocaba en

el mismo sitio delante del púlpito, atrayendo las miradas de todos por su singular recogimiento y compostura; y como observase que todas las veces que fijaba en él sus miradas se le enardecía el alma en nuevos ardores de devoción, dijo para sí: indudablemente la Providencia me ha puesto delante á este ángel, para que con su vista me anime á predicar la divina palabra con mayor celo y fervor. Y efectivamente, cuando quería dar mayor espíritu y vigor á sus palabras, bastábale mirar á Luis: con esto sólo se sentía maravillosamente trocado y enfervorizado.

Siendo pues nuestro Santo tan fiel en pagar á Dios el tributo diario de sus devociones, no es de extrañar que Dios nuestro Señor que no se deja vencer de nadie en generosidad, echase su copiosa bendición sobre todas las negociaciones que traía entre manos. Y fué así que supo manejarse con tanto acierto, y salió de todo tan airoso, que dejó completamente satisfecho á su padre, y no poco maravillados á cuantos con esta ocasión le trataron, viendo tanta cordura y prudencia en tan cortos años.

Mas no paró la actividad de Luis en estas gestiones: los ocho ó nueve meses que en ellas gastó, sirviéronle además para notable adelantamiento de sus estudios. Terminado con grande loa en Madrid su curso de lógica, emprendió en Milán el de física, asistiendo mañana y tarde á las lecciones del P. Bernardino Salino, profesor en el Colegio llamado vulgarmente de Brera, por estar fundado en el palacio de este nombre, cedido por sus nobles dueños á la Compañía de Jesús. Escribía Luis con la mayor diligencia los dictados del profesor, y si algún día no le permitían sus negocios asistir á las cla-

ses, enviaba á uno de sus gentiles hombres para que tomase nota de la lección, y él la estudiaba en casa. Turnaba como todos los alumnos en los ejercicios ordinarios y extraordinarios de defender y argumentar, sin procurar ni admitir privilegios ni exenciones, por más que sus ocupaciones y su elevada categoría le proporcionasen justificados títulos para librarse de aquella molesta sujeción. Y era en verdad espectáculo edificante y de grande admiración para todo aquel colegio ver juntos y hermanados en un joven de la edad de Luis tanto ingenio con tanta modestia, tanto espíritu con tanta aplicación al estudio, tanta nobleza con tanta humildad, y finalmente una vida tan ordenada y laboriosa con tantos negocios y distracciones. En las disputas era siempre el más modesto y circunspecto, aunque en ingenio y habilidad pocos le igualaban. Nunca se le oyó una palabra que oliese de mil leguas á vanidad ó soberbia, jamás se le vió acción ó gesto que desdijese en lo más mínimo de la más exquisita finura y cortesía.

Y ¿qué diré de la severidad y llaneza que observaba en el trato de su persona? Olvidado por completo del rico traje todo recamado de oro que su padre le había mandado hacer, usaba de ordinario un vestido negro de raja de Florencia, que era un paño grosero y de baja estofa: no gustaba de montar á caballo, ni de ceñir daga ni espada, principalmente cuando iba al colegio ó á la casa profesa de la Compañía; y por las calles nunca hablaba con los criados que le acompañaban.

Además de las dos lecciones diarias de física, oía cada día una lección de matemáticas, y como el profesor no dictaba en clase las lecciones, Luis al llegar á casa dictábalas de memoria á uno de sus criados con tanta fide-

lidad, claridad y precisión, que el P. Cepari afirma haber quedado atónito al examinar por sí mismo estos manuscritos, y ver en ellos un testimonio fehaciente de la felicísima memoria y preclaro ingenio del bendito escolar: ni un número, ni una línea, ni un término técnico, ni una demostración se echaba de menos en aquellos cartapacios: más parecían escritos por un maestro, que dictados de memoria por un discípulo; y así se comprende que el afortunado amanuense de Luis, aun después de su muerte, los conservase cual preciosa reliquia.

De esta manera tenía nuestro Santo repartidos los días de la semana entre el estudio, la oración y el despacho de los asuntos de su familia. Si después de cumplidas todas estas obligaciones le sobraba algún rato de tiempo, su mejor solaz y entretenimiento consistía en visitar á los Padres y Hermanos, ya del colegio, ya de la casa profesa, y tratar con ellos asuntos espirituales ó literarios. En estas conversaciones, no es fácil averiguar quién gozaba más, si Luis con la dulce ilusión de hallarse ya en el seno de aquella su tan suspirada Compañía, ó los de ella con la vista y trato apacible de aquel angelito, cuyos ojos siempre clavados en el suelo predicaban modestia á los mismos religiosos. Uno de estos observó que cuando Luis hablaba con ellos ó con seglares de alguna autoridad, rara vez los miraba á la cara. por el grande respeto que le inspiraban.

Gozábase sobremanera razonando de Dios con los Hermanos coadjutores, cuya sencillez y alegría religiosa le enamoraban. Y así cuando llegaba á la portería del colegio, para visitar á algún Padre, mientras le aguardaba, desahogaba los encendidos afectos de su corazón hablando con el portero y diciéndole:

—¡Oh cuán feliz y dichoso os contemplo con esa bendita sotana y esas llaves de la casa de Dios! ¡Quién me diera poder trocar mi suerte con la vuestra! ¡Cuánto más vale ser portero, ó cocinero en la religión que Príncipe ó Emperador en el siglo!

El buen Hermano para complacerle decíale algunas veces:

—Ea, vamos á hacer la prueba: veamos si sabéis hacer el oficio de portero: guardad las llaves, mientras voy en busca de tal Padre.

Y el humilde Luis más ufano y contento con aquellas llaves que con todos los blasones de su casa, engañaba los vehementes deseos de pertenecer á la Compañía imaginándose portero del colegio, abriendo y cerrando la puerta con increíble consuelo de su alma.

Como sabía que los jueves, por ser de ordinario días de vacación, salían los del colegio á pasar una parte del día en la casa de campo llamada la Chisolfa, que estaba situada á milla y media de la ciudad, deseoso de gozar de la vista y compañía de aquellos Padres y Hermanos á quienes amaba y veneraba como si fuesen ángeles del cielo; ya que no podía pasar el día con ellos, se iba en amaneciendo á pasear por el camino de dicha quinta, y dejando atrás á sus familiares, se entretenía á solas, ya leyendo en algún libro espiritual, ya meditando, ya cogiendo algunas florecitas, hasta que veía llegar á algunos de los Padres. Saludábalos entonces con alegre semblante, seguíalos un rato sin apartar los ojos de ellos, hasta que los perdía de vista: luego se volvía por el mismo camino aguardando á que pasasen otros, y con esto pasaba un rato delicioso, y regresaba lleno de consuelo y devoción á su casa.

De este trato frecuente con los de la Compañía salía por una parte más confirmado en su vocación, y por otra más y más hastiado del mundo, y más deseoso de huir pronto de aquella Babilonia, y asentar su morada en su amada Sión. De aquí nacía una sed insaciable de hollar las vanidades mundanas, y abrazarse con la gloriosa ignominia de la cruz de Cristo; de suerte que no contento con ridiculizar de palabra al mundo y sus devaneos, de hecho no perdía ocasión de humillarse y afrentarse, como lo mostró el caso admirable que vamos á referir.

Íbase á celebrar por los días de carnaval un lucido torneo en que lo más noble y florido de la juventud milanesa había de hacer ostentación de sus mejores galas. «¡Qué linda ocasión, dijo Luis en sus adentros, para pisotear las pompas y vanidades del mundo!» Y sin detenerse en otras reflexiones, llama á dos de sus criados, y les dice:

—Hoy vamos á celebrar también nosotros nuestro carnaval: ea, disponeos para salir conmigo al torneo; y vamos á burlarnos del mundo, y á tratarle como él se merece.

Y diciendo y haciendo, se va á la caballeriza, y montando en un machuelo feo y pobremente aparejado, sale con solos dos criados por las calles más concurridas de la ciudad de Milán, que contempló con asombro al hijo del Marqués de Castellón asistir á aquella gran fiesta, no ya seguido como otras veces de brioso corcel bien enjaezado y con rica gualdrapa de terciopelo, sino montado en pobre cabalgadura, y sin más gala que el vestido que usaba de ordinario, ni más acompañamiento que dos criados. Esta gloriosa victoria conseguida por la humil-

dad de nuestro Santo sobre el vano apetito de honra mundana, no solamente ofreció un gratísimo espectáculo á Dios y sus ángeles, más también á los hombres sensatos que saben estimar las cosas en su justo valor. Así fué que algunos religiosos que presenciaron el hecho referido, concibieron la más ventajosa idea de la virtud y perfección de nuestro Santo.

Por aquellos mismos días, cumplía Luis los diez y siete años de su edad, y este nuevo año transcurrido, era un nuevo acicate que le aguijaba para redoblar sus súplicas y lágrimas en el divino acatamiento á fin de alcanzar el pronto término de su largo cautiverio. Las negociaciones que traía entre manos se estaban ya ultimando felizmente, y la licencia del Emperador para la renuncia había ya llegado. Así que Luis no viendo ya motivo de prolongar su residencia en aquella ciudad, aguardaba con vivas ansias que su padre le llamase á Castellón, para renunciar sus bienes, y partir luego para Roma.

Mas he aquí que cuando menos lo esperaba, preséntase D. Ferrante en Milán, y cual si ningún acuerdo hubiese mediado entre él y su hijo, emprende una nueva campaña contra su vocación religiosa. Como vió la buena maña y acierto con que Luis había llevado á cabo los negocios que le había encomendado, creyó indudablemente que con el trabajo de tantas ocupaciones y con el tiempo transcurrido, se habrían quizás enfriado algún tanto sus deseos de hacerse religioso, y que por consiguiente le sería más fácil recabar lo que tantas veces había intentado en vano.

Así pues, después de los primeros saludos, entrando luego en el punto de la vocación, pregunta el Marqués á su hijo, cuáles son sus propósitos desde su partida de

Castellón, y si al fin había desistido de sus intentos. Luis contestó con la misma firmeza de siempre. Entonces el Marqués con señales de grande aflicción y sentimiento comenzó por rogarle muy ahincadamente que volviese á reflexionar despacio si en hecho de verdad era aquella vocación de Dios ó capricho y antojo de su fantasía.

—No, Luis, añadía el afligido padre, no creáis que sea yo tan mal cristiano, que quiera atropellar con la voluntad de Dios, para salir con la mía; mas como padre estoy obligado á mirar por el bien de mi casa y familia. ¿Acaso no podéis practicar en casa las devociones que buscáis en la religión? Y ¿no véis que á estas devociones podréis añadir el bien espiritual y temporal de vuestros vasallos? ¿No es éste un bien cierto y positivo que Dios os ofrece en el siglo? ¿A qué pues dejarlo por seguir una vocación que no nos consta ser de Dios? Considerad atentamente el amor y respeto que ya os profesan vuestros súbditos, la gracia y amistad con que os honran todos los príncipes de Italia, la habilidad y talento que Dios os ha dado para gobernar con suavidad y firmeza vuestros estados y para el manejo de los negocios, como lo prueba el buen éxito de los que acabáis de arreglarme tan á mi gusto; y sobre todo mirad cómo dejáis á vuestro padre todo cargado de achaques y sin más apoyo ni sostén que el de Rodolfo, quien por su poca edad y falta de experiencia es incapaz de ponerse al frente de la casa. ¡Ah hijo mío! si vos me dejáis, no me queda otro porvenir que bajar en breve plazo al sepulcro abrumado por el peso de los disgustos y pesadumbres: y... entendedlo bien, vos, sólo vos, habréis sido la causa de tantos sinsabores.

Al pronunciar estas palabras, ahogada la voz por la

vehemencia del dolor, prorumpió el Marqués en amargo llanto. Luis conmovido por la aflicción de su padre, pero inquebrantable en su propósito, procuró con blandas y amorosas palabras persuadirle que no podía, sin faltar á Dios y á su conciencia, hacerse sordo á una vocación que á todas luces venía del cielo: que era fiar poco de la amorosa providencia de nuestro Padre celestial tener tanta solicitud de las cosas transitorias de esta vida y tan poca de los intereses de nuestra alma; y finalmente que no dudase que Dios le premiaría en esta vida y en la otra este costoso sacrificio, si de buena gana se lo ofrecía á su divina Majestad.

Viendo el Marqués que el castillo roquero en que Luis se había defendido de tantos asaltos, era la convicción en que estaba de que su vocación procedía de Dios, parecióle que el único recurso que le quedaba era derribarle de esta persuasión. A este fin procuró que le hablasen varias personas calificadas, así eclesiásticas, como seglares, y se esforzasen en convencerle de que su vocación no era de Dios. Así se hizo puntualmente; mas Luis se mantuvo siempre firme como una roca en medio de tan repetidos embates, con indecible admiración de las personas que le examinaron, las cuales todas con grande conformidad dijeron al Marqués ser inútil someterle á nuevas pruebas, pues bien claramente se veía ser Dios el autor de tan incontrastable vocación.

Desconsolado con estos nuevos desengaños D. Ferrante, pero resuelto á mover hasta el último resorte á fin de asegurarse de la voluntad de Dios en cosa en que tanto le iba, procuró averiguar cuál fuese entre los Padres de la Compañía residentes en Milán el de más autoridad y nombradía. Y como supo que entre todos so-

bresalía por sus relevantes dotes de virtud, saber y prudencia el P. Aquiles Gagliardi, Prepósito á la sazón de aquella casa profesa; hízose llevar allá, y después de manifestar al Padre la honda pena que le causaba la resolución de Luis, díjole que por ninguna manera pretendía él resistir á la divina voluntad, si el Señor quería á Luis religioso; mas que en negocio de tanta monta cual era el desprenderse de su hijo primogénito, no quería guiarse por su propio parecer: y que por tanto le suplicaba tuviese por bien examinar seria y concienzudamente á Luis en su presencia, y le dijese luego su parecer.

Accedió el Padre al deseo del Marqués, y llamando á Luis, comenzó á ponerle tantas y tan graves dificultades, y á combatir su vocación con tan fuertes argumentos, y éstos propuestos con tanta viveza y energía; que Luis llegó á dudar si aquel Padre le hablaba de veras ó solamente para probarle; pues á nadie había oído hasta entonces razonar en aquella materia con tanta propiedad, ni proponer tan serias dificultades como á aquel insigne maestro de la vida espiritual. Una hora larga duró la disputa, y en todo este tiempo no logró el Padre hacer titubear un punto al bendito joven, quien con suma serenidad y desembarazo iba deshaciendo una en pos de otra todas las dificultades, ya con solidísimas razones, ya con autoridades de la Sagrada Escritura y de los Doctores.

Al fin de tan prolija y animada contienda, asombrado el Padre Gagliardi, no menos del ingenio, que del espíritu del santo joven, le dijo con acento de grande satisfacción: «Sí, D. Luis, así es: Vuestra Señoría tiene razón: todo cuanto ha dicho es pura verdad, y yo quedo no poco edificado y satisfecho.» Y luego dirigiéndose al Marqués, exhortóle eficazmente á que pusiese fin á las

pruebas, y diese á su hijo licencia para entrar en la Compañía, pues la voluntad de Dios estaba ya harto declarada.

Así se lo prometió D. Ferrante, quien después de esta prueba quedó plenamente convencido de que Dios le pedía el sacrificio de su hijo primogénito y resuelto á ofrecérselo; si bien el amor de padre le inducía á dar largas al negocio. Así que ofreciéndosele otro asunto que despachar en aquella ciudad, lo encargó á Luis, y él se volvió á Castellón.

El santo mancebo veía con grande sentimiento la táctica de su padre, que consistía en ir buscando pretextos y más pretextos para diferir la ejecución de lo que tantas veces le había prometido; y apenado de este proceder tan contrario á los intereses de su alma, escribió una sentida carta el Padre General Claudio Aquaviva, suplicándole encarecidamente le permitiese refugiarse en alguna casa ó colegio de la Compañía, en el caso de que su padre suscitase nuevos obstáculos á su vocación. De esta carta sólo se conserva el último párrafo que es del tenor siguiente: «Suplico á Vuestra Paternidad por las entrañas de Jesucristo, no permita que el amor del Príncipe mi padre ni otro cualquiera motivo humano, sean obstáculo á mi vocación, que ya hace tanto tiempo nos consta sin linaje de duda proceder de Dios.»

No juzgando prudente acceder á la petición de Luis, el P. General procuró consolarle y animarle á depositar en el Señor toda su confianza. Al fin le decía lo siguiente: «Lo que debéis procurar ante todo es recabar el consentimiento del Ilustrísimo Señor, vuestro padre: así lo exigen vuestro propio interés y el honor de la Compañía. Mas yo espero en el Señor que pues El os ha favo-

recido con su gracia hasta aquí, también os la dará en adelante para cumplir su voluntad (1).»

Desvanecida con esta carta toda esperanza de entrar en la Compañía sin el pleno consentimiento del Marqués, Luis no tuvo otro remedio que armarse de paciencia, y ver de recabar del cielo á fuerza de oraciones y penitencias, lo que en la tierra por ningún camino lograba alcanzar. De aquí nació en su alma el pensamiento de retirarse por unos días á hacer los ejercicios espirituales de San Ignacio, con los cuales se templaría su espíritu, y alentaría su corazón para los nuevos combates que sin duda le aguardaban. Zanjados pues en Milán los asuntos qne tenía encomendados, con el beneplácito de su padre salió de aquella ciudad por el mes de julio de 1585, y pasó á Mantua para hacer los ejercicios, y hechos, regresar á Castellón.

---

(1) Estos dos fragmentos de las cartas á que hace referencia el texto, fueron publicados por el P. A. Pruvost arriba citado.

CAPÍTULO VIII

HACE EJERCICIOS EN MANTUA. PASA Á CASTELLÓN. NUEVAS NEGATIVAS DEL MARQUÉS. VICTORIA DE LUIS

1585

No busca con tanto afan los agujeros de la peña la avecilla acosada por deshecho temporal, como Luis suspiraba por la apacible soledad de los ejercicios, al verse libre de la prolija y enfadosa solicitud de los negocios temporales de su familia. Así pues en llegando á Mantua, después de visitar al Duque su tío, fuése en derechura al colegio de la Compañía, y dió principio á sus ejercicios bajo la dirección del P. Antonio Valentino, gran maestro de la vida espiritual y uno de los más insignes sujetos que tenía entonces la Provincia de Venecia, en la cual había desempeñado con grande loa por espacio de veinticinco años el cargo de Rector y Maestro de novicios.

Merece ser insertado aquí el honorífico testimonio que dió este ilustre varón de la santidad é inocencia de Luis, después de haber oído la confesión general que con él hizo de toda su vida, según consta en el proceso de Reggio. Preguntado el Padre por el Vicario del Obispo de aquella diócesis si le constaba que Luis hubiese sido

insigne por sus virtudes y dones espirituales, respondió lo siguiente: «Me consta efectivamente, no sólo por lo que oí hablar de él á nuestros Padres, sino mucho más por lo que me descubrió un mancebo muy virtuoso, camarero suyo, que le escribía las lecciones, y era como su compañero en las cosas de estudio. De este supe la rara penitencia, el retiramiento, los actos señaladísimos de virtudes y vida tan santa que hacía. Lo sé también por camino más cierto, porque en el mismo tiempo se me ofreció ocasión de tratar con él, y servirle en darle los ejercicios espirituales de la Compañía, á fin de conocer mejor su vocación á la religión; porque decía él que el Marqués su padre deseaba que esto se examinase y conociese bien. Con esta ocasión le confesé generalmente, y por más que lo he pensado, no hallo que se pudiese sacar de su confesión cosa que se pueda decir pecado grave; pero sí muy muchas de grande edificación y maravilla, argumentos de su mucha virtud y santidad. Lo que yo sé decir es, que de aquella confesión quedé con gran concepto de su santidad, inocencia y pureza, y por tal le he tenido siempre y predicado.»

Mas ¿cómo explicar el fervor extraordinario con que se aplicó el santo joven á estos ejercicios? No fueron parte para distraerle un punto de su recogimiento y silencio las ruidosas fiestas que se celebraban aquellos mismos días en la ciudad de Mantua, con ocasión de la llegada de aquella célebre embajada japonesa que por primera vez había venido de tan remotos países á prestar homenaje de sumisión y obediencia al Romano Pontífice, en nombre de toda aquella nueva cristiandad. Recibió y obsequió á los ilustres japoneses el Duque Guillermo con real aparato y magnificencia, y las fiestas y

regocijos públicos fueron de lo más suntuoso y espléndido que allí se había visto. Sin embargo cuando todos deseaban gozar de tan nuevos y desacostumbrados espectáculos, Luis sin pensar en fiestas ni diversiones, ni hacer caso de los calores caniculares que estaban en su mayor fuerza, permaneció dos ó tres semanas recogido en un estrecho aposentillo, vacando sin cesar á la oración, meditación, exámenes y lección espiritual, y tomando tan escasa cantidad de alimento, que los que le servían se maravillaban grandemente, y no se explicaban cómo podía vivir con tan rigurosa abstinencia.

No había aûn terminado sus ejercicios, cuando hubo de ausentarse su Director, llamado á otra parte por la obediencia; y así fué menester que otro se encargase de su dirección hasta el fin de los ejercicios. En estos días leyó y examinó seriamente las constituciones y reglas de la Compañía, quedando con esta lectura más confirmado en su vocación, y más aficionado á nuestro santo instituto. Al despedirse, como recuerdo de aquellos días que fueron de tanto consuelo espiritual para su alma, pidió copia de los ejercicios de la tercera semana ó sea del modo de meditar con provecho la sagrada Pasión de nuestro Señor, según el método de San Ignacio, por el particular gusto y devoción que en aquellas meditaciones había experimentado, y para poderlas saborear más detenidamente en la oración cotidiana.

Terminados pues los santos ejercicios, regresó Luis á Castellón, resuelto á insistir cuanto pudiese con el Marqués, hasta lograr la licencia de ir á Roma. Mas viendo que su padre no metía en sus pláticas cosa que á esto se refiriese, por temor de afligirle, iba aguardando alguna ocasión favorable para renovar su petición.

Entre tanto, fiel á sus propósitos de vivir en el siglo como si ya estuviera en la religión, despedía de sí tales resplandores de toda virtud y perfección, que no hay palabras que basten á encarecerlo debidamente. Y era así que tanto los de palacio, como los de la ciudad y cuantos le trataban quedaban atónitos, y no sabían hablar de otra cosa que de la gran santidad del Marquesito de Castellón. Encantábalos su afable llaneza y modestia, no se hartaban de mirarle cuando salía por las calles, los ojos bajos, el sombrero de ordinario en la mano, y atento siempre á saludar á todos, ricos ó pobres, nobles ó plebeyos, chicos y grandes. Gozábanse de verle asistir constantemente á todos los oficios que se celebraban en el templo perseverando largas horas arrodillado en tierra, sin permitir le pusiesen jamás el sitial con tapete y almohada de terciopelo, por más que los demás de su familia admitiesen esta distinción propia de su elevada categoría.

Para más humillarse y mortificarse, no sólo rehusaba los vestidos ricos, como antes se ha dicho, mas aun gustaba de ir roto y remendado: y á fin de que su ayo no lo echase de ver, cubría con el herreruelo los rasguños que traía en las medias. Mas como un día al bajar la escalera se le cayese el rosario, y al inclinarse para recogerlo, apareciesen las medias hechas una criba por los muchos agujeros; no pudo menos de mostrarle el ayo su sentimiento diciéndole:

—¿Qué es esto D. Luis? ¿Cómo anda su señoría con esas medias? ¿No ve que con esto se rebaja y desdora á sí mismo y á su familia?

Viendo Luis descubierto su piadoso ardid, no tuvo más remedio que rendirse al deseo del ayo, y mudarse

las medias, temiendo que si no lo hacía, y llegaba esto á oídos de su padre, lo había de llevar pesadamente.

Por lo demás no aflojaba un punto en su constante empeño de adelantar en todas las virtudes. Y por no hablar más que de su silencio, pondré aquí unas notables palabras del P. Cepari, pues no sabría explicar mejor este punto, que citando lo que este Padre afirma haber visto por sus propios ojos, y lo que oyó del mismo Santo en esta materia. «En casa, dice, no dejaba punto de sus ayunos y oraciones, y por la mayor parte se estaba solo en su aposento, sin hablar con nadie, pasándose muchas veces algunos días sin proferir apenas una palabra. Sus razonamientos eran ó de cosas necesarias, ó espirituales; y solía él decirnos, que más hablaba en la religión en un día, que en el siglo en muchos meses, y que si le ocurriese alguna vez volver á su casa, tenía necesidad de estar muy sobre sí, por no escandalizar á los que le habían conocido seglar, quienes podrían pensar que había abrazado la vida religiosa para desencogerse y relajarse. Lo cual es más admirable para los que le conocimos en la religión, y vimos el sumo rigor con que guardaba el silencio, sin quebrantarlo jamás, si no es cuando los superiores, por divertirle algo de los ejercicios mentales, le mandaban hablar. Aumentó también por este tiempo las penitencias, de suerte que de pura flaqueza no parecía que se podía tener en pie (1).»

Con razón pues la madre de nuestro Santo temía que con estos excesivos rigores acabaría en breve plazo con su vida, y alegaba esta razón como una de las más poderosas para inclinar al Marqués á darle pronto la licen-

(1) Part. I, cap. XI.

cia de entrar en el noviciado; pues decía que entrando en religión, los superiores le moderarían indudablemente aquellos fervores indiscretos, y él no tendría más remedio que rendirse á la obediencia. Y fué así que el mismo Santo confesó más tarde, siendo de la Compañía, haberse cumplido puntualmente lo que decía su madre, con notable provecho de su alma y de su cuerpo.

Como buen aspirante de la Compañía de Jesús, no satisfecho Luis de trabajar con el tesón que hemos visto en su propio aprovechamiento espiritual, hacía cuanto podía por encaminar á sus prójimos por el sendero de la virtud y perfección cristiana. Ya dejamos apuntado más arriba el celo con que se ocupaba en enseñar la doctrina á los niños en los días festivos. Veamos ahora las industrias de que se valía para ir infiltrando suavemente la piedad y devoción en los tiernos corazones de sus hermanitos, á quienes amaba entrañablemente.

Procuraba atraerlos á su aposento con el cebo de algunos dulces y juguetes, con lo cual iban ellos de muy buena gana á pasar con él algunos ratos. Allí les enseñaba á hincarse de rodillas delante del crucifijo, y á rezarle algunas devotas oraciones; luego les explicaba sencillamente algún punto de doctrina cristiana, y les daba algunos avisos y consejos acomodados á sus años y capacidad.

Son curiosos á este propósito los detalles que dejó apuntados en los procesos el Príncipe D. Francisco Gonzaga, hermano segundo de nuestro Santo. «Era, dice, todavía muy jovencito Luis, cuando todos admiraban su asiduidad en orar, y sus frecuentes ayunos y abstinencias, por lo cual apellidábanle comúnmente *el santito*. Yo mismo le ví muchas veces ayudar á misa en el ora-

torio de palacio. Y no contento con aplicarse él á las prácticas de devoción para la salud espiritual de su alma, procuraba también que todos sus hermanitos fuésemos muy piadosos. Con esta mira tenía de repuesto algunos dulces en una arquilla, y llamándome á su aposento siempre que se ofrecía ocasión, me hacía rezar repetidas veces la oración dominical y la salutación angélica, hasta completar el rosario de Nuestra Señora; y después de cada Padre nuestro y Ave María, me daba un granito de cilantro confitado.» Hasta aquí son palabras del citado D. Francisco, el cual ya desde aquellos tiernos años descollaba entre sus hermanitos por su viveza natural y por el gusto con que oía y se aprovechaba de los avisos de Luis, quien por esta causa le cobró particular amor, y concibió grandes esperanzas de él para adelante como lo muestra el caso siguiente.

Estaba un día Luis hablando con su madre, mientras Francisquito con grande bulla y algazara jugaba y traveseaba con los pajes en una pieza vecina. Oyendo la Marquesa los gritos del niño, dijo asustada á Luis:

—Estoy temblando por ese niño, no sea caso que le suceda alguna desgracia.

—No temáis, repuso Luis, no paséis cuidado por Francisquito: ya sabrá él defenderse; no hay peligro que nadie le eche el pie adelante; antes bien (y tened presente lo que voy á deciros) él ha de ser el sostén y la honra de nuestra casa.

¿Fueron estas sentenciosas palabras una profecía de lo que había de suceder andando el tiempo? No será por cierto temeridad el creerlo, si se tiene en cuenta no haber sido esta la única vez que predijo el Santo algunos sucesos que después se cumplieron puntualmente. Y por

lo que se refiere al que nos ocupa, nunca echó la Marquesa en olvido aquellas tan formales palabras de Luis; y el tiempo vino á confirmarlas tan plenamente, que no parece sino que al pronunciarlas el Santo veía de presente las ilustres glorias con que su hermano Francisco, que á la sazón sólo contaba ocho años, había de engrandecer á su familia. En efecto, aun no había cumplido D. Francisco los veinte años, cuando el Emperador de Alemania Rodolfo, en cuya corte se crió desde la niñez, le tomó por su consejero en los más secretos negocios del Imperio. A los 21 años de edad, envióle el César con el título de Legado á la corte de Bélgica. Más tarde fué en calidad de Legado extraordinario á la corte pontificia. Item, desempeñó con gran loa el cargo de Legado ordinario del César en Roma, hacia el fin del pontificado de Clemente VIII, y siguió ejerciéndolo en los pontificados de León XI y Paulo V. Y entre otras grandes obras que llevó á feliz término, merecen particular mención la reconciliación de la Santa Sede con la República de Venecia, y de Felipe III de España con el Emperador Rodolfo. Fué asímismo condecorado con el título de Grande de España por el mismo Felipe III, quien también le dió la insignia del toisón de oro, el mismo día que la puso á su hijo Felipe IV. Demás de todo esto, no contento con haber añadido nuevos títulos y rentas á su casa, fundó en Castellón un convento de capuchinos, erigió un colegio para la Compañía y otro para las Vírgenes de Jesús. Alcanzó de Paulo V que fuese elevada á la categoría de insigne Colegiata con Abad mitrado la parroquia de los Santos Celso y Nazario; y finalmente llevó á cabo en sus estados y fuera de ellos tantas y tan gloriosas empresas, que su nombre figura

entre los más ilustres de la familia de los Gonzagas.

Mas prosigamos el hilo de nuestra historia, y veamos la nueva prueba y nuevo triunfo con que fué realzada la vocación de Luis. Viendo este que pasaban días y días sin que su padre le saliese á hablar de la renuncia de sus estados y entrada en religión, un día en que le pareció hallarle dispuesto para oirle, reiteró su petición rogándole que le cumpliese lo que tantas veces le había prometido.

—No, respondió bruscamente el Marqués, yo no os he prometido jamás semejante cosa, ni quiero por ninguna manera que penséis en ejecutarla, hasta que tengáis edad y fuerzas para ello. No me habléis más de esto hasta que hayáis cumplido los veinticinco años. Y si os empeñáis en iros, idos en buen hora, mas no os llaméis más hijo mío, pues no os reconoceré nunca más por tal.

En vano instó Luis, rogando, suplicando, y aduciendo cuantas razones le sugería su ardiente deseo de seguir la voz de Dios. Todo fué inútil: cerróse el Marqués en que no le había de dar licencia, hasta que tuviese veinte y cinco años, y no hubo medio de apearle de su obstinación. ¿Qué hacer en tan apurado lance? Ceder al deseo de su padre, era poner en evidente riesgo la vocación, y cerrar los oídos á la voz de Dios: romper con el Marqués, y fugarse de casa era contravenir á la orden del Padre General de la Compañía, y malquistarse con su familia sin provecho alguno. Perplejo, confuso y sin saber á donde volverse ni qué partido tomar, su único refugio eran las llagas de Cristo crucificado y el manto de María. Allí desahogaba su corazón agobiado, allí gemía, clamaba y suspiraba vertiendo de sus purísimos ojos nuevos raudales de lágrimas; y hablando á la Santísima

Virgen con entrañable afecto, le decía una y otra vez: «¿No sois acaso Vos, ó Virgen excelsa, ó Madre de misericordia, la que me llamasteis con palabras tan claras y terminantes á la Compañía de vuestro Hijo? Pues siendo esto así, ¿quién sino Vos me ha de abrir las puertas de este mi tan deseado paraíso? Venid pronto, Señora, venid en mi auxilio, pues yo no se ya qué medio tomar para seguir el divino llamamiento.»

Al mismo tiempo que se encomendaba á Dios nuestro Señor y á su bendita Madre con tanto afecto, iba discurriendo nuevas trazas para salir con su intento, y le ocurrió que sería bien pedir otra vez consejo al Padre General, dándole cuenta de la inflexible resistencia del Marqués: mas éste no le dió tiempo para aguardar su respuesta, pues le apremiaba á que le dijese en seguida categóricamente si aceptaba ó no el largo plazo que le había fijado.

—Padre y señor mío, respondió Luis, bien sabéis que el mayor sacrificio que me podíais exigir era el diferir mi entrada en religión; con todo, por el deseo que tengo de complaceros, y por cumplir el encargo del Padre General, convengo en que se dilate por dos ó tres años este negocio; pero con dos condiciones: primera, que me permitáis vivir en Roma durante este plazo, á fin de asegurar más mi vocación y juntamente atender á mis estudios: segunda, que desde ahora para cuando expire este plazo, me concedáis la licencia de entrar en el noviciado, y que así se lo escribáis luego al Padre General. Sólo con estas dos condiciones, padre mío, puedo consentir en esta próroga que ha de privar á mi alma de tanto bien espiritual, y sin ellas me vería precisado con harta pena mía á dejaros, y volar á mi amada Compañía; y si

esta me cerrase sus puertas, antes que faltar á mi conciencia, me iría errante por el mundo hasta que Dios se apiadase de mí.

—Id á donde os plazca, hijo ingrato, repuso el Marqués, haced lo que queráis; pero no contéis con mi licencia.

En esta tirantez quedaron las cosas, sin que D. Ferrante se resolviese á ceder un solo palmo de terreno, ni Luis quisiese retirar las dos condiciones sobredichas. Al cabo de dos días plugo al Señor que se ablandase un poco el Marqués, y echando de ver lo razonable de las condiciones que su hijo le proponía, y temiendo por otra parte exasperarle, y darle motivo de tomar algún acuerdo más desagradable, admitió el plazo y condiciones propuestas, y dijo á Luis que diese cuenta de esto al Padre General.

Animado Luis con esta pequeña victoria, si bien afligidísimo de tener que diferir aún por tres años lo que más deseaba en este mundo, escribió al P. Claudio Aquaviva dándole cuenta de todo lo que había acontecido desde su carta anterior, y terminaba su carta con los siguientes párrafos que tomamos de la vida del Santo escrita por el P. Plati y reproducida por los Bolandistas. «He tenido por conveniente dar cuenta de todo esto á Vuestra Paternidad, participándole juntamente que dentro de pocos días vestiré el hábito clerical, y renunciaré á mi herencia paterna, reservándome tan sólo alguna cantidad que pienso distribuir en obras pías. Entre tanto suplico á Vuestra Paternidad se persuada de que si me ha sido forzoso tomar este acuerdo únicamente para satisfacción de mi padre, conforme al encargo de Vuestra Paternidad, y por parecer más conveniente morar

durante este plazo en Roma que en Castellón; por lo que á mi disposición se refiere, ninguna cosa podía sucederme tan desagradable en esta vida, como verme obligado á dilatar mi entrada en la Compañía, como quiera que reconozco ser este el mayor y más excelente beneficio que podía dispensarme su divina Majestad: y tenga por cierto V. P. que no vacilaría un instante en morir mil veces antes que dejar mi propósito de servir á Dios.»

Despachada esta carta, comenzóse á tratar del viaje de Luis á Roma y de la posada que en esta ciudad había de tomar. Primeramente se acordó hospedarle en el palacio del Cardenal D. Vicente Gonzaga, primo del Duque de Mantua; mas habiéndose deshecho esta traza por algunas diferencias que se originaron entre D. Ferrante y el Duque sobre quién había de escribir primero al Cardenal, resolvió D. Ferrante que viviese Luis en el colegio romano, fundado recientemente por Gregorio XIII. Mas no pareciendo decente que un Príncipe de tan noble linaje fuese recibido en dicho colegio como simple colegial, procuró el Marqués que se le diese vivienda aparte con habitaciones para sí y para algunos criados. Con este intento envió un propio á Roma con cartas para el Príncipe Escipión Gonzaga, suplicándole hiciese cuanto estuviese de su parte para recabarlo del P. General. Empero como las Constituciones del colegio romano son pontificias, y este era de reciente fundación, no pareció conveniente solicitar dispensación en cosa tan opuesta á la disciplina y buen orden de aquel establecimiento, y procuraron desengañar al Marqués manifestándole la imposibilidad de complacerle. No desistió por esto D. Ferrante de su pretensión, y parecién-

dole que si la Duquesa de Mantua interpusiese su valimiento con los Padres de la Compañía, podría salir fácilmente con sus deseos, encargó á Luis escribiese con este objeto á dicha señora. Mas Luis sin grande dificultad hizo comprender á su padre no estarle á él bien acudir á la Duquesa con tal pretensión, pues mucho había de extrañar ella que habiendo solicitado poco antes con tanta urgencia por su medio la licencia del Emperador para la renunciación de su herencia; ahora que tenía esta licencia, en vez de hacer la renuncia, solicitaba su valimiento para colocarse en el colegio romano, con marcada nota de ligereza é inconstancia. Convencido el Marqués con tan claras razones, desistió de su empeño; pero sin darse por esto ninguna prisa en satisfacer los deseos de Luis.

Este redoblaba sus oraciones y penitencias, bien persuadido de que sólo Dios con su poderosa diestra podía romper las fuertes mallas de la red con que el mundo le tenía aprisionado. Y no se equivocó: Dios se reservaba el golpe de gracia que había de rendir al Marqués, y dar la libertad á su santo hijo, y esta gracia había de ser fruto de su oración é incesantes lágrimas. En efecto, un día en que estas habían corrido con más abundancia que de ordinario, y aquella se había prolongado hasta cuatro ó cinco horas, sintió á deshora abrasarse su corazón en desacostumbrado fervor, acompañado de extraordinaria confianza de lograr lo que tanto ansiaba. Un impulso interior que no dudó ser moción del Espíritu Santo, le impelía suave y eficazmente á levantarse de su oración, é ir al aposento de su padre á quien los dolores de gota tenían postrado en cama. Dócil á este superior impulso, vase Luis sin demora á su padre, y en-

cendido todavía el rostro en santos ardores, con gran resolución y firmeza, al par que con filial respeto y acatamiento le dice:

—Padre mío y señor, en vuestras manos pongo el negocio de mi vocación: disponga V. E. lo que mejor le parezca, pues yo no quiero apartarme un punto de su voluntad. Pero yo protesto que mi vocación á la Compañía es de Dios; y que al oponeros á esta vocación, resistís abiertamente á la divina voluntad.

Dicho esto, sin esperar respuesta, ni añadir palabra, hácele Luis una profunda reverencia, y se retira. Estas enérgicas frases claváronse en el corazón del Marqués como flecha disparada con mano certera por diestro tirador: y como el que las inspiró fué el divino Espíritu en cuya mano están los corazones de los hombres, el de D. Ferrante hubo de rendirse sin más treguas ni condiciones al golpe de la gracia. Aturdido quedó y desconcertado con aquella inesperada visita de Luis: aquel rostro de serafín abrasado en divinos incendios, aquella protesta tan vigorosa, aquella voz que tenía no se qué de celestial y sobrehumano, obraron en el alma del Marqués un cambio tan inesperado y sorprendente; que no pudiendo reprimir la vehemencia del sentimiento comenzó á llorar y sollozar fuertemente, sin poder impedir, por más que volvía su rostro hacia la pared, que oyesen sus sollozos los que estaban en los aposentos más cercanos, y acudiesen á preguntarle la causa de su aflicción.

—Llamadme á Luis, dijo el Marqués, sin darles más explicaciones.

Comparece Luis delante de su padre; y este, arrasados en lágrimas los ojos, le dijo:

—Hasme abierto, hijo mío, una herida en mi corazón, que ha de manar sangre por largo tiempo. Yo te amo, y siempre te he amado entrañablemente: no lo ignoras, y bien lo mereces. En tí tenía cifradas todas mis esperanzas y las de mi familia. Pero ya que estás cierto de que Dios te llama á la Compañía, no quiero detenerte por más tiempo: vete, hijo mío, á donde el Señor te llama.

Aquí las lágrimas le ahogaron la voz, y no había manera de consolarle ni de templar su acerbo dolor. El buen hijo conmovido al ver la aflicción y llanto de su padre, después de manifestarle su agradecimiento en breves frases, besó respetuosamente su mano, y se retiró á dar gracias al Señor y á su Santísima Madre, por aquella tan repentina y prodigiosa mudanza. Llegado á su aposento, cerróse por dentro, y cayendo de rodillas á los pies de Cristo crucificado, y puestos en cruz sus brazos, dió salida á los sentimientos del más vivo agradecimiento y amor á tan soberanos bienhechores, alabándolos y bendiciéndolos mil veces por la inestimable merced que le acababan de otorgar.

Es digno de notarse el tiempo en que alcanzó nuestro Santo esta gracia que tanto deseaba, pues fué por los mismos días en que dos años antes había oído en Madrid la voz de Nuestra Señora llamándole á la Compañía de Jesús, para que se viese que la misma Virgen que le había dado este dulcísimo mandato, se había encargado de allanarle el camino para ponerlo por obra. Así que el mismo día de la Asunción de Nuestra Señora, escribía Luis bañado en celestial consolación la siguiente carta al M. R. P. General de la Compañía de Jesús, sin olvidarse de notar en la fecha la solemne festividad de aquel día

de tan gratos recuerdos para su alma. La carta fielmente traducida del italiano es del tenor siguiente:

Muy venerado Padre mío en el Señor

No puede figurarse V. S. (1) cuán grande ha sido la consolación que en estos días se ha dignado concederme Dios nuestro Señor, aunque á decir verdad yo siempre había esperado y confiado en la infinita misericordia de su divina Majestad que después de tan recio y fiero combate, trocándose las cosas, el negocio de mi salud eterna había de proceder de bien en mejor. Así que no dudando que V. S. querrá al fin consolarme, ya podré con toda seguridad decir: *facta est tranquillitas magna* (2); y al salir de mi casa paterna, *et domus mea hodie salva facta est* (3). Sírvase pues V. S. hacerme avisar presto y como mejor le parezca cuando haya de partir *ad sanctam civitatem* (4) en donde reside el Vicario de nuestro Señor Jesucristo, á fin de que pueda participar de la santa conversación de esos santos varones, y aprovecharme de sus santos avisos para enmendar mis faltas, y con sus buenos ejemplos y la ayuda de Dios nuestro Señor transformarme *in novum hominem* (5). Mi señor padre informará de todo á V. S., á quien yo desde ahora comienzo á obedecer con mayor perfección, y

---

(1) Al dar nuestro Santo al P. General el tratamiento de Señoría en vez de Paternidad, sin duda tendría en cuenta los títulos de nobleza que en el siglo había tenido el P. Claudio Aquaviva, pues como es sabido, era hijo primogénito del duque de Atri, y estaba emparentado con los Gonzagas.
(2) Sobrevino una grande bonanza.
(3) Y mi casa ha sido hecha salva.
(4) A la santa ciudad.
(5) En un nuevo hombre.

pongo fin á la presente, besando humildemente sus manos. De Castellón á 15 de agosto de 1585, fiesta de la Asunción de María Santísima.

De V. S.

Hijo obedientísimo en el Señor

LUIS GONZAGA.

Mucho se holgó el P. Aquaviva, al ver por esta carta los fervorosos deseos de santidad y perfección de que estaba animado Luis, y las vivas ansias que tenía de pasar cuanto antes al noviciado; pero mayor fué sin comparación la alegría del santo joven, al recibir la contestación del Padre General en que le admitía gustosamente en la Compañía; llamándole ya desde entonces hijo suyo.

CAPÍTULO IX

RENUNCIA LUIS EL MARQUESADO, Y PARTE Á ROMA

1585

No tardó en divulgarse por toda la ciudad de Castellón la noticia de la próxima partida de D. Luis para hacer la renuncia de sus estados y entrar en la Compañía de Jesús; y como el amabilísimo y santísimo joven era de sus vasallos tan querido y apreciado, fué general el sentimiento por su pérdida, que todos lloraban como la mayor calamidad que podía sobrevenirles. Aquellos últimos días que permaneció Luis en Castellón esperando el regreso de su madre que se hallaba en Turín, puede decirse que fueron una no interrumpida ovación con que toda la ciudad obsequiaba al santo joven. Apenas salía éste del palacio, luego se sabía la nueva por el vecindario, y acudían todos presurosos á las puertas y ventanas para verle y saludarle, y gozar quizás por última vez de la vista de aquel ángel en carne humana. Los que por su calidad y representación lograban más entrada en palacio, vinieron á visitarle, y con grande afecto, bañados en lágrimas los ojos, le decían:

—¿Es posible, D. Luis, que V. S. nos quiera dejar, sabiendo lo mucho que todos le apreciamos? ¿Qué será de

nosotros sin la amable compañía y paternal gobierno de V. S.? En vos teníamos depositado nuestro amor y nuestra confianza, y ¿cuando ya íbamos á gozar de vuestro tan deseado gobierno, nos abandonáis?

—No lloréis mi partida, respondía Luis con semblante risueño, antes bien alegraos, y dad gracias á Dios, pues voy á conquistar una rica corona para el cielo. No es posible servir bien á dos señores: no hay medio de complacer juntamente á Dios y al mundo: y por esto yo renuncio gustosísimo á este, por agradar y complacer á mi Criador y Señor. Ojalá os animéis también vosotros á servirle y amarle hasta más no poder.

Entre tanto que Luis aguardaba en Castellón á la Marquesa para despedirse de ella, el Marqués, á lo que parece, pasó á Mantua á fin de disponer lo necesario para la renuncia de Luis, y reunir los parientes más cercanos á su familia, los cuales debían hallarse presentes á aquel acto por disposición del Emperador. Consérvanse todavía tres cartas escritas por el Santo en este tiempo á su padre, y no publicadas hasta nuestros días (1). De sus fechas aparece claramente que á principios de octubre se hallaba aún Luis en Castellón, y que por consiguiente se equivocaron los biógrafos que con el P. Cepari fijaron la salida del Santo á principios de setiembre. Efectivamente, el día 29 de este mes, escribía Luis desde Castellón dos cartas á su padre. En la primera, participábale por encargo de la Marquesa varias noticias y entre ellas los rumores de peste que por aquellos días corrían, y una ligera indisposición que aquejaba á su hermano Rodolfo. En la segunda, le en-

(1) Véanse estas cartas en el Apéndice, núms. VII, VIII, IX.

cargaba se enterase del P. Rector del colegio de Mantua si en su partida para el noviciado de Roma debía vestir traje clerical, ó quedarse con el mismo que traía, y al propio tiempo le mandaba la lista de la ropa que debía comprarse para dicho viaje. Al cabo de dos días, esto es el 1.º de octubre, volvía á escribirle diciéndole que Rodolfo seguía en cama, y dándole cuenta del cumplimiento de varios encargos.

Pocos días después, repuesto ya Rodolfo de su dolencia, partía Luis con él y su hermanito Francisco para Mantua, acompañándolos un venerable sacerdote por nombre D. Luis Catáneo, y D. Francisco del Turco con varios pajes y criados. Por estos mismos días llegó de Turín la Marquesa, y pasó también á Mantua para hallarse presente al acto de renuncia y á la despedida de su santo hijo.

Al esparcirse por la ciudad la noticia de la salida de Luis, acudieron muchos á visitarle renovando su llanto, y lamentándose todos con grande sentimiento de no ser dignos de tener á un Santo por su príncipe y señor. Mas ¿quién podrá describir las extraordinarias demostraciones de tristeza y aflicción que se hicieron por todas aquellas plazas y calles, al atravesarlas bajando del alcázar la carroza que les robaba su más preciado tesoro? En aquellos momentos no sólo hubo lágrimas en abundancia, sino clamores y gritos de dolor acompañando todos con sus corazones y sus miradas el carruaje en que iba Luis á quien ya no esperaban volver á ver en toda su vida.

A su llegada á Mantua, después de saludar á sus padres, fuése luego al colegio de la Compañía, y no es decible el consuelo que allí gustaba su alma hablando

con los Padres, de las misericordias que el Señor había usado con él aquellos días, franqueándole por fin los caminos de la tierra de promisión, después de tantos combates y luchas con los enemigos de su alma. Permaneció en aquella ciudad obra de dos semanas empleadas en su mayor parte en tratar con su padre y sus parientes del asunto de la renuncia, sin por esto descuidar sus ordinarios ejercicios de oración y mortificación. Y bien podemos afirmar que fué un no interrumpido y provechosísimo sermón para los mantuanos la estancia de Luis entre ellos, haciéndoles ver y palpar con su vida ejemplarísima cuán bien parecen nobleza y piedad unidas y hermanadas en un caballero cristiano. Oigamos otra vez á este propósito el autorizado testimonio de su hermano D. Francisco: «Recuerdo, dice en los procesos, que hallándome yo en Mantua en el palacio de San Sebastián, proseguía Luis según su costumbre exhortándome á rezar la oración dominical y la salutación Angélica, mientras nos paseábamos por un corredor entarimado que estaba cerca de su habitación; y después de cada oración que yo rezaba me daba el correspondiente grano de cilantro confitado. Y allí mismo aconteció que varios de la familia, cuando sospechábamos que se retiraba á orar, nos acercábamos á la puerta de su cuarto, y atisbándole por las rendijas, le veíamos, no menos admirados que edificados, puesto en oración, ya derramando gran copia de lágrimas, ya postrándose en tierra con los brazos extendidos en forma de cruz.»

No ocurrió en la escritura de renuncia otra dificultad que la originada de aquella cláusula en que se reservaban 400 ducados anuales á favor de Luis. Como supo el Marqués que no se avenía bien con la pobreza

de la Compañía aquella pensión, tal como él la entendía, esto es: de manera que su hijo pudiese disponer de ella á su arbitrio; é informado por otra parte de que los colegios de la Compañía tenían su renta en común con que atender á las necesidades de los particulares, resolvió suprimir aquella cláusula. Gustoso renunció el Santo aquella pensión deseando tan sólo que se ultimase cuanto antes la escritura; mas por parecer á algunos letrados que no se podía borrar aquella cláusula sin la venia del Emperador, hubo aún que dar y tomar en ello por varios días. Temblaba Luis al solo pensar en las nuevas dilaciones que de estos reparos podían originarse para su vocación; y ansioso de acabar de una vez con todas aquellas dificultades, dióse tanta maña con los que ventilaban esta cuestión, que al fin logró se resolviese sin acudir al Emperador.

Así pues zanjadas ya todas las dificultades y obviados todos los inconvenientes, señalóse para el acto solemne de renuncia el día segundo de noviembre dedicado á la conmemoración de todos los fieles difuntos. Y no podía por cierto escogerse día más á propósito que el de los muertos para ofrecer al mundo el imponente espectáculo de un Príncipe que voluntariamente moría para el mundo y todas sus pompas y vanidades. Llegado este día, reuniéronse en el palacio de San Sebastián, donde moraba el Marqués, el Príncipe D. Vicente que venía en representación de su padre el Duque de Mantua, el Ilustrísimo Sr. D. Próspero Gonzaga y varios otros caballeros de aquella ilustre familia; y en presencia de ellos y de otras muchas personas se otorgó el instrumento de renuncia, con las formalidades acostumbradas.

Mientras el notario leía en alta voz aquel largo docu-

mento, el Marqués no cesó de llorar la próxima separación de aquel hijo tan querido; al paso que este no podía disimular las dulces avenidas del gozo y espiritual consuelo que inundaban su alma al descargarse del peso de sus títulos y riquezas que tanto le abrumaba. En vano algunos nobles caballeros que acompañaban al Príncipe D. Vicente, á su llegada á aquel palacio habían procurado retraer á Luis de sus santos propósitos de renunciar al mundo, convirtiendo en materia de risa y donaire lo que debían admirar por ejemplo de heroica virtud: el Santo, sin hacer cuenta de sus frivolidades y gracejos, firmó la escritura cediendo todo cuanto poseía en este mundo á su hermano Rodolfo; y al verse por fin desnudo de todos los bienes caducos de la tierra y rico con la pobreza del Señor de los cielos, quedó tan contento y satisfecho, que D. Próspero depuso más tarde en los procesos no haberle jamás visto tan jovial y alegre como aquel día. Y en los mismos procesos depuso otro caballero mantuano, como testigo ocular, que terminado el otorgamiento, volviéndose Luis á su hermano Rodolfo, le dijo con festivo donaire:

—¿Cuál de nosotros dos os parece, hermano mío, que está más contento, vos con vuestros estados ó yo con mi pobreza? ¡Ah! tened por cierto que es incomparablemente mayor el júbilo que inunda mi alma, que toda la satisfacción que vos podáis hallar en la posesión de vuestros títulos.

Al oir estas palabras algunas damas que allí estaban, no pudieron contener las lágrimas. Nuestro héroe después de saludar cortésmente á los circunstantes, retiróse á su aposento; y postrado humildemente en el divino acatamiento, dió gracias al Señor por el singular bene-

ficio que acababa de concederle, y perseveró más de una hora en oración. En ella fué visitado de Dios con tan copiosos raudales de consolación espiritual, que solía después contar los regalos de este día entre los mayores que su alma había gustado en todo el decurso de su vida.

Después de dar gracias, hizo entrar en su aposento á su Padre espiritual D. Luis Catáneo, y presentándole una sotana de paño que secretamente se había mandado hacer, al estilo de las que usaban los de la Compañía, pidióle se la bendijese. Hízolo el Padre, y quitándose Luis todos sus vestidos hasta la camisa que cambió por otra de tela más grosera, y las medias de seda que trocó por otras de paño; vistióse aquella humilde sotana; y más contento con ella que los reyes y emperadores con sus mantos y diademas, presentóse en la sala donde estaba el Marqués con todos aquellos caballeros, á quienes había convidado á comer. No esperaban en verdad los padres de nuestro Santo semejante sorpresa; así que al ver á su caro Luis transformado como por encanto de Príncipe en humilde religioso, renováronse las lágrimas y sollozos, y no solamente lloraban los Marqueses de Castellón, sino casi todos los convidados, por el grande amor que profesaban al bendito joven. Procuró éste consolarlos durante toda la comida con varias reflexiones acerca de la vanidad de las glorias mundanales, sobre los bienes sólidos y perdurables que acarrea la virtud y santidad de vida, y sobre los gravísimos peligros de condenación eterna á que se hallan expuestos los príncipes y grandes del siglo, si se entregan sin freno al fausto y á los placeres. Razonó finalmente de varios puntos espirituales con tanto acierto, cordura y oportu-

nidad, que sus palabras dejaron honda huella en el ánimo de todos aquellos señores, quienes después de muchos años recordaban aún complacidos y edificados las sentencias que en este día habían oído de los labios de Luis.

No quiso éste dejar pasar este tan fausto día sin dar parte al M. R. P. General del inmenso júbilo que rebosaba en su alma por el feliz éxito de los asuntos de su vocación. Escribióle pues la siguiente carta publicada recientemente en Pisa por el R. D. Oliverio Jozzi.

Señor mío y venerado Padre en el Señor:

Hoy mismo desnudándome del traje del hombre viejo he tomado *vestem novi hominis* (1), lo que pongo en conocimiento de V. S. R. cerciorándole que no sé cómo dar gracias á su divina Majestad por favor tan señalado, y tanto más de agradecer, cuanto que en este mismo día se ha dignado acrecentar mi consolación al concederme la gracia de seguirle más de cerca haciéndome pobre á su imitación; por haberle parecido á mi señor padre no asignarme la pensión que me había prometido y confirmado con expresa obligación. Sin embargo tomará á su cargo las expensas del viaje y otros gastos accesorios. Por mi parte, suplico á su divina Majestad se digne disponerlo todo del mejor modo posible, haciendo si así conviene, que mi señor padre se halle en estado de poder efectuar á favor de la congregación lo que me había prometido. Con este objeto conservo algunas cartas escritas *ad hoc*, las cuales por encargo de los superiores de este colegio y de parte de mi señora madre, he de presentar á V. S. á quien *genibus humiliter flexis*

(1) La vestidura del hombre nuevo.

ex toto corde (1) suplico por amor de Dios me haga la caridad de recibirme *quamprimum* (2) en ese puerto de salvación. A este fin yo haré cuanto esté de mi parte por no prolongar demasiado las visitas que he de hacer en mi viaje. Concluyo besando las manos de V. S.

De Mantua, á 2 de noviembre de 1585.

De V. S. R.

Hijo obedientísimo en el Señor

LUIS GONZAGA.

Un día después de todo esto, que fué el 3 de noviembre, despidióse el Santo del duque Guillermo, del Príncipe su hijo y de los demás parientes. Por la tarde dió el último á Dios á sus amados padres, y antes de separarse de ellos, hincóse de rodillas á sus pies, y con profunda humildad pidióles la bendición. Diéronsela ellos con el corazón lacerado y los ojos arrasados en lágrimas, y aunque estas corrían en abundancia de los ojos de todos los de la casa, D. Ferrante sobre todos estaba inconsolable, y no parecía sino que se le arrancaba el alma en aquel instante en que su Luis se le iba para no volverle á ver en esta vida. ¡Oh! si rasgándose en aquellos acerbos instantes el velo que ocultaba á sus ojos los secretos de lo porvenir, pudieran contemplar estos padres bienhadados á su hijo sublimado á la gloria de los altares y aclamado con entusiasmo por Patrón universal de la juventud en todo el orbe católico! ¡Cómo se trocaran las lágrimas y sollozos en cánticos de ala-

(1) Puesto humildemente de rodillas y con todo el afecto de mi corazón.
(2) Cuanto antes.

San Luis se despide de sus padres.

banza y en voces de júbilo! Y ¿qué si vieran la riquísima corona de gloria que para toda la eternidad conquistaban para sí y para su hijo con este costoso sacrificio? Aprendan pues los padres cristianos á no sentir demasiado la separación de sus hijos, cuando estos los dejan á ellos para correr á los brazos de aquel Padre universal de todos los hombres, que tan bien sabe galardonar los sacrificios que en su obsequio nos imponemos.

El día siguiente muy de mañana tomó Luis el camino de Roma, dejando á sus padres y á su casa y familia con rostro sereno y ánimo varonil, sin volver sus ojos atrás, como quien de veras ponía la mano en el arado pretendiendo conquistar á todo trance el reino de los cielos. Partieron con él su hermano Rodolfo, D. Luis Catáneo su director espiritual, su ayo D. Pedro Francisco, el Dr. Juan Bautista Bono, un camarero y otros criados. Llegados que fueron al río Po, apeáronse todos de su carroza, y después de darse Luis y Rodolfo un fraternal abrazo, embarcóse aquel con su séquito para Ferrara, y este regresó á Mantua. Poco después de haber subido á la embarcación, uno de aquellos caballeros dijo á Luis:

—¡Cuán ufano y satisfecho habrá quedado el Sr. Don Rodolfo, viéndose de la noche á la mañana heredero del marquesado de Castellón!

—No creo, á decir verdad, que se haya holgado tanto él en sucederme, como yo en dejarle mis estados, respondió Luis.

Solamente se detuvo éste en Ferrara el tiempo preciso para visitar al Serenísimo Duque D. Alfonso de Este y á la Duquesa Doña Margarita de Gonzaga, hija del Duque de Mantua D. Guillermo. De Ferrara partió para

Bolonia con intento de pasar á Florencia á visitar al gran Duque D. Francisco, y luego llegarse al santuario de Loreto. Mas como llegó á Petramala, que es un lugar rayano del estado del gran Duque, no pudiendo pasar adelante por estar acordonada la frontera, con motivo de la peste que reinaba en las provincias limítrofes; no tuvo más remedio que retroceder, y renunciar á la visita del Duque, á quien desde Bolonia escribió dándole cuenta de lo ocurrido en el viaje, y despidiéndose de su Alteza.

Antes de pasar adelante, veamos el orden admirable que observó el santo mancebo durante todo este largo viaje hasta llegar á Roma. Su primer cuidado en levantándose por la mañana era tener un rato de oración mental: en seguida rezaba las horas menores del oficio divino con su padre espiritual, ni más ni menos que si estuviese ya obligado al rezo canónico. Y para rezar con mayor devoción y exactitud, consultaba con dicho sacerdote todas las dificultades que sobre esto se le ofrecían. Al rezo de horas seguíase inviolablemente el del itinerario, á fin de alcanzar de Dios una feliz jornada; y hecho esto, montaba á caballo, y proseguía su viaje.

Entre día, el tiempo que otros caminantes suelen emplear en varios razonamientos y conversaciones con que procuran aliviar las fatigas del camino, Luis lo empleaba en cumplir con sus prácticas de devoción, parte orando vocalmente, parte meditando: y para hacerlo con mayor quietud y sosiego, íbase un buen trecho delante de sus familiares, los cuales como sabían cuánto gustaba de esta soledad, quedábanse de propósito á buena distancia del Santo, sin atreverse á interrumpir sus ejercicios espirituales.

También gustaba de tener algunos ratos de conversación espiritual con D. Luis Catáneo, y le proporcionaba siempre copiosa materia para estas pláticas la vista de las criaturas del cielo y de la tierra, los montes, las selvas y campiñas por donde pasaba, las avecitas que volaban por el aire y los pueblos y aldeas que por el camino encontraban; de todo lo cual sacaba conceptos y discursos muy devotos con que elevarse de la vista de las criaturas al conocimiento y amor del Criador.

A medio día toda su refección se reducía á un sencillo almuerzo sazonado con la salsa de la mortificación que en todas las cosas buscaba, después retirábase á rezar Vísperas y Completas con su padre espiritual, y sin tomar otro descanso proseguía su camino. Las molestias y cansancio de un tan largo viaje, lejos de disgustarle, dábanle pie para utilísimas consideraciones acerca de los sacrificios y penalidades mucho mayores que se imponen los misioneros para la salud de las almas. Trasladábase con la imaginación á los inmensos bosques de las Indias, y ya le parecía hallarse rodeado de una turba de neófitos, enseñándoles la doctrina del Evangelio; ya se miraba acosado por alguna tribu de salvajes, y logrando entre exquisitos tormentos la gloriosa palma del martirio; ya echaba sus trazas acerca de la vida perfectísima y mortificada que pensaba entablar en la religión; y con estos pensamientos se le pasaba el día en un abrir y cerrar de ojos, y llegaba á la posada sin darse cuenta de que el frío, que ya comenzaba á apretar, se había apoderado de todos sus miembros. Invitábanle á calentarse los que le acompañaban; mas como traía el pecho todo abrasado en el divino amor, poco se curaba del frío y cansancio corporal: todo su afán, en llegando á las ven-

tas y hospederías, era buscar su amado rincón del aposento, y cerrada la puerta, sacaba la imagen de Cristo crucificado que llevaba siempre colgada del cuello debajo de la sotana, y puesto de rodillas engolfábase á velas desplegadas en la contemplación de las cosas del cielo, y era tal el afecto y fervor con que oraba y tan intensos los gemidos que entre raudales de llanto exhalaba su pecho, que más de una vez llegaron á oído de los que estaban en las vecinas habitaciones, quienes mirándose entre sí se pasmaban de tan raros ejemplos de recogimiento y devoción en medio de las continuas distracciones de un tan prolijo viaje.

Pero subía de punto el asombro cuando después de dos largas horas de oración, le oían tomar una larga disciplina, sin que en esto se descuidase una sola noche. Tras esto, llamaba á D. Luis, y rezaba con él Maitines y Laudes, cenaba templadísimamente, y se retiraba á descansar. Por más frío que hiciese, nunca consintió en que le calentasen la cama, ni tampoco permitía que le ayudase su camarero á desnudarse, procurando en todo proceder como si ya se hallase en la religión. Pero como hacía pocos días que usaba las medias de paño, y le venían algo ajustadas, aquí eran los trabajos: forcejaba por quitárselas, pero por más que hiciese no lo conseguía sino con grande dificultad. Sorprendióle un día en esta penosa tarea su padre espiritual, y movido de compasión acudió á ayudarle; mas ¡cuál fué su admiración al tocarle los pies y las piernas, y hallar que los tenía hechos un hielo y ateridos de frío, sin por esto quejarse ni buscar el menor alivio! Rogóle con gran instancia que fuese á calentarse un rato junto al hogar, mas no fué posible acabarlo con él.

No menos tuvo que batallar el buen sacerdote para lograr que el santo joven renunciase á sus acostumbrados ayunos de los miércoles, viernes y sábados. Al fin pudo conseguirlo, aunque no sin gran dificultad y sólo por el tiempo que durase el viaje. Tan grande como esto era el deseo que tenía Luis de mortificarse por Cristo nuestro Señor.

Ya recordará el piadoso lector el voto que hizo la madre de nuestro Santo en los graves peligros de su parto, prometiendo ir á Loreto con su hijo, si la Santísima Virgen le salvaba la vida. Este voto les había sido conmutado á entrambos por justos motivos, con ocasión de un jubileo; mas aunque había cesado la obligación, no había disminuído un punto la devoción y agradecimiento de Luis á aquella celestial Señora, ni el deseo de visitar su milagrosa imagen. Así pues antes de ir á Roma, quiso pasar á Loreto, y ver por sus propios ojos la dichosa casita de Nazaret en que se obró el altísimo misterio de la Encarnación del Verbo, y donde moró tantos años este divino Redentor, en compañía de su Madre santísima y del bendito Patriarca San José. Quiso ver y adorar aquella dichosa morada en donde puso sus plantas la Majestad soberana de los cielos y de la tierra, y que por modo tan maravilloso fué trasladada por los Ángeles primeramente á la Dalmacia y más tarde al lugar de Loreto, á donde acuden en devotas romerías de todas partes los devotos de la Santísima Virgen, y reciben de ella señalados favores.

¿Quién podrá decir los que alcanzó nuestro Luis, hijo predilecto y finísimo amante de María Santísima? Para poder gozar más despacio y á su sabor de la vista y presencia de la milagrosa efigie y de la santa casa, no

aceptó el hospedaje con que le brindó el P. Rector del colegio que allí tenía la Compañía; pareciéndole que si posase en la hospedería común, quedaría más libre para emplear todo el día orando y meditando en aquel sagrado lugar. Efectivamente, levantóse muy de mañana, y fuése luego al santuario, en donde oyó cinco ó seis misas, se confesó, recibió con increíble afecto de devoción el cuerpo sacratísimo de nuestro Señor, y estúvose después casi toda la mañana dando gracias, y meditando con grandes avenidas de espiritual consuelo los sublimes misterios que en aquella santa casa se habían realizado. Y no contento con ofrecer él mismo estos obsequios á la Santísima Virgen, quiso que todos los que le acompañaban, confesasen también y comulgasen en tan venerado santuario. Después de comer volvió allá pasando buena parte de la tarde en compañía de su dulcísima Madre, y el día siguiente antes de partirse volvió á visitarla, oyó misa, comulgó otra vez, y no sabiendo cómo apartarse de un sitio de tanta devoción, estúvose largo rato dando gracias, encomendando muy de veras á la serenísima Reina de los cielos su entrada en la Compañía, y consagrándose á Ella sin reserva para todos los días de su vida.

CAPÍTULO X

LLEGA Á ROMA, Y ENTRA EN LA COMPAÑÍA DE JESÚS

1585

LLEGÓ Luis á la ciudad eterna no sabemos en qué día, aunque es probable que fué el 21 ó 22 de noviembre; y después de haber saludado al Ilustrísimo Sr. D. Escipión Gonzaga, Patriarca de Jerusalén, que quiso hospedarle en su palacio, fué á la casa profesa á ponerse á las órdenes del Padre General y pedirle licencia para hacer algunas visitas que su padre le había encargado para varios ilustres personajes de aquella santa ciudad. En sabiendo el Padre Claudio Aquaviva la llegada de Luis Gonzaga, quiso bajar á recibirle en el jardín de la casa, á donde había sido introducido el futuro novicio. En viendo Luis al nuevo Padre que el cielo le deparaba, arrojóse á sus plantas bañado en celeste dulcedumbre, y allí postrado humildemente ofrecióse á su obediencia pidiéndole se dignase tomarle como á hijo y súbdito suyo.

Al fijar el insigne General su penetrante mirada en aquel bendito joven, desde luego echó de ver cuán cierto era lo que la fama pregonaba de su gran santidad y angelicales costumbres; y no cesaba de bendecir á Dios

en lo interior de su alma, dándole gracias por el amor que mostraba á su Compañía, al regalarle un mancebo de tan raras prendas de virtud é ingenio. Y no sufriéndole el corazón verle postrado á sus pies en tan humilde ademán, hízole levantar, mas el fervoroso candidato persistió hablándole de rodillas, y no se levantó sino después de muchas instancias que el Padre le hizo. Y añade el H. Francisco Rosatino en los procesos, que en sabiendo la llegada del santo joven, se colocó en sitio á propósito para verle, y que tuvo el consuelo de presenciar cómo el P. General que se hallaba en medio del jardín, levantaba á Luis que estaba arrodillado á sus pies, y dándole un afectuoso ósculo en la frente, le tomaba desde entonces por hijo suyo, con muestras de singular contento y alegría.

¡Con cuánta satisfacción oiría el Padre Claudio de los purísimos labios de Luis la interesante relación de los azares y contratiempos por que había pasado hasta lograr la licencia de su padre para ir á Roma, los reiterados asaltos y rudos combates que había tenido que sostener de parte de sus parientes y allegados, los consuelos y visitaciones celestiales con que el Señor y su Madre Santísima le habían sostenido en lo más recio de sus luchas, y el feliz desenlace que todo había tenido por un favor especialísimo de su divina Majestad! Finalmente entregó Luis al Padre General una carta que traía del Marqués, en la cual éste le daba cuenta de la vocación de su hijo y de los motivos que le habían impulsado á dilatarle tanto tiempo la licencia de entrar en la Compañía. He aquí el texto de dicha carta trasladada á nuestra lengua.

Ilustrísimo, Reverendísimo y Honorabilísimo Señor:

La razón que me ha movido á diferir hasta el presente á mi hijo Luis la licencia de ingresar en vuestra sagrada religión no ha sido otra que el temor que me inspiraba la inconstancia natural de su edad. Hoy por hoy, pareciéndome cosa clara y fuera de duda ser Dios nuestro Señor quien le llama al estado religioso, no quiero incurrir en la temeridad de dilatarle por más tiempo un permiso que constantemente me ha pedido con tanta instancia; antes bien me apresuro á satisfacer sus deseos, á tranquilizarle y consolarle enviándole á Vuestra Señoría Reverendísima que es quien ha de hacer con él en adelante las veces de padre, supliéndome á mí con gran ventaja en este oficio.

Lejos de mí solicitar que se tenga con su persona ningún linaje de atención particular; pero sí me cumple manifestar á V. S. R. que al entregarle á mi hijo Luis, pongo en sus manos lo que más estimo en este mundo y al que era el principal fundamento de mis esperanzas para el sostén y conservación de mi casa; la cual desde ahora cifrará toda su confianza en las oraciones de este hijo y de V. S. R., á cuya buena gracia me recomiendo rogando á nuestro Señor se digne colmarle de toda suerte de prosperidades.

De Mantua, á 3 de noviembre de 1585.

De Vuestra Señoría Ilustrísima y Reverendísima
afectísimo servidor

El Príncipe, Marqués de Castellón.

Viendo el Padre General por esta carta y por la relación de Luis haber ya desaparecido todos los obstá-

culos que se oponían á su admisión, díjole que con sumo gusto le abría las puertas del noviciado de San Andrés, á donde podía ir tan pronto como hubiese cumplido los encargos de su señor padre. Dióse Luis tanta prisa en esto, que de la casa profesa se fué sin rodeos á visitar á varios ilustres purpurados parientes ó amigos de su familia, quienes le honraron y obsequiaron sobremanera, principalmente los Cardenales Farnesio y Médicis los cuales le invitaron mucho á que se hospedase en sus palacios. Mas como el bendito joven tenía todo su corazón en el noviciado de San Andrés, agradeciendo sus ofertas, dábase la prisa que podía por terminar estas visitas, después de las cuales, para satisfacer su devoción, quiso hacer las estaciones de aquella santa ciudad, y venerar aquellos sagrados templos y monumentos, donde están depositadas las preciosas reliquias de innumerables Santos y esclarecidos mártires de nuestra fe católica.

Los que le acompañaron en estas devotas estaciones pasmábanse de la ternura y afecto con que oraba, de las frecuentes lágrimas que de sus ojos se desprendían y de la modestia y recogimiento que por las calles y plazas observaba. En vez de cebar sus ojos con la vista de las incomparables riquezas artísticas que por todas partes se ofrecen á la curiosidad del que por vez primera entra en aquella capital del orbe católico, Luis se ocupaba constantemente en rezar salmos y en exhalar de su corazón fervorosos afectos de amor y agradecimiento al Señor de todo lo criado.

El sábado 23 de noviembre era el día señalado para recibir audiencia de Su Santidad el Papa Sixto V, para quien traía Luis cartas de su padre. Como antes que

nuestro Santo, había llegado al Vaticano la fama de sus virtudes y del heroico desprendimiento con que había renunciado á sus esclarecidos timbres de nobleza, para vestir la humilde sotana de jesuita; desearon verle y conocerle muchos señores de la corte pontificia; los cuales quedaron no poco complacidos y edificados de su trato, afabilidad y angelical modestia.

El mismo Pontífice no pudo menos de maravillarse al contemplar prosternado á sus plantas á aquel prodigio de inocencia y santidad. Besó Luis con sumo acatamiento y veneración los pies del Vicario de Cristo, y entrególe las cartas del Marqués. Leyólas el Papa, y luego comenzó á dirigir al santo joven muchas preguntas acerca de su vocación religiosa.

—¿Habéis pesado bien, decía, los arduos trabajos y costosos sacrificios que van anejos á la vida religiosa? ¿Habéis tanteado con madura reflexión vuestras fuerzas, antes de tomar un acuerdo de tanta trascendencia?

—Santísimo Padre, respondió Luis, muchos años hace que lo estoy considerando encomendándolo á Dios, y tomando consejo de personas eminentes en virtud y sabiduría. Y cuanto más lo considero, tanto más claramente veo ser esta la voluntad de Dios. Por lo que hace á las dificultades que Vuestra Beatitud se digna representarme, aunque reconozco mi flaqueza y miseria, no dudo en arrostrarlas fiado en la gracia de lo alto. Y pues Dios se ha servido llamarme, Él me dará su auxilio para corresponder fielmente á su santo llamamiento.

Satisfecho con estas respuestas, y edificado del fervor de espíritu que en el santo joven revelaban, dióle las más benévolas muestas de aprobación, y después de ben-

decirle con paternal amor, exhortóle á llevar adelante sus generosos propósitos, y con esto le despidió.

Eran ya las tres y media de la tarde, cuando llegaba Luis al palacio del Patriarca, de vuelta del Vaticano, y aun no se había desayunado. Añádase á esto que llevado del fervor de su devoción, el día precedente, que era viernes, había ayunado á pan y agua: con esto y con el cansancio de tanto ir y venir por la ciudad de Roma, inmediatamente después de las fatigas de su largo viaje, sintióse indispuesto, y comenzó á temer algún nuevo obstáculo para su vocación. Mas presto se desvanecieron sus temores, y se cumplieron sus ardientes deseos.

Entre tanto que se llegaba el suspirado día de entrar en el noviciado, seguía Luis en el palacio del Patriarca practicando indefectiblemente todas sus acostumbradas devociones y penitencias, sin que el bullicio de aquella ciudad le distrajese un punto de su habitual recogimiento. Y á este propósito es curioso y edificante un detalle que se registra en los procesos. Solía Luis después de tomar su escasa cena ó colación, retirarse á orar á su aposento; y á fin de que no prolongase demasiado este santo ejercicio con detrimento de su salud, habíase dado orden á su paje Francisco de Besachis para que todas las noches le avisase después que hubiese estado una hora en oración. «Aconteció pues, dice el citado paje, que las dos primeras noches no habiéndome aún repuesto de la fatiga del viaje, me quedé dormido, y Luis perseveró en su oración hasta la media noche. Noticioso el ayo de lo que pasaba, vino luego á despertarme; y al ir yo á avisar á Luis, le encontré todavía en oración.» (*Proceso de Castellón.*)

El domingo 24, acompañóle el Patriarca á la casa pro-

fesa, en donde oyó misa, y recibió la sagrada eucaristía en la capilla de los Santos Abundio y Abundancio que está debajo del altar mayor; y después de dar gracias, subió á la tribuna para oir el sermón. Invitóle aquel día el P. General á comer en el refectorio con el Señor Patriarca, y para más obsequiar á los dos ilustres convidados, dispuso que en vez de la lectura ordinaria, hubiese sermón durante la comida. A esta siguióse la quiete ó recreación acostumbrada, en la cual cada uno de aquellos Padres que por su consumada virtud, saber y prudencia ayudaban al General en el gobierno de toda la Compañía, se tendría por dichoso de poder gozar un rato de la amable y fervorosa conversación del santo pretendiente. El Patriarca que había podido observar más de cerca los resplandores de aquella temprana santidad, no hallaba frases que bastasen á encarecerla según lo que de ella sentía; y ponderando más en particular la prudencia y cordura de sus palabras, decía á los Padres que con él estaban:

—¡Es cosa por cierto de gran maravilla que no se le escape á este bendito joven ni una sola palabra menos considerada, y que hable siempre con tanto tino, madurez y prudencia!

Al despedirse del P. General los dos convidados, resolvieron de común acuerdo que el día siguiente por la mañana haría Luis su entrada en el noviciado, y el P. Aquaviva le prometió hallarse presente á aquel acto.

Llegó por fin el dichoso día por el cual andaba nuestro Santo suspirando desde tanto tiempo, y comprado á precio de tantas súplicas, lágrimas y aun sangre de sus venas. Rotos ya todos los vínculos que le ataban al siglo, y cumplidos los últimos encargos de su padre, pudo

Luis volar sin impedimento alguno al lugar de su descanso. Así pues en la mañana del día 25 de noviembre de este año 1585, fiesta de Santa Catalina Virgen y Mártir, salió del palacio donde moraba, y se encaminó al noviciado de San Andrés, situado en frente del palacio del Quirinal. ¡Qué dulce y apacible alegría se dibujaba en su semblante! ¡Qué afectos de tierna gratitud exhalaba su corazón! No iban por cierto tan gozosos por aquellas mismas calles los romanos emperadores en los días de sus mayores triunfos. Acompañábanle su primo el Patriarca de Jerusalén y los demás que desde Mantua habían venido en su compañía.

Esperábalos en el noviciado el M. R. P. General, quien así como el día anterior los había agasajado en la casa profesa, así en este día mostróles su amor y afecto en la casa de S. Andrés invitando al Patriarca á quedarse á comer allí. Aceptó éste gustoso la invitación, gozándose de poder pasar algunas horas más en compañía de su caro Luis de quien no acertaba á separarse. Celebró allí mismo el santo sacrificio de la misa á que asistió el santo joven, comulgando en ella con indecible devoción y consuelo. Pero por grande que fuése el júbilo que embargaba su alma al llegar á aquel puerto de salud, no se olvidó de los de su casa y familia que dejaba en alta mar luchando con las borrascas impetuosas del mundo, ni del agradecimiento que debía á su ayo y á los demás que le habían tan fielmente servido. Así pues al entrar en el noviciado, se despidió muy cortésmente de cada uno de ellos, dándoles preciosos avisos y consejos para el bien de sus almas.

Y en particular dirigiéndose al Doctor Bono, dióle las gracias por la buena compañía que le había hecho du-

rante el viaje. A D. Pedro Francisco, mostróle cuán grabados quedaban en su corazón los incesantes cuidados y desvelos con que desde la niñez había atendido á su buena educación. Dióle además algunas cartas para el gran Duque de Toscana, con encargo de saludarle afectuosamente de su parte. A los camareros y criados díjoles que ante todo recordasen siempre que tenían un alma que salvar, y que este había de ser su principal cuidado en la breve peregrinación de esta vida. A uno de ellos en particular le dió orden de presentar sus filiales respetos á la Marquesa su madre. Y finalmente volviéndose á D. Luis Catáneo, después de agradecerle con frases benévolas el cuidado que había tenido de su alma, suplicóle que en llegando á Castellón, se presentase al Marqués su padre, y le dijese de su parte que había llegado sin novedad al noviciado, y que estaba resuelto á dar principio á la vida religiosa con todo el fervor de su alma, cumpliendo desde luego cuan perfectamente pudiese aquellas palabras del salmo: *Obliviscere populum tuum et domum patris tui;* (Ps. XLIV) olvidándose de su padre y de su pueblo y de los estados que había dejado para entregarse totalmente al servicio de Dios. Preguntóle entonces D. Luis:

—Y ¿qué encargo me dais para vuestro hermano D. Rodolfo?

—Decidle, respondió el Santo, que reciba de mi parte este recuerdo: *Qui timet Deum faciet bona.* (El que teme á Dios hará buenas obras.) (Eccli. XV, 1.)

Con estas palabras despidióse de ellos, dejándolos tan tristes y llorosos, que no parecía pudiesen irse de Roma quedando en ella su amadísimo Luis de quien todos guardaban tan santos y dulces recuerdos.

Poco después de haber principiado su primera probación, volvieron á visitarle sus familiares, deseosos de darle el postrer á Dios antes de regresar á su tierra, y para preguntarle si se le ofrecía algún nuevo encargo para su familia. Mas Luis de ninguna manera quiso recibirlos, diciendo que no había porqué distraerse de sus ejercicios del noviciado con aquella visita que juzgaba inútil. Mas como el Superior le ordenase bajar á verlos siquiera por un instante, obedeció Luis, y con brevísimas frases los despidió.

También al Señor Patriarca le llegó al alma esta sensible separación. Poco antes de regresar á su palacio, hablóle Luis con tanto afecto manifestándole cuán agradecido le quedaba por los muchos favores que de Su Ilustrísima tenía recibidos, y prometiéndole no olvidarle nunca en sus oraciones; que no pudo el buen Señor contener las lágrimas, y enternecido le dijo estas palabras:

—¡Ah mi caro Luis, y cuán dichoso y afortunado sois! ¡Verdaderamente vos habéis sabido elegir la mejor parte! ¡Quién pudiera trocar su suerte con la vuestra!

Y al salir de la casa dijo á los Padres que le acompañaban:

—Padres míos, este día han recibido Vuestras Reverencias en su Compañía á un ángel del paraíso.

Y así era en hecho de verdad. La Compañía de Jesús estaba de enhorabuena en aquel faustísimo día: aquella misma bienhadada casa de probación que diez y ocho años antes había visto entrar por sus umbrales al amabilísimo ángel de Polonia Estanislao, recibe hoy con igual alegría al ángel de Italia, al inmortal protector de la juventud, al gloriosísimo Luis Gonzaga. Y es bien digno de notarse que el mismo P. Claudio Aquaviva

que en octubre de 1567 daba los ejercicios de primera probación á su connovicio Estanislao de Kostka, en aquella misma casa después de diez y ocho años estrechaba entre sus brazos al segundo dechado de inocencia Luis Gonzaga, y lo confiaba al cuidado y solicitud del maestro de novicios P. Juan Bautista Pescatore. ¡Hombre verdaderamente afortunado que tan de cerca logró aspirar el buen olor de estas dos purísimas azucenas que después de algunos años la Iglesia había de colocar á uno y otro lado de María Inmaculada como el más bello adorno de sus altares!

Encargóse pues el maestro de novicios con sumo gusto de la dirección del ilustre candidato que tan halagüeñas esperanzas ofrecía de llegar á la más encumbrada santidad. Señalóle un aposento en el cual separado de los demás novicios hiciese los ejercicios de primera probación, al modo que se usa en la Compañía. Al verse Luis en aquella su amada soledad, en aquel suspirado paraíso de la religión, en un transporte de santo júbilo exclamó con entrañable afecto: *Hæc requies mea in sæculum sæculi: hic habitabo, quoniam elegi eam.* Este será mi descanso y reposo por los siglos de los siglos; esta será mi morada, pues la elegí. (Ps. CXXXI.) Imposible es explicar la paz, contento y alegría en que se inundaba el alma del fervoroso candidato, al verse trasladado de las tinieblas del siglo á la admirable y divina lumbre de la vida religiosa; del cautiverio de Faraón á la dulce libertad de los hijos de Dios; de las ollas de Egipto á la feracísima tierra de promisión. No sabiendo pues cómo agradecer al Señor este incomparable beneficio, hincóse de rodillas, y con lágrimas en los ojos ofrecióse totalmente y sin reserva al divino servicio, con firme vo-

luntad de cumplir todas las reglas y obligaciones de la religión. Y para alcanzar de Dios gracia copiosa para llevar adelante sus santos deseos, tomó por especial abogada á Santa Catalina, y celebró todos los años su fiesta con particular devoción, por ser el aniversario de su entrada en la Compañía. Tenía Luis á la sazón diez y siete años, ocho meses y seis días.

LIBRO TERCERO

DESDE SU ENTRADA EN LA COMPAÑÍA HASTA EL ÚLTIMO AÑO DE SU VIDA

CAPÍTULO PRIMERO

DEL SINGULAR FERVOR CON QUE DIÓ PRINCIPIO Á SU NOVICIADO

1585-1586

UCHO se estima lo que mucho cuesta de alcanzar, y la joya que sólo pudo adquirirse á precio de costosos sacrificios, consérvase también con extraordinario cuidado y diligencia. Pues ¿quién será capaz de comprender la que puso nuestro Santo en conservar, defender y hermosear la rica perla de la vocación religiosa por la cual había dado con larga mano honores, riquezas, cetros, diademas, familia, linaje, sin perdonar ni aun la misma sangre de sus venas? ¿con cuánto júbilo y ternura de su alma besaría cada mañana al levantarse aquella santa sotana en que miraba cifrados todos los

bienes de esta vida y todas las esperanzas de la eternidad? ¡Qué feliz y dichoso se hallaba con una pobre casa religiosa, en vez de opulento palacio; con la apacible y tranquila soledad de su celda, en vez del bullicio y distracciones de la corte; con el trato franco, amoroso y jovial de los Hermanos de religión, en vez de las postizas ceremonias y fingidos cumplimientos que se estilan en el mundo!

Con estas consideraciones alegrábase el alma de Luis cuanto pensar no se puede, y alentábase á corresponder con la mayor fidelidad y diligencia al imponderable beneficio de la divina vocación. Y sabiendo muy bien que los que salen de la servidumbre de Faraón tienen necesidad, como dice San Cipriano (1), de algún Moisés que les sirva de medianero para con Dios, y los guíe por este camino con la ayuda de sus consejos, obras y oraciones; la primera diligencia que hizo fué ponerse en manos de su maestro, como piedra en manos de diestro cantero, para ser labrado y pulido á su gusto y voluntad. Desabrochó delante de él todo su pecho, y descubrióle los secretos de su alma, dándole cuenta de toda su vida con puro deseo de ser enderezado por el camino de la perfección.

El P. Pescatore, Rector y Maestro de novicios de la casa de San Andrés, varón esclarecido en quien corrían parejas el estudio de la propia santificación y el más exquisito tacto, prudencia y acierto en la dirección y formación de los novicios, y sobre todo esto adornado por Dios con dones extraordinarios y sobrenaturales; al oir la cuenta de conciencia que le dió Luis, al mirar de cer-

(1) Escala espiritual. Cap. I.

ea los clarísimos resplandores de su asombrosa inocencia y santidad, echó de ver que se habían quedado muy cortos al ponderárselos cuantos de ello le habían hablado, y que era nada cuanto le habían referido, en comparación de la realidad. Y al escuchar atónito de sus labios los singulares favores que el cielo había llovido sobre aquella bendita alma, las luchas y combates que con tan vigoroso tesón había sostenido, las muchas horas de oración, las asperísimas penitencias y rigurosa abstinencia con que había enflaquecido á su inocente cuerpo; comprendió que para llevar á cabo la hermosísima labor, la primorosa imagen que Dios por sí mismo había comenzado en aquel ángel humanado, no había de portarse como pintor que añade colores al lienzo; sino como escultor que quitando astillas del leño y rebajando el mármol, saca la más perfecta y acabada escultura.

Efectivamente, el semblante pálido y demacrado del santo novicio, su salud quebrantada y las varias indisposiciones que ya había padecido en los pocos días de su estancia en Roma, persuadieron al discreto maestro que era forzoso reprimir con mano fuerte sus excesivos rigores, de que eran testimonio irrecusable las camisas ensangrentadas halladas por el ropero entre la ropa usada del ilustre candidato, y tasarle el tiempo de oración, atendiendo juntamente á reparar sus fuerzas y salud que tan menoscabadas andaban. Con este intento le abrevió los días de primera probación, durante los cuales el candidato examina y considera atentamente las reglas é instituto de la Compañía, tanteando sus fuerzas espirituales y corporales en vista de las obligaciones que trae consigo el estado que pretende abrazar, y ensayándose

prácticamente en los ejercicios espirituales de San Ignacio, que son la vida y alma de la Compañía de Jesús.

Hartas pruebas había dado Luis de la firmeza de su vocación, y bien conocidas tenía las reglas y constituciones de la Compañía, pues las había leído y considerado en los ejercicios que hizo en Mantua; y por tanto no había por qué detenerle largo tiempo en primera probación. Así que por orden del Padre Pescatore pasó á los pocos días á vivir con los demás novicios con indecible consuelo de su alma. Día fausto y sobremanera alegre fué para todo el noviciado de San Andrés aquel en que cada novicio logró la tan deseada dicha de estrechar entre sus brazos al purísimo ángel de Castellón de quien habían oído contar cosas tan maravillosas y edificantes.

Desde el primer día de su noviciado fué Luis el ejemplo de sus connovicios y la admiración de los antiguos, comenzando su carrera por donde otros acaban, y echando de sí tales resplandores de modestia, fervor y observancia regular, que sólo verle enfervorizaba y convidaba á alabar y bendecir á Dios que tan pródigo se mostraba de sus dones con este virginal mancebo. Ninguno le aventajaba en humildad y obediencia: nadie le igualaba en recogimiento, silencio y unión con Dios. Luis era el primero en los oficios humildes y el más codicioso de las ocasiones de vencerse y mortificarse. Enviarle á la cocina y fregadero, para ocuparse en fregar ollas y marmitas, era convidarle á bodas. Mandarle quitar telarañas, barrer los tránsitos y habitaciones, regándolos con el sudor de su frente y tragando no poco polvo en tan humilde y penosa faena, era su más apetecido recreo y descanso. Así que no se hartaba de pedir que le ocu-

pasen en estas y otras semejantes tareas, cual si toda su vida en ellas se hubiese empleado.

Una cosa sentía Luis, y era el que su Padre espiritual le tratase con sobrada blandura, y le fuese á la mano en lo tocante á abstinencias, ayunos y maceraciones corporales. Así que apenas pasaba día en que no pidiese algo de esto, por la sed insaciable que le acosaba de padecer por su Amor crucificado. El prudente maestro mantúvose firme en negarle la mayor parte de las mortificaciones corporales que le pedía Luis; pero en cambio aplicóse á ejercitarle en otras que sin perjudicar la salud, podían suministrar pábulo á sus fervores y nuevos medros á su espíritu. Buena ocasión de esto le ofreció lo que aquí diré. Observó el P. Pescatore que Luis, ora fuese por un hábito contraído en el siglo, ora por entender mal las reglas de la modestia de la Compañía, andaba de ordinario con la cabeza muy inclinada hacia delante. Para quitarle pues este defecto, y al propio tiempo secundar sus ardientes deseos de mortificarse, ordenóle que se pusiese un alzacuello de cartón forrado de paño, y de tanta altura, que le forzaba á tener la cabeza derecha, sin poderla casi menear. No se le hizo dificultoso al santo joven el someterse á esta orden por demás molesta y humillante, ni se avergonzó de presentarse delante de sus connovicios con el disforme collarín, el que había mucho antes paseado las calles de Milán en vil y despreciable cabalgadura, dejando para siempre rendido á sus pies el respeto humano y el apetito de la honra mundana. Cumplió Luis puntualmente el mandato de su P. Maestro, y llevó muchos días la estravagante golilla, manifestando con la sonrisa de sus labios el gusto con que abrazaba aquella humillación.

Trabajo, creo, les costaría á los novicios, de suyo propensos á risa, el contenerla la primera vez que vieron llegar á recreo al Hermano Luis tan transformado, con la cabeza erguida, tiesa y como encartonada; pero pronto la risa se trocaría en respeto, amor y veneración, viendo al que había sido tan grande y respetado en el siglo, abrazar con tanta alegría las mayores humillaciones, y tratarse como el último de todos en la casa de Dios.

Y á la verdad tan lejos andaba Luis de acordarse de las comodidades y honras que en el mundo había disfrutado, que todo su afán era solicitar lo más pobre y despreciable de la casa, tanto en el vestido, como en las demás cosas de su uso. Como advirtiese que los novicios no usaban bonete, luego pidió licencia de dejar el que había traído de su casa, y ponerse becoquín como todos. Reparó también que las sotanas que se estilaban en aquel noviciado eran de paño más basto que el de la sotana que en Mantua le habían hecho: y corriéndose de vestir menos pobremente que sus Hermanos, suplicó al Superior le librase de tal afrenta, y le concediese una sotana como las que usaban los demás. Fuéle otorgado lo que pedía, y el santo novicio no cabía de puro gozo y satisfacción, al verse, con un vestido pobre y raído, más semejante al divino Maestro, que se hizo pobre por nosotros de los bienes de la tierra, para enriquecernos con los tesoros del cielo. Y no es maravilla que se gozase de ser pobre y parecerlo en la religión, quien, como hemos visto, hallaba sus delicias en andar roto y remendado en los palacios y entre los más esclarecidos príncipes y soberanos de España é Italia.

Así que desde el día en que gustó la inefable dulzura

y contento que dejan en el alma estos abrazos de la santa pobreza, fué siempre constante en desear y pedir los vestidos más viejos y remendados de casa; y como el Superior ordenase en cierta ocasión que le hiciesen una prenda de ropa nueva, no pudo disimular la pena que esto le causaba: y al dar cuenta á su maestro de esta repugnancia, díjole el Padre que examinase bien de dónde procedía aquel interior movimiento, como quiera que á las veces el amor propio y el deseo de parecer santo á los ojos de los hombres se disfraza con capa de pobreza y mortificación. Cumplió Luis fielmente el encargo de su maestro, pero por más que se examinó é hizo anatomía de todos los más secretos movimientos de su alma, no pudo hallar rastro de vana complacencia, ni otro deseo que el de agradar á Dios imitando la pobreza del buen Jesús. Sin embargo no se aseguró con este examen, antes bien trabajó seriamente por algunos meses en alcanzar el más sincero desprecio y santo odio de sí mismo, enderezando á este blanco las meditaciones cotidianas, que versaban sobre la pasión de nuestro divino Salvador.

Con este mismo intento pedía muy á menudo públicas reprensiones por sus faltas, y para obtenerlas con mayor facilidad alegaba el singular provecho que su alma reportaba de ellas. Y mientras le estaban reprendiendo, despertaba en lo interior de su alma fervientes afectos de alegría y regocijo con el recuerdo de los trabajos de Cristo nuestro Señor, y de las calumniosas acusaciones que padeció por nuestros pecados.

Viendo pues el maestro de novicios que el fervor de Luis era mayor que todas las pruebas, y que su insaciable deseo de humillaciones y reprensiones nunca decía

basta, acordó proporcionarle más frecuentes ocasiones que le sirviesen de estímulo: y á este fin lo sujetó por algunos días á la obediencia del Hermano refitolero, á quien ordenó que le ejercitase de continuo en la paciencia y abnegación, reprendiéndole y tratándole con aspereza y severidad. Ejecutólo muy bien el refitolero, y no dejaba á Luis sosegar un instante, ya enviándole á barrer, ya mandándole fregar y limpiar la vajilla, ya encargándole el arreglo de las mesas, y á todo esto, con cualquier pretexto dábale fuertes reprimendas, y mostrábase descontento de cuanto hacía. Todas estas pruebas sólo sirvieron para hacer resplandecer con mayor brillo las sólidas y macizas virtudes de nuestro Santo, en cuyo semblante siempre sereno, siempre amable y apacible, se reflejaba la interior paz, alegría y humildad de su alma.

De este mismo deseo de humillarse nacía el increíble gozo que experimentaba al salir por las calles y plazas con pobre sotana y una alforja al hombro, pidiendo limosna de puerta en puerta, cosa por lo común harto dificultosa al amor propio, y más tratándose de jóvenes que en el siglo se vieron honrados y respetados. Maravillado uno de los Hermanos al ver el contento con que salía Luis á mendigar y la frecuencia con que lo pedía al Superior, díjole un día:

—¿Cómo vais Hermano Luis tantas veces y con tanta alegría á pedir limosna? ¿No sentís repugnancia en salir de esta manera por las calles más concurridas de Roma?

—Antes bien, respondió Luis, yo os certifico no haber ejercicio que tanto recree y consuele mi alma: y esto por dos motivos. Primero, porque tengo siempre

delante de mis ojos el ejemplo de Cristo nuestro Señor. Y ¿cómo había de correrme de parecerme á Él siendo mi Dios, mi Rey y mi Capitán? ¿cómo había de repugnarme un ejercicio que á tan bajo precio me granjea una riquísima corona de gloria inmortal? Y en segundo lugar, aun mirado este negocio con ojos humanos y de tejas abajo, no sé hallar en esto materia de confusión y vergüenza: porque una de dos: ó los que me ven andar por esas calles, hecho un mendigo por amor de Dios, me conocen, ó no: si no me conocen, ni saben quien soy ¿á qué avergonzarme de parecer pobre delante de personas desconocidas? Si me conocen, no podrán sino edificarse viéndome convertido en pobre voluntario, toda vez que la pobreza religiosa infunde respeto y veneración á los mismos seglares: de suerte que más pudiera temer la vanagloria de ser tenido por santo, que la confusión de parecer pobre.

Bien se echa de ver por esta respuesta cuán asentada tenía Luis en su alma la doctrina de Cristo, y cuán arraigado llevaba en su corazón el amor de la santa pobreza. Amábala como á madre, conforme á la regla de San Ignacio, y andaba siempre sediento de experimetar sus efectos en la comida, en el vestido y en todo. Desde los principios del noviciado notó que los breviarios que usaban los demás Padres y Hermanos eran más pobres que el que había él traído del siglo, el cual estaba encuadernado lujosamente con dorados en el corte y cubierta. Esto bastó para que no sosegase hasta recabar del Padre Maestro que le permitiese trocarlo por otro más pobre y usado. Y por este mismo estilo se despojó cuanto antes de los pocos objetos que consigo había traído, entre los cuales figuraba una imagen de

Cristo crucificado dibujada sobre tela, según lo refiere el P. Striverio en los procesos.

Por estos hermosos rasgos de amor á la santa pobreza será fácil rastrear con cuánto fervor y tesón se aplicaría al ejercicio de las otras virtudes religiosas, porque siendo la santa pobreza el firme muro de la religión, si esta muralla se conserva fuerte é intacta, todas las demás virtudes germinan á su abrigo y florecen con grande pompa y lozanía. Así puntualmente acaeció á nuestro Santo. Ya en el siglo era su alma un rico verjel matizado con toda la variedad de las virtudes cristianas; mas ¿quién podrá dignamente decir los nuevos realces y esplendor que estas adquirieron cercadas y defendidas con la pobreza evangélica y protegidas y enderezadas por la santa obediencia?

Mas así como el solícito jardinero, sin olvidar el cultivo de las demás flores, vela con mayor diligencia por la más bella y delicada, defiéndela cuidadosamente del voraz insecto y del frío aquilón, riégala con mayor frecuencia, y se complace viéndola crecer y medrar entre todas; así Luis sin olvidarse de ninguna de las virtudes que San Ignacio nos recomienda en sus reglas, dióse con particularísimo empeño y solicitud al cultivo de aquella virginal azucena que por milagro había logrado conservar intacta desde la cuna, sin que el hálito pestilencial del siglo, ni los peligros de las cortes y palacios la marchitasen, ni la desdorasen en lo más mínimo.

Pues quien tan enamorado andaba de esta blanquísima flor, ¿qué consuelo experimentaría al leer en la regla 28 del Sumario que el Santo Fundador de la Compañía no se contenta con menos que con la puridad angélica, la cual propone á sus hijos como blanco de

sus deseos y esfuerzos, para que procuren imitar á aquellos purísimos espíritus, en cuanto sea dable á nuestra mísera naturaleza? y para mejor lograrlo ¿con qué fervor se daría á la perfecta observancia de la regla 29 en que se nos encarga *tener especial cuidado de guardar con mucha diligencia las puertas de nuestros sentidos (en especial los ojos, oídos y lengua) de todo desorden?*

Y por lo que á los ojos se refiere, no parece pudiese poner Luis mayor cuidado en guardarlos del que en el siglo ponía, según se ha dicho: y sin embargo los hechos que vamos á referir nos mostrarán hasta qué punto se aventajó en esta virtud en la religión, pues no sólo se abstuvo siempre de mirar á personas de otro sexo, mas aun de poner los ojos en sus Hermanos se privaba, á no ser que la caridad ó necesidad á ello le obligase. Aconteció un día que á pesar de esta exquisita vigilancia se le fueron los ojos inadvertidamente á mirar lo que hacía un Hermano que estaba cerca de él. Apenas advirtió el modestísimo joven lo que había hecho, temeroso de haber faltado á la modestia religiosa y lleno de confusión y vergüenza, vase al P. Maestro, y con grande sentimiento le descubre aquel escrúpulo que tanto le afligía, añadiendo que en los meses que llevaba de noviciado no le había sucedido semejante desliz, y que aquel era el primer escrúpulo que le aquejaba en punto á modestia religiosa. Tranquilizóle su buen maestro, quedando por extremo maravillado de aquel prodigio nunca visto de recato en el mirar.

No menor fué el asombro del P. Ministro al reparar que después de tres meses que Luis comía en el refectorio, aun ignoraba el orden de las mesas y el sitio que ocupaba el P. Rector. Y fué el caso que habiendo deja-

do el P. Ministro un libro olvidado en el asiento del P. Rector, llamó á Luis que por allí andaba, y envióle por el libro. Mas el Santo que en tanto tiempo de noviciado aun no había tenido la curiosidad de mirar dónde se colocaban los Padres, no pudo cumplir lo que le mandaba el P. Ministro, sin antes preguntar dónde se sentaba el P. Rector.

Sucedióle en otra ocasión una cosa muy parecida á la que se refiere de San Bernardo, el cual por su gran modestia y recogimiento, no echó de ver un lago, ni supo dar razón de él después de haber caminado todo un día por su orilla. Solían los novicios del noviciado de San Andrés salir algunas veces entre año á solazarse y descansar de sus acostumbradas tareas en una casa de campo situada en las afueras de Roma. Luis había ido varias veces á dicha casa con sus connovicios; pero como era tan amigo de mortificarse en todo, parecíale que la salida al campo no era motivo suficiente para que interrumpiese su santa costumbre de andar con los ojos en el suelo y el corazón en el cielo. Así que por más que saliese á la campiña, era como si se quedara en casa, pues no solía reparar, ni los caminos por donde pasaba, ni el sitio á donde se dirigía, ni la disposición de la casa de campo, ni otras circunstancias semejantes: tan absorto andaba siempre en Dios y tan recogido en su interior. Sucedió pues que un día de asueto fueron los novicios á otra casa de campo diferente y bastante apartada de la otra á donde solían ir. Al llegar Luis al noviciado, de vuelta del campo, preguntáronle qué tal le había parecido la nueva casa, y si le gustaba más que la otra. Sorprendióle no poco esta pregunta, pues hasta entonces creía haber ido á donde solían ir de

ordinario. Reflexionó un rato, y acordóse de que efectivamente aquel día de asueto había sido para él más grato y sabroso que los otros. ¿Cuál era la causa de esto? El haber hallado aquel día lo que en vano había buscado otras veces, á saber: una devota capilla á donde retirarse y gozar á solas del mejor de los recreos, de su más apetecido regalo y descanso que era la oración y trato con Dios.

Con igual diligencia guardó Luis durante toda su vida religiosa las puertas de los otros sentidos, cerrándolas á todo lo que de mil leguas olía á regalo, blandura ó curiosidad. Mortificaba el olfato privándose de oler flores y otros objetos olorosos, y gozándose con la hediondez de los hospitales, á donde iba con harta frecuencia, y cuidaba con preferencia de los enfermos más asquerosos y repugnantes. El gusto mortificaba de continuo, negándole cuanto podía halagarle. Absteníase casi siempre de cosas dulces, y si no podía dejarlas del todo, tomábalas en muy poca cantidad. Escogía lo peor de la porción que le presentaban, y á fin de no recrearse con el sabor de los manjares, aunque tenía casi perdido el sentido del gusto, ocupábase durante la comida en santos pensamientos, trayendo á la memoria á medio día la hiel y vinagre que dieron á Cristo en la cruz, y por la noche los sagrados misterios de la última cena que celebró el Señor con sus discípulos.

Un día de vigilia ayunó á pan y agua con licencia del P. Maestro; mas como éste observase que Luis se levantaba de la mesa sin haber comido más que un poco de pan, para atender á su salud y juntamente contrariar su voluntad, ordenóle que volviese á comer á segunda mesa, tomando de todo lo que presentasen á los

demás. Obedeció el Santo sin oponer la menor resistencia; pero supo desquitarse de la abstinencia que le prohibían, con la humillación que le acarreó el comer dos veces á vista de todos. Lo cual como reparase su connovicio Decio Striverio, que más tarde fué Provincial de Venecia, al llegar Luis á la quiete después de comer, le dijo chanceándose:

—Vaya, Hermano Luis, que no es mala traza la de sus ayunos: comer dos veces con pretexto de ayunar una.

—¿Qué le haremos? respondió Luis sonriendo, no tengo más remedio que decir con el Profeta: *Ut jumentum factus sum apud te, et ego semper tecum.* Yo soy en la casa de Dios como jumentillo, siempre á las órdenes de de mi dueño, ya sea llevando la carga y sufriendo los palos, ya paciendo y descansando. Este suceso se supo del mismo P. Striverio, quien lo depuso en el proceso de Castellón.

La obediencia era con efecto el mayor consuelo de Luis, siempre que le iban á la mano en sus insaciables deseos de mortificarse. Y á este propósito, hablando un día con un Padre, le dijo:—Sepa V. R. que son nada las penitencias que hago en la religión comparadas con las que practicaba en el siglo; pero me consuelo pensando que los que viven en obediencia se asemejan á los que van en un navío, los cuales tanto camino hacen cuando duermen y descansan, como cuando trabajan y se afanan.

Y ¿qué diré de la perfección con que siempre observó la regla del silencio, tanto dentro como fuera de casa? Esta regla que para algunos ánimos disipados y distraídos suele hacerse tan dificultosa, para Luis era un perpetuo y regalado banquete, pues le convidaba á

saborear continuamente en el santuario de su corazón las cosas del cielo con frecuentes y devotísimas aspiraciones. Así que su mejor compañero en casa y fuera de ella era el santo silencio, y nunca salía con mayor gusto á acompañar á alguien fuera de casa, que cuando no podían hablar por el camino. Y como una vez le enviasen á pasear con un Padre por motivos de salud, dejóle encantado y no poco edificado de la perfección con que observó el más estricto silencio, sin decirle una sola palabra en todo el paseo que empleó en leer y meditar.

No sólo fué Luis admirable en el silencio, cuando convenía guardarlo, sino también en la consideración y edificación de las palabras, cuando era tiempo de hablar. Y ya se comprende cuán alto debía rayar en esta virtud siendo religioso, quien desde la niñez fué un milagro de circunspección en sus palabras. No se le caía de los labios ni del corazón aquella súplica del Real Profeta: *Poned Señor guarda en mi boca y una puerta con que se cierren oportunamente mis labios* (1): y en sus conversaciones repetía con frecuencia aquellas graves sentencias del Apóstol Santiago: *El que guardare bien su lengua y no pecare con ella, este será varón perfecto* (2). *Si alguno piensa que es religioso, y no refrena su lengua, engáñase, que vana es su religión* (3).

Enemigo acérrimo de pláticas inútiles ó aseglaradas, ó las desviaba introduciendo mañosamente asuntos espirituales, ó si no podía por la calidad de la persona

---

(1) Pone Domine custodiam ori meo et ostium circumstantiæ labiis meis. *Ps.* CXL, 3.

(2) Qui non offendit in verbo, hic perfectus est vir. *Iacob.* III, 2.

(3) Si quis putat se religiosum esse non refrænans linguam suam, huius vana est religio. *Iacob.* I, 26.

con quien hablaba, componíase y callaba de forma que el otro entendiese no gustaba de tales razonamientos. Y para que mejor se vea el empeño que ponía en hablar siempre de Dios, sucedía á las veces comenzar una conversación de alguna otra cosa útil, pero no tan espiritual; y en cayendo en la cuenta, cortaba su frase sin terminarla, y entablaba francamente otra plática espiritual, sin hacer caso del respeto humano, que siempre tuvo debajo de los pies.

Es digno también de citarse otro ejemplo de circunspección en el hablar, que á alguno quizás parezca nimiedad, pero que á los ojos de los varones espirituales mostrará bien á las claras la exquisita y atildada perfección de nuestro Santo. Solían los novicios de Roma ir con frecuencia á la casa profesa, ya para ayudar misas en aquella iglesia, ya para oir en los días festivos el sermón ó lección sacra. Y como hay regla de avisar al portero á donde va cada uno, cuando sale de casa, ocurrióle á Luis la duda de si sería palabra ociosa decir al portero: «voy á la casa profesa,» bastando decir: «voy á la casa.» Propuso su duda al P. Maestro, quien admiró una vez más la extraordinaria delicadeza de conciencia de su santo novicio.

CAPÍTULO II

DE ALGUNAS PRUEBAS CON QUE EL SEÑOR LE EJERCITÓ, Y DE LA MUERTE DEL MARQUÉS SU PADRE

1585-1586

¡QUÉ grande y admirable se muestra Dios en las vidas de sus Santos! ¡Con qué variada labor de claros y oscuros, de colores y sombras, de cercas y de lejos matiza y entreteje la rica tela de sus hazañas! Unas veces los humilla hasta el polvo, otros los ensalza hasta las nubes, ya los amedrenta con el trueno de sus formidables juicios, ya los levanta hasta el ósculo de su boca; y cual madre amorosa juega á las veces con ellos, y se goza haciéndolos llorar, para tener luego el consuelo de enjugar sus lágrimas, y estrecharlos en su regazo. Así lo hizo con su amadísimo hijo y fidelísimo siervo Luis Gonzaga. Ya hemos visto cuán frecuentes y ordinarias eran en él las delicias de la espiritual consolación, mientras estuvo batallando para romper los lazos que en el siglo le tenían aprisionado. No sabía aún que cosa era comer pan con corteza, y cerrarse la fuente de los divinos consuelos, y hallar el cielo de bronce, y sentirse el alma triste, desabrida y como separada de su Criador. Mas apenas hubo finalizado su primera probación, apo-

deróse de su alma tan continuo tedio y desconsuelo, que no hallaba gusto, ni en los libros espirituales, ni en las penitencias, ni en los demás ejercicios de la vida religiosa, cuyo solo recuerdo le sabía de antes á miel y ambrosía. Sólo en la oración encontraba algún alivio y bienestar, aunque no gozase en ella de los sentimientos y lágrimas con que Dios en el siglo le favorecía. Es sin embargo muy digno de notarse que si bien el Señor le retiró sus consuelos, no permitió que fuese tentado del enemigo, ni sintiese en su alma turbación ni moción á cosas bajas y terrenales. Mantúvose Luis firme y constante como fiel soldado de Cristo en esta prueba que le duró algunos días, pasados los cuales fué de nuevo visitado y favorecido del Señor, y recobró la anterior paz y alegría espiritual.

Anublóse otra vez la serenidad de su alma con un siniestro pensamiento que le sugirió el padre de la mentira, con el fin de derribarle de aquella tan segura y filial confianza que siempre en su Dios había tenido. —«¿De qué servirás tú, le decía el enemigo, en la Compañía de Jesús? ¿ni qué provecho ha de sacar de tí la religión?»—No tardó Luis en descubrir la emboscada y conocer por la voz al enemigo. Armóse al instante de fe y confianza en las divinas promesas, invocó fervorosamente al Señor, y en media hora dejó vencida la tentación. Estas fueron las únicas pruebas interiores á que le sujetó el Señor en el tiempo de su noviciado, pasadas las cuales disfrutó constantemente de los suavísimos consuelos que Dios suele conceder á las almas puras.

Mas si pararon aquí las tentaciones y combates del espíritu, no faltaron en lo exterior otras cruces y tribulaciones al novel soldado de Cristo; y no fué la menor el

inesperado fallecimiento de su padre, con las funestas consecuencias que de este suceso se derivaron en su familia, y se contarán más adelante.

La entrada de Luis en la Compañía obró en el ánimo del Marqués D. Ferrante una extraordinaria y saludable mudanza. Con la partida de su hijo primogénito quedaron ¿á qué dudarlo? muy malparados los intereses de su casa; pero en cambio llovieron en el alma de D. Ferrante copiosísimos raudales de gracia mil veces más dignos de estima que todos los bienes de este mundo. Esclarecida su mente con más viva luz de lo alto, y conmovido su corazón y enternecido con los heroicos ejemplos que acababa de admirar en su hijo, dióse á considerar la brevedad de la vida, la terribilidad de la muerte, la eternidad del infierno, la vanidad de las riquezas y honores tras los cuales había andado con sobrada afición, cautivado de su aparente brillo y falaz hermosura, traía á la memoria el gozo y satisfacción que su amado Luis había experimentado al descargarse del peso de los bienes caducos y miserables del mundo, recordaba aquella máxima que D. Luis Catáneo le había traído de parte de Luis á su regreso de Roma. Y todo esto con la gracia que Dios le comunicaba dióle tal vuelco al corazón, que dando de mano al juego á que era tan aficionado y á otras vanas diversiones, aplicóse con todo ahinco á las cosas espirituales, empleando gran parte del día y de la noche en varios ejercicios de piedad, con no pequeña admiración de cuantos le trataban.

Todas las noches hacía colocar en frente de su cama, en que le tenían postrado los dolores de gota, un devoto crucifijo de plata con cruz de ébano, delante del cual solía orar Luis, y allí con grande afecto de devoción re-

zaba los salmos penitenciales en compañía de Clemente Ghizoni que había sido camarero de nuestro Santo. Terminados los salmos, mandaba llamar á la Marquesa y á sus hijos, y rezaba con ellos las letanías, que le era forzoso interrumpir á menudo, por las copiosas avenidas de lágrimas que á sus ojos se agolpaban, y por los frecuentes suspiros que exhalaba de su corazón compungido. Otras veces tomando en sus manos el crucifijo, y besándolo con ternura, heríase el pecho, y con entrañable dolor de sus pecados decía:—¡Señor, misericordia! Dios mío, pequé: ¡tened misericordia de mí!

La Marquesa que observaba este maravilloso cambio de D. Ferrante, no cesaba de dar gracias á Dios, atribuyéndolo todo á las oraciones de su amado Luis. El mismo Marqués asombrado de los desacostumbrados afectos de devoción que en sí sentía, hablando con Doña Marta y con los demás de su casa, decía:

—¡Ah! ¡bien se yo de dónde me vienen estas lágrimas! A Luis, á Luis las debo. Él es quien me ha alcanzado del Señor estos sentimientos de compunción y dolor de mis pecados.

Todo esto sucedía en Mantua por aquellos días en que D. Luis Catáneo, de regreso de Roma, se había presentado al Marqués, dándole cuenta de lo acaecido en el viaje y en la ciudad eterna, al dejar á Luis en el noviciado. Satisfecho D. Ferrante de lo bien que este fervoroso ministro del Señor había cumplido sus encargos, tomóle por director de su alma, y quiso hacer con él una confesión general de toda su vida.

En efecto, tan pronto como los dolores le permitieron salir de casa, fuése en compañía de D. Luis al templo de Nuestra Señora de Mantua, y allí postrado á los

pies del sacerdote confesóse generalmente, con extraordinarias señales de dolor y arrepentimiento, y con singular consuelo de su buen confesor, el cual lo contó después al P. Cepari, añadiendo que desde entonces hasta el fin de su vida, nunca se desmintió en lo más mínimo este fervor y orden de vida que en aquella sazón había entablado.

Mas aunque D. Ferrante mejoró de vida, no mejoró de salud; antes bien de día en día iban recrudeciendo sus dolores, y los médicos y medicinas poco ó nada le aliviaban de su dolencia. Viendo pues que tan mal le iba en Mantua, acordó hacerse trasladar á Milán, abrigando la esperanza de que, parte con el cambio de aires, parte con el cuidado de los mejores médicos, aminoraría sus padecimientos, ya que no lograse librarse totalmente de ellos. Nada de esto se verificó, pues no bien hubo llegado á Milán, agravóse su enfermedad en tanto grado, que se persuadió ser llegada su hora, y que era fuerza disponerse á morir. Así que viendo una noche entrar á deshora en su aposento al P. Fr. Francisco Gonzaga, que era todavía General de los Franciscanos Observantes, y se hallaba á la sazón en aquella ciudad, se acabó de confirmar en sus funestos presentimientos, y deseando prepararse como buen cristiano para aquel terrible trance, pidióle que le enviase á uno de los Padres de su convento, pues quería confesarse. Vino el religioso, y confesóse el enfermo con la mejor disposición: al día siguiente hizo su testamento, y cumplidas fielmente todas sus obligaciones, y confortado con los auxilios que la Iglesia nuestra Madre tiene dispuestos para consuelo de los moribundos, aguardó con suma paz y serenidad su último instante. Lloraban al rededor de su lecho sus pa-

rientes y familiares, mas él mirándolos con apacible semblante consolábalos y les decía:

—No lloréis mi muerte, antes bien alegraos conmigo, pues parto de esta vida lleno de esperanza y consuelo viendo la extraordinaria misericordia que Dios ha usado conmigo llamándome para sí en tan buena sazón y coyuntura.

Con tan cristianos sentimientos expiró el Marqués de Castellón, el día 13 de febrero de 1586. Su cadáver fué trasladado á Mantua, y recibió honrosa sepultura en la iglesia de San Francisco, según él mismo lo dejó ordenado en su testamento.

No tardó en llegar á nuestro Santo la noticia de esta muerte con las consoladoras circunstancias que la acompañaron, pues su tío Fray Francisco y los demás que se hallaron presentes á ella, le informaron de todo por varias cartas que sin tardanza le escribieron.

Dos meses y medio habían transcurrido tan solamente desde que Luis se había despedido de su padre, cuando recibió la triste noticia de su fallecimiento. Hirióle en lo más vivo del alma esta inesperada nueva, y su noble y biennacido corazón hubo de pagar tributo al dolor desahogándolo con fervientes suspiros y lágrimas en el divino acatamiento. Que no está reñida la virtud con la piedad filial, ni es mucho sintiese Luis en los primeros momentos la pérdida de un padre á quien tanto amaba, cuando San Agustín, aquella esclarecida lumbrera de la Iglesia, confiesa de sí mismo haber sentido honda pena en la muerte de su madre Santa Mónica y vertido copiosas lágrimas sobre su sagrado cadáver. Y el mismo santo joven en una carta escrita á su madre poco después del fallecimiento del Marqués, confiesa

ingenuamente el acerbo dolor y sobresalto que sintió su corazón, al recibo de la infausta noticia, como puede verlo el piadoso lector en dicha carta que fielmente trasladada del original italiano es del tenor siguiente:

Il.ma S.a Madre en X.to Honorab.ma

Pax Xti. La muerte de mi señor padre causó en los primeros momentos verdadero dolor en mi corazón: y quedé con tal noticia sorprendido y acongojado, pero después de haber pagado al dolor el natural desahogo que reclamaba la humana condición, no puedo menos de alegrarme pensando que ya de hoy en adelante podré dar al amado difunto con toda verdad el nombre de padre, agradeciendo al Señor que le haya admitido, como podemos esperar de su infinita misericordia, á la participación de los goces celestiales. Acatemos con santa resignación y espiritual consuelo el beneplácito de su divina Majestad: y con esto pongo fin á la presente y pido su bendición. De Roma, abril de 1586.

De V. S. Ill.ma

Hijo en X.to Obmo.

LUIS GONZAGA de la Comp. de Jesús.

Esta hermosa carta, aunque fué de algún lenitivo para la atribulada madre de nuestro Santo, no bastó por su brevedad para satisfacer sus deseos, y cicatrizar la honda herida que en su corazón había abierto la muerte del Marqués. Así que la buena señora, á lo que parece, quejóse con los Padres del Colegio de Mantua de la demasiada concisión con que Luis le había escrito, por lo cual el P. Ministro de aquel Colegio escribió sin tardanza al Santo, á fin de que procurase consolar más

detenidamente á su buena madre que tanto lo necesitaba.

Envióle pues Luis otra afectuosa carta exhortándola con eficaces argumentos y muy atinadas consideraciones á enjugar su llanto, y á descansar tranquilamente en brazos de la Providencia que todo lo dispone para nuestro mayor bien. Hé aquí el texto de la carta traducida del italiano.

Ilma. Sra. Madre en Cristo honorab.

Pax Xti.

Por una carta del P. Ministro de Mantua he sabido que V. S. Ilma. desea que yo le escriba consolándola: y por cierto bien veo que lo necesita su corazón lastimado con la reciente pérdida de mi señor padre de feliz memoria. Así que no puedo menos de recordar en la presente á V. S. lo que en mi anterior le encomendaba, conviene á saber: la más completa resignación á la divina voluntad, en la cual así como descansó constantemente mi señor padre durante su vida, así podemos esperar que por la misma habrá llegado felizmente á aquella otra vida perdurable, por la cual todos suspiramos, ya que se dignó el Señor llamarle á sí con tan venturoso tránsito. Y á la verdad antes debemos alegrarnos que entristecernos al ver arribar á tan dichoso término á las personas que amamos, esperando también igual favor de la paternal providencia de nuestro Dios que con tanto amor á todos nos gobierna. Por lo que atañe á nuestro amado difunto, no dejará de rogar particularmente por los que á él nos encomendamos, esto es por V. S. Ilma. y toda su casa, á quien también yo tendré muy presente en mis oraciones, suplicando á su divina Majestad, como hasta aquí se lo he pedido, que se

digne regirla y consolarla. Por lo que á mí se refiere, también he recibido el retorno de sus consuelos con las buenas noticias de D. Rodolfo mi hermano, á quien, ultra de los consejos que en una carta mía le dí hace ya algunos días, no dejaré de recordarle cuán á propósito sería, á lo que entiendo, para el servicio de su persona el doctor Salustio, quien me escribió ofreciéndose para el desempeño de este cargo, y no faltan para ello algunas razones que V. S. con mi hermano podrán más de cerca considerar, y si les conviene, ponerlo en ejecución según el Señor se lo dará á entender. Dígnese finalmente El mismo colmarla de todo bien y contento, como de veras se lo suplico.

De Roma á 10 de abril, 1586.

De V. S. Ilustrísima

Obed. hijo en Cristo

LUIS GONZAGA

de la Comp. de Jesús.

Del tenor de esta carta se desprende claramente el cuidado que tenía nuestro santo novicio de ayudar y consolar, en cuanto se lo permitía su vocación, á los de su familia, y en particular se ve la diligencia que ponía en enderezar con oportunos consejos á su hermano Rodolfo, el cual por la muerte de su padre quedaba al frente de los asuntos de su casa, y por su poca edad y menos experiencia, bien necesitaba de los avisos y amonestaciones de Luis, como más adelante se verá.

Mas aunque el santo joven se veía obligado muy contra su voluntad á escribir estas cartas á los de su casa, no por esto se distraía un punto de su continua unión

con Dios, ni después se acordaba de sus parientes más que para encomendarlos á su divina Majestad. Y andaba siempre tan olvidado y desasido de la carne y sangre, que preguntándole en cierta ocasión un Padre cuántos hermanos tenía en el siglo, antes de responderle hubo de reflexionar un rato, para hacer memoria de cuántos eran. Si sus compañeros le hablaban de su casa y familia, era de ver la maña que se daba para distraer la conversación á otros asuntos más espirituales y provechosos; y para esto solía sacar gran partido de una máxima que había oído del Marqués su padre, y era que todo hombre que elige un estado de vida ó emprende algún negocio, debe esforzarse en salir airoso de su empresa, y aventajarse en ella cuanto sus fuerzas alcanzaren. De donde sacaba el bendito joven que si los que sirven al mundo trabajan con tanto ahinco en razón de señalarse entre los demás hombres, y adquirir entre ellos gran fama y nombradía, mucho más se ha de esforzar el religioso por subir al más alto grado de santidad, para gloria y alabanza de Dios nuestro Señor. Y cierto él por su parte no perdió en todo el decurso de su vida religiosa punto de perfección que pudiese alcanzar con la gracia divina, por lo cual ya desde los primeros meses de noviciado fué el asombro no sólo de los novicios, mas aun de los Padres antiguos, por los clarísimos rayos de santidad que en todas sus obras y palabras resplandecían. Llamábanle todos á boca llena *el Santo*, y como á tal le veneraban, y hasta llegaban á besar muchos de ellos los objetos que Luis había usado, como reliquias de un hombre santo. Y no faltaron entre los religiosos más graves y antiguos quienes pidieron al Superior las Horas de Nuestra Señora que Luis había traído del si-

glo, las cuales como también su breviario se conservaron desde entonces cual rico tesoro y valioso recuerdo de la santidad del angélico joven. El mismo P. Pescatore no acababa de maravillarse viendo tanta perfección con tan pocos años, y como el Patriarca Gonzaga le preguntase en cierta ocasión qué tal se portaba su primo, respondióle el Padre:—Lo único que puedo decir á V. S. I. es que Luis podría ser el común maestro de cuantos vivimos en esta casa: y en verdad no es poco lo que de él tenemos todos que aprender.

CAPÍTULO III

CÓMO FUÉ ENVIADO Á LA CASA PROFESA DE ROMA Y EJEMPLOS DE VIRTUD QUE ALLÍ DIÓ

1586

TRES meses hacía que Luis había dado principio á su noviciado, cuando á fines de febrero de 1586, fué destinado con otros novicios á la casa profesa, para que allí se ocupase, parte en el servicio de la iglesia del Jesús ayudando misas y tomando parte en los divinos oficios, parte en las faenas de la casa, sirviendo en la cocina y refectorio, leyendo en tiempo de la comida, barriendo y desempeñando otros oficios á este jaez. Solían ir todos los novicios por turno á la casa profesa, después de haberse instruído suficientemente en las prácticas y ejercicios del noviciado, y permanecían dos, tres semanas y hasta un mes entero en aquella casa, bajo las órdenes y dirección de un Padre de los más graves y espirituales que hacía con ellos las veces de maestro de novicios. Este era á la sazón el célebre P. Jerónimo Plati, varón de esclarecida virtud y grandes letras, sobremanera versado en la dirección espiritual de las almas, y en los caminos de la perfección religiosa muy experimentado, como lo muestra el insigne tratado *De*

bono status religiosi que dió á la luz pública, y otros no menos preciosos libros á los cuales por su temprana muerte no pudo dar la última mano.

Mucho se holgó este Padre de poder conocer y tratar tan íntimamente á Luis, de cuya gran santidad había oído contar cosas extraordinarias: y no menos se gozó el Santo de poder comunicar las cosas de su alma con un director tan docto y experimentado. Así pues no es de extrañar que al recibir Luis la orden de pasar á la casa profesa, congratulándose con sus compañeros de tan buena dicha les dijese:

—¡Oh hermanos míos, cuanto hemos de estimar este nuevo beneficio de la divina largueza, por la buena ocasión que nos ofrece de santificarnos con los ejemplos de religiosa perfección que podremos ver de cerca, al tratar con los Padres más ilustres en virtud y letras que tiene la Compañía, con hombres que después de haber encanecido en cargos de gobierno, hoy se hallan al frente de toda la Orden, para regirla y gobernarla según el genuíno espíritu de nuestro santo Instituto! Y demás de esto, ¡qué dicha tan grande será la nuestra pudiendo pasar cada mañana dos ó tres horas ocupados en ayudar misas, en nuestra iglesia, oficio tan dulce y regalado, ministerio propio de ángeles!

Llegado pues Luis á la casa profesa, descubrió toda su alma al P. Plati, dióle cuenta de toda su vida desde su primer uso de razón, manifestóle los azares y dificultades á que Dios le había sometido hasta ver lograda su vocación á la Compañía. El Padre escuchaba atónito cuanto Luis le decía, y anteviendo con mirada perspicaz lo que había de suceder andando el tiempo, y considerando que aquella gran lumbrera de santidad no había

de quedar oculta debajo del celemín, sino que Dios la había encendido para iluminar con sus resplandores á muchas almas; púsose desde entonces á escribir su vida, á fin de que el tiempo no sepultase en el olvido cosas tan grandes y maravillosas. Y esta fué la primera y más auténtica biografía que de nuestro Santo se escribió.

Enterado del estado en que se hallaba el alma de Luis, prescribióle el orden de vida que debía observar el tiempo que viviese bajo su dirección, y el obedientísimo joven cumplió con la mayor perfección que puede imaginarse cuanto le encargó su maestro. He aquí el orden diario de sus ocupaciones. Todos los días en levantándose ofrecía con ferviente afecto al Señor sus pensamientos, palabras y obras: luego hacía su hora de oración con incesantes lágrimas y singulares consuelos del cielo: en seguida bajaba á la iglesia y ayudaba cinco ó seis misas arreo con la modestia de un ángel y los ardores de un serafín. Si entre una y otra misa le sobraba algún espacio de tiempo libre, retirábase silencioso y recogido á la sacristía, y puesto de rodillas delante de las reliquias que allí se conservaban, ocupábase en meditar, ó rezaba el oficio parvo de Nuestra Señora, ó leía en algún libro espiritual. Terminadas las misas, íbase á tener un rato de lectura en San Bernardo, y luego se aplicaba con los otros novicios á los oficios domésticos que le señalaba el Hermano Distributario, esto es, el novicio que hacía para con sus compañeros las veces del Superior, prescribiendo á cada cual las ocupaciones en que debía emplearse, conforme á las instrucciones que recibía del mismo Superior. Por la tarde, unas veces le enviaban de compañero de alguno

de los Padres, que salían á visitar las cárceles ú hospitales, y no estaba allí ocioso nuestro Santo, pues mientras el Padre se ocupaba en confesar á los presos ó enfermos, él trabajaba con gran celo y fervor catequizando á unos, consolando á otros ó preparándolos para bien confesarse. Otras veces se quedaba en casa, y empleaba la tarde en los oficios domésticos que le señalaban.

Mas ¿cómo explicar con pocas palabras los muchos y bellísimos rasgos de obediencia con que Luis edificó á todos los moradores de aquella santa casa todo el tiempo que en ella residió? Cierto, en esta virtud como en todas, no había más que desear: practicábala con toda la perfección que nos dejó trazada el santo Fundador en su carta de oro acerca de esta virtud. Nunca tuvo ojos humanos para ver si el que le mandaba era más ó menos docto, más ó menos prudente, más ó menos caracterizado por otras dotes de naturaleza ó gracia; pero teníalos de ángel para ver y acatar á Dios en cualquiera superior, aunque fuese el último de los Hermanos coadjutores. ¡Qué gozo daba verle ocupado en la iglesia ó sacristía hecho un humilde criadito del Hermano sacristán, y recibiendo sus órdenes, descubierta la cabeza, las manos juntas, los ojos bajos, y todo su exterior respirando humildad y respeto, como pudiera presentarse delante del mismo P. General!

Con el mismo respeto y acatamiento trataba al Hermano Distributario: en viéndole llegar á donde él estaba, levantábase al instante, descubríase la cabeza, y hacíale una gran reverencia. Corrido y confuso el Distributario de verse honrado con tan desacostumbradas reverencias y cortesías, quejóse de esto con el Superior, el cual avisó al santo joven que omitiese aquellas exce-

sivas muestras de respeto, y tratase al Hermano con la llaneza que solían los demás.

Y para que mejor se entienda hasta qué punto llevaba Luis su puntualidad en la obediencia, referiré algunos casos que por este tiempo le acontecieron.

Estaba una tarde ocupado en la solana con otros novicios recogiendo y doblando la ropa blanca que estaba tendida al sol: después de haber pasado un buen rato en esta faena, vínole á la memoria que aquel día no había tenido aún su acostumbrada lección de San Bernardo, y sintióse inclinado á ir á satisfacer esta su devoción, toda vez que podía ir sin faltar á la obediencia, pues le habían dejado libre el quedarse en la solana ó retirarse al aposento. Mas reflexionando un poco, dijo para sí: —¿Qué te va á decir el glorioso San Bernardo en sus libros? ¿que practiques con fervor y constancia la obediencia? Pues bien, haz cuenta que ya lo has leído, y que es ya tiempo de practicarlo. Con esta reflexión comprendiendo que lo más perfecto era quedarse todo el tiempo que pudiese en aquella obediencia, así lo ejecutó.

El día de jueves santo envióle el sacristán al monumento, con el encargo de estarse allí cerca vigilando sobre el alumbrado, y cuidando de que las velas ardiesen bien. No creo pudiese darse obediencia más dificultosa para esta alma enamorada de Jesús sacramentado, que obligarle á estarse en día de tan grandes misterios y recuerdos, delante del dulcísimo objeto de sus amores, sin poder soltar la represa á los afectos de su corazón y á las lágrimas de sus ojos, y atendiendo sólo á aquella ocupación material que le habían encomendado. ¡Cuánta fuerza se tendría que hacer para que los ojos y el alma

no se le fuesen á donde estaba su tesoro que era el Dios escondido en el tabernáculo! Y sin embargo cumplió tan exactamente su cometido, que perseveró varias horas exclusivamente atento á lo que le habían mandado, y tan ajeno á todo lo demás, que preguntándole después uno de sus connovicios que tal le había parecido el monumento, respondió que no lo había visto, pues habiéndole ordenado el sacristán atender al alumbrado, no creía poder cumplir bien esta orden distrayéndose en mirar otros objetos. Y á la verdad no era mucho que mortificase Luis la natural curiosidad de ver el ornato del templo, cuando sacrificaba en aras de la obediencia su ardentísimo amor á Jesús sacramentado. Ya veremos en su propio lugar cuánto sobresalió Luis en este suavísimo culto, las frecuentes visitas que hacía al Santísimo, el fervor con que se preparaba para comulgar, y los inefables sentimientos que le comunicaba Dios en sus comuniones. No se hartaba de estarse postrado en oración delante del sagrario, y á no haberle puesto coto su P. Maestro, allí se le pasaran sin sentirlo largas horas del día y de la noche.

Empero el P. Plati que observaba con harto pesar cómo la incesante actividad del espíritu iba poco á poco gastando y consumiendo aquella vida preciosa, cortábale cuanto podía el vuelo de sus fervores, y á este fin le ordenó que todos los días después de la quiete ó recreación que se tiene á medio día y por la noche, se quedase otra media hora con los que comían en segunda mesa, aunque él comiese en la primera. Cumplió como siempre exactamente lo que se le había ordenado. El P. Ministro que ignoraba este mandato del Superior, no poco maravillado de que el obedientísimo Luis, al toque de

campana de fin de quiete, en vez de retirarse con los de primera mesa, siguiese tranquilamente en su conversación, reprendióle por ello, y mandóle decir públicamente su culpa en refectorio. Gozoso Luis cuanto decirse puede por haber logrado tan bella ocasión de ser reprendido y castigado sin culpa, calló y obedeció con la misma humildad que si realmente fuera culpable; pero llegada la hora del recreo quedóse otra vez á segunda quiete por obedecer á su Maestro. El Ministro más asombrado y casi no creyendo lo que veía, cargó más la mano, y dióle nueva penitencia, sin que Luis desplegase sus labios para justificarse. Informado el P. Plati de lo que pasaba, llámale á su aposento y le dice:

—¿Es posible, Hermano Luis, que con vuestra manera de proceder hayáis escandalizado á la comunidad acusándoos dos días arreo de la misma falta? ¿Cómo no manifestasteis al P. Ministro la orden que teníais de asistir á segunda quiete, con lo cual evitabais el mal ejemplo que habéis dado á vuestros Hermanos?

—Padre, respondió Luis, cuando el P. Ministro me reprendió, ofrecióseme por una parte el mal ejemplo que podía dar á la comunidad confesándome culpable; pero por otra me pareció que el deseo de excusarme delante del P. Ministro podía nacer de amor propio disfrazado con color de edificación y buen ejemplo. Así pues me determiné á callar por dos veces; y á la tercera justificarme, delante del P. Ministro, para evitar el escándalo de mis Hermanos.

Otra vez sucedió que leyendo el santo novicio durante la comida en refectorio, no se pudo oir bien la lectura á causa de no se qué ruído que allí cerca hicieron. El Distributario que no acababa de maravillarse de la

humildad con que Luis recibía cualesquiera reprensiones y penitencias, quiso hacer nueva experiencia de su virtud, y aprovechándose de esta ocasión, reprendióle echándole en cara el detrimento espiritual que por su culpa y descuido había ocasionado á la comunidad, privándola del fruto de la lectura. Luis que lejos de merecer reprensión por su manera de leer, era acreedor á grande alabanza, pues leía no sólo con esmero, sino con sumo gusto y devoción, lejos de excusarse, pidió perdón al Hermano con suma humildad, prometiéndole la enmienda para adelante, y deseoso de resarcirle cuanto antes el perjuicio que pudiera haberle ocasionado involuntariamente, repitióle con agrado la lectura del refectorio, dejándole pasmado y atónito con este ejemplo de profundísima humildad.

Mas á decir verdad no había de que maravillarse de ver sufrir sin queja ni excusa una reprensión inmerecida, al que por faltas ajenas recibió muchas veces la penitencia, cual si fuesen suyas, gozándose de imitar en esto al divino Maestro, que siendo la misma inocencia, quiso cargar con los pecados de todo el mundo.

En la observancia de las reglas fué siempre intachable: antes que faltar á la más mínima de ellas, hubiera arrostrado cualquier sacrificio gustosísimamente, como quien está íntimamente convencido de que no puede llamarse pequeño lo que acarrea un peso eterno de gloria, ni insignificante lo que se hace por cumplir la voluntad de Dios. Bien lo mostró en la ocasión que aquí diré. Estando Luis un día en la sacristía de nuestra iglesia, entró á hablarle el Cardenal de la Rovere pariente suyo. El Santo, saludándole cortésmente, díjole con santa libertad y religiosa modestia que le dispensase de hablar-

le, pues no tenía licencia del Superior. Admirado y edificado el ilustre Cardenal de este brillante rasgo de observancia regular, abstúvose de tratar con Luis hasta tener permiso del P. General, á quien se hizo anunciar. Complacido éste y edificado no menos de la observancia del novicio, que de la bondad del noble purpurado, dijo á éste que tenía amplia facultad para hablar con Luis cada y cuando que quisiese.

CAPÍTULO IV

VUELVE AL NOVICIADO DE SAN ANDRÉS. SU DEVOCIÓN Á JESÚS SACRAMENTADO. SU ESPÍRITU DE ORACIÓN

1586

HABIENDO permanecido Luis en la casa profesa por espacio de unos dos meses, fué enviado de nuevo á la casa de probación, con increíble consuelo de los novicios que suspiraban por disfrutar de su santa compañía, y aprovecharse de sus ejemplos de virtud. En llegando al noviciado, presentóse á su P. Maestro, y dióle cuenta del modo como había empleado aquel tiempo de su ausencia, de los adelantos que su alma había hecho en el camino de la perfección, y en particular manifestóle el singular gusto y consuelo que su alma había experimentado con el uso más frecuente de las visitas al adorable Sacramento del altar, por la buena proporción que le ofrecía el asiduo ejercicio de ayudar á misa, y servir al Hermano sacristán en las cosas de su oficio.

No es razón pasar de ligero sobre este punto del amor de Luis á Jesús sacramentado, como quiera que es cosa muy sabida haber sido nuestro Santo uno de los que más han sobresalido en esta suavísima devoción,

de tal suerte que con frecuencia los pintores le representan puesto de hinojos delante de la sagrada custodia, en actitud de adorar el Santísimo Sacramento. Bastaba tocar este asunto en las conversaciones, para que el rostro de Luis se encendiese con los ardores en que su corazón se abrasaba. Hablaba tan altamente de este soberano misterio, discurría con tal acierto, unción y suavidad acerca del amor que Jesús nos manifiesta al admitirnos á este celestial banquete, que no solamente los novicios se enfervorizaban con sus pláticas, particularmente las vísperas de comunión, mas aun aquellos Padres más graves y autorizados de la casa profesa, el tiempo que Luis estuvo allí, procuraban juntarse con él en la quiete de la noche, para oirle razonar de la sagrada eucaristía, y con esto disponerse mejor á la celebración del santo sacrificio de la misa.

Mas ¿quién podrá dignamente encarecer los ardorosos deseos y vivas ansias con que anhelaba por la sagrada comunión? ¿quién explicar la devoción y afecto con que se preparaba para comer este pan de ángeles? Si en medio del bullicio del mundo le hemos visto derretirse de puro amor al pie del sagrado tabernáculo, al prepararse y dar gracias los días de comunión, ¿cuánto subiría de vuelo su devoción y fervor siendo religioso? Y era así que toda diligencia le parecía pequeña para preparar en su pecho digna morada al Rey de los cielos, ni se contentaba con la preparación próxima que hacen el mismo día de la comunión y aun el día antes las almas fervorosas, sino que toda la semana se le iba en disponerse para la próxima comunión, ó en dar gracias por la pasada, de tal suerte que consagraba el lunes, martes y miércoles á cada una de las tres divinas Per-

sonas en agradecimiento por la merced que le habían hecho en la comunión del domingo: y por el mismo estilo, ofrecía los tres días restantes al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, suplicando á cada persona en particular le aparejase y adornase su alma para poder presentarse con la ropa nupcial al sagrado convite el domingo siguiente. Con estos afectos y deseos se acostaba la noche del sábado, con ellos despertaba el domingo, con ellos daba nuevo pábulo á la llama de amor que ardía siempre en su oración de la mañana, con ellos finalmente se llegaba al altar sacrosanto, puro como un ángel, y enamorado como un serafín.

A tal preparación correspondía maravillosamente la acción de gracias. Aquellos momentos en que disfrutaba de la presencia del soberano Huésped que en su purísimo pecho se reclinaba, eran para Luis los más felices de toda la semana. Allí era el deshacerse como blanda cera en el fuego del divino amor, allí el gozar sosegadamente de los suavísimos ósculos de su Amado, allí el verter de sus ojos arroyos de lágrimas, allí las hablas interiores de Dios á su alma y de su alma á Dios, allí en fin el gozar de un cielo anticipado. Y si la obediencia no le llamara á otra parte, allí se quedara todo el día gozando de tanto bien. Mas aunque con el cuerpo se ausentaba del templo, el alma quedaba unida con su Dios, ocupándose sus potencias en hacerle fiesta muy regocijada todo lo restante del día. Pero más particularmente se esmeraba en santificar la mañana, guardando riguroso silencio, y leyendo á ratos en algún devoto tratado de San Agustín ó de San Bernardo.

En vista de lo que acabamos de referir, fácilmente se comprenderá á qué altura de oración llegaría siendo re-

ligioso el que ya en el siglo padecía frecuentes éxtasis y arrobamientos, como se ha dicho en el libro primero. Veamos pues acerca de esto en primer lugar qué sentía de la oración y en cuánta estima y aprecio la tenía, luego examinemos cómo se disponía para este santo ejercicio, y finalmente qué frutos sacaba de él.

Y comenzando por lo primero, aunque basta para entender el altísimo concepto que tenía de la oración traer á la memoria las largas horas que á ella consagraba ya desde su niñez, todavía será provechoso recoger aquí compendiosamente algunas importantes máximas que en esta materia nos dejó. Tenía muy fijo y asentado en su alma que no es posible enseñorear las pasiones, ni alcanzar la santidad, sin darse de veras á la oración y al recogimiento.—¿De dónde nace, decía, aquel espíritu de inmortificación, aquella continua turbación y descontento con que vemos á algunos religiosos andar gimiendo y reventando con la suave y liviana carga de la vida común, sino de descuidarse en el cotidiano é importantísimo negocio de la oración? Ojalá, añadía, se persuadiesen bien de esta verdad estos religiosos, pues no dudo que si probasen en sí mismos el vigor y alientos que comunica al alma el trato frecuente con Dios, no se cansarían nunca de estarse hablando con Él. No acertaba á comprender este bendito joven que hubiese religiosos que se entregasen tan de lleno á las ocupaciones exteriores, aun en provecho espiritual de los prójimos, que olvidándose de aquella prudencia de serpiente que Cristo nos encomienda, viniesen á descuidar y aun dejar del todo este indispensable alimento del alma.

Esto sentía Luis acerca de la importancia de la ora-

ción, de donde nacía aquel constante esmero y solicitud con que se preparaba y disponía para tenerla siempre del mejor modo posible. Para esto, lo primero tenía gran cuenta con la pureza y limpieza del corazón, apartando de él cuanto pudiese mancillarlo, y echando lejos de sí todo pensamiento, cuidado ó solicitud que pudiera menoscabar su paz y tranquilidad. Porque no es posible, según lindamente decía el mismo Santo, que se refleje la imagen de Dios en el alma agitada de varios afectos y pasiones ó manchada con el polvo y lodo de faltas y defectos no llorados. Y para declararlo más, traía esta comparación: así como en la superficie del agua pura y cristalina, si está quieta y tranquila se retrata perfectamente la imagen del hombre que en ella se mira como en claro espejo; y por el contrario si el agua está turbia ó agitada, no es posible ver en ella ninguna imagen bien formada; así nuestra alma cuando está quieta y serena, recibe fácilmente la imagen del Criador; mas si los movimientos y agitación de las pasiones la enturbian y oscurecen, ni logrará verse á sí misma, ni transformarse en la imagen de su divina Majestad.

Lo segundo, para mejor y más presto lograr esta completa paz del corazón y esta intachable pureza del alma, examinábase con frecuencia, y como su espíritu iluminado de continuo con los resplandores de la divina lumbre, divisaba hasta los más pequeños átomos de sus imperfecciones, y su voluntad por el asiduo ejercicio de la interior mortificación emprendida desde la niñez y por la gran copia de la gracia de Dios, había logrado apaciguar aun los primeros movimientos de las pasiones, raya en portento apenas visto en otros Santos la

pureza de conciencia á que llegó este angelical mancebo. Muchos Padres y Hermanos que le trataron familiarmente y por largo tiempo en la Compañía, depusieron con juramento no haber advertido jamás en él falta venial, ni aun el más ligero movimiento de impaciencia ni de ninguna otra pasión.

Mas ¿quién lo creyera? esta misma prodigiosa inocencia que era el pasmo y asombro de cuantos le trataban, fué más de una vez punzante espina que lastimó su fervoroso corazón. Porque como de un lado era tan humilde, y sentía tan bajamente de sí, y se tenía por el mayor pecador, y de otro por más que examinase todos los rincones de su alma, é hiciese anatomía de todos los afectos de su corazón, no hallaba cosa que llegase á culpa venial; afligíase grandemente recelando no hubiesen caído sobre su alma las tinieblas espirituales con que suele Dios castigar á los soberbios y orgullosos. Manifestó este su temor al Padre Maestro de novicios, con cuyos avisos y consuelos recobró aquella serena é imperturbable paz que Dios le había concedido, y es gaje ordinario de las almas puras é inocentes.

No satisfecho Luis con esta preparación que podemos llamar remota, disponíase más próximamente para la meditación, preparando los puntos de la misma por espacio de un cuarto de hora, y cumpliendo puntualísimamente las adiciones y avisos que da San Ignacio en su incomparable libro de los Ejercicios espirituales. Su postrer pensamiento al acostarse era el de la meditación del día siguiente, y en dispertando á la mañana, luego apartando todo otro recuerdo ó cuidado, fijaba su mente en el asunto de la meditación. Con este cuidado y diligencia y con la constancia que tuvo siempre en exami-

San Luis en oración.

nar su oración, vino á salir tan aventajado maestro de esta soberana ciencia, que no se desdeñó de hacerse discípulo suyo el mismo P. Roberto Belarmino, que después fué cardenal de la santa Iglesia. Este insigne varón, al proponer los puntos de meditación á los estudiantes del colegio romano en tiempo de ejercicios, añadía á los puntos, preciosos documentos sobre la manera de orar con provecho, y solía añadir algunas veces:—«Esto aprendí de nuestro Hermano Luis.»

Oraba con tal atención, recogimiento y fervor, que ni aun escupir ni menearse osaba, por no distraerse; y por la grande fijeza de la mente, vehemencia del afecto y continuas lágrimas que de sus ojos se desprendían, salía de la oración tan fatigado, que apenas podía tenerse en pie de pura debilidad. Y fué menester que los superiores, así durante su noviciado, como después de él, le fuesen á la mano, y le exhortasen á moderar su fervor, y poner tasa y medida á sus lágrimas por temor de que estas debilitasen su cabeza y perjudicasen á sus ojos: mas todos estos avisos fueron inútiles, pues lo mismo era ponerse Luis en el divino acatamiento para orar, que inundarse su alma en torrentes de celeste dulcedumbre, y convertirse sus ojos en fuentes de lágrimas, sin que valiesen humanas industrias contra las trazas de Dios que hallaba sus delicias en comunicarse á esta alma inocentísima. Y apenas pudiera creerse, si no se supiera por el testimonio irrecusable de su mismo director espiritual, lo que aquí diré. Al dar nuestro Santo la cuenta de conciencia, que por regla se ha de dar cada seis meses, preguntóle el Superior si durante la oración se sentía fatigado de distracciones. A esto respondió Luis llana y sinceramente:

—Padre, por la misericordia de Dios, son bien pocas las que he padecido en estos seis meses. Paréceme que todas juntas no durarían el tiempo de una Ave María.— ¿Quién no se asombra ante tal milagro de fervor y unión con Dios? Este rarísimo privilegio de no tener en la oración ningún pensamiento ajeno de la misma, puso grande admiración al Cardenal Belarmino, como favor concedido á muy pocos. Mas si gozara Luis de este favor solamente durante su noviciado, no fuera tanto de admirar, por ser aquel tiempo de mayor quietud y recogimiento; lo que causa mayor asombro es que en el mayor fervor de sus estudios, y en sus viajes, y durante toda su vida lograse tal fijeza y atención de su mente en Dios. Y no sólo estuvo libre de distracciones, mas ni siquiera advirtió una sola vez, en los seis años de su vida religiosa, que entrase en su aposento el visitador que recorre los aposentos en tiempo de oración.

Pero ¿quién podrá en pocas palabras, explicar los sentimientos espirituales é ilustraciones con que Dios enriquecía su alma, tanto en la oración mental, como en las vocales? ¿Cómo dar una idea del gusto y suavidad que siempre hallaba en la contemplación de Cristo crucificado, asunto predilecto de sus meditaciones? No dejaba pasar ningún día sin trasladarse con la imaginación al Calvario en la hora de medio día, y enternecido y compungido con la viva aprensión del misterio de la cruz, rezaba una breve antífona en memoria de la pasión y muerte del divino Salvador.

Permitiéronle los superiores mientras estuvo en el noviciado proseguir la devoción que en el siglo tenía de rezar el oficio canónico; y eran tántos y tan extraordinarios los sentimientos espirituales que su alma hallaba en al-

gunos salmos, que la vehemencia del afecto le embargaba la lengua, de suerte que no podía pronunciar las palabras sino con gran dificultad, y así empleaba cuando menos una hora entera sólo en el rezo de maitines.

Fué asímismo devotísimo de los santos Angeles, y en particular del de su guarda: y no podía ser menos, pues toda su vida fué un remedo de la que viven cerca de Dios aquellos dichosos y purísimos espíritus. Gozábase singularmente con la meditación de sus excelencias, razonaba de ellas con sus compañeros, y eran tan altos y escogidos los pensamientos que sacaba á plaza en estas conversaciones, que el P. Vicente Bruno condiscípulo de Luis, maravillado de oirle hablar con tal espíritu y alteza de esta materia, le pidió escribiese una meditación ó discurso sobre ella. Accedió gustoso á tan santo deseo nuestro Luis, y bajo el modesto epígrafe de *Meditación* nos dejó escrito un hermoso panegírico de los santos Angeles, cuyas brillantes páginas no pueden leerse sin que el alma se sienta poseída y cautivada de amor y admiración, no menos de la sublime grandeza de los Angeles del cielo, que del Angel de la tierra que tan á maravilla los celebra y enaltece. No se sabe qué admirar más en este razonamiento: si el orden y buena disposición de sus partes, ó la copia y riqueza de pensamientos á cual más selectos, ó la unción y espíritu que penetrando hasta lo interior del alma la enamora de aquel soberano Monarca que tan grande y espléndido se mostró con aquellos espíritus nobilísimos.

Mas hora es ya que digamos algo de los frutos abundantes y sabrosísimos que de esta oración y de estas sus devociones sacaba nuestro Santo. Caminando con el tesón y perseverancia que hemos visto por el arduo sen-

dero de la meditación, llegó Luis al suave descanso de la contemplación, cumpliéndose en él lo que dice el Apóstol: *Nosotros con rostro descubierto y sin el velo de Moisés miramos como en espejo, y contemplamos la gloria del Señor, y nos transformamos en su misma imagen, pasando de una claridad á otra, movidos del divino Espíritu* (1). Es la contemplación, en sentir de San Francisco de Borja, el alto sitial y trono donde se sienta el alma á disfrutar de la paz, descanso y reposo con su Dios. A esta paz y apacible unión con Dios sube el alma poco á poco, remontándose con las alas de la oración y mortificación, y á medida que se va allegando á su Criador, viéndole, digámoslo así, más de cerca, pasa de una claridad á otra, y adquiere de Él un conocimiento más distinto y luminoso, con el cual en cierta manera se transforma en su divina imagen.

Y este fué el primer fruto que cogió Luis del árbol fertilísimo de la oración. A la manera que los Angeles del cielo siempre están contemplando el soberano rostro del Padre celestial (2), así Luis salía tan endiosado de su oración, que no podía en todo el día apartar los ojos de su alma de aquella soberana hermosura. Y él mismo hubo de confesar que tanta dificultad sentía en desviar su pensamiento de Dios, cuanta suelen otros hallar en acordarse de Él.

De este altísimo conocimiento y continua unión de su mente con Dios, procedía el segundo fruto, que fué la constante unión de su voluntad, que saliendo de sí

---

(1) Nos vero omnes revelata facie gloriam Domini speculantes, in eamdem imaginem transformamur a claritate in claritatem, tanquam a Domini Spiritu. II. *Cor. cap.* III, *v.* 18.

(2) Angeli eorum semper vident faciem Patris mei. *Matth.* XVIII, 10.

con grande ímpetu de amor, se abrazaba con su Dios, traspasando en él todos sus afectos y deseos, sin querer ni amar ninguna cosa fuera de Dios. Y estos incendios de amor divino eran tan vivos y poderosos, que no cabiendo en su corazón, hacíanlo palpitar con vehementes impulsos, y ponían su semblante todo sonrosado y transformado, que parecía un serafín.

Los consuelos y visitaciones que de Dios recibía eran muy frecuentes, y le acompañaban aun en medio de sus ocupaciones, durándole á veces más de una hora, y dejándole todo absorto y fuera de sí y como ebrio de divino amor. Mas á medida que medraba su alma, y se unía más estrechamente con Dios, su cuerpo se iba enflaqueciendo y agostando, y los dolores de cabeza tomando creces hasta el punto de obligar á los superiores á tomar providencias extraordinarias para ver de aliviárselos. Comenzaron por quitarle todos los ayunos, abstinencias y maceraciones corporales con que no cesaba de atormentar su inocente cuerpo, añadiéndole al propio tiempo más sueño y descanso, y acortándole de media hora el ejercicio de la oración retirada. Después le mandaron que la dejase por completo, y le señalaron varias ocupaciones exteriores y trabajos manuales en que anduviese atareado todo el día, sin dejarle tiempo para ningún ejercicio mental, y con encargo muy apretado de no pensar en Dios, y de no usar sino muy raras veces las oraciones jaculatorias que de su corazón continuamente exhalaba.

Rindióse Luis como perfecto obediente á este mandato por demás dificultoso y arduo para quien como él sólo vivía por Dios, y sólo en Dios hallaba consuelo y descanso. Advirtiendo un Padre que nuestro fervoroso

novicio, si bien se esforzaba en cumplir puntualmente las órdenes del Superior, sin embargo desde que no podía orar, se hallaba privado de su mayor alivio, y como pez fuera del agua; compadeciéndose de él le dijo:

—¿Queréis, Hermano Luis, que os alcance licencia de nuestro Padre General para tener siquiera una hora de oración cada día?

—No, Padre mío, de ninguna manera, respondió el Santo. La voluntad de Dios está sobradamente manifestada: y empeñarnos en lo contrario, sería barrenar la santa virtud de la obediencia, y apartarnos de aquella perfecta indiferencia que nos pide nuestro Santo Padre.

Así que lejos de querer atraer la voluntad del Superior á la suya, se esforzó el obedientísimo Luis en desnudarse de aquella afición que siempre había tenido á la oración, para dar cabal cumplimiento á lo que le estaba prescrito. Mas ¿cómo conseguirlo? ¿Cómo quitar de repente el hábito ya connatural de tener la mente fija en su Dios? ¿Cómo cerrar la puerta de su corazón á las incesantes avenidas de celestiales consuelos con que Dios le visitaba? Ésta fué á no dudarlo la más terrible prueba á que fué sometido nuestro Santo, éste el más cruel martirio con que pudo ponerse á prueba su amor, martirio que le valió aquel célebre elogio de la seráfica Madre Santa Magdalena de Pazzis, cuando por divina revelación pregonó á Luis como *Mártir desconocido* en lo exterior, pero ciertamente inmolado en lo interior de su corazón.

Y en efecto, más llevadero hubiera sido para esta alma enamorada de la cruz de Cristo ver sus miembros despedazados, que el tener que arrancar su corazón de Dios, á quien volaba con más fuerza que la piedra gra-

vita hacia su centro. ¿Quién será capaz de entender la violenta y porfiada lucha que hubo de emprender Luis con Dios nuestro Señor, para no desagradar al mismo Dios apartándose de la obediencia? Oigámoslo de boca del mismo Santo que descansando con un Padre en este grande aprieto, le decía:

—En verdad, Padre mío, yo no sé qué partido tomar en tan apurado lance. Mándame el P. Rector que no tenga oración, á fin de proporcionar con esta medida algún alivio á mis dolores de cabeza. Pero la verdad es que á mí me causa mayor fatiga y cansancio el despedir los pensamientos de Dios, que el estar siempre pensando en su divina Majestad. Porque esto con el uso se me ha hecho tan fácil y connatural, que lejos de cansarme, me sirve de recreo y descanso. Con todo, yo me esforzaré cuanto pueda por obedecer.

Hizo efectivamente esfuerzos inauditos para cerrar las ventanas de su alma á los torrentes de lumbre celestial con que á todas horas Dios le visitaba; mas en vano: cuanto más huía él de Dios, tanto más este divino amante á todas partes le seguía. El único consuelo que le había permitido la obediencia eran las frecuentes visitas al Santísimo; pero á condición que no se detuviese en ellas más de lo preciso para hacer un breve acto de adoración. Así pues iba muchas veces Luis cual cierva herida á aquella fuente de aguas vivas, para apagar la sed que le abrasaba de tratar con Dios. Mas no bien se había arrodillado delante del adorable Sacramento, temeroso de que le sobreviniese alguna divina consolación que le entretuviese allí más de lo que le era permitido, huía presuroso procurando distraer la mente á otras cosas. Mas tampoco le aprovechaba esta diligen-

cia, pues todas las cosas le hablaban de Dios, y en todas veía siempre el amor de aquella soberana é infinita Bondad; de donde sin sentirlo se hallaba engolfado de nuevo en un piélago de celestiales delicias. Clamaba entonces con profunda humildad: *Recede a me, Domine, recede a me*. Apartaos, Señor, apartaos de mí. Mas ¿cómo se había de apartar aquel Esposo amantísimo de esta alma que con su pureza y hermosura le había llagado el corazón? ¿Cómo había de dejarse vencer en esta lucha de amor y de generosidad el que es la misma caridad y amor increado? Así que la misma santa Iglesia en el oficio litúrgico de nuestro héroe confiesa que este hubo de darse por vencido, rindiéndose á su Dios que en todas partes le salía al encuentro (1). Y los superiores al fin hubieron de persuadirse que el remedio prescrito á Luis para alivio de sus dolores de cabeza, había sido peor que la enfermedad; por lo cual le levantaron la prohibición que le habían impuesto, y le permitieron algún moderado ejercicio de oración mental con inefable consuelo de su alma.

Mas nadie piense que este amor de la oración le entibiase un punto en el celo de las almas, ni le desviase en lo más mínimo de las obras de misericordia para con el prójimo, tan propias de nuestro instituto. La caridad, al decir de San Bernardo, tiene dos alas, con las cuales el alma remonta su vuelo hasta unirse con Dios: para este tan encumbrado vuelo es fuerza que ambas alas sean iguales en tamaño y consistencia, y que con un mismo ímpetu de amor divino acudamos á las obras que

(1) Iussus propterea mentem a divinis rebus tantisper avertere, occurrentem sibi ubique Deum irrito conatu fugiebat. (Lect. VI.)

miran á nuestro propio aprovechamiento, que á las que se enderezan al bien del prójimo. Con entrambas alas voló nuestro ángel, y bien se puede rastrear con cuánto fervor se aplicaría á las obras de celo que se practican desde el noviciado, por lo que acabamos de decir de su abrasado amor de Dios. Pero bien será oirlo de boca de un connovicio suyo, con quien salió muchas veces Luis á catequizar á los pobres y á visitar los hospitales. Este fué el P. Decio Striverio, cuyo interesante testimonio voy á trasladar fielmente del proceso de Castellón, y es el que sigue, suprimiendo algunos párrafos para evitar la repetición de algunos hechos ya referidos.

«Muchas veces, dice, durante mi noviciado salí en compañía de Luis á instruir al pueblo en la doctrina cristiana por las calles y encrucijadas de Roma, y á este fin solíamos escoger como sitio más á propósito la plaza de Montanara, por concurrir allí innumerable muchedumbre compuesta de proletarios de la ciudad, y sencillos aldeanos. En medio de ellos vi á Luis explicándoles con grande fervor los rudimentos de nuestra santa fe, y exhortándolos á hacer dignos frutos de penitencia. Y sucedió algunas veces volver Luis á nuestra casa profesa, acompañado de un gran número de aquellos pobrecitos que deseaban hacer allí una buena confesión de sus pecados....

También me acuerdo que siendo novicios, fuimos los dos al hospital de Nuestra Señora de la Consolación, para servir y consolar á los enfermos; y en este ministerio señalábase siempre Luis por su encendida caridad y celo de las almas. Un día mientras íbamos á este hospital, púsose Luis á explicarme por el camino el espíritu con que se ha de ejercitar este ministerio, y á él debo este pre-

cioso documento. Decía, pues, que entre tanto que servimos á los enfermos, es bien imaginar que la bienaventurada Virgen María nos presenta su precioso Hijo y Señor Jesucristo cubierto de llagas, rogándonos que se lo curemos. Y con este espíritu se aplicaba él á esta obra de misericordia.

Aconteció un día que al recorrer las camas de los enfermos, ofrecióse á nuestra vista una cuyas mantas estaban todas manchadas de sangre y asquerosa podre. No bien fijó Luis sus miradas en aquellas repugnantes manchas, demudóse de repente su semblante, poniéndose primeramente pálido como una cera, y luego encendido y colorado. Temiendo yo que no le diese algún accidente, le dije que se retirase de allí, y dejase á mi cuidado aquel enfermo. Mas él deseoso de vencer la natural repugnancia de los sentidos, mantúvose firme en su puesto, y quiso ayudarme en el servicio de aquel pobrecito, como de hecho lo hizo con generosa victoria de sí mismo. Preguntándole después yo la causa de aquella repentina mudanza de su rostro, me contestó que otras veces le bastaba ver sangre para caer desmayado. No sucedió así esta vez, queriendo el Señor, á lo que yo entiendo, premiarle con esta victoria el fervor de su caridad y el generoso esfuerzo que hizo para ahogar las repugnancias de la naturaleza.» Hasta aquí el P. Striverio.

Con estos y otros ejercicios de sólida virtud dió Luis feliz remate al primer año de noviciado, en cuyos últimos días fué enviado á Nápoles, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO V

ES ENVIADO Á NÁPOLES. VIRTUDES QUE ALLÍ EJERCITÓ Y ENFERMEDAD QUE TUVO

1586-1587

Gozosos caminaban por los senderos de la virtud los novicios de San Andrés, alentados con los heroicos ejemplos de su angelical Hermano Luis Gonzaga, y gobernados por su diestro y santo Rector el P. Pescatore, cuando plugo á la divina Providencia privarlos de ambos consuelos con la ocasión que vamos á contar. Por el otoño de este año 1586, cayó enfermo el citado Padre, y comenzó á arrojar sangre por la boca, haciéndose preciso por consejo de los médicos trasladarle á otra casa, parte para descargarle del peso de su oficio, parte para librarle de los aires de Roma que, como es sabido, son poco saludables.

Dispuso pues el P. General que el P. Pescatore se trasladase á Nápoles en compañía de tres de sus novicios, que por su poca salud también necesitaban otro clima más salubre. Con ocasión de este viaje diónos Luis otra muestra de su extraordinaria delicadeza de conciencia en punto á la perfección de aquella virtud que

tanto deseaba San Ignacio ver florecer en la Compañía: la virtud de la obediencia. Como supo el P. Pescatore el acuerdo tomado por el P. Aquaviva acerca de su ida á Nápoles, llamó á Luis y le dijo:

—¿Os gustaría, Hermano Luis, hacer un viaje en mi compañía?

—Si, Padre:—respondió el Santo sin vacilar.

Llamóle después otra vez el Padre, y le dijo que se dispusiese para acompañarle á Nápoles con el Hermano Jorje Elphiston escocés y el H. Juan Pruinet francés de nación.

Apenas oyó el santo joven esta disposición de la obediencia, vínole á la memoria la pronta respuesta que había dado al P. Rector, y temiendo haber con ella mostrado algún deseo de aquella jornada, é influído tal vez en el ánimo de los superiores para que se la ordenasen; afligióse sobremanera pareciéndole que en vez de responder al P. Rector que iría con gusto, debía contentarse con decir que haría lo que le fuese ordenado, sin mostrar más inclinación á ir que á quedarse. Y quedóle tan impreso en la memoria este escrúpulo, que después en diferentes ocasiones se lo reprochó delante de sus compañeros, manifestándoles cuánto sentía aquella que él llamaba ligereza y falta de indiferencia, y aconsejándoles que en semejantes casos nunca contestasen *si* ó *no*, antes bien se remitiesen en todo y por todo á la voluntad del Superior.

Pero ya que estaba resuelto su viaje á Nápoles, holgóse grandemente de ir en compañía de su santo Maestro, y á propósito de esto dijo á los dos novicios que habían de acompañarle:

—Demos gracias á Dios, Hermanos míos, por la di-

cha que nos cabe de poder viajar en compañía de nuestro P. Maestro, pues con esto tendremos excelente ocasión de aprender prácticamente cómo debe portarse en sus viajes y en el trato con los prójimos un buen hijo de la Compañía.

Salieron pues nuestros viajeros de Roma el día 27 de octubre, y los novicios de San Andrés hubieron de llorar en un mismo día la pérdida de dos santos: de su buen Maestro á quien todos amaban y veneraban como al mejor de los padres; y de Luis con cuya sola vista todos se animaban y consolaban. Habían los médicos ordenado que el Padre viajase en litera, por hallarse tan delicado del pecho, y así se hizo. De los tres novicios, dos debían ir montados á caballo y el tercero en la litera con el Padre. Quiso éste que Luis fuese su compañero, por ser de los tres el más achacoso y necesitado de este alivio: pero el humilde y caritativo joven, por más que desease gozar de la edificante conversación de su Maestro, suplicóle con vivas instancias que le permitiese ceder aquella comodidad á uno de sus compañeros. Al fin hubo de rendirse á la voluntad del Superior y sentarse en la litera; pero su insaciable sed de mortificación le sugirió traza y modo como hallar en el vehículo tanta ó mayor incomodidad que si anduviese montado en una cabalgadura, porque arrollando la ropa que traía, formó de ella un lío y sentóse sobre él, y con esto se desquitó de la comodidad del asiento con la molestia de estar mal sentado.

Llegados á una colina que en breve debía robar á su vista la ciudad eterna, Luis quiso despedirse de los Príncipes de los Apóstoles rezándoles la antífona y oración de su oficio con singular devoción y ternura de su alma,

y con la misma rezaba las siete Horas canónicas alternando con el Padre. Lo restante del tiempo consagrábanlo á la oración y santas conversaciones, de las cuales y de los buenos ejemplos que vió en su Maestro salió Luis tan enfervorizado, que al fin de su viaje confesó á sus compañeros haber aprovechado más en cuatro días de camino, que en muchos meses de noviciado. Pero sobre todo quedó prendado del modo tan espiritual al par que afable y cortés con que aquel santo varón trataba con los seglares, dejándolos á todos no menos complacidos que edificados.

El día 1.º de noviembre, fiesta de todos los Santos, llegó Luis á la ciudad de Nápoles, y tuvo el consuelo de estrechar entre sus brazos á los Padres y Hermanos de aquel colegio; y éstos á su vez se felicitaron y regocijaron en gran manera de poder gozar de la compañía y trato de aquel joven maravilloso, cuyas hazañas y virtudes habían oído tantas veces celebrar.

El primer cuidado de Luis á su llegada á Nápoles, fué ponerse á las órdenes de su nuevo Rector, y darle cuenta de su alma. El Padre, que era muy dado á los ejercicios de mortificación, gozóse viendo que Luis andaba por el mismo camino, y concedióle algunas más penitencias de las que en Roma le habían permitido; de lo cual no poco se alegró el fervoroso novicio. No salió este tan bien librado en lo tocante á la oración y otros ejercicios espirituales; porque deseando los superiores proporcionar alguna distracción á su mente fatigada por la asidua contemplación, acordaron aplicarle á los estudios antes que terminase el primer año de noviciado, contra la costumbre que suele observarse con los demás novicios. Precisamente por aquellos mismos días se

abrían las clases, y se daba principio al nuevo curso en aquel colegio, por lo cual pareció conveniente que Luis cursase el tercer año de la filosofía, y completase así los estudios que en el siglo había comenzado.

No se desmintió en ellos un solo punto la virtud de nuestro Santo. Interminables nos haríamos, si hubiésemos de copiar aquí los altos encomios que de él nos dejaron en los procesos el P. Juan Camerota, de quien oyó Luis su curso de metafísica, y el P. Vicente Filliucci. Ensalza el primero la profundísima humildad que admiró en su santo discípulo, su asidua mortificación, su espíritu de oración, su pureza de conciencia, y añade que no faltaba á todas estas prendas de virtud el vistoso esmalte del ingenio, con que logró el más brillante éxito de sus estudios.

Enaltece el segundo los sagrados ardores de su caridad, los arrobamientos y suaves deliquios que padecía en su oración, el extraordinario fervor con que se acercaba á recibir los santos sacramentos, su inagotable é industriosa caridad con el prójimo, que le incitaba á pedir muy á menudo visitar á los pobres de las cárceles y hospitales, y á hacerse en casa el ángel de paz entre sus Hermanos, siempre que entre ellos se originaba alguna divergencia ó amargura, su prudencia superior á sus años, su inalterable paz é igualdad de ánimo, aun en medio de cualesquiera contradicciones ó adversidades, y á pesar de los continuos y acerbos dolores de cabeza que le aquejaban, su amor filial á la santa pobreza, su modestia de todo punto perfecta é intachable, y su exactísima é inviolable observancia del silencio.

No le faltaron ocasiones en que ejercitar estas virtudes durante este tiempo: porque á pesar del cuidado que

tenían los superiores de que todos los Hermanos anduviesen decentemente vestidos, quiso Dios que sin ellos pretenderlo se diese á Luis una sobrerropa tan vieja, corta y descolorida, que el más mortificado de casa hubiese pedido se la cambiasen siquiera por decencia. Para Luis fué el mejor hallazgo que hizo en Nápoles, y salía por sus calles con tan pobre vestido más satisfecho que los mundanos con sus ricas vestiduras.

También en el aposento experimentó Luis los efectos de la santa pobreza, pues aunque seguía la distribución de tiempo que observaban los estudiantes, salvo el levantarse algo más tarde, por razón de su quebrantada salud, le colocaron en un cuarto donde habitaban varios novicios, y como estos se levantaban con la comunidad, con el ruído que hacían no dejaban dormir al Hermano Luis: el cual sobre los frecuentes insomnios que le robaban buena parte de la noche, debía sobrellevar la molestia de no poder dormir á la madrugada. Mas él lejos de quejarse por esto, alegrábase en el alma, y recogía con agradecimiento estas preciosas astillas del sagrado leño de la cruz. Mas no pudo disimular tanto esta molestia, que no llegase á oídos del P. Rector, el cual mandó luego que le señalasen otro aposento en donde estuviese él solo, y pudiese así con mayor quietud descansar por las madrugadas, y reparar el sueño perdido. Así se hizo, pero con tan infeliz suerte, ó por mejor decir con tan singular providencia de Dios y lucro espiritual de Luis, que lo que se ordenaba para su alivio le ocasionó un sinnúmero de actos de mortificación. Rarísima vez logró conciliar el sueño por la mañana en su nueva habitación, por estar situada debajo de una sala que era paso común para varios aposentos

y muy transitada, principalmente á la hora de levantarse, cuando todos suelen ir á ofrecer las obras del día delante de Jesús Sacramentado.

Solían los estudiantes del colegio de Nápoles asistir los días festivos á las funciones que se celebraban en la iglesia de la casa profesa, imitando en esto lo que se practicaba en el colegio romano. Y aunque el P. Ministro tenía buen cuidado de que no saliesen los que por su poca salud pudiesen correr algún riesgo, si se exponían al frío y á la lluvia, nunca reparó en que Luis era quien mayor necesidad tenía de este cuidado, y le dejó ir siempre cual si gozara de perfecta salud.

Acaeció por este tiempo la promoción del Ilmo. Don Escipión Gonzaga, primo de Luis, á la dignidad de la sagrada púrpura. Apenas se supo en Nápoles esta noticia, no faltó quien creyendo prestar un excelente servicio al santo joven, voló á participarle tan fausta nueva. Mas ¡cuál fué la sorpresa y confusión del mensajero, al ver que Luis en vez de alegrarse de tan plausible acontecimiento, se mostró frío y disgustado de que se supiese en Nápoles que él era primo del nuevo Cardenal!

Cerremos este capítulo con otro hermoso rasgo de abnegación y paciencia que dió Luis con ocasión de una enfermedad que por este tiempo padeció. Fué ésta una erisipela de muy mala catadura, que le tuvo más de un mes en cama, y puso en inminente riesgo su preciosa vida. Quiso Dios que el enfermero, á pesar de la gran solicitud y desvelo con que asistía de ordinario á los enfermos, padeciese en esta ocasión algunos olvidos que sirvieron para hacer resaltar más la solidísima virtud del santo joven. Sucedió un día que al hacer la cama del

enfermo, viendo que había necesidad de mudarle las sábanas, quitóle las usadas, y fué por otras á la ropería. Mas el bueno del Hermano se distrajo de tal manera, que hasta el día siguiente no se acordó de que el enfermo había quedado sin sábanas, y sin ellas pasó toda la noche, sin dar la menor señal de disgusto, y gozándose de sentir este efecto de la santa pobreza.

CAPÍTULO VI

REGRESA Á ROMA EN DONDE PROSIGUE SUS ESTUDIOS Y ACABA SU NOVICIADO

1587

Habiendo sabido el R. P. Claudio Aquaviva que lejos de aliviarse Luis de sus achaques con los aires de Nápoles, iba desmejorando, dispuso regresase á Roma para donde partió el día 8 de mayo de este año, habiendo vivido en Nápoles poco más de seis meses. Durante este tiempo habían pasado del noviciado de San Andrés al colegio romano varios connovicios de nuestro Santo, los cuales con la noticia de su venida se alegraron en gran manera, y más al saber que estaba destinado al colegio romano, en donde podrían gozar otra vez de su santa y amable conversación, y respirar el suave olor de sus virtudes.

Constaba á la sazón la comunidad de aquel colegio de unos doscientos sujetos, entre los cuales brillaban algunos de los más esclarecidos varones que ilustraron con su ingenio, saber y virtud el primer siglo de la Compañía de Jesús, y no es ligero indicio de la altísima perfección de nuestro héroe el haber deslumbrado con sus

rayos á lumbreras tan resplandecientes, como un Belarmino, un Vázquez, un Mucio Vitelleschi, un Azor, un Cepari, un Justiniani y otros no menos ilustres varones, cuyos nombres conserva la historia escritos con caracteres indelebles.

La llegada de Luis á aquel emporio del saber y escogido plantel de la Compañía fué motivo de júbilo y regocijo no sólo para los que le habían tratado en el noviciado, sino para todos, profesores y discípulos, como si todos ellos presintieran la purísima é imperecedera lumbre de gloria con que había de esclarecer á toda aquella dichosa morada este astro refulgente. Prosiguió Luis allí sus estudios de filosofía bajo el magisterio del P. Valle con tan feliz suceso, que á los pocos días le juzgaron apto los superiores para defender un acto general de toda la filosofía, y le encargaron que se preparase para ello.

No poco sintió el modestísimo joven que hubiesen puesto los ojos en él para un acto tan brillante, y más que le quisiesen los superiores dar mayor solemnidad y aparato del que otras veces se acostumbraba. Su humildad le persuadía que cualquiera de sus condiscípulos era más digno que él de aquella distinción, siendo así que á juicio de sus maestros nadie le igualaba ni en ingenio ni en aprovechamiento, á pesar del mucho tiempo de estudio que le quitaban sus achaques.

Imprimiéronse las conclusiones generales, y enviáronse ejemplares de las mismas á los señores Cardenales de la Rovere, Gonzaga y Mondeví, y á otros prelados y nobles personajes, quienes se dignaron honrar con su presencia aquel acto. Y para darle mayor esplendor, y juntamente obsequiar á tan ilustres príncipes, celebróse esta

liza escolástica en el gran salón de actos, y no en el General de teología como era costumbre.

Estos grandes preparativos y la invitación de los cardenales mortificaron sobremanera al humildísimo Luis, quien después de hacer lo posible para estorbarlos, y viendo frustrados todos sus esfuerzos, comenzó á deliberar cómo podría convertir aquella honra que contra su voluntad se le venía encima, en una pública humillación que le desprestigiase y anonadase delante de todos los que concurriesen á aquel acto. Ocurrióle que el mejor medio para esto sería contestar mal de industria, y dar soluciones disparatadas á los argumentos que le propusiesen los contrincantes. Halagábale para llevar á cabo este pensamiento el fervoroso deseo de conseguir en Roma una victoria sobre su amor propio tanto ó más gloriosa que la que en otro tiempo había reportado en las plazas más concurridas de Milán; pero retraíale el temor de faltar á su obligación, y deslucir el buen nombre de su amadísima Madre la Compañía.

Perplejo y dudoso con estos pensamientos, fuése á consultar el caso con el P. Mucio de Ángelis, profesor de filosofía, varón en quien corrían parejas el lustre del saber con la solidez de la virtud. El prudente Padre respondióle sin vacilar que se quitase de la cabeza semejante pensamiento, teniendo por cierto que la mayor gloria de Dios exigía que desempeñase su cometido lo mejor que pudiese. Rindióse Luis á su parecer; mas llegado el día y hora del acto, asaltóle de nuevo el mismo pensamiento, sintiendo vivamente que se le escapase de las manos ocasión tan propicia de humillarse; pero al fin juzgando ser camino más seguro atenerse al parecer ajeno que al propio, y sacrificar el interés particular al

bien general, acordó responder lo mejor que supiese, y así lo ejecutó.

Del resultado de este acto es abonado testigo el Reverendo P. Mucio Vitelleschi, sucesor del R. P. Claudio Aquaviva en el Generalato. He aquí sus palabras registradas en el proceso romano: «Halléme, dice, presente al acto general de filosofía que Luis sustentó,.... y como era el más aventajado de su clase, dió en esta ocasión tan brillantes muestras de ingenio y modestia, que no es fácil discernir en cual de estas dos prendas sobresaliese.»

Y por lo que á la modestia se refiere, dió de ella buen testimonio el subido carmín que encendió sus mejillas y el marcado disgusto que mostró en su semblante, cuando uno de los arguyentes dió comienzo á su argumentación con un magnífico elogio de la ilustre y antiquísima familia de los Gonzagas. Y como el Cardenal de Mondeví advirtiese la vergüenza y rubor del santo mancebo, admirado de ver en Luis hermanadas tanta ciencia con tanta virtud, tributóle también los más grandes elogios.

Nada digamos de lo que en esta y otras semejantes ocasiones disfrutaba el Cardenal Escipión Gonzaga, quien conociendo más á fondo la heroica virtud de su santo primo, la ponía sobre las nubes cuantas veces ocurría hablar de él. Razonando un día este ilustre príncipe con la Santidad de Clemente VIII, confesó que todas las veces que iba á hablar con Luis, se le enternecía el alma, y se le venían las lágrimas á los ojos por el interior afecto de devoción que le causaba la simple vista de aquel angelito.

Finalizado el curso de filosofía con la loa y aplauso

que acabamos de ver, y tocando ya á su término los dos años de su noviciado, recibió Luis de sus superiores la gratísima noticia de que tenía concedidos los votos religiosos para el día en que cumpliese sus dos años de probación. Faltan palabras para expresar la alegría y regocijo con que recibió el Santo tan fausta nueva, por lo cual no sabía cómo dar gracias á su divina Majestad.

Para mejor disponerse al sagrado holocausto con que se iba á ofrecer á su Dios en olor de suavidad, por más que en nada se hubiese entibiado ni distraído su espíritu con la tarea de los estudios, dió de mano por unos días á los libros, y recogióse á hacer los ejercicios espirituales de San Ignacio, con todo el fervor de su alma. Llegado por fin el tan suspirado día, que fué el 25 de noviembre, fiesta de su particular abogada Santa Catalina virgen y mártir, acercóse Luis al sagrado altar para celebrar su espiritual desposorio con el purísimo y amabilísimo Esposo de las almas castas; y con indecible ardor de devoción pronunció delante de la sagrada Hostia sus tres votos de Pobreza, Castidad y Obediencia perpetua en la Compañía de Jesús, con promesa formal é irrevocable de perseverar hasta la muerte en la misma Compañía en el grado en que ella quisiese admitirle. Celebró la misa en la capilla interior del colegio el Padre Vicente Bruno, que era á la sazón el Rector de aquel colegio, y luego que Luis hubo acabado de leer la acostumbrada fórmula de los votos, dióle el celebrante la sagrada comunión, y el bendito joven quedó anegado en un mar de delicias celestiales que le duraron todo aquel día, como se desprende de un curioso documento que nos dejó el arriba mencionado P. Mucio Vitelleschi,

con quien Luis trató íntimamente las cosas de su alma por espacio de cuatro años. He aquí sus palabras tomadas del proceso y trasladadas á nuestro romance: «Me hallé presente, dice, al acto que defendió de toda la filosofía y también cuando pronunció sus tres votos de castidad, pobreza y obediencia según se acostumbra en nuestra Compañía. Y fué tal el fervor de espíritu con que se ofreció al Señor, que rebosando en el cuerpo el interior fuego del alma, anduvo el bendito joven todo aquel día con el semblante encendido.»

Pocos días después de sus votos escribía Luis á su señora madre, dándole noticia del señalado beneficio que acababa de recibir de la divina mano en los términos siguientes:

Ilma. y muy honorab. madre en Cristo:

Si grande ha sido el gozo con que he leído las buenas noticias que de sí y de su familia me escribía V. S. estos días pasados, no ha sido menor el sentimiento que me han acarreado las cosas que de mi hermano se sirve indicarme. ¡Que el Señor se digne regirle y enderezarle, como se lo suplico, confiando ser oído de su divina Majestad! Sólo pido á V. S. me haga el obsequio de saludarle en mi nombre, encargándole lo que á él y á su casa tanto importa, esto es la debida sumisión á las personas á quien nuestro señor padre de feliz memoria le dejó encomendado.

Por lo que á mí se refiere tengo el gusto de participar á V. S. Ilustrísima la donación que de mí mismo hice á su Divina Majestad por medio de los votos, el día de Santa Catalina, por lo cual invito á V. S. á que alabe al Señor por haberme concedido tan señalado be-

neficio, y le suplico me ayude con sus oraciones á alcanzar del mismo Señor la gracia de observar perfectamente las obligaciones del estado á que se dignó llamarme, y de ir siempre adelante en su santo servicio, á fin de que acabado el curso de esta vida mortal, podamos vivir estrechamente unidos con Dios, y gozar de su vista en el cielo, en donde con tanto anhelo está esperando á todos sus escogidos.

Acepto asímismo la oferta que V. S. me hacía en su última carta de algunos dineros más para atender á algunos gastos de la correspondencia. A este fin sírvase V. S. remitirme otros 25 escudos (1). Pongo fin á la presente saludando á V. S., y suplicando al Señor se digne colmarle de su santa gracia.

De Roma á 11 de diciembre, 1587.

De V. S. Ilustrísima
obed. hijo en Cristo
LUIS GONZAGA, de la C. de J.

---

(1) Para desvanecer la extrañeza que podría causar en algunos la lectura de este párrafo, téngase presente que si bien el Santo, siguiendo la costumbre entonces admitida, para no hacerse gravoso al colegio, pedía con licencia del Superior algún dinero á sus padres con que sufragar los gastos de su correspondencia y de los apuntes de clase; nunca dispuso para nada de este dinero, ni aun lo tenía en su poder, sino dejábalo todo en manos del Procurador, como se dirá en el capítulo VIII de este libro.

CAPÍTULO VII

COMIENZA SUS ESTUDIOS DE TEOLOGÍA Y MODO ADMIRABLE QUE TUVO DE JUNTAR VIRTUD CON LETRAS

1587-1589

TERMINADOS los estudios de filosofía, emprendió luego el santo joven su curso de teología, en la cual tuvo por profesores á algunos de los más insignes varones que en España é Italia florecieron en aquel que bien puede apellidarse siglo de oro de la teología escolástica. Uno de estos fué el P. Gabriel Vázquez, español, á quien el doctísimo P. Fray Luis de San Juan Evangelista llamó ángel en vida y entendimiento, sol esclarecido de la teología y maestro de maestros y doctores; y el Papa Benedicto XIV no vaciló en condecorarle con el honorífico renombre de lumbrera del saber teológico (1). Además del P. Vázquez, fueron maestros de Luis los PP. Juan Azor también español, no menos célebre por su integridad é inocencia de vida, que por su sabiduría y erudición; el Padre Benito Giustiniani, bien conocido por sus doctos comentarios sobre las Epístolas de San Pablo; y el Padre Agustín Giustiniani, ambos genoveses.

---

(1) Nació en Villaescusa de Haro en 1551, y murió en Alcalá de Henares en 1604.

Guiado por tan excelentes maestros, dotado de un ingenio superior, y aplicándose con incansable tesón y constancia al estudio, hizo Luis tan extraordinarios adelantos en la sagrada teología, que uno de sus profesores confesó no haber tenido en los muchos años que llevaba de magisterio, ningún discípulo que le hubiese propuesto dificultades tan serias, y que le hubiesen dado tanto en que entender, como las que Luis le objetó en una de las más intrincadas cuestiones. Así que nada le falta á este joven admirable para que merezca ser propuesto á la cristiana juventud como perfectísimo dechado y espejo en que brillan admirablemente hermanadas virtud y letras, amor de Dios y fiel cumplimiento de todas las obligaciones del propio estado.

Por esto el Sumo Pontífice Benedicto XIII de fausta y perdurable memoria, al escribir á Luis en el catálogo de los Santos, quiso enriquecer á toda la juventud cristiana, pero más particularmente á la que frecuenta las escuelas con un acabado modelo y poderoso protector que la guiase por los escabrosos senderos de aquella tierna edad, como puede verse en el oficio litúrgico que reza la Iglesia en la fiesta de nuestro Santo.

Y aunque toda la vida de Luis es rico y abastecido arsenal en que cualquiera joven que de veras quiera aspirar á la perfección hallará gran copia de ejemplos en todo linaje de virtudes, en este capítulo más en particular procuraremos recoger aquellos rasgos de santidad que más directamente se refieren á los estudios, á fin de que los devotos é imitadores del angélico escolar vean mejor de qué manera se han de aplicar á las letras. Y lo que diremos de estas, fácilmente lo podrán aplicar á otros oficios y obligaciones aquellos jóvenes que no

siguiendo la carrera de las letras, desean tomar á este amable Santo por espejo y modelo de su vida.

Lo primero, pues, que procuró Luis en todos sus estudios, fué enderezar el ojo de la intención á Dios nuestro Señor, no pretendiendo en ellos otra cosa que agradarle y complacerle. Y para no desviarse nunca de este blanco de todos sus deseos y trabajos, renovaba á menudo la intención, y conservaba su mente unida con Dios, cuanto se lo permitía la atención precisa del estudio. Nunca se ponía á estudiar sin antes hincarse de rodillas, y ofrecer al Señor su trabajo pidiendo para el acierto los auxilios de la divina gracia.

Lo segundo, redobló aquel cuidado y solicitud que siempre había tenido de conservar su alma pura, limpia é inmaculada, juzgando, y por cierto con gran razón, que si para toda ciencia ayuda grandemente la limpieza de la vida y costumbres, es ésta todavía más necesaria para la sagrada teología, como quiera que siendo ella la reina de las demás ciencias, y teniendo por principal objeto los misterios de la divinidad, necesita mayor copia de lumbre del cielo para penetrarlos: y esta lumbre la alcanzan con preferencia los puros y limpios de corazón. Y á este propósito será bien insertar aquí un hermoso y fehaciente documento que se registra en los procesos, y lo depuso el arriba citado P. Mucio Vitelleschi. Es del tenor siguiente: «Cuatro años enteros tuve la dicha de morar con Luis en el Colegio Romano; y en todo este tiempo le traté con tanta frecuencia é intimidad, que apenas pasaba día en que no le viese y hablase en mi aposento. Y puedo asegurar que nunca advertí en él la menor falta ó imperfección, ni siquiera una mínima sombra de pecado venial. Jamás le noté ligereza

ni asomo de ira, vanidad, ó turbación, ni cosa que de mil leguas pudiese ofender á alguno. Antes al contrario observé siempre en él continuos ejemplos de toda virtud... Más aún: con la debida reverencia á los Santos que reinan con Dios en el cielo, me atreveré á decir que más de una vez me ocurrió no ser posible formarme una imagen más viva y exacta de Santo Tomás de Aquino, cuando en su juventud estudiaba con sus hermanos de religión, que contemplando á Luis entre nosotros; y que su intercesión sería indudablemente poderosa para recabar de Dios algún milagro aun en vida, á ofrecerse para ello alguna ocasión oportuna.»

Lo tercero, á fin de que con la asidua tarea de los estudios, no padeciese menoscabo el fervor de su espíritu, era diligentísimo en hacer á sus tiempos todos los ejercicios espirituales, visitaba á menudo el Santísimo Sacramento, y empleaba todos los días media hora en leer vidas de Santos ó algún tratado espiritual, con que tomar materia para fomentar en recreo las buenas conversaciones.

Lo cuarto, ponía singular empeño en que todo el tiempo de las recreaciones se emplease en hablar de cosas santas, y tomó tan á pechos este negocio, que logró desterrar de casi todas las conversaciones todo asunto menos espiritual, convirtiendo los recreos en verdaderas conferencias espirituales, como se dirá más adelante.

Lo quinto, tuvo siempre grande amor y respeto á sus profesores, obedeciéndoles en todo lo de la clase, hablando de ellos con mucha estima y defendiendo constantemente sus opiniones y sentencias, tanto en la clase como fuera de ella. Jamás se mostró contrariado

ni quejoso de su modo de leer largo ó corto, claro ú oscuro, antes bien decidido defensor y alabador agradecido y sincero de todas sus lecciones y doctrinas.

Lo sexto, huía de opiniones raras y extravagantes, y absteníase de leer aquellos autores que las defendían; y para caminar con paso más firme y seguro por los escabrosos senderos de la ciencia sagrada, tomó por guía y maestro, y á la vez por abogado especial de sus estudios al Doctor Angélico y sol de las escuelas, Santo Tomás de Aquino.

Lo séptimo, no fué nunca amigo de leer muchos libros ó cartapacios, por parecerle, como así es en realidad, que se pierde en esto mucho tiempo que se emplearía más útilmente leyendo y profundizando los apuntes del profesor y el autor de texto. El trabajo de leer y consultar muchos autores, decía ser propio del maestro, bastándole al discípulo lo que le dicta ó manda leer el profesor. En lo cual fué Luis tan dócil y rendido, que por ningún caso quería leer ningún libro de estudios sin el beneplácito de sus maestros. Y lo que es más, llevaba su escrupulosidad en esta materia hasta el punto de no permitirse leer ni un renglón más de lo que le marcaban, como se verá por el caso que vamos á narrar.

Habiendo un día entrado en la habitación de su maestro el P. Agustín Giustiniani para consultar con él una dificultad que se le ofrecía acerca de la predestinación, soltóle el Padre la dificultad, y luego para mayor inteligencia de aquel punto, abriendo un tomo de las obras de San Agustín, señalóle con el dedo lo que este Santo Doctor enseñaba á propósito de aquella dificultad en el libro *de Bono perseverantiæ*. Leyó Luis la página que el

Padre le señaló, y aunque sólo quedaban diez renglones en la siguiente página para rematar aquella cuestión, no quiso leerlos, sólo por no habérselo mandado el profesor.

Lo octavo, el modo que tenía de proponer sus dificultades, á fin de no hacerse con ellas gravoso á sus maestros ni á sus condiscípulos, era notarlas en un papel para no olvidarlas, y aguardar á que todos los demás hubiesen presentado las suyas al fin de las conferencias. Si no le quedaba tiempo en estas, iba al aposento del profesor, pero á fin de no molestarle con tantas visitas, esperaba hasta haber reunido un buen número de dificultades, y entonces acudía á su maestro á quien hablaba siempre en latín y descubierta la cabeza, á no ser que le mandasen cubrirse.

Lo noveno, mostrábase sumamente atento y caritativo con todos sus condiscípulos: y aunque por sus continuos achaques y dolores de cabeza fácilmente lograra que le dispensasen los superiores de algunos ejercicios de argüir y defender, á poco que él lo solicitara, estuvo siempre tan lejos de pedirlo, que antes bien suplicó al bedel le designase para suplir á los que por cualquier motivo no pudiesen desempeñar estos cargos. Y era de ver el gusto con que él prestaba estos buenos oficios á sus hermanos, y la soltura y desembarazo con que manejaba la dialéctica en estas escaramuzas científicas, lo certero de los tiros con que impugnaba la tesis propuesta, dejándose de vanos preámbulos y poniéndose en uno ó dos silogismos en el nudo de la dificultad, la fuerza de argumentos con que acosaba al adversario, y finalmente la viveza y penetración que mostraba haciéndose luego cargo de las soluciones que le daban.

No menos brillaba su ingenio privilegiado en probar y defender una tesis, así por la presteza con que se hacía cargo de las objeciones del adversario, y fidelidad en repetirlas, como por la precisión y claridad con que las rebatía. Pero lo que más agradaba y cautivaba á cuantos veían á Luis en estas lizas escolásticas era la dignidad, modestia y respeto con que trataba siempre á sus contrincantes: jamás se le escapaba una palabra picante, ni desentonada; nunca zahería ni mortificaba á nadie, ni daba la más leve señal de disgusto ó apasionamiento, mostrándose constantemente de un mismo temple, amable con todos, con nadie áspero ni desabrido.

Después que los novicios de la Compañía han sido admitidos por los votos del bienio al grado de escolares aprobados, son por lo regular promovidos á las órdenes menores, conforme á las facultades otorgadas á esta religión de clérigos regulares, por varios Pontífices, á fin de que ya desde los estudios se ejerciten en los sagrados ministerios clericales y en el servicio esmerado del altar, según el rito de la santa Iglesia Romana. Así que tres meses después de haberse Luis consagrado á Dios por medio de los santos votos, fué promovido con otros jóvenes escolares á la primera tonsura y cuatro órdenes menores, para los cuales se dispuso con la devoción y recogimiento que pedía la altísima dignidad de la sagrada jerarquía, cuyos primeros grados iba á recibir. Fuéle conferida la primera tonsura en la iglesia de San Juan de Letrán á los 25 de febrero de 1588. Y es muy digno de notarse que entre los muchos escolares de la Compañía que fueron tonsurados juntamente con Luis, se hallaba el ínclito mártir de Cristo, Padre Abraham Georgi, maronita, el cual en su viaje de la

India á Etiopía para ir á predicar nuestra santa fe, entregado traidoramente á los mahometanos por un joven abisinio que iba con él, herido por el alfanje de un turco, logró sellar con su sangre la fe que predicaba. En aquella misma basílica y con los mismos compañeros fué Luis ordenado de ostiario el día 28 del mismo mes; de lector, el 6 de marzo; de exorcista, el 13; y de acólito, el 20.

CAPÍTULO VIII

ES ENVIADO Á SU TIERRA PARA COMPONER ALGUNAS DISCORDIAS DE SUS PARIENTES

1588-1590

POR más que Luis conservase bien impresa en su alma aquella sentencia que había enviado por último recuerdo á los de su casa al entrar en religión, diciéndoles que se persuadiesen que desde aquel día había de vivir olvidado de su casa, familia y hacienda; no pudo desentenderse por completo de todo esto, por haber surgido entre los de su familia durante el tiempo de sus estudios gravísimas complicaciones y disturbios, que á juicio de los superiores de la Compañía y de otras graves personas reclamaban imperiosamente la intervención de Luis.

Y para tomar el agua de más arriba, y dar cabal noticia de los sucesos que vamos á referir, es de saber que por el año de 1587, siendo Luis todavía novicio, falleció D. Horacio Gonzaga, señor de Solferino, sin dejar sucesión. Este Señor nombró en su testamento heredero de su estado al Serenísimo D. Guillermo, Duque de Mantua, sin tener en cuenta que no podía éste con justicia heredar un señorío que de derecho pertenecía al

Marqués de Castellón. En efecto, cuando el Príncipe Don Luis Gonzaga abuelo de nuestro Santo desmembró de su feudo los señoríos de Solferino y Castelgofredo á favor de Horacio y Alfonso, hermanos de D. Ferrante, fué con la expresa condición de que si estos muriesen sin sucesión, fuesen de nuevo agregados sus estados al marquesado de Castellón, y así lo ratificó y autorizó el Emperador Maximiliano II, de quien dependía aquel feudo.

Como llegó á noticia del Duque de Mantua la última voluntad de D. Horacio, tomó posesión de Solferino, sin hacer caso de las protestas y reclamaciones del Marqués de Castellón, de donde se originaron graves disgustos y disensiones entre ambas familias. No faltaron quienes con siniestras informaciones de una y otra parte, atizaron el fuego de la discordia, y envenenaron los ánimos en tanto grado, que no parecía posible llegar á un acuerdo, ni restablecer la antigua paz y armonía que entre parientes tan cercanos debía reinar.

Deseosa Doña Marta de poner fin á tamaños males, y vindicar los derechos del Marqués su hijo, resolvió acudir al Emperador en demanda de justicia, y con tal intento partió para Praga llevando consigo á su hijo Don Francisco con sus dos hermanitos menores Cristerno y Diego, y dejando encargado el gobierno de Castellón al Marqués D. Rodolfo. Residía el Emperador en aquella sazón en su palacio de Burg, en donde hizo la mejor acogida á la Marquesa y á sus hijos. Francisquito, aunque sólo contaba nueve años de edad, pronunció delante del Emperador un discurso con tanta gracia y soltura, que su Majestad le quedó por extremo aficionado, y pidió á la Marquesa se lo dejase en su corte para

que le sirviese de paje, á lo que accedió gustosa Doña Marta.

Enterado el Emperador del asunto principal que había motivado el viaje de esta señora, envió á Lombardía un comisario que en su nombre tomase posesión del señorío de Solferino en secuestro y depósito, hasta que se fallase el pleito en definitiva. Oídas las partes y pesadas las razones de uno y otro lado, al cabo de algunos meses salió el fallo á favor del Marqués de Castellón, declarándole y reconociéndole el Emperador por legítimo señor de Solferino. Mas aunque esta sentencia puso fin al litigio, no apaciguó los ánimos, ni reconcilió las voluntades; antes bien creciendo de día en día la discordia y enemistad, temiéronse fatales consecuencias para adelante.

A estas calamidades vino á añadirse para colmo de desgracia, un escándalo público que al par que suministraba armas al bando del Duque, afligía grandemente á todas las personas cuerdas y sensatas de Castellón, y sobre todo á la atribulada madre de nuestro Santo. Fué el caso que D. Rodolfo, olvidado por completo de los sabios consejos de su santo hermano, viéndose de un lado rico, noble, poderoso; y de otro sin más freno que la débil tutela de su madre viuda, comenzó á soltar la rienda á las pasiones y á tomarse libertades que no decían bien con su noble alcurnia y linaje. Enamorado locamente de Helena Aliprandi, doncella á la verdad adornada de relevantes prendas, hija de padres nobles y muy ricos, pero muy desigual en condición á D. Rodolfo, llevóla consigo y habitó con ella en una casa de campo, con gran pesar de Doña Marta y no poca admiración y escándalo de sus vasallos.

Deseando la Marquesa apartar á su hijo de tan malos caminos, y mirar por el buen nombre de su casa, enteró por cartas á Luis de lo que pasaba, ya en lo referente á las discordias con el Duque, ya en lo tocante á la conducta de Rodolfo, y pidióle consejo sobre lo que convenía hacer en tan apretado lance. Contestóle el Santo con fecha 20 de junio de 1588 en los términos siguientes:

Ilustr. y honorab. en Xto. Señora Madre

Pax Xti.

Por la última de V. S. entendí los buenos deseos que muestra mi hermano de llegar á un acuerdo con el Señor Duque de Mantua, en lo cual suplico á V. S. haga lo posible por secundar sus esfuerzos. Por lo que hace al otro asunto de que me habla V. S., juzgo que el remedio más oportuno ha de ser el que fué instituido por el mismo Señor nuestro Jesucristo acá en la tierra, esto es el matrimonio. Muy bien haría V. S. en aconsejárselo á mi hermano, y si lo cree necesario, Monseñor el Cardenal de la Rovere le escribiría en este mismo sentido, y yo haría otro tanto, toda vez que á entrambos nos parece ser este el mejor acuerdo.

Aquí no se ofrece por ahora partido alguno ventajoso, que yo sepa, si no es el de una hija del Conde Troilo de San Segundo. Pero como se trata de casarla con el hermano de un Cardenal de esta Corte, amigo íntimo de Monseñor de la Rovere, no me parece prudente intentar nada por este lado, hasta tanto que se vea el éxito de las gestiones entabladas. No obstante Su Señoría Illma. cree, según me ha dicho, que estas no han de tener resultado por parte de ella, la cual se casaría á

disgusto en este país por ser de allá. Esperando pues el desenlace de estas gestiones, no parece sería éste mal partido para el Marqués mi hermano.

Nadie mejor que V. S. podrá informarse de esto allí mismo. Con todo, mi parecer sería que á poderse hallar un partido que mereciese la aprobación del S. Duque de Mantua, se aceptase con preferencia á cualquiera otro; pues con esto se harían, como suele decirse, de un camino dos mandados. V. S. con Don Alfonso mi tío, si bien le parece, podrán agenciarlo allá, mientras yo haciendo lo que esté de mi parte en lo poco que puedo, no dejaré de encomendar este negocio á su divina Majestad, de quien principalmente se ha de esperar el buen suceso de todas nuestras diligencias.

Ultra de lo dicho, puede V. S. contar desde luego, si fuere menester, con la cooperación é influencia de estos Monseñores los Ilmos. Cardenales Gonzaga y Rovere sus parientes. Concluyo saludándola cordialmente en el Señor, y rogándole se sirva presentar mis respetos á Doña Hipólita, al Marqués mi hermano, etc.

De Roma, á 20 de junio de 1588.

De V. S. Ilustrísima
Hijo obed. en Xto.
LUIS GONZAGA
de la C. de J.

Un año había transcurrido desde que el Emperador había fallado el litigio acerca del señorío de Solferino, y las disensiones seguían tan vivas como de antes, sin haberse ganado un solo palmo de terreno, á pesar de los esfuerzos que se hicieron por parte del Emperador, y otros nobles personajes de una y otra parte que la-

mentaban el triste estado de los sucesos. El Príncipe Don Vicente que había sucedido á D. Guillermo en el Ducado de Mantua, no quería oir hablar de reconciliación, mientras no se le devolviese el castillo de Solferino, y se le diesen de parte de D. Rodolfo satisfacciones por pretendidos agravios. Éste no quería ni podía ceder de sus justos derechos, aunque deseaba vivamente reconciliarse con D. Vicente, y restablecer la paz entre ambas casas.

Doña Marta por su parte no perdía ocasión de influir en el ánimo del Duque, á fin de acabar la tan suspirada reconciliación, y daba cuenta de todo á nuestro Santo, el cual á fines del año 1588 le escribía la siguiente carta, consolándola con piadosas reflexiones, y alentándola á sobrellevar con ánimo esforzado las terribles pruebas á que el Señor la había sujetado.

Ilma. y Honorab. en Cristo Sra. Madre

Pax Xti.

Estos días pasados recibí la de V. S., y por ella supe la respuesta del Sr. Duque de Mantua acerca del asunto del castillo de Solferino: asunto que al par que ofrece á V. S. una buena ocasión de ejercitar la piedad y caridad maternal, me impone á mí la obligación de rogar á su divina Majestad se digne enderezarlo á aquel término que Él sabe ser más conveniente; y que entretanto tenga por bien asistir á V. S. Ilma. en todos estos trabajos. Y pues en ellos ha tomado V. S. por guía á la Santísima Virgen, cuya huída á Egipto conmemoramos en este día de los Santos Inocentes, el mejor consuelo que puedo proponerle es que no pierda de vista á tal guía, toda vez que el fin que se propusieron Dios nuestro Señor y

su Madre bendita, al pasar por las aguas amargas de la tribulación, no fué otro que endulzárnoslas á nosotros gustando ellos su amargura. Yo, gracias á Dios, me hallo bastante bien, y como estos días del nacimiento del Señor nos convidan á redoblar nuestras oraciones, me acuerdo de rogar por V. S. de un modo muy particular. Haga V. S. otro tanto por mí, que es lo único que necesito, sin que me haga falta ninguna otra cosa por la gracia del Señor, á quien finalmente la encomiendo.

De Roma á 29 de diciembre, 1588.

De V. S. Ilustrísima
Obed. hijo en Cristo
LUIS GONZAGA
de la C. de J.

Despachada esta carta, no tardó Luis en recibir otra en que su señora madre le suplicaba solicitase por mediación del Cardenal de la Rovere la facultad de poder entrar en los conventos de monjas. Contestóle el Santo con fecha 9 de marzo, dándole cuenta de los pasos que había dado en cumplimiento de su encargo, y sugiriéndole algunas consideraciones muy adecuadas para consolarla en sus tribulaciones. He aquí el texto de esta interesante carta:

Ilma. y muy honorab. en Xto. Sra. Madre
Pax Xti.

Antes que llegase á mi poder la última de V. S. en que me manifiesta su deseo de que yo le alcance por medio de Monseñor el Cardenal de la Rovere la licencia que desea de poder entrar en los monasterios de

monjas; ya me había hablado de esto Monseñor Ilmo. diciéndome haber ya solicitado esta licencia (antes que V. S. escribiese sobre este asunto), mas que Su Santidad le había dado la exclusiva. Añadió sin embargo que toda vez que V. S. había anteriormente obtenido de Gregorio XIII la facultad que tiene de entrar en el convento de Santa María, pudiendo presentar estas licencias á Su Beatitud, se animaría á reiterar sus instancias sobre lo mismo. Después que hube recibido la carta de V. S. hablé de nuevo al Secretario del mencionado Monseñor Cardenal, y le pareció ser necesario que V. S. le remita las consabidas licencias, á fin de que Monseñor Ilmo. pueda proponer de nuevo este negocio á Su Santidad. Es pues menester que V. S. envíe el tal documento. Entre tanto si se ofreciese ocasión de dar algún paso, no dejaré de instar á Monseñor el Cardenal.

Por lo demás, yo por la gracia del Señor, sigo algo mediano con mis dolores de cabeza: fuera de esto, me hallo perfectamente. Otro tanto deseo para V. S.: y puesto caso que de todos los consuelos que en esta vida pueden hallarse, los mayores y más eficaces son aquellos que nos vienen de su divina Majestad, creo que se consolará no poco recordando aquellas palabras que tantas veces nos repite el Señor en la sagrada Escritura y particularmente en el salmo *Exurgat Deus;* á saber: que Él es protector de los huérfanos y juez de las viudas. Demás de esto he escrito también al Sr. D. Alfonso quien no dudo hará lo posible por consolarla.

Estoy aún aguardando contestación á las tres cartas (1) que he escrito á mi hermano, pidiéndole me hi-

---

(1) Otros leen en vez de *lettere* (cartas), *righe* (renglones); y esta lección le pareció más probable al P. Molza en la edición que hizo de las cartas de San Luis en Módena.

ciese remitir 40 escudos á principios de este año para los apuntes de teología que me eran necesarios, por no permitirme los Superiores de nuestra Compañía que escriba en clase, en atención á mis dolores de cabeza. Acabo saludando respetuosamente á V. S. Ilma. á quien deseo toda la plenitud de la gracia divina, y suplicándole salude en mi nombre á mis señores hermanos que se hallan en esa y al Doctor Salustio.

De Roma á 9 de marzo, 1589.

Hijo obed. en Cristo
LUIS GONZAGA
de la C. de J.

En esta carta son muy dignos de notarse por una parte los nobles sentimientos de amor y respeto que conservaba Luis para con su piadosa madre y el cuidado que tenía de consolarla en sus aflicciones; y por otra su delicadeza y solicitud por no hacerse gravoso al colegio con los gastos que requerían sus apuntes de teología. Mucho sentía el siervo de Dios tener que valerse de amanuense para sus lecciones, y tanto hizo por librarse de esta que él llamaba excesiva comodidad, tantas razones supo aducir á sus superiores, que en los últimos años de sus estudios recabó lo que tanto deseaba por su amor á la santa pobreza. Y mientras le obligaron á tener escribiente, nunca quiso pagarle de su propia mano, sino remitíale al Procurador del colegio, en cuyo poder siempre quiso estuviese el dinero que para este fin de su casa le enviaban.

Mas reanudemos el hilo interrumpido de nuestra historia, y veamos en qué punto se hallaban las disensiones entre Mantua y Castellón mientras Luis finalizaba

su segundo curso de teología. Frustradas, como se ha dicho, todas las gestiones del Emperador, y de otros altos personajes, avistóse Doña Marta con Doña Leonor de Austria, madre del Duque de Mantua; y después de muchos dares y tomares acerca del modo de reconciliar á sus respectivos hijos, y restablecer la paz entre ambas familias, ocurrióles que el mejor medianero entre los dos príncipes sería nuestro Santo, quien á vueltas de una prudencia y tacto exquisitos en el manejo de los más arduos negocios, era muy querido y respetado de ambos señores. Parecióles en efecto á las nobles damas venido del cielo este pensamiento, y comunicáronselo sin demora á Luis. Mas él por no enzarzarse de nuevo en los enredos del siglo, mostróse poco dispuesto á complacerlas. Empero pensando más detenidamente en ello, y pareciéndole que negocio de tanta monta y en que iba la gloria de Dios y el bien de tantas almas no debía resolverse por su propio parecer, hizo oración sobre ello, y pidió consejo al P. Belarmino que era su confesor. Éste á su vez lo encomendó á Dios, y después de madura deliberación, dijo al Santo estas palabras: «Id, Hermano Luis, id á vuestra tierra, pues no dudo que vuestra ida ha de ser para mucho servicio del Señor.» Con este consejo de su confesor, resolvió Luis aguardar con perfecta indiferencia lo que los superiores tuviesen por bien ordenarle, y no poner ninguna resistencia á este viaje, si ellos lo juzgaban de mayor gloria de Dios.

Así sucedió con efecto, pues el Padre General persuadido de que solo Luis podía apaciguar los ánimos enconados de sus parientes, y devolverles la paz tan deseada; cediendo á las instancias de la archiduquesa Doña Leonor, mandó al santo joven que se pusiese luego en

camino para su tierra. Hallábase á la sazón Luis con sus condiscípulos pasando las vacaciones en Frascati: y apenas llegó á su noticia la orden del P. General, despidióse de sus hermanos, y un cuarto de hora después ya estaba en camino. «Los que allí estábamos, dice el P. Cepari, quedamos con notable pena de vernos privados por tanto tiempo de su comunicación y del fruto de sus santos ejemplos. Acompañámosle todos hasta una granja del colegio; y á la vuelta comenzó el P. Belarmino á hablar con encarecimiento de las virtudes de aquel Hermano y de su santidad, contando algunas cosas que nos movieron á devoción. También nos dijo que él tenía para sí que este Hermano estaba confirmado en gracia, y añadió que no sabía cómo se podía imaginar mejor la vida de Santo Tomás de Aquino, cuando era mozo, que considerando la vida del Hermano Luis.»

En Roma se despidió de los Cardenales sus parientes: y como andaba por aquellos días tan flaco y desmejorado, aconteció que mientras estaba despidiéndose del Cardenal de la Rovere en su palacio, dióle un desmayo, con no pequeño susto del Cardenal, quien le hizo colocar en su propia cama hasta que volviese en sí, y se repusiese un poco de aquel accidente. Viendo su Eminencia con harto dolor el estado lastimoso de salud en que se hallaba Luis, reconvínole por sus continuas penitencias y mortificaciones, y le exhortó muy ahincadamente á que tuviese más cuenta con su salud. A lo que respondió Luis con humildad que antes bien creía quedarse muy corto en punto á mortificación, y hacer menos de lo que estaba obligado.

Noticiosos los superiores de la indisposición que había tenido el Santo, sujetáronle por unos días á las ór-

denes del Hermano enfermero Francisco Rosatino, á fin de que con su cuidado y desvelo se recobrase algún tanto, y se dispusiese á emprender su viaje. Llegado el día de la partida, compadecido el P. Luis Corbinelli de lo mucho que Luis padecía de la cabeza, encargó al Hermano Rosatino que le proporcionase un parasol. Hízolo de buena gana el caritativo enfermero; pero en vano, como él mismo lo dejó apuntado en los procesos por estas palabras: «Como por aquellos días acababa de salir Luis de la enfermería, que estaba á mi cargo, hube de cuidar de proveerle de las cosas necesarias para su viaje. Entre otras cosas me encargaron le diese una sombrilla con que pudiese defender la cabeza de los rayos del sol. Mas como era Luis tan humilde, por más instancias que se le hicieron aun por varios Padres, no fué posible acabar con él que la aceptase, pues decía que aquella superfluidad no decía bien con la pobreza religiosa.»

Cuenta el P. Felipe Rinaldi en los procesos otro rasgo de religioso desprendimiento y caridad fraterna en los siguientes términos: «Antes que partiese de Roma para Mantua, adonde le enviaba la obediencia para asuntos de su familia, vino Luis á mi aposento, y me dió un pequeño crucifijo de los que suelen fabricarse en Luca, diciéndome que me entregaba lo que era el blanco de todos sus pensamientos y deseos y el centro de sus amores, mostrando bien á las claras con estas palabras el encendido amor que tenía á N. S. Jesucristo.»

Estando ya á punto de salir nuestro santo joven, entró el H. Rosatino en su habitación trayéndole unas botas para que se las pusiese. Mas como uno de los que se hallaban presentes, al verlas, dijese que habían sido de un alto personaje, el humildísimo mancebo se puso tris-

te, sintiendo vivamente que en vez de darle lo peor de casa, que era lo que siempre deseaba, le distinguiesen y honrasen dándole lo mejor. Comenzó pues á mirarlas de un lado y de otro, y no sabía qué excusa alegar para que se las cambiasen. El Hermano que era listo, y tenía bien conocido al santo joven, luego adivinó la causa del reparo que tenía en ponérselas; mas disimulando y haciendo como quien no caía en la cuenta, le dijo:

—¿Qué tienen esas botas? ¿Que no le vienen bien? Déjemelas: yo iré por otras.

Tomólas el Hermano, y retirándose de allí, no hizo más que doblarlas en otra forma, y volviendo con ellas á Luis, le dice:

—A ver si éstas le caen mejor. Pruébeselas, que si no me equivoco, le vendrán justitas.

Efectivamente, el bueno de Luis, sin sospechar ni advertir la inocente estratagema del Hermano, calzóse las botas, y halló que le venían perfectamente.

Partió pues Luis de la ciudad eterna el día 12 de setiembre de 1589, llevando de compañeros al P. Bernardino de Médicis que pasaba al colegio de Milán con el cargo de lector de Sagrada Escritura, y al H. Borlasca, coadjutor, á quien por su cordura y prudencia habían los superiores confiado el cuidado de la salud de Luis durante todo el tiempo de esta jornada, ordenando á éste que le obedeciese en todo lo referente á la conservación de las fuerzas corporales.

De este viaje de Luis podríamos decir lo mismo que dejamos apuntado de los demás que hizo, pues en todos ellos imitaba al sol en su carrera difundiendo por todas partes resplandores de santidad y calor de devoción. Los

primeros en gozar de la benéfica influencia de sus virtudes fueron los que iban en su compañía, sin exceptuar á los mozos de mulas, quienes cultivados con las santas conversaciones de Luis, fueron deponiendo aquella zafiedad é ignorancia que suelen ser tan comunes entre esta clase de gente, y cobraron tanto amor y respeto al Santo, que no acertaban á apartarse de su lado, ni se cansaban de oirle razonar de Dios.

En la ciudad de Sena fué recibido de los Padres de la Compañía con tan singulares muestras de amor y veneración, que su humildad quedó sobremanera lastimada y mortificada: y en desquite de tantos obsequios, no permitió que le lavasen los pies. Y como uno de aquellos Padres se desviviese más que los otros por regalarle y obsequiarle, pensando Luis que todo esto se hacía en atención á la nobleza de su casa, sintiólo en gran manera, y desahogándose con uno de sus compañeros de viaje, le dijo que aquellos cumplimientos y agasajos le llegaban al alma.

A su paso por Florencia recordó con fruición los favores singulares que allí recibió de la Santísima Virgen en su niñez, y dicho se está que no dejaría de visitar su querido santuario de Nuestra Señora de la Anunciada. Quedóse el P. Médicis en esta ciudad por algunos días, y Luis prosiguió su viaje con el H. Borlasca. En Bolonia diéronle los Padres un Hermano que le acompañase á visitar la ciudad, mas Luis dijo al Hermano que sólo deseaba visitar alguna iglesia ó sitio de particular devoción, y que así le agradecería no le llevase á otra parte, pues ningún gusto le daba el ver otras curiosidades.

Habiendo estado un día en Bolonia, salió para Mantua, y en este trayecto nos dejó un hermoso ejemplo de hu-

mildad y mansedumbre, con la ocasión que aquí diré. Al llegar á una posada donde habían de pernoctar, presentáronse al mesonero pidiendo les diese alojamiento. Acompañólos el buen hombre á un aposento en que no había más que una cama, y por más que el H. Borlasca pidió con grande instancia dos camas, según lo pedía el decoro y religiosa decencia, no pudo recabarlas del mesonero, el cual decía querer reservar las que le quedaban, por si llegaban aquella tarde algunas personas de calidad. Llevólo pesadamente el Hermano, y dijo á Luis con marcadas señales de disgusto:

—¿Hase visto semejante ocurrencia? Ahora nos sale este buen hombre con que guarda sus camas para gente calificada, como si nosotros fuéramos un par de rústicos ó gañanes. Cuando menos, debiera mostrarse más atento con vuestra persona.

Tomó la mano Luis, y procurando calmar al Hermano, díjole con imperturbable paz y sosiego:

—No os inquietéis, Hermano mío, pues no hay motivo para ello. ¿No hacemos por ventura profesión de pobres? Pues si ello es así, ¿qué mucho que nos traten como á tales?

Edificóse el Hermano, al oir tan cuerdas reflexiones, y no tuvo que replicar á ellas, sino mucho que aprender del bendito joven acerca del modo de tratar con los seglares, dándoles aun en las posadas y mesones ejemplos de humildad y mansedumbre religiosa, y evitando en cuanto sea posible toda porfía y altercado con ellos.

CAPÍTULO IX

SU LLEGADA Á MANTUA Y CASTELLÓN, Y LO QUE ALLÍ HIZO

1589

LLEGADO felizmente á Mantua, presentóse Luis al P. Rector del colegio de aquella ciudad, quien con el amor y benevolencia acostumbrada en la Compañía le hospedó y agasajó el corto tiempo que allí estuvo. Lo primero que hizo el Santo, después de saludar y abrazar á los Padres y Hermanos del colegio, fué encomendar muy de veras al Señor los espinosos negocios que venía á tratar, bien persuadido de lo poco ó nada que valen todas nuestras diligencias sin la gracia y virtud de lo alto. Así se lo comunicó al Marqués su hermano en la carta que le escribió anunciando su próxima llegada á Castellón, y es la que sigue:

Pax Xti.: Heme aquí, gracias á Dios nuestro Señor, llegado á Mantua en donde nos hallamos hospedados por favor en el colegio de los Padres de la Compañía: y hoy mismo, á ser posible, me presentaré (á la Señora Duquesa) para comenzar á desenmarañar y definir con la ayuda de Dios el negocio que ante todo he querido po-

ner en las SS. (1) manos del mismo Señor nuestro; pues Él es quien lo ha de hacer todo, y quien lo ha de llevar todo á feliz remate, como espero. Hacia la caída de la tarde llegaré á Castellón con un hermano Coadjutor, que es mi compañero de viaje, y allí nos aposentaremos. Y entre tanto, por conclusión de esta, suplico á V. S. se sirva presentar mis respetos á la Excelentísima Señora Marquesa nuestra madre, cuyas manos beso. De este colegio de Mantua, 1589.

Dev. y obed. en el Señor
LUIS GONZAGA
de la C. de J.

Del contexto de esta carta y de lo que escribe el P. Cepari se colige que el Santo sólo se detuvo en Mantua el tiempo preciso para tener la primera entrevista con la Archiduquesa Doña Leonor, y comenzar á enterarse del estado de los negocios que debía arreglar. No es fácil explicar la alegría que experimentó esta ilustre y piadosísima señora al ver á nuestro Santo. Mucho tiempo hacía que deseaba su venida, y no dudaba que él había de ser el ángel de paz que había de restablecerla entre los suyos. Razonaron largamente de los asuntos que traían divididas á las dos familias, concertáronse acerca de los trámites que convendría seguir, y con esto se despidió Luis de la Archiduquesa, y partió para Castellón.

A la llegada de Luis á su ciudad natal, ya se había esparcido por toda ella la fausta noticia de su venida;

(1) Santísimas.

con lo cual se conmovió toda la población, despobláronse las casas, y llenáronse de gente las calles por donde había de pasar el santo joven, deseando todos verle, saludarle y vitorearle, con general fiesta y público regocijo. Al penetrar la carroza en que venía Luis en la ciudad, echáronse á vuelo todas las campanas, disparóse la artillería del castillo, y al verle llegar la muchedumbre del pueblo, se hincaba de rodillas, pregonando con estas demostraciones el gran concepto que tenían todos de su santidad, y publicando con los repetidos vivas y aclamaciones el extraordinario amor y aprecio que le profesaban.

El humildísimo joven, que estaba muy lejos de esperar tan espléndida ovación, mostraba bien á las claras la interior pena y confusión de su alma con la modestia de sus ojos y virginal rubor de sus mejillas. Salióle al encuentro su hermano el Marqués, y al irle á estrechar entre sus brazos, en el momento en que se apeaba de su carroza, rompe por entre la apiñada muchedumbre uno de sus vasallos, y aprovechando tan favorable coyuntura, se arroja á los pies del Marqués, y en gracia de su santo hermano y celebridad de su fausta llegada, le pide perdón de no sé qué delito. Otorgóselo generosamente el Príncipe, é introdujo luego á su caro Luis á lo interior del alcázar, con singulares demostraciones de gozo y satisfacción.

Preguntando Luis por su señora madre, supo que se hallaba en San Martín que era un lugar de su dependencia situado á unas tres leguas de Castellón. Despachóse luego un mensajero que le llevase la alegre nueva de la venida de su santo hijo, y al día siguiente vino á Castellón con sus dos hijos Cristerno y Diego. En lle-

gando á su palacio, que estaba separado y algo distante del alcázar, envió un recado á Luis el cual fué luego á avistarse con ella, en compañía de su Hermano coadjutor. Nadie conocía más á fondo la intachable inocencia y gran santidad de Luis que su piadosa madre, que desde su nacimiento había admirado en él las maravillas de la gracia y poder de Dios. Cuatro años hacía que se veía privada de la vista y compañía de su ángel, y en este período de tiempo ¡cuántas y cuán amargas tribulaciones habían acibarado su corazón! ¡Qué de tristes recuerdos se agolparon á su mente en aquellos instantes! Así que al ver entrar á Luis en su estancia, el amor de madre le impulsaba á estrecharle en sus brazos, y á desahogar entre los de su amado hijo los vehementes sentimientos de su afligido corazón. Pero pudo más en ella el respeto y veneración que profesaba al Santo, que el tierno amor que tenía al hijo: y dominando con la virtud de su alma generosa la ternura maternal de su sexo, recibió á Luis hincada de rodillas, y haciéndole una profunda reverencia é inclinando su frente hasta el suelo.

¿Quién podrá decir los dulces y celestiales coloquios que entre sí tendrían estas dos almas santas? ¡Qué raudales de divina consolación inundaría el alma de tan afortunada madre, al oir razonar á su santo hijo con tanta alteza y sublimidad del amor de Dios, de los bienes del cielo, de la vanidad del mundo y del precio incomparable de la virtud! Todo aquel día se les pasó, parte en estos suavísimos discursos, parte en tratar de los asuntos que habían motivado la venida de Luis á Castellón. Y estuvo tan sobre sí nuestro Santo, y tuvo tan presentes los deberes del religioso y tanta cuenta

en no apartarse de su compañero al tratar con los seglares, que nunca quiso que le dejase á solas, aunque hubiese de hablar con su madre de las cosas más íntimas de su casa.

Mas el discreto Hermano, adivinando los deseos que naturalmente debía tener la Marquesa de quedarse un rato á solas con su hijo, siquiera para tratar de aquellos asuntos que exigiesen mayor reserva, y juzgando por otra parte que en tales circunstancias y tratándose de tales personas, la prudencia daba lugar á usar de alguna epiqueia; con pretexto de irse á rezar el rosario, salióse de allí, y no volvió á entrar hasta después de un largo rato. Mas ¡cuál fué su sorpresa y edificación al ver que la madre y el hijo estaban arrodillados y orando con gran recogimiento! Quejóse después Luis con el Hermano de que le hubiese dejado á solas con su madre, mas como insistiese aquel en que no era esto contravenir á la regla ni al deseo de los superiores, aquietóse el Santo con el parecer del Hermano, el cual no dejaba de acompañarle siempre que habían de visitar á otras personas.

Habiendo Luis saludado á los de su familia, luego sin pérdida de tiempo puso mano en el arreglo de los asuntos que se le habían confiado, comenzando por informarse circunstanciadamente del estado en que se hallaban, ya oyendo al Marqués, ya consultando con otras personas prudentes y bien enteradas de los sucesos que habían motivado aquellas disensiones. Para esto le fué preciso permanecer algunos días en Castellón, de lo cual se alegraron grandemente sus habitantes, pues la sola presencia de Luis los edificaba y consolaba sobremanera, y así todas las veces que el Santo salía por las calles,

asomábanse tantos á las puertas y ventanas para verle y saludarle, que le obligaban á ir siempre bonete en mano para corresponderles, como lo hacía con suma afabilidad y cortesía.

Para dar en todo mayor ejemplo de religiosa pobreza y despego de sus parientes, deseó Luis aposentarse en casa del Sr. Arcipreste, y así lo hubiera ejecutado, á no haberle ordenado los superiores expresamente que viviese con los de su familia. Pero ya que le fué preciso habitar en palacio, entabló en él un linaje de vida tan santa y mortificada, que fué la edificación y asombro de los de casa y de los de fuera. Nunca quiso salir en carroza por dentro de la ciudad, por más que los suyos se la mandaban aparejar cuantas veces había de salir. Cual si fuera un pobre peregrino albergado por caridad, no permitía que los criados de palacio le sirviesen, ni le ayudasen á vestirse, ni le hiciesen la cama, ni aun consintió en que le curasen el brazo en que tenía una fuente; antes bien él se adelantaba á servir al Hermano Borlasca en todo lo que podía, y procuraba hacerle la cama á poco que él se descuidase de arreglarla á su tiempo. Así que era menester que tanto el Hermano como los criados anduviesen muy listos para tomarle la delantera en todos estos servicios.

Si necesitaba alguna prenda de vestido, no quería que se la diesen sus parientes, y enviaba á pedirla al Rector del vecino colegio de Brescia, pero á condición de que fuese lo más pobre y usado que allí tuviesen, y sin admitir cosa nueva. Reparando su madre que la ropa blanca que había traído de Roma estaba ya bastante deteriorada, mandóle hacer otra nueva; pero por mucho que le instó para que la aceptase, no pudo acabarlo con él,

sino que fué menester remendarle la que estaba rota y gastada. Tampoco quería ponerse un jubón que su madre le trajo, para que con él se defendiese de los fríos del invierno; mas su compañero valiéndose de la autoridad que sobre él tenía en lo concerniente al cuidado de la salud, mandóle que se lo pusiese, y que siquiera á título de limosna aceptase una parte de la ropa blanca que su madre le había ofrecido.

Al Marqués D. Rodolfo trataba siempre con sumo respeto y acatamiento, y aunque por ser su hermano, é inferior á él en edad y otras cualidades, y por haberle cedido el marquesado, pudiera usar con él de alguna franqueza y libertad, nada de esto se permitió, y como si fuera el último de sus vasallos, al ir á visitarle aguardábase largos ratos en la antecámara, sin consentir que los criados le avisasen, y pidiesen audiencia hasta que terminase lo que tenía entre manos. Cuando comía con el Marqués, ateníase en todo á la etiqueta acostumbrada en palacio; pero cuando se sentaba á la mesa de su madre, como sabía que el mayor contento de ella era complacerle y obsequiarle conforme á su gusto y devoción, pidióle que suprimiese todas las ceremonias y cumplimientos, y le tratase con la llaneza y sencillez que se usa en las comunidades religiosas. Accedió Doña Marta á su deseo; pero aunque suprimió las etiquetas, desvivíase por servirle y obsequiarle con amor de madre. Luis empero no cejó un punto en la práctica de su rigurosa abstinencia y mortificación, dejando de ordinario en el plato los mejores bocados que su madre le ponía, y volviéndose al Hermano le decía muchas veces:

—¡O Hermano mío! ¡qué bien se está en nuestras casas, viviendo á expensas de la santa pobreza! Mejor me

sabe y más me aprovecha un plato de nuestra pobre comida, que toda la variedad de manjares que aquí se nos sirven.

¡Cuánto tienen que imitar en este joven maravilloso no solamente los religiosos cuando la caridad y la obediencia los obligan á visitar á sus parientes, mas aun los jóvenes seglares cuando lejos de la casa paterna, ó del colegio ó seminario gozan de alguna mayor libertad, como acaece en tiempo de vacaciones! Esta mayor libertad que suele dar alas á muchos jóvenes para soltar la rienda á sus pasiones, y labrar con esto su infelicidad temporal y quizás también eterna; en manos de Luis fué instrumento para acumular mayores tesoros de virtud y santidad. En efecto, la vida de Luis durante toda esta temporada fué como un segundo noviciado, ó como unas vacaciones espirituales, en que soltando la represa á sus fervores, se dió con mayor asiduidad á la oración y trato con Dios. A los ordinarios ejercicios espirituales que solía hacer añadió el rezo cotidiano del Oficio canónico, al modo que solía siendo novicio. Todos los ratos que le sobraban entre día los gastaba en oración, invitando también al Hermano Borlasca á que orase con él, y se aprovechase de tan favorable ocasión y de aquella como feria espiritual que se les ofrecía. Todas las noches estábase por espacio de tres horas retirado en su aposento, ocupado en piadosas lecturas y otras devociones.

Los días de fiesta iba á confesar y comulgar á la iglesia parroquial, á donde concurría mucha gente atraída por el deseo de contemplar á aquel ángel humanado, cuya sola vista los compungía y enfervorizaba. El primer día festivo que asistió á dicho templo, fué tan ex-

traordinario el concurso de pueblo ávido de verle, que pareciéndole aquella coyuntura muy á propósito para dirigir la palabra á los fieles, y exhortarlos á disponerse para una buena muerte con la santidad de la vida y frecuencia de sacramentos, se sintió muy inclinado á esta obra de celo. Mas como era en todas las cosas tan prudente y considerado, antes de subir al púlpito preguntóse á sí mismo:—¿No fuera mejor predicar antes con el ejemplo que con la palabra? ¿Cómo voy á exhortar á los vasallos á reformar sus vidas, si en la casa del señor hay todavía tanto que reformar?... No, dijo para sí, no es aún tiempo y sazón de predicar con fruto. Menester es comenzar la reforma por mi propia casa: y después que en ella esté todo en regla, podré predicar con mayor libertad á los demás. Y así lo hizo con maravillosa traza, y con el fruto copioso que adelante se dirá.

Después que Luis se hubo enterado suficientemente de los derechos del Marqués y del estado de sus asuntos, antes de pasar á Mantua para entablar las negociaciones con el Duque, juzgó por muy conveniente avistarse con su tío D. Alfonso, y tomar consejo de él, á fin de proceder en todo con la mayor circunspección y prudencia. Dióle el Marqués algunos criados para que le acompañasen; mas Luis no quiso admitirlos, alegando que no decía bien tanto acompañamiento con la humildad y modestia religiosa. Inútiles fueron sus reparos: fué preciso ceder á la voluntad de su hermano, y admitir los criados; pero no bien hubieron salido de Castellón, despachólos á todos, y sin otra compañía que la del Hermano y el cochero, se dirigió á Castelgofredo.

Como era tarde y comenzaba á oscurecer, perdióse el

cochero, que era poco práctico de los caminos, y dió tanto rodeo, que no llegaron á Castelgofredo hasta muy entrada la noche, á hora en que las puertas del castillo estaban ya cerradas y alzado el puente levadizo. Largo rato estuvieron aguardando, mientras que los soldados del cuerpo de guardia daban aviso de la llegada de los huéspedes al señor del castillo, el cual les hizo disponer la más honorífica recepción. Abiertas finalmente las puertas de la fortaleza y calado el puente, salieron al encuentro del Santo muchos gentiles-hombres con hachas encendidas, y le introdujeron en el castillo. Los soldados de la guarnición con sus armas estaban formados en dos filas desde la puerta del homenaje hasta la entrada del palacio, y entre ellos nubo de pasar Luis no poco confundido de verse recibido con aquel aparato mas propio de un poderoso príncipe que de un humilde religioso.

Aguardábale en la puerta del alcázar su señor tío, el cual con indecibles muestras de alegría le abrazó y acompañó á un magnífico aposento lujosamente aderezado, para que tomase algún descanso. Mas ¿cómo había de poder descansar en rico lecho y entre finas holandas, el que aborrecía de muerte las pompas del siglo y los regalos de la carne? Así que al retirarse D. Alfonso, no pudiendo Luis disimular el tormento que le causaba el verse aposentado con tanto fausto y riqueza, dijo á su compañero:

—¡Ay, Hermano mío! Bien será menester que Dios nuestro Señor nos asista esta noche! Sin duda son nuestros pecados los que nos han metido en esta opulenta habitación, por cierto bien poco á propósito para unos pobres religiosos. ¡Oh, cuánto mejor descansaría-

mos en las humildes camas y sencillos aposentos de nuestro colegio!

El día siguiente después de tratar con su tío los asuntos de su familia, no pudiendo ya sufrir por más tiempo tantos obsequios y tanta honra como allí se le prodigaban, regresó á Castellón, y de allí pasó á Mantua, en donde comenzó á entablar sus negociaciones del modo que se dirá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO X

DEL FELIZ REMATE DE SUS NEGOCIACIONES EN MANTUA Y CASTELLÓN

Octubre-noviembre de 1589

Por más prisa que se dió Luis á fin de desentenderse cuanto antes de aquellos negocios tan espinosos y enmarañados, no le fué posible darles cima hasta después de algunas semanas. Hacíasele sin embargo más llevadera esta carga el tiempo que estuvo en la ciudad de Mantua, por tener el consuelo de morar en el colegio en compañía de sus hermanos de religión, y de oir la campana de comunidad, y seguir la vida común que eran todas sus delicias. No menos se gozaban aquellos Padres de tener consigo á este angelical mancebo, cuya sola vista los movía á devoción, y cuyas palabras prendían fuego de amor divino en los corazones de todos. Parecíales ver en su persona un vivo y fiel retrato del insigne y santísimo Cardenal Arzobispo de Milán, San Carlos Borromeo.

Prendado de sus virtudes el P. Próspero Malavolta, que era Rector de aquel colegio, persuadido de que la palabra de Luis había de ser el mejor incentivo para despertar en todos sus súbditos el deseo de la perfección,

ordenóle un día de viernes que hiciese la plática de comunidad. Confuso y corrido quedó Luis de tener que razonar de virtudes y perfección delante de sus Hermanos siendo él á su parecer el más imperfecto de todos. Cedió no obstante su humildad á la obediencia, y habló con tanto espíritu y fervor de la caridad, que toda la comunidad estuvo pendiente de sus labios, oyendo las maravillosas reflexiones y espirituales enseñanzas que sacaba de aquel texto del evangelio de San Juan: *Este es mi precepto, que os améis unos á otros como yo os amé* (1).

Entre tanto Doña Marta había vuelto á San Martín, en donde aguardaba con impaciencia noticias del resultado de las gestiones de Luis: y viendo que pasaban días y más días sin que éste le diese cuenta de su entrevista con el Duque, envió un propio á Mantua para informarse de ello, y Luis le remitió á su madre con la siguiente carta.

Ilma. y honorab. Sra. Madre en Cto.

Pax Christi.

Como veo que será forzoso esperar la audiencia del señor Duque muchos más días de lo que yo me figuraba, envío de nuevo á V. S. su mensajero. El señor Duque, aunque permanece en su Estado, anda ocupado en continuos viajes de Mantua á Marmirolo, de tal suerte, que el señor Fabio me aseguró anteayer no haber podido disponer S. A., después de su llegada, de una sola hora de tiempo, en que me pudiese dar audiencia con

(1) Hoc est præceptum meum ut diligatis invicem sicut dilexi vos. *Joann.* XV, 12.

la tranquilidad y reposo que piden mis negocios y el mismo Duque ha ofrecido.

Por mi parte trabajo con toda la solicitud que el asunto demanda, y según entiendo ser conveniente, teniendo por procurador al señor Fabio y por agente á Don Próspero. A estos no me atrevo á urgir más de lo que hasta aquí he hecho, no sea caso que los seglares me hayan de exhortar á que tenga paciencia, siendo yo quien se la he de predicar á ellos. Así que se lo participo á V. S., y le suplico lo haga saber á Don Alfonso, á fin de que no extrañe mi tardanza. Tan pronto como se me dé audiencia, se lo comunicaré á V. S. y á mi señor tío, á quienes saludo afectuosamente en el Señor.

De Mantua á 26 de octubre de 1589.

De V. S. Ilustrísima
Hijo obed. en Cristo
LUIS GONZAGA
de la C. de J.

Llegado por fin el día y hora de la entrevista, armado Luis con la oración, y á lo que se cree, con prendas seguras del feliz éxito recibidas del cielo, presentóse al Duque, y después de saludarle con sumo afecto y humilde acatamiento, comenzó su razonamiento ponderando con fuertes argumentos la suma importancia y necesidad de poner fin á las lamentables disensiones que traían tan amargados los ánimos de una y otra familia. Suplicóle luego encarecidamente por las entrañas de Cristo nuestro Salvador tuviese por bien admitir cuanto antes á su gracia y amistad al Marqués D. Rodolfo, olvidando generosamente las diferencias que entre las dos familias habían surgido. Manifestóle que, si bien su

hermano D. Rodolfo había defendido delante del Emperador los derechos que creía tener sobre Solferino, no obstante estimaba en más la gracia y amistad de su Alteza, y que de buena gana renunciaría mil veces á aquel señorío, si por conservarlo hubiese de pasar plaza de enemigo de su Alteza, á quien estaba unido con los estrechos vínculos del parentesco. — «Ojalá, decía el Santo con acento de íntima convicción, ojalá nunca hubiéramos tenido ningún derecho á heredar un feudo cuya posesión había de acarrearnos la odiosidad y desgracia de un pariente tan cercano y tan noble como Vuestra Alteza!»—Finalmente protestando sinceramente que tanto él como su hermano estaban prontos á su servicio y amistad, pidióle otra vez diese licencia á Don Rodolfo para venir á postrarse á los pies de su Alteza, como ardientemente lo deseaba, á fin de que reconciliados los ánimos, se pudiesen luego zanjar las diferencias y poner fin de una vez á aquel litigio.

Hora y media duró la conferencia de Luis con el Duque D. Vicente, y fué caso de gran maravilla que estando éste enojadísimo y sumamente agriado con el Marqués, por las siniestras informaciones y chismes con que le habían prevenido algunos hombres malévolos; no obstante ablandado y amansado con las palabras de Luis, y enternecido con la vista de aquel ángel de paz, que después de dejar el mundo y sus vanidades, bajaba de aquellas serenas alturas de santidad en que tranquilo reposaba, á mezclarse en el bullicio del siglo, sin otro deseo ni otra pretensión que restablecer la concordia entre sus deudos; depuesta su braveza, abrazó al santo joven, dióle ósculo de paz, y le dijo que accedía gustoso á todos sus deseos, y que asegurase al Marqués su hermano

que estaba dispuesto al perdón y olvido de todo lo pasado, y á admitirle de nuevo en su gracia y amistad.

Lleno de contento y satisfacción con la palabra que acababa de darle el Duque, después de dar rendidas gracias al Altísimo por tan señalado favor, pasó á Castellón para tratar con D. Rodolfo acerca del modo de llevar á cabo la reconciliación. Mas antes escribió á su procurador que no dejase de la mano el asunto, y que procurase estorbar las trazas de algunos que pretendían darle largas so color de cumplir con varios Príncipes que se habían interesado en favor de esta paz, y diciendo que sería bien se les diese á entender que por su respeto se inclinaba su Alteza á aceptarla. Y como un cierto caballero hablase al Duque en este sentido, nada pudo conseguir, antes bien le respondió su Alteza que entendiese que si otorgaba el perdón, lo hacía solamente por complacer al P. Luis, y que por nadie más lo haría. He aquí la carta que escribió el Santo con esta ocasión.

A D. Fabio Gonzaga.

Ilmo. y honorab. señor mío en Cristo.

Pax Xti.

Ruego á Vuestra Señoría trabaje por recabar de su Alteza que quiera recibir á mi hermano en su amistad: por lo que hace á la anulación del destierro, no faltará arbitrio que sea aun del gusto de su Alteza. Así pues suplico á V. S. que toda vez que el señor Duque me prometió hacer por amor de Dios lo que yo le pedía en nombre de su divina Majestad, no lo solicite por medio de otros Príncipes. Esto escribo á Vuestra Señoría con ocasión de un cierto expediente con que me propuso acudir al Emperador el señor Tulio, no ciertamente

porque lo exigiese su Alteza, sino por su propia iniciativa; lo cual, no demandándolo el señor Duque, sólo serviría para complicar y dilatar el negocio, y privarme á mí del consuelo de ver antes de mi partida al Marqués reconciliado con el Sr. Duque. Y si fuesen menester para ultimar este asunto algunas cartas de algunos grandes personajes, se podrían pedir antes que viniese á Mantua mi hermano, pero teniendo antes bien asegurada la reconciliación. Concluyo deseándole toda gracia del Señor.

Del Colegio de Mantua, á 5 de noviembre de 1589.

De V. S. Ilustrísima
Servidor oblig. en el Señor
LUIS GONZAGA
de la C. de J.

Como se ve por el tenor de esta carta, el diligentísimo joven no dejaba resorte que no moviese para llevar á feliz y breve término lo que con tan favorables auspicios había entablado. Así que no satisfecho con la promesa del Duque, quiso también valerse de la intervención de otras personas calificadas á quienes escribió él mismo, ó hizo escribir por su procurador. Consérvase todavía el autógrafo de una de estas cartas, aunque se ignora á quien iba dirigida. No estará por demás trasladarla aquí, por estar tan íntimamente enlazada con los sucesos que vamos relatando. Dice así:

Pax Xti.

Estando para partir de Mantua, recibí la adjunta del Ilmo. Sr. Tulio que remito á V. E., y con esta ocasión le presento mis humildísimos respetos, recomendándole al propio tiempo el consabido negocio, á fin de que se

sirva interponer su valimiento á favor del Sr. Marqués mi hermano y devotísimo servidor de V. E. Este singular favor lo consideraré como otorgado por amor de Dios nuestro Señor, de quien principalmente espero nos ha de conceder lo que más nos convenga. El señor Duque á quien ya se ha acudido, respondió favorablemente: y ya sólo falta una palabra de V. E. para confirmar todo este asunto, y llevarlo á su mejor término, conforme al beneplácito de su divina Majestad, á quien suplico colme á V. S. de toda gracia y de todo bien. Del Colegio de Mantua, noviembre de 1589.

Dev. y obed. en el Señor
LUIS GONZAGA
de la C. de J.

Escritas estas cartas, partió Luis para Castellón, llevando consigo una nota de todos los capítulos de quejas que había en Mantua contra el Marqués, á fin de que éste pudiese dar por escrito sus descargos, y justificarse cumplidamente delante del Duque D. Vicente. Redactado este documento, volvió con él á Mantua nuestro Santo, y presentólo al Duque, quien quedó plenamente satisfecho de los descargos y satisfacciones que en él se contenían, y con esto Luis fué en busca de su hermano, y juntos visitaron á su Alteza, siendo de él recibidos y obsequiados con extraordinario amor y benevolencia. Invitólos á comer en su mesa, y á pasar todo aquel día en palacio con él, á lo cual accedió gustoso D. Rodolfo; mas Luis hizo tales instancias para que le dejase ir al colegio á comer con la comunidad, que no pudo negárselo el Duque. Y como éste insistiese en que por lo menos volviese á pasar la tarde en

palacio, para asistir á una comedia dispuesta en su obsequio, Luis sonriendo le suplicó le dispensase de asistir á ella, en gracia de su buen compañero á quien sería poco agradable tomar parte en aquella función.

Tal fué el desenlace que tuvieron las prolongadas y enconadas disensiones de los dos Gonzagas, gracias al celo, actividad y prudencia de nuestro Santo. Los que habían sido testigos de tan lastimosas contiendas, no acababan de creer lo que veían, y les parecía cosa de milagro que Luis en pocas semanas hubiese conseguido lo que en muchos meses no habían podido acabar ni el Emperador, ni otros grandes Príncipes y señores por más que en ello se habían empeñado. Gustoso cedió D. Vicente al Marqués de Castellón el señorío de Solferino con todos sus derechos, que desde entonces pacíficamente poseyó D. Rodolfo, y heredaron sus sucesores.

Antes de salir de Mantua, quiso Luis manifestar su agradecimiento á D. Fabio Gonzaga su procurador por el interés y solicitud con que había trabajado en aquel negocio, y á este fin le escribió la siguiente carta, que como todas las de nuestro Santo respira amor de Dios nuestro Señor, á quien atribuye principalmente el feliz desenlace de tan prolijas contiendas.

Pax Xti.

Gracias sean dadas á Dios nuestro Señor que se ha dignado por su infinita caridad y misericordia llevar á feliz remate este tan largo y complicado negocio por medio de V. S., quien al mismo tiempo que ha restituído la paz á nuestra casa, se ha granjeado con esto grandes merecimientos para con Dios. Él es quien nos ha otor-

gado tan señalada merced, y á Él suplico galardone á V. S. en el cielo; y entre tanto concluyo deseando que el mismo Señor le colme aun acá de toda suerte de consolaciones, como prenda de las eternas recompensas de la gloria. Del Colegio de Mantua, 1589.

Dev. y obed. en el Señor
LUIS GONZAGA
de la C. de J.

Si grande y admirable se mostró Luis en la reconciliación de los dos Príncipes, no menos lo fué en la reformación interior de la casa y familia del Marqués su hermano, cuya conducta, según queda dicho, dejaba bastante que desear, y daba ocasión de escándalo á sus vasallos. Año y medio hacía ya que D. Rodolfo vivía en compañía de Doña Elena Aliprandi, sin que ni su madre Doña Marta, ni otras personas allegadas hubiesen logrado persuadir al joven Marqués que dejase aquella compañía, y viviese cual cumplía á un caballero noble y cristiano. Todo fué en vano: Dios tenía reservada á Luis la gloria de quitar este escándalo, como había quitado las disensiones entre Mantua y Castellón: y lo que no pudieron conseguir los poderosos del siglo, lo recabó felizmente el humilde religioso, fiado en el poder de la gracia.

La ocasión no podía ser más propicia. Rodolfo debía á Luis su rehabilitación y amistad con el Duque y la pacífica posesión de Solferino: ¿cómo podía negarle, después de todo esto, un favor que no tenía otro objeto que el bien de su alma y el buen nombre de su casa y linaje? Fiado pues Luis ante todo en el auxilio de Dios y luego en lo favorable de la coyuntura que se le ofre-

cía, entró de lleno en este asunto, y comenzó á apretar al Marqués, para que cuanto antes diese la debida satisfacción de su conducta á Dios y á los hombres. Al principio excusábase D. Rodolfo con varios pretextos y dificultades que creía insuperables; mas viendo por una parte la actitud resuelta y enérgica de su santo hermano, y por otra comprendiendo que no podía negarle razonablemente lo que le pedía, dióle palabra de satisfacer en todo sus deseos; pero pidióle algunos días, á fin de disponer las cosas que eran menester para su intento, y prometióle que no tardaría en cumplir la palabra que le tenía dada.

Hallándose pues en tan buena disposición el Marqués, no era prudente dejar de la mano este negocio, hasta llevarlo á feliz término; mas por otra parte Luis no podía diferir por más tiempo su vuelta á Roma, pues por aquellos mismos días se abrían las clases, y él debía principiar su tercer año de teología. No sabiendo qué partido tomar, consultólo con sus superiores, quienes le mandaron proseguir sus estudios en el colegio de Milán, con el fin de que estando cerca de Castellón, pudiese más fácilmente entenderse con su hermano. Éste le dijo que partiese tranquilo á donde le llamaba la obediencia, pues él iría á su tiempo á verle, y tratar con él la manera de arreglar sus asuntos, y así lo cumplió puntualmente, como se dirá en el siguiente capítulo.

CAPÍTULO XI

PASA Á MILÁN, REGRESA Á CASTELLÓN, Y DA CIMA Á LOS NEGOCIOS DE SU FAMILIA

Noviembre, 1589-*marzo,* 1590

EL mismo día 25 de noviembre, fiesta de Santa Catalina y aniversario de su entrada en la Compañía, partió Luis para Milán, contentísimo de poder fijar de nuevo su asiento entre sus carísimos Hermanos de religión. Olvidado por completo de los asuntos de su casa, si no era para encomendarlos á Dios, aplicábase con su acostumbrado fervor á la virtud y á las letras, cuando por el mes de enero se presentó su hermano con numeroso séquito de gentiles hombres y criados al colegio, pidiendo hablar con Luis, y encargando al portero le dijese que le convenía verle luego, pues no podía detenerse allí más que el tiempo preciso para hablarle. Fué el portero con gran prisa á dar el recado á nuestro Santo, el cual estaba en aquel momento en el coro de la iglesia dando gracias después de la comunión. Oyó el recado, y prosiguió con gran paz dando gracias á Dios nuestro Señor por espacio de dos horas, pareciéndole que no era razón dejar á Dios por los hombres, más que

más cuando estos estaban tan necesitados de los auxilios de la gracia.

Avistáronse después los dos, y comenzó D. Rodolfo á sincerarse con Luis de su conducta, revelándole un secreto que si no justificaba enteramente su modo de proceder, á lo menos disminuía notablemente su culpa. Díjole pues que ya hacía quince meses que Doña Elena Aliprandi era su legítima esposa, toda vez que había contraído matrimonio con ella á los 25 de octubre de 1588, con licencia del Obispo y conforme á las leyes del Concilio Tridentino; si bien por graves motivos y con la venia del prelado, este matrimonio se había celebrado secretamente y sin más testigos que el Sr. Arcipreste de Castellón que lo bendijo y los otros dos que prescriben los sagrados cánones. El principal motivo que le inclinó á tomar este grave acuerdo, fué el saber que ni Doña Marta, ni D. Alfonso, ni los demás parientes habían de ver con buenos ojos que se desposase con una señora de tan desigual condición, dejando frustradas las esperanzas que todos ellos tenían de que había de dar su mano á la única hija de D. Alfonso, cuyo señorío debía heredar el Marqués, según queda dicho.

Con gran sorpresa y no menor consuelo oyó Luis esta confidencia de su hermano, y dió gracias á Dios de que el estado de aquella alma querida no fuera tan lamentable como comúnmente y con sobrado fundamento se creía. Sin embargo pareciéndole que no podía en buena conciencia seguir ocultando aquel matrimonio con tanto escándalo de sus vasallos, díjole que si le parecía bien, consultaría el caso con algunos Padres de los más graves y doctos del colegio, á fin de proceder en todo con la mayor seguridad. Convino en ello el Mar-

qués, y pesadas las razones en pro y en contra, muchos Padres de Milán y de Roma, á donde se escribió sobre lo mismo, fueron de parecer que el Marqués tenía obligación de publicar su matrimonio, y quitar el escándalo á que daba pie su silencio.

Hacíasele muy cuesta arriba á D. Rodolfo el dar este paso, y no acababa de resolverse á darlo cual convenía; mas tanto le apretó Luis, y tanto le dijo, ya ponderándole los graves riesgos á que ponía su alma, ya ofreciéndose á recabar el beneplácito de sus parientes, y á zanjar otras dificultades que le oponía; que al fin D. Rodolfo se rindió á su voluntad, y prometióle con juramento remediar el escándalo, y dar la debida satisfacción á Dios y á los hombres. Y dejando á Luis consolado con esta promesa, dió la vuelta á Castellón.

Allí comenzó á tratar con el Sr. Arcipreste del modo y forma de ejecutar lo que con Luis había concertado; mas ora fuese por lo arduo del negocio, y por los serios temores que abrigaba D. Rodolfo de disgustar á sus parientes, ora porque el mismo Arcipreste no fuese quizás del mismo parecer que Luis acerca de la obligación de manifestar el matrimonio, lo cierto es que las cosas seguían en el mismo estado, y todo eran dilaciones y ambages sin fin. Creció la dificultad con una carta que escribió Luis desde Milán á D. Rodolfo, diciéndole que no bastaba descubrir el matrimonio oculto, sino que era menester quitar ante todo el escándalo enviando á Doña Elena á la casa de sus padres, cosa que á D. Rodolfo se le hacía sumamente dificultosa.

Parecióle al Marqués que lo mejor sería que el mismo señor Arcipreste se avistase con Luis, y viese de entenderse con él en razón de facilitarle en lo posible un ne-

gocio que de suyo era tan espinoso, procurando que de las dos condiciones que se le exigían, á lo menos le desobligasen de una, si en conciencia se podía transigir.

Fué pues el señor Arcipreste á Milán, habló despacio con Luis, y no dejaría de consultar el caso con los teólogos de aquel colegio, quienes al fin juzgaron que el Marqués podía quedar tranquilo de conciencia, con tal que adoptase uno de los dos partidos, conviene á saber: ó que se separase de su esposa hasta que se descubriese el ignorado matrimonio, ó que sin separarse de ella, se publicase luego éste. Y no contento Luis con exhortar á su hermano por medio del Arcipreste á ejecutar luego una de estas dos propuestas, escribióle para urgirle más la siguiente carta en que resplandecen á maravilla la fraternal caridad y abrasado celo de nuestro Santo.

Ilmo. y honorab. en Cristo Hermano y Señor
Pax Xti.

Doy las gracias á V. S. por el mensajero que me ha enviado, al cual después de enterarle de todo, y oído el parecer de personas competentes y en particular del mismo á quien V. S. consultó aquí en Milán, he dicho lo que siento *in Domino*, y es que V. S. está realmente obligado en conciencia y bajo pena de pecado mortal. Nada más se me ofrece sino rogar á V. S. y suplicarle por las entrañas de Jesucristo y de la Bienaventurada Virgen, que no me defraude de las esperanzas que hasta ahora he abrigado, y que V. S. me ha confirmado con juramento, y que ponga en ejecución uno de los dos partidos que tengo propuestos á Monseñor el Arcipreste.

Cuando V. S. haya cumplido con este deber, yo me

alegraré de tenerle por hermano en Cristo, á quien así como hasta ahora siempre he ayudado y deseado servir, así no dejaré nunca de servirle en adelante, deseando se me ofrezca ocasión de exponer aun la propia vida para la salud de su alma. Y este mismo deseo de su bien espiritual fué el que me impulsó á salir de Roma, y detenerme todo este invierno en Lombardía con detrimento de mis estudios. Y todo me parece poco con tal que *acquiram Christo te fratrem in illo carissimum* (1).

Mas si esto no alcanzare, sólo me restará mirar en V. S. á un hermano *secundum carnem;* y desde ahora le certifico que como á tal, ni le conozco, ni quiero jamás conocerle; como quiera que ya hace más de cuatro años que morí para V. S. en tal concepto. Y cierto paréceme que había yo de avergonzarme y no poco, si después de haberlo dejado todo y aun á mí mismo por amor de Cristo, ahora llevado de afecto carnal *erubescerem Christum* (2) y disimulase su ofensa, siendo así que el mismo Cristo nos dice: *vade, et corripe eum inter te et ipsum solum. Si te audierit, lucratus eris fratrem tuum; (sin minus,)... sit tibi sicut ethnicus et publicanus* (3). Así pienso ejecutarlo: y á este fin estaré esperando la respuesta por espacio de doce días á contar desde mañana. Si la contestación fuese tal cual cumple á V. S., para lo cual debiera bastarle el ejemplo que acaban de darle, tanto el Señor Duque de Mantua, como su tío Don Alfonso; y los servicios que de mí tiene recibidos; pero sobre todo las

(1) Con tal que logre ganar para Cristo á V. S. que es mi hermano carísimo en el mismo Señor.

(2) Me avergonzase de Cristo.

(3) (Si tu hermano pecare contra tí) ve y corrígele estando á solas con él: si te escucha, habrás ganado á tu hermano; si no...; tenle por gentil y publicano. *Matth.* XVIII, 15, 16, 17.

obligaciones que tiene para con Dios nuestro Señor: si su contestación, digo, fuere en este sentido, regresaré consolado á Roma; pero si procediese de otra manera para con Dios y conmigo, daré por terminado el negocio del modo que he dicho al señor Arcipreste, y doliéndome de mi mala suerte, lo dejaré á la providencia de Dios nuestro Señor, para que Él lo remedie con su santa y poderosa mano, de la cual suplico otra vez á V. S. se guarde; porque Dios se muestra Dios en todo: así en esperar á penitencia, como en castigar las ofensas que contra él y los que desean ser sus siervos se cometen. Por esto no falte V. S. á lo que debe, no falte, repito, *et iterum* no falte. Tres veces se lo digo, y tenga por cierto que si falta, se ha de arrepentir. Entre tanto rogaré á Dios que disponga el corazón de V. S., y le otorgue finalmente aquella felicidad y abundancia de gracia que yo de todo corazón y con todo el afecto de mi alma le deseo.

De Milán, á 6 de febrero, 1590.

De V. S. Ilustrísima

Afectísimo hermano en el Señor

LUIS GONZAGA

de la C. de J.

Bien se echa de ver por el tono enérgico y severo de esta carta cuán á pechos había tomado Luis el bien espiritual de su hermano, y cuánto hubo de batallar con él para rendirle á sus santos deseos. Grande impresión debieron de hacer en D. Rodolfo las frases varoniles de esta carta; mas cuando á los pocos días recibió otra en que le apretaba con mayor insistencia para que cumpliese la palabra que le había dado, no pudo resistir por

más tiempo, y todas sus dificultades y dilaciones hubieron de rendirse, y ceder á la incomparable firmeza de carácter de su santo hermano. Hé aquí el texto de esta carta, cuyo autógrafo se conserva como preciosa reliquia en el convento de las Vírgenes de Jesús en Castellón.

Ilmo. y honorab. en Cto. hermano y señor.

Pax Christi.

Ya ha podido entender V. S. que el partido que le propongo es tanto más fácil, cuanto que de las dos cosas que le exigía en mi primera carta después que partió de Milán, no le obligo sino á una sola que me debe no solamente como hermano, sino como simple cristiano. Yo, escribí á Roma, conforme á lo que V. S. me significó, dando aviso de mi vuelta á aquella ciudad, pues si bien ignoro á punto fijo el día de mi partida, sé no obstante que será muy en breve. Y como quiera que yo he de ver á V. S. cuando venga de paso para Alemania, (á no ser que tomase otro más santo acuerdo) creo que *quanto citius, tanto melius* (1). Dése pues prisa V. S., y esté bien persuadido de que no he de ser yo quien falte á lo que le tengo prometido, estando la cosa en mi mano. Pero V. S. por su parte no deje de cumplir lo que debe, *et iterum* (2) repito que no deje de cumplirlo, como tengo por cierto que lo cumplirá. Así que pongo fin á la presente, encomendando á V. S. con todo el fervor posible al Señor, y suplicándole se digne conce-

(1) Cuanto más presto, mejor.
(2) Otra vez.

derle la plenitud de su gracia con toda suerte de felicidades.

De Milán á 9 de febrero, 1590.

De V. S. Ilustrísima

Afectísimo hermano en el Señor

LUIS GONZAGA

de la C. de J.

P. S. Quiero á todo trance que quedemos amigos, pero *in Domino,* y á este fin necesito que el mismo Señor me conceda las fuerzas que son menester para llevar este negocio á feliz término, siquiera haya de ser usando de alguna religiosa violencia. Y no eche V. S. en olvido que de las dos cosas que me prometió, esto es: ó descubrir el altar (1), ó sacarla de casa, no le obligo más que á una, y esto *etiam* (solamente) después de su viaje á Alemania, á donde ha de ir V. S. antes de mi partida para Roma, la cual está en manos de mis superiores de allá, quienes me han avisado que será á no tardar.

¿Cómo había de resistir D. Rodolfo por más tiempo á la religiosa violencia de su santo hermano? ¿Cómo había de sufrirle el corazón verle regresar á Roma, y despedirse quizás para siempre de él, sin llevarse el consuelo que tanto deseaba, y que de tantas maneras le había pedido? Resuelto pues á pasar por todo, con tal de satisfacer los justos deseos de Luis, hízole saber que no sólo estaba determinado á ejecutar lo que le pedía, mas

(1) Con esta frase significa el Santo publicar el matrimonio contraído delante de la Iglesia.

aun á no partir para Alemania sin dejarlo todo arreglado á su sabor: y que así ya podía pasar á Castellón cuando quisiese. No se hizo de rogar el diligentísimo joven, en cosa que tanto interesaba á la gloria de Dios y bien de las almas. Así pues hacia el 20 de febrero partió para su casa en compañía del Hermano Flavio Saraceni Senece, y en pocos días dejó el asunto arreglado, cuidando él mismo de que se publicase en Castellón y en todos los estados del Marqués el legítimo matrimonio de éste con Doña Elena, con lo cual cesó el escándalo, y tuvo Luis más libertad para exhortar á otros á que dejasen sus amancebamientos, depusiesen sus discordias y reformasen sus costumbres, como de hecho lo hicieron muchos que con su mala vida eran piedra de escándalo en la ciudad: de suerte que la venida de Luis equivalió á una misión fructuosísima, por las muchas conversiones que con sus palabras y ejemplos se llevaron á cabo; y solía decir que la otra vez le habían traído á Castellón los intereses de su familia; pero ésta los intereses de Dios nuestro Señor.

También tomó Luis á su cargo el solicitar por medio de atentas cartas la aprobación y beneplácito del Duque de Mantua y de los demás parientes de su casa, en lo referente al matrimonio del Marqués: y todos ellos incluso D. Alfonso contestaron satisfactoriamente, aprobando todo lo que se había efectuado.

Mas aunque todos admiraron en esta ocasión, y ensalzaron el celo y prudencia de Luis, nadie seguramente recibió tanto consuelo de tan fausto acontecimiento como Doña Marta, á quien tocaban más de cerca los sucesos de uno y otro hijo. Y puesto caso que tenía sobrados motivos para mostrarse resentida de la reserva

que D. Rodolfo había guardado con ella en aquel negocio, mostró bien su acrisolada y sólida virtud y la noble generosidad de su alma, al recibir con singulares muestras de amor á Doña Elena, más como á hija que como á nuera. Aceptó de buena gana el convite con que celebró el Marqués aquel suceso el mismo día en que se publicó el matrimonio, y comieron juntos en palacio el Marqués, Doña Marta, Doña Elena, su padre D. Juan Antonio, nuestro Santo y su compañero.

No quiso la piadosa madre de Luis que éste partiese de Castellón sin haber dirigido su fervorosa palabra al pueblo: y así para su consuelo de ella, como para el aprovechamiento de todos, rogóle que predicase en alguna iglesia de aquella ciudad. Si Luis atendiera solamente á los impulsos del abrasado celo que ardía en su pecho, desde luego accediera sin dificultad á la petición de su madre; pero su espíritu de humildad y obediencia le movió á pedir antes consejo al Hermano Saraceni sobre lo que debía hacer: y como el Hermano le aconsejase predicar, acordó hacerlo en la iglesia llamada de la Compañía de la Disciplina, pero con el mayor secreto posible, y sin que se tocasen las campanas, inclinándole su grande humildad á ocultar en lo posible los dones que de Dios tenía recibidos. Mas no le valió su traza, pues habiendo cundido rápidamente por toda la población la voz de que predicaba el H. Luis, el día 3 de marzo, sábado de Quincuagésima, llenóse el templo de bote en bote, y el Santo hizo un fervoroso y elocuente sermón sobre lo mucho que Cristo nuestro Señor hizo y padeció por nuestro bien y para la eterna salud de nuestras almas. Al fin invitó á su auditorio á la comunión general que se había de celebrar el día siguien-

te, y fué tan bien recibida su invitación, que todos los confesionarios se vieron invadidos aquella noche y la mañana siguiente por gran muchedumbre de penitentes, y se acercaron al sagrado banquete además de la familia del Marqués, unas setecientas personas. Luis quiso ayudar la Misa de comunión, y servir á los fieles la ablución que solían en aquel tiempo tomar después de haber comulgado.

Habiendo pues nuestro héroe cumplido con su misión, y arreglado tan á gusto y satisfacción de todos las cosas de su familia, partió para Milán el día 12 de marzo de 1590, llevando como solía por inseparables compañeros de su alma la continua mortificación y unión con Dios. Al despedirse de sus parientes, advirtieron estos que tenía las manos hechas una lástima y todas ensangrentadas por las grietas y sabañones que con los intensos fríos se le habían formado: por lo cual le rogaron aceptase unos guantes con que defenderse de los rigores de la estación. Mas como él tenía sus delicias en la cruz de Cristo, no quiso desperdiciar tan buena ocasión de padecer, y sentir los efectos de la santa pobreza, y así rehusó constantemente aquel alivio.

En Piacenza por donde hubo de pasar, fuéle á visitar á su aposento un Padre de aquel colegio, que antiguamente le había conocido en la corte de Parma. Y como le hallase ocupado en limpiarse el calzado con aquella humildad, modestia y recogimiento que infundían devoción en cuantos le miraban, absorto el Padre y como fuera de sí exclamó en sus adentros: ¿y es éste aquel ilustre Príncipe que en otro tiempo ví entre la primera nobleza de Parma con tan lucido acompañamiento de gentiles hombres y cortesanos? Abrazóle con entrañable

amor, y quedó no menos asombrado que edificado de su santísima conversación.

Al verse Luis finalmente de asiento en el colegio de Milán, gozando de su amada vida de comunidad y libre de las enfadosas tareas que por tantos días le habían tenido ocupado, lleno de santo júbilo dijo á uno de aquellos Padres:

—¡Oh con cuánto gusto y consolación vuelvo á respirar el aire puro de la vida religiosa! El alivio y placer que experimenta el que estando aterido de frío se acuesta en lecho bien mullido y caliente, no es más que una débil sombra del gozo y satisfacción que ha gustado mi alma al pasar de las casas de los seglares, donde se hallaba toda fría y helada, al suave y templado ambiente de la vida religiosa.

Mas no se olvidó Luis, en medio de su felicidad y bienandanza, de los que había dejado engolfados en el proceloso mar del siglo. Ardiendo en vivos deseos del bien espiritual de su hermano, escribióle á poco de haber llegado á Milán una preciosísima carta, cuyos sólidos documentos constituyen un verdadero tesoro de santidad sobremanera útil para cuantos deseen entablar en el siglo una vida cristiana y edificante. Es la más larga de las cartas que conservamos de nuestro Santo, y su tenor es el siguiente:

Ilmo. y honor. en Cristo Hermano y Señor.

Pax Christi.

El deseo que siempre he tenido de la salud espiritual de V. S. y la consolación que por esta misma causa recientemente en Castellón he recibido, me mueven á escribirle en esta carta, según me lo da á entender el

Señor, lo que para más asegurar y conservar este bien espiritual me ha parecido en el mismo Señor que más le podrá ayudar. Y es que antes de su viaje á Alemania se disponga V. S. durante este santo tiempo de cuaresma que resta hasta la Pascua, á hacer una confesión general á lo menos desde aquella que me consta haber hecho V. S. en Mantua cinco años atrás, á fin de que con esta diligencia quede asegurado (en cuanto es posible estarlo en la presente vida) del perdón de todas las ofensas de su divina Majestad, aun de aquellas que podrían acaso habérsele olvidado en aquellas confesiones hechas como á escondidas y furtivamente en aquel tiempo en que por respeto del mundo no osaba mostrarse como siervo de Cristo. Y esto se le haría tanto más fácil, cuanto que allanadas las dificultades que estaban de por medio, sólo le resta gozar del fruto de la esperanza y de la segura prenda de alcanzar por este medio la gracia de Dios. Y este es el motivo que me impulsa á recomendárselo á V. S. muy encarecidamente.

Demás de esto, á fin de que pueda conservar esta gracia, si bien aquel mismo Señor que se ha dignado mover su corazón, sabrá instruir y enderezar á V. S. mucho mejor de lo que yo podré hacerlo con todas mis palabras y desvelos, todavía para satisfacer á las buenas relaciones que conservo con V. S., y cooperar en adelante como hasta el presente con la Providencia del mismo Señor, le propongo dos medios en particular que se me ofrecen.

Es el primero, tener siempre interiormente en grande estima, y hacer gran caudal de la gracia de Dios, cuyo precio es tan alto, que por más que yo me esforzara en encarecerlo, jamás podría expresar una mínima parte de

lo que es en hecho de verdad, ni hay lengua que sea capaz de declararlo cumplidamente, si no es Dios nuestro Señor, á quien dejo el cuidado de enseñárselo á V. S. Solamente le diré que cuanto Dios sobrepuja y aventaja á todas las cosas criadas, cuales son: honores, riquezas, y cualesquiera otros bienes, tanto (á ser posible) la estima y el concepto que dentro de nuestra alma formamos de su divina Majestad, debiera pasar de vuelo y sobrepujar el concepto y estima de cualquiera otra cosa. Mas ya que no alcanza á tanto la limitada capacidad de nuestro corazón, á lo menos debiéramos esforzarnos en llegar á donde nos sea posible según nuestros alcances.

El segundo medio es obrar conforme al estado de esta gracia *providendo bona non solum coram Deo, sed etiam coram hominibus* (1).

Por lo que á Dios se refiere, me contentaré con recordar á V. S. lo mismo que de palabra le dije acerca del culto y Religión con que debemos honrarle. Y como quiera que al exhortar á ofrecer á Dios el culto de la Religión podría parecer que hablamos de una obligación propia solamente de religiosos, descenderé á algunas particularidades que V. S. podrá muy bien observar, según la medida de la gracia que el Señor se digne comunicarle.

Una de estas es el encomendarse á Dios por la mañana, rezando algunas oraciones, cuales son por ejemplo las del *Ejercicio cotidiano* ú otras semejantes, en que podría también ocuparse algún rato considerando alguno

---

(1) Obrando rectamente no sólo delante de Dios, mas aun delante de los hombres.

de los puntos que se hallan en el *Ejercicio cotidiano* puesto al fin del opúsculo que le envío, compuesto por orden de Monseñor el Cardenal Borromeo de feliz memoria. En este mismo librito hallará V. S. otros avisos y documentos que podrá leer con provecho: por lo cual no me extenderé más en esta materia, contentándome con recomendarle demás de lo dicho, la santa Misa, conforme á nuestro pacto.

Además, por la noche no quisiera que nunca se acostase sin antes examinarse á sí mismo, y ver si por ventura ha incurrido en ofensa de Dios, á fin de que si tuviese conciencia de pecado mortal, (guárdele Dios de tamaña desgracia) proponga cuanto antes borrarlo por medio de la Penitencia; la cual ha de persuadirse serle necesaria de toda necesidad, desde luego que halle en su alma algo de que arrepentirse: y para esto no espere jamás algún plazo de tiempo determinado, como el tiempo pascual, ni otro semejante, toda vez que nadie puede asegurarle que para entonces se hallará con vida.

Después de esto, *ut provideat bona coram hominibus* (1), le recomiendo aquella reverencia que debe á sus padres y señores, de la cual nada le diré, presuponiendo que la tiene V. S. muy asentada en su corazón.

Solamente le encargaré en este punto, y esto no tanto porque V. S. lo necesite, cuanto por la obligación que me incumbe, que profese á la señora Marquesa su madre aquel respeto y reverencia que le debe como á madre y tal madre.

Ultra de esto, ya sabe V. S. como jefe y cabeza de sus hermanos, cuánto le importa que estos se conserven

(1) para proceder con rectitud delante de los hombres.

bien unidos, y cuánto ha de procurar con su manera de proceder para con ellos que amen y fomenten esta recíproca concordia y unión. Por lo que atañe á los vasallos, sólo diré que Dios se los ha encomendado por manera especial y particular, acaso para darle á entender el singular cuidado que de ellos ha de tener V. S., aun en lo tocante á su bien espiritual, aprendiendo de la Providencia de Dios para con V. S., la que V. S. ha de tener para con ellos.

Por lo demás remítome al mismo Dios nuestro Señor, para que se sirva instruir y guiar á V. S. por el camino de esta vida, hasta que lleguemos á aquella patria bienaventurada, en la que espero nos hemos de ver con V. S. y otros, y á este fin he abrazado el estado en que me hallo.

Entre tanto, por lo que hace á la confesión de que al principio le he hablado, propóngole para director espiritual á alguno de nuestros Padres, como quiera que ellos según prescripción de nuestro Instituto, suelen ser hombres muy versados en este ministerio. Para cuando haya de ir V. S. á Mantua, mucho le aconsejaría que eligiese para su director al P. Mattía, que fué confesor del Duque Guillermo de buena memoria. Y para el tiempo de su permanencia en Castellón, ya he hablado con el Padre Rector de Brescia, quien ofrece todo su colegio para el servicio de V. S., y está pronto á proveerle de confesor siempre que se lo pida.

Y con esto pongo fin á la presente. Y porque la ejecución de las cosas que acabo de encomendar á V. S. más depende de la divina gracia, que de su industria y de mis exhortaciones; le ofrezco y prometo tenerle presente en mis oraciones, si algo valen delante de su divi-

na Majestad, á quien suplico le conserve y enderece á aquel bienaventurado fin á donde llegan sus escogidos.

De Milán á 17 de marzo, 1590.

De V. S. Ilustrísima
Hermano en el Señor nuestro
LUIS GONZAGA
de la C. de J.

A fin de asegurar mejor el fruto espiritual que de esta carta se prometía Luis para el alma del Marqués, envió juntamente otra para la Marquesa su cuñada, en que le suplica apoye y confirme de palabra los mismos consejos que él le envía por escrito. He aquí el texto de esta carta.

Ilma. Sra. Cuñada.

Pax Christi.

He pensado comenzar á valerme de la mediación de V. S. para el aprovechamiento espiritual del Sr. Marqués que en Castellón me propuse. A este fin ruego á V. S. tenga por bien exhortarle de palabra á lo mismo que yo le recomiendo por escrito en la adjunta, procurando que antes de partir para Alemania, asegure el buen estado de su alma, que confío ha de alcanzar mediante una confesión general hecha en la forma que le he sugerido. Supongo que V. S. habrá ya recibido algunos libros espirituales que desde Brescia encargué le fuesen remitidos. Concluyo ofreciéndole mis respetos, y rogando al Señor la colme de todo consuelo y felicidad.

De Milán á 21 de marzo, 1590.

De V. S. Ilustrísima
Afectísimo siervo en nuestro Señor
LUIS GONZAGA.

Mucho contribuyeron estas preciosas cartas á consolidar el fruto espiritual obtenido en Castellón con la visita de Luis, el cual se alegró sobremanera al recibir por estos mismos días una carta del Marqués participándole el feliz resultado de sus trabajos y gestiones en pro de los de su casa. Mas Luis que no se pagaba de palabras, y temía siempre la inconstancia de D. Rodolfo, escribióle á 25 de marzo, insistiendo de nuevo en los saludables consejos que en las cartas anteriores le daba, y exhortándole muy ahincadamente á poner en Dios toda su confianza, para poder perseverar en el bien comenzado.

Y á fin de obligarle más y más á caminar por el buen sendero que le dejó trazado, incluyó en esta carta, otra para Doña Marta su madre, rogando al Marqués que él mismo se la entregase personalmente, y se la hiciese mostrar, á fin de cerciorarse por sí mismo de lo mucho que se interesaba Luis por su bienestar temporal y eterno.

De estas dos cartas sólo se conserva la que va dirigida á D. Rodolfo (1), en la cual á vueltas de otras noticias curiosas, se fija el itinerario que siguió el Santo en su viaje de regreso á Roma, según se dirá en el capítulo siguiente.

---

(1) Esta carta que no se halla en la colección del Sr. Jozzi ha sido publicada recientemente en el *Eco di S. Luigi*, n. 22, y se hallará en el Apéndice, n. X.

CAPÍTULO XII

DE ALGUNOS MEMORABLES EJEMPLOS DE VIRTUD CON QUE ILUSTRÓ EL COLEGIO DE MILÁN, Y DE SU VUELTA Á ROMA

1590

Vivía por este tiempo en el colegio de Milán un santo Hermano coadjutor por nombre Agustín Salumbrino, bien conocido en nuestra Compañía por sus insignes virtudes que le colocaron entre los más ilustres varones que en aquel siglo de santos florecieron. Entre otras cosas maravillosas que de él se refieren en nuestros anales, sábese haber entrado en la Compañía por orden expresa de la Santísima Virgen, la cual se le apareció visiblemente, y le libró de una estrecha cárcel en que se hallaba, sentenciado á muerte por una calumniosa acusación de homicidio. Conocida por los jueces su inocencia, revocaron la sentencia, y él agradecido á la Santísima Virgen obedeció á su voz, y entró en la Compañía en donde conservó hasta la muerte su inocencia bautismal, y recibió extraordinarios favores de Dios nuestro Señor.

Hallándose pues este santo Hermano en el colegio de Milán con el cargo de enfermero, vino Luis con los achaques que no le dejaban nunca, y le obligaban á acu-

dir algunas veces al Hermano Salumbrino para que le cuidase. Tratóle el buen Hermano con la caridad que solía, y con tal ocasión descubrió Luis los grandes tesoros de santidad que en aquella alma se escondían, y le cobró singular amor y aprecio. Regalábase conversando con él de Dios y de las cosas espirituales, y el fervoroso Hermano que tenía puesto en ellas todo su corazón, correspondía con sumo gusto de su alma, y pasábanseles largos ratos en tan dulces y santos coloquios con notable aprovechamiento de entrambos.

No menos medrados en su espíritu salieron del continuo trato con Luis su afortunado compañero de aposento, y los Hermanos coadjutores del colegio con quienes gustaba el Santo de pasar muy á menudo las horas de quiete después de comer y cenar, movido parte del deseo de humillarse, parte de la sed insaciable que le acosaba de hablar de Dios, lo cual le era más fácil estando con dichos Hermanos.

Los ejemplos de humildad y pobreza eran aquí como en Roma no menos frecuentes que admirables. Ya se sabía que Luis había de ocupar en todas partes el sitio más humilde y desacomodado: el peor libro de la librería y el vestido más usado habían de ir á parar irremisiblemente al aposento de Luis. Y como al principiar sus estudios en aquel colegio, le diesen un ejemplar de la Suma de Santo Tomás muy bien encuadernado y con canto dorado, afligióse sobremanera, y no paró hasta conseguir que se lo trocasen por otro más pobre.

Recibió con sumo gusto, y desempeñó con el mayor esmero el cargo que le dieron de quitar el polvo y las telarañas de la casa, y era de ver el gozo y satisfacción con que andaba por los tránsitos con su escoba y sacu-

didor, especialmente cuando podía ser visto en tan humilde oficio por personas de alta categoría que viniesen al colegio. Rara vez dejaba escapar tan buena ocasión de humillarse: y así cuando los Padres del colegio le veían salir á hacer su predilecto oficio, decían: «No falta en casa algún gran personaje, pues Luis sale á exhibir sus títulos de nobleza.» Y no es de maravillar que siendo religioso y estando dentro de casa venciese de esta manera el amor sensual y mundano quien siendo seglar lo había hollado y pisoteado con glorioso triunfo por las calles y plazas de aquella populosa ciudad.

Y para juntar y hermanar la devoción con la humildad, cuando iba á ayudar al refitolero á componer el refectorio, imaginaba que iba á preparar las mesas para Cristo nuestro Señor y sus Santos, y las repartía de esta manera. A la mesa del Superior hacía cuenta que había de sentarse el buen Jesús: á la primera del otro lado, la Santísima Virgen: luego los Santos Apóstoles, los Mártires, Confesores y santas Vírgenes por su orden. Y así cuando iba á poner los manteles, decía al refitolero: «Vamos á poner los manteles en la mesa del divino Salvador: vamos á arreglar la mesa de la Santísima Virgen:» y por este estilo se complacía en santificar esta ocupación con grande provecho suyo y edificación de los Hermanos que con él trabajaban.

No menos resplandeció su humildad cuando pidió licencia de ir á acompañar á los Hermanos que predicaban por las plazas en tiempo de carnaval. Llegados al lugar del sermón, Luis cual si fuera un criadito de sus Hermanos, iba con grande diligencia por todas las avenidas de la plaza á llamar gente que viniesen á oir el sermón, y hacíales tantas instancias, que muchos atraí-

dos de su modestia y afabilidad cedían á sus ruegos y se acercaban al predicador.

Yendo un día el Santo á mendigar por la ciudad con su sotana pobre y remendada, acercósele una dama cuyos pomposos vestidos y ricos atavíos mostraban bien á las claras su vanidad y espíritu mundano, y le preguntó:

—¿Sería V. por ventura del colegio de Santa María de Brera?

—Sí, señora, respondió Luis.

—Pues en ese mismo colegio—prosiguió ella—vive un Padre muy conocido mío. ¡Desventurado de él! ¡y á donde se ha ido á acabar sus días!

—¿Cómo?—replicó Luis—¿cómo se atreve V. á llamar desventurado al que es mil veces más feliz que V. y todos cuantos viven en el mundo? No, no es la vida religiosa tan desgraciada como se la pintan los mundanos, ni crea V. que entrar en religión es enterrarse en vida; antes bien es ir á gozar de la verdadera vida que consiste en amar y servir á Dios perfectamente. ¡Ah señora! no tenga pena por la suerte del Padre su conocido, sino por la suya que es harto más infeliz y desgraciada. Mire bien el peligro en que se halla de caer en la eterna muerte del infierno, si sirve al mundo y á sus devaneos....

Esto le dijo el Santo con tal espíritu y sentimiento, que compungida aquella mujer y tocada interiormente de la gracia del Señor, resolvió mudar de vida, y así lo hizo con increíble consuelo de Luis, y edificación de cuantos supieron esta notable mudanza obrada por la diestra del Altísimo.

Estando un día conversando el santo joven con un Hermano, preguntóle este:

—¿Qué os parece, Hermano Luis, les es fácil á los grandes del siglo olvidarse de las vanidades y pompas mundanales?

—Téngolo por imposible—respondió Luis—á no ser que el Señor haga con ellos un milagro como el que obró curando al ciego de nacimiento, poniéndoles lodo sobre los ojos, y haciéndoles ver que todos los bienes que el mundo tanto ama, y con tanto afán atesora no son más que un poco de lodo y basura.

No sospechaba al dar tan sabia respuesta que con ella se pintaba á sí mismo; porque á la verdad vivía tan olvidado de cuanto había poseído en el mundo, como si nunca lo hubiera poseído. Vino un día á hablarle uno de sus antiguos vasallos, pidiéndole le prestase su valimiento para no sé qué asuntos de su hacienda. Luis que tenía muy asentado en su alma aquel aviso de San Pablo á su discípulo Timoteo: *Ninguno de los que se alistaron en la milicia de Dios debe embarazarse con negocios del siglo* (1), excusóse cortésmente de lo que le pedía aquel hombre, diciéndole que ya había muerto para el mundo, y que por consiguiente ninguna mano tenía para valerle en tal asunto, si no era encomendándole á Dios, como de buena gana lo haría. Supo Luis endulzar esta negativa con palabras tan humildes y caritativas, que el buen hombre se fué muy consolado y edificado.

Esto no obstante, cuando se le encomendaba algún negocio que estuviese relacionado con el bien espiritual de sus parientes, no dejaba de tomar en él con la venia de sus superiores la parte que requería el amor santo y

---

(1) Nemo militans Deo implicat se negotiis sæcularibus. II *Tim.* II, 4.

bien ordenado con que amaba á los suyos, como lo demuestra además de lo dicho, una carta escrita en Milán según parece á 19 de abril de este año (1).

Deseando el P. Superior obsequiar á unos señores Obispos que con otros prelados habían venido al colegio, ordenó á Luis que predicase delante de ellos en refectorio durante la comida. Obedeció el Santo, por más que aquella honra repugnase á su humildad, y echó un excelente discurso acerca de los deberes de los Obispos, quedando el ilustre auditorio no menos admirado del espíritu, que del ingenio que mostró el joven orador. Y como después de la mesa le felicitase uno por el feliz éxito de su discurso, respondióle Luis:

—A la verdad sólo hallo en mi pobre sermón una cosa que merezca vuestros plácemes, y que á mí me ha alegrado no poco en el Señor: y es que he tenido magnífica ocasión de sacar á la pública vergüenza lo tartajoso de mi lengua.

Referíase Luis con estas palabras á un defecto natural que le impedía pronunciar claramente la letra R.

Fué también hermoso ejemplo de humildad el que aquí diré. Iba siempre Luis tan absorto en Dios, que algunas veces le aconteció no advertir en los que pasaban cerca de él y le saludaban. No bien cayó en la cuenta de esta falta, por más que fuese de todo punto involuntaria, fuése al instante á pedir por ella una fuerte penitencia, y acusóse públicamente de ser un soberbio y descomedido, dejando á todos los del colegio atónitos y sobremanera edificados de su profundísima humildad.

---

(1) Véase el texto de esta carta en el Apéndice, n. VII.

Y desde entonces puso particular cuidado en cumplir con todas estas atenciones de la cortesía, sin por esto olvidarse de andar siempre en la presencia de Dios.

Uno de los religiosos de aquel colegio, por nombre Cosme Alamani, hallándose muy acongojado y afligido por la consideración de sus muchas faltas, acudió á Luis en busca de consuelo. Acogióle el Santo con su acostumbrada caridad, y para alentarle á confiar en Dios le dijo:

—Recordad, Hermano mío, aquellas palabras del salmo 138: *Imperfectum meum viderunt oculi tui, et in libro tuo omnes scribentur* (1). Grande es, no lo niego, á los ojos de Dios nuestra miseria é imperfección; mas esto no quita que aquel Padre amoroso nos tenga escritos en su libro, y que nuestras mismas faltas é imperfecciones sean un título poderoso para moverle á usar con nosotros de su infinita bondad y misericordia.

Fué Dios nuestro Señor servido dar tal fuerza y eficacia á estas palabras de su siervo, que con ellas se disiparon como por ençanto los nublados de tristeza que turbaban aquella alma, y recobró su anterior paz y serenidad.

Tocaba ya á su término la estancia de Luis en el colegio de Milán, y Dios nuestro Señor le iba á cumplir sus deseos de regresar á la ciudad santa, que miraba como á su única patria en este mundo, por haber sido en ella reengendrado en Cristo para la vida religiosa. Mas antes que partiese, quiso hacerle su divina Majestad un señaladísimo favor con que se alentase á correr con

---

(1) Viéronme tus ojos imperfecto y como en embrión: y en tu libro escritos estarán todos los mortales. *Ps.* CXXXVIII, 16.

mayores bríos hacia la más encumbrada santidad. Estaba un día Luis en su pobre aposento, arrobado en altísima contemplación, cuando esclareciendo el Señor su alma con una clarísima lumbre, dióle á entender que le quedaba poco tiempo de vida, y que era menester aplicarse todo aquel año con el mayor fervor á su santo servicio, dando de mano á todas las cosas de la tierra que le pudiesen impedir el vuelo de su alma al abrazo de su Dios. Con esta divina revelación sintióse todo trocado interiormente y más descarnado y desasido que nunca de todas las cosas de este miserable destierro, y aplicóse con todo el fervor de su espíritu á disponer su jornada á las eternas mansiones de la gloria.

«Viendo pues, dice el P. Cepari, que había ya pasado el rigor del invierno, y entrado el buen tiempo en que se podía cómodamente viajar, y apretado por otra parte del Padre Bernardino Rossignoli, Rector del colegio romano, que solicitaba su venida por el bien de su colegio, y por lo mucho que con su presencia podían adelantar en espíritu los Hermanos estudiantes que en él estaban, al fin se determinó que volviese á Roma, y á mí me mandaron le comunicase la primera nueva, la cual fué para él de notable consuelo, tanto que rogó al P. Bernardino de Médicis le dijese una misa, pidiendo á Dios nuestro Señor, que si era para su mayor gloria, le mortificase en aquel punto, trazando que no se le cumpliese su deseo.

Poco después recibió orden del mismo Padre General para que se fuese á Roma, y él escribió á algunos, dándoles parte de su consuelo y de las razones que para ello tenía.» Hasta aquí el P. Cepari, á cuya carta contestó luego nuestro Santo, agradeciéndole la grata nue-

va que le acababa de comunicar, y manifestándole el singular consuelo que experimentaba su alma con la esperanza de volver á abrazar en breve plazo á sus carísimos Hermanos del colegio romano. De esta carta sólo conservamos el siguiente fragmento publicado por el mismo P. Cepari en la vida del Santo:

«No creo será muy difícil daros á conocer la consolación que he sentido al ser destinado al colegio romano, en donde podré gozar otra vez de la compañía de esos mis Padres y Hermanos en Jesucristo, cosa que deseo grandemente: y por esto me adelanto con esta carta á participar ya de aquel trato y conversación que espero en el Señor poder pronto reanudar con mayor satisfacción que de antes, no solamente con vos, sino con tantos otros conocidos, á quienes os ruego saludéis de mi parte. Saludo asímismo en general *ex toto corde, mente et animo* á todo el colegio romano.»

«Abril, 1590.»

Otras dos cartas escribió Luis por aquellos mismos días, en las cuales trata de su viaje á Roma: y aunque sólo restan de ellas algunas breves cláusulas, todavía será útil recogerlas aquí para consuelo de los devotos de nuestro Santo. El primero es de una carta escrita al H. Gaspar Alperi poco antes que le llegase la orden de ponerse en camino. Dice así: «A esta orden obedeceré con tanta mayor satisfacción, luego que llegue á mi noticia, cuanto que *si nobis est patria super terram,* no reconozco otra que Roma *ubi genitus sum in Christo Jesu* (1).»

---

(1) Si alguna patria tenemos en la tierra, no reconozco otra que Roma, en donde fuí engendrado en Jesucristo.

Al Hermano Francisco Rosatino, enfermero del colegio romano escribióle dándole noticias del estado de su salud, por la cual tanto se había interesado el buen Hermano. Tan cumplido como esto era el bendito joven con todos sus bienhechores, y tan atento se mostraba con todos cuantos le prestaban algún servicio por insignificante que fuese. Decíale pues al citado Hermano, entre otras cosas, lo siguiente. «El cielo de Milán, contra lo que habían creído los superiores, no es nada favorable á mi salud. Así pues mi deseo es volver á Roma, no tanto para proseguir mis estudios ó por cualquier otro motivo semejante, ni aun siquiera por atender á mi salud, cuanto para tener ocasión de servir á nuestros enfermos en la enfermería del colegio, y en particular al anciano Padre Corbinelli y al Padre Pedro Parra.»

Este era un Padre español, de muy avanzada edad, y cargado de achaques. Y como por estar impedido, no pudiese tomar por sí mismo la comida, tenía Luis particular consuelo en servírsela de ordinario, cortándole el pan, dándole de beber, y esmerándose en obsequiarle, en todo lo que podía con increíble amor y afabilidad.

A principios de mayo de 1590, partió nuestro Santo para Roma pasando por Génova y Florencia, acompañado del Padre Gregorio Mastrilli, que acababa de predicar con gran fruto la cuaresma en la catedral de Milán, y de algunos otros de la Compañía, para quienes la de Luis durante todo aquel viaje fué una continua aunque tácita exhortación á la virtud. Como viniesen muchos pobres á pedirles limosna, por reinar aquel año grande carestía en toda Italia, dijo con tal ocasión uno de los Padres á nuestro Santo:

—¡Oh, Hermano Luis, cuán agradecidos debemos es-

tar á Dios por no habernos puesto en tanta indigencia como á estos infelices!

—Mucho más le debemos, repuso Luis, por no habernos hecho nacer en tierra de turcos,—mostrando bien con esta respuesta cuán poco caso hacía de todos los bienes temporales, en comparación de los eternos.

En Florencia allegóse á nuestros viajeros el Padre Alagona que pasaba al colegio de Sena.

En esta ciudad santificada con las esclarecidas virtudes de la virgen Santa Catalina, tuvo Luis el singular consuelo de visitar el aposento de aquella ilustre hija de Santo Domingo, y en él ayudó la misa al P. Alagona, recibiendo en ella el sacratísimo Cuerpo de nuestro Señor.

Es muy digno de notarse para consuelo de las congregaciones que hoy día florecen bajo la tutela y amparo de nuestro angélico joven, que apenas llegó éste al colegio de Sena, el Director de la congregación de nuestra Señora que allí estaba instalada, puso en él los ojos para pedirle hiciese una plática á sus congregantes. Y aunque parecía más natural que habiendo llegado con Luis varios Padres, á alguno de ellos se honrase con tal invitación, Dios nuestro Señor que tenía destinado á su amado Luis para Patrón de todos los futuros congregantes de María y para espejo, luz y guía de toda la juventud; dispuso que se le diese á él la preferencia y á los jóvenes congregantes un nuevo título al amor y protección de su esclarecido abogado.

Aceptó gustoso Luis la invitación, y para preparar la materia de su discurso, fuése á la tribuna de la iglesia, y allí postrado delante de Jesús sacramentado, pidióle con fervor alumbrase su mente, y pusiese en sus la-

bios palabras de vida eterna para bien de aquella juventud. De la tribuna se fué á su aposento, y apuntó brevemente lo que el Señor le comunicó; y sin otra preparación predicó con tanto espíritu y eficacia acerca de los enemigos de nuestra alma, y de la mejor arma para defendernos de ellos, que es la devoción á nuestra Señora, díjoles cosas tan adecuadas para animarlos á ser muy devotos de aquella Señora, bajo cuyos auspicios estaba colocada la congregación; que muchos de aquellos jóvenes enfervorizados con la encendida palabra del Santo, resolviéronse á dar libelo de repudio al mundo, y seguir el ejemplo de aquel nobilísimo y santísimo joven, abrazando el estado religioso, como de hecho lo abrazaron en varias órdenes de grande observancia. Muchos de aquel colegio desearon sacar copia de aquel notabilísimo sermón, pero Luis por más que lo buscó, no pudo dar con él. Mas tarde lo encontró un Padre dentro de un tomo de las obras de San Bernardo en donde el Santo lo había dejado olvidado. Guardó este autógrafo cual rico tesoro un célebre orador de nuestra Compañía por muchos años, y por fortuna se ha conservado hasta nuestros días copia de él.

Prosiguiendo pues Luis su viaje á Roma con sus compañeros, acacióles una cosa notable que se supo del mismo Padre Mastrilli que se hallaba presente, y la refiere el P. Sachino en la vida del Santo. Fué el caso que al llegar á un torrente denominado el Paglia, que corre entre Sena y Roma, no se atrevieron á vadearlo por venir muy crecido, y arrastrar en su impetuosa corriente, como solía en sus frecuentes avenidas, grandes troncos de árboles y gruesas piedras que hacían sobremanera difícil y peligroso su vado. Mientras estaban delibe-

rando sobre el modo de salir de aquel paso, he aquí que se presenta á poca distancia de ellos un hombre que por sus apariencias mostraba ser algún pescador, y sin hablarles palabra, no hacía más que vadear una y otra vez el torrente, como si quisiera manifestarles que aquel vado era seguro y practicable. Al divisarle Luis, aconsejó á sus compañeros que dejando el vado difícil por donde querían pasar, fuesen á donde parecía llamarlos aquel pescador. Fueron, y pasaron sin dificultad á la otra parte; y por más que buscaron después al pescador, para darle las gracias del favor recibido, no le vieron en ninguna parte, ni pudieron atinar cómo tan súbitamente hubiese podido desaparecer de su vista. Y así todos reconocieron haber sido particular merced del Señor, y algunos atribuyeron este favor á la santidad de Luis, y creyeron que aquel hombre que les había mostrado el vado no era otro que el ángel custodio de Luis en traje y figura de pescador.

Llegó por fin á Roma, y su venida fué celebrada de todos con singulares demostraciones de alegría, felicitándose mutuamente de haber finalmente recobrado á aquel ángel de inocencia y acabado modelo de todas las virtudes. Luis por su parte no cabía de júbilo y consolación espiritual al abrazar á sus amadísimos connovicios y condiscípulos, saludando á cada uno con frases de particular amor y benevolencia. Al H. Cepari le dijo estas sentenciosas palabras que muestran bien cuán fija tenía en su pensamiento la memoria de la muerte:

—Yo, hermano mío, ya he enterrado á mis muertos: ya no he de pensar más en eso. Tiempo es ya de que pensemos en la otra vida.

Esta continua memoria de la muerte, así como es

para todos los hombres poderoso freno para que no se desboquen y precipiten en los abismos del pecado, así para las almas enamoradas de Dios es acicate y estímulo eficaz para que se den prisa á atesorar méritos y virtudes para granjearse con ellos rica é inmarcesible corona de gloria. Así sucedió con nuestro Santo: la noticia de su cercano tránsito despertó en su corazón vivísimos deseos de adelantarse y perfeccionarse en todas las virtudes. Y como su alma era ya entonces por su encendida caridad, á manera de vaso de oro purísimo, dióse gran prisa en este último año de su vida en embellecerla y avalorarla de más á más con toda la pedrería de las virtudes, á fin de poderla presentar hermosa, rica y brillante en los aparadores del Rey de la gloria. Vamos pues en los capítulos siguientes á admirar esta maravillosa labor, para alentarnos con su vista á la imitación, y juntamente gozarnos de la gloria de Dios que en ella resplandece. Lo que vamos á relatar acerca de las virtudes de nuestro Santo pertenece á todo el tiempo que vivió en el colegio romano: y es de advertir que todos estos ejemplos de virtud fueron recogidos cuidadosamente por el P. Virgilio Cepari, el cual dice á este propósito lo siguiente: «Desde este tiempo hasta su dichosa muerte, por haberle yo tratado familiarmente, puedo ser testigo de la mayor parte de lo que dijere de sus virtudes. Principalmente, que desde entonces las iba observando para escribirlas, como dije en el prólogo de esta historia (1).»

(1) Vida de S. Luis. L. II, c. 5.

LIBRO CUARTO

VIRTUDES QUE PRACTICÓ EN ROMA. ÚLTIMO AÑO DE SU VIDA

CAPÍTULO PRIMERO

DE SU HUMILDAD Y ESPÍRITU DE MORTIFICACIÓN

Así como una azucena por blanca y olorosa que sea, cortada su raíz, no tarda en marchitarse y perder su color y lozanía; así la castidad y pureza virginal, mas que sea de un ángel ó serafín, pierde todo su brillo y hermosura á los ojos de Dios, en faltándole la raíz de la humildad. Por lo cual San Bernardo se atreve á afirmar que aun la misma virginidad de Nuestra Señora no agradara á Dios, si no la viera sustentada y acompañada de la humildad (1). ¿Cuál sería pues la humildad de Luis, cuya virginal pureza fué siempre y será eterna-

---

(1) Sine humilitate, audeo dicere, nec virginitas Mariæ Deo placuisset. *S. Bern. Hom.* I, *super «Missus est.»*

mente el encanto y embeleso de Dios, de los ángeles y de los hombres?

Veamos ante todo cuán alto y aventajado concepto se había formado de esta santa virtud, para examinar luego la manera que tuvo de ejercitarse en ella. En sus apuntes espirituales tenía recogidos algunos dictámenes y principios fundamentales acerca de la humildad, seguidos de varios medios muy eficaces para conseguirla. Bien merecen estos preciosos documentos ser trasladados aquí para gloria del Santo y aprovechamiento espiritual de sus devotos. Son del tenor siguiente:

MOTIVOS PARA ALCANZAR LA HUMILDAD

«Primer principio, que Dios te crió, y estás obligado »á servirle por el título de la creación, de la redención »y de la vocación; de donde inferirás que no sólo debes »huir y evitar las obras malas, sino también las indife»rentes y sin provecho, procurando que todas tus ac»ciones interiores y exteriores sean santas para caminar »con todas ellas á Dios.

»Demás de esto, para saber más en particular el ca»mino por donde has de ir á Dios, tendrás delante de »los ojos estos otros principios:

»El primero sea, que por la vocación común de los »de la Compañía y por la tuya en particular, eres lla»mado á seguir la bandera de Jesucristo y de sus Santos. »De aquí se sigue que cualquier cargo, oficio y ejerci»cio, en tanto será conforme á tu vocación, y en tanto »debes de tu parte procurarlo ó huirlo, en cuanto sea »conforme al ejemplo de Jesucristo y de sus Santos. Y »para este efecto has de procurar actuarte mucho en la

»vida y acciones de Jesucristo con la meditación y en las »de los Santos, leyéndolas con atención y consideración.

»El segundo principio para regular tus afectos sea, »que en tanto será tu vida religiosa y espiritual, en »cuanto procures en lo interior guiarte y gobernarte, »*secundum rationes æternas, et non secundum temporales* (1): »de modo, que si amares, si deseares, si te holgares de »algo, sea por motivo espiritual, y lo mismo en el abo- »rrecer, persuadiéndote que en esto consiste el ser una »persona espiritual.

»El tercer principio sea, que así como el demonio te »acomete más de ordinario con pensamientos de vani- »dad y estima propia, por ser aquella la parte más flaca »de tu alma; así tú debes poner el mayor cuidado en »resistirle, y adquirir humildad y desprecio interior de »tí mismo. Para esto te has de componer unas como »reglas de oficio particular que te sirvan para salir mejor »con esta virtud, aprendidas de Dios nuestro Señor, y »confirmadas con la experiencia.»

PARA ATENDER AL ESTUDIO DE LA HUMILDAD

«El primer medio sea entender que si bien esta vir- »tud es tan propia de los hombres por la bajeza y po- »quedad que tienen de su cosecha, con todo eso *non* »*oritur in terra nostra* (2), sino que es necesario que ven- »ga del cielo *ab illo, a quo est omne datum optimum, et* »*omne donum perfectum* (3). Por esta razón, aunque te »veas soberbio, debes animarte con la mayor humildad

(1) Por motivos no temporales, sino sobrenaturales y eternos.
(2) No nace en nuestro suelo.
(3) De aquel Señor de quien viene toda dádiva preciosa y todo don perfecto. *Jac.* I. 17.

»que pudieres á pedir la virtud de la humildad á la ma-
»jestad de Dios, como al principal autor y dador de
»ella: y esto por la intercesión y méritos de la profun-
»dísima humildad de Jesucristo, el cual *cum in forma Dei*
»*esset..., exinanivit semetipsum, formam servi accipiens* (1).

»Segundo medio, aprovecharse de la intercesión de
»aquellos Santos que más particularmente se señalaron
»en esta virtud, considerando:

»Primero, que así como acá en la tierra merecieron
»alcanzar esta virtud en tan supremo grado, así ahora
»en el cielo (donde son más agradables á Dios que
»cuando estaban acá), tendrán más fuerza para alcan-
»zarla de Dios. Y pues ellos no tienen ya necesidad de
»humillarse, pues por este camino han subido á la alte-
»za del cielo, ruégales que se dignen ahora alcanzarte
»de Dios esta virtud.

»Segundo, que así como acá en la tierra todos se in-
»clinan más á ayudar á aquellos que siguen la misma
»profesión ó estado en que ellos son eminentes, pon-
»gamos por ejemplo: un gran capitán que priva en la
»corte de su rey, se inclina más á favorecer con el prín-
»cipe á los soldados que tratan de milicia, un gran le-
»trado ayuda más á los que estudian, un grande arqui-
»tecto ó matemático á los que ven con inclinación á la
»arquitectura ó matemáticas; así también en el cielo los
»que se señalaron más en alguna virtud, ayudan parti-
»cularmente en esta pretensión á los que ven con de-
»seos de alcanzarla, y que para este fin les piden su fa-
»vor. Por esta razón cuidarás de acudir muy particular-

---

(1) El cual teniendo la naturaleza de Dios..., se anonadó á sí mismo tomando la forma de siervo. *Philip.* II. 6, 7.

»mente á la gloriosísima Virgen María Madre de Dios, »como á la que más se señaló en esta virtud entre todas »las puras criaturas. También entre los Apóstoles acudi»rás á San Pedro que decía de sí: *Exi a me Domine, quia »homo peccator sum* (1). Y á San Pablo, que con haber »sido arrebatado hasta el tercer cielo, sentía tan baja»mente de sí, que decía: *Venit in hunc mundum peccatores »salvos facere, quorum primus ego sum* (2). La primera de »estas consideraciones te servirá para entender lo que »estos Santos pueden con Dios para alcanzarte esta vir»tud. La segunda para entender que no sólo pueden, »sino que quieren y tienen gusto particular de hacerlo.»

Bien se echa de ver por este escrito cuán á pechos había tomado Luis el estudio y ejercicio de esta virtud. Con ella daba principio á su oración, de ella razonaba con particular gusto en sus conversaciones, en ella empleaba buena parte de sus coloquios pidiéndola siempre al Señor. Y en la meditación que escribió de los santos Ángeles pídeles en los coloquios esta preciosa virtud. «O Ángeles bienaventurados, dice, prestadme os suplico vuestro poderoso auxilio, y conducidme como por la mano por este camino real de la santa humildad, por el cual vosotros antes caminasteis, á fin de que después de esta vida merezca contemplar juntamente con vosotros la faz del Padre eterno.»

Sentía tan bajamente de sí, que se tenía por el mayor pecador é indignísimo de comparecer en el divino acatamiento: y así lo expresa él mismo en la antedicha meditación por estos términos: «Y tú, alma mía, que en

(1) Apártate de mí, Señor, pues soy hombre pecador. *Luc.* V, 8.
(2) Vino á este mundo para salvar á los pecadores, de los cuales el primero soy yo. I. *Tim.* I, 15.

toda tu vida no has hecho más que ofender á tu Criador, y contristar á tu buen Ángel custodio, ¿qué consuelo piensas ha de tener este al presentarte delante de tu padre? ¿y tendrás tú cara para atreverte á comparecer en su presencia?...»

De este conocimiento y menosprecio de sí mismo nacía aquella extraordinaria confusión y vergüenza que se mostraba en el carmín de sus mejillas cuando alguno le alababa ó le daba alguna señal particular de respeto, ó traía á plática la nobleza de su linaje. Y como esto le acaecía con alguna frecuencia, principalmente cuando trataba con los seglares, pesábale mucho de haber nacido de padres nobles, y tenía una santa envidia á los que eran de oscuro linaje.

Cedía siempre á sus hermanos, aunque fuesen del más humilde grado, el lugar de preferencia dentro y fuera de casa: así lo hizo varias veces al salir acompañado del Hermano cocinero: y por más que los Hermanos insistiesen en ocupar el lugar que les correspondía, sabía Luis alegar tantas razones, para que se lo cediesen á él, que al fin les era forzoso complacerle. Mas habiendo llegado esto á noticia de los superiores, le ordenaron que de allí en adelante se abstuviese de tales humillaciones y ocupase el puesto que su grado pedía.

Ordenáronle también por atender á su poca salud, que en refectorio se sentase en la mesa de los convalecientes, tomando los regalos que se les solían dar, y quedándose con ellos, aunque la comunidad se levantase. Mucho sintió el Santo esta distinción, recelando que los superiores se la daban en atención á su persona y calidad: y tantas razones supo alegar delante de ellos, para persuadirles no serle necesario aquel cuidado, que al fin le permitieron seguir á la comunidad.

Aquel amor y afición tan grande que tuvo en el noviciado á los oficios más bajos y humildes, en vez de disminuírsele con el calor de los estudios, acrecentósele en tanto grado, que nunca se veía harto de ellos. Y era, cierto, espectáculo de grande edificación verle constantemente todos los días de clase, en saliendo de ella, irse en derechura á tomar su escoba para barrer alguna parte de la casa, ó la caña y plumero para quitar el polvo, siempre con igual gusto y alegría de su alma. Los lunes y martes de cada semana iba á la cocina y fregadero á limpiar la vajilla á medio día y por la noche. Demás de esto ocupábase en recoger la comida para los pobres, á quienes iba después á repartírsela en la portería del colegio. Y experimentaba su alma tanta consolación en esta obra de caridad, que no satisfecho con ir siempre que por turno le tocaba, pedíalo además muchas otras veces.

Viendo los superiores que no podían darle mayor placer que encargarle estos oficios en que se dan la mano la humildad con la caridad, confiáronle el de arreglar las lámparas y en él le dejaron años enteros. Y como sus compañeros reparasen la alegría que brillaba en su rostro al emplearse en esta su predilecta ocupación, felicitábanle por ello; mas él humillábase respondiéndoles que aquella alegría más nacía del gusto natural que en tales oficios hallaba, que de la virtud y perfección de su alma, la cual á su decir era bien poca ó ninguna.

Al paso de su humildad fué su espíritu de mortificación; y aunque mucho dejamos apuntado en los capítulos anteriores de lo que á esta virtud se refiere, quédanos todavía algo que decir, á fin de que se vea mejor el increíble valor y constancia con que este soldado de

Cristo blandió esta espada de dos filos hasta el fin de su vida, persiguiéndose en lo exterior con incesantes mortificaciones y asperezas, y en lo interior con la continua abnegación de su propia voluntad.

En su profunda humildad, considerábase como un hierro torcido puesto por Dios en la fragua de la vida religiosa, para enderezarle con el martillo de la mortificación. Y por esta causa tenía declarada guerra sin tregua ni cuartel á todos sus apetitos, y trataba á su cuerpo como á su más fiero é irreconciliable enemigo, sin cansarse jamás de pedir ayunos, cilicios, disciplinas y otras muchas asperezas.

En cierta ocasión compadeciéndose cierta persona de nuestro Santo por la mala vida que se daba, sin cejar jamás un punto en sus rigores, llamóle á parte, y hablándole seriamente de este asunto le dijo:

—¿Es posible, Hermano Luis, que siendo vos en todas las cosas tan cuerdo y prudente, sólo en materia de penitencias os olvidéis de esta cordura, y no hagáis cuenta de los consejos que varios Padres os han dado exhortándoos á moderar vuestras asperezas?

A esto respondió Luis con grande serenidad diciendo:

—Si he de hablaros con franqueza, más de una vez he considerado en el divino acatamiento estos consejos que decís. Y al examinar quienes eran los que me los sugerían, hallé que algunos de ellos son á la verdad varones tan santos y perfectos, que merecen ser propuestos como espejos de religiosa observancia: y por consiguiente no pudiendo serme sospechosos los consejos que de personas tan autorizadas me venían, algunas veces me he sentido inclinado á seguirlos. Pero como luego he echado de ver que ellos no se rigen por la regla que á mí

me dan, me ha parecido más seguro atenerme al espíritu de penitencia que me predican con sus obras, que á la moderación que de palabra me aconsejan movidos de su caridad y compasión. Otros hay que en realidad parece se gobiernan por estos mismos dictámenes de mayor moderación, y no se dan tanto á la práctica de las mortificaciones: mas yo respetando con toda mi alma su manera de proceder, me siento más inclinado á copiar en mí los ejemplos de aquellos, que á tomar los consejos de estos.

A otros que para retraerle de estas asperezas corporales le ponderaban mucho la mortificación interior, diciéndole que mejor era domar y quebrantar los bríos del propio juicio y de la propia voluntad, respondía el Santo con gran cordura: *Hæc oportet facere et illa non omittere:* esto es, que sin descuidar la interior abnegación y quebrantamiento de nuestros apetitos y quereres, nos hemos de dar también muy de veras á las penitencias y rigores corporales: lo cual probaba con muchos ejemplos sacados de la vida de nuestro Padre San Ignacio y de otros varones santos y prudentes, y lo confirmaba con lo que el mismo fundador nos dejó escrito en el Instituto en esta materia: esto es, que si bien los de la Compañía no tienen algunas ordinarias penitencias ó asperezas que por obligación se hayan de usar; pero puédense tomar las que á cada uno pareciese, con aprobación del Superior, que mas le han de ayudar en su espíritu (1).

Y que él no se descuidase un punto cuanto al ejercicio de la interior abnegación de sí mismo, no hay para

(1) Exam. c. I. § 6.

qué repetirlo, pues hemos visto casi todas las páginas de su vida esmaltadas con algún ejemplo heroico de esta virtud: sin embargo será bien añadir aquí, como en su propio lugar, siquiera algunos rasgos más notables pertenecientes á los últimos años de su vida, dejando otros muchos para evitar prolijidad. Y en primer lugar, para mortificar su amor propio, y confundirse delante de toda la comunidad, pedía muchas veces reprensiones públicas, y á este fin presentaba al Superior una lista de sus faltas; pero como advirtió que cuanto más se acusaba delante del Superior, mayores muestras le daba éste de amor y aprecio, negándole las reprensiones que solicitaba; apeló á otros medios, y comenzó á discurrir nuevas trazas con que avergonzarse y anonadarse delante de todos.

Habiendo pues sabido Luis que uno de los oficios más pesados y de mayor abnegación que se practican en los colegios y seminarios de la Compañía es el de prefecto ó inspector, por la continua vigilancia y sujeción que trae consigo, enardecido en fervientes deseos de lograr tan copiosa mies de trabajos, pidió á los superiores le diesen este cargo en el seminario romano, en donde se criaban muchos jóvenes seglares bajo la dirección y magisterio de los Padres de la Compañía. Fué desechada, como era natural, la petición del bendito joven, por ser la carga que solicitaba muy superior á sus fuerzas corporales; mas entonces puso los ojos en otro oficio no menos humilde y trabajoso cual es el de clase ínfima de gramática: y como veía acercarse el término de sus estudios de teología, parecióle conveniente suplicar con humildad á sus mayores que le ocupasen en aquella clase, alegando por una parte el bien espiritual que po-

dría hacer con los niños de más tierna edad, y por otra la necesidad que decía tener de humillarse: y á todo esto añadía otra razón para que no pensase el Superior que su petición nacía sólo del deseo de humillarse, y era, como él decía, lo falto que se hallaba de gramática latina, y la necesidad que tenía de echar en ella sólidos fundamentos, para poder trabajar con mayor provecho en los ministerios de la Compañía. Y tantas instancias hizo sobre esto al Superior, que éste llegó á dudar si en hecho de verdad Luis estaba tan poco fundado en el latín como él afirmaba: por lo cual le señaló un compañero de aposento con quien pudiese dar un repaso á la gramática. No tardó éste en cerciorarse de lo bien que sabía el Santo la lengua latina por más que su humildad le persuadiese lo contrario, y así se lo dijo al Superior, quien mandó que dieran por terminado su repaso, y admiró una vez más la profunda humildad de su santo súbdito.

CAPÍTULO II

DE SU POBREZA, CASTIDAD Y OBEDIENCIA

Si todo religioso que cumple fielmente sus tres votos de pobreza, castidad y obediencia puede justamente gloriarse con el Apóstol de las gentes en la locura de la cruz, y exclamar con él entre celestiales transportes de júbilo espiritual: *Crucificado estoy con Cristo en su misma cruz. Vivo yo, ya no yo, sino Cristo es quien vive en mí* (1); ¿qué diremos de Luis cuyas virtudes religiosas llegaron hasta el heroismo? Digamos con la seráfica Madre Santa Magdalena de Pazzis que Luis fué en realidad un mártir de Cristo; pero un mártir incógnito, é inmolado interiormente en la cruz de la vida religiosa con los tres clavos de pobreza, castidad y obediencia.

Y por lo que á la pobreza se refiere, ya hemos visto cómo ya desde el noviciado el ferviente deseo de alcanzar esta joya tan preciosa le aguijoneaba de continuo para trepar animoso por los arduos senderos del monte de las bienaventuranzas, en cuya cumbre se halla el

---

(1) Christo confixus sum cruci. Vivo ego iam non ego, vivit vero in me Christus. *Galat.* II. 19, 20.

más perfecto dechado de esta virtud Cristo nuestro Señor. A este fin tenía muy meditadas y hondamente esculpidas en su corazón aquellas reglas de oro que nos legó San Ignacio, ordenándonos amar la pobreza como madre, y conservarla intacta cual firme muro de la religión y persuadirnos que lo peor de casa ha de ser para nosotros, en razón de alcanzar nuestra mayor mortificación y aprovechamiento espiritual. Y á propósito de esta regla, solía decir Luis en sus conversaciones que así como los pobres de solemnidad que andan mendigando de puerta en puerta, van bien persuadidos de que no les han de dar el mejor vestido, ni el más rico calzado, ni la más regalada comida que hay en casa, sino lo peor y el desecho de la misma; así el religioso, si es verdadero y amante hijo de la santa pobreza, ha de desear que le den lo peor de casa, estando bien persuadido de que así se hará. Y añadía que estas palabras de la regla: *cada uno se persuada,* significan que hemos de tener por cierto y seguro que así ha de suceder; y que así nos conviene que suceda. Pero él en la práctica no se contentaba con esto: su amor á esta virtud pasaba mucho más adelante, pues no sólo estaba persuadido de que se le debía lo peor, y lo deseaba fervorosamente; mas aun alcanzó de Dios la extraordinaria merced y privilegio de que en la repartición de las cosas le cupiesen siempre las peores: así se lo manifestó á su confesor, contando esta gracia entre las mayores que de Dios tenía recibidas, por el filial amor que siempre profesó á esta virtud evangélica.

Huía como de peste, de cuanto tuviese el menor resabio de propiedad: y por esto nunca quiso tener ningún libro que pudiese llevar consigo á otras casas, ni estu-

che, ni relicario, ni rosario de precio, ni otros cuadros ó imágenes que las que se hallaban en el aposento destinadas al uso común. Y como le hiciesen muchas instancias para que siquiera aceptase una sencilla imagen de Santa Catalina su patrona y otra bien pobre de Santo Tomás de Aquino, al fin las aceptó con licencia del Superior, y por la particular devoción que tenía á estos sus santos abogados. Si alguno le daba alguna estampa, y no podía buenamente rehusarla, la aceptaba; mas luego la entregaba al Superior, sin querer servirse de ella, ni aun para registro del breviario.

Y ¿qué diré de su pobreza en el uso de los libros? No le parecía conforme á la pobreza religiosa el conservar en el aposento aquellos que no se han de leer sino de tarde en tarde. Y tomando esta norma para sí, fué reduciendo su pequeña librería hasta el punto de no tener más que la sagrada biblia y la suma teológica de Santo Tomás: y aun de esta se privó hacia el fin de su vida, cediéndola á un Hermano estudiante.

No menos resplandeció su amor á esta santa virtud en el uso de sus cartapacios y apuntaciones de clase. Prestábalos de muy buena gana á cualquiera que se los pidiese, y hasta que se los devolvían no hablaba palabra de ellos. Y cuando su profesor el P. Vázquez dió á sus discípulos su tratado *de Trinitate* para que se lo trasladasen, por no haberlo podido acabar de explicar en sus lecciones; Luis que en aquella sazón aun tenía amanuense, por ahorrar lo más que pudiese de gastos, suprimió de aquel tratado lo que le pareció menos necesario y fácil de retener en la memoria. Preguntóle uno de sus condiscípulos por qué reparaba en tales menudencias.

—Porque soy pobre;—respondió el Santo—y los pobres no han de gastar el dinero sino en cosas necesarias.

Al llegar de Milán á Roma, deseando morir pobre y desnudo de todo sin reservarse cosa alguna, tomó todos sus escritos, tanto espirituales como de teología sin exceptuar algunos muy útiles apuntamientos que él mismo se había hecho sobre Santo Tomás, y fuése con ellos al P. Rector, que era el P. Bernardino Rosignoli, y le dijo:

—Padre, aquí le traigo todos estos papeles: disponga V. R. de ellos.

—¿Cómo os desprendéis, replicó el Padre, de todos estos cartapacios? ¿No veis que os han de hacer falta para vuestros estudios?

—Paréceme, Padre, repuso Luis, que mi corazón está un tanto apegado á ellos, particularmente á los que son fruto de mi trabajo y estudio: y como quiera que mi único deseo y anhelo sea vivir completamente desasido de todas las cosas de este mundo, y dar á Dios todo mi corazón con todos sus afectos, sin reservarme cosa alguna, he resuelto desposeerme aun de estos apuntes.

Al principiar su cuarto año de teología, que fué el último de su vida, quiso el Superior que viviese solo en un aposento y no en compañía de otros como hasta entonces había vivido. El Santo que nunca perdía de vista su amada pobreza, y que de todo sacaba nuevas industrias para mortificarse, ya que no pudo lograr que le dejasen vivir con compañero, desquitóse pidiendo con instancia al Superior que le diese el más pobre aposento de casa, si es que merecía este nombre un tabuco pobre, estrecho y tan desacomodado, que por tener más visos de cárcel que de aposento, no solía darse á ningún es-

tudiante. Merece ser trasladada aquí la descripción circunstanciada que de esta pobrísima habitación se hace en los procesos, y es la siguiente: «La estancia que ocupaba Luis, y desde la cual pasó á la enfermería en su última enfermedad, era un aposentillo sobremanera angosto de solos ocho palmos en cuadro; y tan bajo, que un hombre de estatura ordinaria podía con la mano tocar el techo. Tenía sólo una ventanilla que por ser pequeña y caer debajo de un tejado, daba muy escasa luz. Estaba situado en la parte más alta del colegio, lejos de las demás habitaciones, encima de una escalera, por lo cual con más propiedad pudiera llamarse humilde choza que aposento habitable.» Hasta aquí son palabras del proceso, por las cuales se comprende con cuánta verdad pudo afirmar el P. Cepari que no cabía en el tal cuartucho más que una cama (que por cierto harto pequeña había de ser) una silla de palo y un reclinatorio para orar, que al propio tiempo servía de mesa para estudiar y escribir. Tal era la morada del antiguo Marqués de Castellón, del Príncipe del Sacro Imperio y heredero de los señoríos de Solferino y Castelgofredo: y aquí vivía mil veces más feliz, alegre y gozoso que en los palacios más espléndidos y suntuosos. Y al verle sus hermanos tan contento y satisfecho en su nueva estancia, felicitábanle con religioso gracejo diciéndole que por lo visto iba por los caminos de San Alejo, con sola una diferencia: á saber, que aquel para hollar al mundo se había albergado debajo de una escalera, y él con el mismo intento se había alojado no menos pobremente encima de otra.

Refiérese en los mismos procesos que los Hermanos de la ropería sabiendo por experiencia que las prendas

de ropa, cuanto más pobres, eran más del agrado de Luis, al separar de la ropería los vestidos más usados y llenos de remiendos para darlos de limosna á los pobres, ponían aparte algunas de estas piezas diciendo:

—Estas servirán á maravilla para nuestro santo Gonzaga, á quien el vestido más raído y andrajoso es el que le viene mejor.

Y en esto le acertaban muy bien el gusto: porque así cómo cuando se probaba algún vestido nuevo siempre le parecía no ajustarle bien, así cuando este era viejo y descolorido, no bien se lo había puesto, decía luego:—¡Oh! este sí que me viene bien. Está hecho y cortado para mí.

Pero vengamos ya al voto de castidad, y veamos con qué perfección lo guardó hasta el fin de su vida. Después de los insignes elogios que de labios de sus mismos confesores hemos oído en el capítulo VI del libro primero de esta historia, no parece poderse decir ya más en alabanza de la virginal pureza de nuestro Santo. Sin embargo réstanos todavía por descubrir algunos privilegios verdaderamente extraordinarios con que plugo al Señor enaltecerle, aun entre los Santos que más brillaron por la pureza é inocencia de su vida.

Y en primer lugar, no es razón callar aquel insigne testimonio que dió la Sagrada Rota después de oir las deposiciones unánimes y concordes de los confesores de nuestro Santo, no vacilando en afirmar que Luis había vivido siempre puro como un ángel, sin sentir jamás ni un mal pensamiento, ni el menor estímulo de la carne que pudiese desdorar en lo más mínimo esta su maravillosa y virginal pureza. Y es así que en la misma relación presentada á Paulo V, al nombrar á nuestro San-

to, se le dan por antonomasia los gloriosos dictados de *Angel, Joven angélico, Joven de pureza angelical* y otros semejantes. Y estos mismos renombres le tributa la Iglesia en el oficio litúrgico de su fiesta.

Llenos están los procesos de testimonios jurados en que se da fe de esta angelical pureza, y en uno de ellos se añade otro privilegio que realza y engrandece sobre manera la santidad de Luis: y es que la interior pureza de su alma se reflejaba en su modestísimo semblante de tal suerte, que bastaba mirarle para sentirse eficazmente atraído al amor de la castidad, desvaneciéndose como por encanto de la mente toda imaginación menos casta. Y lo que es más, á muchos ha bastado fijar sus miradas en alguna imagen de este bendito Santo, para sentirse interiormente trocados de tibios en fervorosos, de carnales en espirituales, y de desenvueltos y licenciosos en modestos y recatados.

De aquí es que atraídos y cautivados de su angelical modestia, iban muchos estudiantes á colocarse en sitios por donde había de pasar Luis al ir á las clases ó al salir de ellas, y fijando en él sus ojos, no se cansaban de mirarle, y con su vista sentíanse movidos interiormente á devoción. Y entre estos es digno de particular mención uno que á pesar de haber finalizado sus estudios en el colegio romano, estando ya ordenado de sacerdote quiso continuar frecuentando nuestras escuelas, sólo por gozar de la vista de Luis, de quien no sabía apartar sus ojos todo el tiempo de la clase, cual si viera en él á un ángel bajado del cielo.

Con razón pues el esclarecido cardenal Roberto Belarmino, después de haber sido por mucho tiempo confesor y director espiritual de nuestro Santo, y oído una

confesión general de toda su vida, lleno de admiración al considerar la pureza é inocencia que había conservado en el siglo y en la religión, afirmó haber sido este don del cielo no una gracia como quiera, sino un privilegio por todo extremo insigne y extraordinario.

Y ¿qué diremos de la perfectísima obediencia de Luis que no sea muy inferior á la realidad? Tenía muy meditadas y rumiadas aquellas palabras de San Pablo á los Efesios: *Obedeced á vuestros amos y señores temporales como á Cristo, no sirviéndolos en su presencia, como quien quiere agradar á hombres, sino como siervos de Cristo que hacen en esto la voluntad de Dios con gana y voluntad buena, como quien sirve al Señor y no á solos hombres* (1).

Y acerca de estas palabras discurría maravillosamente en sus conversaciones, de suerte que los que le oían no podían menos de quedar aficionadísimos á la virtud de la obediencia. Entre otras cosas decía que el hombre debe á Dios sumisión y obediencia, por ser su Criador y Señor; mas no queriendo su divina Majestad comunicarnos sus mandatos inmediatamente, nos los intima por medio de representantes y embajadores, y estos son los superiores legítimos que nos gobiernan en su nombre. Y así como los mandatos que intima el rey por medio de sus gentiles hombres, se toman como mandatos del rey y no de estos; así el religioso ha de apartar los ojos del Superior que le gobierna, y ponerlos en Dios en cuyo nombre le gobierna.

Así puntualmente lo practicaba Luis, y de aquí pro-

---

(1) Obedite dominis carnalibus... sicut Christo; non ad oculum servientes, quasi hominibus placentes, sed ut servi Christi facientes voluntem Dei ex animo; cum bona voluntate servientes, sicut Domino, et non hominibus. *Ephes.* VI. 5, 6, 7.

venía aquel gusto, alegría y consolación espiritual que hallaba en cualquiera obediencia, por estar en ella cierto y asegurado de complacer á su Dios y Señor. No se acordaba de haber jamás contravenido en lo más mínimo á la voluntad de sus superiores, ni de haber sentido inclinación, ni aun siquiera un primer movimiento en oposición á lo que se le mandaba, á no ser alguna rara vez cuando le fueron á la mano en sus devociones y maceraciones: y en estos casos vencía y reprimía con gran presteza y facilidad aquel primer movimiento. ¡Ejemplo por cierto raro y asombroso de perfectísima obediencia!

No gustaba de que los superiores le diesen la razón de lo que le mandaban: bastábale por toda razón saber que aquello era servicio y voluntad de Dios. Y decía á este propósito que el obedecer por este solo motivo, sin fundarse en otros respetos naturales y humanos, trae consigo dos grandes ventajas: la primera, que se facilita sobremanera, y se hace con esto más gustosa la obediencia, no mirando si le mandan bien ó mal, ni si le manda éste ó el otro, sino simplemente atendiendo al divino obsequio. La segunda, que por este camino anda el religioso más seguro de alcanzar todo el premio de su obediencia, así como por el contrario se expone á perderlo el que estribando en razones humanas, se olvida del motivo formal de la obediencia. Y añadía que la mayor muestra de amor y confianza que puede dar el Superior á sus súbditos, al darles cualquier mandato, es proponerles por toda razón el servicio de Dios, como quiera que de este modo les trata como á verdaderos obedientes, y les da ocasión de practicar con mayor perfección esta preciosísima virtud. Y por el contrario, cuando

se dan otras razones, se expone á los súbditos á excusarse ó á replicar con otras razones y excusas al Superior.

Pues quien tan fijos tenía en Dios los ojos de su alma en cualquiera obediencia ¿qué mucho es que procediese en todo como un acabado modelo de esta virtud, y que sintiese á par de muerte la menor falta ó descuido siquiera fuese involuntario en esta materia? Reprendiéndole una vez el Superior por un ligero descuido en que incurrió sin advertirlo, sintió tanto pesar y confusión por ello, que perdió el sentido: y al recobrarlo, se puso de rodillas á los pies del Superior, y con lágrimas en los ojos pidió perdón de su descuido, dejando al Padre atónito y sobrecogido de ver cuanto sentimiento hacía de tan leve falta este humildísimo siervo de Dios. Y siempre que con razón ó sin ella le avisaban ó reprendían, Luis estaba tan lejos de excusarse ó atenuar su falta, que gozándose en su alma de tan buena ocasión de humillarse que se le entraba por las puertas, luego se componía, y descubierta la cabeza y los ojos bajos, oía la reprensión que le daban.

Ya hemos dicho en otro lugar con qué perfección observó Luis todas las reglas de la Compañía: pero para completar su elogio en esta parte, nos cumple añadir aquí otro dato importantísimo, y que realza y avalora sobre todo encarecimiento la santidad de nuestro héroe. Escribe el P. Cepari haber afirmado este bendito joven no tener memoria de haber jamás quebrantado advertidamente una sola regla de las muchas que tiene la Compañía. Y aunque el citado biógrafo y los demás que hemos podido ver pasan de corrida sobre este punto, permítanos el piadoso lector que le detengamos por

unos instantes, proponiéndole algunas reflexiones de suma importancia.

Para los que tenemos la dicha de militar bajo la bandera del dulcísimo Nombre de Jesús en su sagrada Compañía, y sabemos por experiencia cuán ardua y dificultosa empresa sea la de cumplir sin falta aun deliberada, todas nuestras reglas y constituciones, y vivir algunos años en esta religión sin haber faltado á alguna de tantas y tan menudas reglas, sobre todo sabiendo como sabemos que de suyo no obligan á pecado, ni aun venial; bástanos saber de uno de nuestros Hermanos que ha observado fielmente su regla, para que le admiremos como á un héroe y le veneremos como á un Santo. Mas para los que ignoran nuestro santo Instituto, y no se hallan de consiguiente en estado de apreciar en su justo valor el sublime elogio que se encierra en esta frase: *observó todas las reglas de la Compañía*, sólo diremos que el inmortal Pontífice Pío IX, al examinar el proceso del bienaventurado joven San Juan Berchmans, y al advertir que en la hora de su muerte había afirmado no haber faltado á ninguna de nuestras reglas, dijo que por su parte no tendría dificultad en canonizar á cualquiera de la Compañía de quien se pudiese decir con verdad otro tanto. Y si bien miramos, lo mismo ha confirmado recientemente nuestro Santísimo Padre León XIII, al escribir el nombre de Berchmans en el catálogo de los Santos, puesto que toda la santidad y perfección de este esclarecido joven consistió en guardar bien sus reglas, sin que se registren en toda su vida otros hechos estupendos y maravillosos, cuales los admiramos en las vidas de otros Santos.

Ahora bien, este sencillo al par que sublime elogio

que bastó para canonizar á San Juan Berchmans, ¡cómo sube de punto y qué proporciones tan gigantescas toma, al aplicarlo á San Luis Gonzaga! Porque en primer lugar Luis fué el modelo del cual copió San Juan su heroica santidad. En segundo lugar Luis vivió más años que Juan en la Compañía, y no siempre en el retiro de uno ó dos colegios como San Juan Berchmans, sino entre el bullicio de los seglares y parientes y entre mil riesgos de entibiarse en su espíritu por los frecuentes viajes y mudanzas de domicilio que tan poco ayudan á la devoción y recogimiento. Añádase á todo esto la continua comunicación epistolar que hubo de tener Luis con sus parientes, las frecuentes visitas que hubo de hacer y recibir estando en Roma, á pesar de su deseo de vivir olvidado del mundo: y en vista de todo esto, sin pretender desdorar ni rebajar en lo más mínimo la altísima santidad de su fiel imitador San Juan, no podremos menos de admirar la incomparable alteza de virtud á que se remontó Luis, y lo que significa este encomio de nuestro Santo: *no quebrantó á sabiendas ninguna regla.*

Entre otros ejemplos de esta fiel observancia regular, cuéntanse dos que nos dió en estos últimos años de su vida, por los cuales se podrá fácilmente rastrear cómo se portaría en otros casos semejantes. Habiendo un día ido á visitar á su pariente el Cardenal de la Rovere, invitóle éste á comer en su palacio; mas Luis agradeciendo cortésmente la invitación, dijo con religiosa ingenuidad que la regla no le permitía aceptarla sin licencia del Superior. Edificado el Cardenal de esta respuesta, en adelante nunca le pidió cosa alguna sin añadir la condición de que pudiese hacerla sin contravenir á su regla.

Pidióle otra vez su compañero de aposento medio pliego de papel para escribir una carta, mas Luis, acordándose de la regla que prohibe dar ó recibir ninguna cosa de la casa sin licencia del Superior, aunque lo que se le pedía era de tan poca monta, no quiso darlo sin antes acudir al Padre Ministro, con cuya venia dió luego á su Hermano lo que deseaba.

CAPÍTULO III

DE SU ENCENDIDO AMOR DE DIOS Y DEL PRÓJIMO

AQUELLA excelentísima virtud que como reina y soberana á todas las enseñorea y sobre todas descuella por su hermosura y resplandor, aquella virtud que según el Crisóstomo es la madre de todos los bienes y obradora de todas las virtudes, y al decir de San Juan Clímaco es fuente de fuego que abrasa las almas, madre de paz, obradora de milagros, raíz de gloria é inmortalidad, imitación de la vida angélica, y semejanza participada del mismo Dios; la virtud de la caridad con que amamos á Dios por sí mismo y al prójimo por Dios, alcanzó en el alma de Luis tan alto grado de perfección, que la extática virgen Santa Magdalena de Pazzis, en aquella célebre visión que tuvo de la sublime santidad de este bendito joven, no sabiendo cómo expresarla con palabras, exclamaba: «¡Oh cuánto amó en la tierra! y por esto goza ahora en el cielo de una soberana plenitud de amor. Arrojaba saetas al Corazón del Verbo, mientras estaba en esta vida mortal.»

Aquel insigne y experimentado maestro de la vida espiritual, el P. Aquiles Gagliardi, habiendo tratado íntimamente con nuestro Santo en el colegio de Milán,

echó de ver que en pocos años había subido á aquella altísima y divina unión cuyas nieblas y oscuridades tan maravillosamente describe San Dionisio Areopagita, y á donde poquísimos llegan al cabo de largos años y asiduo ejercicio de contemplación. Y subió de punto su asombro al saber que esta sublime y casi continua unión con Dios, lejos de dificultarle el trato con los prójimos, le espoleaba y encendía más y más para darse á las obras de celo y atender al estudio de la sagrada teología.

Todos los que tuvieron ocasión de tratarle en el último año de su vida están acordes en afirmar que más parecía un serafín en carne humana, que un hombre sujeto á las miserias de esta vida. Descarnado su corazón por completo de todo amor terrenal, en nada de este mundo se gozaba, ni podía sufrir que nadie, ni aun los mismos superiores le diesen muestras de particular amor y aprecio, porque así como él tenía siempre el corazón y la mente en Dios, así deseaba que los demás lo hiciesen.

Cuando se leía en refectorio alguna cosa que más derechamente se refiriese á Dios nuestro Señor, el corazón de Luis se enardecía luego en mayores incendios de divino amor, su semblante se inflamaba, y las copiosas avenidas de la celeste consolación le sacaban como fuera de sí, y embargaban su lengua dejándolo sin poder hablar palabra. Son curiosos al par que admirables los pormenores que acerca de esto nos dejó escritos el P. Cepari, los cuales por haberlos presenciado él mismo repetidas veces, me ha parecido ponerlos con sus mismas palabras traducidas del italiano.

«Una vez entre otras, dice, estando en la mesa y oyendo leer no sé qué del amor divino, luego se sintió

enardecido interiormente como un fuego, y quedóse absorto y suspenso sin poder tomar su refección: reparamos en él los demás que estábamos en aquella mesa, y como no sabíamos la causa, preguntámosle si le faltaba algo. Él no acertó á responder palabra, y viéndose descubierto allí en público, quedó harto corrido y sin atreverse á levantar los ojos: por otra parte no podía disimular el afecto interior que le enseñoreaba, del cual daban claro testimonio las lágrimas que brotaban de sus ojos y el encendido color de su semblante: hinchósele el pecho de suerte que temíamos no se le rompiese alguna vena, y así le teníamos gran compasión, hasta que al fin de la comida poco á poco se le pasó aquel ímpetu, y quedó como de antes. Algunos que sabían estos deliquios de divino amor que padecía, introducían en los recreos pláticas del amor grande que Dios tiene á los hombres, por verle como se encendía: otros al contrario cortaban de propósito aquellos discursos, por no darle ocasión de padecer, y por temor que no le hiciese daño á la salud.

Paseábase por las salas y por los tránsitos tan embebido y abstraído en Dios, que muchas veces probé á pasar delante de él para saludarle, y eché de ver que no advertía en ello: otras veces se le veía en aquellos mismos sitios rezando el rosario y otras devociones, ya hincándose de rodillas y permaneciendo en esta postura un rato, ya poniéndose en pie, ya arrodillándose de nuevo; y estas cosas que en otros parecieran singularidad, si las hicieran en público, vistas en él, edificaban y le granjeaban la estima y veneración de todos (1).

---

(1) Vida de S. Luis. Lib. II, c. 8.

De este amor de Dios nacía en su alma una filial y amorosa confianza en la divina misericordia y una igualdad de ánimo tan constante, que no decaía por ninguna falta ó miseria que en sí observase. Y no poco le ayudaba, para mantenerse en esta paz, un aviso espiritual que había recibido de su maestro en el noviciado, aviso importantísimo y de grande consuelo para las almas que se congojan demasiadamente por sus cotidianas faltas en el servicio de Dios. Helo aquí. «Cuando incurras en algún defecto ó desliz de estos que la humana flaqueza difícilmente puede evitar, y en que aun las almas justas caen todos los días, no te aflijas ni pierdas por esto la paz: humíllate sí en el divino acatamiento, y levantando á Dios tu corazón, dile con filial confianza:—Ya veis Señor cuán frágil y miserable soy: al fin como vasija de barro quebradizo: perdonadme, Señor, pues sois mi padre, y conocéis lo deleznable de mi ser.—Y dicho esto, queda en paz y no pienses más en tu falta, si no es para acusarte de ella en el sagrado tribunal de la penitencia. Así lo cumplía fielmente Luis, y con esto vivió siempre tranquilo y libre de escrúpulos, por manera que el P. Belarmino su confesor se maravillaba de la claridad, brevedad y precisión con que se acusaba de sus faltas, distinguiendo perfectamente cualquiera sentimiento ó moción interna del consentimiento, y el pensamiento del deseo: tanta era la luz que Dios le comunicaba, y tanto el cuidado y diligencia que ponía en examinar todos los movimientos de su alma.

Pero vengamos ya á la caridad que tuvo Luis con el prójimo, acerca de lo cual nos dejó ejemplos dignos de perdurable memoria. Además de lo que ya se ha dicho en su lugar correspondiente, es de saber que el celo de

las almas y el deseo de dar la vida por ellas le consumía sin darle tregua ni reposo. Suspiraba ya por ver terminados sus estudios, á fin de poder darse con toda su alma á los ministerios apostólicos, y su mayor felicidad habría sido ir á las Indias, para dedicarse á la conversión de los gentiles.

Mas no era Luis del número de aquellos que, meditando grandes empresas para adelante, se olvidan de las que tienen á la mano, y soñando cosas maravillosas que quizás nunca vendrán, no echan de ver el bien positivo y sólido que de presente podrían hacer á sus hermanos y allegados. No contento el fervoroso mancebo con las frecuentes visitas á los hospitales de Roma, ni con los catecismos del domingo, ni con las exhortaciones que á menudo hacía á los jóvenes de la Congregación de Nuestra Señora, tomó tan á pechos el aprovechamiento espiritual de todos los estudiantes del colegio romano, que bien puede afirmarse haber sido Luis el apóstol deparado por la Providencia á aquella numerosa comunidad, para convertirla con su celo infatigable en un paraíso de santidad y morada de ángeles.

Y en primer lugar, es increíble el fruto que hizo el Santo en aquella escogida juventud con el continuo ejemplo de su fervorosa vida. Mas esto era muy poco para su ardiente celo: como echase de ver que en las quietes que suelen tenerse después de comer y cenar, no siempre se razonaba de cosas espirituales, por preferir algunos entretenerse hablando de letras ó de cosas indiferentes; pidió licencia al Padre Rector para promover las conversaciones de cosas santas, y hacer lo posible para desterrar de los recreos toda plática no digo ya mala ó inútil, pero aun indiferente, en razón de pro-

mover en lo posible el adelantamiento espiritual de todos sus amadísimos Hermanos. Accedió gustoso el Rector al buen deseo de Luis, el cual seguro con la bendición de la obediencia, manifestó luego su piadoso proyecto al P. Jerónimo Ubaldini, prefecto de las cosas espirituales, suplicándole le diese la mano para salir airoso en su demanda. Y efectivamente nadie mejor que el Padre espiritual del colegio podía secundar los esfuerzos de Luis, toda vez que debiendo por su oficio tratar á menudo con los Hermanos estudiantes, podía exhortarlos fácilmente á fomentar las santas conversaciones que tanto ayudan para el fervor del espíritu.

No se hizo de rogar el buen Padre para en todo apoyar á Luis, con lo cual cobró éste gran confianza de salir con su intento, y puso mano á la obra, no sin encomendarla antes á Dios fervorosamente. Comenzó pues por comunicar su pretensión ó algunos escolares de los más espirituales, quienes se comprometieron por su parte á coadyuvar en todo los excelentes planes del Santo, y así lo hicieron con felicísimo éxito. A estos se fueron allegando otros y otros, particularmente de los recién salidos del noviciado, á los cuales se hacía Luis encontradizo apenas llegaban al colegio, y los exhortaba á juntarse en los recreos con los que gustaban de santas conversaciones: y por este medio en poco tiempo logró convertir el colegio en uno como segundo noviciado, por el grande fervor y devoción que despertó en sus compañeros.

Mas no todos se prestaban igualmente á una práctica tanto menos halagüeña á la sensualidad, cuanto más provechosa al espíritu. Y no es de maravillar que entre tantos jóvenes se hallase alguno que otro, que no se avi-

niese bien con los deseos de Luis, ni supiese levantar tan alto el vuelo de su alma. Mas no por esto desmayó nuestro héroe, ni cejó un punto en su propósito; y comprendiendo que para atraer á estos lo primero que había de hacer era abrirse paso hasta su corazón; y ganarles la voluntad, supo darse tan buena maña para ello, que apenas quedó en la comunidad quien no se rindiese á su inextinguible celo. Oigamos las trazas de que para esto se valía, de boca de un testigo ocular, y de uno de los más fervorosos compañeros de Luis en su santa empresa. Me refiero al tantas veces citado P. Cepari.

«Si veía á alguno en el colegio, dice, que anduviese menos fervoroso y más necesitado de ayuda, buscaba traza como hacérsele muy amigo: por muchos días y aun semanas se iba á quiete con él á mediodía y á la noche, no reparando en que otros lo notasen: cuando le parecía que le tenía ya en buen punto, dejábale poco á poco, diciéndole que por la edificación era menester hablar con todos, y evitar singularidades: aconsejábale que se acompañase con los mejores, y nombrábale algunos en particular, á los cuales avisaba que se le allegasen, porque él sabía que tenía buenos deseos: y de esta manera en dejando á uno, emprendía á otro, y con estas trazas en pocas semanas hizo mucho bien á muchos, y aun en los más tibios encendió tal fuego y fervor de espíritu y devoción, que era para alabar á Dios, de suerte que habiendo á la sazón más de doscientas personas en el colegio, me acuerdo que al contemplar en tiempo de verano los diferentes grupos de estudiantes que se paseaban por aquellos corredores y por el jardín, aquí dos, allí tres, acullá cuatro, á quienes tenía yo bien conocidos, decía para mí: «Estoy cierto de que en todas

aquellas conversaciones sin faltar ninguna, se está razonando de cosas espirituales.» De manera que la recreación y la quiete se convertían en conferencias espirituales, y muchos confesaban sacar tanto fruto de ellas y á veces mayor que de la misma oración: y era de ver la religiosa llaneza y sencillez con que algunos mutuamente se comunicaban los sentimientos que Dios les daba en la oración, y con eso los unos participaban de las espirituales ilustraciones de los otros. Y todo esto se hacía con tanta suavidad y gusto de todos, que no volvía satisfecho á su aposento el que aquel día con alguna ocasión no hubiese tratado en la quiete de estas materias. Estas eran las pláticas cuando iban al campo á hacer ejercicio, estas, cuando iban á la viña los días de asueto; y no parece que podían tener mejor rato, que cuando se apartaban dos ó tres ó cuatro juntos á hablar de Dios y de las cosas del cielo.

Por las vacaciones de setiembre y octubre, cuando se dejan las lecciones, y los estudiantes del colegio romano van algunos días á Frascati para descansar de los estudios, juntamente pedían licencia, y se llevaban consigo quién á Gersón, quien la Vida de San Francisco, ó la de Santa Catalina de Sena, ó la de nuestro Santo Padre Ignacio; unos leían la crónica de Santo Domingo, otros la de San Francisco; estos gustaban de las Confesiones y Soliloquios de San Agustín, aquellos de los himnos y cánticos de San Bernardo: algunos más espirituales gustaban más de la Vida de la Beata Catalina de Génova; otros, que eran más inclinados al desprecio de sí mismos, leían la del Beato Giacopone y la del Beato Juan Columbino: y enriquecida el alma con los ejemplos y enseñanzas sacados de esta lección, se salían á

la mañana y á la tarde de dos en dos, ó de tres en tres, á hacer ejercicio por aquellas montañas, platicando sobre lo mismo que habían leído. Tal vez se encontraban diez ó doce juntos por aquellos bosques y selvas, y se paraban á tener una conferencia espiritual con tanto gusto, con tanta devoción y fervor, que parecían otros tantos Ángeles del cielo, de suerte que la ida á Frascati no menos restauraba las fuerzas del alma que las del cuerpo, y los unos servían á los otros de ejemplo y de espuelas para servir á su divina Majestad.

De todo esto, después de Dios, se debía la gloria á Luis como á principal motor: por eso todos con razón le amaban y veneraban con particular devoción: todos le seguían y buscaban para hablarle y oirle, y cuando no podían ir en su compañía, sentíanlo por el fruto espiritual de que se privaban. Pero lo que le hacía más amable era que no tenía siempre el arco tirante sin aflojarlo, sino que con cordura y prudencia se sabía acomodar al tiempo y á la ocasión y á las personas; y aunque en sus acciones era serio, pero no era en sus pláticas melancólico, ni pesado sino gracioso y afable con todos, y tal vez se dejaba decir su gracia y su agudeza, y contaba algún cuentecillo á propósito; todo dentro de los términos de la modestia religiosa (1).»

Hastá aquí son palabras del sobredicho autor, por las cuales se vislumbra algo del fervorosísimo celo y finísima caridad del angélico joven.

Más si tan alto rayaba esta virtud de Luis cuando se trataba de ayudar á las almas de sus Hermanos, no menos resplandecía en procurar por todos los medios posi-

(1) Vida del Santo. Lib. II, cap. 5.

bles su alivio y descanso corporal. Pidió y obtuvo licencia general de los superiores para visitar cada día á todos los enfermos del colegio, lo cual hacía con tal amor y solicitud, que no había en casa quien en esto le hiciese ventaja. Cuando los dolores de cabeza le aquejaban más de lo ordinario, y le era forzoso interrumpir su estudio, ya se sabía que su asilo favorito era la enfermería, no para proporcionarse algún alivio á sí mismo, sino para ayudar al enfermero en el servicio de los enfermos. ¡Con qué gusto y satisfacción se aplicaba allí, ora en arreglar las camas, ora en limpiar los aposentos, ya en preparar la mesa para los convalecientes, ya en fregar la vajilla, ya en los oficios más bajos y repugnantes á nuestra sensualidad! Bien se dejaba entender por este fervor de caridad con que servía á sus Hermanos, cuán grabada conservaba en su corazón aquella consoladora palabra que el Salvador ha de dirigir á sus siervos en el fin de los siglos, reconociéndoseles deudor de lo que hicieron en bien de sus prójimos: *En verdad os digo que todo cuanto hicisteis por uno de estos pequeñuelos hermanos míos, por mí lo hicisteis* (1).

Otras muestras no menos brillantes de la caridad de Luis nos ofrecen algunas cartas que escribió en este último año de su vida, las cuales iremos poniendo por su orden cronológico. La primera lleva la fecha de 4 de octubre de 1590, y va dirigida al Marqués de Castellón, á quien da algunos preciosos avisos espirituales, y le exhorta á la frecuencia de Sacramentos, tomando pie de su reciente convalecencia de una enfermedad. Hela aquí.

---

(1) Amen dico vobis, quamdiu fecistis uni ex his fratribus meis minimis, mihi fecistis. *Matth.* XXV, 40.

Ilmo. y respetab. en Cristo hermano mío.

Pax Christi.

Recibí estos días pasados una de V. S. escrita á principios de setiembre, la cual me llenó de consuelo, pues ví por ella cuán acertado remedio había tomado V. S. para la enfermedad con que el Señor le visitó, acudiendo al mismo Señor por la salud. Yo por mi parte ya le he dado las gracias por habérsela restituído. Empero ya que V. S. me escribe que esta espiritual medicina de que ahora se ha servido, no solamente le ha devuelto la salud, mas aun se la ha de asegurar para adelante preservándole de la recaída; yo le ruego que no se contente con tomar el tal remedio para alivio de sus enfermedades corporales, sino que aun estando libre de ellas se aproveche de él, siempre que lo requieran sus dolencias espirituales, para las cuales lo instituyó Cristo nuestro Señor, y de las cuales suplico á su divina Majestad se digne preservarle. Más aún: yo quisiera lo tomase V. S. como medicina preservativa. Y ya sabe V. S. que para usar este linaje de medicinas, no se aguarda el tiempo de la enfermedad, sino que se toman aun gozando de plena salud, en razón de obtener el fin que V. S. se promete de la que tiene en su poder, según me escribe.

Por lo demás, me alegro de que esté ya totalmente terminado el litigio con su Alteza el Señor Duque de Mantua: con esto, no dudo que V. S. podrá conservar más fácilmente no sólo la gracia y amistad de Dios nuestro Señor, que es la que yo principalmente le deseo, mas también la de su Alteza, que es el jefe y cabeza de su casa.

Demás de esto, puesto caso que yo abrigo la con-

fianza y seguridad de que entre V. S. y sus señores hermanos no ha de mediar ninguna diferencia ú oposición, fuera de las que suelen intervenir entre el padre y sus hijos para el bien y utilidad de estos, todavía, en vez de entretener á V. S. con noticias de las que corren por el mundo, á las cuales ya he dado de mano, por no decir bien con mi estado, me ocuparé en decirle lo que siento en esta parte. Y es que debiendo ceder según toda ley el derecho positivo al natural, V. S., á lo que entiendo, obrará siempre conforme á razón, y aun por ventura según obligación, si en cualesquiera diferencias ó contestaciones que ocurrieren, antepusiere siempre las leyes naturales del parentesco y consanguinidad con sus hermanos á cualquiera ley escrita por los doctores. Mas no creo sea menester recordarle á V. S. estas cosas, pues no dudo las tendrá bien asentadas en su corazón: y así concluiré suplicando á su divina Majestad le conceda aquella paz y gracia que yo le deseo.

Aquí en Roma estamos otra vez de Sede vacante, y rogando por la elección de un Sumo Pontífice que ponga por obra los buenos deseos que el Señor había concedido al que por nuestros pecados nos ha sido arrebatado de esta vida.

A 4 de octubre, 1590.

De V. S. Ilustrísima

Afectísimo hermano en el Señor

LUIS GONZAGA

de la C. de J.

Otra carta escribió en 12 de diciembre al Hermano Guelfucci que se hallaba en Nápoles, y había sido en el colegio romano uno de los más celosos cooperadores

de nuestro Santo en la noble tarea de prender el fuego de la devoción entre sus compañeros por medio de pláticas espirituales. Esta carta toda saturada de fraternal amor y santa devoción es como sigue:

Carísimo Hermano en Cristo.

Pax Christi.

Aunque había propuesto no escribiros antes de tener carta vuestra, según lo teníamos concertado desde nuestra despedida, todavía me ha movido á faltar á mi propósito, de un lado el deseo de consolarme con vuestra conversación epistolar (ya que la distancia que nos separa no permite otra cosa); y de otro la buena proporción que se me ofrece con la ida del P. Mancinelli á esa. Así pues por medio de esta carta os saludo, *et amplector in Domino* (1) con todo el afecto de mi alma. Dios sabe el consuelo que he experimentado al saber de nuestro P. Provincial las buenas noticias que en vuestra carta le dabais, según él mismo me lo ha dicho, de las cuales ha recibido particular consolación.

Dígnese el Señor, en este tiempo tan precioso que os ha concedido para atender á vuestro aprovechamiento espiritual (2), colmaros de sus dones, y acrecentaros sus gracias de tal suerte, que redunden no sólo en provecho de vuestra alma durante vuestra permanencia en esa, sino también, cuando regreséis á esta, en utilidad y ayuda de aquellos que más desean volver á gozar de vuestra conversación, y mayor necesidad tienen de ser ayudados en espíritu, como yo lo necesito.

---

(1) Y os abrazo en el Señor.

(2) Refiérese el Santo al tercer año de probación en que se hallaba este Hermano.

Entre tanto favorecedme con vuestras oraciones, y encomendándome á las del P. Pescatore, cosa que muy mucho deseo. Yo tampoco me olvido de rogar por vos al Señor, según mis cortos alcances. Plegue á su divina Majestad que acertemos á ayudarnos recíprocamente para su santo servicio. Concluyo encomendándome *iterum atque iterum* (1) en vuestras oraciones, y suplicándoos me encomendéis en las del mencionado P. Pescatore y del P. Mario De-Ángelis.

De Roma á 12 de diciembre, 1590.

Vuestro Hermano y siervo en Cristo

LUIS GONZAGA.

El P. Mario Fuccioli os saluda, y dice haber recibido vuestra carta, y que dispongáis de él en lo que se os ofreciere. Lo mismo os digo vo: disponed de mí, en cuanto pudiere serviros.

No menos se refleja la acendrada caridad y jugosa devoción de Luis en la siguiente carta escrita á su señora Madre, felicitándola por las Pascuas de Navidad.

Ilma. y honorab. en Cristo Señora Madre.

Pax Christi.

Sabiendo de cuánto consuelo y satisfacción son para Vuestra Señoría mis cartas, y lo mucho que desea le escriba, quiero aprovechar la buena coyuntura que me ofrecen las próximas fiestas del santo Nacimiento, para saludarla y desearle felices Pascuas. No he dejado de pedir al Señor con particular afecto según el alcance de

(1) Otra y otra vez.

mis oraciones, que se digne concederle toda suerte de bendiciones en este santo tiempo, el cual me brinda con una ocasión tanto más agradable y adaptada á mi gusto, cuanto más enojoso es para mí ocuparme en negocios temporales y otras cosas que ya he dejado de una vez para siempre, y de las cuales estoy menos enterado.

Dígnese pues Dios nuestro Señor, consolar á Vuestra Señoría Ilustrísima, y colmarla de sus gracias, como se lo suplico, así por la común alegría que disfruta estos días la santa Iglesia, como por la complacencia que tuvo el mismo Señor en la natividad temporal de su Hijo unigénito, y por la intercesión de su Madre Santísima, la cual ya puede considerar V. S. cuánto *trabajo* y á la vez cuánta *consolación* experimentó en este grande misterio. *Trabajo* por la pobreza temporal que padeció en un establo, en donde no tenía con que preservar del frío á su hijo recién nacido Cristo Jesús, ni mucho menos con que atender á sus muchas necesidades temporales. Y es de creer que estos trabajos le sobrevinieron en vez de los dolores del parto, de que fué por singular privilegio preservada.

Mas por otra parte sintió gran *consolación* con la vista y presencia del Niño Dios su hijito que contemplaba delante de sí. Por donde, así como dice el Señor que las mujeres en su parto sienten tristeza; mas después que han dado á luz un infante, quedan tan alegres que se olvidan por completo de los afanes pasados, por haber dado un hombre al mundo; así me parece que al considerar la Santísima Virgen la pobreza de bienes temporales que padecía su hijo, sentiría tristeza y dolores como de parto, por no alcanzar á proveerle como deseara; empero al contemplar á su mismo hijo, quedaba

consolada, y se olvidaba de todos sus trabajos, no solamente por haberle nacido un hombre, sino porque el que acababa de venir á este mundo era juntamente hombre y Dios.

En vista de esto, voy á tomarme la libertad de dar á V. S. un consejo, según me lo permite el estado que he abrazado, y es que procure tomar por espejo y dechado de sus obras á la Santísima Virgen María. Y si los cuidados y solicitud que tiene de proveer de lo temporal á sus hijos menores y pupilos le ocasionaren á las veces molestia y pesadumbre (bien así como le acarreaba también algún pesar á la Virgen gloriosa el tener que atender á las necesidades temporales de su hijo Jesús), se procure consolar al modo que ella se consolaba, y su ejemplo sea el mejor alivio y solaz de V. S. Ella es nuestra verdadera Reina, con cuyo ejemplo debemos alentarnos mucho más que con el de la Reina de España, á quien V. S. ha servido, ó bien de cualquiera otra persona que se haya encontrado en semejante situación. Porque si es de tanto consuelo á los que están afligidos el tener por compañeros á otros que se hallen en la misma tribulación, ¿qué mejor solaz podrá hallar V. S. que la compañía de la bienaventurada Virgen Nuestra Señora, más que más siendo Ella quien es, y habiendo pasado por tribulaciones y cuidados tan semejantes á los de Vuestra Señoría?

Esto he querido escribirle según me ha ido ocurriendo *in Domino*, con el fin de satisfacer al deseo de V. S., proporcionándole el consuelo que, según me tiene dicho, le acarrean mis cartas. Por lo demás, en lo que atañe á algunos asuntos particulares de familia, de los cuales me habló Mons. el Cardenal de la Rovere, Su

Señoría Ilustrísima comunicará á V. S. cuál sea su parecer, al que yo me remito en todo este asunto. Solamente añadiré que si la desavenencia de que él me ha hablado se hubiere de componer no por medio de un pleito (cosa que tampoco juzgo por ningún modo conveniente tratándose de hermanos), sino por medio de árbitros; á mi ver, mejor será que estos se elijan en esa que no aquí, en donde por la distancia que nos separa, ó faltarían del todo las competentes informaciones, ó llegarían muy incompletas é insuficientes. V. S. podrá ver mejor en esa quién será más apto para este cargo, ya se fije en el señor Duque Vespasiano de Sabioneta, ya en otro que mejor le parezca.

Entre tanto yo quedo rogando á Jesucristo nuestro Señor, que así como en su santo Nacimiento cantaron los Ángeles: *gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonæ voluntatis;* así se digne conceder verdadera paz y buena voluntad á toda la familia de V. S. Ilustrísima, con toda plenitud y colmo de su santa gracia.

De Roma, el último día de diciembre de 1590.

Hijo reverente en Cristo
LUIS GONZAGA
de la C. de J.

Por lo que acabamos de decir de la incomparable caridad de nuestro Santo, se ve la altísima perfección á que había llegado, y se comprende que no hay exageración alguna en lo que depusieron con juramento varios superiores y compañeros que le trataron íntimamente, esto es: que nadie pudo reparar en él cosa que llegase á pecado venial. Y un Padre que vivió en un mismo aposento con él cerca de dos años, afirmó así-

mismo con juramento que habiendo recibido orden del Superior para que se avisasen recíprocamente con el debido amor y caridad de las faltas en que incurriesen, en todo aquel tiempo no pudo notar en Luis la más leve negligencia ó descuido, por más que le trataba de continuo, y le tenía siempre á la vista. Y añadía su confesor que todas las veces que oía las confesiones de este purísimo ángel, su alma quedaba interiormente esclarecida y alumbrada. Tan vivos resplandores de santidad echaba de sí este venturoso mancebo.

CAPÍTULO IV

DE LA CARIDAD HEROICA CON QUE SIRVIÓ Á LOS APESTADOS, Y DE OTRAS OBRAS DE MISERICORDIA EN QUE SE EJERCITÓ

1591

Habiendo llegado Luis á la altísima perfección que acabamos de decir, y siendo ya como fruta sazonada y digna de ser presentada al Rey de la gloria, atrajo las miradas de este Señor, y comenzó á sentir más vehementes deseos de verse desatado de las prisiones de su cuerpo, para volar á las mansiones celestiales, y gozar para siempre de la vista de su Dios. Y como de la abundancia del corazón suele hablar gustosamente la lengua, todas las conversaciones se le iban en tratar de los bienes del cielo y de las vivas ansias que sentía de pasar de esta vida y descansar en el Señor.

—¡Oh Hermanos míos! decía, ¡por cuán dichoso me tendría, si el Señor me sacara de este destierro antes que finalice mis estudios! Ahora paréceme que iría sin temor á presentarme delante del divinó tribunal; pero más adelante, cuando ordenado de sacerdote hubiese de dar cuenta al soberano juez, no sólo de mi vida, sino de las almas de mis prójimos, de la administración de sa-

cramentos, de la obligación del oficio divino, de la celebración del tremendo sacrificio del altar y de otras no menos graves obligaciones; á la verdad mucho temiere la estrecha responsabilidad y terrible juicio de aquel Señor que tanto cela el bien de las almas, y tanta santidad exige de sus ministros.

Oyó el benignísimo Jesús los abrasados suspiros de su siervo, y no tardó en llamarle para sí con la ocasión que vamos á contar. Corría el mes de enero del año 1591: la divina justicia irritada sin duda por los pecados y vicios de los hombres, castigó á toda la Italia con el azote del hambre, á cuyos rigores sucedieron varios linajes de enfermedades contagiosas, con tan grande mortandad, que sembró la consternación por las provincias italianas, y sobre todo por toda la ciudad de Roma, á donde confluían de todas partes bandadas de pobres atraídos por la esperanza de hallar más fácilmente el socorro de sus apremiantes necesidades. Con esto la santa ciudad se vió en pocos días atestada de pobres y enfermos, y no bastando ya los hospitales para dar cabida á tantos infelices, la caridad cristiana acudió á su socorro abriendo nuevos hospitales en varios puntos de la ciudad.

Los Padres de la Compañía montaron uno por su cuenta á poca distancia de la casa profesa, y despertóse en todos los Padres y Hermanos, tanto del colegio, como del Jesús y de San Andrés, tan fervoroso deseo de consagrarse al servicio de los enfermos, que todo el pueblo romano quedó edificado de ver que no contentos los de la Compañía con servir en el hospital que ellos habían abierto, iban en gran número á otros diferentes, asistiendo á los pobres con los auxilios espirituales y con

copiosas limosnas que á este fin recogían. Y el mismo P. General Claudio Aquaviva iba delante de todos con su ejemplo, visitando á los leprosos, y procurando que nada faltase en el hospital que por su orden se acababa de abrir.

En esta ocasión resplandeció con todo su brillo y hermosura la acendrada caridad de nuestro Santo, pues además de salir muchas veces á pedir limosna por la ciudad de Roma para el alivio de los enfermos, procuró también que el Marqués su hermano socorriese á los de su estado, como se verá por la carta que le escribió á 26 de enero de este año, y es como sigue:

Ilmo. y honorab. en Cristo Hermano y Señor.

Pax Xti.

Mucho tiempo ha que no he saludado á V. S. con mis cartas: por lo cual aprovecho con sumo gusto la buena ocasión que se me ofrece de escribirle, recomendándole en primer lugar una obra de justicia en favor de unas doncellas de Ferzardi que me han sido recomendadas, y de las cuales una está ya consagrada á Dios en un monasterio, y otra acaso no tarde en entrar en él. Suplico pues á V. S. interponga su autoridad para que no sean molestadas ni impedidas de cumplir sus buenos deseos, conforme á los deseos y peticiones que más extensamente le expondrá el dador de la presente.

Además de esto, recomiendo á V. S. otra obra que si bien es de misericordia, juzgo ser también de precepto: y es que no se olvide de socorrer, particularmente en el presente año, la pobreza de sus vasallos, la cual si se deja sentir ahí como se siente en este país y especialmente en esta ciudad, bien puede decirse que es extre-

ma. Así pues recomiendo muy encarecidamente esta necesidad á V. S., quien no dudo tendrá muy presentes aquellos buenos consejos, y no habrá echado en olvido el frecuente uso de aquellas medicinas preservativas, no menos útiles al alma que al cuerpo, de que me hablaba en su última. Por lo cual no insistiré más en este punto, y pondré fin á la presente manifestando á V. S. cuánto consuelo he recibido al saber por carta de su Sra. madre que V. S. había por fin llegado á un acuerdo con sus señores hermanos, acerca de las posesiones que eran objeto de algunas desavenencias.

Y efectivamente, el acuerdo que han tomado me parece ser el mejor que podían tomar, y el más á propósito para consolidar la unión y concordia que tanto les deseo, y suplico á Dios nuestro Señor se la conceda. No pensando por ahora escribir á nuestra señora madre, ruego á V. S. vaya expresamente á saludarla de mi parte, dándole buenas noticias mías, pues no dudo quedará consolada con esto. Hágame también el obsequio de saludar á la señora Marquesa su esposa, á sus señores hermanos, á Monseñor el Arcipreste, etc.

De Roma á 26 de enero, 1591.

De V. S. Ilustrísima
Afectísimo hermano en el Señor
LUIS GONZAGA
de la C. de J.

Como se ve por esta carta y por los hechos que dejamos apuntados, la caridad de Luis era incansable, y como voraz incendio que nunca dice *basta,* cuanto más hacía en bien de sus prójimos, más deseaba hacer y padecer por ellos. Mucho á la verdad había contribuído al

alivio de los pobres con las copiosas limosnas que había allegado; mas ¿qué era todo esto para su corazón abrasado en purísimo amor de Dios? Sabiendo que lo sumo y más acendrado de la caridad consiste, según nos lo enseña el divino Maestro, en dar la vida, y arrostrar la muerte con pecho esforzado por la persona amada (1), y viendo que en los hospitales de Roma se le ofrecía tan buena coyuntura para exponer su vida por Cristo sirviendo á los apestados, pidió á los superiores le permitiesen compartir con sus hermanos la gloria de servir y consolar á los pobres de Cristo en los hospitales. Negáronselo al principio, por saber su poca salud y escasas fuerzas; mas tanto instó, tantas razones supo alegar para moverlos á otorgarle lo que tanto deseaba, que al fin se lo concedieron; y él más satisfecho con esta licencia, que si le dieran todos los tesoros del mundo, comenzó á frecuentar el hospital, hallando sus delicias entre las inmundicias y hedor intolerable de los pobres enfermos tocados del contagio.

Alentados y enfervorizados con el ejemplo de Luis otros estudiantes de aquel colegio, pidieron también ir con él á ejercer una obra de tan heroica y meritoria caridad, y más de uno tuvo la dicha de morir en la demanda, alcanzando en ella la gloriosa palma del martirio; pues según San Dionisio Alejandrino, no son menos acreedores á los honores de los mártires los que dan voluntariamente su vida en aras de la caridad, que los que sellan con su sangre la fe cristiana; y así lo confirma el Martirologio romano al escribir en el catálogo de los

(1) Maiorem charitatem nemo habet ut animam suam ponat quis pro amicis suis. *Joann.* XV, 13.

mártires á los que murieron en este ejercicio de caridad en una peste que hubo en Antioquía (1).

El primero que logró esta dicha en el contagio de Roma de que vamos tratando, fué el H. Tiberio Bondi, el cual encendido en santo fervor con la vista de nuestro Santo, se dió tan de corazón al servicio de los apestados, que fué menester avisarle que se guardase y tomase algunas precauciones, por el riesgo de contraer la enfermedad contagiosa. Mas él respondió con gran resolución:—¿Cómo me he de guardar? ni ¿cómo me he de retraer de servir á estos pobrecitos, viendo la santa intrepidez con que se lanza Luis á donde más arrecia el contagio?

Y así era en verdad: donde quiera que se viese algún enfermo más asqueroso por sus llagas, ó más repugnante por su hediondez, allí acudía con preferencia nuestro magnánimo héroe, y allí permanecía largo espacio de tiempo consolando y sirviendo á cada uno de aquellos infelices, cual pudiera hacerlo la más cariñosa madre. No es pues de maravillar que varios de aquellos generosos jóvenes, contrajesen la enfermedad y muriesen de ella. Cuando vió Luis fallecer al H. Bondi en tan pocos días con tan gloriosa muerte, dijo á uno de sus compañeros:

—¡Oh Hermano mío! ¡cuán gustoso trocaría mi suerte con la del H. Tiberio! ¡Oh si Dios me hiciese la merced de morir en esta ocasión tan propicia!

No le hubieron de gustar al P. Nicolás Fabrini, que estaba allí presente, estos deseos del santo escolar: y así se lo mostró replicándole no sé con qué palabras. Mas Luis le dijo:

---

(1) Martirologio romano, á los 28 de febrero.

—Padre, yo le certifico á V. R. que muriera ahora de muy buena gana, pues al presente abrigo la confianza, y tengo alguna probabilidad de estar en gracia de Dios; pero más adelante yo no sé lo que será.

Era este Padre Fabrini natural de Florencia, varón muy señalado en toda virtud y adornado de relevantes prendas de gobierno. Y como era ministro del colegio romano é iba muy á menudo á los hospitales con los Hermanos estudiantes, pudo ver de cerca los maravillosos ejemplos de caridad y abnegación que Luis nos dejó en estos ministerios, y los escribió muy por menudo en una carta al P. Cepari que merece ser trasladada aquí con sus propias palabras y es como sigue: «...Pocos días antes que nuestro Hermano Luis cayese enfermo de su última enfermedad, vino una tarde á mi aposento, no recuerdo con qué ocasión. Como nuestra conversación recayese sobre las muchas penitencias que él hacía, le dije cuánto me maravillaba que sabiendo su poca salud y lo debilitado que traía su cuerpo, no se hiciese escrúpulo de pedir con tanta instancia á los superiores nuevas asperezas y maceraciones, y que le dejasen ir por aquellos días á servir á los enfermos del hospital y á mendigar por la ciudad, cosa que ningún día dejaba de pedir. Mas él me dió tales razones para justificar este su modo de proceder, que no sólo me ví forzado á aprobarlo, pero aun me fué sobremanera agradable oir de sus labios la manera que tenía de buscar, en estas y otras semejantes penitencias que solía pedir, la más perfecta abnegación de su voluntad, estando siempre pronto y aparejado para hacer ú omitir lo que pedía, conforme á la disposición de la santa obediencia. De suerte que él se contentaba con manifestar sinceramente al Supe-

rior los deseos de su alma, declarándole al propio tiempo las mociones interiores de su corazón, y los motivos que le impulsaban á solicitar aquellas penitencias, sin pasar mas adelante. Y este modo de proceder bien se echa de ver cuán conforme sea á la perfección de nuestro santo Instituto.

Decíame además que si bien él no desconocía lo endeble y debilitado de sus fuerzas corporales; se sentía interiormente movido y aguijado á ejercitarse en aquellas obras de caridad y mortificación, y no acertando á resolver por sí mismo qué partido debía tomar, acudía al Superior con la seguridad de que estando éste bien informado de las razones que se le ofrecían, sólo le concedería aquello que fuese más conforme al divino beneplácito. Y añadía también que á las veces solicitaba algunos permisos que sabía ciertamente se le habían de negar. Y la razón que tengo, decía, para esto, es que dado caso que no alcance lo que pido, me queda siquiera el consuelo de ofrecer á Dios este buen deseo, y de ejercitar la humildad rindiendo mi querer al del Superior. Y decía que este acto de humildad, entre otras ventajas, le proporcionaba la de ser tenido en más bajo concepto de sus Hermanos, quienes juzgaban que al solicitar de los superiores lo que buenamente no podía llevar, mostraba desconocer sus propias fuerzas.

Mientras estábamos así razonando, dióle á Luis un desmayo, y quedó por un cuarto de hora sin sentido y como muerto. Avisado el P. Rector de lo que había acaecido, vino sin tardanza, y al verle Luis en el momento de volver en sí, miróle con alegre rostro, y sin añadir otra palabra, pidióle licencia para ir la mañana siguiente á servir á los pobres enfermos de aquel

hospital que acababa de abrir el P. General cerca de la casa profesa, encomendando su servicio á los Nuestros. Sonrió el P. Rector al oir la petición de Luis, y dejó á mi arbitrio el concederle ó negarle lo que pedía, con encargo de vigilar por su salud en todo lo demás que se ofreciese, porque poco antes ya le había sobrevenido otro desmayo.

Pasaron después de esto quince días hasta su enfermedad, y en este tiempo solamente me pidió un acto de abnegación; mas no habiéndolo podido recabar por más instancias que me hizo, acudió al R. P. Provincial, teniendo empero buen cuidado de manifestarle lo que yo había resuelto en este asunto de acuerdo con el P. Rector. Y lo que el bendito joven tanto deseaba y pedía, era que le dejásemos ir con una sotana pobre y remendada y con las alforjas al hombro á visitar al Ilustrísimo Sr. Don Juan de Médicis, y pedirle limosna para los pobres, cosa que le fué concedida sin dificultad por el Padre Provincial. Había efectivamente llegado por aquellos días á Roma aquel caballero, delegado por el gran Duque de Toscana, para rendir homenaje, y prestar obediencia á la Santidad de Gregorio XIV. Este príncipe Don Juan es el mismo con quién Luis había tenido íntimo trato y familiaridad, cuando el Marqués su padre le envió á la corte de Florencia, para que aprendiese la lengua toscana, antes de pasar á España, en donde sirvió de paje al príncipe Don Diego.

Estando pues Luis á punto de salir á visitar á dicho señor Legado mientras nuestros estudiantes estaban en las clases, le encontré por casualidad, y como yo le manifestase la extrañeza que me causaba su salida, díjome que tenía permiso para ello: y no contento con esto,

añadió la causa porque salía, y he de confesar ingenuamente que al oirla de sus labios, quedé sobremanera conmovido y edificado. Porque no tanto iba á pedir limosna al señor Legado, cuanto á hacérsela, diciendo que de mucho tiempo le era bien conocida la piedad de este caballero, á quien había tratado íntimamente en Florencia, y cuyos elevados sentimientos en materias de espíritu le tenían ya desde entonces no poco maravillado; por lo cual, y por la singular humanidad con que siempre le había tratado, juzgaba no poder excusarse de visitarle: y añadió que iba con aquel traje tan pobre, para conseguir más fácilmente lo que pretendía, y para lograr de él alguna limosna que repartir entre los pobres que por efecto de la grande carestía perecían de hambre. Así se expresó Luis. Pero si he de manifestar mi sentir acerca de esto, lo que él pretendía con esta visita á D. Juan, era principalmente ayudarle en su espíritu, ya por medio de santas pláticas, ya moviéndole con la vista de su pobre vestido al menosprecio y desestima de las cosas del mundo y al mayor aprecio de los bienes celestiales.

Ignoro el resultado que tuvo esta visita; mas lo cierto es, según lo eché de ver en los frecuentes é íntimos razonamientos que con él tuve, haberle Dios comunicado, aun cuando vivía en el siglo, tal gracia y eficacia en el decir, que estas visitas que ordinariamente no suelen pasar de un simple cumplimiento, eran para él poderoso resorte con que enfervorizaba é inflamaba en divino amor á aquellos con quien trataba... (1).» Hasta aquí la carta del P. Fabrini.

---

(1) Bolland. t. V. iun., Acta S. Alois.

Entre tanto el contagio iba cundiendo por la ciudad, y Luis con un fervor incansable proseguía en su predilecta ocupación de servir á los apestados, sin que hiciesen mella en su corazón esforzado las escenas lastimosas que se ofrecían de continuo á su vista. Era frecuente ver por los corredores y escaleras del hospital enfermos que yacían abandonados luchando con las agonías de la muerte, y cadáveres que con su hedor infectaban la casa, sin que bastase la caridad de los muchos que acudían al servicio de los pobres enfermos, á satisfacer tantas y tan apremiantes necesidades. Luis no se daba punto de reposo: en todas partes se le veía con su semblante alegre y risueño, ora recibiendo con los brazos abiertos á los que llegaban tocados del contagio, ora haciéndoles las camas, ya lavándoles los pies y las manos, ya curándoles las llagas, consolando á unos en sus tristezas, exhortando á otros á hacer una buena confesión, y mostrándose finalmente con todos como un ángel bajado del cielo para enjugar sus lágrimas y templar sus dolores.

Noticiosa la madre de nuestro Santo de la extrema indigencia en que se hallaban los pobres enfermos de Roma, y del celo con que Luis trabajaba en su auxilio, envióle una partida de ropa blanca para distribuirla entre aquellos desgraciados. Dióle las gracias Luis con la siguiente carta, manifestándole juntamente sus presentimientos de la proximidad de su muerte.

Ilma. Sra. Madre:

Pax Xti.

Grande consolación me ha proporcionado V. S. al hacerme dispensador de la ropa blanca que ha enviado á

estos pobres hermanos nuestros. Dios nuestro Señor que no deja sin galardón á los que se ejercitan en obras de caridad, se digne recompensar con larga mano y copioso premio á V. S. en la patria celestial, por la cual ahora más que nunca paréceme suspirar mi alma, confiando que el Señor por su gracia me la querrá conceder, y esto á no tardar, pues siento que ya *dies mei abbreviabuntur* (1). Que Dios nuestro Señor la colme de todo contento. Beso sus manos.

De Roma á 23 de febr. 1591.

De V. S. Ilustrísima

Hijo obed. en Xto.

LUIS GONZAGA

de la C. de J.

Apesar del mucho trabajo que había tomado Luis sobre sus hombros, el estado de su salud era relativamente satisfactorio, según se lo escribía él mismo á su hermano D. Rodolfo el 26 de febrero en los siguientes términos:

Ilmo. y honor. en Cristo Hermano y Señor.

Pax Christi.

Aunque no se me ofrezca cosa particular que escribir á V. S., todavía para satisfacer los deseos del portador de las cartas, me ha parecido escribirle la presente participándole que por la gracia de Dios me hallo bastante bien de salud: igual beneficio deseo para V. S. suplicando á su divina Majestad me le conserve sano y salvo *in utroque homine* (2). Hoy es el último día de carnaval:

(1) Acortaránse los días de mi vida.
(2) En lo espiritual y en lo corporal.

en tal día ó poco antes (si no me equivoco) dejé á V. S. en Castellón el año pasado, con harto buenos deseos y propósitos. Así que por esta vez me contentaré con recordarle que procure ponerlos por obra ahora *et in posterum* (1). Abrigo la confianza de que *qui dedit velle dabit et perficere* (2), á cuyo fin no dejaré de acudir á Dios con mis oraciones, si algo valen, en razón de obtenerle esta gracia. Concluyo encomendándome *in Domino ex corde* (3) á V. S.

De Roma, á 26 de febrero, 1591.

De V. S. Ilustrísima
Afectísimo hermano en el Señor
LUIS GONZAGA
de la C. de J.

Es digno de notarse en esta carta el celo y solicitud con que velaba Luis por el bien espiritual de su hermano. ¡Con qué delicadeza le recuerda las promesas que el año anterior le había hecho en lo tocante á la reforma de su vida! ¡Con qué empeño le exhorta á perseverar constantemente en sus buenos propósitos! ¡Cómo le alienta á confiar en el divino favor, prometiéndole por su parte ayudarle con incesantes súplicas delante de Dios! En ésta como en todas sus cartas resalta á maravilla el celo insaciable, la acendrada caridad de nuestro héroe.

---

(1) Y en lo sucesivo.
(2) Quien le dió el querer le otorgará también el ponerlo en ejecución.
(3) En el Señor y de todo corazón.

CAPÍTULO V

DE LA ENFERMEDAD QUE CONTRAJO LUIS SIRVIENDO Á LOS APESTADOS, Y CÓMO RECIBIÓ LOS ÚLTIMOS SACRAMENTOS

Marzo-abril de 1591

A primeros del mes de marzo, un buen número de los Hermanos de la Compañía que entendían en el servicio de los hospitales habían ya enfermado, rendidos unos á las fatigas de tan pesado ministerio, y tocados otros del contagio que iba arreciando de día en día. En vista de esto los superiores del colegio romano, temiendo por la preciosa vida de Luis, le retiraron la licencia de ir al hospital; mas no tardaron en renovarse de parte del Santo las instancias y súplicas, para que le enviasen de nuevo, pues el alma se le iba á aquellos asilos de la indigencia, y su corazón suspiraba por volver al socorro de los pobrecitos enfermos, entre los cuales hallaba sus delicias. Cediendo finalmente los superiores á sus deseos, le destinaron al hospital de Santa María de la Consolación, que se halla al pie del Capitolio, pareciéndoles que en él podría desfogar su ardiente celo, sin tanto riesgo de la vida, pues no se solían admitir allí enfermos tocados del contagio.

San Luis sirviendo á los apestados.

Sin embargo todas estas precauciones no fueron parte para impedir los designios de la Providencia que habiendo elegido á Luis para mártir de la caridad, no quería diferirle por más tiempo la gloriosa palma que ya parecía tocar con la mano. Y fué así que no pudiendo Luis visitar los hospitales de apestados, como se ha dicho, dispuso Dios que la peste visitase el hospital de la Consolación, para que su santo siervo no careciese del consuelo de morir víctima de la caridad, lo cual sucedió de esta manera.

Yendo un día Luis al referido hospital, encontró en la calle á un pobrecito cubierto de andrajos, tendido en tierra y destituído de todo humano socorro. No bien le divisa nuestro héroe, vuela sin tardanza á su auxilio, y al reconocer en él los síntomas del funesto contagio, abrázale con extraordinario amor, y sin hacer caso del peligro en que se ponía, llévalo en sus hombros al santo hospital, acuéstale en una cama, y allí le prodiga todos los cuidados espirituales y corporales que su estado requería. Y en este acto de generosa caridad halló el Santo la corona por que tanto suspiraba. Pegósele en efecto el mal con el roce y frecuente trato de aquel enfermo, y á los 3 días de marzo de este mismo año 1591, hubo de meterse en cama con una ardiente calentura que hacía presagiar un funesto y no lejano desenlace. Consérvase aún en nuestros días memoria de este ilustre suceso en el hospital de Santa María de la Consolación, en donde se lee la siguiente inscripción que traducimos del latín: S. LUIS GONZAGA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, Á LA SAZÓN EN QUE LA PESTE DIEZMABA LA CIUDAD, TOMANDO SOBRE SUS HOMBROS Á UN ENFERMO, LO TRAJO Á ESTE HOSPITAL: Y TOCADO CON ESTO DEL CONTAGIO, SUCUMBIÓ FALLECIEN-

DO VÍCTIMA DE LA CARIDAD CRISTIANA EN EL AÑO DEL SEÑOR 1591 (1).

¿Quién podrá decir el júbilo que inundó el alma del bendito joven, al ver que según todas las señales, se le iba á cumplir en breve la revelación de su cercana muerte, que diez meses antes había tenido en Milán? No cabiéndole en el pecho la avenida de celestial consuelo, daba parte de su alegría á los que venían á visitarle, quienes comenzaron á temer que en realidad habían de verse privados muy pronto de la dulce compañía de Luis, y cuanto éste se regocijaba con tan sabrosa esperanza, tanto ellos se contristaban por la grande pérdida que presentían. Y llegó á tanto este gozo de Luis, que recelando no se mezclase en ello alguna imperfección, por las grandes ansias que sentía de volar de este destierro á la patria bienaventurada, consultólo con el P. Belarmino su confesor, el cual le tranquilizó, diciéndole que lejos de ser malo é imperfecto el desear la muerte para ir á gozar de Dios, era santo y laudable, como con ejemplos y palabras nos lo han enseñado muchos siervos de Dios. Consolado con esta respuesta soltó la rienda á sus encendidos afectos, suspirando de continuo por verse con su Amado en los palacios eternales.

Son dignos de notarse algunos ejemplos de pobreza,

---

(1) S. ALOISIVS GONZAGA SOC. IESV
LVE VRBEM DEPOPVLANTE
AEGROTVM HVMERIS SVBLATVM
IN HOC NOSOCOMIVM DETVLIT
ET TABE INDE CONTACTVS SVCCVBVIT MORTI
VICTIMA CHRISTIANAE CHARITATIS
MDXCI.

humildad y mortificación que nos dejó el santo joven ya desde los primeros días de su enfermedad. Y fué el primero que al llevarle á la enfermería, y acostarle en una de las camas destinadas á los enfermos, observó que estaba algo mejor arreglada que las demás, teniendo un toldo encima y á los lados una estera, todo lo cual habían puesto los enfermeros mucho tiempo antes que Luis enfermase, para un anciano religioso que había estado allí enfermo. Luis que era amantísimo de la vida común, y enemigo de toda singularidad, no pudiendo sufrir las que veía en aquella cama, aprovechó la ocasión de una visita que le hizo el P. Provincial, para pedirle encarecidamente mandase quitar todo aquello para en todo conformarse con los demás enfermos. Procuró el Padre tranquilizarle, diciéndole que no tuviese pena por aquello, pues ni se había puesto para él, ni era contra la santa pobreza, por ser el toldo de lienzo muy basto, y la estera harto sencilla y común; con lo cual quedó satisfecho Luis, y no volvió á insistir.

Púsole el enfermero en la mesita que estaba cerca de su cama un poco de azúcar candi y zumo de regaliz, para suavizar la garganta, y facilitar la espectoración. Mas el mortificado joven, dejando el azúcar, se contentaba con tomar algo de regaliz. Díjole el Hermano:

—¿Por qué no tomáis el azúcar que es mejor?

—Porque esto es más propio de pobres, respondió Luis, mostrando con esta respuesta cuán metido tenía en el corazón el amor de la santa pobreza.

Las medicinas y purgas, por amargas que fuesen, tomábalas despacio y á sorbos, para mortificar con esto el gusto. En todo el tiempo de su enfermedad, que le duró cerca de cuatro meses, no se vió en él ni un mínimo

movimiento de disgusto ó impaciencia, ni salió de sus labios una sola palabra de queja, ni dejó de cumplir la menor indicación de los médicos y enfermeros, siempre afable, siempre humilde, siempre agradecido á los que le servían y visitaban: indicios nada equívocos de su heroica virtud, la cual en ningún tiempo muestra mejor sus quilates, que en el de la enfermedad.

Atraídos por el buen olor de estas virtudes y por el tierno amor que profesaban al Santo, vinieron muchas veces á visitarle los dos Cardenales sus parientes, quienes sintieron en el alma la enfermedad de su amado Luis. Viendo el P. Rector la frecuencia de estas visitas, y que la dolencia de Luis llevaba trazas de prolongarse por mucho tiempo, díjoles que no era menester que se tomasen tanta molestia, pues él cuidaría de hacerles saber á menudo el estado del enfermo: á lo cual ellos respondieron que no solamente venían por saber el estado de su enfermedad, y consolar al enfermo, sino también para gozar del inefable solaz y fruto espiritual que sacaban sus almas del trato y santa conversación de aquel ángel. Y era así que nunca hablaba el fervorosísimo joven de otra cosa que de las del cielo, con todos los que le visitaban, ya fuesen de casa ó de fuera.

Oigamos á este propósito de labios del P. Fabrini la curiosa relación de una visita que hizo á su santo primo el Cardenal Escipión Gonzaga, quien á pesar del mal de gota que le aquejaba, por no privarse del gusto de hablar con Luis, se hacía llevar al colegio en una silla de manos. Dice así el citado P. Ministro del colegio, en la carta al P. Cepari arriba mencionada: «Acaeció también no mucho tiempo antes que muriese Luis, que hallándome yo en su aposento en compañía de otros Pa-

dres, vino á visitarle su pariente el Cardenal Escipión Gonzaga. Uno de los Padres que estaban con nosotros en esta ocasión era el P. Corbinelli, excelente anciano cuya extraordinaria é íntima amistad con Luis no ignoráis, pudiéndose bien decir de estos dos religiosos que así como en vida se amaron tiernamente, así en la muerte no se pudieron separar el uno del otro. Comenzó pues el Cardenal á hablar de lo quebrantado de su salud corporal, manifestando los presentimientos que tenía de su cercana muerte (presentimientos que no tardaron en cumplirse) (1), cuando tomando la mano Luis, empezó á razonar acerca del singular beneficio que Dios haría á su Señoría Ilustrísima en llamarle para sí, y del modo como se han de recibir estos avisos interiores con que el Señor nos favorece. Y puesto caso que todas estas cosas las tenía el prudentísimo Cardenal bien sabidas y meditadas, todavía recibió singular consuelo oyéndolas de los labios de Luis, y le impresionaron sobremanera.

Echóse también de ver por esta conversación la grande intimidad que mediaba entre los dos; porque Luis no sabía cómo manifestar al Cardenal su agradecimiento, reconociéndole por su segundo padre y por el mayor bienhechor de cuantos había tenido en esta vida, toda vez que á su diligencia y solicitud debía el que vencidos todos los obstáculos que otros le oponían, hubiese conseguido lo que más deseaba en este mundo que era su entrada en la santa Compañía de Jesús... El Cardenal á su vez, aunque era de edad más avanzada que Luis, no

(1) Falleció en efecto el Cardenal Gonzaga cerca de diez y nueve meses después de San Luis, esto es á 11 de enero de 1593.

se desdeñaba de reconocerle como á su padre espiritual, confesando que de su trato y conversación salía siempre maravillosamente aprovechado en su alma y bañado en interior consolación.

Al despedirse S. I. le acompañé hasta la puerta del colegio, y parándose allí junto á la fuente, me dijo que la temprana muerte de Luis le había de atravesar el alma de dolor, me habló de la extraordinaria paz y tranquilidad que experimentaba en tratar con él, y añadió que bien se podía asegurar ser Luis el más afortunado de todos los Gonzagas, pues había sabido abrazar con tanta prudencia, y seguir con tal constancia su santa vocación.» Hasta aquí la carta del P. Fabrini.

La fiebre entre tanto iba en aumento, y en pocos días puso al santo joven al borde del sepulcro, de suerte que á los 9 de marzo, día séptimo de su enfermedad, los facultativos juzgando que no había de pasar de aquel día, ordenaron se le administrasen los santos Sacramentos. Faltan palabras para expresar el júbilo y santo alborozo con que fué recibida por Luis esta noticia, que era para él la más fausta y alegre que podían darle. Fué sin duda particular acuerdo de la Providencia que aquel día fuése un sábado dedicado á la Santísima Virgen, y además el cumpleaños de Luis, todo lo cual así como le servía á él de singular consuelo, así confirmaba á todos los del colegio en la creencia de que el Señor iba á llamarle para sí en tan señalado día, con lo cual andaban sobremanera desconsolados, y no cesaban de pedir á su divina Majestad les dejase gozar por más tiempo de los santos ejemplos y celestial conversación de aquel fervorosísimo Hermano.

Lengua de ángel sería menester para explicar la en-

trañable devoción y santo afecto con que recibió Luis aquellos santos Sacramentos que durante toda su vida habían formado sus delicias. Confesóse con el P. Belarmino, y luego recibió el santo Viático y la Extremaunción de manos del P. Rosignoli Rector del colegio. Entró en el aposento de Luis el divino Huésped, acompañado de todos los Padres y Hermanos del colegio con velas encendidas en sus manos, con lágrimas en los ojos, y exhalando de sus pechos profundos suspiros, por la pérdida del santo joven á quien tanto amaban. Subió de punto la aflicción de los circunstantes al oir la débil voz del santo enfermo, que iba respondiendo á todas las preces del Ritual, con una serenidad y fervor verdaderamente admirables.

Es muy digna de notarse la protestación que hizo Luis poco después de recibir los santos Sacramentos. No parece sino que con ella quiso Dios comenzar á canonizar en aquellos solemnes instantes la vida y virtudes de este joven maravilloso. Ya recordará el lector que algunos Padres y Hermanos del colegio romano, no por mal espíritu, sino más bien por el entrañable amor que profesaban á Luis, criticaban los extraordinarios rigores con que maltrataba su cuerpo, y le iban á la mano diciéndole que en la hora de la muerte se había de arrepentir de haberse acortado la vida con sus excesivas penitencias, y alegaban en apoyo de su opinión el ejemplo de San Bernardo, de quien se cuenta que en lo último de sus días tuvo algún escrúpulo de haber perseguido con extremada dureza á su cuerpo. Acordóse Luis de lo que en este particular le habían dicho unos y otros repetidas veces, y parecióle conveniente manifestar paladinamente delante de todos lo que

sentía en aquella hora, hallándose tan cerca del divino tribunal, á fin de desvanecer cualquier duda que pudiesen abrigar, y dejar la verdad en su lugar y á la santa virtud de la penitencia en su debido honor. Estando pues aún el aposento lleno de Padres y Hermanos, pidió al P. Rector les dijese en su nombre que estaba tan lejos de sentir escrúpulo ni remordimiento de lo que había hecho, que antes bien le pesaba de no haberse adelantado más en su espíritu de penitencia, como quiera que teniendo tan á la mano la norma segura de la obediencia, acaso le habrían dado licencia para practicar otras mortificaciones, si las hubiera solicitado. A esta declaración añadió otra no menos ilustre, y que pone de realce su perfectísima obediencia: dijo pues que nunca había ejecutado ninguna cosa por su propia voluntad, sino en todo gobernado por la de sus mayores. Y finalmente para que nadie extrañase ni se desedificase de algunas de sus obras, que podían parecer extraordinarias ó fuera del orden común, declaró no tener por la misericordia de Dios el menor escrúpulo de haber quebrantado ninguna de las reglas ó constituciones de nuestra Compañía, con lo cual quedaron todos edificadísimos y llenos de suavísimo consuelo y devoción.

Y para que se vea mejor la sinceridad con que hablaba Luis en lo que dijo de sus penitencias, voy á referir un hecho admirable, y que pone de manifiesto la insaciable sed de padecer que aun en medio de los dolores de su enfermedad le acosaba, pareciéndole poco ó nada lo que padecía. Fué pues el caso que poco después de haberle oleado, entró á visitarle el P. Provincial Juan Bautista Carminata, quien con paternal benevolencia le preguntó si se le ofrecía alguna cosa en que pudiese servirle.

—Un favor tan solamente deseo pedir á Vuestra Reverencia, respondió Luis, y es que me dé licencia para tomar una disciplina.

—¿Cómo queréis disciplinaros estando tan flaco y delicado? no hijo mío, no penséis en esto.

—A lo menos, repuso Luis, permítame V. R. hacerme azotar por otro de pies á cabeza.

—Tampoco os lo puedo conceder, respondió el Padre, pues fácilmente comprenderéis que en el estado en que os halláis, el poner en vos las manos no sólo sería manifiesta crueldad, sino arriesgarse á incurrir en irregularidad, por el peligro de apresuraros la muerte.

Viendo que no le era dado imitar á su amado Jesús en su dolorosa flagelación, deseó seguirle en alguna manera en la pobreza y desnudez de la cruz, y á este fin pidió que le dejasen morir tendido en el desnudo suelo.

Entre tanto que los del colegio romano admiraban estos hermosos ejemplos del santo joven, divulgóse fuera de casa la noticia de que ya había fallecido, y no tardó en llegar á Castellón este falso rumor, que sumió en un mar de tristeza y desconsuelo á la madre y hermanos de nuestro Santo. Y como la infausta noticia llegó vestida de algunas particulares circunstancias acerca del Viático y Extremaunción que Luis había ya recibido, los Marqueses se persuadieron que realmente había fallecido, y así hicieron celebrar solemnísimas exequias por su alma, esperando que de un día á otro se confirmaría la triste noticia por alguna carta de los Padres.

Recibiéronla en efecto á los pocos días, aunque bien diferente de lo que pensaban: porque aquel mismo día

en que fué Luis viaticado, y que todos creían había de ser el último de su vida, fué Dios servido que cediendo los ardores de la calentura, comenzase á mejorar, y así se lo escribieron los Padres á los de su familia, quienes recibieron este feliz desengaño con tanto regocijo, cuanto había sido el duelo y pesar que habían sentido con el anuncio de su muerte. Estaba el Marqués D. Rodolfo rodeado de algunos de sus vasallos, al recibir tan fausta nueva, y no pudiendo contener en su pecho la alegría, entre otras demostraciones que hizo, una fué quitarse del cuello el precioso collar de oro que llevaba, y repartirlo en varias piezas entre los circunstantes.

Habiendo pues desaparecido el peligro de una muerte próxima, fué recobrando nuestro enfermo algunas fuerzas, si bien le quedó una calenturilla lenta que por espacio de tres meses le dió á él materia de nuevos merecimientos, y á los demás del colegio ocasión de contemplar y admirar por más tiempo sus heroicas virtudes. Mas aunque esta mejoría hizo renacer en muchos la esperanza de verle libre del todo de aquella enfermedad, él nunca dudó de la proximidad de su muerte, por las seguras prendas que de ella le había dado el Señor, como antes se ha dicho. Y así en la carta que despachó para su madre el día 5 de abril, le comunica con franqueza filial estas dulces esperanzas, que eran el mejor consuelo y alivio de sus males. Y esta fué según parece la última carta que el Santo escribió de su puño y letra, y es del tenor siguiente:

Ilma. Señora Madre.

Pax Xti.

Ya hace mucho tiempo que se me había ofrecido motivo y razón para satisfacer los deseos que tiene V. S. de saber noticias mías, y lo hago al presente con tanto mayor gusto y voluntad, cuanto la ocasión es más oportuna, y mayor la seguridad que abrigo de poder consolarla: y á la verdad no sé qué camino mejor tomar para ello, que exhortándola á fijar sus miradas en aquella Madre, á quien nadie se ha igualado en punto á padecimientos. Mírese también como en espejo en la persona de su amado hijo nuestro Señor, el cual tomó sobre sí todos nuestros trabajos y miserias y aun la misma muerte, á fin de exhortarnos á llevar con paciencia nuestros males, y darnos la salud eterna. Muchos y graves son ciertamente los disgustos de V. S.; mas no podrán prolongarse por mucho tiempo, porque si con santa resignación los acepta de la mano de su divina Majestad, presto y con gran seguridad llegaremos á la tierra de promisión. Consuélese pues V. S. con el recuerdo de la Santísima Virgen María, y en ella ponga todo su descanso y confianza.

Por lo que á mí se refiere, veo que también voy llegando al término de mis padecimientos, y si fuere del agrado de su divina Majestad, espero recibir de su mano soberana la mayor merced que puede hacerme, esto es la de morir, como tanto he deseado, en su gracia. Ya había recibido el santo Viático y la Extremaunción; pero plugo al Señor diferirme esta gracia, disponiéndome entre tanto para ella con una fiebre lenta que me ha quedado. Los médicos no saben en qué parará, y atien-

den á procurar con remedios la salud del cuerpo, pero yo gusto más de pensar que Dios por este medio me quiere dar una salud más entera y segura, que la que me pueden dar los médicos; y así paso el mal alegremente con las esperanzas que tengo de que dentro de pocos meses me ha de trasladar Dios de esta tierra de muertos, á aquella región de vivos; y de la compañía de los hombres mortales, á la de los Santos y Angeles del cielo; y finalmente de la vista de estas cosas caducas y terrenales, á la vista del mismo Dios, que es todo bien. Y esto mismo puede ser para V. S. I. nuevo motivo de consuelo, pues me ama y desea mi bien. Lo que le pido es que me encomiende á Dios, y procure que los Hermanos de la Doctrina cristiana hagan lo mismo; para que en este poco tiempo que me resta de navegación por el mar de este mundo, Dios nuestro Señor se sirva por los méritos de su unigénito Hijo y de su Santísima Madre, y de los bienaventurados santos Nazario y Celso, ahogar y hundir en el mar rojo de su santísima pasión todas mis imperfecciones, para que libre de mis enemigos pueda entrar en la tierra de promisión á ver y gozar de Dios: él consuele á V. S. I. Amén.

De Roma á 5 de abril, 1591.

Hijo obed. en Cristo

LUIS GONZAGA.

CAPÍTULO VI

DE ALGUNOS ILUSTRES EJEMPLOS DE VIRTUD QUE DIÓ LUIS EN SU ENFERMEDAD

9 de marzo-13 de junio, 1591

FUERON tantas y tan bellas y fragantes las flores de todo linaje de virtudes con que hermoseó Luis los tres últimos meses de su vida, que bien pudo decir con la Esposa de los Cantares que su lecho estaba todo cubierto de bellísimas flores, no cogidas en los jardines de la tierra, sino en los verjeles del paraíso. Y en primer lugar nos dió un admirable ejemplo de caridad, con la ocasión que vamos á referir. Tomó por este tiempo tales proporciones la carestía en toda la Italia, y el hambre llegó á tal extremo, que en algunas partes los hombres no tenían otro alimento que las hierbas del campo, según refiere Foresti en la vida de Gregorio XIV; y añade que al hambre sucedió una espantosa pestilencia que sembró la desolación principalmente en los estados de Lombardía, Toscana, Umbría y Romanía, habiendo fallecido en sola la ciudad de Roma al pie de sesenta mil personas. Ya desde la primavera se presentaron los síntomas precursores de esta espantosa mortandad, y se temía con harto fundamento el terrible azote que amena-

zaba á Roma. Súpolo Luis y olvidado de su salud y vida, cediendo á los nobles impulsos de su corazón generoso, como si fuese poco el haber sacrificado ya una vez su vida por servir á un enfermo, pidió al P. General Claudio Aquaviva, que vino á visitarle, licencia para obligarse con voto á servir á los apestados, luego que se hallase en estado de poder salir de casa. Permitióselo el Padre, para no privarle del mérito de este voto, por más que ya preveía que no tendría efecto, no habiendo esperanzas de que Luis saliese de aquella enfermedad.

Desde el día en que cayó enfermo hasta que murió, no quiso ni una sola vez tomar parte en conversación que no fuese de Dios ó de cosas espirituales. Pero lo que más le recreaba y consolaba era tratar de la gloria del cielo, porque allí estaba ya su corazón; y así los que le visitaban, por darle gusto procuraban siempre entablar piadosos razonamientos. Y si alguna vez se olvidaban de esto, y giraba la conversación sobre algún asunto indiferente, el Santo se recogía en su interior á hablar con Dios, hasta que la plática volvía á encauzarse por donde él deseaba: y entonces era de ver cómo se animaba de nuevo su semblante, y con qué gusto y alegría alternaba con sus hermanos. Y para darles alguna satisfacción de este su modo de proceder, decíales algunas veces que no estaba en su ánimo desaprobar aquellas conversaciones de cosas indiferentes, pues sabía muy bien que no desdicen de la decencia religiosa, si se ordenan á Dios rectificando la intención; pero que en el estado en que él se hallaba, entendía ser más del divino agrado emplear aquel tan corto y precioso tiempo de vida que le quedaba en hablar con Djos ó de Dios.

Son hermosos y edificantes los pormenores que nos

dejó escritos en el proceso de Castellón el Hermano Francisco Rosatino enfermero del Santo en esta su última enfermedad. «En ella, dice, nos dejó ejemplos de todo linaje de virtudes. Pidió á los superiores le hiciesen la merced de encargar á los que viniesen á visitarle que no le hablasen sino de cosas del cielo, como en efecto así se hizo. Recuerdo también que al venirle á ver en cierta ocasión los Cardenales de la Rovere y Escipión Gonzaga, le ofrecieron sus palacios, en donde se le podrían proporcionar mayores comodidades mientras estuviese enfermo; y le encargaron tuviese mucha cuenta con su salud, para poder vivir por más tiempo. Cuanto á lo primero, contestóles no pasasen cuidado, pues sus Hermanos de religión le servían con tanto desvelo y solicitud, que nada absolutamente le faltaba. A lo segundo, repondió haber leído en las vidas de los Santos que estos, por regla general, se inclinaban más á morir que á vivir, porque nadie goza de perfecta seguridad, mientras vive en este miserable destierro.....

Todos los días pedía le vistiese y le dejase levantar, para dar una vuelta por el aposento, rezando sus devociones, y besando con tierna devoción algunas imágenes de Santos que estaban colgadas de las paredes. Díjele yo que no era menester levantarse ni cansarse para esto, pues yo le pondría sobre la cama el crucifijo y las imágenes. A lo cual él respondió:—Dejadme, Hermano, dejadme levantar, pues estas son ahora las únicas estaciones que puedo recorrer: y así prosiguió mientras tuvo fuerzas para levantarse.

Otras veces, cerrándole yo el aposento para que pudiese dormir con mayor sosiego, levantábase á tener oración; y en sintiendo que yo volvía, interrumpíala y

se volvía á acostar. Al principio pensé que se levantaba á alguna necesidad; mas como le sorprendí tantas veces en el momento de meterse en cama, comencé á sospechar lo que era: y para cerciorarme más, y sorprenderle como suele decirse con el hurto en la mano, un día entré en el aposento de puntillas y sin hacer ruído, y abriendo de improviso la puerta, le hallé puesto de rodillas en oración, por lo cual le reprendí mostrándome no poco sorprendido de lo que veía. Mas él sin hablar palabra metióse en la cama, y me pidió perdón.»

En otra parte del mismo proceso tratando el H. Rosatino de la esperanza de Luis y de sus vivos deseos de volar al cielo, dice entre otras cosas lo siguiente: «Cuando yo le daba alguna medicina ó alimento solía decirme:—¿Qué hacéis, Hermano mío? ¿pensáis por ventura que con estos alimentos me habéis de alargar la vida, ó retardarme la unión con Dios que es mi último fin?»

Viendo sus compañeros las vivas ansias con que de continuo suspiraba por romper los lazos que le tenían aprisionado en este destierro, procuraban persuadirle que suplicase á Dios nuestro Señor le prolongase la vida, aduciéndole para convencerle muchas razones; mas él por toda respuesta les decía: *melius est dissolvi*, esto es: mejor es para mí verme pronto desatado de este cuerpo, para poderme unir con Cristo.

Ya recordará el lector que uno de los motivos porque Luis deseaba regresar á Roma, cuando se hallaba en Milán, era para estrechar entre sus brazos, y servir y agasajar al santo y anciano Padre Luis Corbinelli, con quien había tenido íntima y muy espiritual correspondencia. Durante la enfermedad del santo joven, agraváronse en tanto grado los males del buen anciano, que

á fines del mes de mayo se vió reducido á los últimos extremos, y esperaba de un día á otro volar al eterno descanso. ¡Cuántas veces entre los dolores y molestias de su enfermedad, se acordaba el fervoroso Padre de los dulces coloquios y sabrosas pláticas espirituales que solía tener con Luis, antes que éste enfermase! ¡Cómo echaba de menos la amable compañía y trato cordial del bendito joven! Mas ya que no le era dado tenerle á su lado en los últimos días de su vida, consolábase á menudo enviándole recados, y encomendándose en sus oraciones, por medio del H. Rosatino. No satisfecho con estas muestras de amor, un día que fué el 24 de mayo, pidió al enfermero que le proporcionase el consuelo de ver al santo joven. También éste pidió lo mismo al Hermano, el cual por su gran caridad y deseos de complacer á sus queridos enfermos, hizo lo que le pedían, como él mismo lo refiere en los procesos de esta manera: «Tenía Luis mucho gusto en visitar á los otros enfermos, y en cierta ocasión, como no le fuese posible ponerse en pie, me rogó le llevase en mis brazos al aposento del P. Luis Corbinelli anciano venerable y enfermo. Habiéndole llevado y dejádole sentado en una silla, estuvieron largo rato entretenidos en dulcísima conversación razonando de Dios y de cosas espirituales. Llegado el momento de despedirse, antes que yo llevase á Luis de nuevo á su habitación, el buen anciano, por la grande veneración que tributaba á este joven, pedíale por favor que le echase su bendición; «porque acaso, decía, esta será la última vez que nos veremos.»—(Y era así que entrambos caminaban á prisa hacia el término de su vida, por lo grave de sus enfermedades.) Mas Luis con grande humildad respondió que no era

razonable lo que le pedía.—«Vuestra Reverencia, decía, es quien me ha de bendecir á mí, pues además de su ancianidad, está condecorado con la dignidad sacerdotal; mientras que yo no soy más que un simple clérigo de pocos años.»—En esto, observando yo que el Padre quedaba triste y desconsolado, por no haber podido recabar de Luis lo que le había pedido, mandé á éste que accediese á las reiteradas instancias del anciano, y le dejase consolado con su bendición. Rindióse entonces Luis á nuestros deseos, y tomando agua bendita, roció al Padre y á sí mismo diciendo:—«Padre mío, que Dios nuestro Señor nos bendiga á entrambos, y le cumpla á V. R. sus santos deseos: ruegue V. R. por mí, y yo á mi vez rogaré por V. R.»—Después que se hubo así despedido del Padre, le llevé de nuevo á su cama que estaba bastante lejos de aquel aposento.»

Pocos días después (1) falleció el P. Corbinelli en un aposento bien distante del de Luis y en diferente tránsito. Y aunque procuramos con gran cuidado ocultarle la muerte de este Padre, á quien tanto amaba, ni pudo saberla por otro conducto; no obstante tuvo noticia de ella, por habérsele aparecido por tres veces el mismo Padre, según me lo contó Luis, al entrar por la mañana en su aposento para abrirle la ventana, y preguntarle cómo había pasado la noche. Díjome haberla pasado con notable pesadumbre y malestar, por habérsele aparecido tres veces el P. Corbinelli, y añadió:—«La primera vez me dijo estas palabras:—«Carísimo Hermano, en estos instantes me hallo en las agonías de la muerte:

(1) Esto es, el día 1.º de junio, que aquel año fué la vigilia de Pentecostés, y ocho días después de la entrevista que este Padre tuvo con Luis.

rogad á Dios por mí, á fin de que no me falte la paciencia en las angustias que estoy pasando: yo también me acordaré de vos tan pronto como sea recibido en el cielo.»—En esto desperté, y reprendiéndome á mí mismo, dije: Procura dormirte, y déjate de estas cosas, que no son más que puros sueños; y con esto me quedé otra vez dormido. Mas he aquí que por segunda vez se me presenta el Padre, y me dice:—Mis dolores se han exacerbado de tal suerte, que se me hacen casi intolerables: ayudadme con vuestras oraciones, para que pueda sufrirlos con paciencia.—Dispiértome por segunda vez, y lleno de estupor y asombro, no acierto á explicarme lo que me acaba de acontecer. Me esfuerzo no obstante por segunda vez en conciliar el sueño, y apenas comienzo á dormitar un poco, he aquí que por tercera vez se me aparece el Padre, y me habla en estos términos: —Sabed, Hermano Luis, que en este momento, libre de la cárcel del cuerpo, paso á mejor vida. Rogad á Dios por mí, y yo también os encomendaré á su divina Majestad, para que os conceda una feliz muerte: no tardaremos en vernos de nuevo.—Aquí volví á reprenderme, y propuse pedir una penitencia por mi poco cuidado en obedecer al médico que me había mandado hiciese lo posible por dormir.—Tales son las palabras que me dijo Luis, á quien por entonces no quise decir nada de la muerte del Padre, antes bien le dí á entender seguía bien, exhortándole á que se esforzase en conciliar el sueño...

... También recuerdo que el mismo Padre Corbinelli, antes de morir, me pidió por favor que hiciese cuanto estuviese de mi parte para alcanzar que su cadáver fuese depositado en la misma sepultura en que había de ser colocado el de Luis: y esto pedía por la grande ve-

neración que tenía á este bienaventurado joven.» Hasta aquí son palabras del H. Rosatino.

Después que supo Luis la santa muerte de aquel Padre, vino á visitarle el P. Belarmino, el cual le preguntó:

—¿Os parece, Hermano Luis, si el alma de nuestro buen P. Corbinelli habrá pasado por el purgatorio?

—Solamente pasó por el fuego expiatorio:—contestó Luis con grande aseveración. De donde coligió el Padre Belarmino que lo había sabido por divina revelación, y así lo afirma sin linaje de duda el citado H. Rosatino en los procesos.

Con el P. Belarmino su confesor trataba de las cosas de su alma con la mayor frecuencia que podía. Estando pues una noche estas dos almas privilegiadas hablando entre sí con inefable dulzura de las cosas del cielo, preguntó Luis:

—¿Cree V. R. que haya algunas almas tan dichosas que merezcan entrar en la gloria, sin antes pasar por el fuego del purgatorio?

—Sí, Hermano mío, respondió el Padre, y aun creo que á vos os ha de caber tamaña felicidad; porque si su divina Majestad se ha mostrado siempre tan generoso con vos, concediéndoos tantas gracias y dones sobrenaturales como me habéis manifestado, señaladamente la de libraros de todo pecado mortal, ¿cómo no hemos de esperar que añada á tantas mercedes la de llevaros al cielo sin pasar por el purgatorio?

Al oir Luis estas palabras, quedó inundado en un mar de celestiales consolaciones, y en saliendo el Padre de su aposento, fué su alma arrebatada en dulcísimo éxtasis, que le duró casi toda aquella noche, representándosele la inefable gloria que gozan los bienaventurados en

el cielo, con tales transportes de alegría, que aquella noche se le pasó en un abrir y cerrar de ojos, como él mismo lo dijo después al P. Belarmino.

Créese con bastante fundamento que en este rapto le fué revelado el día preciso de su muerte; y de hecho, él mismo dijo categóricamente á varios del colegio que moriría el día de la octava del Corpus Christi, como en efecto sucedió, según se dirá más adelante.

Sabiendo pues el bendito joven que le quedaban pocos días de vida, no quiso partir de este mundo sin despedirse de su piadosa madre, á quien siempre amó como verdadero hijo, no con amor carnal y mundano, sino con aquella purísima y acendrada caridad y afecto espiritual que estriba en el santo amor de Dios. Ya hemos visto en el decurso de toda esta historia con cuanta fidelidad y solicitud acudió al consuelo de su madre este dechado de buenos hijos, en todas las tribulaciones con que el Señor la ejercitó, echando siempre mano, como buen religioso, de razones y motivos espirituales. Pues quien en vida se había mostrado constantemente tan atento y obsequioso con su buena madre, no se olvidó de ella al fin de sus días, antes quiso consolarla anticipadamente, y prepararla á recibir con cristiana resignación la próxima noticia de la muerte de un hijo tan querido. No teniendo empero fuerzas para escribirle de su propia mano, dictó para ella la siguiente carta, cuyos altísimos sentimientos más parecen de un ángel que mora en los cielos, que de un hombre sujeto á esta mísera mortalidad.

Ilma. Sra. y Madre en Cristo honorab.

Pax Christi.

La gracia y consuelo del Espíritu Santo sea siempre con V. S. I.: La carta de V. S. me ha hallado vivo en esta región de muertos, pero ya de camino para ir á alabar á Dios eternamente en la tierra de los vivientes. Pensaba yo que á estas horas ya habría salvado este paso; pero la violencia de la fiebre (según le escribí en mi anterior) èstando en su mayor fuerza, se aplacó algún tanto, y me fué acompañando lentamente hasta el día de la gloriosa Ascensión de nuestro Señor. Desde aquel día por haberme sobrevenido un catarro de pecho, acrentóse la fiebre en tanto grado, que poquito á poco me voy acercando á los dulces y suspirados abrazos del Padre celestial. Y con esto se ve que no andan del todo fuera de camino las diferentes noticias que por allá se han recibido de mí, como se lo escribo también al Señor Marqués.

Ahora bien, si la caridad, según doctrina de San Pablo, nos ha de hacer llorar con los que lloran y alegrarnos con los que están alegres, grande habrá de ser á no dudarlo el gozo de V. S. (madre y señora mía) por la merced que Dios le hace en mi persona, al llevarme al verdadero gozo con la plena seguridad de no perderlo jamás. He de confesar á V. S. Ilma. que mi mente se pierde y anega como en un mar sin riberas y sin fondo, al considerar aquella divina Bondad que se digna llevarme á un eterno descanso, en cambio de tan insignificantes y breves fatigas; me llama y convida á gozar en el cielo de aquel sumo Bien que tan tibiamente he procurado, y me promete el fruto de aquellas lágrimas que tan escasamente he sembrado.

Mire V. S. I. no haga agravio á aquella infinita bondad de Dios, como sin duda se lo haría si llorase como muerto al que ha de vivir delante de Dios, para ayudarla desde allá con sus oraciones mucho mejor que la ayudaba desde acá. No será muy larga esta ausencia: allá nos volveremos á ver y gozar, para nunca más apartarnos, unidos con nuestro Redentor, alabándole con todas nuestras fuerzas, y cantando perpetuamente sus misericordias. No dudo sino que cerrando el oído á las razones de carne y sangre, fácilmente lo prestaremos á lo que nos enseña la fe, y abriremos la puerta á aquella pura y sencilla obediencia que debemos á nuestro Dios, ofreciéndole pronta y generosamente lo que es suyo, y dándoselo con tanto mayor gusto, cuanto más querida nos era la cosa que nos quita, teniendo por cierto que lo que Dios hace, bien hecho está; y que si nos arrebata aquello que antes nos había dado, es para colocarlo en puesto más seguro y libre de todo peligro, y para otorgarle lo que todos quisieramos para nosotros mismos.

Esto he dicho por el deseo que tengo de que V. S. I. con toda su casa reciba por muy gran favor de Dios esta mi partida, y con su bendición me acompañe, y ayude á pasar este golfo, y llegar á aquella ribera que es el blanco de todas mis esperanzas. Y me ha sido particularmente agradable escribirle todo esto á V. S. I. por no ofrecérseme ya otra manera de manifestarle el amor y reverencia filial que le debo. Concluyo pidiéndole de nuevo humildemente su bendición.

De Roma á 10 de junio, 1591.

De V. S. Ilustrísima
hijo en Cristo obed.
LUIS GONZAGA.

CAPÍTULO VII

ÚLTIMOS DÍAS Y PRECIOSA MUERTE DE SAN LUIS

13-21 junio de 1591

Iba agravando por momentos la enfermedad del santo joven, y con ella crecía la pena y zozobra de todos los del colegio romano, que veían la prisa con que se les iba á eclipsar aquella luz, y el poco tiempo que les quedaba para gozar de sus resplandores. Así que todos procuraban buscar alguna ocasión de verle, para tener el consuelo de recoger de sus labios alguna de sus palabras y sentencias espirituales, que eran como flechas de amor divino que penetraban en lo más íntimo de los corazones.

En esto llegó la fiesta del Santísimo *Corpus Christi*, que aquel año cayó en el día 13 de junio, y como se divulgase por el colegio el rumor de que Luis iba á morir en aquella octava, las visitas al santo enfermo comenzaron á menudear más de lo ordinario, deseando cada cual lograr ocasión de hablarle á solas para encomendarse particularmente á sus oraciones. Luis á todos recibía con agrado, á todos procuraba satisfacer, y como quien estaba cierto de su próxima partida, aceptaba con buena

gracia cuantos encargos se le hacían para aquella patria dichosa.

Entró á visitarle el P. Vicente Bruno que era prefecto de la enfermería, y tomándole el pulso, le dijo que no había de tardar en ver cumplidos sus deseos de ir al cielo, con lo cual lleno de santo júbilo, y más por lo que Dios nuestro Señor le había dado á entender, dijo á un Hermano que en aquellos momentos acababa de acercarse á su lecho:

—¿No sabéis, Hermano mío, la feliz nueva que me han dado? Alegraos conmigo porque dentro de ocho días pasaré al eterno descanso. Ayudadme por caridad á dar gracias al Señor por tan señalada merced, diciendo el *Te Deum laudamus*. Y con esto empezó á rezar este himno, contestándole el Hermano, con singular consuelo y devoción de entrambos.

Al cabo de un rato, vino á saludarle uno de sus condiscípulos, y al verle Luis díjole con la sonrisa en los labios, y bañada en gozo su alma:

—Padre mío, *lætantes imus, lætantes imus*. Alegres nos vamos, alegres partimos de esta vida.

Mas nadie piense que por tener Luis su corazón más en el cielo que en la tierra, y tocar ya con sus plantas los umbrales de la eternidad, se olvidase de los que dejaba en este valle de lágrimas. Su corazón agradecido se acordó en aquellos últimos días de los Padres que le habían engendrado en Cristo, ó le habían ayudado á ir adelante por el camino de la religiosa perfección, y á todos quiso manifestar de algún modo su amor y agradecimiento. Y en primer lugar dictó una carta para el P. Pescatore su maestro de novicios, que á la sazón era rector del colegio de Nápoles, haciéndole saber su cer-

cano viaje á la celestial Jerusalén, y encomendándose en sus oraciones. En este mismo sentido hizo escribir al P. Mucio de Ángelis lector de teología en Nápoles, y al P. Bartolomé Recalcati, rector del colegio de Milán. Ya que no le fué posible escribir estas cartas por sí mismo, ni aun firmarlas de su propia letra, como habría deseado, rogó que le sostuviesen la mano, y puso en vez de firma la señal de la cruz al pie de cada carta.

El P. Antonio Francisco Guelfucci, que fué uno de los que con mayor asiduidad visitaron y asistieron á Luis en sus últimos días, así por haber sido su connovicio y condiscípulo, como por el particular amor y reverencia que le había profesado desde que le conoció en la casa de probación de San Andrés, nos dejó escrita en el proceso de Castellón una extensa noticia de las cosas que sucedieron en los postreros días de la vida del Santo. Entre otras cosas que ya dejamos apuntadas, merecen particular mención las siguientes que trasladamos fielmente de dicho proceso (1). «Díjome (Luis) que moriría antes que pasase la octava del *Corpus Christi,* y durante esta octava no pasó día en que no me hiciese llamar á la hora prefijada (2), y cerrada la puerta del aposento, y colocado el crucifijo en la mesita que le servía para comer; hacía que le fuese leyendo muy despacio los siete salmos penitenciales, mientras que él fijos los ojos en la imagen de Cristo crucificado, y juntas las manos, quedaba arrebatado en alta contemplación, corriendo por sus mejillas suaves lágrimas. Yo me iba parando y haciendo pausa, ya en un versículo, ya en otro,

(1) Acta Sanctor. tom. V, ad diem 21 Jun. Ann. ad cap. 12 et 13.
(2) Esta hora solía ser á las cinco de la tarde.

conforme al mayor gusto y sentimiento espiritual que veía le causaban las sentencias de los salmos. No menos fervientes afectos de devoción observé en él, cuando le leía algún pasaje de los Soliloquios, y de otros escogidos tratados de San Agustín y San Bernardo.» Y añade el P. Cepari que entre otros salmos, le daban particular devoción el 21, *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi in domum Domini ibimus;* y el 41, *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum*, etc.

Uno de los Padres que con mayor frecuencia visitaban á Luis, fué el P. Jerónimo Plati, el cual salía siempre asombrado y atónito de la altísima perfección del santo enfermo. Un día, al volver de la enfermería, no sabiendo cómo encarecer lo que sentía de la santidad de Luis, dirigiéndose al que le acompañaba díjole:

—Yo os digo con toda verdad y sin ninguna exageración que este Hermano es un santo: no lo dudéis: Luis es un santo, y tan santo, que en vida le podrían canonizar.

Los últimos días de aquel sagrado octavario puede decirse que fueron para nuestro enfermo una continua oración y contemplación: no se cansaba de repetir con entrañable afecto diferentes jaculatorias, y en particular aquella de San Pablo: *Cupio dissolvi et esse cum Christo.* Deseo verme desatado de este cuerpo, para abrazarme con Cristo nuestro Señor. Los tres últimos días tuvo sobre el pecho un devoto crucifijo de bronce, enriquecido con muchas indulgencias, y delante de él hizo varias veces la protestación de fe que se halla en el Ritual, y ya no apartó más de sí aquella sagrada imagen, hasta entregar su alma al Criador. Consérvase hoy día este crucifijo con gran veneración como reliquia de inestima-

ble valor en Barcelona en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, de los Padres de la Compañía.

Amaneció por fin el dichosísimo día por el cual andaba suspirando desde tanto tiempo Luis Gonzaga, día que había de romper las ataduras de su cuerpo, y franquearle las puertas de los palacios eternales. Para dar al lector una completa y ordenada relación de los sucesos de este día, me ha parecido que el camino más seguro y agradable sería hacer hablar á los mismos testigos oculares que desde la mañana hasta la noche estuvieron con el santo enfermo, citando por su orden cronológico, en su lugar correspondiente, las respectivas narraciones que ellos depusieron jurídicamente en los procesos.

Oigamos ante todo al H. Rosatino: «Apenas amaneció, dice, el día de la octava del *Corpus Christi*, mi ayudante el Hermano Bernardino Mizzetti, entrando en el aposento del enfermo, y abriendo la ventana, le dijo:—«Ea, Hermano Luis, ya llegó el día de la octava del Corpus, en que nos decíais haber de morir. A mí, no obstante, me parece que os halláis mejor.»—A esto respondió Luis:—«Sabed, que todavía no ha pasado este día, y que hoy ciertamente moriré.»—Al salir Bernardino del aposento de Luis, vino en derechura á donde yo estaba, y díjome sonriendo:—«¿No sabéis que nuestro Luis está persuadido de que hoy sin falta se ha de morir? mas á decir verdad, yo le hallo mejor que antes.»

Al cabo de un rato fuimos á verle los dos juntos, y tomándole yo el pulso le pregunté:—¿Cómo estamos, Hermano Luis?—«Como Dios quiere,»—contestó.—«Creedme, repuse, estáis algo mejor.»—«Conforme á vuestro parecer, replicó, sigo algún tanto mejor; pero

según la voluntad de Dios, he de morir esta tarde.»—Pidióme luego con mucha instancia que procurase le fuese administrado el santo Viático aquella misma mañana. A esto le respondí que habiéndolo ya recibido, no se le había de administrar segunda vez en la misma enfermedad. Lo cual le dije, por parecerme que el estado de su salud daba sobrado tiempo para viaticarle de nuevo. Entonces él me dijo:—«Por lo que hace á la Extremaunción, decís bien que no se puede reiterar en una misma enfermedad; mas el santo Viático bien se puede recibir de nuevo.»—Después de esto pasó todo el día, parte ocupado en oración y contemplación, parte despidiéndose de los que venían á visitarle; pero sin descuidarse de recomendarme con bastante frecuencia el encargo que me había hecho de pedir el santo Viático. Mas yo me hacía del desentendido, y procuraba dar largas al asunto.» Hasta aquí el H. Rosatino.

No fueron solos los enfermeros quienes oyeron de labios del santo joven la formal y explícita afirmación de que moriría aquel mismo día: á varios otros aseguró lo mismo, y en particular á uno que movido de compasión al ver lo que padecía, á causa de una llaga que se le había formado en un muslo, por estar siempre echado de aquel lado; le manifestó que si bien sentía en el alma su pérdida, mas que por verle libre de aquellos acerbos dolores, deseaba que el Señor le librase de la cárcel del cuerpo. A lo cual respondió el Santo con grande aseveración:— «Esta noche moriré.»

Por la tarde entró en el aposento de nuestro enfermo el P. Ministro Nicolás Fabrini, trayéndole la fausta noticia de que su Santidad el Papa Gregorio XIV le enviaba la bendición apostólica, con una indulgencia ple-

naria para el artículo de la muerte. Al oir el humildísimo mancebo esta nueva, quedó todo confuso y avergonzado, teniéndose por indigno de que el Sumo Pontífice se acordase de él. Procuró tranquilizarle el P. Ministro, y como secundando sus humildes sentimientos, le dijo que sin duda por alguna casualidad y acaso por medio del Cardenal Gonzaga habría llegado á oídos del Papa el estado peligroso en que se hallaba, y que movido de compasión le habría querido enviar este consuelo.

Serían como las seis de la tarde, cuando vino del noviciado de San Andrés á visitar al santo enfermo su antiguo connovicio el P. Juan Bautista Lambertini, y como de la abundancia del corazón habla la lengua, las primeras palabras de Luis, después de saludarle, versaron sobre las ardientes ansias que tenía de unirse con Jesús sacramentado antes de morir, y pidió al Padre manifestase este su deseo al P. Rector, y entre tanto para engañar el hambre que sentía de aquel Pan venido del cielo, quiso rezar con el P. Lambertini las letanías del Santísimo Sacramento, teniendo sin duda presente que en aquella misma hora se estaban celebrando en las iglesias de la cristiandad los solemnes oficios y procesiones de la octava del Corpus Christi.

Estaban aún rezando las letanías cuando entró el P. Rector, y al verle entrar pidióle se dignase concederle el consuelo de recibir el santo Viático, alegando por razón como dice el P. Guelfucci, «que si bien había ya comulgado por Viático al principio de su enfermedad, y que después había recibido cada domingo la sagrada comunión, conforme á la costumbre que se observa en nuestras enfermerías, con todo eso sentía grandes deseos de armarse otra vez con el santo Viático,

para los postreros combates de la agonía.» «Prometióle el P. Rector, añade Rosatino, que le cumpliría sus deseos, tan pronto como terminase el oficio divino; y así al toque de la campana, vino el santo Viático acompañado de todos los religiosos del colegio, que serían unos ciento cincuenta.» Rezadas las preces del Ritual, al acercarse el P. Rector al enfermo ostentando en su mano aquella Hostia inmaculada, que había sido durante toda su vida el centro de sus amores y el único imán de su corazón, no puede fácilmente explicarse el santo júbilo que rebosaba en su purísima alma, y los ímpetus de fervorosa devoción con que saludaba á su Dios y Señor. Todos contemplaban absortos y conmovidos aquel semblante, al cual los interiores incendios del alma comunicaban no sé qué de sobrehumano y celestial; mas al oir aquellas imponentes palabras que usa la Iglesia en el momento de dar el santo Viático: *Accipe frater Viaticum* etc., «Recibe Hermano el viático del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, el cual te defienda del enemigo maligno y te conduzca á la vida eterna,» no pudiendo ya los circunstantes reprimir la vehemencia del sentimiento de ternísima devoción, prorrumpieron en deshecho llanto, que no tardó en renovarse con la conmovedora escena que vamos á referir.

En acabando Luis de dar gracias, después del Viático, estando el aposento lleno de Padres y Hermanos que no acertaban á despedirse del santo enfermo; como advirtiese éste que el P. Rector iba á salir, pidióle licencia para dar á todos sus Hermanos aquel dulce y fraternal abrazo que suelen darse los de la Compañía, cuando van ó vuelven de camino. Accedió gustoso el Padre á la petición de Luis, el cual con un rostro todo radiante

de alegría, dirigió una apacible mirada á su alrededor, y viéndose rodeado de tantos Padres y Hermanos á quienes amaba entrañablemente, y de quienes era amado y venerado, abrió sus brazos, y fué abrazando uno en pos de otro á todos los que allí estaban. A cada uno saludaba con alguna frase de regalado amor, ya encomendándose á sus oraciones, ya ofreciéndole las suyas para cuando se viese en la gloria del cielo; con lo cual quedaron todos tan impresionados y enternecidos, que apenas podían contestarle sino con lágrimas y sollozos.

«Estaba allí uno entre otros, dice el P. Cepari, con quien había tratado Luis con particular intimidad y amor: llegóse á él á solas, y le dijo tener por cierto que no había de tardar en llegar á gozar de Dios, y que por lo tanto le rogaba no dejase de favorecerle en el cielo con las mismas señales de amor que le había dado acá en la tierra, y que le perdonase si en algo le había ofendido. A esto contestó Luis con mucho afecto, que confiaba en la infinita misericordia y bondad de Dios, y en la preciosa sangre de Jesucristo, y en la intercesión de la Virgen santísima, que sería así y muy presto; y le prometió que se acordaría de él, porque si acá le había querido bien, mejor le querría en el cielo, donde la caridad está más en su punto.»

Poco después entró allí el P. Provincial y le dijo:

—¿Qué hacemos, Hermano Luis?

—Nos vamos, Padre, contestó el Santo.

—¿A dónde?

—Al cielo,—dijo Luis con una boca de risa.

—¿Cómo? ¿al cielo queréis iros?

—Así lo espero de la infinita misericordia de Dios, replicó Luis, si no lo estorban mis pecados.

Conmovido y enternecido con estas palabras el Padre Carminata, volviéndose á los que estaban presentes, díjoles en voz baja.

—¿No oís cómo habla este ángel? Pues habla de su partida para el cielo, como hablaríamos nosotros de ir á Frascati. ¿Qué os parece que convendrá hacer, cuando fallezca este bendito joven? ¿Será razón confundirle en la sepultura con los demás que mueren en la casa?

A todos pareció que la extraordinaria virtud y perfección de Luis exigía se le distinguiese después de su muerte, como suele hacerse con los que mueren en olor de santidad.

«A eso de las siete, prosigue Cepari, estaba yo asistiéndole junto á su cama, y con mi mano le sostenía la cabeza para aliviarle algún tanto su cansancio, mientras él, fijos los ojos en un pequeño crucifijo que tenía indulgencia plenaria para la hora de la muerte, estaba absorto en alta contemplación. En esto levanta la mano, y se quita el gorro que tenía en la cabeza. Creyendo yo que lo había hecho casualmente con las ansias de la muerte, volví á ponérselo sin decirle nada; pero de ahí á poco se lo volvió á quitar; púseselo segunda vez diciéndole:—«Dejadlo estar, hermano Luis, porque no os haga daño á la cabeza el fresco de la tarde.»—Señalóme él entonces el crucifijo con los ojos, y díjome:—«Cristo cuando murió no tenía nada en la cabeza»—con las cuales palabras me causó devoción y compunción juntamente.»

El P. Darío Tamburelli, que fué más tarde profesor de filosofía en la universidad de Parma, y á la sazón era estudiante en el colegio romano, escribe lo siguiente en los procesos. «Pocas horas antes de morir, hizo

Luis que llamasen á los profesores de teología y filosofía, y como los vió junto á su lecho, pidióles que de su parte encargasen á sus discípulos que le hiciesen la caridad de ofrecer algunas coronas, disciplinas y otras pías obras por su alma, prometiendo que él á su vez se acordaría de nosotros en el divino acatamiento. No es para dicha la impresión que causó en todos nosotros este mensaje de nuestros maestros, á quienes prometimos cumplir puntualmente el encargo de Luis; y no satisfechos con esto, acudimos los más de nosotros á su aposento á pedirle sus oraciones y ofrecerle las nuestras aunque pobres (1).»

Había ya cerrado la noche, cuando volviéndose Luis á un Padre que estaba allí cerca, le dijo:—Padre, asísteme Vuestra Reverencia.—Y acordándose de que había dado palabra á otro de avisarle cuando se acercase su última hora, en cumplimiento de lo que le había prometido, le dijo que no dejase de quedarse allí.

A las nueve de la noche estaba aún el aposento lleno de Padres y Hermanos, deseosos todos de presenciar la muerte de un santo. Mas ni el P. Rector ni el enfermero pudieron persuadirse que hubiese de morir aquella noche, á juzgar por el estado del pulso y por lo expedita que tenía la lengua. Así que el P. Rector se retiró, dejando ordenado que todos hiciesen otro tanto: y por más que varios hicieron instancias para que les dejase quedar con su amado enfermo, no se lo concedió, diciéndoles que él sería el primero en quedarse, si viese alguna probabilidad de que había de morir aquella noche. Obedecieron todos, aunque se les arrancaba el alma al separarse de Luis, á quien ya no esperaban vol-

(1) Bolland. Act. Sanct. Alois. annot. ad cap. XII et XIII.

ver á ver en esta vida. Quedáronse para asistirle durante aquella noche los Padres Fabrini, Guelfucci y el Padre Belarmino, el cual dejó encargado al bendito joven que le avisase cuando le pareciese ser tiempo de hacerle la recomendación del alma. Respondió Luis que así lo haría, y en efecto al cabo de un breve rato le dijo:—*Padre ya es llegada la hora.*—Entonces arrodillándose el Padre al lado de la cama, rezó las preces de los moribundos, acompañándole los otros dos Padres arriba mencionados. Terminada la recomendación del alma, como el P. Ministro observase que el enfermo se hallaba algo mejor, sin que se descubriese en él ninguna señal de próxima agonía, dijo al P. Belarmino que podía retirarse sin cuidado á descansar, prometiéndole avisarle en caso de sobrevenirle alguna novedad al enfermo. Mas no satisfecho con estas seguridades el P. Belarmino, que deseaba á todo trance asistir á la muerte de su amadísimo hijo espiritual, quiso saber el parecer del Hermano enfermero, antes de irse á descansar. Oigamos del mismo Hermano lo que le respondió:—«Vino entonces, dice, el P. Belarmino y me preguntó:—¿Qué os parece, Hermano, tardará mucho Luis en morirse?—Yo le respondí:—Ya puede V. R. irse tranquilamente á dormir: por ahora tan lejos está él de morirse como yo. El pobrecito se imagina hallarse ya á punto de expirar: mas yo tengo para mí que aun tenemos hombre para ocho días.»

Esto dijo el H. Rosatino, pero el Padre que sabía bien con cuanta seguridad había afirmado Luis que no pasaría de aquella noche, no acababa de resolverse á dejarle, hasta que cediendo á las instancias del P. Ministro, y confiado en que le avisarían, si algo ocurriese; retiróse

á tomar algún descanso, mientras que el P. Ministro se recogía en un aposento contiguo al del enfermo. Al fin no tuvo el Padre Belarmino el consuelo de ver morir á Luis, y sintiólo en gran manera.

El P. Guelfucci que fué el único que se quedó para asistirle, nos dejó escritos los siguientes apuntes acerca de aquellos últimos instantes de la preciosa vida de nuestro Santo.—«Quedándome pues allí, dice, me pareció que nuestro enfermo podría descansar un rato, por haber tomado algún alimento después de recibir el santo Viático. Así pues escondí la luz, y de vez en cuando me acercaba al enfermo, estando á la mira para ver en qué paraba aquella noche, que el había dicho sería la última de su vida. Cuantas veces me llegué á él le hallé dispierto y, á lo que parecía, en continua contemplación y unión con Dios. Por dos ó tres veces le pregunté cómo seguía, y si se le ofrecía alguna cosa; á lo cual él siempre respondió lo mismo que antes he dícho:—Vigiladme y no me dejéis; pues moriré.—Estas palabras, aunque por otra parte no veía yo ningún indicio que hiciese temer una muerte próxima, ni siquiera algún mayor peligro en su estado; me tenían incierto y como suspenso sobre si debía llamar al P. Ministro para que viniese á rezar las últimas preces al enfermo. Al fin volví á mirarle de cerca para cerciorarme del estado en que se hallaba, preguntándole si me necesitaba para algo.—Quisiera, dijo él, me volvieseis del lado izquierdo.—Mas yo juzgando que estos deseos nacían de sus congojas de muerte, avisé al Padre que estaba rezando el oficio divino en el aposento del lado. Acudió al instante con el Hermano enfermero, y acercándonos con varias luces al moribundo, observamos en su rostro

aquel brillo y palidez que suelen ser indicios de próxima muerte. Entonces le dije:—Mucho siento no poder complaceros volviéndoos del lado izquierdo, como deseáis, pues correría peligro de aceleraros la muerte con este movimiento. Ea pues, buen ánimo: esta es la última gota del cáliz del Señor que habéis de apurar.—Aquietóse con estas palabras, conformándose gustosamente con nuestro parecer, y mientras nosotros íbamos rezando las letanías y la recomendación del alma, él iba siguiéndonos con grande atención, estrechando en su mano derecha con grande fervor y confianza la candela bendita, en testimonio de la fe católica en que moría, y teniendo los ojos clavados en un crucifijo algo más grande, que estaba colocado delante de él. Con la mano izquierda apretaba contra su corazón otra imagen más pequeña de Cristo crucificado, que había llevado colgada del cuello los tres últimos días (por ser, como vulgarmente se dice, imagen privilegiada, y tener aplicadas las indulgencias del P. Sanchez, que llaman de Filipinas, y es la misma que este Padre más tarde llevó consigo á España) (1).»

«Cuando entró en la última agonía, prosigue el Pa-

(1) «A los que tenían algún crucifijo con las indulgencias de las Filipinas, entre otras muchas indulgencias se les concedía una plenaria en el artículo de la muerte, invocando devotamente el nombre de Jesús. He aquí el origen de estas gracias. Sixto V, para favorecer la propagación de la fe, había concedido á los Misioneros de la Compañía que trabajaban en las islas Filipinas muchas gracias espirituales; una de las cuales era la facultad de repartir cierto número de crucifijos y medallas, á los cuales estaban anejas varias indulgencias parciales y plenarias, que se ganaban con determinadas condiciones. Clemente VIII, por Breve de 1.º de octubre de 1596, hizo extensivas estas gracias á los Misioneros de la Compañía que predicaban el Evangelio en las Indias Orientales. (Bulario Ms. de la Comp. de Jesús, t. III, pág. 166).» (Cepari-Rodeles. *Vida de S. Luis.*)

dre Fabrini, echóse de ver lo mucho que padecía, por el color cárdeno y copioso sudor de su rostro, y por la desazón é inquietud de todo el cuerpo, con que parecía querer cambiar de postura. Entonces acercándome á él le dije al oído que procurase acordarse de aquella cama tan dura y angosta en que quiso morir Cristo por nuestro amor. Al oir estas palabras volvió sus ojos hacia nosotros, y aunque no pudo con palabras, pero con su ademán y semblante nos manifestó bien á las claras cuán pronta estaba su voluntad para padecer mucho mayores trabajos por Cristo. Y á lo que parece, se hacía fuerza á sí mismo para no dar ninguna señal de dolor, procurando mantenerse fijo en la misma postura y repitiendo como podía el dulcísimo nombre de Jesús.»

Con este supremo esfuerzo por vencerse á sí mismo, y con esta gloriosa victoria coronó felizmente su santa vida este ferviente discípulo de Cristo crucificado, haciéndose como su divino Maestro obediente hasta la muerte. Poco después de esto, con un ligero movimiento de sus labios, que por última vez invocarían el santísimo nombre de Jesús, durmióse Luis tranquilamente en el Señor, entre diez y once de la noche, cerca del día 21 de junio de 1591.

Tal fué la muerte del esclarecido y angelical mancebo Luis Gonzaga: muerte verdaderamente preciosa en el divino acatamiento, y digno remate de una vida tan santa é inmaculada. Murió como había vivido: amante fiel, y constante imitador de Cristo crucificado. La cruz de Cristo había sido su mejor tesoro en la vida, y la cruz de Cristo fué su único consuelo en la hora de la muerte. Jesús fué la primera palabra que aprendió á balbucear en su infancia, y Jesús la última invocación

que salió de sus labios moribundos. Y así como en toda su vida no apartó los ojos ni el corazón de su amor crucificado, así en Cristo crucificado descansaron sus ojos al cerrarse á la luz de esta vida y Cristo crucificado selló los últimos latidos de su corazón.

Lo que Luis había predicho tantas veces acerca del día y hora de su feliz tránsito, quedaba cumplido puntualmente. De esta suerte le otorgó el Señor lo que tanto había deseado su alma, conviene á saber: ó morir dentro de la octava del Santísimo Sacramento, por la particular devoción que siempre tuvo á Jesús sacramentado; ó en un viernes, por el amor encendido que toda su vida profesó á la sagrada Pasión del Salvador. Y aun parece que quiso el buen Jesús cumplirle ambos deseos, pues su tránsito acaeció, digámoslo así, entre el jueves y el viernes. Y es bien digno de notarse que este viernes, que sigue inmediatamente á la octava del Santísimo Sacramento, es el que hoy día tiene la Iglesia dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, al cual nuestro Luis, como serafín enamorado, no cesaba durante su vida de arrojar dardos encendidos de purísimo amor de Dios. Falleció el santo joven á la edad de 23 años, tres meses y once días, habiendo vivido cinco años y siete meses en la Compañía.

CAPÍTULO VIII

EXEQUIAS Y SEPULTURA

APENAS exhaló Luis su purísima alma, cuando los dos Padres que le asistían se sintieron íntimamente penetrados de un desacostumbrado sentimiento de dulcísima consolación, como si el angelical mancebo quisiese desde el cielo manifestarles su agradecimiento, y darles alguna prenda de que ya les cumplía la palabra que les había dado de acordarse de ellos delante de Dios. Y el P. Guelfucci en particular escribe de sí mismo lo siguiente: «Al expirar el bienaventurado joven, á quien asistí en su muerte, experimenté tan extraordinaria ternura y consuelo, que parecía se me derretían las entrañas, corriendo de mis ojos copioso y desacostumbrado llanto, al par que mi alma se abrasaba en fervorosos deseos de servir á Dios con la mayor perfección que pudiese, y de trabajar con todo ahinco por extender y dilatar su gloria. Y este afecto de devoción me duró muchos días, participando, á lo que entiendo, de semejante beneficio todos los demás del colegio, y muy particularmente los más jovencitos.»

Vinieron luego los enfermeros á lavar y vestir el sagrado cadáver, acerca de lo cual nos dejó escritos el

H. Rosatino los siguientes pormenores. «Al lavar y componer el cadáver, observamos que se le habían formado dos llagas en un lado, así por tener el cuerpo hecho un esqueleto de flaco y demacrado que estaba, como por los muchos días que estuvo postrado en la cama. Y aunque las mantas y sábanas se le pegaban á la carne viva, fué siempre tan sufrido este bendito joven, que nunca se quejó de esto, ni dió el menor indicio de lo que padecía, antes bien hacía lo posible por ocultárnoslo, cubriendo con la ropa aquellas llagas, todas las veces que íbamos á curarle y arreglarle la cama, de tal suerte, que no supimos que las tuviese hasta que le amortajamos.»

También hallamos que tenía dos callos muy grandes y duros como huesos en las rodillas, los cuales se le habían formado por la costumbre que tuvo durante toda su vida de orar arrodillado. Habiéndome yo ausentado por unos instantes del aposento, mi compañero movido parte del deseo de poseer algún recuerdo de aquel bendito joven, parte por acceder á los deseos que otros le habían manifestado de lo mismo, resolvió quitar del cadáver lo que buenamente pudiese á fin de conservarlo por reliquia. Y efectivamente ya se había armado con unas tenazas para arrancarle un diente, cuando yo llegando al aposento, no pude menos de mostrarle mi disgusto por aquella acción tan indigna, echándole en cara su crueldad. El bueno del Hermano al oir mis reconvenciones y aun alguna amenaza que añadí, hincado de rodillas me pidió perdón de su atrevimiento, diciendo que sólo le había movido el deseo de hacerse con algún recuerdo de aquel santo joven, y el temor de que si se descuidaba nada había de poder alcanzar, pues tenía

por cierto que el día siguiente todos se habían de dar tanta prisa en recoger reliquias, que nada le dejarían con que pudiese satisfacer su devoción.» Hasta aquí son palabras del citado Hermano.

El viernes 21 de junio, al toque de la campana para levantarse, los enfermeros habían concluído su tarea, y el sagrado cadáver vestido de sotana y sobrepelliz, con el bonete en la cabeza y el crucifijo en las manos, quedaba expuesto en el mismo aposento, hasta que llegase la hora de trasladarlo á la capilla doméstica. En pocos momentos divulgóse por todo el colegio la noticia de la muerte del que todos llamaban á boca llena: *el santo, el ángel;* y con esta noticia esparcióse por toda la casa uno como olor de santidad y devoción que penetrando en los corazones de todos, los enternecía y compungía maravillosamente, con los dulcísimos recuerdos de la santa vida de Luis.

Antes del toque de oración, el aposento donde yacían los restos mortales de nuestro Santo, estaba atestado de religiosos que habían acudido, atraídos no menos del deseo de llevar consigo alguna reliquia, que de ver y reverenciar el cadáver. Ya habían desaparecido desde la hora en que murió Luis, sus dos imágenes, sus zapatos y las plumas de su uso, con otros objetos que el Padre Guelfucci había tomado para sí. Los que vinieron en pos de él diéronse tanta prisa en saquear el aposento, que según afirma el H. Rosatino en los procesos, al despuntar la aurora ya se habían tomado como por asalto cuantos objetos quedaban de los que tenía Luis. Luego no hallándose ya en la mesa cosa alguna en que pudiera cebarse la piadosa codicia de reliquias, comenzaron á cortar retazos de la ropa, así interior, como exterior

del Santo: y otros finalmente no contentos con esto, se llevaron parte de sus cabellos, y de las uñas, y aun hubo quien le cortó algún pedacito de carne que después conservó largos años con gran veneración.

Entre tanto, el cadáver de Luis estaba de continuo rodeado de Padres y Hermanos que con singular devoción y ternura puestos de rodillas se encomendaban á él, bien persuadidos de que su valimiento sería muy poderoso delante de Dios para alcanzar cualquier favor. Otros pagaban allí mismo la deuda de oraciones y sufragios que habían contraído con él la tarde anterior, aunque abrigaban muy segura confianza de que ninguna necesidad tenía de los tales sufragios su purísimo espíritu.

Después que hubieron satisfecho los del colegio sus primeros impulsos de devoción hacia su santo Hermano, fué trasladado el cadáver á la capilla doméstica, en donde estuvo toda aquella mañana, acudiendo á visitarlo muchos de la casa. Y hallaban tanto consuelo y gusto espiritual en estarse contemplando aquel semblante que ni aun la muerte había podido despojar de su amable dulzura y virginal candor, que no acertaban á separarse de allí. Acercándose unos al difunto imprimían tiernos ósculos en sus manos y en sus pies, otros le abrazaban con grande amor y devoción, y aun los más tímidos, que solían otras veces asustarse de ver un cadáver, llegábanse al de Luis para besarlo y tocarlo, no sólo sin miedo, mas aun con inefable dulzura de sus almas.

Celebráronse aquel día y los siguientes las misas que prescribe la regla en sufragio del alma del difunto, así en el colegio, como en las otras casas de la Compañía,

aunque muchos, y entre ellos el P. Belarmino, no pudiendo acabar consigo de rogar por aquella alma inocentísima, en vez de ofrecerle sufragios, se encomendaban á sus oraciones. Causó tanta impresión en todos los jesuítas de Roma la muerte de Luis, que por espacio de muchos días no se hablaba en las recreaciones de otro asunto que de las insignes virtudes de este joven admirable y de los heroicos ejemplos de santidad con que había ilustrado á aquel colegio y á toda la Compañía.

A las seis de la tarde fué trasladado el difunto á una sala grande en donde estaba reunida toda la comunidad, y allí fué donde el cielo dió las primeras señales de la gloria que tenía reservada á este humildísimo siervo de Cristo crucificado, ensalzándole primero dentro de las paredes de aquel colegio, para difundir después los rayos de su santidad por todo el orbe católico. En efecto, aunque no era costumbre besar la mano sino á los sacerdotes, á Luis quisieron besársela todos, aun los Padres más graves y autorizados.

Después de esto fué llevado el cadáver en procesión á la iglesia del colegio, que estaba dedicada á la Anunciación de Nuestra Señora, pues no existía aún el suntuoso templo que más tarde se erigió allí mismo en honor de nuestro Santo Padre. Al llegar la comunidad á la iglesia, ya estaba llena de gente de todas clases y categorías que había venido atraída por la fama de la gran santidad de Luis, cuya temprana muerte ya se había divulgado por la ciudad, y despertado en muchos, vivos deseos de verle, besarle y encomendarse á sus oraciones. Celebróse el oficio de difuntos con las demás ceremonias acostumbradas, y terminado el oficio, como se retiró la muchedumbre de pueblo que había asistido

á la función, sobrevino otro numeroso concurso de estudiantes, en su mayor parte congregantes de Nuestra Señora, los cuales habiendo cobrado particular amor al bienaventurado joven por las frecuentes exhortaciones que de sus labios habían oído en la congregación, quisieron mostrarle su agradecimiento, viniendo todos juntos á venerar sus restos mortales. ¿Quién les había de decir á esos afortunados jóvenes que ellos eran las primicias y como la vanguardia de las innumerables falanges de congregantes que andando los años habían de rendir culto y vasallaje á aquel humilde y sencillo escolar de la Compañía de Jesús? Oigamos lo que acerca de estos jóvenes nos dejó escrito en los procesos el arriba citado P. Striverio: «Terminadas las exequias, dice, y quedando el cadáver en medio del templo, me recogí en compañía de algunos de los Nuestros, entre los cuales estaba el P. Bandino Gualfreduzzi, en un rincón para orar un rato; cuando por la puerta pequeña que pone en comunicación la iglesia con el atrio de las clases, entró una numerosa muchedumbre de jóvenes distinguidos por su nobleza y piedad, pertenecientes en su mayor parte á la congregación de Nuestra Señora. Entre ellos figuraban D. Maximiliano Pernstein estudiante del colegio romano y el R. Sr. D. Aristóteles de Benedictis, sacerdote ejemplarísimo que después entró y perseveró en la Compañía. Todos estos, atraídos por su devoción á Luis, y por la aventajada opinión que tenían de su santidad, rodearon el féretro, y sacando sus tijeras y cortaplumas, comenzaron á cortar unos del vestido, otros de la camisa, otros de los cabellos: y no fué posible impedir estos extremos de devoción, por más que los Nuestros lo procuraron, y se esforzaron en defender

el cadáver de la piadosa rapacidad de aquellos jóvenes.» Esto dice el P. Striverio. Y el P. Cepari añade que hubo quien llegó á cortarle al difunto las puntas de los dedos, y hasta dos falanges del dedo meñique de la mano izquierda.

Viendo los Padres del colegio que si el cadáver se dejaba en la iglesia, no había de tardar en ser despojado de todos sus vestidos, y aun mutilado lastimosamente, resolvieron retirarlo á la sacristía, en donde lo tuvieron encerrado, mientras se deliberaba acerca del modo de darle sepultura. Los Padres más graves del colegio, y señaladamente el P. Belarmino, juzgaron que si bien no era costumbre enterrar á los Nuestros con ataúd, tratándose de Luis, se había de dispensar en esto, pues había fundados motivos para creer que Dios honraría las insignes virtudes de aquel joven maravilloso con tanta mayor gloria después de muerto, cuanto él más se había esforzado en esconderlas durante toda su vida. Propuesto el caso al P. General Claudio Aquaviva, aprobó el dictamen de los Padres del colegio, y por esta vez dió facultad para lo que se pedía, por la grande certeza y convencimiento que él tenía de la santidad de Gonzaga.

Labróse pues una caja de madera á propósito, y colocados en ella los restos venerables, se les dió sepultura en la tumba común de la iglesia del colegio, en donde estuvieron hasta el año 1602, en que por respeto á los muchos milagros con que Dios comenzaba á manifestar la gloria de su siervo, dispuso el mismo P. General fuese su santo cuerpo colocado en sitio más decente, como se dirá en su propio lugar.

LIBRO QUINTO

ADMIRABLE GLORIFICACIÓN DE SAN LUIS DESPUÉS DE SU MUERTE

CAPÍTULO PRIMERO

COMIÉNZASE Á DIVULGAR EN VARIAS PARTES LA FAMA DE SU SANTIDAD

1591-1600

UÉDESE comparar la gloria con que Dios quiso ilustrar á nuestro Santo á aquella pequeña fuente que vió Mardoqueo en un sueño profético, la cual poco á poco fué creciendo hasta hacerse un río caudaloso: y después se convirtió en un sol, y salió de madre por la abundancia de sus aguas (1). Efectivamente, apenas fué encerrado el cuerpo de Luis en el sepulcro, comenzóse á extender la fama de su gran santidad primero por la ciudad de Roma, luego por toda Italia, y final-

---

(1) Parvus fons crevit in fluvium, et in lucem solemque conversus est, et in aquas plurimas redundavit. *Esther* X, 6.

mente por todas las demás naciones católicas, de tal suerte que la vida oculta y santísima de Luis, que en sus principios era humilde fuentecilla franqueada solamente á los dichosos moradores del colegio romano, al cabo de pocos años vino á ser río caudaloso de gracias y milagros estupendos que hicieron célebre su nombre por todo el mundo: y convirtiéndose luego este río en clara lumbre y en sol resplandeciente, vémosle ya en nuestros días esparcir por doquiera la benéfica influencia de sus rayos, colmando de bienes y gracias espirituales y temporales á sus devotos y más particularmente á la juventud.

Veamos, pues para gloria de Dios y loa de su siervo, por qué caminos se fué dilatando el culto y devoción hacia este angelical mancebo, hasta llegar á la altura en que hoy día después de tres siglos lo admiramos. El mismo día en que se celebraron las exequias de Luis, escribía D. Tomás Mancini, Secretario del Cardenal de la Rovere una carta consolatoria á la Marquesa Doña Marta, y por ella se echa de ver la general opinión de santidad en que era ya tenido el inocentísimo joven en Roma y en otras partes. He aquí algunos párrafos de dicha carta:

«Dudando estoy todavía y no acierto á resolver si he de dar V. E. pésame ó albricias por el dichoso tránsito del P. Luis á mejor vida, toda vez que ignoro si es más poderoso en el corazón de una madre el sentimiento de la propia pérdida ó la alegría por la ganancia del hijo de sus entrañas. Yo no puedo menos de sentir en el alma la ausencia de un joven de tan relevantes prendas y la pena que habrá experimentado V. E. por no haberle podido ver en su última enfermedad. Pero alé-

grome al considerar que con su santa vida ha conquistado la gloria del cielo, á donde todos creen que se fué derechamente, dejando grandísima opinión de santidad en Roma y fuera de ella. Y á la verdad no podía alcanzar mayor felicidad ni más alto renombre que el que se ha granjeado en el breve espacio de veintitres años, aunque viviera los de Noé.....

No se cuenta hasta ahora ningún milagro suyo, ó porque no lo hay, ó porque se ignora; pero la devoción que públicamente se le tiene es como la que suele tributarse á los santos que los han hecho. Hoy mismo sábado 22 de junio he sabido que algunos ilustres personajes hacen grandes instancias por alcanzar algún objeto suyo. Tales son los motivos que me hacen dudar si debo afligirme, ó mas bien gozarme por esta santa muerte. Se ha comenzado ya á escribir la vida del Padre Luis, y se ha prometido dar una copia de la misma al señor Cardenal, tan pronto como esté concluída...

Recuerdo también que la semana pasada, yendo yo á visitar al P. Luis, predijo su muerte con singulares demostraciones de alegría, y me entregó las dos cartas que remití á V. E. firmadas de su mano, rogándome que las enviase por conducto seguro, y diciéndome que aquellas eran las últimas que escribía á V. E. y al Marqués su hermano... De Roma, 22 de junio, 1591.»

Son también dignos de particular mención los encomios con que enaltecieron la vida santísima de Luis el P. General Claudio Aquaviva, los Cardenales Gonzaga y de la Rovere, el Rector del colegio romano y Doña Leonor de Austria en las cartas que escribieron á Doña Marta consolándola por la muerte de su amadísimo hijo Luis. Para evitar prolijidad, sólo citaré un párrafo de la

carta de la Duquesa de Mantua, la cual después de reconocer los motivos de dolor que tenía la Marquesa, al verse privada de su caro Luís en la flor de sus años, dice: «Con todo eso si serena y desapasionadamente consideramos cómo aquella bendita alma, roto ya el oscuro velo de esta carne, voló á la lumbre perdurable y á la feliz posesión de aquel término á donde caminaba con tan largas jornadas mientras vivía en este valle de miserias y trabajos, si tenemos en cuenta que donde se halla podrá mucho mejor y más de cerca presentar á Dios nuestras súplicas; no podremos menos de alabar y hacer gracias á su divina Majestad por haberle sacado en su más florida edad del lodo y basura de este mundo, para hacerle ciudadano de la celestial Jerusalén...»

Entretanto que llegaba el tiempo destinado por la Providencia para declarar al mundo la santidad de Luis por el esplendor de los milagros, era su sepulcro objeto de continua veneración para los estudiantes del colegio romano, quienes iban con gran frecuencia á invocar su poderoso valimiento, y pasaban largos ratos en fervorosa oración en aquella capilla en donde reposaban sus restos mortales. Y muchos de aquellos jóvenes fueron tan constantes en esta práctica de devoción, que no la dejaron mientras permanecieron en Roma. Uno de estos devotos de Luis fué el P. Juan Antonio Valtrino, el cual, si bien no tuvo el consuelo de conocerle cuando vivía, pero cobróle tanta afición con la lectura de su vida, que no satisfecho con visitar cada día su sepulcro, esparcía sobre el mismo muchas flores que cogía del jardín, y decía que bien merecía después de muerto el obsequio de aquellas flores quien en vida había sabido hermosear su alma con las de todas las virtudes.

Dos años habían transcurrido después de la muerte de Luis, cuando quiso Dios comenzar á glorificarle con insignes milagros, y es muy digno de notarse que el primero que se sabe haber obrado este ángel de inocencia fué en favor de su piadosa madre, el cual sucedió del modo que vamos á contar.

Habiendo fallecido poco después de nuestro Santo su tío D. Alfonso sin dejar sucesión masculina, su estado de Castelgofredo debía por derecho ser agregado de nuevo al marquesado de Castellón. Pero la única hija de D. Alfonso Doña Catalina, que por el matrimonio de D. Rodolfo con Doña Elena Aliprandi se habia visto privada de la esperanza de entrar en la herencia de aquel estado, no pudo resignarse á tan sensible sacrificio; y no queriendo reconocer la validez del testamento que se lo imponía, hizo tomar las armas á sus vasallos para oponerse á D. Rodolfo; el cual no pudo tomar posesión de Castelgofredo sino después de dominar con sus tropas la insurrección de sus nuevos vasallos. Vencidos estos, y encerrada en la cárcel del castillo Doña Catalina con su madre, pudo entrar D. Rodolfo en pacífica posesión de aquel señorío.

Mas poco tiempo le fué dado gozar de él, pues á los pocos meses herido mortalmente por mano enemiga, acabó sus días dejando á su madre la Marquesa sumida en un mar de tribulaciones. El mayor de los hijos que le quedaban era D. Francisco, el cual debía heredar el marquesado, por no haber dejado el Marqués ningún hijo varón. Pero ¿cómo podía ponerse al frente de su estado un niño de solos quince años? La perspectiva de las nuevas complicaciones que forzosamente había de acarrear á aquella desventurada familia la desastrosa

muerte de D. Rodolfo causó tanta pena en el corazón de Doña Marta, que la puso en pocos días á las puertas de la muerte. Había ya recibido los últimos sacramentos, y todos los de su casa la lloraban por muerta, por haberla ya desahuciado los médicos, cuando he aquí que hallándose en pleno uso de sus facultades, vió aparecer delante de sí á su amado Luis cercado como de un globo de luz y entre vivísimos fulgores de gloria. No le dijo el Santo ninguna palabra; pero mirábala con semblante apacible y risueño, y con su sola presencia y dulces miradas dejóla tan consolada y confortada, que las lágrimas que hasta entonces no había podido verter, por la grande opresión de su alma, comenzaron á correr suavemente y con grande abundancia de sus ojos, y ella no sólo recobró la salud contra toda esperanza, sino adquirió una firmísima y segura confianza de que los asuntos de su casa habían de tomar un rumbo muy diferente de allí en adelante, cumpliéndose, como en realidad se cumplió, el feliz vaticinio que su amado Luis le había hecho en otro tiempo acerca de su hermano D. Francisco. Esta milagrosa curación refiriólа después la misma Doña Marta al P. Cepari, y se halla registrada en el proceso de Castellón. De esta manera pagó Luis desde el cielo á su madre los buenos oficios que con él hizo en vida, mostrándose no menos agradecido con ella en el cielo, que lo había sido en la tierra.

Después de este primer milagro, pasáronse algunos años sin que se contase ningún otro obrado por intercesión del siervo de Dios; pero no por esto dejaba de tomar mayores incrementos su devoción, así por los favores espirituales que muchos confesaban haber recibido de él, como por la lectura de su vida que ya andaba

manuscrita de mano en mano, y se leía en los refectorios de nuestros colegios y en varios conventos con increíble provecho de cuantos la oían.

El año 1598, habiendo salido de madre el Tiber, é inundado la ciudad de Roma, penetró una gran cantidad de agua en la cripta de la iglesia del colegio romano, en que descansaban los restos mortales de nuestro Santo. Temiendo, pues, el P. General Claudio Aquaviva que aquel precioso depósito padeciese menoscabo con tanta agua, mandó examinar el ataúd en que había sido puesto el santo cadáver siete años antes, y á fin de que sus huesos no se mezclasen y confundiesen con los de otros difuntos, dispuso que se colocasen en otra caja menor, y la levantasen del suelo, á fin de mejor preservarla de las humedades. Así se ejecutó puntualmente: examinóse el esqueleto, delante del mismo P. Provincial, que á la sazón era el P. Bernardino Rossignoli, y de otros Padres y Hermanos, quienes con licencia del mismo P. Provincial, tomaron varias reliquias que fueron luégo llevadas á varias ciudades de Italia y de otros reinos. El V. P. Nicolás Lancicio pidió y obtuvo preciosas reliquias para su provincia de Polonia: el P. Francisco Corso para las Indias y el mismo P. Provincial tomó algunas para repartirlas entre los muchos devotos del siervo de Dios que las deseaban.

Desde este año fueron tantas y tan estupendas las maravillas que en muchas partes obró el Señor por las reliquias é invocación de Luis Gonzaga, que sólo en Castellón y sus alrededores ascendieron á setenta los que recogió el señor Arcipreste Pastorio, antes del año 1600, y de ellos se apuntarán algunos en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO II

REVELA DIOS LA GLORIA DE SAN LUIS Á SANTA MAGDALENA DE PAZZIS. OTROS MILAGROS. ELOGIO DEL CARDENAL BELARMINO

1600-1603

UNO de los más ilustres testimonios de la altísima santidad de nuestro héroe es sin duda la divina revelación que de ella tuvo la esclarecida virgen Santa María Magdalena de Pazzis, religiosa carmelita descalza en el monasterio de Santa María de los Ángeles de la ciudad de Florencia. Esta celebérrima revelación, que algunos años después fué examinada jurídicamente, y consta en los procesos, acaeció del modo siguiente:

Corría el año 1600, y era Rector del colegio que tenía la Compañía en Florencia el P. Virgilio Cepari, á quien el Arzobispo D. Alejandro Marzi de Médicis había confiado el cargo de director espiritual de la mencionada virgen Santa Magdalena. A fin de estimular más á esta su fervorosa hija espiritual y á sus hermanas en religión á correr con mayor diligencia por el camino de la virtud, dióles el P. Cepari á leer la vida de nuestro Santo, con cuya lectura es increíble el fuego de amor divino que prendió en toda aquella comunidad, y

la devoción que cobraron al angélico joven Luis Gonzaga. Subió ésta de vuelo con el precioso donativo que hizo el P. Cepari á Sor Magdalena de un dedo del Santo, que fué recibido como riquísimo tesoro. Viendo la sierva de Dios los ardientes deseos que sus hermanas mostraban de poseer alguna partecita de la reliquia, resolvió repartirla generosamente entre ellas.

Sucedió, pues, que estando la seráfica virgen partiendo en menudos pedazos la sagrada reliquia, para distribuirla entre otras diez religiosas que con ella estaban, al considerar la gran santidad de aquel virginal mancebo, cuyas eran aquellas reliquias, dióle un arrobamiento, y fuéle mostrada en espíritu la gloria de nuestro Santo en el cielo; y hablando la lengua según le daba á entender el Espíritu divino que la enseñoreaba, profirió las siguientes frases, haciendo algunas pausas entre una y otra cláusula.

«¡Oh cuánta gloria goza Luis hijo de Ignacio! Nunca lo hubiera creído á no habérmelo revelado mi Jesús. Paréceme en alguna manera no caber tanta gloria en el cielo, cuanta veo que tiene Luis. Yo digo que Luis es un gran Santo. Santos tenemos nosotras que no creo tengan tanta gloria (1). Quisiera poder ir por todo el mundo á publicar que Luis hijo de Ignacio es un gran Santo y desearía manifestar á todos la gloria que goza, para que Dios fuese glorificado. Toda esta gloria ha logrado por haberse aplicado mucho á obrar actos internos. ¿Quién será capaz de explicar el precio y eficacia de estos actos interiores? No tienen comparación con

(1) Refiérese con estas palabras á los Santos cuyas reliquias veneraban ellas en su iglesia.

los exteriores. Luis viviendo en la tierra tuvo abierta su boca á las miradas del Verbo (1). Luis fué mártir incógnito, porque el que de veras te ama, Dios mío, echa de ver que eres tan grande y tan infinitamente amable, que le es gran martirio el ver que no te ama cuanto quisiera amarte, y que no seas amado sino antes ofendido de las criaturas. Hízose también mártir de sí mismo. ¡Oh cuánto amó en la tierra! y por eso ahora goza de Dios en el cielo con una gran plenitud de amor. Tiraba saetas al corazón del Verbo, cuando estaba en la tierra. Ahora que está en el cielo, aquellas saetas descansan en su corazón, porque aquella comunicación que mereció en esta vida por sus actos de amor y unión con Dios (que eran sus saetas) ahora la comprende y posee... Yo también quiero animarme á ayudar á las almas, á fin de que, si alguna fuere al cielo con mi ayuda, ruegue por mí, como lo hace Luis por quien en esta vida le ayudó (2).»

A lo dicho añaden los Bolandistas (3) que después del éxtasis referido, la misma Santa dibujó sobre un papel la imagen del angélico joven, tal como le había visto en la gloria. Este retrato, del cual se sacaron varias copias, está trazado de perfil y representa al Santo cercado de resplandores y con el traje que vestían los escolares del colegio romano.

Cuán agradables fuesen á su divina Majestad estos obsequios y alabanzas tributados á su siervo por estas

---

(1) El sentido de esta cláusula explicó más tarde la Santa diciendo que significaba la atención y docilidad con que Luis recibía las inspiraciones del Verbo divino, y la prontitud con que las ponía por obra.

(2) Esto dijo la Santa al ver cuánto se interesaba Luis en el cielo en favor de los que en la tierra le habían ayudado espiritualmente.

(3) Acta S. Aloisii, Comm. præv., § VII.

buenas religiosas, echóse de ver por un señalado milagro acaecido en aquel mismo convento, cuatro días después del rapto que acabamos de relatar. El caso sucedió de esta manera. Vivía en este monasterio una monja de pocos años de hábito, por nombre Sor Ángela Catalina Carlini, á quien después de cuatro años de acerbos padecimientos, por enero de 1600 se le formó en el pecho un cáncer que acrecentándole los dolores, la obligó á declarar el mal que hasta entonces había ocultado. Iban ya á llamar al médico, á pesar de la repugnancia que á ello sentía la afligida religiosa, cuando su maestra Sor María Pacífica de Tovallia, desconfiando de los médicos y medicinas, la exhortó á poner toda su confianza en el siervo de Dios, Luis Gonzaga. Encomendóse á él con viva fe, pidiendo á su divina Majestad con grandes instancias se dignase otorgarle la salud, por los méritos é intercesión del angélico joven. Hízole su maestra la señal de la cruz sobre el pecho con una reliquia del mismo siervo de Dios, y al instante cesaron los dolores en la parte exterior, pero quedando el mal en lo interior. Viendo que la dolencia no cedía después de tres días de aplicarle la sobredicha reliquia acordaron llamar al facultativo; mas ella volviendo con mayor ahinco á la oración, no cesaba de pedir á Dios la salud por intercesión de su siervo Luis Gonzaga: y para que su curación no se atribuyese á remedios humanos, rogaba al Señor se la otorgase antes que fuese visitada por el médico. Estando, pues, en lo más fervoroso de su oración, sintió en lo interior del alma una grande seguridad de alcanzar lo que pedía, y oyó en su corazón una como voz que le dirigía el mismo santo joven diciéndole:—Ha sido tan grande tu fe y confianza en mi poder y vali-

miento, y tan ardiente tu deseo de que Dios me glorifique por medio de tu curación, que tu súplica está ya favorablemente despachada.—En efecto, en aquel mismo instante sintió en la parte enferma un vivísimo dolor como si le arrancaran violentamente la carne dañada, con lo cual quedó completamente sana, sin rastro ni reliquia de la terrible enfermedad. Dieron las religiosas gracias á Dios y á su siervo Luis Gonzaga por tan manifiesto milagro, y la fama del mismo se divulgó por toda Italia, celebrándolo con particular fiesta y regocijo el Duque de Mantua y el Marqués de Castellón Don Francisco, quien se alegró tanto al oir tan fausta nueva, que al primero que se la comunicó, que fué uno de sus vasallos, dióle en recompensa una buena casa en la ciudad de Castellón.

A medida que se iba extendiendo por todas partes la fama de los milagros que obraba nuestro Santo, crecían las ansias de conocer su vida y los ejemplos de sus virtudes; por lo cual muchos hacían frecuentes instancias al P. Cepari para que completase la que andaba ya manuscrita por varias casas, y la publicase para común provecho y consuelo de los devotos del bienaventurado Luis. Con esta ocasión pidió el P. Cepari al Cardenal Belarmino le diese algún testimonio auténtico de las cosas interiores que había sabido, y pudiese revelar de nuestro Santo, ya que tan íntimamente le había tratado, y tan conocidos tenía todos los secretos de aquella bendita alma. Accedió gustoso el ilustre purpurado, y escribió y firmó de su mano el siguiente documento, cuya verdad y autenticidad reconoció y juró ante un notario de la Cámara Apostólica, y es uno de los más cumplidos elogios de la incomparable santidad de nuestro héroe. Dice pues así, fielmente trasladado del italiano.

«Muy reverendo Padre: Con sumo gusto voy á contestar á la pregunta de V. R., y tanto más satisfecho, cuanto juzgo pertenece á la divina gloria descubrir los favores con que su divina Majestad honra á sus siervos. Por mucho tiempo confesé á nuestro santísimo y dulcísimo Hermano Luis Gonzaga, y una vez hizo conmigo una confesión general de toda su vida. Demás de esto, me ayudaba á misa y gustaba de tratar y platicar conmigo de asuntos espirituales. De lo que supe por este trato y por noticias de sus confesiones, paréceme que con toda verdad su pueden afirmar de él las cosas siguientes:

«Lo primero, que en toda su vida no cometió pecado mortal. Y esto lo tengo por cierto, contando desde los siete años de su edad hasta la muerte. De los siete primeros años de su vida es más que verosímil, porque si bien no tenía entonces aquel tan claro conocimiento de Dios que mas tarde alcanzó, no es creíble que incurriese en culpa grave un niño á quien Dios ya tenía elegido para una tan maravillosa pureza é inocencia de vida.

«Lo segundo, que desde el séptimo año de su vida, en que, como él decía, se convirtió del mundo á Dios nuestro Señor, vivió vida perfecta.

«Lo tercero, que jamás experimentó el menor estímulo de la carne.

«Lo cuarto, que de ordinario no padecía distracciones en la oración y contemplación, la cual por lo común solía tener de rodillas y sin ningún arrimo.

«Lo quinto, que fué espejo y dechado de obediencia, humildad, mortificación, abstinencia, prudencia, devoción y pureza.

«En los últimos días de su vida representósele la glo-

ria de los bienaventurados, con tan inefable consuelo y regalo de su alma, que habiendo durado este divino favor toda una noche, á él le pareció no haber durado más que un cuarto de hora. En el mismo tiempo, habiendo muerto el P. Luis Corbinelli, y preguntándole yo qué juzgaba de aquella alma, él con gran resolución me respondió:—Pasó solamente por el purgatorio.—Y conociéndole yo la condición, y cuán considerado era en sus palabras, y el cuidado tan extraordinario que tenía de no afirmar lo que podía ser dudoso, tuve por cierto que lo había sabido por revelación; pero no le quise apretar más, por no darle ocasión de vanagloria. En conclusión, yo tengo para mí que él se fué derecho al cielo, y siempre tuve escrúpulo de rogar por su alma, pareciéndome que hacía injuria á la gracia de Dios que reconocí en ella, y al contrario jamás tuve escrúpulo de encomendarme á él, porque tengo gran confianza en sus oraciones. V. R. me encomiende á nuestro Señor.

De Palacio, á 17 de octubre de 1601.

ROBERTO, CARDENAL BELARMINO.»

Noticioso el P. General del incremento que iba tomando por todas partes la devoción al santo joven, sobre todo después que se supo la revelación de la seráfica madre Santa Magdalena de Pazzis, y después de los manifiestos milagros con que Dios la había confirmado; juzgó ser llegada la hora de sacar los restos mortales del siervo de Dios del lugar donde estaban, y darles más honorífica sepultura, mientras tanto que se esperaba el juicio de la autoridad eclesiástica acerca de las virtudes y milagros del santo joven.

Así, pues, el día 8 de junio de 1602 sacóse de la bó-

veda la caja que contenía el precioso depósito de los huesos de Luis, y se trasladó con el mayor sigilo á la sacristía de la iglesia. Colocóse esta caja dentro de otra de plomo, y ésta en otra de madera, y todo junto se depositó debajo de la tarima del altar de San Sebastián.

Entre tanto se instruían varios procesos con autoridad episcopal acerca de la autenticidad de los muchos milagros que obraba nuestro Santo en muchas partes; y los Padres Profesos de la Compañía de Jesús de la Provincia de Venecia, muchos de los cuales habían conocido y tratado á Luis, reunidos en Congregación, decretaban por unánime consentimiento se presentase un postulado al P. General Claudio Aquaviva, suplicándole se dignase promover con eficacia la causa de beatificación del angelical mancebo, gloria y ornamento de aquella Provincia, en cuyo suelo había venido á la luz de este mundo. No tardaron mucho en seguir el ejemplo de la Provincia de Venecia las demás de la Asistencia italiana, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III

SÚPLICAS ELEVADAS Á SU SANTIDAD PARA ALCANZAR LA BEATIFICACIÓN DE LUIS. CULTO PÚBLICO TRIBUTADO Á SUS IMÁGENES

1604-1605

MOVIDOS del ejemplo de los Padres de la Compañía, varios obispos de Italia comenzaron á tratar con grande diligencia de promover la causa de beatificación. Mas ninguno de ellos desplegó tanta actividad en este negocio como el Obispo de Mantua que á la sazón era el Ilmo. Fr. Francisco Gonzaga, pariente de nuestro Santo y su compañero de viaje cuando éste regresó de España á Italia. Tenía este insigne Prelado tan aventajado concepto de la santidad de Luis, que en un testimonio escrito de su mano y confirmado con juramento, no vacila en compararle con los Angeles del cielo, afirmando que por tal le tenía por su grande inocencia é integridad de vida.

Deseando, pues, este Prelado dar calor á esta causa, no menos honorífica para su familia, que útil y provechosa á toda su diócesis; con el beneplácito del Duque D. Vicente que tanto había amado y honrado á Luis en vida, convocó para el día 12 de mayo de este año el sínodo diocesano, en que tomaron parte además del Ca-

bildo catedral y todo el clero, el Inquisidor y los Superiores y Rectores de todas las comunidades religiosas. Expuestas en un elocuente discurso las heroicas virtudes del siervo de Dios y las maravillas que Dios obraba por su intercesión, al fin con unánime consentimiento de toda la asamblea, decretóse solicitar de Su Santidad á nombre de toda la diócesis, para gloria de Dios y bien de las almas, la canonización del angelical mancebo Luis Gonzaga.

Es increíble el entusiasmo que despertó en toda aquella comarca este público, solemne y oficial testimonio de las virtudes y perfección de un joven príncipe á quien muchos conocían, y habían visto tantas veces cruzar aquellas calles de Mantua con virginal modestia, y á quien ya veneraban en vida como á un serafín bajado del cielo. Celebróse con públicos regocijos este fausto acontecimiento en varias ciudades, estampáronse imágenes y retratos del bienaventurado joven, y enviáronse muchos ex-votos y ofrendas á su sepulcro, en agradecimiento por los favores recibidos.

Empero el honor de celebrar por vez primera con pública fiesta religiosa el día aniversario de la muerte del Santo, correspondía á la ciudad de Brescia por ser la sede episcopal de la diócesis á que entonces pertenecía Castellón, dichosa cuna de nuestro héroe. Y fué así que el día 21 de junio de este mismo año 1604, convocado el pueblo desde las primeras horas de la mañana al festivo son de las campanas, acudió en apiñada muchedumbre al templo de los Padres de la Compañía que estaba dedicado á San Antonio, y allí con licencia del Obispo obsequióse del mejor modo que entonces se podía á nuestro Santo. Y como aún no estaba beatificado,

ni se podía decir misa propia del mismo, celebróse la misa de la Santísima Trinidad en acción de gracias por la exaltación del bienaventurado joven, oficiando el R. P. Fr. Agustín Perretti de la sagrada religión de Santo Domingo, quien tuvo el consuelo de dar la sagrada comunión á unas cuatrocientas personas. Acabada la misa pronunció el mismo Padre un elocuente panegírico en honor de nuestro Santo, con tanto gusto y devoción del pueblo, que muchos no pudieron contener las lágrimas.

Por la tarde se obsequió en el Colegio de la Compañía al angélico joven con una brillante academia literaria á que concurrió una gran parte de la ciudad y principalmente el clero, la nobleza y los religiosos, con toda la juventud de Brescia que miraba aquella fiesta como propia. Y no paró la solemnidad en discursos, poesías y cánticos de triunfo, aunque mucho hubo de todo esto: lo más notable y en que más resplandece el empeño del cielo en glorificar á Luis, fueron algunas insignes conversiones de pecadores obstinados y varias vocaciones religiosas con que pagó el siervo de Dios á aquellos jóvenes estudiantes los obsequios que le tributaron. Desde este día quedaron los seminaristas y colegiales de Brescia tan aficionados al que todos apellidaban su Protector y Abogado, que prevaleció entre ellos la piadosa costumbre de poner en todos sus escritos esta dedicatoria: *Laus Deo atque B. Aloisio Gonzagæ.*

A las solemnes fiestas de Brescia, siguiéronse, como era natural, las de Castellón, cuyo Arcipreste D. Fausto Pastorio, Protonotario Apostólico y Vicario del Obispo de Brescia, deseando satisfacer las ardientes ansias que tenían los castelloneses de ver en los altares á su ama-

dísimo Luis, al santo hermano de su Príncipe D. Francisco, al ángel de Castellón, al que todos veneraban y con razón como la mayor gloria y prez de su patria y ciudad; pidió y obtuvo del Prelado licencia para exponer á la pública veneración la imagen del que ya todos apellidaban el Beato Luis. Es de advertir que en aquella sazón no se habían aún ordenado y dispuesto los trámites que debían seguirse en las Beatificaciones y Canonizaciones, como después los ordenó el Papa Urbano VIII, y así los obispos concedían licencia para adornar los altares con las efigies de los que habían muerto en olor de santidad, y tributarles algunos obsequios y demostraciones de culto y veneración.

Con esta licencia hiciéronse en toda la ciudad y principalmente en el templo extraordinarios preparativos, cuales nunca se habían visto en aquella población. Las mejores tapicerías, las más ricas alhajas del palacio de los Marqueses, se emplearon para adornar el altar en que se colocó entre muchísimas luces y flores la imagen del santo joven. Doña Marta la madre afortunada de nuestro Santo, Doña Bibiana Pernstein, esposa del Marqués D. Francisco, el cual se hallaba en Roma con el cargo de Embajador del Emperador D. Rodolfo II, y finalmente todos los miembros de aquella dichosa familia andaban fuera de sí de puro júbilo, y parecíales un sueño lo que estaban viendo. Toda la población rebosaba de gozo y placer, haciendo extremos para festejar del mejor modo aquel faustísimo día. Las calles estaban engalanadas con vistosos arcos de triunfo, con festones, banderas, flores y colgaduras.

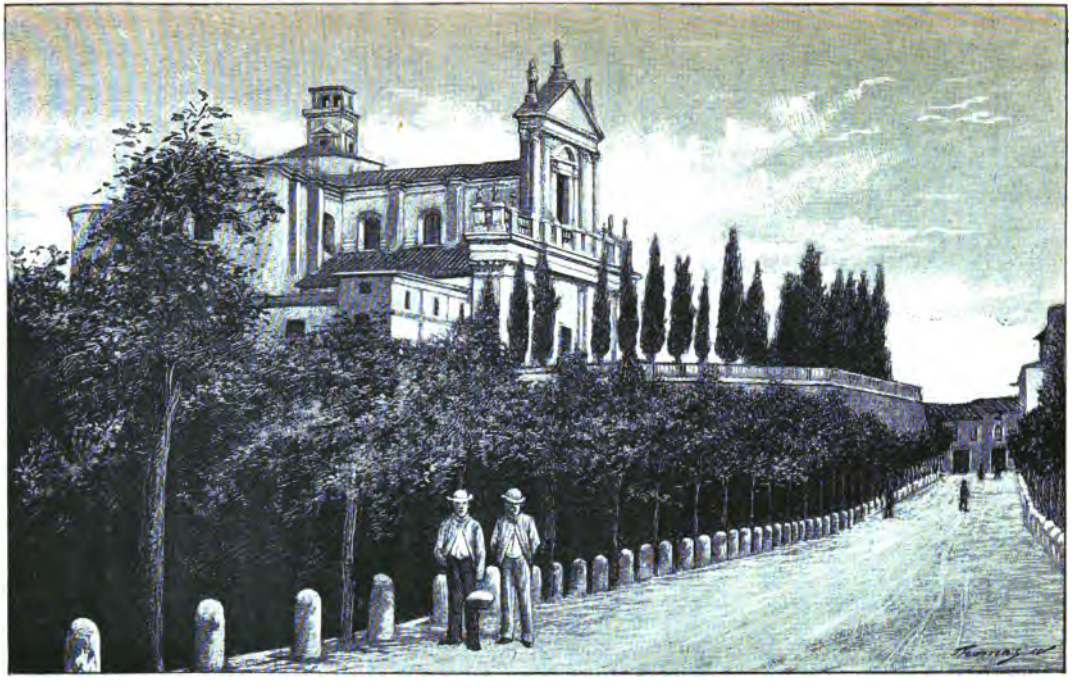
Desde la víspera la artillería del castillo y las campanas de las iglesias anunciaron al pueblo alborozado la

próxima solemnidad. Llegado el día de la fiesta que fué el 28 de julio dedicado á los Santos Celso y Nazario, titulares y patronos de la iglesia principal, vióse ésta invadida, desde que despuntó la aurora hasta la noche, por la muchedumbre deseosa de honrar al bendito joven, y ganar las indulgencias concedidas para aquella solemnidad.

Mas ¿quién será capaz de explicar con palabras lo que sentiría Doña Marta, aquella nobilísima y virtuosa matrona, á quien cupo la incomparable dicha de dar al mundo y al cielo un ángel tan puro y un Santo tan glorioso? ¿qué pasaría por su alma en el solemne instante en que vió aparecer por vez primera en el sagrado altar al hijo de sus entrañas, circundado de gloriosa aureola y venerado como Santo por toda la inmensa muchedumbre que llenaba el templo? ¡Qué transportes de júbilo experimentaría al mirar el devoto retrato de su Luis radiante de gloria, entre nubes de incienso, iluminado con doce ricas lámparas y gran multitud de luces y rodeado de cuatrocientos ex-votos que pregonaban los incesantes favores alcanzados por su poderosa intercesión! No hay palabras que basten á expresarlo, ni en pecho humano parece pueden caber fuerzas para resistir á las vehementes emociones que hubo de producir en tal madre la glorificación solemne de tal hijo.

El orador sagrado que celebró las glorias de nuestro héroe, tomando por tema de su sermón aquellas palabras del Apocalipsis: *Al que venciere le constituiré como columna en el templo de mi Dios* (1), felicitó también á la madre, y al hermano y á la demás familia del Santo

(1) Qui vicerit faciam illum columnam in templo Dei mei. *Apoc.* III.



Parroquia y Colegiata de los Santos Celso y Nazario, célebre por la primera comunión y frecuente asistencia de San Luis, y por haber sido la primera iglesia en la que se le tributó culto público.

con sentidísimas frases, cuales requería aquel extraordinario acontecimiento. No hay por qué decir que las lágrimas y sollozos del auditorio interrumpieron más de una vez al predicador, que fué el R. P. Silvestre Ugolotti, natural de Castellón, religioso de la esclarecida familia de Santo Domingo, y Vicario General de la sagrada Inquisición para toda la diócesis de Brescia. Tres días duraron las fiestas, y en todos ellos las visitas de los fieles á la imagen del Bienaventurado, eran continuas, como si fuera tiempo de jubileo.

Pocos días después de las fiestas de Castellón, partía para Roma la Marquesa Doña Bibiana, para juntarse con el Marqués su esposo, y moverle á interponer su influencia en la Corte pontificia en razón de acelerar la beatificación de Luis; aunque á decir verdad no eran menester exhortaciones para animarle á trabajar en este sentido, pues bien sabido es el tierno amor que siempre profesó á su caro Luis, de quien había aprendido desde la niñez la manera de rezar con devoción el santo rosario de Nuestra Señora. En efecto no perdió D. Francisco ocasión de dar calor á lo que tanto le importaba, y no fué poca la alegría que experimentó su alma cuando vió al Sumo Pontífice tan inclinado á promover el culto de su santo hermano. Oigámosle contar á él mismo lo que le acaeció en una entrevista que tuvo con Su Santidad, á 5 de agosto de este año 1604, y nos lo dejó atestiguado con juramento en los procesos.

«Hallándome, dice, en Roma con el cargo de Legado ordinario del Augustísimo Emperador D. Rodolfo, me preguntó nuestro Santísimo Padre el Papa Clemente VIII si por ventura había sido pariente mío uno de los Gonzagas que había estudiado en el colegio romano de los

Padres de la Compañía de Jesús, y había fallecido allí mismo con grande opinión de santidad. Y era tan grande, prosiguió su Beatitud, el respeto y veneración que le profesaba el Cardenal Escipión Gonzaga, que cuantas veces me hablaba de él, se enternecía maravillosamente: y más de una vez me confesó que nunca le fué á visitar que no saliese del colegio con la muceta humedecida por las lágrimas que de sus ojos hilo á hilo le manaban. Y como yo le respondiese, prosigue D. Francisco, que el tal Gonzaga era precisamente mi hermano, preguntóme otra vez si éramos hermanos carnales, y contestándole afirmativamente, díjome que más de una vez había pensado entre sí cómo había podido yo librarme de tantos peligros en que me había visto: pero ahora, añadió, no me cabe duda que lo debéis á la protección de vuestro hermano. Entonces fijó el Pontífice sus miradas en una devota imagen que allí estaba y, bañados en lágrimas sus ojos, exclamó:—«¡Oh! ¡dichoso él, dichoso él que ya goza de la gloria perdurable! y ¡feliz vos también que tenéis en el cielo tan poderoso Abogado!» Preguntóme finalmente si estaba ya impresa su vida, y como supo que todavía no lo estaba, me dijo: —«Pues ¿cómo no procuráis que se imprima?»—y me exhortó á que hiciese lo que estuviese de mi parte para que se publicase cuanto antes para común utilidad.»

Hasta aquí son palabras del Marqués de Castellón, por las cuales se ve el alto concepto que se había formado este piadoso Pontífice de la santidad de Luis; mas á pesar de los deseos que abrigaba de adelantar la causa de su beatificación, no pudo verla terminada en sus días, pues le arrebató la muerte á 3 de marzo de 1605. Menos pudo hacer su sucesor León XI, por la brevísima dura-

ción de su pontificado que no llegó á un mes, sucediéndole en el trono pontificio Paulo V, electo á 17 de mayo de aquel mismo año.

También por este tiempo pasó á recibir el premio de sus esclarecidas virtudes la piadosísima Doña Marta, madre de nuestro Santo. Después de la incomparable dicha de ver á su hijo elevado al honor de los altares, el corazón de Doña Marta fatigado de tan violentas emociones así de alegría, como de tristeza, que en su afanosa vida había experimentado, ya no tenía más que desear en este destierro, y cantando como el anciano Simeón el *Nunc dimittis*, sólo suspiraba por irse á juntar con su amado Luis en la patria de eterna bienandanza. No tardó mucho en ver cumplido su deseo: el día 3 de abril del mismo año 1605 expiraba dulce y tranquilamente, rodeada de toda su familia, sin que faltase á su lado el Marqués D. Francisco que había venido expresamente de Roma para asistirla en aquel último trance.

Mientras en Mantua, Brescia y Castellón se honraba á nuestro Santo del modo que acabamos de referir, en la capital del orbe católico se recibían de todas partes súplicas é instancias para que se activase en la corte pontificia la causa de beatificación, al par que llegaban cada día nuevos ex-votos y ofrendas para colocarlos en el sepulcro del siervo de Dios. Viendo, pues, los Padres de la Compañía de una parte el incremento que iba tomando en las principales ciudades de Italia el culto y devoción hacia el santo joven, y movidos de otra por las instancias del Excmo. Sr. D. Francisco Gonzaga, solicitaron del Sumo Pontífice la facultad de trasladar las reliquias que descansaban en la capilla de San Sebastián, á la de Nuestra Señora, que estaba en la misma

iglesia. Obtenida la competente licencia, el día 13 de mayo se sacó el cuerpo de la caja donde estaba depositado, y con tal ocasión se llevó el Señor Marqués varias reliquias para sí y para el Serenísimo Señor Duque de Mantua, separóse la cabeza para trasladarla á la casa profesa, y lo restante del sagrado cuerpo fué llevado en hombros de sacerdotes á la sobredicha capilla con solemne procesión, en que iba toda la Comunidad con luces y música y grande concurso de pueblo ávido de ver y adorar las sagradas reliquias. Y así fué menester que varios Padres se ocupasen en contener y ordenar la gente, á fin de que pudiesen todos acercarse á besar los sagrados huesos, y tocar con ellos rosarios y otros objetos de devoción. Al fin se colocó la caja levantada de tierra en la pared del lado del evangelio.

Cuatro días después de esta solemne traslación, sentóse en la cátedra de San Pedro el Papa Paulo V, y al ir á besar sus pies el Embajador D. Francisco Gonzaga, pidióle se dignase promover el examen de la vida, virtudes y fama de santidad de Luis su hermano, en orden á elevarle á los honores de los Santos, si se le juzgase acreedor á tan alta gloria. La misma gracia solicitó á 21 de mayo el Cardenal Dietrichsten antiguo condiscípulo de Luis y muy devoto suyo después de su muerte. Prometióle el Pontífice remitir la causa á la Sagrada Congregación de Ritos, y entre tanto que ésta procedía al examen de los procesos, en prueba del interés con que miraba el culto del bendito joven, otorgóle aquel mismo día la gracia de exponer la imagen del siervo de Dios sobre su mismo sepulcro.

Satisfecho del feliz resultado de esta audiencia, fuése el Cardenal en derechura á la iglesia del colegio roma-

no, en donde le aguardaba el Príncipe D. Francisco, tomaron entrambos juntamente el retrato del angélico joven pintado al óleo y adornado con la aureola de los bienaventurados, lo llevaron á la capilla de Nuestra Señora, y lo colgaron encima del sepulcro. Debajo del retrato se leía esta inscripción: *Beatus Aloisius Gonzaga Societatis Jesu.* Después de esto volvieron los dos á la sacristía, y sacando de ella un gran número de ex-votos que allí estaban retirados, los colocaron por sus propias manos al rededor del sepulcro y de la sobredicha imagen.

Tras esto revistióse el Cardenal con los sagrados ornamentos, y celebró allí mismo la misa del Espíritu Santo en acción de gracias, venerando con profunda reverencia la imagen del angélico joven antes de comenzar la misa, y lo mismo hizo después de dicha la confesión general antes de subir al altar. Asistieron á la misa los religiosos del colegio romano con increíble consuelo de sus almas, al ver por vez primera la imagen de aquel tan querido hermano venerada públicamente por un príncipe de la Iglesia, con el beneplácito y autorización de la Santa Sede.

Celebróse este fausto suceso con extraordinarias fiestas en muchas ciudades de Italia, siendo dignas de particular mención las que se hicieron en Brescia, Parma, Cremona, Módena, Padua, Mantua y Castellón. Y aun fuera de Italia se comenzó ya á honrar públicamente en los altares á este santísimo joven, luz y espejo de la juventud.

Desde este día acrecentóse en gran manera la devoción del pueblo romano á nuestro Santo, y venían con suma frecuencia á venerar su sepulcro toda clase de

personas desde la más elevada categoría hasta la más ínfima; y muchos Obispos, Prelados y Cardenales venían á celebrar en aquella capilla misas votivas en acción de gracias por los favores recibidos del santo joven. Pero entre todos señaláronse por su tierna devoción á este siervo de Dios los ilustres purpurados Baronio, Bernerio y Belarmino. El primero tan célebre en la iglesia de Dios por sus cronologías sagradas, como por su acendrada piedad y devoción, apenas dejaba pasar día en que no visitase el sepulcro del Beato Luis, y allí permanecía largos ratos hincado de rodillas en fervorosa oración. Besaba diez, doce y más veces el suelo y exclamaba repetidas veces:—«¡Oh qué Santo! ¡Oh qué Santo! ¡Oh bienaventurado Luis, rogad por mí!»

El insigne Cardenal Bernerio de la orden de Santo Domingo, en las más apremiantes necesidades de la Santa Iglesia acudía en demanda de socorro al angélico joven, orando con grande confianza delante de su sepulcro.

Del Cardenal Belarmino ¿qué más podremos decir después de los elogios que nos dejó escritos, y que arriba dejamos apuntados? Sabido es que á nadie cedió en amor y reverencia al inocentísimo joven, y que en sus últimas disposiciones dejó apuntada en su testamento esta notable cláusula: «En cuanto al sitio de mi sepultura, mi deseo sería que descansasen mis restos mortales á los pies del Bienaventurado Luis Gonzaga que fué en otro tiempo mi hijo espiritual.» Finalmente nadie trabajó con mayor empeño en adelantar la causa de beatificación, que este santo y sabio purpurado, como se verá en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV

APROBACIÓN DE LA VIDA DEL SANTO. SU BEATIFICACIÓN. MISA Y OFICIO EN SU HONOR

1605-1621

El día 21 de junio, feliz aniversario de la muerte del santo joven, año 1605, ofrecióse á sus devotos excelente ocasión para promover su culto y dar nuevo calor á la causa de beatificación. Con este intento se dispuso para aquel día una solemnísima función en la capilla en que estaba expuesta la sagrada imagen, y por ser el primer año en que se solemnizaba con culto público la fiesta del angelical mancebo, fué la alegría extraordinaria y el concurso numerosísimo. Colgóse toda la iglesia con riquísimos tapices de Bélgica, y la capilla en que estaba el sepulcro de Luis fué decorada con exquisito primor á expensas del Marqués de Castellón, quien hizo en esta fiesta tan espléndidos donativos en ornamentos y vasos sagrados, que muchos decían no poderse ya desplegar mayor riqueza y suntuosidad cuando Luis fuese canonizado.

La juventud estudiosa que ya le miraba como á su Protector especial, esmeróse en obsequiarle, embelleciendo todo el templo con gran variedad de pinturas,

emblemas, poesías é inscripciones en varias lenguas Las fiestas duraron ocho días, declamándose en cada uno de ellos algunos discursos ó poesías delante de los Cardenales y otros ilustres personajes que tomaron parte en aquellas solemnidades.

El día 29 del siguiente mes de julio, renovó el Príncipe D. Francisco sus instancias delante del Sumo Pontífice en pro de la causa, con feliz resultado; y extendiéndose más y más por las cortes de Europa la fama de la santidad de Luis, comenzaron á solicitar su canonización varios príncipes y reyes, entre los cuales merecen particular mención el Serenísimo D. Fernando gran Duque de Toscana, el Duque de Mantua y el de Parma. Elevaron asímismo otras súplicas á Su Santidad sobre lo mismo el Emperador Rodolfo II y su hermana la Serenísima Infanta Doña Margarita de Austria, la cual para mover al Sumo Pontífice á llevar adelante la canonización de Luis, alegaba los ejemplos de santidad y angelical pureza é inocencia que había observado en él durante el viaje que hicieron juntamente al pasar de Italia á España en compañía de la Emperatriz Doña María su madre; y añadía que ya desde aquella tierna edad era Luis tenido de todos en opinión de santo. Lo mismo pidieron el Duque de Saboya, el de Módena, los reyes de Francia, y en particular la Reina que había conocido á Luis en la corte de Florencia, el Archiduque Alberto y su esposa Doña Isabel que también había conocido en España á nuestro Santo, y finalmente los Reyes de Polonia que le profesaban gran devoción por algunos milagros que había obrado en aquel reino.

Por el mes de setiembre de este mismo año, deseando el Príncipe D. Francisco que el culto aprobado por Su

Santidad *vivæ vocis oraculo*, fuese autorizado con algún documento pontificio, aprovechando la ocasión de estar ya terminada la vida del siervo de Dios escrita por el P. Cepari, pidió al Sumo Pontífice Paulo V se dignase confirmar con su autoridad el título de Beato con que ya le honraban en muchas diócesis los Obispos y el pueblo; y además solicitaba la licencia de imprimir en Roma la sobredicha vida, y de dar en ella á Luis el título de Beato. Cometió el Pontífice el examen de la causa á los tres Cardenales Belarmino, Bernerio y Pamfilio, quienes después de considerar seria y concienzudamente los procesos acerca de la vida y milagros del siervo de Dios; en el consistorio de 26 de setiembre, unánimemente dieron sentencia favorable delante de Su Santidad, juzgando que Luis, así por su inocencia de vida, como por la heroicidad de sus virtudes y muchedumbre de sus milagros, era no solamente digno del título de *Beato*, mas aun de ser escrito en el catálogo de los Santos. El Papa tuvo por bien aprobar la sentencia de los tres Cardenales, y mandó se expidiese un Breve concediendo la licencia que se pedía de imprimir la vida del siervo de Dios con el título de *Beato Luis Gonzaga*. Despachóse este Breve que iba dirigido al Marqués de Castellón y Príncipe del Sacro Imperio, á 19 de octubre de 1605; y Dios nuestro Señor quiso en cierta manera refrendarlo con un nuevo milagro obrado aquel mismo día en la persona del Doctor Flaminio Bacci sustituto del Secretario de la Sagrada Congregación de Ritos, curándole instantáneamente de una larga y peligrosa enfermedad.

Cuando llegó á Mantua la nueva del Breve de Su Santidad aprobando que se diese á Luis el título de

Beato, fué grande el regocijo y extraordinaria la solemnidad con que se celebró tan fausto suceso. Señalóse para la fiesta el 21 de diciembre, y en él después de abrir al culto público la rica y elegante capilla edificada en la catedral en honor del Bienaventurado Luis Gonzaga, llevóse su imagen en procesión desde dicha capilla á la iglesia de Santo Tomás, que era la de los Padres de la Compañía, y estaba ricamente adornada y colgada con las tapicerías y preciosos cortinajes del palacio de los Duques. Celebróse misa solemne de acción de gracias, y después hizo el panegírico del Bienaventurado Luis un religioso capuchino. Terminados estos oficios en nuestra iglesia, volvió la procesión á la catedral, y allí fué expuesta por el mismo Obispo á la pública veneración la reliquia del santo joven, quedando todo el día patente á los ojos de la devota muchedumbre que no se cansaba de invocar á su nuevo Protector, delante del altar que se le acababa de erigir.

No tardaron en imitar el ejemplo de la ciudad de Mantua las demás poblaciones de Italia que parecían rivalizar entre sí sobre cuál se señalaría más en el culto y devoción del nuevo Santo, gloria y prez de su patria y claro espejo de la cristiana juventud. Luis por su parte manifestaba cuán gratos le eran estos cultos, con los continuos milagros que hacía en todas partes y principalmente en su tierra y entre varias personas de su familia y servidumbre, pagándoles desde el cielo los servicios que de ellos había recibido en la tierra. Pero de estos milagros diremos en su propio lugar con el favor de Dios. Ahora veamos cómo se fueron llevando adelante los trabajos para la canonización, desde el año 1606, en que los Padres de la Compañía de Jesús de las

Provincias de Nápoles y Milán, estimulados con el ejemplo que tres años antes les habían dado sus Hermanos de Venecia, en sus congregaciones celebradas respectivamente en los meses de abril y setiembre, decretaron por unanimidad presentar un postulado al R. P. General pidiéndole se dignase representar á la Santidad de Paulo V los ardientes deseos de todos los Padres congregados de ver elevado al bienaventurado Luis Gonzaga al honor de los altares.

El año siguiente de 1607, accediendo el Sumo Pontífice á las peticiones de muchos Príncipes, Prelados y Comunidades religiosas, remitió la causa, según costumbre, á la Sagrada Congregación de Ritos, la cual resolvió poderse ya proceder al despacho de las letras remisoriales, para formar los procesos con autoridad Apostólica. En vista de este parecer de la Congregación, Su Santidad con Breve de 31 de agosto mandó se expidiesen dichas letras, se nombró procurador de la causa, y se cumplieron los demás requisitos empleándose en ellos algunos años por la gran madurez y consideración con que suele proceder la Iglesia en negocio de tanta importancia.

En 1611, hallándose el Marqués de Castellón en la corte de España con el honorífico empleo de Embajador de Su Majestad Cesárea, y deseando se celebrase en Madrid la fiesta de su santo hermano, como la había visto celebrar varios años en Roma, manifestó su deseo á los Padres de la Compañía, quienes aplaudiendo el pensamiento del Embajador, dispusieron una fiesta solemnísima para el día 21 de junio en la iglesia del colegio, á la cual asistieron el Rey y la Reina con todo lo más granado de la corte.

Entre otras maravillas obradas por el Santo en esta ocasión, cuéntase la memorable conversión de un noble caballero, el cual al ver los grandes preparativos que se hacían en la iglesia de la Compañía la víspera de la fiesta, con muestras de desdén y arrogancia dijo que nunca había de poner el pie en aquel templo. Vengóse el Santo de esta irreverencia con un señaladísimo favor otorgado al culpable; pues trocado este interiormente, no solamente quiso asistir á los solemnes oficios del día siguiente, sino hizo en la misma iglesia una confesión de sus pecados, y quedó desde entonces muy afecto á los Padres de la Compañía.

El día 10 de noviembre de 1612 la Sagrada Congregación de Ritos decretó por unanimidad poderse ya conceder el oficio y misa del Bienaventurado joven para toda su religión. Y es bien digno de notarse lo que se refiere en las actas de dicha Congregación, á saber: «Que el Cardenal Belarmino que formaba parte de la misma, y había sido confesor del Bienaventurado Luis, refirió tantos y tan preclaros ejemplos de su gran santidad, que no hubo un solo Cardenal que pudiese contener las lágrimas.» Por lo cual el citado decreto fué firmado «*no solamente con tinta*, (son palabras del acta), *sino con lágrimas*.»

Sin embargo como en esta Congregación había intervenido el Cardenal Fernando Gonzaga, pariente de Luis, el Sumo Pontífice no tuvo por conveniente confirmar el decreto sin antes remitir el examen de la causa á la Sagrada Rota, no para discutir lo acordado por la Congregación, ni para deliberar de nuevo acerca de la conveniencia de conceder la misa y oficio, pues esto ya estaba decretado; sino en orden á la canonización, y

para que con esta diligencia se quitara la ocasión de pensar que en un negocio de tanta trascendencia se hubiese quizás atendido más á complacer al Cardenal Gonzaga, que á los milagros y santidad del siervo de Dios.

Seis años después de este decreto, á 30 de abril de 1618, en consistorio secreto, después de oir el Sumo Pontífice el parecer de la Congregación, concedió la facultad de celebrar misa del B. Luis en los dominios del Duque de Mantua y de los otros Príncipes de la casa de los Gonzagas, como también en todas las casas que tenía en Roma la Compañía de Jesús. Tres años más tarde, á los dos días de octubre de 1621, Gregorio XV que acababa de suceder á Paulo V en la cátedra apostólica, extendió la sobredicha facultad á toda la universal Compañía.

CAPÍTULO V

EXTIÉNDESE SU CULTO Y DEVOCIÓN POR TODO EL MUNDO. SU SOLEMNE CANONIZACIÓN

1620-1726

Después que Su Santidad otorgó á los Padres de la Compañía de Roma la facultad de honrar al angélico joven con misa y oficio propios, erigiéronsele dos capillas en el colegio romano, una en la iglesia, y otra en el aposento en que falleció. Y esta segunda la quiso costear el Cardenal Belarmino, por la singular devoción que siempre conservó hacia su antiguo hijo espiritual. En la primera, que se fabricó con preciosos mármoles y jaspes, fueron colocados los sagrados despojos de nuestro Santo el día 14 de junio de 1620, siendo digno de notarse que en la procesión que con tal ocasión se hizo, el fiel imitador de Luis Gonzaga, San Juan Berchmans, que á la sazón estudiaba filosofía en aquel colegio, hizo el oficio de ceroferario, y ya llamó la atención de uno de los Padres Asistentes, por su singular modestia, de tal suerte que le pareció ver en la persona de Berchmans á un segundo Luis Gonzaga.

El aposento que había sido santificado con la feliz muerte del bienaventurado Luis, conservóse convertido

en capilla, hasta que en 1626 se dió principio á la fábrica del suntuoso templo con que el Cardenal Ludovisi quiso honrar al ilustre fundador de la Compañía, San Ignacio de Loyola. Entonces hubo de desaparecer aquella capilla, por estar comprendida en el local destinado al nuevo templo; pero á fin de legar á la posteridad la memoria de aquel aposento, en la capilla de San José que ocupa el mismo sitio de dicha habitación, se puso una pintura que representa la dichosa muerte del Santo, con esta inscripción: *Aquí estuvo antiguamente el aposento del bienaventurado Luis y su sepulcro.*

No habiéndose podido llevar á cabo el grandioso templo de San Ignacio, por la improvisa muerte del Cardenal, abrióse al culto la mitad que estaba terminada; y lo restante, esto es, la parte del crucero y altar mayor, se aisló con una pared y en esta disposición se dejó hasta que pudiese rematarse la obra, coronándola con la cúpula. Así pues en la parte del templo abierta al culto, y en la capilla dedicada hoy á San José erigióse un altar de preciosos mármoles, artísticamente labrados, y en él fueron depositados los huesos de nuestro Santo, á 5 de agosto de 1649, y allí permanecieron hasta el año de 1699, en que fueron trasladados al nuevo altar incomparablemente más rico y hermoso que el primero, y en el que actualmente se conservan.

Aunque la causa de canonización de nuestro Santo estuvo interrumpida por espacio de más de un siglo, no por esto cesó de extenderse su devoción por todo el mundo, ni dejaban de elevarse con frecuencia peticiones á la Santa Sede, á fin de alcanzar el pronto remate de la causa y la tan suspirada canonización; y ascendieron á unas ochenta las súplicas de diferentes reyes,

principes, emperadores y corporaciones así eclesiásticas como civiles solicitando esta gracia de los Sumos Pontífices que sucesivamente ocuparon la cátedra de San Pedro.

Deseando Clemente X satisfacer siquiera en parte estos piadosos deseos, ya que no juzgó oportuno reanudar la causa durante su pontificado, quiso honrar al Bienaventurado joven con un honor no concedido de ordinario sino á los Santos canonizados, y fué ordenar se inscribiese su nombre en el Martirologio Romano con este glorioso encomio: *En Roma el bienaventurado Luis Gonzaga ilustre por la inocencia de su vida y por el desprecio que hizo de un principado.*

Habiendo pues pasado ya más de un siglo después que se interrumpieron los trabajos de la causa de canonización, en 1719, siendo General de la Compañía el R. P. Miguel Tamburini, se pidió á Clemente XI que entonces gobernaba la Iglesia, se dignase ordenar la prosecución de la causa interrumpida. Gustoso accedió el Pontífice á esta súplica, poco después de haber decretado la canonización del Beato Estanislao de Kostka y la beatificación del siervo de Dios P. Juan Francisco de Regis, entrambos de nuestra Compañía; y con frases de mucho encarecimiento, y que mostraban bien claramente el alto concepto que tenía de la santidad de Luis, dijo que este bendito joven estaba ya canonizado, tiempo hacía, por unánime consentimiento de la Iglesia católica, y por la universal veneración con que era honrado en toda la cristiandad. Mas no pudo ver cumplidos sus deseos este Pontífice, por habérselo estorbado su inesperada muerte.

La gloria de tributar á Luis los supremos honores de

los altares estaba reservada á la Santidad de Benedicto XIII, queriéndole sin duda galardonar el Señor con este consuelo la entrañable devoción que siempre profesó al angélico joven. Apenas elevado á la silla Apostólica, acordándose este piadoso Pontífice de los señalados favores que de Luis tenía recibidos, quiso agradecérselos promoviendo su culto, y extendiendo su devoción como lo había hecho durante toda su vida. Porque siendo Obispo y después Arzobispo, rara vez predicaba al pueblo, sin que confirmase sus enseñanzas pastorales con algún ejemplo tomado de la vida de nuestro Santo. Demás de esto, había dedicado dos altares al Bienaventurado Luis, uno en la iglesia del colegio de la Compañía en Benevento y otro en la de los carmelitas de la misma ciudad. Y no satisfecho con todas estas demostraciones de su amor á nuestro amabilísimo joven, había obtenido de la Santa Sede la facultad de celebrar misa del mismo, y rezar su oficio en toda la diócesis de Benevento, en la cual dejó tan arraigada la devoción al angélico joven, que siempre más se celebró su fiesta con grande solemnidad.

Así pues no es de maravillar que al verse sublimado á la cátedra Apostólica, su primer cuidado y solicitud fuese averiguar el estado en que se hallaba la causa de su Santo predilecto, y disponer que se activase y llevase cuanto antes á feliz término. Y entre tanto que en esto se trabajaba, sabiendo la singular devoción con que era honrado el Beato Luis por la juventud estudiosa en todas partes y principalmente en los colegios, seminarios y universidades de la Compañía de Jesús, á 21 de junio de 1725 nombróle Patrón de los jóvenes que se educaban y para adelante se habían de educar en

aquellos establecimientos, confirmando y sancionando con su autoridad Apostólica la costumbre ya admitida desde un siglo de colocar bajo la tutela del bendito joven á los que frecuentaban las clases de la Compañía. Y más tarde por otro Breve despachado á 22 de noviembre de 1729 declaró al mismo Santo, Patrón principal de cualesquiera escuelas, gimnasios ó universidades, aunque no perteneciesen á la Compañía de Jesús.

Llevados finalmente al deseado término los trabajos preparatorios para inscribir á Luis en el catálogo de los Santos, á 31 de diciembre de 1726 celebróse en la Basílica del Vaticano con la acostumbrada pompa y solemnidad la canonización de los dos Santos Patronos de la juventud Luis Gonzaga y Estanislao de Kostka. Asistieron á tan solemne acto todos los Cardenales, Patriarcas, Arzobispos, Prelados, Príncipes y Embajadores que se hallaban en Roma, con toda la nobleza é innumerable muchedumbre de pueblo. Expidióse aquel mismo día la Bula de canonización, y solemnizóse tan fausto y alegre acontecimiento con extraordinarias fiestas y regocijos en toda la Iglesia universal, pero más particularmente en las casas y colegios de la Compañía.

Sería tarea interminable el referir aun compendiosamente las extraordinarias demostraciones de júbilo y entusiasmo y las suntuosas solemnidades religiosas y literarias con que en todas partes obsequió la juventud estudiosa á su esclarecido Protector recientemente canonizado. Y aunque Roma, Nápoles, Florencia, Mantua, Milán, Barcelona y demás ciudades santificadas en otro tiempo con la presencia de este glorioso y angelical mancebo, rivalizaron entre sí en la pompa y grandiosidad de sus fiestas, ninguna superó á la corte de Madrid

la cual pareció excederse á sí misma en los solemnísimos cultos tributados al antiguo paje del Príncipe Don Diego, al purísimo y enamorado devoto de la Virgen del Buen Consejo.

Luego que llegó á aquella capital la nueva de la canonización, echáronse á vuelo las campanas de nuestras casas, y el Excmo. Sr. Duque de Solferino, pariente de San Luis Gonzaga, dispuso se cantase por la música de la capilla real un solemne *Te-Deum* en la iglesia del colegio de la Compañía, para dar gracias á Dios por tan alegre noticia, y á la Virgen del Buen Consejo el parabien por la exaltación de su hijo predilecto Luis Gonzaga.

Hiciéronse luego los preparativos que pedían las grandes solemnidades, que se había acordado celebrar, y al cabo de nueve meses, á 8 de setiembre de 1727, dióse principio á las mismas, empleándose en ellas 14 días consecutivos. El ornato del templo del colegio imperial fué cual nunca se había visto: el presbiterio se transformó en bellísimo panorama formado por tres montes adornados con sorprendente variedad de árboles, flores, fuentes, aves, todo tan al natural, que recreaba y admiraba juntamente á los espectadores. Sobre el monte del centro levantábase el templo de la gloria formado al parecer de cristal y oro, bajo cuya alta cúpula sostenida por ocho brillantes columnas, aparecía, el Rey de los cielos Cristo Jesús. Más abajo estaba entre resplandores la Virgen del Buen Consejo, que era la misma imagen que habló á San Luis sensiblemente. A uno y otro lado de la Virgen veíanse las dos imágenes de los Santos recién canonizados, y todo al rededor, entre muchos ángeles, con gran profusión de luces y adornos,

estaban repartidos los demás Santos de la Compañía. Entre los tres montes divisábanse dos pintorescos valles, en el fondo de los cuales corrían dos ríos que se perdían á lo lejos entre frondosos bosques y colinas. En uno de estos ríos estaba representado muy al vivo y con maravilloso artificio el santo joven Luis Gonzaga flotando con su ayo en un casco del coche destrozado, y salvándose milagrosamente de la corriente impetuosa del Tesino. En el otro río se veía á San Estanislao pasando por milagro á la orilla opuesta para librarse de la furia de su hermano.

Todo lo restante del templo estaba decorado é iluminado con el más exquisito gusto y primor, formando el conjunto un espectáculo grandioso é imponente. Tanto en lo interior como en lo exterior de la iglesia veíanse repartidas con grande acierto muchas inscripciones latinas y castellanas en verso y prosa alternando con vistosos escudos de armas, medallones, follajes, festones, macetas de flores y otros mil adornos distribuidos convenientemente y en armonía con la arquitectura del edificio.

Solemnizáronse estos días con festivas iluminaciones, salvas, fuegos artificiales, poesías, músicas y sobre todo con una espléndida procesión, en que con los dos Santos recién canonizados salió por vez primera de su iglesia la milagrosa y devotísima imagen de la Virgen del Buen Consejo.

El día primero, encargóse de la fiesta Su Majestad el Rey Felipe V; el 2.º Su Majestad la Reina; 3.º el Príncipe D. Fernando; 4.º el Serenísimo Infante D. Carlos; 5.º el Serenísimo Infante D. Felipe; 6.º las Infantas; 7.º el Real Consejo de Castilla; 8.º el Consejo de la Santa

Inquisición; 9.º el Supremo Consejo de Indias; 10.º el Real Consejo de las Ordenes; 11.º el Real Consejo de Hacienda; 12.º el Consejo de la Santa Cruzada; 13.º el Cardenal Arzobispo de Toledo; 14.º el Cabildo y Ayuntamiento de Madrid.

Oficiaron y predicaron, ó por lo menos asistieron sucesivamente las varias Religiones que tenían conventos en la corte, por el siguiente orden: Día 1.º Padres Dominicos; 2.º Franciscanos observantes; 3.º Trinitarios calzados; 4.º Mercedarios calzados; 5.º Mínimos; 6.º Carmelitas descalzos; 7.º Agustinos recoletos; 8.º Trinitarios descalzos; 9.º Capuchinos; 10.º Mercedarios descalzos; 11.º Padres jesuítas de la casa profesa; 12.º Noviciado de la Compañía; 13.º Colegio imperial; 14.º Clero de la corte.

Con estas solemnísimas fiestas fuése dilatando más y más la devoción hacia el celestial Protector de la juventud; y si mucho antes de ellas ya había dicho con gran razón la Sagrada Rota que la santidad de Luis resplandecía en todos los ángulos de la tierra; después de su canonización, parte por los nuevos milagros y gracias espirituales con que favoreció á sus devotos, parte por las indulgencias y privilegios con que los Sumos Pontífices enriquecieron su culto, parte con los nuevos libros que se publicaron en su alabanza, ha llegado á tal punto el amor y afecto con que en todas partes se le venera; que poquísimos santos se hallarán en la Iglesia de Dios que hayan sido objeto de tán universal y constante devoción.

Y dejando para su propio lugar lo que á los milagros se refiere, veamos siquiera algunas de las gracias y privilegios con que los Sumos Pontífices se esforzaron en

promover el culto de este Santo. Y en primer lugar Benedicto XIII por Breve de 22 de noviembre de 1729 concedió indulgencia plenaria para el día 21 de junio á todos los que confesando y comulgando visitaren en cualquiera iglesia el altar en que se celebra la fiesta del Santo; y Clemente XII en 21 de noviembre de 1737 extendió esta indulgencia á cuantos visitaren dicho altar, aun cuando por cualquier motivo la fiesta se celebrare en otro altar de la misma iglesia. Demás de esta indulgencia, este mismo Pontífice por decreto de 11 de diciembre de 1739 y 7 de enero de 1740, concedió perpetuamente indulgencia plenaria para cada uno de los seis domingos de la seisena en honor de nuestro Santo, con tal que habiendo confesado y comulgado en cada uno de ellos, se santifique el día con algunas oraciones y otras pías obras. Son dignas de notarse las palabras con que este Pontífice encarece la excelencia de la devoción al angélico joven en el rescripto en que otorga las sobredichas indulgencias; pues dice que á ello le mueve el deseo de fomentar y acrecentar la devoción de los fieles á este Santo, devoción que no vacila en llamar *admirable* así por las gracias espirituales que por ella se alcanzan del cielo, como por los favores del orden natural (1).

El año 1762 quiso el Papa Clemente XIII obsequiar á nuestro Santo en el día de su fiesta celebrando de pontifical en el altar donde reposan sus santas reliquias; y á fin de acrecentar más y más el culto y veneración de aquel altar tan frecuentado de toda clase de personas y

(1) «... Ad fovendam erga eumdem Sanctum miram, ob tot gratias tum spirituales, tum temporales, populorum devotionem.»

más particularmente de los jóvenes, aquel mismo día acabada la misa lo declaró altar privilegiado.

Y ¿qué diré de los singularísimos ejemplos de amor y devoción á San Luis que nos han dado todos los Pontífices que en este siglo se han sentado en la cátedra del Príncipe de los Apóstoles? Por no alargarme demasiado, sólo citaré algunos ejemplos más culminantes. Gregorio XVI al incluir el oficio de nuestro Santo en el cuerpo del breviario, haciéndolo obligatorio para todo el clero regular y secular de la Iglesia universal, por rescripto de 23 de julio de 1842; entre otros elogios con que engrandecía la memoria de este angelical mancebo, reconocía y confesaba estar ya su culto tan difundido por todo el mundo, que hasta en las regiones más apartadas se practicaba con grande ardor y empeño, invocándose á Luis como á un poderosísimo abogado y protector. Y añade que conforme al parecer de los Eminentísimos Cardenales de la Curia romana y de varios Prelados y Generales de órdenes religiosas, era sobremanera importante promover el culto y devoción hacia este esclarecido Santo, á fin de contrarrestar y oponer un dique poderoso á la espantosa inundación de males y desgracias que amenazaban á la sociedad en aquellos días.

Sabido es el tierno amor que el inmortal Pío IX profesó siempre al santo joven, y aún recuerda con fruición el pueblo romano las visitas que hizo á su glorioso sepulcro y los ricos donativos con que le solía obsequiar todos los años en el día de su fiesta. En 1847 celebró el santo sacrificio de la misa en su altar, dando en ella la sagrada comunión á los estudiantes del colegio romano; y en 1860, mientras se estaban cantando las primeras vísperas de la fiesta en la misma iglesia, entró este pia-

dosísimo Pontífice á orar delante de su sepulcro. Concedió además el privilegio de celebrar misa votiva en el altar del Santo y en sus capillas.

Finalmente nuestro Santísimo Padre León XIII que felizmente rige la nave de Pedro, no ha querido ceder á ninguno de sus predecesores en amor y afecto hacia este ángel de la juventud, y como una de las empresas más gloriosas de su pontificado y que más le ha preocupado ha sido precisamente la de preservar á los jóvenes de la universal corrupción que todo lo invade, procurando á este fin restablecer en las escuelas la doctrina sólidamente católica y la educación íntegramente cristiana; de aquí es que ya desde los principios de su pontificado manifestó con cuánto gusto veía prosperar la congregación de niños y niñas colocados bajo los auspicios de San Luis Gonzaga, confirmó y enriqueció con nuevas indulgencias las congregaciones de nuestro Santo agregadas á la Prima Primaria; y finalmente concedió 300 días de indulgencia por cada vez que se rece la oración *O Domina mea et Mater mea,* que solía rezar frecuentemente San Luis.

Pero donde más se echa de ver la devoción con que nuestro Santísimo Padre ha honrado ya desde sus más tiernos años á este amabilísimo Santo, y el deseo vehemente que abriga de verle más y más glorificado y enaltecido en todo el orbe católico; es el Breve Apostólico con que se ha dignado recientemente recomendar la solemne celebración del tercer centenario de la bienaventurada muerte del Santo. De este importante documento y de todo lo concerniente al expresado centenario, diremos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VI

TERCER CENTENARIO DE LA DICHOSA MUERTE DE SAN LUIS GONZAGA

1891

NADIE ignora la grande importancia que se dá en nuestros días á la conmemoración secular de algunos hechos más culminantes de la historia, y cuánto partido sacan de una fecha célebre, así los buenos católicos para el sostenimiento y propagación de sus sanas creencias, como los enemigos de la Iglesia para hacer público alarde de su impiedad. No echaron en olvido este poderoso resorte y medio eficaz de propaganda los devotos del angélico joven San Luis Gonzaga. Después de haber celebrado con solemnes cultos los hechos más conspicuos de su santa vida, recordando con alegría en 1880 su primera comunión, en 1883 su vocación á la Compañía de Jesús, en 1885 su llegada á Roma y entrada en Religión; no era razón dejar pasar sin particular fiesta la fecha más memorable de su vida, esto es el día aniversario de su feliz tránsito á la gloria de los bienaventurados.

Desde que en 1889 fué divulgada la idea de conmemorar este acontecimiento tres veces secular con fiestas

extraordinarias, acogiéronla con entusiasmo los devotos del Santo, aplaudiéronla los Prelados, aprestóse á celebrarlo la juventud en todas las naciones católicas, y el mismo Sumo Pontífice mostróse por demás satisfecho y complacido de tan piadosos proyectos. Señalóse entre los Obispos italianos el Ilmo. Sr. D. José Sarto, Obispo de Mantua y entre los españoles el Excmo. é Ilmo. Señor D. Francisco Aznar y Pueyo, Obispo de Tortosa, quienes con el mayor empeño y solicitud bendijeron desde un principio los trabajos preparatorios para las solemnes fiestas, y alentaron con su exhortación y aprobación á los redactores de las varias revistas dedicadas á promover el culto del Santo, cuales son en España el *Congregante de San Luis* que se publica en Tortosa, y en Italia *L' Eco di S. Luigi* y *L' amico dei giovinetti* que se publican en Milán y Verona respectivamente.

Pero lo que sobre todo ha contribuído á inflamar los ánimos de los jóvenes para llevar adelante con el mayor empeño los grandes planes preconcebidos en razón de dar á este centenario todo el esplendor y solemnidad posibles, ha sido el Breve de Su Santidad León XIII dado á primero de enero de este año de 1891, el cual me ha parecido poner aquí por ser un documento no menos honorífico para nuestro Santo que útil y provechoso para la juventud. Tomamos la traducción publicada en el *Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús*, en el mes de marzo de 1891, y es como sigue.

LEÓN, PAPA XIII

A todos los fieles cristianos que vean las presentes letras, salud y Bendición Apostólica.

Bajo oportunos auspicios, en verdad, sucede que el día 21 de junio del presente año, se celebren sagradas solemnidades en honor de San Luis Gonzaga, para conmemorar piadosamente el tercer centenario de su felicísima muerte. Nos han anunciado, que la festividad de este acontecimiento ha despertado sentimientos piadosos, y ha encendido en admirable amor las almas de los jóvenes cristianos, á los cuales ha parecido ésta muy buena ocasión, para manifestar con múltiples demostraciones la voluntad y devoción que profesan al celestial patrón de la juventud. Y esto sucede no sólo en aquellos países que vieron nacer y morir á San Luis, sino en todas partes, do quiera que resuena su nombre y la fama de su santidad.

Nos, acostumbrados á honrar con suma devoción al Angélico Joven desde nuestros tiernos años, al saber esto, hemos experimentado muy singular afecto de alegría. Esperamos, pues, que con el favor de Dios no carecerán de fruto estas solemnidades para los cristianos, y sobre todo para los jóvenes, quienes al tributar estos honores á su Patrón tutelar, tendrán buena ocasión de considerar las clarísimas virtudes que en la vida de San Luis brillaron para ejemplo de todos. Al meditar en su interior y admirar estas virtudes, confiamos, que con la gracia de Dios se animarán á conformar su espíritu con ellas, y que imitándolas procurarán hacerse mejores.

Imposible es proponer á la imitación de los jóvenes católicos un modelo más acabado, y más rico de aquellas virtudes, en que solemos desear que se distinga especialmente la edad juvenil. En efecto, en la vida y costumbres de San Luis pueden aprender muy bien los jóvenes el cuidado y vigilancia con que se há de guardar

la inocencia y pureza de vida, la constancia con que se ha de castigar el cuerpo, para extinguir el fuego de la concupiscencia, el desprecio con que se han de mirar las riquezas y honores, el espíritu con que han de tomar los estudios y han de cumplir las demás obligaciones de su edad, y lo que en estos tiempos es de suma importancia, la fe y amor con que se han de unir á la Santa Madre Iglesia y á la Sede Apostólica. Pues el Angélico Joven, ya viviese dentro de su casa paterna, ya como paje noble en la corte de España, ya se entregase á los estudios y á la práctica de la virtud en la Compañía de Jesús, á la que se acogió renunciando el principado, y en donde, cerrada la puerta á las dignidades, procuraba cumplir el anhelo de toda su vida, que era consagrar todas sus fuerzas á la salvación de los prójimos; en todos estos géneros de vida se mostró siempre tal, que fácilmente descollaba en todo sobre los demás, y daba pruebas de insigne santidad.

Así, pues, está muy puesto en razón que los encargados de enseñar y educar á la juventud cristiana, propongan el insigne ejemplo de San Luis como el más digno de imitación, en lo cual se conforman con el consejo de nuestro Predecesor Benedicto XIII, que señaló á Luis por principal Patrón celestial de la juventud estudiosa. Por lo cual merecen sin duda toda alabanza aquellas sociedades de jóvenes católicos que se han formado en varias ciudades, no sólo de Italia, sino de otras naciones, con el fin de promover el esplendor de estas solemnidades consagradas á San Luis. No ignoramos el afán con que estas sociedades han trabajado en disponer los honores que en todo el orbe católico se han de tributar al Angélico Joven y la diligencia que ponen

para que se distingan, así en la piedad como en el número, las devotas peregrinaciones que se han de emprender, ó al pueblo natal de San Luis, ó á esta alma ciudad que guarda con veneración sus castas reliquias.

También á los niños y niñas se ha facilitado el medio, según hemos sido informados, de presentar á San Luis las primicias de su puro amor y piedad; pues se han difundido copiosamente cuadros, hojas de listas ennoblecidas ya con nombres augustos, en las cuales ellos y sus padres se inscriben por siervos y clientes del Santo. En gran manera anhelamos que este singular fervor en obra tan buena, y estos santos propósitos y deseos obtengan con la bendición de Dios feliz y próspero resultado. Entre tanto Nos, habiendo sido rogados que para mayor provecho de las almas nos dignáramos enriquecer, honrar y adornar esta solemnidad con los tesoros de la Iglesia, creímos que debíamos acceder benignamente á tan piadosa demanda.

Así, pues, confiados en la misericordia de Dios, y con la autoridad de sus Apóstoles San Pedro y San Pablo, concedemos misericordiosamente en el Señor indulgencia plenaria y remisión de todos sus pecados á todos y á cada uno de los fieles cristianos de ambos sexos, que asistieren todos los días á un triduo, ó cinco veces al menos á una novena que se celebrare antes de la fiesta de San Luis en los días que serán señalados por el respectivo Ordinario (del pueblo) y que además en el día del Santo ó en alguno de los dichos días que cada cual podrá escoger á su arbitrio, y visitando devotamente alguna iglesia ú oratorio público, donde se celebre la fiesta de San Luis, rogaren allí piadosamente á Dios por la concordia de los Príncipes cristianos, por la extirpa-

ción de las herejías, por la conversión de los pecadores y por la exaltación de la Santa Madre Iglesia. Pero á los fieles que al menos con contrito corazón hicieren piadosas peregrinaciones á los lugares antedichos, á los niños según su capacidad y á los padres de ellos que hubieren puesto sus nombres para implorar el patrocinio de San Luis, con tal que asistan al triduo ó novena en el modo antes indicado, concedemos indulgencia de siete años y siete cuarentenas en la forma usada por la Iglesia. Permitimos que todas y cada una de estas indulgencias, remisiones de pecados y *diminución* de penitencias puedan aplicarse por vía de sufragio á las almas de los fieles cristianos que hubieren muerto en gracia de Dios. Queremos que á los traslados de las presentes letras ó á los ejemplares impresos, firmados por algún notario público y provistos del sello de alguna persona constituída en dignidad eclesiástica, se dé enteramente la misma fe que se daría á las presentes si fuesen presentadas ó manifestadas. Dado en Roma en San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 1.º de enero de 1891, de nuestro Pontificado el XIII.

M. CARDENAL LEDOCHOWSKI.

No satisfecho el Sumo Pontífice con haber franqueado los tesoros de la Santa Iglesia á los fieles que devotamente obsequiaren á San Luis en la forma expresada en este documento, á 18 del mismo mes por un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos se dignó dar facultad de rezar la misa propia del Santo, á todos los sacerdotes que celebraren en la iglesia de San Ignacio, donde se venera el sepulcro del angélico joven; y el mismo privilegio otorga á todas las demás iglesias y

oratorios, para los triduos que en ellos se celebraren durante este año en conmemoración de la santa muerte del glorioso Protector de la juventud, exceptuando solamente algunos días que pueden verse en el citado decreto.

Alentados los católicos con estas gracias espirituales y privilegios otorgados tan generosamente por el inmortal Pontífice, es increíble el sagrado entusiasmo con que se esforzaron en promover por todas partes solemnísimos cultos en honor del santo joven. Siéndonos imposible reunir en los estrechos límites de un capítulo lo mucho que en esta materia podríamos decir, daremos aquí solamente una breve reseña de las cosas más notables y de mayor interés para la juventud española.

Ya desde el mes de abril se comenzaron á celebrar en varias ciudades de España las fiestas del centenario, siendo dignas de particular mención las de Tuy que duraron nueve días, y se terminaron con una solemnísima procesión el 18 del mismo mes.

La ciudad de Valencia vió en varias épocas de este año suntuosas fiestas en honor de San Luis; pero aunque todas ellas fueron dignas de la piedad proverbial de los valencianos, no se borrarán fácilmente de la memoria de aquella ciudad las del Colegio de San José, así por la notable academia literaria que fué presidida por el señor Obispo de Tortosa y honrada con la presencia del señor Capitán General y otros nobilísimos personajes, como por las brillantes cabalgatas históricas en que se representaron al vivo con rica variedad de trajes propios del siglo XVI algunos pasajes de la vida del Santo.

En Zaragoza preparáronse los jóvenes congregantes con unos fervorosos ejercicios espirituales para los es-

pléndidos cultos con que obsequiaron á su Protector angelical los días 24, 25 y 26.

En Valladolid después de una devotísima seisena que principió el 21, celebróse el 25 la gran fiesta con una numerosísima comunión general y otras funciones religiosas en que la estudiosa juventud manifestó el singular amor y devoción que profesaban á su Santo tutelar.

Los días 17, 18 y 19 de mayo, tocóles el turno á las florecientes congregaciones de San Luis y San Estanislao que en la capital de España tienen á su cargo los PP. de la Compañía. Y fué á la verdad espectáculo consolador el que ofrecieron á toda aquella Corte los 400 congregantes asistiendo con sus medallas en el pecho á todos los actos religiosos que en el templo de San Luis se realizaron con inusitada pompa y esplendor. El altar mayor ostentaba entre nubes de flores y luces la magnífica estatua de San Luis Gonzaga, regalo de S. M. la Reina Regente. El Ilmo. Sr. Obispo de Madrid-Alcalá, ofició de pontifical el día primero, y presidió la espléndida procesión con que se dió fin á las fiestas religiosas. No menos lucidas fueron las dos veladas literario-musicales con que obsequiaron los congregantes á su excelso Patrón los días 17 y 18, en el salón del Conservatorio.

La congregación de la Inmaculada Concepción y San Luis Gonzaga de Barcelona, así como justamente se precia de no ceder á ninguna otra ni en número y fervor, ni en la disciplina y celo de la propaganda católica; así quiso señalarse entre todas en el esplendor de las fiestas que tributó á su querido Patrón. Desde el día 20 de junio hasta el 28 inclusive, celebróse una devota y solemne novena con exposición del Santísimo, sermón

y otros cultos. El día de la fiesta del Santo dijo la misa de comunión el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Astorga, acercándose á la mesa eucarística mil trescientas personas. En la misa solemne pronunció un excelente panegírico del angélico joven el Ilmo. Sr. Obispo de S. Luis de Potosí. Y no fué sola esta Congregación la que en la ciudad condal festejó tan galanamente á San Luis, pues el Sr. Obispo de aquella diócesis dispuso que se hiciese fiesta solemne en todas las parroquias de la capital del Principado.

Sería nunca acabar, si hubiéramos de referir siquiera compendiosamente las suntuosas fiestas religiosas y literarias tributadas al Santo por la piadosa juventud en Pamplona, Bilbao, Santander, Salamanca, Tudela, Manresa, Gerona, Tortosa, Orihuela, Gandía, Málaga, Sevilla, Murcia, y en otras muchas poblaciones de España y ambas Américas. Célebres fueron entre otras las numerosas romerías á los santuarios de Loyola, Javier y Montserrat. Para esta última en que tomaron parte muchas poblaciones de Cataluña, compuso el inspirado vate catalán D. Jacinto Verdaguer un bellísimo himno; y los Prelados de Vich, Lérida y Seo de Urgel se dignaron presidirla dejando como recuerdo de la fiesta una linda estatua del santo joven á aquel real Monasterio. No poco ayudaron á realzar el esplendor de esta romería la comunión general á que concurrieron unas mil almas y la gran procesión á que asistieron los tres Obispos con el Abad y monjes del Monasterio.

También Italia, patria dichosa del Ángel tutelar de la juventud mostró en esta ocasión el acendrado amor y devoción que le profesa, señalándose entre todas las naciones católicas en la suntuosidad y magnificencia de

las fiestas del centenario. Pero ciñéndonos á la capital del orbe católico, sólo diremos que el vasto templo de San Ignacio que se gloría de poseer el sagrado tesoro de las reliquias del santo joven, adornado como en las más solemnes fiestas de canonización, con más de 300 arañas y millares de luces, flores é inscripciones (1), atrajo por espacio de nueve días un sinnúmero de fieles de todas clases que con increíble devoción y afecto acudían á venerar el sepulcro del Santo, y á tomar parte en las solemnísimas funciones de aquellos días. Durante todo el octavario ofició cada día de pontifical algún cardenal ú obispo, y ocuparon por turno el lugar preferente en estos oficios los principales colegios y seminarios de Roma. Las comuniones distribuídas en esta sola

---

(1) No podemos menos de trascribir aquí las dos bellísimas inscripciones compuestas por el célebre epigrafista P. Angelini, S. J. para estas fiestas. En la fachada del templo se leía la siguiente:

ROMA
TIBI · PRAE · CETERIS · LAETUS · EXORITUR
ANNUS · TRECENTESIMUS
EX · QUO · SUPERAS · EVOLAVIT · AD · ARCES
ALOISIUS
QUI · SE · A · TE · GENITUM · CHRISTO
TEQUE · SUAE · PIETATIS · MEMORABAT · ALTRICEM
O · TER · ET · QUATER · BEATA
QUAE · VIRGINEUM · CORPUS · GREMIO · COMPLECTERIS
INQUE · EO · EXEMPLAR · ET · PRAESIDIUM
EXHIBES · PUDORIS

En la parte interior del templo, sobre la puerta de entrada se puso esta otra:

ALOISI
STELLANTIS · E · REGIA · COELI
QUO · TUA · TE · EXTULIT · VIRTUS
HUC · OCULOS · FLECTE
ET · QUOTQUOT
TUAM · PROCUMBUNT · AD · URNAM
ANNUE · QUOD · ROGANT

iglesia el día de la fiesta principal, ascendieron á 14000, y las conversiones obradas por el Santo en estos días fueron muchas y muy notables. Y es cosa bien digna de notarse que uno de los enemigos de la Iglesia y del pontificado, al ver el entusiasmo con que toda la ciudad santa solemnizaba este centenario, no sólo dentro de los templos, sino con públicas iluminaciones; lleno de rabia y despecho exclamó: «¿Es posible que después de 20 años no hayamos aún conseguido nada?»

Para mayor esplendor de estas solemnidades, Su Santidad quiso que en el mismo día 21, fiesta de San Luis, se promulgase el decreto declarando heroicas las virtudes de su fiel imitador y devoto el V. Nuncio Sulpricio. En el discurso que pronunció Su Santidad en esta ocasión, entre otros elogios de nuestro Santo, después de deplorar con sentidas frases los males á que se ve expuesta la juventud de nuestros días, dijo: «La Iglesia, celosa siempre en la defensa de la juventud, duélese profundamente de tanta desgracia, y nada omite en su solicitud maternal, para salvar de la ruína las almas de los jóvenes. Y como los ejemplos tienen más eficacia que las palabras, con todo empeño propone á su imitación modelos ejemplares adornados de virginal candor é inocencia.

Entre estos hace tres siglos que comenzó á brillar con inmortales resplandores la dulce figura de San Luis Gonzaga, verdadero prototipo y ángel tutelar de los jóvenes católicos. Y hemos aprovechado con sumo júbilo la celebración del tercer centenario de su dichosa muerte, para excitar la piedad de la juventud, y moverla á que la celebre con extraordinaria pompa, al mismo tiempo que para animarla á recordar y exaltar las ad-

mirables acciones de su vida. Hoy hemos querido, además, señalar á la juventud una fiel copia de su celestial patrón.

No fué otra cosa el joven artesano Nuncio Sulpricio. Desde su más tierna edad tomó por modelo á San Luis, procurando imitarle en el espíritu de mortificación y penitencia, de humildad y de piedad; y así lleno de virtudes y joven como él, se durmió en el Señor en olor de santidad. ¡Ojalá aprenda de Nuncio Sulpricio la juventud del día á ser también imitadora de las virtudes de San Luis Gonzaga!»

Y ¿qué diremos del noble y religioso entusiasmo que en todas partes se ha despertado para ilustrar y perpetuar de mil maneras la gloria de nuestro Santo? ¿Quién podrá contar los folletos, libros, revistas, periódicos, imágenes, medallas y hojas de propaganda con que se honró en estos días la gloriosa memoria de San Luis? ¿Cómo alabar dignamente la rica exposición de autógrafos, muebles, documentos, libros y pinturas referentes á nuestro héroe, la cual pudieron admirar sucesivamente las ciudades de Pisa, Luca y Roma?

Pero fuerza es poner ya fin á este capítulo, y no podemos darle mejor remate que bosquejando á grandes rasgos la gran peregrinación internacional de la juventud al sepulcro de su esclarecido Protector. Los primeros en llegar á Roma y los más en número relativamente, fueron los 600 españoles que como ilustre vanguardia se adelantaron á las numerosas falanges que de muchas ciudades de Italia, Portugal, Francia, Suíza, Bélgica, Austria, Hungría, Eslavonia, Holanda, Polonia, Bosnia, Moravia, Bohemia, Turquía, y hasta de América fueron á rendir sus homenajes al angélico joven y al venerable prisionero del Vaticano.

Llegados á la ciudad eterna los peregrinos españoles el día 17 de setiembre, el domingo 21 recibieron la sagrada comunión en el altar de San Luis Gonzaga en la misa que celebró el Sr. Obispo de Tortosa que presidía la peregrinación. La iglesia estaba adornada como en los días de gran solemnidad, y delante del sepulcro del angélico joven brillaba con sus luces el rico candelabro de plata ofrecido por la juventud española.

Sobre la puerta del templo se leía esta linda inscripción escrita por el P. Angelini, en honor de la romería internacional:

JVVENES
FORTISSIMA · PECTORA
QVOS · E · CITIMIS · ET · DISSITIS · REGIONIBVS
FIDES · ET · PIETAS
AD · SACROS · ALOISII · CINERES · ADVOCAT
VOBIS · PALMA · NOBILIS · RESERVATA · EST
VT · PROCVLCATA · AB · IMPROBIS · RELIGIONIS · IVRA
VNA · MENTE · VNO · ANIMO · STVDIO · CONCORDI
VINDICETIS

El día 23 fueron recibidos nuestros peregrinos por Su Santidad, á quien el Sr. Obispo de Tortosa presentó las varias ofrendas enviadas de España, y antes del desfile de los romeros delante de Su Santidad, leyó en español un elocuente y sentido mensaje, al que contestó el Pontífice con una alocución latina que fué leída por Monseñor Noceda, y que traducida á nuestro romance es del tenor siguiente:

«Las gratísimas palabras que acabamos de oir no han llegado sólo á nuestros oídos, sino que han penetrado

hasta nuestro corazón, porque respiran aquella fe y piedad que es señal característica de los hijos de la luz, y declara en vuestras almas tales afectos, que muestran que la perversidad de los tiempos puede agitar, pero no extinguir, la llama de la verdadera virtud. Porque esta virtud cristiana vive y crece lozana é incorrupta en vosotros, amados hijos, eclesiásticos y seglares españoles que os halláis aquí presentes, y es la que os ha traído desde vuestra patria á Roma respondiendo al deseo y voluntad de vuestros compatriotas, para reverenciar á esta Apostólica Sede, y honrar á San Luis, celestial patrón de la juventud, á Roma donde reposan sus cenizas, y se conservan sus vestigios. No hay satisfacción mayor para Nos en este día que vuestra presencia, ya porque la juventud católica es amadísimo objeto de nuestra solicitud y grande esperanza de la Iglesia y el Estado, ya porque tenemos del nombre español aquel mismo concepto que no pueden menos de tener cuantos conozcan los méritos de vuestros antepasados para con la Religión católica y los monumentos de su virtud.

La nobilísima gloria de España dimanó principalmente de la Religión católica, que arraigándose profundamente en vuestros antepasados, produjo en otra edad, como recordabais verdadera y justamente, á los Leandros, Fulgencios, Isidoros, Eladios, y con ellos á tantos Santos insignes por sus hechos ó por la palma del martirio; á príncipes esclarecidos, protectores de la Iglesia y defensores de la gloria de Dios, al poder y armas de los cuales, premiando Dios sus trabajos y virtud, sucumbieron los caudillos paganos, los reyes arrianos y los moros invasores. Siendo tan grande la gloria de vuestra patria, y perpetua y laudable costumbre de los cristianos

españoles no ceder á nadie en las demostraciones de la fe y piedad, verdaderas y heredadas, no era posible que ahora, que en todas partes se muestra fervorosa la devoción de los jóvenes católicos á San Luis Gonzaga, émulo de los ángeles del cielo, para festejar el tercer centenario de su glorioso tránsito, la piedad de los jóvenes españoles apareciera indiferente y ociosa, y fuese menor su diligencia que la de la juventud católica italiana en dar testimonios de amor á su celestial patrón. Lejos de eso, con vuestro buen sentido católico habéis visto y comprendido, amados hijos, que no menos para la juventud católica que para la italiana había motivos especiales para que fuese uno y el mismo el espíritu de todos vosotros en la solemnidad del centenario de San Luis, y con el celo de veneración, de que unos y otros os halláis poseídos, vayáis á la cabeza de los jóvenes de las demás naciones. Porque, aunque aquella alma carísima trajo de Italia el origen de su vida mortal y en Italia dejó sus restos mortales al subir al cielo, sin embargo, pasó algunos años de la adolescencia en la corte de vuestra España, y en ella hizo primeramente brillar los resplandores de su santidad, no sólo en el palacio, sino entre todos los moradores de la capital de España. Allí, ante el altar de Nuestra Señora del Buen Consejo, se obligó con voto á ingresar en la Compañía de Jesús; y finalmente, apareció ligado con cierto vínculo perpetuo á España, empleando toda su vida, conforme al voto que había hecho, bajo la Regla del santo Fundador que vuestra patria dió al mundo para promover la gloria de Dios y para protección y defensa de la Iglesia. Con razón, pues, amados hijos, habéis venido á Roma á venerar la memoria de tan grande virtud, á merecer más y

más su patrocinio, y, junto á sus sagradas cenizas, renovar y fomentar la energía de vuestras almas.

Muchos jóvenes de la época presente, según es muy de lamentar, imbuídos en las doctrinas y engañados con los halagos de hombres perversos, se han despojado de la fe en la piedad católica hasta el extremo de que no temen menospreciar lo que pertenece á los oficios y festividades de la Religión y al honor de las cosas sagradas, y burlarse de ellas y escarnecerlas, como sucede con estas mismas solemnidades dedicadas á San Luis. Mas no es de ánimo cristiano y varonil sujetar la fe á los juicios y opiniones de los necios, ni dejarse arredrar por respetos humanos en el cumplimiento del deber. Antes al contrario, por lo mismo que vuestra edad juvenil se halla rodeada de más graves peligros, conviene sumamente desplegar las velas de la fe, resistir los embates de las olas del mundo, y manifestar virtud, no remisa y lánguida, sino activa y robusta, tal cual ofrece en ilustre ejemplo San Luis, de quien un varón contemporáneo suyo, esclarecido por su saber, piedad y dignidad, daba gracias á la Bondad divina porque «en sus días había encendido una tan insigne antorcha ardiente y brillante (1).» Procurad, amados hijos, reproducir en vosotros esta misma luz; difundidla con los ejemplos de vuestra vida, para gloria de Dios y provecho de vuestros compatriotas. Nada deseamos tanto para vosotros y vuestra patria como que en todos y en todo tiempo sea una y la misma la fe de los entendimientos y la piedad de las acciones; y esforzaos firmemente todos en conservar y defender la unión, fe y constancia en la pro-

(1) Belarmino, *De laudibus Sancti Aloysi.*

fesión católica, en la cual estuvo siempre fundada y constituída la dignidad y gloria de España y la abundancia de todos los bienes. Al mismo tiempo que cordialmente os manifestamos estos deseos, rogamos á vuestro celestial patrón que tenga perpetuamente en su guarda y encomienda á vosotros, al regio príncipe que crece para esperanza del reino de España, á su augusta madre, regente del reino, como también á toda la juventud católica española; y que como en otro tiempo iluminó vuestra patria con su virtud, del mismo modo consiga la gracia de recoger de ella copiosos frutos. Y prenda de estos bienes queremos que sea la Bendición Apostólica que muy amorosamente concedemos á todos y cada uno de vosotros, á los respetables Obispos, clérigos y fieles, cuyo obsequio representáis cerca de Nos y también á toda la católica España.»

CAPÍTULO VII

DE LOS INNUMERABLES Y ESTUPENDOS MILAGROS CON QUE DIOS HA GLORIFICADO Á SAN LUIS

Así como los milagros fueron el principal argumento con que el Hijo de Dios manifestó al mundo la verdad de su doctrina, la divinidad de su persona, y la soberana misión de su Iglesia; así con los milagros suele manifestar y comprobar la heroica santidad de sus siervos y la gloria con que en el cielo galardona sus virtudes. Y aunque toda la vida de Luis fué un prodigio tan asombroso de inocencia y penitencia, que la Sagrada Congregación de Ritos en su sesión de 19 noviembre de 1612 juzgó que este joven admirable, á semejanza del Santo Precursor podía desde luego ser canonizado, sin que fuese necesario proceder al examen de los milagros; no obstante el cielo obró tantos y tan insignes por su intercesión y valimiento, que sin temor de ser desmentidos, podemos colocarle entre los más famosos taumaturgos de los tiempos modernos, y serían menester muchos volúmenes para referir sólo una parte de ellos.

Sin contar los muchos que refiere el P. Cepari en la vida del Santo, y se recogieron en los primeros proce-

sos; después de la muerte del P. Cepari, el P. Budrioli que fué el que le sucedió en el cargo de postulador de la causa, pudo allegar más de 2459 milagros para su canonización. Pues si ya en aquellos primeros años que siguieron á su santa muerte ascendieron á una cifra tan elevada los prodigios de este Santo bendito, ¿quién podrá reducir á número los que ha obrado en estos tres siglos en que su devoción se ha dilatado por todo el mundo de un modo tan admirable? Vamos pues á escoger algunos que sirvan para animar nuestra confianza hacia este poderosísimo Abogado y para alabar y glorificar á Dios que tan poderoso y admirable se muestra en sus Santos.

Y en primer lugar diremos algunos de los muchos milagros obrados por San Luis en favor de varias personas de su casa y familia. Ya hemos visto la maravillosa curación de su madre, que fué el primer milagro de nuestro Santo. Veamos ahora cómo también el Duque de Mantua D. Vicente experimentó el poderosísimo amparo de Luis á quien tanto honró en vida y después de su santa muerte. Acometido en Florencia de intensos dolores de gota, con sólo aplicarse en la parte enferma una reliquia de su santo primo, quedó libre de sus padecimientos. Y no fué ésta la sola vez en que se le mostró Luis tan propicio y favorable. En varias otras enfermedades que le aquejaron sanó sin otro remedio que invocar al Santo, y aplicarse su sagrada reliquia.

Doña Juana Gonzaga sobrina de San Luis volvía de España á Italia, después de haberse casado con el Presidente del Real Consejo de Castilla, y al llegar á orillas del río Adda en la Valtelina, quiso Dios que volcase el coche en que iba, y se precipitase de un alto monte á lo

profundo del valle; invocó en tan apurado lance á San Luis y ¡oh caso maravilloso! aunque se hizo mil pedazos el vehículo, ella se halló sana y sin lesión alguna, sentada en la orilla del río, como si una mano invisible la hubiera sostenido en su caída y colocádola con gran tiento en aquel lugar.

Otra sobrina del Santo, por nombre Cintia Gonzaga, una de las tres hijas de D. Rodolfo, y superiora del célebre colegio de las Vírgenes de Jesús en Castellón, por el mes de agosto de 1608, sintióse á la vez asaltada de intensísimos dolores de entrañas, opresión de corazón y sofocación en la garganta, y llegó á tal extremo, que haciéndosele intolerables los dolores, no halló otro remedio que acudir á su santo tío. Hízose aplicar al pecho su sagrada reliquia, y al mismo instante cesaron los padecimientos, y recobró la salud.

Doña Camila Ferrari que había sido nodriza de nuestro Santo, hallándose gravemente enferma de una fiebre ética y muy á los últimos, invocó á San Luis, cuya imagen tenía delante, y le dijo con grande confianza:—«¡Oh bienaventurado Luis! bien sabéis que cuando erais todavía niño me empleé en serviros; dignaos pues ahora rogar por mí al Señor.»—No se hizo de rogar el agradecido Santo: apenas había acabado la enferma su oración, cuando recobró la salud tan cabalmente que no sólo desapareció la fiebre que la aquejaba, sino también otra dolencia que de muchos años atrás la venía molestando en una de las rodillas.

Hallábase en grande aflicción y congoja D. Clemente Ghisoni antiguo camarero de Luis por no poder atinar en la causa de un desfalco de 500 escudos con que tropezaba al saldar sus cuentas. Echóse á dormir con esta

pesadilla, no sin haberse antes encomendado fervorosamente á Luis su antiguo señor. ¡Cosa rara! apenas despertó, oyó una voz clara y distinta que reconoció ser la misma del bendito joven que tantas veces había oído, y ahora le decía:—Anda, examina luégo tal libro de cuentas, y allí encontrarás la partida que buscas.—Fué, abrió el libro, y leyó:—*A los 3 días de octubre, 500 escudos por los gastos de la corte.*—En memoria de tan señalado favor, llevó Clemente un ex-voto al sepulcro del siervo de Dios, quedandole toda su vida agradecidísimo y muy devoto.

Si tan generoso se mostró Luis con los de su casa y familia y con un sinnúmero de vasallos suyos, como queda dicho, no menos atento y dadivoso fué con sus Hermanos de religión, á quienes tanto había amado mientras vivió en este destierro. Veamos algunos de los muchos milagros con que les manifestó, y sigue manifestando desde el cielo cuánto se interesa en su favor.

Un estudiante del colegio romano, por nombre Juan Justiniani, hallábase por el mes de junio de 1605 tan apretado de mal de piedra, que desesperanzado por los médicos de recobrar la salud, acudió á San Luis, y como pudo, apoyándose en brazos de sus Hermanos, bajó á visitar su venerable sepulcro. El mal arreció en tanto grado, que se dispuso la próxima administración de los últimos sacramentos, por temor de que la violencia de los dolores acabase con su vida aquella misma noche. Confesóse el paciente, y luégo se hizo la señal de la cruz con una reliquia del Santo, y al instante arrojó un enorme cálculo juntamente con gran cantidad de podre y malos humores, quedando perfectamente curado y muy reconocido á su insigne bienhechor.

El Hermano Vicente Ficherelli religioso de la Compañía de Jesús y escolar de aquel mismo colegio, en 1626 curóse de un tumor de muy mala catadura con sólo ungirse con aceite de la lámpara que ardía delante del sepulcro de Luis.

Lelio Ottolini estudiante del mismo colegio, sintiéndose sobremanera molestado de un mal de estómago que por mucho tiempo le fué consumiendo y debilitando, hasta el punto de no poder tomar alimento alguno que no lo arrojase luego; y no hallando ningún linaje de alivio en las medicinas y remedios que le propinaban, acordó poner toda su confianza en el poderoso patrocinio del B. Luis. Visitó su sepulcro, prometiendo colgar un ex-voto en el mismo, si le restituía la salud; con lo cual se halló libre de su dolencia.

No menos admirable fué la curación del R. P. Carlos Storani, Provincial de la Provincia romana de la Compañía de Jesús, el cual viéndose reducido en 1730 á los últimos extremos de resultas de un grave mal de pecho, enfermedad epidémica que entonces hacía estragos en la ciudad de Roma, invocó á San Luis, y recobró la salud. Y no fué sólo el P. Provincial en experimentar la poderosísima protección del Santo en aquella epidemia: de cuarenta religiosos que se hallaban postrados en cama con el mismo mal, ni uno solo falleció, y todos convalecieron merced á las fervorosas y continuas oraciones y ofrendas con que se imploró el favor del Santo durante aquellos días de prueba.

También resplandece maravillosamente el poder de nuestro bienaventurado joven, al par que su amor y agradecimiento hacia los que trabajan por dilatar su culto, en la curación del P. Andrés Budrioli, postulador

de su causa. Comenzó este Padre á arrojar sangre por la boca el año 1713, y continuó con esta dolencia algunos años, hasta que apoderándose de él una fiebre lenta, que le fué trabajando por espacio de 19 meses; por agosto de 1717 se vió á punto de muerte y sin esperanza de remedio. En tan apurado lance sintióse interiormente movido á obligarse con voto, no solamente á procurar la canonización del bienaventurado joven, mas aun á escribir de su propia mano cuanto fuese menester para la causa. Lo mismo fué hacer el tal voto, que verse libre del mal que le aquejaba. Y fué tan completo su restablecimiento, que vivió después cuarenta años en los cuales es increíble lo mucho que escribió en honra y gloria de nuestro Santo, y lo mucho que trabajó para adelantar su causa, hasta que tuvo el consuelo de verle canonizado. Finalmente en el año 1752 pudo completar sus cuatro tomos de milagros obrados por San Luis, y en uno de ellos, después de contar su propia curación, añade que con sumo gusto había consagrado, y consagraba aún al servicio de su amado Santo aquella vida de que se le reconocía deudor.

Al P. General de la Compañía Francisco Retz curó también nuestro Santo de un peligroso tumor que le tuvo postrado en cama por espacio de seis meses. Estando ya viaticado y preparándose para morir, diéronle una imagen de San Luis, comenzóse á ruegos del mismo enfermo á pedir la salud al Santo, y después de comulgar á este fin todos los novicios de San Andrés y los estudiantes del colegio romano, dióse principio á la novena preparatoria para su fiesta. Y fué cosa maravillosa que á medida que adelantaba la novena, iba mejorando el enfermo, hasta que el día de la fiesta se halló del todo resta-

blecido. Agradecido por tan señalado favor trabajó todo el tiempo de su vida en propagar la devoción al santo joven, y á sus instancias se debió el que la Santa Sede extendiese á toda la Compañía la misa y oficio del Santo, y otorgase otras varias indulgencias y gracias espirituales de que se ha hablado en los capítulos anteriores.

Siéndonos imposible dar aquí cabida á otros muchísimos milagros obrados por el Santo en favor de los de la Compañía, concluiremos esta serie con la célebre aparición del angélico joven al H. Nicolás Luis Celestini, novicio de nuestra casa de probación de Roma. Y me ha parecido conveniente detenerme algo más en explicar las circunstancias de esta aparición, así por el particular interés que ofrecen, como por tener en ella los de la Compañía un nuevo y muy valioso título que nos ha de mover al culto y devoción hacia el Sagrado Corazón de Jesús. El hecho sucedió de esta manera.

Acometido el Hermano Celestini de una violenta pleuresía acompañada de una afección en los pulmones, estuvo enfermo de cuidado desde el 10 de enero de 1765 hasta el mismo día del mes siguiente. Pero desde el día 3 de febrero acrecentáronsele en tal manera sus dolores de cabeza y garganta, y á todo esto sobrevínole tan extraordinaria opresión de pecho y tan atroces convulsiones en todo su cuerpo; que perdiendo el conocimiento, comenzó á delirar, y á agitarse violentamente haciéndose preciso que estuviesen de continuo dos enfermeros á sus lados, para asistirle y contenerle en la cama. Siguió en tan apurada situación hasta el día 9 en que cesó el delirio, mas no el mal ni las convulsiones, las cuales el día siguiente le atormentaron con mayor fuerza. Su semblante más parecía de un cadáver, que de persona ani-

mada; la voz le faltó del todo; no daba señal de oir á los que le hablaban. Los médicos le dieron por desahuciado, y sus hermanos ya le lloraban por muerto, cuando he aquí que de repente, como si volviese de muerte á vida, recobró instantáneamente su color natural, animóse su semblante, y con voz clara y acento de extraordinaria alegría, exclamó:—¡Ya estoy curado! San Luis me acaba de restituir la salud. Yo le he visto con mis propios ojos, y él me ha hablado, y me ha otorgado la gracia deseada. Ya no siento dolor de pecho, ni de garganta, ni convulsión, ni opresión ninguna, gracias á Dios. Denme mis vestidos, y tráiganme de comer.

Atónitos los circunstantes al ver tan súbita mudanza, preguntáronle cómo le habia curado San Luis, á lo cual el buen novicio contestó sencillamente, diciendo que aquella misma mañana en el momento en que le sobrevinieron de nuevo las convulsiones, comenzó á divisar el cuadro de San Luis que estaba en frente de su cama, y hasta aquella mañana no lo había podido ver, desde que se hallaba enfermo. Toda aquella mañana lo pudo contemplar perfectamente; después, iluminándose repentinamente el cuadro, comenzó á despedir rayos de clarísima luz, y destacándose en medio la imagen del Santo, no ya de perfil como estaba dibujada, sino de frente, y mirando al enfermo, se le puso delante en la misma forma que lo representa el bajo relieve de su altar, teniendo el crucifijo en su mano izquierda. Hízole con la derecha señal de que se le acercase, y el enfermo abalanzóse hacia él para escuchar sus palabras; mas no pudiendo tenerse, por su gran debilidad, cayó hacia atrás sobre la cama, aunque sin dejar de ver al Santo, y exclamando con grande admiración:

—¡Oh! y ¡qué bello sois, Luis mío! ¡cuán hermoso y agraciado sois!

Hízole de nuevo señal el Santo para que se le acercase, y como el novicio se esforzase en obedecerle, díjóle Luis:

—¿Qué es lo que prefieres, la salud ó la muerte?

—Cúmplase la voluntad de Dios,—respondió el enfermo, y Luis repuso:

—Ya que tu único deseo, durante esta enfermedad, ha sido poder recibir el santo Viático, resignándote en todo lo demás á la voluntad de Dios, su divina Majestad te otorga la vida por mi intercesión, á fin de que procures alcanzar la perfección, y te esfuerces todos los días de tu vida en propagar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús que es devoción muy del agrado del cielo.

Tras esto dióle el Santo algunos avisos muy saludables y de grande aliento y consuelo para su alma, encargándole señaladamente la práctica de los seis domingos en memoria de los seis años que él había vivido en la Compañía. Con lo cual se animó Nicolás á pedirle que le librase de los acerbos dolores de cabeza que le aquejaban. A esto le respondió Luis con estas palabras:

—No es voluntad de Dios que te veas del todo libre de estos dolores; y también yo deseo que en lo sucesivo tengas algo que padecer en la cabeza, en memoria de la pasión de Jesucristo, y con esto me imites á mí, que siempre deseé padecer estos dolores mientras viví, para seguir las huellas de mi Señor que tanto padeció por mí.

Dichas estas palabras, bendijo Luis al novicio, y des-

apareció dejándole perfectamente curado, sin otra reliquia de su enfermedad, que el ligero dolor de cabeza que le quedó para memoria del beneficio recibido. Es increíble la alegría que causó en todo aquel noviciado esta milagrosa curación, y el consuelo con que todos dieron gracias á Dios por tan señalado favor, asistiendo el H. Nicolás al *Te-Deum* que se dijo poco después en la iglesia, y al que se cantó el día siguiente en el colegio romano, con asistencia de todos los estudiantes. La autenticidad de esta milagrosa curación no sólo consta por haberla depuesto con juramento tres personas fidedignas, sino por la autoridad de tres insignes médicos, y sobre todo por la aprobación de la autoridad eclesiástica, que dió facultad para imprimir y publicar el proceso de este milagro y la relación auténtica de todo este suceso, para gloria de Dios que tan admirable se muestra en sus Santos.

Vistos ya algunos de los muchos milagros con que San Luis favoreció á los de su familia y á sus hermanos de religión, digamos algunos de los innumerables obrados en otras personas, y particularmente en los jóvenes, á quienes siempre se ha mostrado más propicio por ser su abogado y protector.

Juan Bautista Filipini, romano, tenía un hijo de pocos años enfermo del pecho y cubierto de una como lepra en todo el cuerpo, sin poder hallar remedio humano para sacarle del inminente peligro de morir en que estaba. Viéndole su afligido padre desahuciado de los médicos de la tierra, acudió á los del cielo. Tocóle con una reliqnia de San Luis, y á los pocos días le vió sano y salvo, con espanto de los médicos.

Refiere el P. Cepari de un joven por nombre Bernar-

do Fileso que, habiendo perdido la vista de resultas de unas viruelas, la recobró visitando una milagrosa imagen de San Luis que se veneraba en San Miguel de Sajo en la Valtelina.

En el suplemento que pone el P. Janning á los milagros referidos por el P. Cepari, capítulo IV, entre otras muchas curaciones prodigiosas cuenta hasta veinte obradas por el Santo en sólo el monasterio de benedictinas de San Pedro de Monticelli, librándolas ya de fiebres perniciosas, ya de fracturas de huesos, ya de parálisis, ya de otros graves males al solo contacto de una reliquia dada por el P. Seripando á aquella comunidad.

Mas ¿quién podrá reducir á cifra los prodigios de todo linaje obtenidos en Toscana, en Lombardía, en el Piamonte, en Nápoles, en Sicilia y finalmente en toda la Italia por la intercesión de San Luis? Apenas se hallará enfermedad, tribulación ó peligro espiritual ó temporal de que no haya salvado este gran Taumaturgo á los que le invocaron. Y de hecho regístranse en los procesos fiebres malignas, hemorragias fatales, llagas perniciosas, fracturas de huesos, agudísimos dolores de cabeza, gástricas, epilepsias, convulsiones, tisis en su último grado, males de garganta, cánceres, parálisis, contracciones de nervios, palpitaciones de corazón, cólicos espasmódicos, hernias y otras muchísimas enfermedades curadas radicalmente á la simple invocación de nuestro Santo, aplicación de sus reliquias ó con el aceite de las lámparas que arden delante de sus altares. ¡Cuántos ciegos cobraron vista, cuántos sordos oyeron, cuántos mudos hablaron, cuántos cojos anduvieron, ¡cuántos endemoniados se vieron libres del espíritu maligno por la poderosa intercesión de este gran Santo! En Fermo

vióse con asombro la prodigiosa multiplicación del aceite, trocándolo además de amargo en dulce el poder de nuestro héroe, y obrando después innumerables curaciones por medio del mismo aceite milagroso. En Nápoles satisfizo Luis desde el cielo milagrosamente las deudas de un infeliz reducido á la última miseria. En Cámpoli, ciudad del Abruzo, rayó mucho más alto el poder de Luis, pues resucitó á un niño difunto á quien ungieron con el aceite traído de Roma de la lámpara que ardía delante del sepulcro del Santo. En Palermo apareciósе éste en compañía de San Juan Berchmans al joven escolar José Spinelli de la Compañía de Jesús, y curóle de muchas enfermedades á cual más graves que le habían puesto al borde del sepulcro. El que desee enterarse más por menudo de esta interesante aparición, la hallará en el libro quinto de nuestra vida de San Juan Berchmans, capítulo tercero: aquí la omitimos por evitar prolijidad.

Mas aunque Italia fué la primera en experimentar la virtud prodigiosa y el amor generoso de su gran Taumaturgo, no por esto se ciñeron á ella sola sus favores y gracias. En Suiza fueron muchos los que se libraron de viruelas, mal de ojos, podagras y otros achaques invocando á San Luis. En Baviera fueron testigos de muchas curaciones milagrosas las ciudades de Mónaco, Ingolstad, Dilinga, Frisinga, Ratisbona y Amberga. En Alemania brilló el poder de Luis curando muchas enfermedades de la vista, como en Friburgo, Neoburgo y Eistad; librando de peligrosísimas caídas, como en Oetingen; sacando del trance de la muerte á muchos, como en Bruntruto, Veldtkirch, Rottenburg y Gersavia.

En Bélgica, el día aniversario de la muerte de nuestro

Santo, año 1638, consiguieron por su intercesión una memorable victoria sobre las tropas holandesas, las del Príncipe Cardenal Don Fernando, Gobernador de aquel estado en nombre del Rey su hermano.

En Francia, entre muchos otros milagros de San Luis, cuéntase la maravillosa curación de Doña Margarita de Rieu que se hallaba en los últimos extremos, luchando con la muerte y desahuciada de los facultativos.

En Polonia, además de las curaciones arriba mencionadas, vióse un terrible incendio apagado con la invocación de San Luis en el mismo día de su fiesta.

Y ¿qué diré de los innumerables favores y gracias prodigiosas obtenidas en nuestra España por medio de este gran Santo que la ilustró con su presencia? Ya recordará el lector que la primera curación alcanzada por nuestro Santo mientras vivía, fué la de la esposa de Don Diego Espés, en la ciudad de Zaragoza. También se ha referido en el capítulo IV la conversión maravillosa de un pecador con ocasión de las fiestas que en Madrid se celebraron después de la beatificación de nuestro Santo. Otros favores no menos admirables concedió á sus devotos en aquella misma ciudad cuando más tarde se solemnizó su canonización, mas déjolos de referir por no cansar al piadoso lector.

Pero vengamos ya al mayor de los milagros de San Luis Gonzaga; y para que con un espanto mayor se nos quite otro menor, veámosle no ya curando enfermos, apagando incendios, resucitando muertos; sino trocando los corazones de los hombres, y sanando innumerables dolencias espirituales y extinguiendo el más desapoderado incendio de las pasiones y limpiando de la lepra del pecado á un sin número de jóvenes perdidos, y sa-

cando del cieno de los más viles y torpes deleites á los que por ningún remedio humano habían podido ser curados y finalmente resucitando á un sin fin de Lázaros, no ya difuntos de cuatro días, sino sepultados años y años en el sepulcro del vicio y del pecado mortal. Y si, como nos enseñan los santos Doctores y en particular San Gregorio y San Agustín, es mayor milagro la conversión de un pecador que la resurrección de mil muertos, ¿quién podrá encaracer debidamente la gloria incomparable que reflejan en este joven admirable y extraordinario tres siglos de apostolado, y millares y millares de almas convertidas y santificadas con la luz de su vida santísima? ¿Cuántos y cuántos jóvenes con sólo leer la vida de San Luis sintieron nacer en sus corazones un tierno y regalado amor á la pureza y castidad? ¿Cuántos, movidos de sus ejemplos concibieron un odio mortal á las vanidades del mundo y una vehemente inclinación á la virtud? ¿Cuántos, al fijar sus miradas en la devotísima imagen de este ángel humanado, sintieron su corazón traspasado de vivo dolor de sus iniquidades, y lavaron con llanto copioso las manchas de sus pecados?

Refiere el P. Maineri que un jovencito de carácter sobremanera vivo y bullicioso, se dió á leer la vida de San Luis, y con esta lectura, fuése poco á poco encendiendo en su pecho el amor de la virtud y el deseo de imitar al santo joven, de tal manera, que dando de mano á los juegos y entretenimientos propios de su edad, su único solaz y recreo era leer y practicar los ejemplos de San Luis. Y cuando sus compañeros le invitaban á ir al juego, á los bailes y espectáculos, él lo rehusaba siempre con tal constancia, que ni una sola vez quiso

apacentar sus ojos con la vista de las comparsas y cabalgatas que desfilaban por delante de su casa en tiempo de carnaval. Empeñóse un día su padre en sacarle consigo al balcón para que viese uno de estos espectáculos: el fervoroso imitador de San Luis, obedeciendo á su padre, fué al balcón; más fijando sus ojos en un tejado vecino, mantúvose firme en su propósito de no ver nada de cuanto pasaba en la calle sin que fuesen parte para tentar su curiosidad, ni el sonido de la música, ni la vocería de la muchedumbre, ni la avidez con que todos los espectadores se abalanzaban á las ventanas, para gozar más á su gusto de aquella vanidad.

Otro joven romano, hijo de padres nobles, estaba resuelto á seguir la carrera militar, y no pudieron disuadirle de su propósito, ni los ruegos de sus amigos, ni las reflexiones de sus parientes, ni aun las lágrimas de sus padres. Rogáronle al fin que siquiera hiciese un triduo á San Luis, pidiendo luz y acierto en la elección de estado. Hízolo el joven, y salió de él tan trocado, que en vez de empeñarse en seguir la milicia temporal, determinó asentar debajo de la bandera de Cristo, abrazando el estado religioso.

Pero sería nunca acabar, si hubiéramos de referir los muchísimos casos que se cuentan en las actas de San Luis, y los que vemos todos los días, ya de vocaciones religiosas llevadas á feliz término, ya de maravillosas conversiones, ya de riesgos espirituales superados, ya de gracias obtenidas mediante el poderosísimo patrocinio de San Luis. Más fácil es, dice el P. Stocchi, contar las estrellas del firmamento que las almas salvadas por Luis. Testigos son de esta verdad los ministros del santuario, testigos los padres de familia, testigos los maestros y

preceptores de la juventud: todos cuantos intervienen en la educación de los jóvenes, saben por experiencia cuán poderosos han sido siempre para atraer suavemente sus tiernos corazones al amor de la virtud, los ejemplos, el amor, la invocación de San Luis Gonzaga.

Y no solamente es útil y provechosísimo á los jóvenes la devoción á este Santo, sino á toda clase de personas. No sé qué tiene este amabilísimo y angelical mancebo, que basta leer su vida ó mirar su imagen para cobrarle un entrañable amor y afecto lleno de divina unción y celestial dulcedumbre que embelesa y enamora. Y ¿qué es lo que en este Santo, á manera de poderoso imán, así nos atrae y cautiva? Es, á no dudarlo, el suavísimo perfume de aquella blanca azucena que aprieta contra su pecho virginal, es el buen olor de Cristo que de sí despide este serafín abrasado, son los ardores del amor divino con que enciende y enardece á los que se le allegan, son las flechas amorosas con que desde este mundo hería el Corazón del Verbo, y ahora desde el cielo las arroja en los corazones de sus devotos.

Y si alguno creyere ser éstas, piadosas exageraciones menos ajustadas quizás á la verdad y exactitud histórica, tómese el trabajo de verlo por sí mismo, asista á alguna de las muchas fiestas que se celebran cada año en honor de nuestro Santo, y no dudo que se verá precisado á confesar con el V. P. Baldinucci que la fiesta de San Luis Gonzaga es *la fiesta de la devoción*. Sucede con este culto algo muy parecido á lo que se observa en el del Sagrado Corazón de Jesús. Así como las fiestas del adorable Corazón de nuestro Señor convidan al recogimiento, á la oración, á la mortificación y compunción de nuestros corazones, y á llorar á los pies de Jesús sa-

cramentado la ingratitud y desamor de los hombres para con su Dios y Señor que tanto los ama; así las fiestas de nuestro Santo invitan á contrición de los pecados, á limpiar el alma con una buena confesión, á acercarse con devoto recogimiento á recibir aquel soberano Pan que formaba todo el encanto de este angelical mancebo. No suele celebrarse la fiesta de San Luis sin una concurrida comunión general acompañada de piadosos cánticos en que á la vez se celebren las dulzuras inefables del Pan de los ángeles, y del Angel de la juventud. ¿Quién podrá decir las dulces y sabrosas lágrimas que han hecho brotar de los ojos de mil y mil pecadores aquellas sentidas y afectuosas estrofas que suelen cantar con devoto acento los jóvenes congregantes delante del altar de su querido Protector:

Dos que tú llamabas culpas
Te fueron ¡ay! tan amargas,
Que mientras duró tu vida,
No cesaste de llorarlas.
¿Y yo mis culpas no lloro
Siendo tan graves y tantas?

Yo á la verdad no dudo ser muy cierto lo que de esta devoción nos dejó escrito y probado con sólidos argumentos el piadoso presbítero romano D. Antonio Evangelisti en un admirable triduo en honor de San Luis publicado en 1745; conviene á saber, que la devoción á este angélico joven es devoción de un *gran Santo,* practicada *por hombres santos* y que ha formado *grandes Santos.* Y más, me atreveré á afirmar que para alcanzar una verdadera y sólida devoción al Sacratísimo Corazón de Jesús, ayuda grandemente el ser muy devotos de

San Luis Gonzaga; por haber sido este glorioso Santo uno de los más enamorados devotos de aquel deífico Corazón y apóstol esclarecido de su culto; como lo prueban entre otras muchas, las siguientes razones: 1.ª La revelación de Santa Magdalena de Pazzis, de que hemos hablado en el capítulo II de este libro. 2.ª La aparición del Santo al H. Nicolás Celestini, encomendándole esta devoción como cosa muy del agrado de Dios nuestro Señor. 3.ª El testimonio del V. P. Colombiere y de la Beata Margarita de Alacoque, la cual en carta de 16 de mayo de 1690, recién publicada en el *Mensajero del Sagrado Corazón de Jesús* dice á aquel Padre haber visto con sumo agrado y satisfacción la imagen de San Luis Gonzaga á un lado del Sagrado Corazón y al otro la de San Francisco de Sales, manifestando con esto que tenía á nuestro Santo como á uno de los principales amigos de aquel adorable Corazón.

Acudamos pues con grande amor y confianza á este grande amigo y privado del Rey de los cielos, y pidámole nos introduzca en la feliz morada de su dulcísimo Corazón, á fin de que amándole y honrándole como él en esta vida, logremos también por su intercesión la incomparable felicidad de gozarle con él en la gloria eterna.

A. M. D. G.

APÉNDICE

I

CARTA DEL REY FELIPE II Á LOS CONSELLERES DE BARCELONA EN QUE SE CONTIENEN ALGUNOS DATOS ACERCA DEL VIAJE DE SAN LUIS Á ESPAÑA.

A los amados y fieles nuestros los consellers de nuestra ciudad de barcelona.

El Rey.

Amados y fieles nuestros hauiendo de venir como tendreys entendido la serenissima Emperatriz nuestra muy chara y muy amada hermana á estos nuestros Reynos de spanya ha de dezembarcar en essa nuestra ciudad de Barcelona y segun el auiso que tenemos sera en Gerona (1) por todo este mes de Agosto á lo mas largo y para los X o XIJ de Setiembre podra ser que llegue á essa ciudad y aunque crehemos de vuestro buen zelo que siendo su persona tan eminente y a nos conjunta (como sabeys) no dexareys de hazerle todo el regalo seruicio y buen acogimiento que se podria dezear. Todavia para que mejor entendays lo mucho que dezeamos que la dicha serenissima Emperatriz sea reseuida tratada y seruida en essa ciudad (por ser la primera destos nuestros Reynos en donde ha de entrar) con la misma

(1) *Sic*. Ha de leerse «Génova.»

demostracion y beneuolencia que lo seria nuestra Real persona. Os hauemos querido escriuir esta y encargaros por ella quanto podemos que en resiuiendola deys orden como se haga en essa playa a la lengua de lagua la puente que en semeyantes ocasiones se a acostumbrado para que por ella pueda desembarcar la dicha serenissima Emperatriz a la qual seruireys honrrareys y regalareys con el mayor cumplimiento y demostracion de amor que se pudiere y de la misma manera que se haria á nuestra persona Real excepto que no se saque Palio ni hagan regocijos ni fiestas algunas y tendreys muy particular cuydado en que essa ciudad ste muy prouehida y bestecida de todos los mantenimientos que fueren necessarios y a los Apposentados y Apposentadores que por nuestro mandado fueren de aqui ha hazer en essa ciudad y en ell camino el apposento y el aloyamiento de la dicha serenissima Emperatriz y de los que vinieren en su companya y seruicio les deys y hagays dar toda la assistencia y fauor que os pidieren y huuieren menester para que puedan hazer su offiscio sin contradiccion e impedimiento alguno haciendo a cerca desto todo lo que el Duque de Terranoua nuestro lugarteniente y capitan general desse principado hos dixera y encargare de nuestra parte lo demas que de vuestra buena diligensia speramos lo qual os tendremos en tanto seruicio como si por nuestra propria persona lo hizieredes y nos quedara dello la memoria que es razon. Dada en Lisboa a XIIIJ de Agosto de MDLXXXJ.

Yo El Rey

Vt. (1) comes generalis thesaurarius — Vt. sapena R.
Vt. terça R. — Vt. campi R.

Talayero locumtenents particularis.

---

(1) Vidit.

II

OTROS DATOS SOBRE EL MISMO VIAJE, TOMADOS DEL «MANUAL DE ACUERDOS» DEL MUNICIPIO DE GERONA

«Entrada del duch de terranova loch.t de sa mag.t (1).

Diumenge, á XVII de desembre, dit any entrá lo ex.m duch de terranova, lochtinent y capitá General de Cathalunya per la posta, en companya del compte de braga en portugal, ab molts de cavall. Posá al Palau del senyor bisbe de Gerona, qui li era exit ab molts de cavall. Los Jurats, trametent primer lo sindich de la ciutat per la posta, li isqueren ab molts del Consell de dita ciudat fins al cantó del camp de la creu del hospital, hahont los isqué lo senyor veguer, i 'ls digué de part del dit senyor visrey que ell tenía per aceptat lo resibiment, com si l' agués pres, é que li fessan pler de tornarsen; lo que feren. Lo qual anava á la volta de roselló y coplliura, ahont era la emperatris, arribada per mar desde [Marsella].»

III

OTRAS NOTICIAS ACERCA DEL MISMO VIAJE TOMADAS DEL DIARIO DE LA DIPUTACIÓN DE CATALUÑA (1)

14 *Diciembre*. Llegó á Barcelona la noticia de haber desembarcado la Emperatriz y su comitiva en Colliure del Rosellón.

29 *Diciembre*. Los delegados por la Diputación que salieron á dar la bienvenida á la Augusta Princesa, la recibieron en el último pueblo rayano de Francia.....

6 *Enero*. Entrada de la Emperatriz en la capital del Principado con fausto y pompa solemne, como si fuese el Rey en persona. En la comitiva de la princesa se citan muchas carrozas de nobles extranjeros.

7 *Enero*. Visita de los Diputados á la Emperatriz, y razones

---

(1) Lochtinent de sa magestat.
(2) Tomadas del Boletín de la Real Academia de la Historia.

corteses que mediaron en el palacio de su alojamiento, sito en la calle *Ancha*.

8 *Enero*. Acuerda la Diputación hacer fiesta solemnísima á la Inmaculada Concepción, habida razón del voto, que habían emitido en 18 de Septiembre de 1581, y debían cumplir si la Emperatriz llegaba con próspero salvamento á Barcelona. La fiesta debía celebrarse con el mismo esplendor y coste que la de San Jorge, patronal de Cataluña, en la capilla del palacio de la Diputación.

11 *Enero*. Visita la Emperatriz el regio monasterio de Pedralbes.

13 *Enero*. Varios extranjeros son invitados á concurrir á la fiesta, entre ellos «lo marqués de Castelló»; por cuyo nombre (1) claramente está designado el padre de S. Luis. Del *Dietari* tomó Feliú de la Peña (2) la descripción de la solemnidad, cuyo día é intención ó advocación mal expone: «A 35 (3) celebró la Deputación la fiesta de San Jorge (4) con la Magestuosa ostentación; á que assistió la Emperatriz servida de las Señoras de Barcelona. Concurrieron Comun[idad]es, los Concelleres de Barcelona cubiertos, la Nobleza de uno y otro sexo; las Señoras sentadas con la Emperatriz y los Cavalleros en pié, menos los Magistrados que estavan en escaños. Hízole (5) donación la Ciudad para el viaje de doze mil ducados.»

16 *Enero*. Visita la Emperatriz el monasterio de religiosas llamadas de Jerusalén.

18 *Enero*. Visita la iglesia de Belén propia del colegio de los jesuitas. En el libro in-folio, histórico de este Colegio desde su fundación hasta el año 1700 (6), fol. 6 v., se toca la razón de la visita: «En este mismo tiempo passó por aquí la Emperatriz doña María, hermana del Rey don Phelipe, Nuestro Señor; y vino á oyr missa á nuestro Colegio por hazer favor á la Señora doña

---

(1) Códice, fol. 32 v.
(2) *Anales de Cataluña*, tomo III, pág. 113. Barcelona. 1709.
(3) *Sic*. Fué á 14 de enero.
(4) Entiéndase fiesta votiva de la Inmaculada Concepción con aparato de primerísima clase, como suele celebrarse la de San Jorge.
(5) A la Emperatriz.
(6) Existe actualmente archivado en la residencia de PP. Jesuítas de Barcelona.

María Manrique de Lara su Camarera mayor y nuestra fundadora (1).

21 *Enero.* Visita la iglesia de San Francisco.

22 *Enero.* Sale de Barcelona en prosecución de su viaje hacia Madrid.

31 *Enero.* Sale de Lérida hacia la raya de Aragón.

6 *Febrero.* Los delegados de la Diputación, que habían acompañado á la Emperatriz hasta la frontera del Principado, y cedido allí su incumbencia á los aragoneses, llegan á Barcelona de regreso y dan cuenta de cómo se detuvo la Emperatriz dos días en el santuario de Montserrat y tomó la vía de Lérida pasando por Igualada.

IV

LA EMPERATRIZ EN BARCELONA (2)

Diuendres á IJ de nohembre de dit any MDLXXXJ al despres dinar entra en la present ciutat lo Bisbe de quenca lo qual per manament de sa magestat va a recibir la serenissima Emperatriz assi en barcelona y essent per lo cami sa magestat li ha fet merce de darli lo Archebisbat de Siuilla y axi ara es elet archebisbe de siuilla y es entrat en molt gran fausto y primer entraren passades de vuytanta atzembles en que ni hauria set ho vuyt carregades de moneda ab vns reposteros de vellut desobre y es anat a posar en casa del senyor Bisbe de Barcelona y apres parexentli que noy hauia prou loch per ell sen es passat en la casa del Duch de cardona que esta buyda.

Dissapte a VJ de janer del any MDLXXXIJ entra la serenissima Emperatriz de Alemania en Barcelona venint de les parts de Alemanya la qual hauia desembarcat en [Coliure] per que estaua mol fatigada de la mar y axi volgue desembarcar en la pri

---

(1) «Nuestro Padre Everardo [Mercuriano], que *hoy vive*, después de electo, attento á lo mucho que esta Señora ha hecho y más á lo que ha desseado hazer, y á la mucha virtud y amor que á la Compañía ha tenido y tiene, le dió la fundación en el año de 15[73]; y en el de 75, día de la Circuncisión, le dió el Collegio la candela que á los fundadores se suele.» Fol. 4 v.

(2) Tomado del *Libre de algunes coses assanyalades.*

mera terra que fos segura de spanya y venint passa per la vila de perpinya ahont li fonch fet grandissim recebiment y venint passa per Girona y Granolles y com fonch a Granolles li foren enuiats dos Embaxadors qui foren mossen Galceran cahors militar y mossen Joan luys cornet ciutada per darli la benuinguda y significarli la gran jocunditat que la ciutat tenia de la sua beneuenturada vinguda y també per consertar la hora que sa majestad seria seruida de entrar en la present ciutat la qual fonch per lo dia de any y axi sabuda la hora los magnifichs senyors de consellers la isqueren a recebir ab promens com es acostumat y axi isqueren per lo portal nou tirant per lo cami de la creu trencada ahont es la iglesia y monestir de St. francisco de paula tirant tot dret cami fins al clot y dos tirs de ballesta mes amunt del clot trobaren la dita serenissima Emperatriz la qual venia dins unes andes de vellut negre y juntament ab ella venia dins les andes la infanta dona [Margarita] de Austria filla sua y la senyora Emperatriz anaua ab unas tauallolas de viuda ab un mantell abrigat y la infanta anaua ab un capotet de vellut negre y venia lligada ab una cofia de seda negre y la dita serenissima Emperatriz venia venint al portal nou deues llauant la dita infanta deues ponent y axi com los senyors consellers la veren la saludaren inclinats en fins al coll de les mules y axi tan los consellers com los promens ningu no descaualca sino com la hauian saludada passauen detras las andes axi a cauall com se estauen y passant deuant cada hu se posaua en son loch. Es ver empero que los diputats y lo bisbe y canonge tots descaualcaren y axi agraduats que foren tornaren per lo matex cami que eren vinguts y en la agraduació fonch agrauiada la ciutat per ço que entre la filera del conseller segon y la filera del conseller ters se posaren lo archebisbe de Sivilla y don Joan de Borja maiordom de la Emperatriz als quals fonch fet contrari per la ciutat dihent que entre conseller y los qui anauen agraduats ab ells nos pot posar ningu per representar tots un cors y no obstant dit contrari anaren ab ells y la dita serenissima emperatriz aportaua divuyt o vint alabardes flamenchs tots ab ses alabardes y anauen molt mal vestits y detras dita litera ahont anaua la Emperatriz y infanta anauen dues dames de dita emperatriz a cauall ab sallons de argent y detras dites dues dames venian set o vuyt cotxos que tirauen alguns quatre caualls y altres sis dins los quals ve-

nian dames de la ciutat que eren exides a recebirle y de la dita emperatriz tota la mescla y ab aquest ordre sen vingueren y com foren a la creu trancada al portal nou feren una molt bona salua de arcabussaria que per manament de la ciutat hauien fetes venir unes quantes confraries que stiguessen a las torras del portal nou per fer dita salua y tragueren sis o set banderes de camp per las torres y la bandera de Sancta Eulalia la que trauhen lo dia de corpus y per fer molt gran vent se squinsa ab moltas parts de manera que no ha pogut seruir pus y axi de tot lo cami que feren de la creu trancada fins al dit portal nou sempre los soldats de las torras arcabussaiaren e quant foren a vn arbre gran que es vn tir de ballesta avans de arribar al dit portal los soldats tots plegats feren vna altra bona salua y a les hores despararen quinse o setse mascles de ferro molt grossos que hauien trets del rexat de baix de la torra noua y per manament dels dits magnifichs consellers eren stats posats per la muralla entre lo portal nou y de Sant Daniel y com hagueren desparats los dits mascles respongue lo baluart de lleuant y lo de mig jorn y lo de la dresana y per tota la muralla de mar los consellers hauien fetes traurer totes les pesses de artilleria que tenian desde sant Francesch fins al portal de la Mar y molt spesses y tambe respongueren la torra de Sant Joan la torra noua y la torra que sta deuant la dressana y a totes los hauien fet vna gran bandera que era molt gentil vista y apres de hauer fet la salua de tota la artilleria entraren per lo portal nou tirant per deuant sant Agosti Sant Culgat y per la capella den Mercus y quant foren alli isqueren al encontre L atxes de cera groga que per los magnifichs consellers eren stades manades fer y comenarenles a X o XII confraries perque las portassen y axi les aportaren tots homens de hedat y tots casats y molt ben vestits y per comensarse ja enfosquir isqueren en aqueix endret y posarense XXV en una part y XXV en laltre y ab aqueix ordre tiraren per lo carrer de Muncada amunt per lo Born deuant Santa Maria de la Mar per los cambis y per lo carrer Ample amunt fins en la casa de Don Anton de Cardona duch de Soma compte de Palamos etc ahont sta lo virey y dit virey hauia dexada tota la casa á la dita serenissima emperatriz y ell sen era passat a la casa del prior Sant Climent (la qual casa sta al canto del carrer que sta la casa del dit duch de Soma a la part del carrer Ample)

per un portal que hauia fet de fusta desde sa casa á la casa del dit prior Sant Climent y quant la dita serenissima emperatriz volgue entrar en dita casa del virey tota la artilleria torna a fer vna altra salua tant la de les muralles y baluarts com la de les torres y axi entrats que foren dins dita casa los magnifichs consellers se despediren de la dita serenissima emperatriz y sen tornaren tots ab los promens en casa de la ciutat y las atxes quels acompanyaren y com foren alli se desaiustaren y entre tots se compartiren las atxes pera quels fessen lum en fins a ses cases...

Diumenje a XIIIJ de dit se feu vna festa per los Diputats en la Diputació conforme lo dia de sant Jordi estant la Diputació empaliada y molt adornada y lo dissapte abans ya se hauien dit vespres y a la tarde completas en tot seguint lo orde del dia de sant Jordi y forenhi conuidats los magnifichs consellers los quals segueren en son loch acostumat ço es a la part squerra del altar y per la serenissima Emperatriz aparellaren la instancia ahont resideix mossen Ciurana dita de aquesta manera ço es que enderrocaren lo portal rodó de pedra y feren lo quadrat de amplaria de dotze pams poch mes ó manco y de altaria de dues canes y dins la dita instancia hauian fet vn sostro fals molt baix y tot empaliat tant lo sostro com las parets de vnes cortines que eran vna faxa de brocat y vna altre de vellut morat las quals cortines hauian manlleuades del palau de la comptesa y dintra dita instancia al reco de ma dreta hauien fet vn cadafalet de alsaria de dos pams poch mes e manco per estar la dita serenissima Emperatriz y hauian hi posada una cortina de domas blau de manera que la dita serenissima Emperatriz podia veurer lo altar a son plaer sens esser vista y axi aparellades totes coses lo dia present la dita serenissima Emperatriz juntament ab la infanta vingueren en la Diputació dins vnes andes y asseguerense totes dues mare y filla en lo dit cadafalet fet en la instancia de mossen Ciurana dins la cortina y en lo banch que sta arrimat defora dita instancia ahont altres voltes solen seurer los Ecclesiastichs y personas de dignitat al cap de dit banch seya lo lochtinent general y lo Archebisbe de Seuilla seya en vn lloch quey ha de quatre ó sinch pams entre lo altar y la paret de dita instancia y los consellers y diputats seyan tots en son loch ço es los consellers estauen asseguts en la paret ahont estaua dit altar a ma squerra y los diputats estauen de front hont seya lo virrey

arrimats a la brana que mira baix al pati y digué lo ofisci lo Reuerendissim senyor Don Joan Dimas loris Bisbe de la present ciutat de Barcelona y com foren al credo los diputats feren treurer set o vuyt bassines de ramallets per la dita serenissima Emperatriz y pera totes les dames y apres per los cauallers enfins que abastaren y non hauien poguts fer fer mes per causa que aquest temps hi ha manco flor que en tot lany y axi acabat lo offici los diputats amostraren tota la casa a la dita serenissima Emperatriz y a la infanta y apres que la hagueren vista sen tornaren a baxar y posarense dins les andes segons eren vingudes.

Y tot lo temps que la dita serenissima Emperatriz stigue assi en Barcelona va anar a hoir lo offisci a moltes iglesies y monestirs y axi vn dia va anar a la Seu per veurer lo argent de dita Seu y totes les reliquies y va oir dues misses baix a santa Eulalia y la vna digue lo archebisbe de Siuilla y lo senyor Bisbe de barcelona dona la pau a la dita serenissima Emperatriz y a la infanta y laltra missa digue lo Bisbe de barcelona y lo Archebisbe de Siuilla dona la pau a la dita serenissima Emperatriz y a la dita infanta y apres de hauer hoides las dites dues misses sen munta dalt en lo altar maior lo qual altar staua tot parat ab tot lo argent y totes les reliquies y miraso tot a son plaer y prengue gran devoció en lo cos del glorios martir St. Seuer Bisbe que fonch de barcelona y demana de merce al Reuerent capitol que li volguessen donar vna reliquia del glorios cos sant y axi lo Reuerent capitol per esser persona tant principal li concedi lo que demanaua y donarenli vn tros de os de la barra del glorios St. Seuer per veurer la gran devoció que al dit glorios sant ella tenia.

V

LA EMPERATRIZ EN ZARAGOZA (1).—DISCURSO LATINO DE SAN LUIS

Entrada de la Emperatriz en Çaragoça 1582.—Sabida la nueva que la emperatriz estava en la Puebla de Alfinden, dos leguas de Çaragoça, el Arçobispo Santos convidó algunas dignidades,

(1) Esta relación está tomada de un libro que obra en el archivo de la Seo de Zaragoza intitulado: *Libro de memorias de las cosas que en la Iglesia del Asseo de Çaragoça se han ofrecido tocante á ella desde el Agosto del año 1579 hasta el año 1601 inclusive. Hecho por el Doctor Pascual de Mandura Canónigo de dicha Iglesia.*

y á todos los Canónigos que se hallaron desocupados, para que le acompañasen á la dicha Puebla, porque quería yr á besar las manos de la emperatriz. Y assi á 5 de Hebrero del año 1582 fué el Arçobispo á la Puebla, partiendo de Çaragoça muy de mañana, dicha primero misa y el *Itinerarium clericorum*, y de allí partimos todos. Ivan siete coches, y muchos racioneros y Capellanes en mulas, y mucha gente otra; las dignidades, canónigos y officinas que fueron, no me acuerdo dellas en particular.

Llegamos á las nueve horas á la Puebla; y el Arçobispo de Sevilla salió á recibir al de Çaragoça á la escalera; y sobieron juntos á donde estava la emperatriz; y detrás, toda la Compañía que traya. Los Arçobispos, solos entraron en una quadra, donde estaba la emperatriz; arrimada á una pared en pie, y puesto su manto como una viuda ordinaria; y tenia delante de si, sola una almoada de terciopelo negro. Y el Arçobispo de Çaragoça habló á su Magestad dándole la bienvenida á esta tierra; y que él con su Cabildo venia á bessar las manos de su Magestad. Mandó luego la Emperatriz que entrase el Cabildo; y para esso salió Don Juan de Borja; y dixo: *entren los capitulares;* y assi entramos. Y el Prior Cerbuna en breves palabras le dió la bienvenida de parte del Capitulo. Los demás; que creo fueron los Canónigos Mandura, Monreal, Pérez, Ferrer, Torrellas y Violarte, y otras officinas y dignidades, sin decir palabra, llegaron á la Emperatriz con dos reverencias, y salieron con una; pero en llegar á su Magestad hincavan la una rodilla, y se bessaban las manos usando con su Magestad desta cortesia. Todas las damas estavan al rededor de la quadra; y entre ellas la Duquesa de Villahermosa futura, llamada Doña Anna de Permestán. La infanta, hija de la emperatriz, estava, á dos ó tres pasos de su madre en pié sin cosa ninguna delante, vestida de una telilla de plata blanca. El Arçobispo Santos pidió licencia á la Emperatriz para yr á besar las manos de la Infanta, y se la dió; y pasó por delante la Emperatriz hincando la rodilla cuando passava. El Arçobispo habló á la Infanta descubierto, y como no le dezia la infanta que se cubriese, dió la emperatriz un paso hácia su hija, y le dixo que mandasse cubrir al Arçobispo, y assi lo hizo; y se cubrió el Arçobispo, y estuvo un poco hablando con la infanta; no se oyó lo que dezia. Bolvió luego el Arçobispo al lugar donde estava primero, y pasando hincó la una rodilla como lo havia hecho pri-

mero. Mandó la Emperatriz cubrir á los dos Arçobispos; y hablando un poco con ellos, se salió á comer; y los Arçobispos bendixeron la mesa: despidiéndose de su Magestad, nos volvimos á Çaragoça, que seria antes de medio día.

Entrada de su Magestad en Çaragoça.—El mesmo dia por la tarde entró su Magestad en Çaragoça á las quatro horas por la puente de piedra; y el rio venia grandissimo que parecía un mar; y dió mucho contento á su Magestad, Princessa y damas, que lo miraron con mucho gusto. Fué por la Cuchilleria al cabo de la calle; y de alli la calle Mayor arriba hacial mercado, y á la Cedaceria y Cosso, hasta la cassa del Virrey Don Artal de Aragon, donde su Magestad se aposentó, y estava la casa como convenia para tal huéspeda. Fué el acompañamiento muy grande; su Magestad y la Infanta venian en una Litera solas, y venia abierta para que todos las pudiessen ver, tras su Magestad venia la Duquesa de Villahermosa en una hacanea muy bien aderezada, en un sillón de plata; y ella muy ricamente vestida.

Detrás venian otras dos damas en sus hacaneas con sillones de plata y muy bien vestidas; las demás damas venian en coches con los toldos de luto; y detrás venía un coche vacío como de respecto con seys cavallos y toldo de luto. La litera de su Magestad y Infanta acompañavan el Virrey á la mano derecha y el jurado *en Cap* á la izquierda. Al Arçobispo de Sevilla llevaban en medio el Justicia de Aragón y el Jurado segundo. El Jurado tercero llevaba á la mano derecha á Don Juan de Borja mayordomo mayor de su Magestad; el quarto y quinto Jurados yvan acompañados de ciudadanos. Yvan los consejos por su orden; detrás, la guarda del Reyno, assi de pié como de cavallo. Desta manera entró su Magestad en casa del Virrey.

Salida de su Magestad al Pilar.—Miércoles, á 7 del dicho mes de Hebrero salió su Magestad á oyr misa á Nuestra Señora del Pilar con mucha Magestad, y los Arçobispos fueron á Palacio para salir y acompañar á su Magestad con muchos coches. Convidó el Arçobispo al Canónigo Pérez para que dixese el evangelio, y al Canónigo Mandura para la epístola, porque queria dezir missa de Pontifical á su Magestad, y á los Arcidianos, de Çaragoça y Daroca para asistentes. Salió de Palacio su Magestad en una litera con la Infanta, el Cosso arriba por la Cedaceria y mercado y calle Mayor y Sombrereria á la plaça del

Pilar, y de alli á la Iglesia. Las damas yvan todas en coches; los Arçobispos á mula y mucho acompañamiento. No se dixo missa Pontifical, porque huvo cierta differencia sobre el maestro de Capilla; porque los del Pilar dezian que el maestro de capilla de su Iglesia havía de regir la Capilla y llevar el Compás, pues no yva la Iglesia del Asseo en forma capitular, que entonces ya sabían que todo lo havía de hazer, mas por no alborotar ni andar en preguntas y respuestas, y evitar la pública dissesión que se offreciera, Pareció á los Arçobispos dixesen ambos misas rezadas, y assi los dixeron en el altar de la Capilla de nuestra Señora, y fueron ambas missas de la Purificación. La primera dixo el Arçobispo de Sevilla, en seguida el de Çaragoça con mucha música, assi de vozes como de menestriles. Su Magestad estuvo en la primera Camarilla con la qual estavan la Infanta ó Princesa, y la Virreyna y la Duquesa de Villahermosa; y estava la ventana de dicha Camarilla abierta y patente que todos la podian ver. En las otras Camarillas de arriba estavan las demás damas. Mandáronse cerrar los rexados de la Capilla mayor, porque no los occupassen la infinita gente que havía por las claustras, y para que los que estavan dentro estuviesen á placer, los Arzidianos y Canónigos y algunas damas del lugar estuvieron dentro; y cavalleros de la Emperatriz abrían á algunas damas que les parecía; y entravan aunque fueron pocas. Acabada la missa, dió el Arçobispo de Çaragoça la bendición Pontifical cantada y en forma como se haze otras vezes.

Hecho todo esto, baxó su Magestad con las demás damas baxo á la Capilla; y los dos Arçobispos que dixeron que entrase en la Capilla donde estava la imagen de nuestra señora; y tenian ya abierto el rexadillo dorado; y estava alli el Arçobispo de Sevilla para mostrar la imagen á su Magestad; mas ella nunca lo quiso hazer, aun que le dixeron que bien podia; pero ella, en entrar en la Capilla grande, se arrudilló mirando la imagen de nuestra Señora, y rezando un rato con mucha devoción, puestos los ojos en dicha imagen, dió grande exemplo de christiandad y humildad, y edificó á todos los que ay se hallaron; y luego se volvió á Palacio.

Salida de su Magestad á Santa Engracia.—Juebes, 8 de Hebrero de dicho año salió su Magestad á Santa Engracia después de comer; y con ella fué el Arçobispo Santos, al qual acompañaron

los Canónigos Pérez y Mandura. Fue(ron) todos á mula; y su Magestad en su litera con la princesa su hija. Las damas yvan en coches; no fué la duquesa de Villahermosa. En llegando á Santa Engracia, salió el Prior y Convento á la puerta á recibir á su Magestad. Dixéronse vísperas solemníssimas con Psalmodia por la Capilla del Asseo; y fueron las vísperas de Santa Polonia, porque el día siguiente, á 9 de dicho, era su día; y su Magestad, quiso que se dixessen de la Santa. Estuvo su Magestad, Princesa y damas en destrado; todo de negro, baxo, en el presbyterio. Hacia la parte de la epístola havía tamvién damas del lugar, á saber es, la Virreina doña Leonor de Gurrea, y otras. Los Arçobispos de Sevilla y Çaragoça estavan arriba, á la parte del evangelio, assentados en vn banquillo llano arrimado á la pared, patentes. Más adentro, detrás de unas cortinas, Don Juan de Borja mayordomo mayor de su Magestad, el Conde de Ondrada, el licenciado Covarrubias, el sacristán de Teruél, el Arzipreste Sora, los Canónigos Pérez y Mandura, y todos en pié. Acabadas las vísperas quiso ver su Magestad las reliquias que estavan en el altar, y no quiso subir á él, sino que se las baxasen; y assi el Canónigo Pérez y Mandura, y otros que estava(n) ay, que no me acuerdo de su nombre, tomavan las reliquias de un frayle, y las davan al Arçobispo de Çaragoça; y su señoria á su Magestad; la qual las adorava con mucha devoción y reverencia; y lo mismo hacian la Princessa y las damas. Después, baxó su Magestad á los Martyres, y hecha alli su oración, salió al claustro; y se entró á la huerta del estanque, en donde se le dió una muy buena colación; en la qual sirvieron cavalleros moços en cuerpo y descaperuzados. Estos sirvieron los primeros platos; después sirvieron frayles. Los Arçobispos estavan alli cubiertos y el duque de Villahermosa también; los demás estavan todos descubiertos. Acabada la colación, se bolvió su Magestad á Palacio de la manera que salió.

1582. Desposorio del Duque de Villahermosa.—Sábado á 10, oyó su Magestad misa en San Francisco, y después, en Palacio se desposó el Duque de Villahermosa, Don Fernando de Aragón con la Duquesa Doña Anna (1) de Permestán. Estavan los dos

(1) El nombre de la Duquesa era Doña Juana de Perstein y no Doña Ana de Permestán. Los restos mortales del Duque D. Fernando y

Arçobispos de Çaragoça y Sevilla, y su Magestad sacó á la duquesa de la mano: y los desposó el Arçobispo de Sevilla.

Salida de su Magestad de Çaragoça.—El mesmo dia, después de comer, se partió su Magestad para Madrid, de la manera que entró en Çaragoça, y llevó consigo á la Duquesa ya desposada.

TEXTO ORIGINAL DEL DISCURSO LATINO PRONUNCIADO POR SAN LUIS G. DELANTE DE FELIPE II (véase pág. 174).

Ad Invictissimum Phillippum Regem.
Hispaniarum etc.

ORATIO

Si Demosthenes ille, cuius commemorato nomine (ut Valerii Maximi verbis utar) maximæ eloquentiæ consummatio animo oboritur, apud Philippum Macedoniæ Regem, Alexandri magni Patrem, verba facturus, in ipso orationis limine tanti viri præsentia pertubatus deficere visus est; Ciceroque fons eloquentiæ, splendor latinæ linguæ, in Milonis de se optime meriti causa, ita contremuit ac expalluit, ac si nullum unquam dicendi usum copiamve, aut eloquentiam assecutus fuisset; non esset mirandum profecto, Invictissime Rex, si Maiestatis tuæ, qua cunctus terrarum orbis animo concidit, cui ego, ac omne meum genus tot beneficiorum vinculis adstricti sumus, præsentiam admiratus, ingentique laudum tuarum splendore allucinans, omnino viderer expavescere, ac contremiscere, quippe qui politioribus litteris nondum excultus, generis tui præstantiam, egregias naturæ fortunæque dotes, insignes industria, ac virtute tua partas victorias, omneque vitæ tuæ curriculum in deprimendis rebellibus, regnique tui terminis legitime protendendis, exiguis ingenii mei viribus assequi contendam. Quæ quidem omnia et si mihi in hoc dicendi genere difficultatem plurimam afferant; singularis tamen (Humanissime Rex) tua illa animi æquitas et moderatio me rei magnitudini succumbentem ita erigit atque confirmat, ut mihi plane confidere audeam, pro comperto habens, ut animo potius erga te devotissimo, quam rudi impuroque stilo meo rationem habeus, aures tuas ad audiendum sis præbiturus. Quod si, que-

---

de Doña Juana su esposa descansan en un sepulcro de mármol en el presbiterio de la iglesia de este Real Monasterio de Veruela.

Ad Invictissimum Philippum Regem
Hispaniarum et
Aloysij Gonzagę
Oratio

Si Demosthenes ille, cuius commemorato nomine, (ut Valerij
Maximi verbis utar) maximę eloquentię consumatio animo
obovitur apud Philippum Macedonię Regem, Alexandri ma-

dum tuarum magnitudine deterritus, hic finem dicendi faciam, mu
nus meum persolvere existimans, si non meam, (quae nulla est) di
cendi facultatem, sed omnem eum, copiam, eloquentiam, tuis lau
dibus multo inferiorem esse contendero. Dixi.

Autógrafo del discurso pronunciado por San Luis Gonzaga delante del rey Felipe II.

madmodum animo meo concepi, dicendumque superius proposui, a prima familiæ tuæ origine repetere incipiamus, tot belli Duces, tot Reges insignes ac Imperatores strenui, viri omnes clarissimi de Christiana Rep. (1) bene meritis se nobis offerunt, qui hoc unum semper spectarunt, eoque omnes suas intendere cogitationes, Christianam Remp. (2) extollendo, eius hostes profligando, ac Hæreses extirpando, patrocinium suum legitime ampliare, ut ne animo quidem meo complecti, nedum eorum præclara facinora narrando efferre valeam. Solum te Caroli Quinti Imperatoris Hispaniarum Regis filium memorabo, cuius virtutem ac excellentiam et si omnes ita perspectam haberent, ut ab ipso educatum, sanctissimisque moribus ac disciplinis imbutum, ad summum felicitatis et gloriæ perventurum, animo sibi conciperent, ea tamen tibi ab ineunte ætate animi indoles ad virtutem, ad dignitatem, ad gloriam, ad res maximas gerendas, in primisque ad Christianum nomen efferendum extitit, ut non modo eorum de tua amplitudine opinionem tanti patris educatione conceptam assequeretur, sed ipsi quoque longe anteverteret. Neque enim ulla cura iam inde a puerilibus ætatis tuæ annis animum insignem tuum sollicitavit, quam ut maiorum tuorum virtutes imitareris, iisque modestiæ, pudoris, fidei, religionis humanitatis, misericordiæ, justitiæ, beneficentiæ, et liberalitatis cumulum adiiceres, eam vere gloriam tibi statuens, quæ propria virtute parta, maximorum in omne hominum genus commendatione ad posterorum memoriam nomen tuum propagaret.

Unde ex his tanta erat Christianorum omnium de te summo Principe expectatio, ut ad maturam perventum ætatem ea acturum omnes intelligerent, quibus te omnes quasi coelitus delapsum heroem in terris admirarentur. Illud autem speratæ virtutis tuæ documentum fuit. Erat iam Angliæ Regnum, ab obedientia summi Pontificis abdicatum, innumeris depravatum Hæresibus, quando Margaritæ (3) Angliæ Reginæ matrimonio copulatus, Regnique Dominio ab eo accepto hæreses extirpasti, pristinæque Romanæ Ecclesiæ obedientiæ subegisti. Quod nisi ad illius Regni perditionem absque prole immatura eam Mors præripuisset,

---

(1) *Republica.*
(2) *Rempublicam.*
(3) Léase: *Mariæ.*

nil dubii profecto quin pristinam religionem ac obedientiam in illud contulisses. Ea autem extincta, ecce Henricus Franci (1) filius, Gallorum Rex, Flandriæ Comitatum armis aggreditur, quod quanto Christianos omnes, in spem pacis erectos, novi belli inter novos principes metu perculit, quantamque Christianæ Reipublicæ hostibus alacritatem, ac ad eam invadendam animum afferre videbatur, tanto magis tuum nomen extulit, iamque antea de te conceptam gloriam auxit, ac confirmavit. Satis enim iam antea documenti dato, qua fide, qua virtute, sanctissimam esses Christi religionem ab eius hostibus defensurus, totus ab bellum Gallicum accinctus, solita tua virtute, ac fortuna usus, ita hostium munitum, ac numerosum exercitum profligasti, totque duces insignes subegisti, ut tanta clade accepta, tam insigni principi, cuius potentiam experti erant, bellum amplius inferendi vires deesse perspectum habentes Gallos ad optatæ pacis conditiones redigeres: Cyrnam ab iis usurpatam Liguribus tradens, Emmanuelem Philibertum iam antea ab iisdem Gallis (quod Caroli Quinti Patris tui partes secutus fuisset) Dominio exutum in possesionem totius Pedemontanæ regionis, Allobrogumque restituens. Quibus omnibus non ut Annibal Cannensi pugna elatus, imo erga victum Regem humanus ac benignus, ipsum affinitatis vinculo tibi adiunxisti. Magna, hercle, in vincendo virtus, magna in afferenda pace Christianis pietas, magna in restituendo unicuique suo iustitia, maxima, autem erga victum benignitas. Quæ quidem etsi ad te immortalibus laudibus consecrandum sufficere viderentur, ea tamen nihilo habens, ut is qui non modo Christianis pacem afferre, sed eorum quoque ferocem hostem proculcare animo conceperas, primo Hispaniam profectus Bæticos, qui Turcarum auxilio muniti a fide defecerant, acie victos subiugasti, subiugatis vero, ut ab ingenti periculo, in quo Chistiana Respublica versabatur, quippe cuius hostis potentem classem ad eius damna parabat, liberares, cum Pio Quinto Summo Pontifice, Venetaque Republica foedus iniens, aliam, et si numero inferiorem, genere tamen firmiorem construxisti; cuius Dux, (cum tu negotiis impeditus in Hispaniis detinereris) Joannes Austriacus constitutus, Hali hostium Duci occurens apud Neupactum (2), Naumachiam

(1) Léase: *Francisci.*
(2) Léase: *Naupactum.*

commisit, vicit, eumque morte affecit, una cum aliis pluribus ac celebribus Pyratis. Præter has duas tam insignes victorias, plurima alia essent, quæ de tuæ virtutis ac potentiæ magnitudine referri possent, nempe Tuneti victoria exercitusque tam muniti, ac numerosi, tam diuturno tempore contra Pleumosios tibi Rebelles sustentatio, eos belli diuturnitate potius, quam ferocitate ad te adducere cupiens: quæ quidem magna essent et miranda in cæteris Principibus, in te vero aliis factis ac victoriis comparata essent mediocria. Quare ne rudi, ac prolixo sermone meo aures tuas amplius defatigem, his prætermissis, ad hanc deveniam Lusitaniæ Regni victoriam. Quod si magna et miranda visa sunt, quæ de te, ac virtute tua hucusque retulimus, multo maiora, ac maiori admiratione digna, nemo est qui dicenda non fateatur, non ob partam ab iis, etsi armis ac bello strenuis, victoriam, non ob tanti Regni, cui tot Reges parent comparationem, sed ob iustitiam, prudentiam, tuamque in iis subiugandis admirabilem clementiam, qua cum tuum Castellanensium exercitum, inter quos, ac Lusitanos antiquum versabatur odium, ab eorum præda ac nece abstineres, Rebellium in eo Regno numerosum exercitum vicisti, illudque tibi omne subditum reddidisti, eorum duce effugato, quem, cum hostium tuorum auxilio munitus, Gallica constructa classe, Insulas tuas populari, easque usurpare niteretur, iterum Naumachia commissa superasti, ac prostravisti, tanta tibi victos Lusitanos humanitate alliciens, ut qui contra te arma sumere, lanceatique pugnare visi sunt iidem te absentem flere viderentur. O felix Princeps, o Potentisse (1) Rex, qui non modo universum orbem suo Imperio amplectitur, sed iis quoque præditus est animi dotibus, quibus inter contraria inimicorum arma, inter districtos hostium mucrones iter reperit, iam vincit, odium prosternit, hostilemque sanguinem hostilibus lachrimis miscet. Intelligo quidem, Clementisse (2) Rex, pro rerum tuarum magnitudine nimis eas á me brevi oratione complecti, sed quis poterit Regis Clementissimi, Justissimi, Prudentissimi, ac Potentissimi, facta debitis laudibus assequi «quique solus habet laudis quidquid possedimus omnes.» Laudatur apud Historicos Antiochus Asiæ Rex, quod ita justitiam coleret, ut legibus potius quam

(1) *Potentissime.*
(2) *Clementissime.*

suismetipsis scriptis Asiæ Urbes parere voluisset. Laudat Gn. (1) Pompeium Cicero, quia ad eum facilis esset aditus privatorum. Tu vero quibus præconiis laudari mereris, humanissime Princeps, qui non modo omnibus, vel humillimis, tam facilem ad te aditum patere vis, ut qui dignitate, ac potentia ceteris principibus antecellis, facilitate par infimis esse videaris. Verum iis omnibus quas supra retulimus iugatis animi ac fortunæ dotibus frueris, insignibusque tot factis ac victoriis illustraris: quas Flandria, Hispania, Africa, Græcia expertæ sunt. Tu Reges insignes, tu Duces strenuos, exercitusque numerosos profligasti, Regna novissime Lusitaniæ subegisti, quodque inter Christi fideles maxime constat, eius formidabilem hostem Naumachia superasti; Bæticos, qui a fide debita defecerant, ad eorum munus revocasti. Quæ quidem, quemadmodum hominibus nova sunt, nec in uno ab iis Principe conspecta, ita quoque nova dicendi genera, novum oratorem nova dicendi facultate, eruditione, ae eloquentia præditum, ad ea pro dignitate exprimenda decere perspectum habeo. Is autem cum ego esse non possim, laudum tuarum magnitudine deterritus, hic finem dicendi faciam, munus meum persolvere existimans, si non meam (quæ nulla est) dicendi facultatem, sed omnem vim, copiam, eloquentiam tuis laudibus multo inferiorem esse contendero. Dixi.

VI

CARTA DE SAN LUIS GONZAGA Á LA DUQUESA DE GUASTALLA

(*Véase la pág. 148*)

Serenísima Señora y estimadísima Tía.

Al desear se digne el cielo colmar á V. A. de toda suerte de prosperidades con ocasión de las cercanas fiestas de Navidad, como sinceramente se lo deseo, cumplo con el deber que me impone el amor y respeto que le profeso y con el deseo que tengo de verla gozar en todo tiempo del más cabal contento y alegría. Dígnese aceptar V. A. con la cortés benevolencia que la

(1) Léase: *Gnæum:* dícese más comunmente *Cnaeum.*

distingue este obsequio debido á sus méritos, y en prueba de ello sírvase honrarme con sus órdenes, mientras quedo besando afectuosamente sus manos.

De Mantua á 18 de diciembre de 1581.

Su sobrino y servidor
LUIS GONZAGA.

VII

CARTA DEL SANTO Á SU PADRE (*pág. 261*)

Ilustrísimo Señor Padre.

Encárgame la Señora que envíe á V. S. las noticias que en esta incluyo, las cuales ha recibido D. Juan Ordanino de un sobrino suyo de Venecia. Las remito pues á V. S. por cumplir el encargo de la Señora, y para proporcionar á V. S. un rato de lectura con que entretenerse, más que por su contenido que es de bien poco jugo, si se exceptúan los rumores de peste, que plegue á Dios no salgan verdaderos.

Escribe D. Jaime desde Florencia á D. Pedro Francisco haber sido nombrado Gobernador general del estado de Siena D. Julio Caccia. Nada más se me ofrece por ahora que comunicar á V. S.: todos, excepto D. Rodolfo que padece dolor de muelas, seguimos con buena salud. Dígnese su divina Majestad conceder igual beneficio á V. S. cuyas manos beso respetuosamente.

De Castellón, á 29 de setiembre de 1585.

De V. S. Ilustrísima
Obedientísimo hijo
LUIS GONZAGA.

VIII

OTRA AL MISMO (*pág. 261*)

Ilmo. Sr. Padre.

Se envía á V. S. la lista de la ropa que en esa han de comprar, siendo Maestre Tulio de parecer que en atención á la premura del tiempo, lo único que aquí se podrá arreglar serán las medias, y así se ejecutará, y también se podría componer el vestido

para el viaje, si V. S. así lo desea; mas á él le parece que lo mejor sería que en esa se atengan á la lista que enviamos, en la suposición de que yo haya de ir en traje clerical. Pero si el Padre Próspero no tuviese por conveniente que cambie de traje hasta mi entrada en religión, poco ó nada tendríamos que hacer. Yo por mi parte estoy completamente indiferente en este negocio, y me remito á lo que en esa tengan por más conveniente, pues al fin y á la postre el hábito no hace al monje, según la frase del Concilio. Por lo demás que á mi asunto particular se refiere, seguiré aguardando, en la confianza de que V. S. hará lo posible para ultimarlo cuanto antes, según lo requiere lo adelantado de la estación. Y entre tanto besando finalmente sus manos, suplico al Señor le otorgue la más completa salud. De Castellón, á 29 de setiembre de 1585.

De V. S. I.
Obedientísimo hijo
LUIS GONZAGA.

IX

OTRA AL MISMO (*pág. 261*)

Ilmo. S. Padre.

D. Rodolfo ha recibido esta mañana la carta de V. S., mas no pudiendo él contestar por hallarse en cama algo indispuesto de resultas del dolor de muelas, respondo en su nombre haberse cumplido todos los encargos de V. S., excepto el de su salida por la campaña para dar prisa á los campesinos, lo cual no ha podido ejecutar por su indisposición; pero D. Antonio no se descuida en esto. Yo mandé ayer la lista de la ropa que se estará esperando para dar trabajo al maestro Tulio. Lo que en adelante vaya ocurriendo lo sabrá V. S. por conducto de otros. Así pues no se me ofrece otra cosa sino besar las manos de V. S., rogando á nuestro Señor se digne conservarle.

De Castellón, 1.° de octubre de 1585.

De V. S. Ilustrísima
Hijo obedientísimo
LUIS GONZAGA.

X

CARTA DEL SANTO Á SU HERMANO D. RODOLFO *(pág. 419)*

Pax Xti.

Después de escribir la que incluyo, he recibido el pliego de V. S., con el cual así como me he consolado, por ver el feliz éxito de los oficios practicados por mí á favor de los Señores de su casa, así me sería por todo extremo sensible cualquier enfriamiento de la caridad y unión que en adelante pudiese sobrevenir entre nosotros. Y esto sería para mí mucho más desagradable, si llegase á afectar la voluntad, cosa que no creo, antes juzgo que no pasaría del afecto y de la parte sensitiva, la cual ya comprenderá V. S. que si no se ha sujetado á la razón desde el Noviciado, no puede menos de resentirse algún tanto en semejantes ocasiones. Así que no dudo sino que V. S. con su madurez y con el respeto que profesa á aquellas personas á quien está obligado, andando el tiempo se sobrepondrá á cualquiera suceso, con tal que procure siempre estribar en Dios conservando su gracia y amistad, de la cual espero y prometo á V. S. todo bien. En cuanto á mí, puede V. S. estar bien seguro de que ninguna cosa jamás me separará de V. S. con el ánimo (por más distante que me halle con el cuerpo) sino es lo que fuere bastante para separarle de Dios. Pero mientras V. S. procure estar bien con su divina Majestad, no dejaré nunca de prestarle aquellos buenos oficios que sean compatibles con mi estado, como actualmente lo hago por medio de la carta que incluyo para nuestra señora Madre, la cual quisiera que V. S. se la entregase personalmente, haciéndosela mostrar, á fin de que pueda cerciorarse mejor de lo mucho que me intereso por el bien de V. S. (aunque á decir verdad no es menester probarlo con testimonios) y que, como he dicho, ninguna cosa sería capaz de hacer mella en mi ánimo, sino lo que fuese ofensa de Dios: sin embargo no dude V. S. que recibiré siempre particular consuelo de saber buenas noticias de sus cosas. Demás de esto, como quiera que mi viaje á Roma se ha aplazado para después de Pascua, creo que V. S. haría muy bien escribiendo por la posta de Mantua á aquellos Ilustrísimos Cardenales de Roma una como postdata á las cartas

que por mi conducto quería enviarles, y en lo demás remitiéndose á mí. En esta postdata podría participarles su ida á Alemania, prometiéndoles conservar con ellos aquellas buenas relaciones que pide su parentesco; á fin de obligarlos con esta atención á reconocerle en lo que conviene, y este oficio ayude á la buena manifestación que he procurado. Agradeceré asímismo que se sirva satisfacer los 45 escudos de oro que por libranza de D. Jerónimo Verduro he girado á Roma; y si le parece bien, podría encargar á Mons. el Arcipreste ó á otra persona de igual confianza, que si fuese menester por aquellos otros respetos que le dije, hiciese llegar allá lo restante hasta completar los 100 escudos, en lo cual ya verá V. S. lo que más convenga. Yo, aprovechando la buena proporción que me ofrece la compañía de algunos de los Nuestros, pienso ponerme en camino inmediatamente después de Pascua para Roma mi patria, y por respeto á dichos compañeros, haré este viaje por la vía de Génova, y de paso pienso detenerme en Tortona para saludar á Madama. Entre tanto mucho me holgaría que V. S. averiguase si en Mantua se ha recibido una carta mía dirigida al doctor Cuticio en la que se le piden algunos escritos, y si él no los tuviese, desearía que V. S. me los proporcionase, valiéndose para ello del Sr. Fabio Gonzaga... Y si en esa se ofreciese alguna buena proporción para enviar algunos otros libros á Roma, me alegraría mucho de ello, y con la primera ocasión se los remitiré á V. S., á quien finalmente saludo con todo mi corazón, sin añadir otra cosa sino que *timeat Deum, et mandata eius observet* (1) y que á nadie más tema, pues Dios es poderoso para todo, aunque exige nuestra cooperación. Que el Señor le guarde y le prospere, como yo no dejaré de pedírselo continuamente.

De Milán á 25 de marzo, 1590.

De V. S. Ilma. hermano afmo. en el Señor

LUIS GONZAGA
de la C. de J.

Mucho le agradeceré que no se olvide de esta larga serie de encargos, y me acuse recibo de ellos con la primera coyuntura que se ofrezca. Ha hecho V. S. muy bien abriendo las cartas, y

(1) Que tema á Dios y guarde sus mandamientos.

si recibe otras, me holgaré que haga otro tanto, y si puede lograr una copia de la mía del 6 de febrero, hágame el obsequio de mandármela.

XI

OTRA DEL SANTO Á SU MADRE (*pág. 425*)

Ilma. Sra. Madre:

Me ha sido recomendada la causa de D. Horacio Catáneo. Y como no tengo tiempo de encomendársela á V. S. por estar muy cerca la hora de ir á clase, me contentaré con decirle que yo dudo si está ó no obligada en conciencia á favorecerle; y esta sola razón será á no dudarlo el mejor estímulo que pueda tener V. S. para resolverse á apoyarle, así en la parte que toca á V. S. como por lo que atañe á D. Alfonso. Y aunque este no se inclinase á lo mismo, á lo menos no puedo yo desatenderlo, por la parte que depende de V. S. á quien finalmente saludo afectuosamente en el Señor.

De Milán á 19 de diciembre, 1589.

De V. S. Ilma.
Hijo obed.
LUIS GONZAGA
de la C. de J.

FE DE ERRATAS

PÁG.	LÍNEA.	DICE	DEBE DECIR.
45	27	ya buscaba	y ya buscaba
47	31	entemano	antemano
99	17	espoleaba	espoleaban
136	8	á penas	apenas
144	nota	Historie	Histoire
305	9	otros	otras
425	últ.	Apéndice n. VII	Apéndice, n. XI
442	15	á parte	aparte
478	3	temiere	temiera
507	16	repondió	respondió
545	29	los	las
»	31	ellos	ellas
»	31	algunos	algunas

4

YB 30440

287170

Cervós
BX4700
A4C5

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY